Libros del Asteroide

# Robertson Davies

# Un hombre astuto

Traducción de José Luis Fernández Villanueva

Índice

Portada
Un hombre astuto
NOTA DEL AUTOR
I
II
III
IV
Colofón
Nota biográfica

# Robertson Davies

## Un hombre astuto

Traducción de José Luis Fernández-Villanueva

Libros del Asteroide

Primera edición en Libros del Asteroide, 2016
Título original: *The Cunning Man*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.
Copyright © Robertson Davies, 1994
© de la traducción, José Luis Fernández-Villanueva, 2016
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U. Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-16213-80-1
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

*Para Brenda y nuestras hijas*
*Miranda, Jennifer y Rosamond*

## Nota del Autor

Estoy en deuda de gratitud con el doctor Richard Davis por su asesoramiento en determinadas materias médicas. Doy también las gracias a Moira Whalon por su ayuda para ajustar la cronología de la narración.

Los errores, sin embargo, son todos míos.

El único retrato tomado de la realidad es el de la ciudad de Toronto. Todas las demás circunstancias y personajes son imaginarios y no hay intento alguno de referirme a cualquier persona viva o muerta.

Los hombres astutos, los hechiceros y las brujas blancas, como se les llama en todos los pueblos, si se les busca, curarán todos los achaques del cuerpo y de la mente.
(…) Los males del cuerpo, como demuestra Platón, proceden del alma; y si no se satisface la mente en primer lugar, nunca se podrá curar el cuerpo.

ROBERT BURTON, *Anatomía de la melancolía* (1621)

¿Debí haberme llevado la dentadura postiza? En mis años de médico forense lo habría hecho sin dudarlo un momento; ¿quién sabe lo que encontraría adherido en los dientes, o en las depresiones que encajan con las encías? Habría estado en todo mi derecho a hacerlo. Pero, en esta extraña situación, ¿qué derecho indiscutible me asistía?

De entrada, ya no era forense, sino un simple médico; en primer lugar, supongo, diagnosticador en la práctica privada, y también profesor en la Facultad de Medicina (Sección de Diagnosis). Así que yo era, cosa poco habitual, un espectador de excepción cuando el pobre y anciano padre Hobbes murió, justo delante del altar mayor de la iglesia de Saint Aidan. Instintivamente, como un caballo de bomberos cuando oye la campana, eché a correr cuando cayó. Aún no tenía bastantes años para haber aprendido que un doctor jamás debe apresurarse. Cuando Charlie me detuvo con un gesto de la mano, y susurró: «Esto es un lugar sagrado. Déjamelo a mí», no quise insistir en mis derechos o, si se quiere, en mis privilegios como médico. Charlie expuso sus derechos como clérigo de un modo que no me gustó, pero no quise discutir con él a quién le correspondía actuar. Los dos éramos miembros de parroquias rivales: él, de la casa de Dios; yo, de la casa de la Ciencia, y, dadas las circunstancias, pensaba que mi sacerdocio era igual, si no superior, al suyo. Pero no quise mostrarme resentido ni jugar con una mezquina ventaja. Estábamos en el templo, había empezado la comunión, y el hombre muerto estaba detrás de la barandilla del altar, y supongo que pensé que Charlie se hallaba en su terreno y, en consecuencia, tenía que respetarlo. ¿Fue por mi parte caballerosidad hacia el débil o desprecio de persona enojada hacia una criatura inferior? Supongo que fue un poco de ambas cosas.

Si me hubiera llevado la dentadura, la historia que esta joven periodista intentaba sonsacarme habría sido muy diferente. ¿Una historia mejor? Cualquiera sabe. Pero seguro que no le iba a decir a la señorita Esme Barron, del *Colonial Advocate,* todo lo que sabía. Si dejo unas pocas notas sobre la historia en mi mal atendido diario, quizá alguien las encuentre cuando yo muera. Lo que encontrará será mucho más que «unas pocas notas», pero cuando me puse a

escribir esto aún no sabía cuánto se apoderaría de mí la historia. No tenía ningunas ganas de confesarme con esta joven atractiva y discreta, de quien no me fiaba un pelo.

Me ha hecho una pregunta y tengo que contestarla.

—Sí. Fui yo quien firmó el certificado de defunción. Examiné el cadáver en cuanto lo llevaron a la sacristía.

—¿Quién lo llevó?

—Dos diáconos que ayudaban a la misa.

—¿Diáconos? ¿Qué es eso exactamente?

—Una especie de aprendiz de sacerdote. En la Iglesia anglicana es el grado más bajo del sacerdocio. El diácono ha de seguir un camino hasta que es ordenado sacerdote de pleno derecho. Tiene algunas funciones, pero no puede celebrar la comunión o dar la bendición. Ni puede oír en confesión, lo cual era un trabajo muy pesado en Saint Aidan.

—¿Era lo que se dice una iglesia muy ritualista?

—Bastante. Todo lo ritual que toleraba el obispo. El oficio de preparación, el Viernes Santo por la mañana, era de mucho ritual.

—¿Un atrevimiento, diría usted?

—Bueno, sí, si usted cree que es un atrevimiento revivir una ceremonia del siglo IX en el Toronto de 1951 que, por cierto, no tiene lo que usted llamaría unas sólidas raíces medievales.

—¿Cómo era? ¿Muy adornada?

—Adornada no es la palabra que yo emplearía. El oficio toma su nombre de la preparación y consagración, la noche antes, del pan y del vino, que se guardan en una capilla lateral. Es algo especial del Viernes Santo y, a las nueve de la mañana, todas las fuerzas vivas de Saint Aidan estaban presentes: el coro de la tribuna estaba allí, con el famoso doctor DeCourcy Parry sentado al órgano, y el coro del presbiterio (el encargado del canto llano) con su director, el distinguido Darcy Dwyer, vestido con las ropas apropiadas de su cargo, y el muy amado y anciano padre Ninian Hobbes como celebrante, ayudado por el padre Charles Iredale, a quien conocía bien, y cerca de doscientos fieles...

—¿Qué clase de gente? ¿Quiénes iban a un sitio como aquel?

—Había de todo. El típico grupo de Saint Aidan. Algunos, evidentemente bien situados; otros, evidentemente pobres. Toda clase de gente, desde blancos a negros, porque Saint Aidan había calado hondo en la población negra de Toronto, con muchos feligreses que entonces trabajaban como mozos en los ferrocarriles. De vez en cuando, alguno de ellos ayudaba en misa. Y se hacían chistes y se hablaba de misas negras. Eran las bromas que gustaban a los feligreses de Saint Aidan: un poco de pólvora mezclada con incienso. Había también nueve monjas de la Orden de San Juan; tenían un convento y una escuela en las cercanías. Oh, era una comunidad muy unida la de Saint Aidan, y como atraía a gente de todas las partes de Toronto, su influencia era muy amplia. Las autoridades diocesanas...

—Perdón, ¿las qué?

—El obispo y los clérigos a su mando que administran todo el distrito de la iglesia. Saint Aidan era una espina clavada, por el tufillo a Roma...

—¿Tufillo a Roma? ¿Qué quiere decir?

—Señorita Barron, si tengo que darle lecciones elementales sobre la historia de la Iglesia, no acabaremos nunca. ¿Sabe que la Iglesia anglicana es protestante? Claro que lo sabe. Pero hay una rama anglicana que pretende ser Iglesia católica en todos los sentidos, salvo en reconocer la soberanía del obispo de Roma. Algunos tienen la idea casi descabellada de que proviene de la Iglesia celta preagustiniana de Bretaña.

—Ya, lo entiendo, no crea que soy tan tonta. Pero tengo que escribir para mucha gente que no sabe nada de esto, y tengo que hacerlo de manera sencilla e interesante. Así que dígame, ¿cómo es que Roma se ha introducido en una iglesia anglicana de Toronto?

—Costumbres, de por sí no muy significativas, pero que pesan. Llamar «padre» al sacerdote, llamar «misa» a la comunión, hacer reverencias y persignarse durante los oficios... mucho incienso... y docenas de cosas...

—Sí, sí, ya lo entiendo. Pero volvamos al momento en que muere el viejo. Dígame exactamente lo que pasó.

—Todo parecía ir espléndidamente. Como el pan y el vino se habían preparado y consagrado la noche anterior, los llevaron en solemne procesión hasta el altar, después de la adoración de la cruz, acompañada, por cierto, de un maravilloso canto gregoriano. Y mucho incienso. Luego, el padre Hobbes rezó las oraciones de la precomunión, tomó la hostia que le habían preparado, la elevó para que todos pudiéramos verla, la introdujo en su boca, se puso raro y se derrumbó sobre el suelo. Apenas hubo pausa, porque creo que Iredale pensaba que el anciano se había arrodillado. Pero ¿por qué no lo había hecho antes de tomar la hostia? ¿Descuidos propios de su edad? El caso es que al instante se vio claro que se había caído. El padre Iredale y los diáconos se apresuraron a levantarlo, pero solo a medias. Era evidente que el anciano ya estaba muerto.

—¿Tan rápidamente?

—Yo diría que en menos de diez segundos.

—¿Cómo supo usted que estaba muerto?

—La larga experiencia. En la guerra... como forense... Aprendes a verlo en el aspecto. Algo se ha ido.

—¿Cómo lo definiría?

—Exactamente con estas palabras. El alma se ha ido.

—¿El alma?

—Parece sorprendida.

—Lo estoy. Usted, un médico, hablando del alma.

—Usted lo ha dicho.

—He oído decir al doctor Roseveare, del Hospital General, que ha operado a más de mil pacientes y nunca ha encontrado nada dentro que pudiera identificar con el alma.

—Ya lo sé. También yo se lo he oído decir.

—Pero usted no lo diría.

—No. Yo no lo diría.

—Supongo que por eso estaba allí el día que murió el viejo padre Hobbes, justo al pie del altar.

—En parte, sí.

—¿En parte?

—Dejémoslo así.

—Está bien. Dígame, ¿cuándo puedo volver?

—¿Cuándo ha de tener terminado el artículo?

—No hay prisa. Somos varios los que estamos trabajando en la serie *El Toronto de ayer.* Me gustaría verlo unas cuantas veces más, si le parece bien.

—Me parece bien.

—Pero, antes de irme, dígame una cosa. Quiero sacar la historia real de esta muerte porque luego se habló algo de un santo, ¿es eso verdad?

—¿Podemos dejarlo para la próxima vez? Oigo que ha llegado un paciente a la sala de espera.

Mientras acompañaba hasta la puerta a la señorita Barron, la pregunta me hormigueó de nuevo: ¿debí haberme llevado la dentadura postiza? Charlie Iredale estaba impaciente para que le firmara el certificado de defunción allí mismo, pero, evidentemente, no llevaba el formulario apropiado conmigo y tuve que volver al despacho para hacerlo, y bien hubiera podido llevarme la dentadura postiza para hacer unas pruebas sencillas y ver si podía encontrar alguna evidencia de la causa de la muerte. Pero, como digo, no insistí y, cuando uno de los diáconos vino aquella tarde, le entregué el certificado que decía que el anciano había muerto de paro cardiaco. Como, de una manera u otra, muere todo el mundo.

Y si tenía alguna duda, pronto se disipó. 2

Tendré que ir con pies de plomo con la señorita Barron. No porque haya nada deshonesto en ella, sino porque tiene la curiosidad insaciable de los buenos periodistas y una manera de examinar las cosas que es peor que lo que uno suele encontrar en los juzgados. He sido testigo pericial en muchas ocasiones, sobre todo cuando fui forense, y sé cómo les gusta a los abogados ser sutiles, incluso cuando no están dotados para ello. Pero los periodistas como Esme no son sutiles; hacen preguntas directas, improcedentes y desconcertantes; enseguida se dan cuenta de una evasiva. Insisten sobre el tema que estás deseando dejar de lado; son implacables y, si no contestas a una pregunta, te dan a entender que tratas de engañarlos.

A mi manera soy tan listo como la señorita Barron. Tengo mucho que ocultar y actuaré consecuentemente. Le daré otras cosas

para que meta su nariz en ellas, sin sacar a colación todos los problemas que surgieron tras la muerte del padre Ninian Hobbes.

¿A quién le importa hoy que un sacerdote anciano cayera muerto mientras celebraba la comunión, hace ya tantos años? La respuesta a esto, lo sé muy bien, es que miles de personas estarían interesadas si la señorita Barron pudiera servirles un plato caliente y picante. Insiste mucho en lo que ella llama «el derecho del público a saber», lo cual significa su derecho a vocear cualquier cosa que descubra y que sea escandalosa o lasciva. Pero la mía es una profesión sujeta al secreto de confesión.

Yo ya conocía esta serie de artículos en los que trabaja —*El Toronto de ayer*— antes de que viniera a verme. Fue una idea que tuvo su jefe, y su jefe es mi ahijado, Conor Gilmartin. También es el amante de ella, o ella lo es de él; nunca sé bien qué papel juega el coño en estos asuntos. Resulta que él le pone la breva de la serie en su camino, cuando lo normal es que un artículo sobre la iglesia de Saint Aidan y sus alrededores se lo podía haber dado al redactor religioso (expresión ambigua) del *Advocate,* Hugh McWearie, a quien conozco bien, y que lo habría hecho mucho mejor. En efecto, fue Hugh, cuando los tres hablamos de la serie, quien dijo que la parroquia de Saint Aidan era, o había sido, uno de los «pueblos» más interesantes de Toronto, y que convendría explorarlo a fondo y escribir sobre él.

Fue uno de los mejores alcaldes de Toronto quien introdujo la idea de «pueblo». La gran ciudad —decía él— tiene un interés especial en Norteamérica, porque está compuesta por una variedad de comunidades o «pueblos»: el chino, el italiano, el portugués, el musulmán, el taiwanés y muchos más, sin mencionar a los judíos, cuya comunidad ortodoxa era virtualmente desconocida por casi todos nosotros. Todos tienden a vivir en barrios identificables, con sus tiendas y lugares de reunión propios; incluso, en algunos casos, con sus periódicos, y cada comunidad se preocupa por la seguridad de los niños, la observancia religiosa y el cuidado de los ancianos, lo cual contribuye en gran medida a mantener bajo el índice de delitos violentos. En lo sustancial, si no en todo, el concepto del alcalde era acertado. El *Advocate* quería ensalzarlo y promoverlo, para lo cual

quería escribir sobre cómo se habían formado los pueblos y cuánto conservaban de su carácter los inmigrantes de segunda y tercera generación.

La parroquia de Saint Aidan era interesante porque quizá se trataba del único pueblo anglosajón o anglocelta que se conservaba, y en él la presencia dominante correspondía a su iglesia, grande y activa.

Que si se había hablado algo de un santo, preguntaba Esme. En efecto, se había hablado y, si se volvía a hablar, quería hacer cuanto estuviera en mi mano para que las cosas fueran por el cauce debido. Que era lo poco que yo podía hacer por mi pobre amigo, Charlie Iredale, quien había hecho un sacrificio mayor de lo imaginable. Pero tenía que ir con pies de plomo, porque Esme no tenía un pelo de tonta.

3

—Supongo que ahora debo llamarte tío Jack.

—No, por favor. Mi nombre es Jonathan, y nunca he tenido motes. No va con mi carácter. Así que tío Jon, si no hay más remedio.

—No, si no te gusta. No quería tratarte con familiaridad. Pero, como me he casado con Gil, creí que doctor Hullah sonaba demasiado formal.

—No me llames tío nada. Llámame Jon, si quieres, y yo te llamaré Esme.

Habían pasado muchas cosas en el breve tiempo transcurrido desde que Esme Barron se sentara la vez anterior en el sillón de los pacientes de mi sala de consultas. Porque yo tengo una consulta y no un «despacho» como tantos colegas míos; ya explicaré por qué cuando llegue el momento. Esme y mi ahijado Conor Gilmartin se habían casado; además, se casaron en una iglesia, lo que me sorprendió, porque pensaba que Gil había crecido alejado de todo eso. Fue una ceremonia tranquila y los invitados fuimos pocos. Los padres de Esme, una pareja anodina de alguna parte del oeste de Ontario, donde creí entender que tenían un gran huerto y un invernadero, estaban un poco fuera de lugar; la madre era redonda, como un barril o un cero, llevaba gafas bifocales y medias grises; el

padre era bajito, con el aspecto saludable que deben tener los hortelanos, y llevaba su mejor traje, que parecía indestructible y estaba hecho de esa tela gris que recuerda a un antiguo tejado de hierro acanalado. Los padres de Gil, los profesores Brochwel y Nuala Gilmartin, de la Universidad de Waverley, eran viejos amigos míos, y algo más que amigos. Y nadie más, salvo Hugh McWearie, que hizo de padrino de Gil, con su habitual aspecto de dolor resignado (que es engañoso), y una joven cuyo nombre nunca pude entender, que «defendía» a Esme. Esme no parecía necesitarla ni parecía que nunca fuera a necesitar a nadie que la defendiera, salvo a ella misma. Pero Esme estaba bonita como novia, porque es una joven hermosa, y pobre de la novia que no atrae una mirada el día de su boda. No se casó de blanco. Una muestra de su sensatez.

Acudí en calidad de amigo de todos y también como médico, por si Gil se desmayaba al llegar al altar, lo que parecía bastante probable.

Ahora Esme había vuelto a mi consulta y a su trabajo de escarbar en cualquier cosa que fuera interesante y pintoresca del «pueblo» que rodeaba la iglesia de Saint Aidan.

—El asunto del santo —decía ahora—. ¿Qué fue todo eso?

—Oh, solo un poco de entusiasmo pueblerino —contesté—. El padre Hobbes había sido muy popular. En realidad, más que popular. Querido. Porque era un anciano muy bondadoso.

—¿Bondadoso en qué sentido?

—No calentaba la rectoría debidamente. Solo se vestía con ropas que seguramente había llevado durante treinta años. Comía horriblemente poco y esperaba que los sacerdotes que vivían con él hicieran lo mismo. Cada penique que tenía lo daba a los pobres. Y eso, en una época como la nuestra, es una exageración; daba a los pobres cada penique que no se quedaba el gobierno o que no se necesitaba para gastos inmediatos. Solía recorrer el barrio en las noches de invierno, registrando todos los callejones, buscando a los mendigos que, borrachos, pudieran haber caído al suelo con riesgo de helarse. Se traía uno a su casa cada vez y lo acostaba en su cama, mientras él dormía en el sofá, y déjame decirte que dormir en el sofá de la rectoría era una penitencia de santo. Hubo algunas

murmuraciones porque era muy generoso con las putas que iban de capa caída. Consiguió que las colegas más prósperas aflojaran la bolsa para ayudar a las que pasaban un mal momento. Y consiguió que las putas fueran a confesarse, y las limpiaba, espiritualmente. Acostumbraba a bromear con ellas y ellas lo adoraban. Tenías que haber visto a las putas en su funeral. Tuvo problemas porque dejó que el edificio de la iglesia se arruinara, regalando el dinero que tenía que haber destinado a calefacción, arreglar goteras y comprar bombillas de repuesto.

»Por supuesto que, con un ejemplo como ese, el dinero llegaba a raudales. Saint Aidan no era una parroquia rica, ni mucho menos, pero la gente apoquinaba de una manera increíble para ayudar al padre Hobbes, porque a él nunca le quedaba nada. El padre Iredale hacía cuanto podía para mantener la iglesia en condiciones, y recibía mucha ayuda de la gente, que daba ropa a los sacerdotes y pagaba la abultada factura de las velas para que las misas quedaran bien siempre. Ah, a las putas les encantaba pagar el incienso. Las putas pueden ser muy devotas, ¿sabes? Necesitan la religión para su oficio. Todo el mundo contribuía. DeCourcy Parry, que se ocupaba de la música, podría haber doblado su sueldo en cualquier otra parte, pero le gustaba el ambiente de Saint Aidan y tocaba la mejor música de Toronto. Dwyer trabajaba desinteresadamente y, si hubieras conocido a Dwyer, sabrías lo que le costaba vencer su egoísmo. Amaba el canto gregoriano y las complejidades del ritual. Aquel era un ambiente extraordinario.

»Por eso no tiene nada de extraño que, a la muerte del pobre padre Hobbes, al pie del altar, para él consagrado como la verdadera mesa de Dios, y a la vista de mucha de esta gente, se dijera que había sido un santo y que había que hacer algo.

—¿Y qué es lo que hicieron?

—No había que hacer nada. El obispo envió a uno de sus arcedianos para predicar un sermón en el que explicó minuciosamente que la Iglesia anglicana ya no hacía santos, sin que con eso quisiera minimizar la grandeza de los santos de los tiempos anteriores a la Reforma, típico ejemplo anglicano de cómo nadar y

guardar la ropa y, después de un tiempo, las aguas volvieron a su cauce.

—No es eso lo que he oído. Me han dicho que hubo bastante ruido e incluso me han hablado de milagros. ¿Tuvo que adoptar el obispo medidas enérgicas?

—Oh, a la gente le gusta exagerar estas cosas. Puedes creerme si te digo que fue una tempestad en un vaso de agua. Como sabes, yo estaba allí.

—¿No expulsó el obispo a Iredale?

—¡Cielos, no! Al padre Iredale, al cabo de un tiempo, lo trasladaron a una parroquia en la parte más al norte de esta enorme diócesis. Supongo que el obispo pensó que Iredale estaría contento de poder descansar durante un tiempo de la atmósfera caldeada de Saint Aidan.

—Jon, esto me huele a gato encerrado. No serás tú el gato, ¿verdad?

—Nada más lejos que eso. Pero tengo una memoria privilegiada, cosa que no es corriente.

—Conociste bien a Iredale, ¿verdad?

—Bueno... de niños fuimos juntos al colegio.

4

Juntos al colegio. Todo cuanto digo a Esme de Charlie está condicionado por ese hecho. Todo cuanto digo a Esme está condicionado por el hecho, aún más importante, de ser yo quien soy: Jonathan Hullah, MD, FRCP,* de probada reputación en el tratamiento de enfermedades crónicas, y algo malfamado entre ciertos colegas por los métodos que empleo en esos tratamientos. Todo cuanto digo a Esme tiene sus raíces en mi niñez y en la totalidad de lo que soy y de lo que ha sido la experiencia de mi vida. ¿Entiende ella eso? No es tonta, de ninguna de las maneras; al contrario, es una joven de agudo ingenio. Pero es una periodista y entrevistadora que no llega muy hondo, porque, si lo hiciera, habría atisbado la claridad en la «historia» que terminará por escribir para el periódico. Hay profundidades dentro de mí que Esme nunca va a explorar y supongo que tampoco quiere hacerlo. Pero esas

profundidades hay que explorarlas de alguna manera en el relato de mi diario.

Me pregunto, ¿cuántos entrevistadores tienen idea de la complejidad de la criatura a quien interrogan? ¿Creen realmente que lo que ellos pueden sacarle al sujeto es la totalidad de la «historia»? No los mejores entrevistadores, desde luego. Esme no es mala, pero desea la claridad por encima de cualquier otra cosa, y la claridad no es precisamente una característica del espíritu humano.

Lo que le diga será la verdad en la medida de lo posible, pero en cuanto a la realidad de la «historia», que ella busca con la energía de un terrier detrás de una rata, lo que le diga no será ni la mitad de lo que sé.

Todo lo que soy queda detrás de todo lo que digo. Así que... Charlie y yo fuimos juntos al colegio.

—¿Gilmartin?

—Presente.

—¿Hullah?

—Presente.

—¿Iredale?

—Presente.

—Así que sois novatos. Dios, ¿qué le está pasando a esta escuela? ¡Vaya nombres! ¡Gilmartin, Hullah, Iredale! ¡Esta había sido siempre una escuela de hombres blancos! ¿De dónde sois, malnacidos?

—Salterton —dijo Gilmartin.

—Salterton —dijo Iredale.

Yo guardé silencio.

—Vamos, Hullah, ¿de dónde eres?

Puesto entre la espada y la pared, tuve que contestar.

—De Sioux Lookout.

—Es la primera vez que lo oigo. ¿Dónde está eso?

—Al norte de Ontario.

El que interrogaba era un zoquete deforme, un asqueroso diablo, encargado de pasar la lista de las cuatro treinta; se llamaba Salter. Salter L., porque los chicos del Colborne College no tenían

nombres de pila completos. Tenían apellido y la inicial del nombre de pila.

—¡Sioux Lookout! Dios, ¿qué va a pasar aquí? —dijo Salter con fingido susto. Luego siguió pasando lista.

Pero nosotros tres, los tres novatos, Brochwel Gilmartin, Charlie Iredale y yo, simpatizamos por no ser «hombres blancos» —así nos definió el troglodita Salter— y nos hicimos amigos desde aquel mismo momento.

Necesitaba amigos. No llevaba todavía cuarenta y ocho horas en el Colborne College cuando me di cuenta de que los demás muchachos parecían hermanos o, por lo menos, primos hermanos, y que eran *tories* de nacimiento. Yo no tenía parientes y mis padres habían sido siempre liberales. En aquella época, en Canadá, las fidelidades políticas y religiosas eran aún más importantes que la familia a la que se pertenecía o el dinero que se pudiera tener. Me sentí profundamente desvalido, un don nadie, pero aquello no duró mucho. Salter proclamó a gritos y sin ahorrarse palabras que yo venía de un lugar desconocido llamado Sioux Lookout, que indiscutiblemente tenía que ser un vertedero de basuras e, inmediatamente, me apodaron *Muchacho Salvaje*, un arborícola.

Se rieron de mí porque dije «Look-*out*»*,* poniendo el acento en la segunda sílaba; nunca había oído que se pronunciara de otra manera. Y era una pronunciación lógica, porque Sioux Lookout era un lugar donde los ojibwa, durante siglos, se habían enfrentado y resistido a sus enemigos del sur, los sioux. Así que Atalaya de los sioux, ¿por qué no?

Colborne College era una escuela admirable, pero, claro, eso no quiere decir que fuera un lugar cómodo y agradable. Desde los años de mi mocedad, los mayores esfuerzos de los educadores más entregados no han conseguido que la escuela dejara de ser otra cosa que la escuela, es decir, una jaula con oportunidades educativas. Las escuelas, desde sus orígenes, se inventaron para que los niños no estorbaran a sus padres y, en nuestra época, se les ha añadido la función económica de mantener fuera del mercado laboral a una juventud no impedida. Pero están tan organizadas que

solo los zopencos más cerriles pueden entrar y salir de ellas sin haber aprendido unas pocas cosas.

En Colborne aprendimos no solo las asignaturas del programa, sino también la compleja política de la vida comunitaria, cómo comportarse con los mayores y supuestos superiores y una cierta mundanidad, superficial, aunque útil. Aprendimos a doblegarnos sin rompernos. Aprendimos a aceptar la vida como se presenta. A no lloriquear o exigir privilegios que éramos incapaces de ganarnos. Encontramos el sitio —y nos adaptamos a él— que probablemente nos correspondería en el mundo. Y, entretanto, se nos enseñó un alto grado de astucia para ocultar lo que pudiera ser nuestra verdadera naturaleza. En Colborne podías sentirte artista, esteta, filósofo, fascista o timador, pero solo unos pocos adivinaban tu secreto.

Fue esta última e importante lección, la obtención y ocultamiento de la astucia, para la que ya tenía cierta aptitud, la que busqué en los demás cuando llegué a Colborne, y la encontré enseguida en Charlie Iredale y en Brocky Gilmartin. Nuestra rareza, y lo que guardábamos para nosotros mismos, era que sabíamos adónde queríamos llegar.

La mayoría de muchachos creían que después de la escuela se les abriría un camino, probablemente la universidad o la academia militar; no se preocupaban mucho de lo que pudieran ser. Vivían en un mundo donde sus padres habían seguido unos caminos que no habían elegido con convicción, y estaban más o menos contentos con ser abogados, corredores de bolsa o ejerciendo algunas de las múltiples e inexplicables profesiones etiquetadas como «negocios».

Nosotros tres podíamos definir nuestras ambiciones: Brocky quería ser un sabio profesor universitario; yo quería ser médico, y Charlie —esto tenía que guardárselo bien— quería ser sacerdote. Sí, sacerdote, tal como se emplea la palabra en la Iglesia anglicana. Para casi todos en Colborne esa palabra tenía resonancias de católico romano. Había pocos católicos en la escuela, de la misma manera que había pocos judíos, pero ninguno de ellos hubiera soñado con poner en tela de juicio la estricta línea anglicana adoptada por el director del colegio. Creo que hasta les gustaba, sin

duda con sus reservas mentales, pero saboreaban la prosa elegante y la formalidad caballeresca de todo aquello. No trataban de poner de relieve sus diferencias.

Colborne era una buena escuela, pero, claro, no era un paraíso. Ofrecía una buena enseñanza, útil para las tres profesiones que habíamos elegido a tan temprana edad. A los maestros les encantaba que a Brocky le gustara buscar debajo de la superficie de los idiomas clásicos y modernos; yo, cuando lograba eludir a los clásicos, conseguía mis mejores éxitos en los laboratorios de física y química. Charlie era bueno en historia, y en nada más.

5

Muchacho salvaje. Me hubieran podido poner motes peores o menos apropiados, porque cuando fui a Colborne sabía más de la naturaleza que la mayoría de mis compañeros, cuyo contacto con ella consistía en una casa de veraneo en Georgian Bay y algunos deportes acuáticos en lagos muy frecuentados. Nací y pasé mis primeros catorce años en Sioux Lookout y sus alrededores, a unos tres mil kilómetros al norte de Toronto. El mundo del sur nos llegaba con la aparición diaria del tren transcontinental del Canadian National Railway, que traía correo y paquetes cuando los había. Casi todo el correo era para la mina de mi padre. No era su mina realmente, sino una de las muchas minas que pertenecían a una compañía de la cual mi padre era copropietario; producía piritas de hierro, un mineral poco interesante, pero valioso para el endurecimiento y acrisolado de otros metales y para la obtención del vitriolo verde, muy empleado en tintorería.

A mí me parecía entonces que mi padre era el rey del lugar. Y, ciertamente, era el ciudadano más prominente. Pero ahora entiendo que no pudo ser un hombre muy ambicioso, porque era feliz viviendo en un lugar tan apartado, dirigiendo una explotación minera sin problemas y con poca gente de su misma formación o nivel cultural. Lo que realmente le gustaba era cazar y pescar, y lo hacía durante todo el año, porque no había guardas forestales en las cercanías que vinieran a molestarlo y, como los indios de la reserva cercana cazaban y pescaban legalmente siempre que querían, un hombre que hiciera lo mismo atraía poco la atención.

Mi padre era un hombre de talante amable e indolente. Fue muy bueno conmigo. Me enseñó mucho de ingeniería y matemáticas, sin que fueran realmente lecciones, y me llevaba al bosque y a navegar en canoa por el lago Seul. Aprendí con él a conocer los árboles, la pícea blanca y la negra, los abetos balsámicos, los pinos gigantes de pequeñas agujas, los regios abedules, cada uno en su propia postura, y los álamos temblones que reflejaban la luz con formas variadas y mágicas cuando el sol brillaba y ofrecían su presencia estremecedora y nerviosa en un bosque casi siempre tranquilo, aunque a veces inquietante. No es que me inquietara, solo cuando me sorprendía la tormenta. No diré que amaba la tranquilidad del bosque, porque formaba una parte importante de mi vida y no me daba cuenta, pero aquella tranquilidad se convirtió para mí en norma y medida de lo que la vida debía ser y aún la llevo dentro de mi alma. Cuando me siento muy necesitado de reposo, en medio de la prisa y el ruido enloquecedores de Toronto, cierro las puertas y echo las cortinas y trato de recuperar la tranquilidad del bosque donde crecí y compartí la vida con mi padre.

Mi madre era un tipo de persona completamente diferente. Había recibido una buena educación, a la manera que se estilaba en su juventud, lo cual quiere decir que nunca se le ocurrió ir a la universidad, pero adquirió una cultura y una serie de conocimientos que pocas jóvenes universitarias parecen tener hoy. Me parece que hizo lo que muchas mujeres hicieron en su época, y permitió que su vida estuviera condicionada por las circunstancias de su matrimonio y los gustos de su esposo. Él era ingeniero y, poco después de casarse, lo hicieron jefe de una mina en Sioux Lookout; pues bien, a Sioux Lookout se fue ella a ver qué le deparaba la vida. Lo que le deparó fue un gran número de posibilidades para estudiar la naturaleza y cultivar plantas, lo cual hizo con entusiasmo. Y le deparó lo que era muy valioso para las mujeres de su clase en aquel tiempo: «hacer el bien», ayudar a los menos afortunados que ella, enseñar nuevas ideas de higiene y cuidado de los niños, hacer que mi padre leyera «la ley Riot» a los borrachos que pegaban a sus esposas, y tratar de ayudar, cuando fuera necesario, a las mujeres indias de la reserva cercana. Era una Buena Influencia, y aunque

hoy nos burlamos mucho de eso, era algo indiscutible en aquella época, e hizo su papel con sentido común y entusiasmo. Todo el mundo quería y respetaba a la señora Hullah, aun cuando no siempre quisieran hacer lo que ella consideraba mejor.

En su hogar resolvió que yo no iba a ser un «niño de los bosques», como ella lo llamaba, y a menudo el tren traía de Toronto paquetes de libros y discos de gramófono, y en nuestra casa se oía los domingos a Beethoven y a Brahms (era antes de que empezara la manía de Mozart), y las operetas de Gilbert y Sullivan, que gustaban mucho a mi padre. Me las aprendí antes de empezar a hablar, y me gustaban más que *Fausto,* que mi madre tenía al completo en grandes álbumes de discos. Me gustaba Mefistófeles, pero no entendía cómo Fausto había podido engañar a Margarita ni nadie quiso explicármelo.

Recuerdo aquellos días en Sioux Lookout como un paraíso perdido. Fui un niño solitario, pero me gustaba la soledad y aún me sigue gustando. A pesar de los esfuerzos de mi madre, fui un niño de los bosques, y lo que los bosques me enseñaron permanece en el corazón de mi vida. Y, a diferencia de mucha gente que visito en mi sala de consultas, amé y admiré a mis padres y les estuve y les estoy todavía agradecido. Oh, por supuesto que tuve mi rebeldía de adolescente, pero eso pasó, como deberían pasar todas las enfermedades de la niñez.

6

No, sin embargo, como pasan todas las enfermedades de la niñez. Cuando tenía ocho años, caí enfermo con escarlatina, y aún conservo señales de ella.

¿Cómo la contraje? (O debería decir, ¿cómo y por qué la «cogí»? Porque, como médico, siempre he sido consciente de la sabiduría que encierra el concepto de «coger» una enfermedad y no ser cogido por ella.) De vez en cuando bajaba paseando hasta nuestra pequeña estación de ferrocarril, que no era mucho más que un cobertizo, y miraba y me mezclaba con los pasajeros que bajaban al andén para estirar las piernas o quizá para admirar el bosque cercano y el gran silencio que lo rodeaba, mientras el tren permanecía parado unos cinco minutos. ¿Tosió o resopló cerca de mí

algún pasajero infectado? Así se decía entonces que se transmitía la escarlatina.

Un día pasó algo extraño. Paró el tren, y entre los pasajeros que bajaron al andén para tomar el aire había tres muchachas, algo mayores que yo, de once o doce años, diría, que me miraron con curiosidad, mientras yo les devolvía una mirada adusta. Cuchichearon y rieron entre ellas, y la más atrevida —tenía tirabuzones y llevaba un chaquetón blanco de piel de conejo y zapatos forrados de la misma piel— se acercó y me dio un beso en la boca. Volvieron corriendo al tren, chillando con la excitación de la sexualidad juvenil y me dejaron, con la cara toda colorada, en medio de un grupo de adultos regocijados. ¿Fue eso lo que me transmitió la infección? Lo fuera o no, creo que cogí la escarlatina de aquella joven descarada y, después de varios días de abatimiento, irritación de garganta y vómitos ocasionales, me sentí gravemente enfermo.

Mi madre echó mano del termómetro. Mi temperatura era de treinta y nueve grados y me salió una erupción por todo el cuerpo. Llamaron de inmediato al doctor Ogg.

El doctor Ogg no era precisamente una eminencia de la profesión médica y raramente se le llamaba a nuestra casa, como no fuera en caso de verdadero apuro. El doctor Ogg era un borracho y un fracasado. Su esposa lo había abandonado hacía tiempo para llevar una vida desvergonzada en Winnipeg, algo seguramente más animado que vivir con su esposo. Desde entonces, el doctor había caído en un estado de miseria higiénica y moral. Se ganaba la vida sobre todo recetando botellas de ginebra, whisky y brandi, exigidas regularmente por algunos centenares de ciudadanos del pueblo para dolencias que el doctor Ogg diagnosticaba. Era aquella una época en que la venta de licores estaba prohibida legalmente en Canadá, pero un médico cualificado podía recetarlos cuando era imperativamente necesario, y los médicos cualificados solían hacerlo, aunque raramente en la cantidad en que lo hacía el doctor Ogg. Como no había farmacia en el pueblo, guardaba las existencias en su propio despacho profesional, con la ventaja consiguiente de poder vender las botellas al precio que quería. Era, de hecho, un contrabandista

de licores vestido con una raída bata de médico, pero cuando surgía una emergencia se recordaba que también era médico.

El doctor Ogg apareció junto a mi cama apestando a desinfectante y a brandi. Estaba razonablemente sobrio, porque temía a mi padre, que le podía crear problemas si se convertía en una desgracia demasiado grave para el pueblo. Me examinó y me olisqueó (nunca lo olvidaré), y se llevó a mi madre fuera de la habitación para decirle que yo tenía escarlatina, probablemente en forma de *scarlatina miliaris,* y que era una enfermedad extremadamente peligrosa. De momento, no había nada que hacer, excepto tenerme lo más cómodo posible y dejar que la fiebre siguiera su curso.

Cuando se marchó fue a ver a mi padre a la oficina de la mina y le dijo que era preciso poner nuestra casa en cuarentena. Todo el mundo lo tenía olvidado, pero el doctor Ogg era el jefe de sanidad de nuestro distrito, y aquello formaba parte de sus deberes. Dijo que si la enfermedad contagiaba a los indios, iba a resultar devastadora, porque los indios no la resistían y las consecuencias podían ser terribles. Así que enviaron unos telegramas y, al día siguiente, el tren de Winnipeg en dirección este trajo varios carteles rojos, que se clavaron debidamente en todas las puertas de nuestra casa, advirtiendo al público que se mantuviera alejado, porque algo muy parecido a la peste acechaba dentro.

Mi padre, de muy mala gana, tuvo que mudarse e instalarse en la oficina de la mina. Dentro de la casa permanecimos mi madre, la muchacha india que constituía el «servicio doméstico» y yo. Mi madre hacía de enfermera y dormía en una habitación contigua a la mía. El doctor Ogg nos visitaba dos veces al día, cada vez más deprimido y pesimista. ¿Por qué mi madre y el doctor Ogg no se contagiaron de la enfermedad a la que estaban expuestos cada día? ¿Por qué yo, en todos mis años de práctica, nunca he «cogido» nada de mis pacientes? Creo que lo sé, pero mi teoría no encajaría bien en una revista de medicina.

Mi calentura pasó de los treinta y nueve a los cuarenta grados y así se mantuvo durante varios días. Dos veces al día me ponían una «compresa fría», una sábana empapada en agua fría y envuelta en

una manta, para reducir la fiebre, pero sin conseguir nada. Al final, el termómetro rozó los cuarenta y un grados y el doctor Ogg le dijo a mis padres que difícilmente llegaría al día siguiente.

Lo que pasó lo sé por lo que mi madre me contó después. Al atardecer del día en que el doctor Ogg anunció la mala noticia, empezaron a aparecer unos indios en nuestro césped, delante de la ventana de mi habitación; retiraron la nieve de una parcela de terreno y montaron una tienda, un cosa sencilla hecha con mástiles inclinados hacia dentro y unidos por los extremos superiores (*tipi* o *wigwam* lo llaman), cubiertos con pieles. Mi madre no entendía lo que estaba pasando y fue mi padre quien se lo explicó, cuando vino al atardecer para hacer su habitual visita. Hablaron a través de una ventana.

—Han ido a buscar a Elsie Smoke —dijo mi padre.

Mi madre sabía quién era Elsie Smoke, una «bruja», una herborista que vendía hechizos contra diversas desgracias, que hacía tónicos y lenitivos con las hierbas que recogía en los bosques y que, en alguna ocasión, había curado con pan enmohecido heridas de hacha o cortes parecidos. Todo esto ocurría antes de descubrirse la penicilina y, para las personas como mi madre, los remedios de Elsie eran irracionales y sucios y, si resultaban efectivos, lo eran por una cuestión de suerte y no por las virtudes curativas del moho.

—¿Qué van a hacer? —preguntó mi madre—. No podemos dejar que Elsie entre aquí. Sabes lo que dijo Ogg. Ya tengo bastante que soportar para que ahora vengan estos a entrometerse. Diles que se vayan.

—No creo que debamos hacerlo, Lily —dijo mi padre—. Ya te he dicho lo agradecidos que están por lo que haces para que la infección no salga de nuestra casa y llegue a la reserva. Quieren ayudar, si pueden. Sería ruin que los echáramos. Aparte de que no sé si deben irse —añadió con aire compungido.

Como mi madre, creía sin dudarlo que yo iba a morir y aquello iba a ser un duro golpe para los dos. Prueba de la confianza y del amor que se tenían fue que mi madre no insistiera más en que se expulsara a Elsie Smoke o a cualquier otro que viniera.

De esto, como ya he dicho, yo no supe nada, y mis recuerdos de lo que ocurrió después son una mezcla de lo que me contó mi madre y de algunos recuerdos fantasmagóricos en los cuales ella no tomó parte. Terminaron de montar la tienda y a eso de las siete de la tarde apareció Elsie Smoke: llevaba consigo una serie de objetos que mi madre no supo identificar, y entró en la tienda sin hacer un gesto de saludo o reconocimiento a los indios que estaban por allí, quienes, poco después, se fueron a sus casas. No se oyó nada ni hubo ningún indicio de vida en la tienda hasta cerca de las diez, cuando empezaron a oírse las llamadas espaciadas de las aves nocturnas. Las llamadas de las aves, en una noche de crudo invierno, ¿qué pueden significar? Al cabo de un rato, aquellas llamadas se mezclaron con los gritos de los animales, destacando entre ellos el aullido de un lobo, no muy alto, sino apagado, como si viniera de muy lejos. Y, entonces, la tienda empezó a temblar, con unas sacudidas tales que parecía que fuera a salir volando. Las llamadas de las aves y las voces de los animales se fueron disipando y, en su lugar, se oyó un redoble grave de tambor, y siguió sonando durante mucho rato, hasta tal punto que mi madre dijo que aquel redoble era hipnótico, porque la venció el cansancio (me había estado cuidando día y noche durante casi tres semanas), y se echó en su cama, medio vestida, por si yo la llamaba durante la noche.

Yo no oí nada de esto, pues me hallaba en lo que ahora sé que se llama coma, quizá moribundo, porque la fiebre era irresistible. Pero, hacia la medianoche, fui consciente de alguna manera del redoble del tambor y, aunque me tenían estrictamente prohibido que saliera de la cama y, aunque estaba tan débil y tan febril que apenas podía arrastrarme, me las arreglé para llegar hasta la ventana y mirar la tienda temblorosa. La ventana no ajustaba a la perfección (en aquella época ninguna ventana cerraba bien) y alguna corriente de aire frío entraba por las rendijas laterales. Respiré ansiosamente aquel aire aunque por poco me hace vomitar, dado el estado en que me encontraba. Y allí permanecí, no sé decir por cuánto tiempo, mirando la tienda convulsionada y escuchando el redoble del tambor que, como mi madre dijo, era verdaderamente hipnotizante.

Cuando mi madre vino a las seis de la mañana siguiente, me encontró tendido en el suelo, al lado de la ventana. Dio un grito, segura de que estaba muerto, pero no era así, ni mucho menos, y enseguida me devolvió a la cama y, una vez más (¿cuántas veces?) me tomó la temperatura (en la axila, porque no podía mantener nada en mi boca hinchada y dolorida). Para asombro de mi madre, solo tenía treinta y nueve grados y, a las nueve, cuando vino el doctor Ogg, estaba a treinta y ocho y medio. Yo sudaba a mares.

Ogg quedó encantado y se apresuró a apuntarse el éxito.

—La crisis ha pasado —anunció—: Es lo que esperaba.

—Pero usted dijo...

—Ya lo sé, señora Hullah, pero creí mejor que se preparara para lo peor. Nunca perdí la esperanza. Personalmente, quiero decir. Esa ha sido siempre mi consigna, nunca hay que perder la esperanza.

Fue entonces cuando a mi madre se le ocurrió mirar por la ventana. La tienda había desaparecido y la única señal de su paso (¡y qué señal!) era el trozo de césped marchito sobre el cual la habían plantado. Para que se viera el césped habían tenido que derretirse por lo menos sesenta centímetros de nieve y hielo.

Mi madre le contó a Ogg lo que había ocurrido, aunque ignoraba la importancia que se le podía dar. Pero Ogg sí lo sabía y se puso furioso.

—Maldita marrana metomentodo —dijo con la cara enrojecida—. ¡Ella y las sacudidas de su tienda y toda su necia basura! La echaría de este lugar si no fuera porque la reserva india está fuera de la ley. Lo único que hace es mantener las supersticiones e impedir el avance de la ciencia.

Pronto llegó la buena noticia a mi padre. De ello se encargó Ogg, dispuesto a apuntarse el crédito de cualquier mejoría, aunque advirtió que no había que darle mucha importancia al descenso de mi temperatura.

Pero siguió bajando, aunque no de forma tan espectacular, y al cabo de una semana ya era normal, o alta por pocas décimas, y pude alimentarme con una larga serie de yemas de huevo, ligeramente aromatizadas con ron, que, según mi madre, me ayudarían a recuperar las fuerzas.

Pero tuvieron que pasar diez semanas antes de que me sintiera realmente recuperado. Fue un periodo largo y desagradable el que pasé quitándome la caspa, como copos marrones de piel, que me quedó después de la fiebre. Ogg empleaba una bella palabra para definir aquello: «desescamación», e insistía en que tenían que cepillarme suavemente, de arriba abajo, mientras yo permanecía de pie sobre un periódico, y luego reunir toda las escamas y quemarlas, porque eran infecciosas, igual que yo. Mi madre tenía que ponerse una máscara para no respirar el polvo de mi cuerpo.

Todo este tiempo se lo pasó mi pobre padre durmiendo en la oficina, pero al final ya podía saludarlo desde la ventana de mi dormitorio. En cuanto me dieron el alta como no infeccioso, Ogg exigió que se desinfectara toda nuestra casa, lo que en aquel tiempo significaba una cantidad enorme de solución de ácido carbólico. Acabó con todo el barnizado de los muebles y, como es natural, destruyó todo el empapelado de las paredes, pero mi padre estaba tan contento que prometió a mi madre que irían juntos a Toronto para comprar muebles nuevos.

Lo cual no pudo ser hasta después de la enfermedad de mi madre. Ogg se mostró solícito, aunque estaba perfectamente claro que lo que le pasaba a mi madre era que estaba agotada por la ansiedad y mis atenciones, y lo que necesitaba era «reponerse» con uno de los más poderosos tónicos de Ogg. Era una época de la medicina en la que existía una gran fe en los tónicos, compuestos principalmente de hierro y unas pocas hierbas amargas mezcladas con jerez barato. Mi padre añadió sus propios tónicos, los admirables vinos de su bodega. Siempre fue un aficionado entusiasta del vino, desde sus días de estudiante en Montreal, y guardaba una gran cantidad de botellas que le hicieron pasar felizmente los rigores de la Prohibición. Ogg estaba convencido de que sus panaceas «hacían sangre». Mi padre estaba igualmente convencido de que sus vinos «hacían sangre» y amplió su teoría hasta incluirme a mí, que tenía que beber a diario una gran cantidad de vino diluido en agua, educando mi paladar, que aún conservo. Pero, por supuesto, aquello era solo «medicinal» y su aspecto agradable puramente accidental.

Supongo por tanto que entre la convalecencia mía y la de mi madre debieron de pasar cuatro o cinco meses y, luego, mis padres, pertrechados con toda clase de medidas, subieron al tren con destino a Toronto para renovar nuestra casa. Se decidió (oh, alegría imposible de explicar) que yo fuera con ellos. Fueron tan buenos que pensaron que después de que la muerte me acariciara merecía aquel detalle.

Y así fue cómo, a la edad de nueve años, camino de los diez, aterricé por primera vez en la ciudad que ha cobijado mi vida y por la que siento un gran afecto. Londres es romántica e históricamente espléndida. París es infinitamente hermosa y tiene un aire de aristocracia pervertida; Viena tiene un espíritu ambiguo —un sabor agridulce— que me encanta. Pero Toronto —la Toronto desmañada, jadeante, presuntuosa— ocupa un lugar especial en mi corazón, como un amor del cual uno se siente algo avergonzado pero que resulta inevitable. Tuve la suerte de que mi primera visita fuera en primavera, cuando los árboles renuevan sus hojas, porque Toronto es la ciudad de los árboles, y los árboles, en cualquier época del año, son su principal hermosura. Si un día perdiera sus árboles, sería como una mujer que perdiera el cabello.

Nos alojamos en el King Edward Hotel y, mientras mis padres se pasaban varios días en los almacenes Eaton, eligiendo papeles de pared y cortinas, yo me quedaba en la biblioteca del hotel, donde varios empleados no me perdían de vista. Pero no hice ninguna travesura; la biblioteca era la típica colección aburrida de libros que suele haber en los hoteles, con la feliz excepción de una alta estantería que alguien había llenado con un montón de revistas, toda una serie de *Illustrated London News,* que se remontaba hasta los años ochenta y noventa. Me absorbieron hasta dejarme hechizado y me dieron una idea totalmente equivocada del aspecto y la vida de la capital del Imperio británico. De todo cuanto vi en las revistas, los mejores hallazgos fueron las fotografías y crónicas de los estrenos de las operetas de Gilbert y Sullivan que, para mí, eran como si se hubieran estrenado el día anterior.

Hicimos una inolvidable visita al teatro, el Princess, en King Street, hace tiempo desaparecido para hacer sitio a la University

Avenue, donde vimos a Fritzi Scheff en *Mlle. Modiste* y yo experimenté mi primer estremecimiento sexual consciente cuando contemplé sus bellísimas piernas. Nunca había ido antes al teatro y, hasta hoy, incluso un drama de degradación e injusticia social me atrae de alguna manera; siempre espero, en esos casos, que aparezca una pierna que ilumine la oscuridad.

Pero la parte más significativa de este chapuzón en la civilización fue la visita a un médico eminente, el doctor James Robb, que tenía que examinarme y dictaminar cuál era mi estado. Se tomó su tiempo y los recuerdos que guardo me hacen pensar que era un diagnosticador capaz y experimentado, pero no muy buen psicólogo, porque después de escucharme, examinarme y medir mis reflejos, procedió a decir a mis padres lo que había descubierto, estando yo presente en el cuarto, de pie, al lado de la silla donde estaba sentada mi madre. Dijo que yo estaba «delicado» y que tenía que ser tratado como tal; que la escarlatina me había dejado con un corazón débil y una considerable pérdida de audición en el oído izquierdo. Que, después de todo, me había librado de milagro de una enfermedad maligna y peligrosa, pero que no debían fatigarme en ningún caso.

Esto tuvo una enorme importancia para mi futuro, porque quien declara a un niño «delicado», unge y corona a un tirano.

7

El problema era la escuela. ¿Cómo iba a recibir cualquier tipo de educación? Ya tenía diez años y nunca en mi vida había ido a un colegio. El del pueblo era una escuela misionera católica, donde las monjas se pasaban las mañanas enseñando oraciones y catecismo. Eso no entraba en la cabeza de mis padres, que nunca iban a la iglesia, ni siquiera cuando podían, lo cual sin embargo no menoscababa sus prejuicios protestantes. Tampoco había escuela en la reserva india; los ojibwa podían ir a la escuela de la misión si lo deseaban; pero no lo deseaban. La única solución era que me enseñaran mis padres.

Y, por lo visto, fue una buena solución. Mi padre era un buen matemático, a la manera de un ingeniero, con un gran dominio del álgebra y la geometría. Con ellas mezclaba un poco de ciencias, las

que se aprenden en ingeniería, mucho más prácticas que las que luego aprendí en Colborne. Lo más interesante para mí fueron sus demostraciones, mientras paseábamos, de los fundamentos de la geología. Mi madre se ocupó de la geografía y del latín, y entre los dos me dieron lecciones de historia (mi padre estaba muy interesado por las campañas de Napoleón), y de literatura, que consistían sobre todo en leer sin parar y en memorizar poesías. Las lecciones eran por la mañana. Por la tarde yo era libre de leer, jugar o pasear.

Pero si quería ir de paseo, tenía que ser bajo el cuidado de Eddu, cosa que me desagradaba porque ambos nos despreciábamos mutuamente.

Era un chico *métis,*[*] creo que de unos trece años, lisiado de una pierna, porque no hacía mucho había caído en una trampa en los bosques. La señora Smoke le había aplicado el tratamiento del pan mohoso, pero todavía caminaba de una manera rara, dando unos pasos que en el pueblo llamaban «salto de la comba». Este defecto, no sé por qué razón, tenía que merecer la simpatía de un chico delicado como yo, pero nada más lejos de eso. También se tenía la idea de que, por ir yo con Eddu, aprendería algo de francés, pero su francés era, en el mejor de los casos, una especie de *patois* que, cuando quería gastarme una broma o humillarme, se convertía en un galimatías de francés, inglés, ojibwa y alguna pincelada del gaélico que llaman bungee o dialecto del Río Rojo y me dejaba desconcertado. El nombre verdadero de Eddu era Jean-Paul, pero lo llamaban Eddu por alguna razón que nunca me explicaron.

Alguien podría decir que mi disgusto por él se debía a mi esnobismo o refinamiento pero, por lo que sé, el esnobismo solo es en ocasiones el rechazo de lo verdaderamente inferior, y si la humanidad nunca se hubiera refinado, supongo que la *haute cuisine* nunca habría sustituido a un trozo de carne asada sobre un fuego humeante. No me gustaba Eddu porque era víctima del mayor eretismo sexual juvenil que jamás he conocido. Dicho con más claridad, Eddu era un calentorro irremediable.

Ya el primer día que Eddu, encargado oficialmente de cuidar de mi delicadeza, me llevó al bosque, se detuvo en cuanto estuvimos

entre los árboles y me enseñó su pene en alto grado de excitación. Me pidió que le enseñara el mío y me negué, no tanto por pudor como por miedo a lo que pudiera venir después. Y no porque no tuviera idea de lo que podría pasar, sino porque todo aquello me parecía peligroso. Se burló de mí y dijo que probablemente yo no tenía nada que enseñar. Quería que le tocara el suyo, para que sintiera lo caliente y rígido que estaba, y lo hice sin confianza ni entusiasmo. Decía que estaba así siempre y que por eso tenía aquella manera extraña de andar. Todas las chicas del pueblo y de la reserva sabían de él y algunas le permitían el favor de un «contacto», de modo que era un experto en el tema de las adolescentes del lugar o, como él decía, de «cómo se corrían». Había otras que le dejaban hacer una intimidad que él denominaba «dedo apestoso». Tal como lo describía Eddu, este juego parecía ser tan prolongado y extático como cualquiera del *Kama Sutra.* Me decía que si yo quería podía mirar cuando estaba con una chica, pero no quise. Sin saber exactamente cómo o por qué podía causarme problemas, tenía la intuición de que debía mantenerme alejado de todo aquello.

Y no porque yo fuera un ignorante del sexo. Había leído mucho del tema en los libros de sir Walter Scott y sabía que el amor es una cosa muy bella, que para mí adoptaba la forma de una Fritzi Scheff idealizada. Como cualquier niño del campo, había visto animales «haciéndolo» y discernía vagamente lo que hacían, pero no lo relacioné con los humanos porque, después de todo, los animales son animales y nosotros no. Mis padres nunca mencionaban nada de este asunto, suponiendo, quizá, que yo estaba demasiado delicado para ocuparme de esas cosas y, en cualquier caso, ¿de qué servía poner ideas en la cabeza de un niño que no iban a tener efecto hasta mucho tiempo después? En cuanto a Eddu, no sospechaban nada.

Llegué rápidamente a un acuerdo con Eddu; yo seguiría mi camino y él seguiría el suyo; él cobraría su dólar a la semana por cuidarme y yo no lo denunciaría. Desde entonces nunca he pensado en Eddu como ejemplo de hombre salvaje; no era como un animal, porque los animales tienen un autodominio sexual que a Eddu le

faltaba. A los animales, lo que más les preocupa es procurarse el alimento para estar sanos. Eddu era un producto de la civilización, que ha hecho posible que el hombre dedique toda su atención al sexo, haciendo del sexo su afición y pasatiempo primarios y, en definitiva, su propósito en la vida. El futuro de Eddu, lo sé ahora, habría sido la felicidad, tal como él la entendía, hasta los dieciocho años, después de lo cual habría contagiado de sífilis a sus amistades masculinas y femeninas y se habría vuelto loco antes de cumplir los treinta. Eso no es la naturaleza: eso es la civilización malentendida.

Así que tuve la fortuna de librarme de Eddu, y paseaba a mi dulce capricho. Algunas veces me adentraba en el bosque, que empezaba al borde del pueblo, y gozaba y me identificaba con él, pero no a la manera literaria que le habría gustado a mi madre. Me había enseñado *El canto de Hiawatha* de Longfellow*,* explicándome que Hiawatha había sido un ojibwa, y que las orillas del Gitche Gumee eran realmente las del lago Superior, que estaba a una considerable distancia hacia el sur, pero lo suficientemente cerca como para crear una apasionante asociación literaria. *El canto de Hiawatha* no iba conmigo; no «cogí» a Longfellow como había «cogido» la escarlatina. Traté de pensar lealmente en el Viento Noroeste como Keewaydin, y en Gitche Manitú como Dios con un penacho de plumas indio, pero como estaba rodeado de indios por todos lados, no podía tomármelo en serio sin sentirme ridículo. Pude digerir sin pestañear *El canto del último juglar* y *La dama del lago* de Walter Scott porque no había nada en mi mundo real que los contradijera. Pero no *El canto de Hiawatha.* La realidad, o lo que quedaba de ella, estaba demasiado cerca.

Para mí, el bosque fue paz, soledad y libertad para pensar y sentir lo que quisiera. Una nobleza tangible que caló en mi ser sin interferencias literarias. En mi vida posterior, ya lejos del bosque, descubrí las mismas sensaciones en la música.

8

Mi enfermedad, y mi importancia de niño delicado, colorearon todos mis pensamientos. Me inquietaba conocer todo lo que había pasado. Me obsesionaba la señora Smoke.

Elegía cuidadosamente mis palabras. Me presentaba en su cabaña y me sentaba en el suelo sin decir nada, aunque sabía que ella estaba pendiente de mí. Miraba sus infinitos potingues, mientras ella hervía hierbas o las ponía en remojo, raspaba o frotaba trocitos de hueso, elegía o rechazaba desperdicios de piel sucia, sin que nunca pareciera contenta con lo que hacía.

Al cabo del tiempo empecé a entender lo que hacía: diuréticos preparados con bayas y dientes de león para los infelices con piedras o arenilla; raíces de alumbre, hervidas en leche, para síntomas de cáncer; bardana para los estreñidos, muy numerosos en la reserva; moras hervidas en leche para los ocasionales afectados de diarrea. Eran remedios relativamente inofensivos, que nunca matan y a veces curan. Pero había abortivos para madres sobrecargadas con diez u once hijos famélicos que a veces producían la muerte, pero nunca trajeron a la policía montada a la puerta de la señora Smoke: la comunidad de indios y *métis* se cuidaba mucho de mantener el secreto.

Preparaba cocciones de dedalera para los corazones fatigados de los ancianos, lo cual, sin duda, aceleraba en alguna ocasión una muerte inminente, porque la *digitalis* ha de manejarse con más discreción de lo que sabía la señora Smoke. Me horrorizo ahora pensando en sus brebajes de belladona para paralíticos y epilépticos y para cánceres avanzados. Pero admito que las cocciones de corteza de sauce, que administraba a quienes tenían fiebre o tercianas, contenían ácido salicílico, una forma primitiva de aspirina, ni más ni menos que lo que, como médico, prescribo diariamente.

Los pacientes de la señora Smoke eran exclusivamente *métis* y ojibwas, con una notable excepción, que debía de ser un secreto, pero en comunidades como Sioux Lookout no podía haber secretos. La excepción era el *père* Lartigue, el cura misionero, que sufría horriblemente de almorranas. No podía acudir al doctor Ogg porque este le hubiera exigido que se levantara la *soutane* y se bajara los pantalones para mostrarle la parte afligida. El pudor del *père* Lartigue no podía concebir semejante exposición. Por eso, todos los sábados por la noche, la vieja Annie, ama del cura y fuente de todo chismorreo en la rectoría, visitaba a la señora Smoke y se llevaba un

tarro de mantequilla fresca, mezclada generosamente con milenrama hervida, para ungir al cura.

De todo esto me enteré observando y escudriñando cuidadosamente el lóbrego chamizo de la señora Smoke. Su cabaña era miserable y apestaba: era un viejo hedor a podrido, pero no a muerte. Tenía bolsas de piel, bolsas de tela y bolsas que empezaban a criar musgo por fuera a causa de lo que guardaban dentro. No había esquinas en su cabaña: dondequiera que uno esperaba encontrar una, había un montón de harapos, pellejos y chismes sin semejanza alguna con lo que la gente suele hacer o usar. No había chimenea, sino un agujero en el techo, un agujero pequeño, por el que desaparecía casi todo el humo del fuego. El fuego ocupaba parte de una estructura de piedra que hacía las veces de hogar, de estufa y de mesa de cocina, y siempre tenía puesto a hervir algo oloroso. El suelo era de tierra apisonada y, después de la época de lluvias o del deshielo primaveral, estaba blando y mojado y, al pisarlo, uno se hundía en él unos pocos centímetros. El techo era bajo y oscuro. El único objeto que no era del todo utilitario era una muñeca cubierta de plumas y abalorios, apoyada en un crucifijo puesto en la pared. Encima colgaba la máscara de una cara dividida en dos mitades, una roja y otra negra; la nariz y la boca estaban torcidas a un lado, con una expresión que podía ser de burla o de locura. Una vez pregunté qué era, pero la señora Smoke no me contestó.

Raramente contestaba. Los indios y los *métis,* alegres entre ellos, eran hoscos y taciturnos conmigo. Pero la señora Smoke era la menos comunicativa de todos ellos. Viéndola de espaldas y juzgando por el sonido de su respiración, podía adivinar si estaba dispuesta a conversar. Pero, a pesar de estas dificultades, tuve muchas charlas interesantes con la señora Smoke. Sería tedioso contarlas e imposible de reproducirlas en un inglés más o menos comprensible, porque cuando quería ponerme en apuros, por así decirlo, hablaba cada vez más en la jerga de Río Rojo, de la cual apenas entendía una palabra entre diez. Así que déjenme resumir todas aquellas charlas en una sola conversación, en la cual pongo las palabras de la señora Smoke en inglés corriente, idioma que pocos indios

hablaban; es verdad que de esta manera se pierde mucho del sabor de lo que decía, pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

*Yo*: Señora Smoke, ya sé lo que voy a ser. Quiero decir cuando sea mayor.

*Señora Smoke*: *(Ninguna palabra, sino un gruñido imperceptible que yo interpreto como una señal de ánimo.)*

*Yo*: Voy a ser médico y curaré a la gente. Como usted, señora Smoke.

*Señora Smoke*: *(No dice nada pero, por las sacudidas de sus hombros, sé que se está riendo.)*

*Yo*: ¿Le parece que es demasiada ambición? Soy muy trabajador, ¿sabe? Es lo que dicen mis padres. Aprendo rápidamente. Iré a la escuela cuando esté más fuerte.

*Señora Smoke*: ¿Irás a la escuela de los médicos?

*Yo*: Oh, no. Todavía no. Primero tengo que aprender muchas otras cosas. Un médico tiene que saber de casi todo.

*Señora Smoke*: Como el doctor Ogg, ¿eh?

*Yo*: No, no como el doctor Ogg. Y usted sabe por qué.

*(La señora Smoke no muerde el anzuelo y continúo yo.)*

*Yo*: ¿Quién me curó cuando el doctor Ogg dijo que iba a morirme? Usted lo sabe, señora Smoke: ¿no fue usted?

*Señora Smoke*: No, no fui yo.

*Yo*: ¿Quién, entonces?

*Señora Smoke*: Eso no te importa.

*Yo*: Sí que me importa. Usted tenía su tienda justo delante de mi ventana y había ruidos y redobles de tambor, y la tienda se movía como si fuera a echar a volar. Y empecé a sentirme mejor a partir de aquella noche. No es que esté bien del todo. Todavía estoy delicado, ¿sabe?

*Señora Smoke*: Mierda.

*Yo*: ¿Qué?

*Señora Smoke*: Estás fuerte como un oso. A mí no me engañas. Llegarás a viejo.

*Yo*: Oh, ya lo sé. Pero siempre estaré delicado. Tendré que ir siempre con mucho cuidado.

*Señora Smoke*: Engañas a todo el mundo. Pero no te engañas a ti mismo.

*Yo*: Estoy delicado, de verdad. Hasta Eddu lo dice.

*Señora Smoke*: Tú enterrarás a Eddu.

*Yo*: Por mí, que sea lo antes posible.

*Señora Smoke*: ¿Qué te pasa con Eddu?

*Yo*: Es malo. Habla de cosas malas.

*Señora Smoke*: ¿Qué cosas malas?

*Yo*: Chicas. Ya lo sabe usted.

*(La señora Smoke tiene uno de sus raros ataques de risa.)*

*Yo*: Hay que respetar a las mujeres. Aunque sean chicas. Lo dice mi madre.

*(La señora Smoke no hace ningún comentario.)*

*Yo*: Y lo que es peor, se ha acostado con una bestia para deshonrarse. ¡Con la perra del *père* Lartigue! ¡La perra del cura! ¿No es una vergüenza?

*Señora Smoke*: Así se irrita la polla. Las perras tienen mucha sal.

*Yo*: ¿Y qué pasa si la perra tiene una cría? ¿Medio perro, medio Eddu? ¿Qué dirá la gente entonces?

*Señora Smoke*: Que la venda para un circo. Eddu se haría rico.

*Yo*: No me gusta decírselo, señora Smoke, pero hay veces que me parece que no es usted una persona seria.

*(La señora Smoke no dice nada, pero se encoge de hombros.)*

*Yo*: Señora Smoke, ¿querrá tomarme como alumno? ¿Me enseñará todo lo que sabe de medicinas y remedios? ¿A sacudir la tienda? Trabajaré duro. Seré su esclavo... ¿querrá, señora Smoke?

*Señora Smoke*: No.

*Yo*: Pero ¿por qué? Nunca tendrá un alumno mejor. ¿Quién va a hacerlo después de usted?

*Señora Smoke*: No puedo. Todo equivocado.

*Yo*: ¿Qué está equivocado? Estoy loco por ser médico, por curar a la gente y usted no quiere ayudarme.

*Señora Smoke*: Ya lo he dicho: todo equivocado.

*Yo*: Pero ¿por qué?

*Señora Smoke*: Color equivocado. Ojos equivocados. Cerebro equivocado. Te mataría.

*Yo*: ¿Qué me mataría?

*Señora Smoke*: Lo que tienes que pasar.

*Yo*: ¿Quiere decir que será peor que la universidad? No me da miedo.

*Señora Smoke*: Maldita sea, mejor será que tengas miedo si quieres aprender. Tienes que volverte loco, pasar hambre, sudar hasta morirte. Entonces, quizá, estés listo para aprender. Pero tu color es equivocado. El color de fuera es equivocado, el color de dentro es equivocado. Ojos equivocados. Solo ven lo que ven las personas blancas. Cerebro equivocado. Parloteas, parloteas todo el rato; nunca miras, nunca escuchas. Nunca *oyes* nada. Cerebro equivocado.

*Yo*: Pues ayúdeme a tener el cerebro como es debido. Me callaré. Seré como un ratón. Enséñeme a ver como usted ve. Enséñeme a oír. Por favor, señora Smoke.

*Señora Smoke*: No.

*Yo*: Creía que era mi amiga. Pero no me toma en serio.

*Señora Smoke: (Después de una larga pausa)* ¿Cuál es tu animal?

*Yo*: ¿Mi animal? No tengo ningún animal. Ni siquiera un perro.

*Señora Smoke*: El animal que va contigo y te ayuda.

*Yo*: Oh, ya comprendo. ¿Como en *Hiawatha*? ¿Mi tótem? No tengo. Y no sé si puedo elegir uno.

*Señora Smoke*: Tú no lo eliges. Él te elige.

*Yo*: ¿Sin que yo pueda decir nada?

*Señora Smoke*: No.

*Yo*: Entonces ¿cómo voy a saberlo?

*Señora Smoke*: Lo sabrás enseguida. *(Una larga pausa, durante la cual trato de entender lo que dice la señora Smoke; a pesar del respeto que me produce, me siento algo superior, como persona que sabe leer —ella no— y ha estado en Toronto, que para mí es como Atenas.)* ¿Quieres probar?

*Yo*: ¿Quiere decir lo del tótem?

*Señora Smoke*: Mira dentro de la cesta que está a tu lado.

La cesta es una entre muchas, pero esta tiene una tapa. Consumido de curiosidad, la levanto rápidamente y me retiro sobresaltado porque he oído el aviso. En la cesta, sobre unas hojas, hay dos de nuestras serpientes de cascabel, las massasaugas, de las que me han advertido repetidamente; cuando se las saca de su sopor, dan la señal de alarma con el cascabel, que no suena muy fuerte, pero que para mis oídos es una terrible amenaza. Mi padre me ha dicho que tenga cuidado con estas criaturas, mi madre no puede verlas ni que se las mencione, y a mí me ha contagiado su miedo. ¿Me he puesto pálido? Probablemente, porque la señora Smoke ríe en silencio, tiene sacudidas de risa. Hunde su mano en la cesta y saca una serpiente que enseguida se enrolla en su brazo. La señora Smoke la sujeta por detrás de la fea cabeza y me la acerca, ordenándome que toque la piel moteada de negro. Retrocedo con el corazón encogido, por miedo a los terribles colmillos. Mucho después he sabido que la mordedura de estas criaturas raramente es fatal. Raramente, ¿qué significa eso para un muchacho, ya convencido de estar «delicado», enfrentado a una anciana, a quien ve de pronto como un ser distinto, no solo por su raza y edad, sino por la verdad más profunda de su ser, que ríe y le acerca a la cara la terrible serpiente? (Por más que solo mida medio metro de largo para mí es como un dragón amenazador.) Por fin, la señora Smoke devuelve la serpiente a la cesta y la cubre con la tapa.

*Señora Smoke*: No te gusta tu tótem, ¿eh?

*Yo*: No es mi tótem. No puede serlo. Es horrible.

*Señora Smoke*: El tótem puede ser horrible. Lo supiste cuando lo viste. ¿Qué esperabas? ¿Un cachorrito?

Me he sentado en el sucio suelo, lo más lejos posible de la horrible cesta. Debo de tener mala cara porque la señora Smoke, inesperadamente, me acerca una taza de té. Su té es un brebaje terrible, creo que no tiene nada de té. Pero consigo beber unos pocos sorbos y me siento mejor. Mi deseo de abandonar la cabaña y no hablar nunca más con la señora Smoke da paso poco a poco a mi curiosidad.

*Yo*: Lamento haber pasado miedo.

*(La señora Smoke no hace ningún comentario.)*

*Yo*: ¿Cree usted que me acostumbraré alguna vez?
*Señora Smoke*: Sí.
*Yo*: Señora Smoke, ¿cuál es su tótem?
*Señora Smoke*: No hagas preguntas y no oirás mentiras.
*Yo*: ¿Le ayuda a curar a la gente? ¿Le ayudó a curarme?
*Señora Smoke*: Yo no te curé.
*Yo*: ¿Quién, si no fue usted?
*Señora Smoke: (Después de una larga pausa)* Ellos.
*Yo*: ¿Quiénes son ellos?
*Señora Smoke*: Los que vinieron.
*Yo*: ¿Los que vinieron a la tienda que temblaba?
*(La señora Smoke no contesta.)*
*Yo*: ¿Se refiere a sus ayudantes?
*Señora Smoke*: Haces demasiadas preguntas. Ahora vete a casa. 9

Cuando vuelvo la vista atrás y recuerdo aquellos días, creo que debí de ser un chico repelente. Comprendo que el juicio de un hombre viejo como yo sobre el niño que fue no puede ser verdaderamente objetivo, porque lo cierto es que hubo quienes sintieron afecto por mí, y sé que mis padres me amaban: mi madre con la intensidad maternal de quien ha librado a su amor de las fauces de la muerte; mi padre, supongo, porque me consideraba su posteridad, alguien que continuaría su vida, respetable, profesionalmente competente y sin aspiraciones. Pero el niño que yo recuerdo es un pequeño canalla aprovechado, que presume de padres y convencido, aunque no lo dijera con palabras, de que era la persona más inteligente de Sioux Lookout.

Una de las personas a quien yo gustaba era el doctor Ogg. Pensaba que yo era el caso más espectacular que había tenido en su infeliz carrera y que mi supervivencia se debía enteramente a su paciencia y sagacidad. A los médicos no se les permite hacerse propaganda, pero Doc Ogg puso buen cuidado en que yo fuera para toda la comunidad un recordatorio permanente de su capacidad.

Después de mi furtivo encuentro con la señora Smoke, cuando me dijo que una repugnante y venenosa serpiente estaba unida de un modo hondo y primitivo a mi destino y a mi manera de observar

la vida, empecé a prestar mayor atención al doctor Ogg. Vanidoso como era, creí que podría emplear su medicina contra la de la señora Smoke, que pensaba que me había decepcionado. No por el misterio de la tienda temblorosa, sino por el horror de la serpiente de cabeza moteada. El médico del pueblo no era lo mejor para acercarme a la medicina del hombre blanco, pero era todo lo que tenía a mi alcance.

Doc Ogg era un hombre solitario, por buenas razones. Tenía una personalidad depresiva y era un pelmazo. A ojos de los indios, era un cabrón con los cuernos bien puestos sobre la frente. Bebía demasiado, porque en su farmacia siempre disponía de bebida y apenas tenía otra cosa que hacer. Día tras día, después de leerse hasta la última línea del periódico del día anterior, el *Winnipeg Free Press* o el *Colonial Advocate* de Toronto, según la dirección del tren, el resto del tiempo pasaba ante él como un paisaje monótono. Podía transcurrir una semana sin que recibiera la visita de un paciente; un accidente en los bosques era una bendición del cielo si el paciente no prefería que lo atendiera Elsie Smoke. Sus menguados ingresos dependían de su actividad como contrabandista de licores, no por oficialmente ignorada menos evidente.

Por lo dicho, mis visitas siempre eran bien acogidas. Creyó que yo iba a admirarlo, a maravillarme de su sabiduría y conocimientos.

—La ciencia, Jon: la ciencia gobierna el mundo. Fíjate, por ejemplo, en el *père* Lartigue. Para ser gabacho, no es mala persona, pero ¿qué tiene que ofrecer a la gente del pueblo? Magia. Eso es lo que hace en su iglesia. Dice que una mezcla de vino y agua, y un trozo de pan que el ama Annie ha cocido, se convierten en sangre y carne de un mago que, según él, vivió hace mucho tiempo en un país llamado Tierra Santa. ¡Imagínate! ¡Y espera que los indios se lo traguen! Los indios no son tontos. No te lo creas. Se ríen de él a sus espaldas.

Me acordé de Eddu y de la perra del padre Lartigue y de las muchas bromas maliciosas que se contaban del desanimado y aburrido misionero con almorranas. Pero no me gustó lo que Doc Ogg había dicho de Jesús.

—Doc, ¿no cree en Jesús?

El doctor Ogg creyó prudente cubrirse la retirada. Si llegaba a saberse entre la gente influyente —seis familias de habla inglesa que estaban relacionadas de alguna manera con la mina de mi padre, y unas pocas mujeres entre los mestizos— lo mal que él pensaba de Jesús, no iba a mejorar su ya resentida fama.

—Creo de una manera moderna y científica, Jon. Es solo esta magia lo que no aguanto. Mira, supongo que a la gente ignorante hay que decirle lo que puede entender o cree que puede entender. Y pueden entender los milagros mucho mejor que la ciencia, porque la ciencia exige inteligencia, y por eso estamos por encima de ellos. La ciencia gobierna el mundo, Jon. Súbete al tren de la ciencia.

Y lo hice en la medida que me permitieron las circunstancias. Es decir, me convertí gradualmente en el farmacéutico de Doc Ogg. No era un trabajo difícil. Una vez que supe cómo funcionaba la balanza de boticario, con sus 480 granos la onza y sus 12 onzas la libra, estuve listo para trabajar; como ya conocía por mi padre el sistema troy de pesos, que lo empleaba para los raros residuos de metales preciosos que se encontraban en algunos lugares del distrito, el sistema de la farmacia me resultó fácil. Y allí, en la cocina de Doc Ogg, que era donde preparaba las fórmulas, me puse a mezclar sus tónicos totalmente ineficaces, fabriqué las pocas píldoras que nos pedían, machaqué ocasionalmente ungüentos en un mortero (porque Ogg solo disponía de los elementos más sencillos de un laboratorio) y pude echar un vistazo a la vida médica de Sioux Lookout, lo cual me dio la sensación de ser un privilegiado y formar parte de ella.

Las señoras Chambers, White y Owen tomaban el mismo tónico, compuesto de un par de pellizcos de ruibarbo medicinal y sena india disueltos en un vino tinto barato que Ogg compraba por garrafas, y yo suponía que seguían las instrucciones y lo agitaban bien antes de tomarse la dosis de dos cucharadas soperas al día. No todos los tónicos se mezclaban con vino; si una mestiza recibía semejante botella, era su marido quien se la bebía de un solo trago. Los tónicos para ellas tenían que ser amargos, sin que fueran dañinos, y se disolvían en agua destilada. El agua de Doc Ogg se destilaba de la que sacaba de su pozo, y era yo quien la destilaba.

—De ahí viene la ganancia —decía Doc, mientras yo alineaba las botellas de agua y porquerías que se vendían a setenta y cinco centavos cada una.

Doc hacía un trabajo honrado con los males reumáticos, fueran de un tipo o de otro, aunque apenas los distinguía. El ácido salicílico, suspendido en alcohol, era el tratamiento preferido, junto a un ungüento de vaselina mezclada con una buena cantidad de aceite de gaulteria para dar calor y que tenía un fuerte olor a medicina. Claro que todo esto no servía prácticamente para nada, pero los reumáticos, como comprobé enseguida, solían ser gente apartada de su trabajo que no deseaban tanto curarse como ser objeto de la preocupación y el cuidado de los demás. En algunos casos graves, entre los mestizos que pagaban las medicinas a tocateja, Doc se aventuraba a veces a poner algo de arsénico o yoduro férrico, o ambos, y de vez en cuando tenía la fortuna de dar con un paciente sugestionable que mejoraba durante un tiempo.

Por supuesto que entre los pacientes con reuma había muchos que padecían de artritis gonorreica, y Doc les prescribía quinina, a la que se aficionaban algunos de ellos. Las enfermedades venéreas eran comunes, y Doc adoptaba ante ellas una postura poco científica y altamente moral. Yo no tenía que enterarme de estas cosas, pero Doc se sentía muy solo y tenía la lengua demasiado suelta para mantener cerrada la boca, y murmuraba de la gente que no se lavaba lo suficiente (aunque él mismo no demostraba mucho apego por la higiene) y de los que venían cojeando a su despacho con una inflamación periuretral bien avanzada.

Ahora me doy cuenta de que muchos males tenían su origen en el suministro de agua, limitado a unos pocos pozos, casi todos demasiado cerca de las letrinas. Cuando toda el agua ha de transportarse en cubos, bañarse es un lujo impensable y Doc afirmaba con frecuencia, probablemente con razón, que algunos de sus pacientes no se habían bañado desde el día que nacieron. Pero, dadas las circunstancias, había una gran cantidad de caspa y sarna, y formación de sustancias parecidas al queso en los pliegues de la piel. Es paradójico que la humanidad, cuanto más a menudo se mete en agua caliente, mejor resulta.

La gonorrea abundaba en todas sus formas proteicas: niños que nacían ciegos o imbéciles, hombres que tenían blenorrea y sus mujeres tenían «la clara» y algunas veces «pus en los conductos», mucosidades fétidas en lugares donde no debían producirse.

De vez en cuando aparecía un mulero del bosque con muermo que le habían contagiado sus caballerías.

Sin embargo, a pesar de todos estos males, el pueblo no era el patio de un hospital. La gente seguía trabajando y se curaba o se las arreglaba bastante bien. Sus achaques y los remedios de Doc eran temas de largas e intencionadas anécdotas durante las conversaciones nocturnas.

Por supuesto que algunas enfermedades eran muy graves. Doc trataba la sífilis con píldoras de mercurio y unos pocos afectados caminaban por el pueblo con su paso característico. Abundaba la tuberculosis, pero solo cuando era inhabilitante recurría Doc a su programa de «desalojar la enfermedad por los intestinos», lo cual conseguía con una mezcla de lúpulo hervido y melaza, seguida de una dieta de hambre, para librar al cuerpo del exceso de carbono que causaba, por supuesto, la enfermedad. No sé de dónde le venía esta fantástica idea pero, antes de los antibióticos, el tratamiento de la tuberculosis era sumamente imaginativo.

No tardé mucho en descubrir que Doc no *sabía* realmente mucho y apenas había aprendido nada desde que recibiera su título. De ese título, de la Universidad de Toronto, daba fe un certificado enmarcado que colgaba, siempre torcido, de una pared de su despacho; estaba firmado por una serie de nombres indescifrables, pero Doc los identificaba a todos, refiriéndose invariablemente a ellos con el apelativo afectuoso de «el viejo amigo Fulano» o «el viejo amigo Zutano», de quienes había aprendido la ciencia que tanto ensalzaba. Pero mucho más tarde, cuando fui estudiante en la misma facultad, tuve la oportunidad de mirar el expediente de Doc y comprobé que había sido uno de los últimos de su curso en graduarse y nunca obtuvo premio o galardón alguno en sus estudios.

—Ten siempre esto en cuenta, Jon —me decía cuando había ido muchas veces al armario de la cocina para tentar la botella de brandi

—, la ciencia gobierna el mundo. Agárrate a la ciencia, muchacho, y te librarás de la superstición. Hay mucho de eso. ¿Has oído hablar alguna vez de la Ciencia Cristiana? Así la llaman, un oxímoron del que debes huir si no quieres ser tú mismo un morón.

A Doc le gustaba el chiste y no se cansaba de repetírmelo.

Pero no debo ser desagradecido con Doc. No puedo decir que me enseñara farmacia, porque tenía la mano demasiado temblorosa y sucia para mezclar algo con verdadero acierto, pero me mostró cómo aprender por mí mismo unos pocos elementos de esta ciencia. Hizo posible que yo aprendiera a mirar con profesionalidad a los enfermos, sin lástima ni desprecio. Y me enseñó cuánta falsa ciencia podía haber en la mente de un hombre que, por desgraciado que fuera o por muchas limitaciones que tuviera, no era más que un simple necio.

Es este el severo juicio de un muchacho, porque, en efecto, todas mis apreciaciones de Sioux Lookout son las de un niño, tan egoísta como deben ser los niños para sobrevivir; estoy seguro de que mi visión de aquel lugar debe de ser inmadura, aunque no frívola en lo dicho hasta ahora. Como desde entonces he conocido a muchos necios con muchos más conocimientos que el doctor Ogg, a algunos necios iluminados cuyas vidas han provocado espanto y, a veces, terror, y a grandes cantidades de necios corrientes y molientes que, a pesar de eso, sabían arreglárselas para abrirse camino en la vida, patinando sobre la delgada capa de hielo que los separaba del conocimiento real sobre ellos mismos o sobre el mundo que los rodeaba, sin que se hundieran ni una sola vez; yo ya no considero que el término «necio» sea despectivo, ni siquiera severo.

Yo mismo he hecho tantas veces el papel de necio con distintos disfraces, que me siento emparentado con ellos, por más que intento que no me contagien su necedad. Porque la necedad es una de las infecciones sobre las cuales la tan cacareada ciencia de Doc nunca ha puesto su ojo ciclópeo.

Pero advierto que Esme espera que le hable. Todo lo que he garabateado hasta ahora en mi diario, y que forma parte del andamiaje de mi vida, pasó por mi mente en un breve espacio de tiempo. Pero ahora tengo que hablar.

10

Esme me mira expectante y me doy cuenta de que no he contestado a su pregunta sobre Charlie Iredale. Pero, como ya he explicado, las preguntas me pueden retrotraer a tal flujo de sensaciones que debo cuidar mucho con lo que contesto si no quiero decir algo que debiera mantener en secreto. Sobre todo con respecto a Charlie. Me parece que solo he estado callado durante quince segundos.

—Oh, por supuesto, lo recuerdo muy bien. Compartimos un cuarto durante el primer año.

—¿Era eso normal?

—Sí. La escuela no tenía dormitorios para los mayores de doce años. Tenían habitaciones que servían de estudio y de dormitorio. También muy peladas.

—¿Peladas? ¿Qué quieres decir con eso?

—El dormitorio consistía en dos camas de campaña, dos mesas de pino con un cajón, dos sillas y dos armarios en un nicho de la pared donde guardábamos nuestras cosas. Ah, y un pequeño espejo y un palanganero.

—¿Qué es un palanganero?

—Qué suerte que no hayas tenido que usarlo. Era un mueble pequeño, encima del cual había un aguamanil de loza, una pila y una jabonera. No teníamos agua corriente en las habitaciones; teníamos que traerla de un grifo que había en el pasillo, y nunca estaba bien caliente. Debajo del palanganero tenía que haber un orinal, pero no gastábamos tales lujos asiáticos, y para nuestras necesidades teníamos que atravesar todos los pasillos hasta llegar al sitio donde estaban los urinarios, las bañeras y los retretes.

—Parece espartano.

—Era espartano.

—¿Y tus padres pagaban mucho por eso?

—No. Pagaban la educación. Las comodidades corporales costaban muy poco. Hablo de los internos, por supuesto. Me parece que éramos unos doscientos, y el doble los externos. Los que vivíamos allí nos considerábamos, con bastante razón, el corazón de la escuela.

—Podías haber vivido mejor en una cárcel.

—La gente que va a la cárcel necesita lujos porque no dispone de recursos intelectuales. No me vas a hacer caer en la trampa de lloriquear por la sencillez de la vida cotidiana en Colborne. Estoy harto hasta la náusea de esos escritores que se quejan de sus días escolares. Digámoslo así: la comida era horrible y el alojamiento primitivo, pero sabíamos que no estábamos allí para gozar de la vida, sino para prepararnos para sus rigores y, visto en su conjunto, me parece que era un buen programa.

—Muy decimonónico.

—No del todo. Pero no tenía nada que ver con el concepto de escuela estilo club de campo que uno oye, por ejemplo, que existe en Estados Unidos. He dicho muchas veces, y lo repito ahora, que un muchacho que estudia en un internado de primera categoría y sale de él entero está preparado para casi todo lo que el mundo le pueda deparar.

No voy a explicarle a Esme el sistema de trabajo, aún vigente en Colborne cuando yo fui. Los chicos de primer año —los novatos— se asignaban a los alumnos de tercero y cursos posteriores para que fueran prácticamente sus criados; limpiar zapatos, cepillar ropa, tener lista la ropa para lavar y llevarla fuera y contarla y repartirla cuando la devolvían, sacar brillo a los botones del uniforme del Cuerpo de Fusileros, y si el dueño era oficial, también al sable; hacer recados, subir los baúles desde la planta baja cuando llegaban las vacaciones y, en general, hacer cuanto se les ordenaba sin rechistar. Algunos muchachos lo odiaban, por supuesto, como Shelley, cuando estuvo en Eton, pero el mundo no produce muchos Shelleys. En cuanto a mí, no encuentro nada de malo en que un chico privilegiado descubra lo que es ser un sirviente.

Había tareas ocasionales de lo más extraño; mi superior, un Hitler en embrión llamado Moss, concibió una pasión por una muchacha de la escuela femenina de Cairncross, a pocas calles de la nuestra; como no tenía talento literario, me pidió que le escribiera un tributo poético a su diosa. Al cabo de una hora dejé sobre su mesa una versión de las innumerables *Odas a Celia* cocinadas por los isabelinos que sufrían del mismo mal que Moss.

Desgraciadamente, la diosa se llamaba Putzi (por Prudence) Botham, y mi obra maestra empezaba forzadamente:

Mi amada Putzi, celestial belleza,
dulce como el lirio, suave como el aire,
no me atormentes más, sino sé amable
y con tu amor alivia mi atribulada mente.

Esta guirnalda amorosa fue debidamente entregada a Putzi, pero como Moss no poseía la astucia de un amante, la envió en papel del colegio, con el escudo en el reverso del sobre, de modo que cuando lo vieron las chicas que distribuían el correo, todo el colegio supo enseguida que Putzi había recibido una epístola amorosa, y las peticiones para que la leyera fueron demasiado fuertes para la señorita Botham. Las muchachas no eran doncellas isabelinas, sino pequeños y vigorosos retoños de Toronto que jugaban al lacrosse y encontraron risible la poesía; Putzi compartió aquel juicio y se lo hizo saber a Moss por teléfono. Como era de esperar, Moss me echó la culpa de su tragedia y me hizo la vida imposible durante unos cuantos días, pero a mí no me faltaban recursos de criado, y escupí en el vaso de agua que cada noche me pedía durante las horas de estudio. A pesar de aquello, gané una cierta fama, pues no todo el mundo puede escribir poesía amorosa, auténtica, aunque quizá exagerada, cada vez que se la piden.

Por supuesto que compartí el secreto de la poesía con Brochwel Gilmartin, a quien le encantó, y acostumbraba a hacer gestos de reverencia burlona cada vez que se cruzaba con Moss por los pasillos, como tributo a un verdadero amante y poeta.

Una poesía susurrada —la sonrisa de una mujer—,
un hombre todo poesía e impaciencia,

murmuraba Brocky, mirando a Moss con ojos admirados de perro fiel. Moss sospechaba que aquello sería una impertinencia, pero, por otro lado, podía ser admiración, de la que nunca tenía bastante. Como he dicho, Brocky era uno de mis dos grandes recursos y amigos durante mi primer y difícil año en Colborne. El otro era Charlie Iredale, y por verdadera suerte compartí una habitación con Charlie.

Aquello fue bueno para mí y también fue bueno para Charlie, porque alguna de sus costumbres le habrían causado problemas si hubiera tenido a otro como compañero de cuarto. Ya la primera noche me sorprendió: se arrodilló junto a su cama y se puso a rezar, por lo menos diez minutos. Yo no tenía nada de piadoso. Mis padres, aunque cristianos en teoría, no eran practicantes y solo celebraban la Navidad y Pentecostés. Pero había oído hablar de los que rezan y me sorprendía que un joven lo hiciera. No creo que hubiera otro interno en Colborne que rezara como Charlie, aunque quizá algunos susurraban algo cuando se metían en la cama. Rezar era algo que se hacía obligatoriamente en la iglesia, el domingo por la mañana. Pero allí estaba Charlie, un chico piadoso sin duda, arrodillado junto a su cama.

Yo no hubiera comentado nada, pero él sí lo hizo, más o menos una semana después.

—Nunca te veo rezar —me dijo.

—Es que no rezo.

—¿Cómo puedes llevar tus cuentas?

—¿Qué cuentas?

—Las de tu vida. ¿Cómo puedes saber en qué dirección vas, si algo va mal, por qué va mal y cómo pides ayuda cuando la necesitas?

—¿Y qué tiene que ver eso con rezar?

—Todo. Es parte del rezo.

—¿Parte? ¿Qué quieres decir? Cuando se reza, ¿no es solo para pedir cosas?

—Qué ignorante pagano eres, Hullah. Escucha...

Y, para mi asombro, Charlie, que tenía mi misma edad, me dio una breve aunque sustanciosa lección de las tres maneras de rezar: petición, solicitando ayuda y fortaleza para uno; intercesión, pidiendo ayuda y fortaleza para los demás y para el mundo, y meditación, colocándote, en silencio, ante la grandeza de Dios.

—¿Y crees que eso sirve de algo?

—Sé que sirve. Y también lo sabrías si reflexionaras sobre ello. Es una parte importante de la lucha contra el demonio. Y todos

deberíamos participar. Dejas que todo te resbale y luego te quejas cuando el demonio empieza a apoderarse de ti.

En aquella época no me preocupaba mucho el demonio, ni estaba convencido de que fuera a ponerme a rezar, pero apreciaba mucho a Charlie para burlarme de él. Mi actitud, lo sé ahora, era la de tantísimos adultos: la religión puede ser una buena cosa, pero es algo lleno de misterios y ya hay demasiados imbéciles que creen en ella para que uno se moleste. Charlie también tenía otras costumbres, no tan impresionantes, que observé sin hacer ningún comentario, pero que me parecieron... bueno, quizá indeseables.

Ayunaba los viernes y también otros días; no descaradamente, pero comía poco y de lo más sencillo que hubiera en la mesa. Nadie se daba cuenta y, si lo notaban, pensaban que no se encontraba bien. Y cada día leía un librito de tapas negras que no era un devocionario corriente; se llamaba *El diario monástico.* Y cuando tenía tiempo libre para leer (lo cual era raro, porque iba atrasado en las clases y necesitaba cada minuto de las horas de estudio para preparar las lecciones del día siguiente) leía un grueso libro cuyo título, me pareció ver, era *La leyenda dorada.* Como lo guardaba, igual que el devocionario, en el cajón de su mesa, y era cuestión de honor no meter las narices en las cosas ajenas, solo pude verlo de pasada.

Aparte de esta preocupación por la religión, tan poco habitual en un chico, era una persona normal, o quizá un poco más brillante de lo normal, aunque no en los trabajos escolares. Brochwel Gilmartin y yo teníamos el mejor concepto de Charlie por el encanto de su carácter y por su ingenio, que en él adoptaba la forma de conversación estupenda, un poco chismosa, llena de comentarios agudos sobre la conducta de algunos de los muchachos que más descollaban en la escuela, pagados de sí mismos y que no entendían que los demás no pensaran bien de ellos. Charlie nunca era malévolo, pero era buen observador, y el relato de cualquier conversación con uno de estos chicos importantes contenía tanta ironía que Brocky y yo lo encontrábamos irresistible. Era como si Charlie contemplara la vida desde un ángulo especial, lo que era cierto, porque describía nuestra vida en Colborne *sub specie*

*aeternitatis*, en la medida en que puede hacerlo un colegial. Reía, y su risa era contagiosa, deleitándonos, a Brocky y a mí, con su compañía.

No tendría nada de extraño todo esto si no fuera porque estábamos separados por algo que es muy importante en una escuela: Charlie no servía para los trabajos escolares, salvo en historia, que la entendía muy bien, y al final, a pesar de su expediente escolar mediocre, ganó el premio de historia del último curso. Pero siempre estaba en ascuas, con suspensos en los exámenes o trabajos que no alcanzaban el nivel medio y, habitualmente, los fines de semana los tenía cargados de EC (ejercicios de castigo), que tenía que cumplir, de modo que los sábados por la tarde no estaba libre. Brocky y yo, por el contrario, hacíamos bien nuestro trabajo, ganábamos premios y distinciones y si teníamos algún que otro EC, era por una falta no muy bien definida, pero claramente expresada con la palabra «descaro», consistente casi siempre en la insolencia o falta de respeto hacia nuestros mayores y supuestos superiores. Brocky estaba lleno de descaro.

Era el descaro de un crío que se sabía superior intelectualmente a la práctica totalidad de los chicos de la escuela y también a algunos maestros. Porque entre los maestros, como suele ocurrir, había de todo, desde hombres con verdaderos conocimientos, amplia experiencia de la vida, valor demostrado en la guerra o cualquier otro mérito que los hacían dignos de admiración, hasta zoquetes que se esforzaban eficientemente con las mismas lecciones año tras año, o patanes sin pizca de ingenio. Brocky procedía de una familia dominada por un padre que se había hecho a sí mismo y, a diferencia de algunos de su clase, se había hecho bastante bien, y había transmitido a su hijo la actitud ante la vida de quien ha sacado y mantiene la cabeza por encima de las olas. Brocky quería ser un erudito, pero no se engañaba pensando que su vida iba a ser mejor que la de quienes están más relacionados con la política o la industria. Bajo la tutela de su padre, había adquirido la costumbre de oponerse vigorosamente a lo que en aquellos días estaba de moda llamar «patochadas» y que podía advertirse por todas partes.

«Eso es una patochada», solía repetir varias veces al día, y generalmente con toda la razón. Pero no era un crítico superficial. Sabía distinguir en casi todas las cosas lo que valía la pena de lo que no, y como le había confiado que el trabajo de mi padre era la extracción y refino de piritas férricas, algunas veces me decía que había que saber sacar el oro de la ganga.

Esme piensa que estoy haciendo el papel del viejo que glorifica el pasado.

—¿A esa edad? —me pregunta—. ¿No me estás tomando el pelo?

—No, no. Te sorprendería lo pronto que el sentido de la diferencia se afirma en una mente juvenil bien formada. Brocky tenía una mente privilegiada y ha llegado a ser un erudito notable, como supongo que sabes.

—No, me temo que no. Esa clase de gente no abunda en mi oficio.

—Entonces, quizá tengas que creer en mi palabra. Y lo consiguió separando las patochadas de lo mucho de bueno que hay en la erudición, lo cual es raro. Las universidades no están libres de patochadas. ¿O no lo sabías?

—Oh, sí que lo sé. Pero sigamos con la vida en la escuela. Seguramente que Colborne era algo excepcional.

—No. Pero teníamos por lo menos una admonición semanal de nuestro jefe de estudios, que se fue metiendo en mi cabeza y en otras muchas cabezas de aquella escuela. «Mucho se os ha dado», tronaba, «y mucho se os pedirá.» Y tenía razón. No era exactamente una escuela de niños ricos, pero todo el mundo, en algún sentido, venía de entornos privilegiados. Y el jefe de estudios nos metió en la cabeza que teníamos que justificar la posición que habíamos heredado. Claro que nos burlábamos de él, pero recordábamos lo que nos decía.

Puede parecer que me expreso de forma más bien rotunda, pero es que tengo la sensación de que Esme no es muy receptiva a las distinciones sutiles. Le sigo diciendo que, a veces, el jefe de estudios se sentía confundido por la actitud de nosotros tres, porque nos faltaba el entusiasmo por los deportes, tan habitual en los

muchachos. Y era porque no nos importaba quién ganara en un juego sometido a reglas estrictas, y donde se consideraba casi mejor a un buen perdedor que al que ganaba: nosotros estábamos preparados para el juego que venía después de la escuela, donde las reglas están sometidas a cambios repentinos, y estábamos resueltos a ganar. Como por distintos caminos hemos hecho. A Esme no le gusta.

—¿En qué sentido habéis sido ganadores?

—Ya te lo he dicho. Brocky goza de una gran reputación como erudito y escritor en su especialidad. Yo no soy un desconocido en el mundo de la medicina. He tenido unas cuantas ideas originales acerca de la enfermedad. He publicado un puñado de artículos que han llamado la atención y me he ganado una fama algo turbia como diagnosticador.

—¿Turbia? ¿Por qué turbia?

—Quizá no tenía que haber dicho eso. No encaja en lo que tú quieres que hablemos.

—Ya veo. Bueno, ¿y qué hay de Charlie? ¿Ha oído alguien hablar de él?

—Quizá algún día. Era un hombre de una resolución casi digna de un santo.

—Ah, ya estamos otra vez con el santo. ¿No quieres hablarme de eso?

(No mientras viva, jovencita, y tengo que morderme la lengua. ¿Qué tengo que hacer para que la conversación vaya por otros derroteros?)

—Si quieres entender a Charlie, quizá lo mejor sea que siga hablándote de sus días en la escuela.

—Como quieras.

11

Los días en la escuela. ¡Cuántas patochadas —como diría Brocky— se han escrito sobre los días en la escuela! Unos, almas inocentes que recurren a ellos como a la Edad de Oro, cuando el mundo era joven y los pocos desengaños solo servían para resaltar los momentos esplendorosos, y la sucesión de sencillas aventuras amorosas adornaban la existencia con poesía de tres al cuarto. Y, en

contraste con ellos, las almas complicadas, aborrecedoras de todo sometimiento, desconfiadas de todo precepto e instrucción, que solo veían engaño en el amor y prisión en la vida, desgarrada por las adversidades, sangraban copiosamente en sus autobiografías depresivas. Pero unos y otros aprendieron a leer sin saber lo que leían; y a escribir, sin que necesariamente fueran capaces de expresar un pensamiento o una opinión coherente, y a calcular o hacer números, lo suficiente para cambiar dinero y tener una cuenta en el banco, pero sin comprender mucho lo que el mundo de los números significa. Es raro que los días en la escuela se pierdan totalmente.

Los que tenían dolor de tripas porque odiaban la escuela suelen ser después unos pelmazos, pero el grupo mayoritario que no veía en la escuela nada más que la educación necesaria para crecer, son dignos de nuestra mayor lástima, porque empezaron sus vidas paralizados por la incomprensión que mucho después puede llevarlos a mi sala de consultas, aquejados de males imprecisos, aunque para mí reveladores.

Después de que Brocky y yo nos conociéramos, o al menos fuéramos conscientes el uno del otro, a la hora de pasar lista (cuando Salter declaró que no éramos «hombres blancos» porque no le sonaban nuestros nombres), me lo encontré en el pasillo y vi un brillo fugaz en sus ojos.

—Eres muy alto —dijo.

—¿Yo?

—¿Quién es tu sastre?

—¿Sastre? No tengo sastre.

—Así que con mi mágica intuición, que es una de mis características más sobresalientes, lo he adivinado. ¿No crees que debieras tener uno?

—¿De qué me estás hablando?

—Lo siento. Quería iniciar una conversación con las palabras del señor Toots cuando ve por primera vez al pequeño Paul Dombey. ¿Has leído *Dombey e hijo*?

—No.

—¿No has leído a Dickens?

—He leído *Cuento de Navidad*.

—¡Que Dios nos asista! ¡También en Sioux Lookout!

—Oye, Gilmartin, ya he oído bastante de Sioux Lookout. O sea que será mejor que te calles.

—Oh, Gran Jefe, callo y obedezco. Pero déjame explicarte: empezaba a hablar contigo empleando las palabras del inmortal señor Toots cuando ve por primera vez a Paul Dombey en la academia del doctor Blimber. Lamento ser tan asquerosamente literario, pero ese es el color de mi mente. ¿De qué color es la tuya? Bueno, ya lo sabremos después. Pero entiende que si me serví del ejemplo literario es porque no quería ser ofensivo. El señor Toots le pregunta al pequeño Paul quién es su sastre porque Pablito va vestido de una manera muy divertida, ¿y sabes lo que contesta Pablito?

—Qué.

—Dice: «Hasta ahora, mi ropa la hace una mujer. La modista de mi hermana». Supongo que tu ropa no la hace la modista de tu hermana, ¿verdad?

—No tengo hermanas. ¿Tratas de insultarme?

—No, pero es evidente que mi encanto no da resultado. Solo quería citar una obra literaria para insinuarte que tus ropas, probablemente, den lugar a que alguien, tan primitivo como nuestro amigo Salter, haga algún comentario jocoso.

—¿Qué tiene de malo mi ropa? Cumple con las Normas de indumentaria de la escuela.

—Ah, eso lo explica todo. Pero me has preguntado qué tiene de malo. Querido amigo, ese cuello...

—No veo que lo lleven los demás.

—No, y tú tampoco lo llevarás, salvo quizá la víspera de Todos los Santos. ¿Cuándo has visto a un joven esbelto como tú llevando un cuello duro de cuatro centímetros, que ya ha dejado una señal roja en tu piel inocente?

—¿No son obligatorios?

—No, y no te explicaré por qué, basta con decir no. ¿Tienes dinero?

—Algo.

Tenía una buena cantidad que me había dado mi padre, pero era demasiado desconfiado para decírselo a nadie y lo tenía abotonado en un bolsillo interior.

—Entonces, pasado mañana, que es sábado, tú y yo nos iremos al centro de la ciudad y te comprarás unas cuantas cosas que te saquen del siglo XIX. Hasta entonces, me temo que tendrás que seguir con esa terrible collera de caballo.

Brocky tenía razón. Mis padres, que se pusieron más que contentos cuando aprobé mis exámenes de ingreso en Colborne College (que para asombro mío tuve que escribir en el despacho de Doc Ogg, porque, aparte de mi padre, era el único universitario en Sioux Lookout), se quedaron sorprendidos al ver las Normas de indumentaria que acompañaba a la carta de admisión. Incluía cosas bastante raras, como una docena de cuellos duros y una docena de camisas blancas a las que tenían que añadirse los cuellos, camisetas de manga larga y calzoncillos del mismo estilo, tres trajes de calle, al menos uno negro o azul marino, y un sombrero hongo; si se quería se podían llevar polainas. Pero cuando mi padre me llevó a Toronto, compró sin rechistar todas esas cosas, aunque los tenderos se quedaron sorprendidos al ver que eran para un muchacho de catorce años; guardaban unos pocos cuellos duros para los clientes viejos, cuya piel se había hecho de cuero a fuerza de llevarlos. Mi padre dijo rezongando que la lista de la escuela no la revisaban desde el siglo pasado. Pero pensó que era la costumbre de una escuela antigua y distinguida, y si la lista hubiera incluido una faja, o un sillín plegable, ya se las habría arreglado para encontrarlos.

El sábado fue para mí una liberación, porque mi aspecto ya era tema de comentarios irreverentes entre los muchachos de mi curso, e incluso el director, el señor Norfolk, parecía mirarme con malos ojos. Brocky repasó toda mi ropa y dijo que los trajes, zapatos, calcetines y qué sé yo estaban bien, pero que la horrible ropa interior, las camisas y, especialmente, los cuellos duros, tenían que desaparecer y sugirió la Misión Grenfell como destino adecuado, porque los *esquimaux* (como entonces se les llamaba) tenían fama de ser aficionados a los cuellos duros. Compramos unas camisas con cuello, decentes y sin almidonar, y ropa interior que no convertía un

día de septiembre en un baño turco, y quedé transformado. En efecto, así fue como lo dijo Brocky:

—*El deforme transformado* —proclamó—. Poema dramático del gran Lord Byron, que nadie ha leído excepto yo, y te aseguro que no tiene nada de risible, pero el título es lo más apropiado para una situación como la tuya, ¿no te parece?

Brocky y Charlie me abrieron un mundo nuevo, porque eran muchachos de mi misma edad con mentalidades enraizadas en mundos con los que yo nunca había soñado. Debo de haber sido un niño inteligente, pero, en todo caso, era como un chico fuerte que nunca ha usado sus músculos; mi mente estaba hecha para soñar en el bosque y observar con perspicacia lugares tan distintos como las casas de la señora Smoke y de Doc Ogg, pero nunca antes me había sentido inferior intelectualmente, que ciertamente es uno de los acicates para desarrollar la inteligencia. Nunca había estado en un mundo donde no fuera el chico más listo y, por consiguiente, no había ejercitado mi cerebro.

Había leído mucho, pero nunca se me ocurrió, como a Brocky, emplear lo que había leído como fuente inagotable de referencias y de divertidos juegos mentales; cuando Brocky acudía a las *Baladas de Bab* para mofarse de Moss, no cabía en mí de gozo al comprobar que otra persona las conocía y las valoraba.

Había sentido mucho y muy profundamente en los bosques, pero nunca se me ocurrió asociar tales reflexiones con algo tan remoto y por lo general tan repulsivo para mí como la religión, acerca de la cual conocía muy poco, pero Charlie me despertó del estupor de mi ignorancia. Los trabajos escolares de Colborne no me crearon problemas, pero los mundos de Brocky y Charlie convirtieron mi cabeza en un torbellino.

Claro que yo había sido un niño solitario y me encontré de pronto en medio del mundo ruidoso y apresurado de seiscientos muchachos que trabajaban bajo el dominio de maestros, unos burlones, otros ásperos, algunos con mentalidades poco atractivas y, a veces, repugnantes; maestros que se habían distinguido en la guerra y ahora seguían la única profesión disponible para hombres formados solamente para la guerra; maestros que habían viajado

por todo el mundo y habían encallado en Colborne; maestros que, en su juventud, habían acariciado ilusiones y ahora, con el paso del tiempo, veían cómo se marchitaban; maestros nacidos ya como maestros y que habían hecho de la enseñanza una aventura; maestros que evidentemente recorrían el tenebroso camino que hay entre quienes no quieren aprender y el que no quiere enseñar —no es que estos, en su irónica desesperación, no fueran en ocasiones los más reveladores—; todo lo cual era para mí confuso, pasmoso y desconcertante. Me habían arrojado súbitamente a otro mundo, y cada día me traía nuevas sorpresas.

Una de ellas fue que yo acababa de empezar a tener esos sueños que tienen todos los muchachos y en los cuales la experiencia sexual se presenta en una diversidad de formas y siempre termina en una explosión de semen cálido y abundante que mancha las sábanas y acartona los pantalones del pijama, dejándolos tan duros como los cuellos de que me había librado Brocky. No sabía qué hacer con ellos, los restregaba sin que sirviera para nada, y me preguntaba vagamente si no era yo un ser anormal, un monstruo dominado por el deseo sexual. Por eso me sorprendió que una mañana Brocky viniera a mi habitación —y la de Charlie—, silbando alegremente, para anunciar:

—Caballeros, me siento en la gloria. Anoche, La Belle Dame Sans Merci me poseyó como a un esclavo, y eso siempre aclara mi mente.

—¿De qué estás hablando? —pregunté con un gruñido, pues solo hacía media hora que me había despertado.

—Pues de eso, de la dama que uno encuentra en los sueños y se entrega... oh, tan suavemente, hasta que la suavidad da paso al éxtasis... Cuánta belleza... Qué encanto. Un par de veces a la semana, por término medio, la dama me lleva a su gruta encantada y entonces... ¡yuuupi! Cuando me despierto, me veo solo e inútil, pero enseguida me siento mucho mejor. Me siento orgulloso de que ella se me aparezca con un disfraz tan romántico. Hay trogloditas en esta escuela a quienes se les puede oír gruñendo y resoplando en sueños siempre que les da el ataque. Me estremece pensar en la forma que adopta el súcubo de Lilith cuando desciende, por ejemplo,

sobre mi superior Salter. El pobre pone a secar los pijamas en los radiadores de la calefacción, y su habitación apesta a esperma salteriano cocido. Me pregunto qué va a ser de él...

Charlie se puso rojo como la grana. Yo sabía que aborrecía aquellas visitas nocturnas y hacía cuanto podía para ocultarlas, pero, como ya he dicho varias veces, soy un buen observador. Me preguntaba en qué forma se le presentaría el súcubo de Lilith, la vieja Lilith o la vieja Madre. En cuanto a mí, ya sabía demasiado bien cómo se me aparecía. A veces la veía como una joven de vaporosa belleza, y no sabía de dónde había sacado yo aquella imagen, porque las jóvenes de belleza vaporosa no formaban parte de mi mundo de vigilia. Yo creía entonces que el mundo de vigilia era el único donde se podía encontrar la verdad; mi relación con la sabiduría del mundo de los sueños tardaría aún en llegar. Otras veces, el súcubo era una bruja repulsiva, y más de una vez tomaba la forma de la señora Smoke, agitando una serpiente delante de mi cara y riendo odiosamente mientras yo me rendía a la necesidad perentoria del sueño. Todos los chicos de la escuela hablaban de estos sueños, pero Brocky era el único que sabía dar un significado más amplio a la experiencia común. La Belle Dame Sans Merci —era una de las formas de aquel sueño— es el amor que hace del hombre la víctima, la criatura que se somete al embeleso.

Charlie nunca hablaba de sexo. Cuando la conversación de un grupo iba por esos derroteros, lo que, comprensiblemente, sucedía a menudo, Charlie callaba y se escabullía en cuanto podía. Una vez que lo arrinconé, por decirlo de alguna manera, me dijo que reconocía que era una parte necesaria e inevitable de la condición humana, pero que él quería renunciar a ella como sacrificio a lo que creía que era su destino. Fue entonces cuando me confió que quería ser sacerdote.

Y no es que quisiera esconderlo ante quienes lo conocían. Una tarde de vísperas de Todos los Santos, apareció para la cena con el albornoz como sotana, una sábana como casulla y un pañuelo al cuello como estola; tuvo un gran éxito y, ciertamente, fue uno de los disfraces más completos entre todos los que se exhibieron. Pero se

trataba tan solo de las galas externas del sacerdocio; lo esencial lo llevaba muy dentro de su corazón.

Así transcurrieron nuestros días en Colborne College. Éramos socios del Club de Música y asistíamos a los conciertos, más importantes para mí que para Brocky, que tenía mal oído, cosa frecuente entre los apasionados por la literatura. Lo sabía. Como Yeats, decía él. Pero trataba de aprender, aunque no sé muy bien lo que la música representaba para él. Luego supe que le gustaba mucho Chaikovski y, aunque no tengo nada en contra de ese gran maestro, menos apreciado de lo que merece, no es ciertamente Bach, para quien yo guardaba toda mi admiración algo puritana. Fui un esnob de Bach durante bastantes años.

¿Y quién no iba a convertirse en un esnob de Bach estando bajo la tutela de Richard Craigie, el mayor de los dos maestros de música de la escuela? Con su orientación uno podía llegar bastante lejos en el mundo de la música, pero siempre para regresar al hogar, y el hogar era Bach. Influyó mucho en mí el señor Craigie, y ahora comprendo que me llevó en una dirección que ha desembocado en uno de los intereses mayores de mi vida: el desarrollo cultural de la ciudad de Toronto.

Por supuesto que entonces no pensaba en estos términos, porque, comparada con Sioux Lookout, Toronto era para mí una Atenas, y todo cuanto sucedía allí en el mundo de la música era para mí una revelación. La orquesta sinfónica, aun cuando sus inicios eran prometedores, no hubiera pasado hoy una prueba de fuego, pero tenía coraje y constancia. En aquellos días, a los buenos músicos había que buscarlos en las orquestas de los cines, porque las películas eran mudas, y se llegaron a reunir grandes orquestas para que tocaran mientras se proyectaba la película. Los músicos, hartos de tocar cada noche el «Solo tu corazón solitario» de Chaikovski y el final de la obertura de *Guillermo Tell,* formaron entre ellos una orquesta sinfónica, y cuando podían escapar de la servidumbre de Bebe Daniels y Colleen Moore —lo que ocurría a las cinco de la tarde— daban conciertos con verdadera dignidad. El señor Craigie me dijo que cobraban menos de cinco dólares por actuación, pero sus almas se sentían renovadas, igual que las

nuestras. Algunas veces, los conciertos resultaban un poco chapuceros; de vez en cuando había que llamar a un músico aficionado para que tocara un instrumento poco habitual (recuerdo a un sacerdote anglicano bajito, que, cuando se le necesitaba, aparecía tímidamente con su clarinete bajo); pero era la mayor y mejor orquesta que el público jamás había tenido, y su pacientísimo director, Constant Gebler, sacó de ella mucha más música de la que podía esperarse de un conjunto que, en opinión de los entendidos, quienes basaban sus juicios en las orquestas de Estados Unidos que oían por la radio, no dejaba de ser una banda de grillos.

Una docena, más o menos, de melómanos de Colborne teníamos permiso para asistir a los conciertos, y nunca me perdí uno. Todavía hoy soy comprensivo con las orquestas que intentan abrirse camino en el mundo, no me importa que los críticos digan que no son precisamente la Filarmónica de Viena ni lo serán nunca.

Charlie y Brocky venían también a los conciertos, pero preferían lo que entonces era el primer balbuceo de la ópera en Toronto, *Hugh the Drover,* que el señor Craigie aseguraba que era muy bella, y tenía razón. Sigue siendo la única ópera «grande» que basa su romance en el resultado de una pelea a puñetazos, una manera más inglesa que italiana de decidir quién se lleva a la chica; el boyero Hugh y el carnicero John han de ser púgiles además de cantantes, y quizá esto vaya en menoscabo de una bella obra. Hubo también una ambiciosa representación de *Hansel y Gretel,* con catorce auténticos ángeles en la escena de la visión, que ocasionalmente cambiaban las plumas mientras ejecutaban su danza solemne alrededor del niño dormido. Y, por supuesto, teníamos compañías de ópera de fuera que venían de *tournée,* como la de Fortune Gallo, cuyo anuncio de *Aida* nos estremeció cuando supimos que el papel estelar lo cantaría una joven soprano piel roja. También un *Fausto,* con decorados de Norman Bel Geddes que nos parecieron muy atrevidos. *Fausto,* para mí, era un enigma y lo sigue siendo; si Fausto era tan listo, ¿por qué vendió su alma para desflorar y fecundar a Margarita que, aun siendo una chica bonita, no dejaba de ser una bobalicona? Brocky arrojaba alguna luz sobre esa pregunta: los hombres de brillante intelecto, decía, suelen ser estúpidos con las mujeres. Y dio pruebas

de ello personalmente, aunque sin consecuencias fatales, poco después de dejar la escuela.

Íbamos en busca de los dioses del Royal Alexandre Theatre; casi todos los sábados por la tarde estábamos en el gallinero del teatro, y cuando una compañía de actores shakespearianos, que venía del Festival de Stratford-on-Avon, visitó Toronto durante varias semanas, devoramos ocho obras de Shakespeare, y las digerimos todo lo bien que nos permitía nuestra inexperiencia. Fue el descubrimiento de un esplendor del que nosotros, niños del Nuevo Mundo, conocíamos muy poco. El esplendor de Shakespeare tal como él deseaba: en la escena. Era un vasto océano de mitos y poesía en el que Brocky flotaba, aunque nunca me pareció que se hundiera. Pero, para mí, Shakespeare supuso una inmersión total, de la cual, por cierto, nunca me he recuperado. Habíamos leído algunas obras de Shakespeare en Colborne, *Julio César* y *Enrique IV, parte primera*, por ser obras relativamente libres de mujeres inquietantes, y *A vuestro gusto,* expurgada de las supuestas obscenidades, pero soy de la firme opinión que Shakespeare impreso debe mantenerse lejos de los niños; si no pueden conocerlo en el teatro, es mejor que no lo conozcan. Sería lo mismo que pedirles a los niños que leyeran las sinfonías de Beethoven.

—Esta noche salgo a cenar con mi padre —me dijo un día Brocky— y he pensado aprovecharlo para reservar los cuatro sábados que estará aquí la D'Oyly Carte. ¿Quieres que haga tus reservas?

—¿Qué es la D'Oyly Carte? —pregunté.

—¡Dios santo! ¡La voz de Sioux Lookout! ¡Y no has oído hablar de D'Oyly Carte! Sin embargo, citas con soltura e inteligentemente las obras del gran W. S. Gilbert y sabes tocar una partitura de Arthur Sullivan. ¿No sabes, pobre ignorante, que la Compañía de Ópera D'Oyly Carte es la indiscutible guardiana apostólica de las operetas de Gilbert y Sullivan? ¿No sabes que Richard d'Oyly Carte —llamado en broma Oily Cart—[*] fue el que reunió y mantuvo juntos a esos dos genios para producir las operetas que tú conoces tan bien? ¿Y que esta compañía de autenticidad inatacable, sabedora de que a sir

William Gilbert no se le escapa ningún movimiento que haga, estará aquí dentro de dos semanas, para representar exactamente lo que uno quiere ver, en el auténtico estilo gilbertiano, y que podremos ver todo el repertorio? Dame un poco de dinero y yo me encargaré del resto.

Brocky no se equivocaba. Si Shakespeare había sido impresionante, esto fue una pura delicia. Toronto sentía una admiración provinciana por la gente de la D'Oyly Carte: sir Henry Lytton (imagínense, un caballero del rey, pero divertido como un payaso, capaz de bailar como una peonza y que llevaba un monóculo *de verdad* fuera de escena), la majestuosa Bertha Lewis, el untuoso Leo Sheffield y el ridículo Darrell Francourt, solicitadísimos para que asistieran a almuerzos, fiestas de caridad y lecturas en las iglesias de moda, en fin, para todo cuanto se espera que hagan unos famosos actores ingleses en los confines del imperio. Permanecí en trance durante la representación de las ocho operetas que conocía desde mi más tierna infancia por los discos de gramófono, viendo cómo desplegaban su encanto y su esplendor caprichoso en el escenario del Royal Alex (que es como los aficionados llamábamos al teatro, ahora que Alexandra ya no era reina, sin que se considerara *lèse majesté*), y quedé prendado de Winifred Lawson, tan cómicamente patética en el papel de querellante en *Trial by Jury.* ¿Ha producido la naturaleza algo más maravilloso que una soprano bella e ingeniosa? Y todo este desenfreno musical mereció la aprobación del señor Craigie, porque era inglés, porque el elenco de la D'Oyly Carte era un modelo de perfecta pronunciación inglesa y porque Arthur Sullivan había sido un especialista de Mendelssohn en la Real Academia de Música, igual que lo fue el mismo señor Craigie muchos años después.

—Habías dicho que era una escuela austera; pero ahora me da la impresión de que os lo pasasteis muy bien —me dice Esme.

Me doy cuenta de que al darle algunos resúmenes e impresiones de lo ya relatado, me he puesto lírico, como suelen ponerse los viejos cuando hablan del pasado.

—Aquellas aventuras musicales y teatrales eran solo unas pocas horas robadas al duro trabajo y a una vida espartana. Pero no vayas

a creer que la escuela no tuviera sus propios entretenimientos. Teníamos todo tipo de clubes.

Oh, en efecto, teníamos clubes que abarcaban toda una variedad de actividades —aunque no todas— que podían interesar a muchachos de mentes despiertas, o no tan despiertas. Estaba el Club Filatélico, con una gran cantidad de socios, porque la escuela rebosaba de gente que, como decía Brocky, se sentía enfervorizada por unos trocitos pequeños de papel que unos desconocidos habían lamido. Estaba el Club de Viajes, presidido por el subcomandante Daubigny, profesor de francés y alemán, pero que había tenido una agitada carrera en la Marina Real y de quien se rumoreaba que había comido carne humana en un banquete de caníbales. Estaba el Club de Ajedrez, dominado por un maestro inglés, el señor Crowe, que no era precisamente maestro de ajedrez, pero poseía en gran medida la solemnidad que ese juego requiere, y sabía expresar un gesto de estupor cercano a la muerte antes de hacer un movimiento importante. Estaba el Club Artístico, pero no tenía mucho éxito. Y estaba el Club de Música, del cual Brocky, Charlie y yo fuimos seguidores entusiastas. Y, por encima de todos, estaba el Club del Toque de Queda, reservado para encargados de mantener el orden, prefectos y los más destacados de sexto curso. Brocky era socio porque era prefecto por naturaleza, capaz de mantener el orden y dirimir cualquier tipo de disputa que no fuera digna de llegar a los dominios del jefe de estudios, el señor Norfolk. Yo fui socio, no como prefecto, sino porque el último año fui director de la revista de la escuela, lo cual me daba cierta reputación literaria; era yo lo que se llamaba un encargado. Los socios del Club del Toque de Queda gozábamos de algunos privilegios disparatados, puesto que éramos los únicos que podíamos fumar dentro del edificio de la escuela. Nos reuníamos los sábados por la noche en una habitación de la torre, una desgracia arquitectónica, porque tenía cinco metros de altura y las ventanas estaban a tres metros del suelo; se accedía al reloj de la torre por una trampa en el techo y se le oía murmurar y maldecir para sus adentros a todas horas.

Nuestras reuniones variaban enormemente en cuanto al grado de esfuerzo intelectual. Había socios que querían hablar de filosofía,

porque era la época en que apareció una edición barata de *Historia de la Filosofía,* del doctor Will Durant, y los chicos inteligentes se embriagaban con aquella divulgación popular, «un intento de humanizar el conocimiento centrando la historia del pensamiento especulativo en determinadas personalidades dominantes»; me engañé tan bien con sus páginas que, leyéndolas un rato, llegaba a creer que pensaba profundamente. Había socios que estaban locos por las ciencias, y supongo que debí apoyarlos más de lo que hice, pero yo sabía algo de aquello, por lo menos de geología, que me había enseñado mi padre, y desdeñaba el entusiasmo de los aficionados, aparte de que no me apreciaban mucho: la geología no significaba mucho para los entusiastas de los gérmenes. Brocky pretendía nada menos que poner boca abajo el Club del Toque de Queda.

—El color colectivo de la mente del Club —decía— es una especie de color grasiento río Limpopo, algo como gris verdoso, y hay que aclararlo. ¿Es gris, es verde o de otro color? Solo lo sabremos si lo sacudimos y le damos un buen repaso.

Y ciertamente le dio un buen repaso la noche de un sábado de febrero, con la lectura de un artículo titulado *Aclaración de un punto espinoso en la crítica shakespeariana: ¿Dónde escondió Hamlet el cuerpo de Polonio?* Sonaba tan jugoso y tan solemnemente literario, que hasta el mismo Thomas Norfolk, jefe de literatura inglesa, decidió hacernos la gracia de asistir acompañado de uno de los maestros jóvenes, el ingenioso y regordete señor Sharpe, que se divertía extracurricularmente con las travesuras de Brocky. Nos sentamos y empezamos a fumar nuestros legalísimos cigarrillos (el señor Sharpe fumaba una pipa que tenía una cazoleta extraordinariamente grande) mientras Brocky desplegaba su manuscrito y empezaba.

El problema de lo que Hamlet hace con Polonio, dijo Brocky, ha quedado ensombrecido por la existencia de otros aspectos de mayor y más inmediato interés en la famosa escena (la IV del acto III), cuando Hamlet se enfrenta con su madre y la maltrata con lenguaje poco filial. La escena transcurre rápidamente, como suele ocurrir en las mejores de Shakespeare; en efecto, apenas dichos veinte versos,

Hamlet advierte la presencia de Polonio detrás del tapiz y, sin saber quién es, lo atraviesa con su espada. Lo que pasa luego entre Hamlet y Gertrudis está tan cargado de significado (Brocky dijo que ni siquiera intentaría ahondar en la posible pasión incestuosa del príncipe, y el señor Norfolk hizo un gesto de aprobación por aquella observación erudita), que se nos puede pasar por alto la declaración de Hamlet...

Voy a arrastrar sus despojos hasta el cuarto vecino

... hasta que aparece Hamlet en la escena siguiente y dice:

Ya está en lugar seguro.

Es evidente que ha escondido el cadáver del anciano y buen consejero, pero ¿dónde? Cuando Rosencrantz y Guildenstern le preguntan, dice «lo mezclé con el polvo, del cual es pariente», indicación que habría sido suficiente para los dos cortesanos aduladores si no fueran tan estúpidos. Tenemos otra idea: recordemos que «polvo» no solo significa la carne que permanece cuando ha volado el alma, sino cualquier desecho o desperdicio humano y, en esta circunstancia, ¿qué puede ser? Queda bastante claro cuando, preguntado por el rey, Hamlet termina por decir que pueden encontrar a Polonio por su hedor si se ocupan de buscarlo en el sitio apropiado. «Si no dais con él en lo que resta de mes, lo oleréis al subir los escalones de la antecámara.»

Veamos, ¿qué nos dice esto? ¿No está claro como la luz del día? Hamlet ha escondido a Polonio en un cuarto reservado para el rey que este raramente frecuenta, un cuarto que da a la escalera. En un castillo como el de Elsinore, o en cualquier castillo que conociera Shakespeare, y había ido a varios con su compañía de cómicos de la legua, el cuarto que da a la escalera es el retrete, construido en las murallas exteriores y que sobresale suspendido sobre el foso. Hamlet, que tiene una lengua mordaz y decididamente sucia —recuérdese cómo le habla a Ofelia antes de la comedia-dentro-de-lacomedia ¡en presencia de todos!—, lo que está insinuando es que el rey no va a menudo al retrete, es decir, que está estreñido.

¿Era esto un insulto grave? Fijémonos en la observación que el príncipe hace a su tío-padre: lo llama «rey gordo» y antes ha descrito sus besos como «inmundos», que es lo mismo que si dijera

rancios. ¿Acaso sufría el rey de halitosis? ¿No se estaba expresando Hamlet en términos imperdonablemente personales, insultando así a un hombre que tenía sobre él poder de vida y muerte?

¿Se puede rechazar terminantemente que especulemos con el significado que semejante insulto puede haber tenido para el propio Shakespeare? Se dice a menudo que es peligrosamente disparatado hundirse en las profundidades de la mente de un autor cuando se buscan en su obra insinuaciones aparentemente significativas de sus preocupaciones personales. Pero, siendo solo humanos, ¿por qué no podemos buscar algo acerca del Príncipe de los Poetas que haya dejado escapar inadvertidamente? Es curioso que si buscamos de cabo a rabo en un índice de frases shakespearianas, no encontremos ni una sola referencia al estreñimiento, cuando abundan otras enfermedades empleadas para buscar efectos trágicos o cómicos. ¿Por qué este silenciamiento de un achaque tan común, tan vejatorio, tan siniestro por sus efectos en el espíritu humano? ¿Atribuía Shakespeare al rey Claudio, mediante estos insultos de Hamlet, una enfermedad que era secretamente la suya, su preocupación permanente?

Brocky, modestamente, dejó las conclusiones para los demás. No tenía tiempo, dijo, para examinar minuciosamente las obras completas en busca de algo que arrojara luz sobre el tema. Pero dejaba abierta la pregunta: ¿Estaba estreñido Shakespeare? ¿Qué pensaban los socios del Club del Toque de Queda? ¿Podía admitirse que Hamlet añadió una ofensa final a Polonio —no tan mala persona para ser un funcionario del Estado— arrojando su cadáver al retrete?

Aquello rozaba peligrosamente el escándalo y todos lo sabíamos. Pensé que Brocky había ido demasiado lejos, pero admiré su valor desvergonzado.

El señor Sharpe lo miró de reojo mientras chupaba su enorme pipa hasta ponerla al rojo vivo. Para asombro de todos, el señor Norfolk inició el debate y lo hizo con la mayor serenidad. El tema expuesto por Gilmartin, dijo, tenía cierto interés, y era excusable que un joven crítico lo exagerara, porque uno ama a su propia criatura por débil que sea. Pero cuando en la madurez se contempla la Mente de Shakespeare, uno se da cuenta de que esas trivialidades de mal

tono, como la localización de los retretes y las taras de los personajes, que merecen un estudio psicológico más minucioso, no son dignas de un verdadero crítico. Otras son nuestras preocupaciones, continuó el señor Norfolk (y todo el mundo, incluido el señor Sharpe, sabía que iba a soltar una de sus salidas fatuas), pero el Cisne de Avon sobrevuela libremente. Las preguntas que hagamos sobrepasan el conocimiento, añadió con una sonrisa y la misma calma. La crítica, en el mejor de los casos, no es sino la inútil búsqueda de la mortalidad.

Con los ojos cerrados, guardó silencio el señor Norfolk, perdido en el hechizo de su propio parentesco con el Bardo Inmortal.

12

El atrevido asalto de Brocky a la seriedad del Club del Toque de Queda no fue el punto culminante de la historia del Club durante nuestro último curso en Colborne. Por una rara casualidad, lo propició Charlie.

No porque Charlie fuera socio, ¿cómo iba a serlo? Nunca pudo llegar a la sexta Forma (en aquellos días todavía teníamos Formas y no Grados). Pertenecía a un limbo académico llamado 5 A Especial, donde languidecían los muchachos que, por una razón u otra, no tenían la calificación necesaria para la promoción final. No poseía ninguna distinción, ni siquiera el premio de religión, porque en sus exámenes sabía demasiado, escribía demasiado, llenándolos de temas doctrinales e históricos que superaban la capacidad del capellán del colegio, un joven conflictivo a quien el obispo no había querido asignar a una parroquia, y así se ahogaba en sus propios excesos. Charlie era un fracaso, porque nunca parecía capaz de hacer nada que satisficiera a sus superiores. Pero todos lo querían por sus modales amables aunque no afectados; el señor Sharpe lo definía bien diciendo que Charlie era más una paloma herida que un pato inútil.

Tenía que celebrarse una reunión de interés inusitado en el Club del Toque de Queda, porque uno de los profesores principales —uno de los que estaban inmediatamente debajo del director— iba a hablar sobre un tema del que era una autoridad reconocida. Reconocida, es decir, fuera de las paredes de Colborne. El señor

Dunstan Ramsay, jefe de la asignatura de Historia, iba a hablar del Mundo de los Santos, y como era autor de un par de libros y había traducido otros sobre los santos más populares (los santos por los que se interesan los turistas) esperábamos algo de cierta autoridad. Y, como esto estaba bastante en la línea de Charlie, Brocky y yo pedimos permiso para llevarlo como invitado, y como era querido por todos —bueno, por casi todos— en la escuela, no hubo ninguna dificultad.

Cuando nos reunimos en aquel curioso cuarto de la torre, la noche de un domingo de marzo, el último domingo antes de las vacaciones de Pascua, esperábamos que el señor Ramsay tratara de unos pocos santos conocidos y nos contara algunas anécdotas divertidas sobre ellos, y luego nos iríamos a tomar un café con pastas. Pero el señor Ramsay nos sorprendió cuando trajo y nos mostró el libro más bello que yo había visto hasta entonces. Era la edición Caxton de 1892 del libro de William Morris *La leyenda dorada.* Durante aproximadamente un cuarto de hora miramos las soberbias páginas a medida que el señor Ramsay las iba pasando. (Fue mi primera lección profesional de coleccionista de libros: no dejar que nadie toque tus tesoros, a menos que lo conozcas bastante bien para fiarte.) Yo ya tenía el gusanillo de coleccionar libros, igual que Brocky, y nos pasábamos muchas tardes de los sábados buscando entre las librerías de segunda mano que entonces había en la Yonge Street, entre College y Bloor. Siempre íbamos con la esperanza de descubrir algo insospechado por el librero en aquellas aburridas colecciones de teología antigua, enciclopedias pasadas de moda, novelas que se olvidaban después de un año y basura infantil y, de vez en cuando, veíamos algo que nos interesaba, aunque no imagino que interesara a nadie más. Compré antiguos libros de medicina, material descartado por los estudiantes del siglo XIX, no porque pensara que me fueran a enseñar algo valioso acerca de la medicina moderna, sino porque contenían claves importantes de la medicina del pasado. Uno de ellos era para mí como un tesoro: un manual de vendaje, por el que supe que los médicos del siglo pasado, aunque sabían muy poco de asepsia, envolvían a los pacientes de tal manera, después de una herida o

una amputación, que no lo reconocían ni sus madres. Brocky buscaba primeras ediciones de poetas y nunca que yo sepa encontró algo de importancia, aunque compró mucha basura divertida, publicada en el siglo XIX por unos ingenuos esperanzados que se pagaban la edición.

El señor Ramsay nos introdujo en la belleza del libro impreso, que poca gente entiende, y de la que se ocupaban en mi tiempo unas pocas imprentas. Caí enamorado a la vista de aquella *Leyenda dorada* de Morris, uno de los pocos y auténticos amores gratificantes de mi vida: me enamoré de los libros bellos, y ahora, ya anciano, tengo un harén de singular importancia.

Después de mostrarnos el libro, el señor Ramsay nos hizo una pregunta: ¿por qué, en 1892, un gran impresor pensó que valía la pena producir una edición más —inmensamente compleja y costosa — de un libro que había sido enormemente popular en Europa durante cinco siglos? Era porque *La leyenda dorada* estaba considerado como uno de los diez libros que, en su conjunto, daban una idea coherente del pensamiento y de los conocimientos de la Edad Media. Pero ¿lo conocían bien todos los historiadores modernos de la Edad Media? Algunos decían que sí, pero un conocimiento personal del libro hacía que semejante afirmación pareciera poco segura. ¿De qué trataba el libro? Recogía las vidas de los santos (se llamaban leyendas porque se leían en los monasterios en el refectorio), presentadas en el orden con que los celebra la Iglesia, empezando con la leyenda de san Andrés, el 30 de noviembre, al inicio del Adviento, y siguiendo todo el año cristiano hasta el siguiente 29 de noviembre, día en que ejercen su benigna influencia los santos Saturnino, Perpetua y Felicitas. Era un libro al que podía acudir el devoto para su edificación en cualquier momento y, no menos importante, era una historia intrigante. No hay que olvidar nunca los encantos que la narrativa ejerce en el corazón humano, decía el señor Ramsay.

Como tampoco hay que olvidar la suave y persistente influencia de la Edad Media en el mundo moderno. Cuántos barrios, calles y distritos de Toronto —sin mencionar las iglesias— llevan nombres de santos. ¿Por qué una de las calles más animadas del centro se llama

Saint George Street? ¿Quién rendía un escaso y mal entendido culto al santo guerrero cuando se puso nombre a la calle? ¿No habría sido mejor conmemorar a un próspero cervecero o destilador de whisky, como en Bloor Street? ¿Por qué no Gooderham Street? Pues no, san Jorge fue y será en el futuro inmediato.

Un bromista sugirió que el camino de los basureros que hay detrás de Saint George Street podría llamarse Dragon Alley, y el señor Ramsay comentó que esa era una buena idea medieval, y ciertamente podía serlo. Esta interrupción habría dado lugar a una divertida discusión si Evans no hubiera intervenido.

Evans era un reconocido líder de las Grandes Mentes entre los alumnos de la Sexta Forma de aquel año; era un muchacho solemne, prematuramente envejecido, de quien se esperaba que hiciera ruido en el mundo, aunque aún no se sabía cómo. Evans era intensamente racional. No puedo decir que fuera un científico porque su curiosidad era demasiado estrecha.

Porque Evans intervino para preguntar qué era un santo y cómo se podía definir en términos modernos.

A los santos, dijo el señor Ramsay, los hacía la Iglesia de Roma, que seguía un elaborado proceso de canonización, en el cual se prestaba la más cuidadosa consideración a la pretensión de cualquiera que fuera propuesto para la santidad, exigiendo pruebas que apoyaran esa pretensión y pasando habitualmente muchos años antes de proclamar un nuevo santo. Un santo tenía que ser una persona de heroicas virtudes, cuyo modo de vida y cuya muerte testimoniaran una santidad poco común, y que hubiera pruebas de haber producido un mínimo de tres milagros, que significa un acontecimiento benévolo contrario al orden natural de las cosas, o lo que se llama ley natural. Una vez proclamado, los creyentes pueden invocar al santo mediante plegarias. En los tiempos antiguos se pensaba que muchos santos ayudaban en casos específicos, como, por ejemplo, san Vito, a quien se invocaba en casos de mordeduras de perro o serpiente y, por supuesto, en casos de corea de Sydenham, enfermedad nerviosa llamada por eso baile de san Vito. Luego estaba san Antonio de Padua, imprescindible para encontrar objetos perdidos. Y también estaba santa Wilgefortis, a quienes las

mujeres rezaban para librarse de un mal marido. Hay, dijo Ramsay, santos para todos los gustos. Nadie sabe exactamente quién fue san Vito, pero todo hace pensar que existió realmente, y san Antonio está probado que existió históricamente, pero, en el caso de santa Wilgefortis, parece que surgió simplemente para llenar una necesidad y no hay ninguna prueba de su existencia. La Iglesia se ha preocupado en los años recientes de estar por encima de esos santos folclóricos como Wilgefortis, aunque los santuarios de ella en Europa siguen siendo abundantes. El mismo Ramsay había visitado varios y tenía fotografías de las pinturas de la santa, una mujer dotada de larga barba.

—Lo cual viene a demostrar —dijo Evans— que la religión ha sido siempre una impostura.

—¿No crees que eso es excesivamente condenatorio? —preguntó el señor Ramsay.

—Seguramente, señor —replicó Evans en tono de hombre a hombre—. Aquí, en el Club, podemos ser francos.

—Muy bien dicho —murmuró Brocky—. La logia está cubierta.

Evans lo hizo callar con el ceño fruncido y continuó:

—La religión pertenece a la infancia de la raza humana. Usted ha conseguido una reputación investigando partes de ella, pero ¿qué le ha impulsado a hacerlo, la curiosidad científica (una rama de la historia, a fin de cuentas) o una preocupación real por la religión?

—Una preocupación real por la religión, sin duda.

—Pero ¿una preocupación científica? ¿No como creyente?

—¿Quieres decirme acaso que la ciencia descarta la creencia?

—En la religión, sí, por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque la creencia postula la adhesión a un credo, y un credo postula la creencia en Dios, un Primer Autor, un Creador y una Presencia Inmanente. Y eso no cuela.

—¿Ah, no? Explícamelo.

—Bien, ahora está ampliamente admitido entre la gente avanzada, por ejemplo, entre los biólogos moleculares, que las recientes investigaciones en materia orgánica básica demuestran claramente que todas las formas de vida surgen por pura casualidad,

por medio de mutaciones imprevisibles y por una necesidad probablemente enraizada en la selección darwiniana. Y eso imposibilita que se postule un Plan Maestro, o Planificador, o un esquema de la Creación. Simplemente, no cuela.

Esto provocó algunos murmullos, porque a los socios del Club del Toque de Queda, por muy avanzados que fueran, les gustaba nadar y guardar la ropa y, en aquella época, la manera de hablar de Evans era un poco atrevida para los hijos de la élite de Toronto. Pero entre los murmullos surgió una voz con claridad, y aunque no había oído antes aquella voz, sabía que venía de Charlie. Todos se volvieron a mirar porque nadie esperaba que hablara un invitado. No es que estuviera prohibido, pero se esperaba que mantuviera la postura humilde que corresponde a un invitado.

—Eso sí que no cuela —dijo.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

A Evans la interrupción lo cogió desprevenido y se sintió molesto.

—No cuela porque postula, por emplear tu ridícula expresión, un Dios con limitaciones humanas y valores humanos, de hecho una especie de Superhombre. Tus pensadores avanzados suponen que si Dios no piensa como ellos es que no puede pensar de ninguna manera y que, por lo tanto, no existe. ¿Qué te hace suponer que lo que tu gente avanzada llama «pura casualidad» significa lo mismo para Dios?

—¿Postulas un mundo en el cual todo está dispuesto y no puede cambiar, por eso que nuestras abuelas llamaban la «Voluntad Divina»?

—De ninguna manera. No estoy *postulando* nada. Pero aunque sugiero que la Voluntad Divina debe prevalecer en el tiempo, las partes individuales de la creación disponen de una gran libertad bajo lo que se acostumbra a llamar ley natural, y con frecuencia se encuentran en situaciones donde tienen que hacer uso de esa libertad. Y si fracasan, es probable que Dios lo intente de nuevo.

—Parece que has reflexionado mucho acerca de estas cosas, Iredale —dijo Evans en un tono que intentaba ser de superioridad—,

así que quizá puedas hacernos el favor de darnos una definición de Dios.

—Ni hablar —respondió Charlie—. Eso sería como una bombilla de cuarenta vatios que intentara definir las cataratas del Niágara. Todo lo que la bombilla sabe, si es que sabe algo, es que sin las cataratas la bombilla sería una curiosidad inútil.

—Por consiguiente, ninguna prueba.

—Ninguna que sirva para convencerte.

—Y eso, ¿por qué?

—La fe. «Creer en lo que no podemos probar», como dice el himno que cantamos tan a menudo en las oraciones de la mañana.

—Creer sin pruebas puede llevarte por caminos tenebrosos.

—Creer donde hay pruebas incuestionables solo está al alcance de quien posee el conocimiento de todas las cosas. Alguien con la visión histórica de Dios. Hemos de conformarnos con el conocimiento que podemos adquirir durante nuestras vidas. No podemos conocer el futuro y solo tenemos un conocimiento parcial del pasado. ¿Sabes lo que dijo el marinero a quien le contaron que el rey Salomón era el hombre más sabio que había habido y habrá en el mundo?

—No lo sé.

—Dijo: Si tuviera a Salomón a bordo de mi barca, no sabría decirme cómo funciona una mierda de farol.

Evans fue el único del Club que no le encontró la gracia a lo dicho por Charlie.

Y entonces intervino el presidente, el jefe de los alumnos de la escuela, un chaval decente, de nombre Martland.

—Creo que debemos volver al señor Ramsay y a *La leyenda dorada* —dijo—. Escuchemos algo acerca de un tiempo en que la fe era cosa generalizada. Creo que ha dicho, señor, que durante siglos la gente buscaba en *La leyenda dorada* historias intrigantes. ¿Qué clase de historias? ¿Nos intrigarían ahora?

—Desde luego no de la misma manera —dijo el señor Ramsay —. Suelen ser bastante concisas, sin dar muchos detalles. Hablan de martirios y milagros y, si no se cree que el martirio para la fe cristiana es una forma gloriosa y valerosa de morir, la historia queda

reducida al episodio sangriento entre un tirano y una víctima. Lo mismo puede decirse de los milagros. Son interrupciones temporales de la ley natural. Si se comparte el punto de vista de Evans, quedan reducidos a mentiras piadosas. Pero quizá sea apresurado suponer que no hay tales interrupciones. Las cosas ocurren y a veces nos enteramos de ellas por lo que leemos en un periódico, probablemente escrito por un periodista sensacionalista o por un cínico, y en ambos casos la verdad queda oscurecida. Cuando hoy hablamos de un milagro, tendemos a pensar como si ocurriera en un hospital o en un laboratorio científico, donde alguien amplía o contradice lo que se creía antes.

—Y que después se somete a investigación durante años, a exámenes y pruebas rigurosas —dijo Evans, cuya llama aún no se había extinguido.

—Estará sometido a examen hasta que el siguiente milagro científico demuestre que estaba equivocado o llegue mucho más lejos —dijo Charlie.

Me sentía molesto, porque había sido yo quien había traído a Charlie a la reunión del Club sin que fuera socio, y ahora parecía que era él quien llevaba la voz cantante. Martland tenía la misma sensación y volvió a intervenir.

—Escuchemos al señor Ramsay —dijo—. A fin de cuentas, para eso hemos venido.

—Por favor, no os preocupéis por mí —dijo Ramsay—. Me encanta que os acaloréis por un tema que pensé que no os iba a interesar mucho. Los milagros son un tema fascinante de estudio. Cuando llegó la Reforma se convirtieron en un estorbo para los defensores de la Iglesia y en una antigua y rara plaga en manos de los luteranos. Y *La leyenda dorada* fue blanco de muchos abusos por ambos bandos. Incluso un hombre tan equilibrado como Erasmo lo rechazó y despreciaba como necios a quienes creían cuentos de fantasmas, demonios y milagros.

—¿Y qué dijo de los milagros de Cristo? —preguntó Charlie, volviendo a la carga.

—Cristo estaba al margen de la discusión —dijo Ramsay.

—Apuesto a que sí —comentó Evans, empeñado en aparecer ante nosotros como un ateo rencoroso.

—Debemos contemplar la situación desde un punto de vista histórico —terció Ramsay—. Durante mil años, durante la oscura Edad Media europea, la Iglesia era el único elemento realmente civilizador, y las historias de los milagros llegaban a personas que de otra manera no habrían entendido los argumentos teológicos. Tenían fe, como dice Iredale, y necesitaban un sostén para su fe. Pensad en lo lejos que estaba de Roma un pueblo del sur de Francia en el siglo XII; la mayoría de la gente no se alejaba de su casa más allá de lo que podía caminar en un día. Un milagro en el lugar o un santo del país tenían para ellos más valor que cualquier argumentación ininteligible o las cartas del Papa.

—Por lo tanto, usted admite que los santos y los milagros eran invenciones para reforzar el yugo de la Iglesia sobre la gente ignorante.

—No. No he admitido nada de eso, y tú, Evans, hablas como un orangista del Ulster. He dicho que para que avanzara la civilización se necesitaban esas ayudas, y que la Iglesia era el único elemento civilizador en aquella época tan difícil.

—Pero hoy nos podemos olvidar de los santos y de los milagros —dijo Evans.

—Desgraciadamente, la historia no se desarrolla de una forma tan simplista —dijo Ramsay—. Todavía oímos hablar de milagros. Algunos, bastante impresionantes, ocurrieron en el siglo pasado. He visitado lugares donde ocurrieron, o donde dicen que ocurrieron, y no he encontrado a nadie que dudara de ellos. Hace exactamente un año, en Portugal, fui a una gran iglesia en Milagres, donde celebraban el milagro de Manoel Francisco Mayo. El templo era una notable evidencia de fe en algo aparentemente increíble que se decía había ocurrido, no hacía mucho tiempo, y lo habían atestiguado personas que no creo que fueran unos embusteros. Me parece que seguiremos teniendo milagros y santos durante bastante tiempo todavía en esta era supuestamente científica.

—Pero ¿qué *es* exactamente un milagro? —preguntó Nolan, que siempre quería intervenir en las discusiones para demostrar su

interés.

—Bernard Shaw dice que un milagro es un suceso que crea fe —contestó Mestayer, a quien le gustaba demostrar que estaba al día.

En aquella época y en la sociedad de la que procedían aquellos chicos, leer a Bernard Shaw era un atrevimiento.

—¡Lo siento! —saltó Brocky—. Shaw hace que un personaje de *Santa Juana* diga eso. No es lo mismo. Es un arzobispo quien habla. Defiende los milagros contra la acusación de fraude, porque los fraudes engañan, pero un suceso que crea fe no engaña y, por lo tanto, no es un fraude, sino un milagro. Una argumentación hábil, pero has de tener en cuenta que es un arzobispo quien habla. Para Shaw es solo el papel de un personaje.

Charlie no pudo callarse.

—Shaw trata de ser leal con todo el mundo. En esa misma escena, otro personaje dice que la Iglesia debe alimentar la fe con la poesía. Uno de los defectos del punto de vista científico es que no deja sitio a la poesía en la vida.

—Poesía, ¿qué significa eso exactamente? —dijo Evans, dispuesto a aplastar a Charlie o a sufrir una severa derrota. Pero Charlie estaba preparado para responderle.

—La poesía es el aliento y el espíritu sutil de todo conocimiento; es la expresión apasionada contenida en toda ciencia.

—¡Dios! —dijo Evans.

—No exactamente: Wordsworth —corrigió Charlie.

—Bravo, Iredale, has vencido —dijo riendo el señor Ramsay, que se divertía.

Quizá no fuera el mejor comentario, porque si bien parecía cubrir de laureles a Charlie, abría más la sima entre él y los consagrados socios del Club; a ellos, lo que decía Charlie les parecía un descaro, porque en aquella época había un respeto casi japonés hacia los superiores. Pero Evans no podía admitir la derrota, ni siquiera una retirada temporal.

—Nunca serás un científico, Iredale, si te agarras a cualquier autoridad que da la casualidad que viene bien a la discusión del momento. ¿Qué tiene que ver Wordsworth con nada de esto? ¿Y qué me dices de Erasmo? ¿No ha dicho el señor Ramsay que fue muy

duro con los milagros? ¿Y no fue Erasmo uno de los capitostes de la fe religiosa?

—Sí, pero Erasmo tenía la debilidad del erudito —dijo el señor Ramsay, interviniendo otra vez para ayudar a Charlie, lo cual no iba a ser una ayuda a la larga—. Erasmo quería que todos fueran tan inteligentes como él y cuando no lo eran los consideraba unos simples testarudos.

—Y hay pocos Erasmos —añadió Charlie—. Gente simple hay mucha, y la gente simple sigue siendo la más numerosa. Con razón se ha dicho que Dios ama a las personas simples, porque hizo a tantas.

—Pero no tantas como *Spirochaeta pallida* —dijo Evans—, así que si aceptamos tu argumento, Iredale, Dios debe amar más a la sífilis que a las personas simples.

La argumentación de Evans se consideró como una victoria por KO y fue saludada con risas y aplausos. Charlie permaneció callado, pero todos sabían que si había perdido en la discusión, también se había anotado algunos puntos.

Martland llamó una vez más al orden y el resto del tiempo lo pasó hablando el señor Ramsay sobre *La leyenda dorada* y la clase de sociedad que creía en milagros y se convertía a la fe. La palabra leyenda, dijo, no significaba como ahora algo de naturaleza mítica o fabulosa, sino «lección» o «lectura». El respeto a este libro no significa un rechazo del Renacimiento o de las siguientes aventuras intelectuales, sino la comprensión positiva de una época pasada que, si se examina cuidadosamente, quizá tenga mucho que decirnos para enriquecer nuestras vidas. No nos favorece que despreciemos mentes como las de san Agustín o santo Tomás de Aquino. La visión histórica verdadera, dijo, no es el relato del progreso del hombre desde la barbarie o la superstición hasta la ilustración moderna, sino el reconocimiento de que la ilustración se manifiesta a lo largo de la historia del hombre bajo muchos disfraces, y que la barbarie y la superstición son aspectos permanentes de la historia humana. Contó cosas punzantes acerca del surgimiento del nacionalsocialismo en Alemania en apoyo de su afirmación de que la barbarie y la superstición encuentran nuevos uniformes para los antiguos gnomos

populares. Llamó la atención sobre los numerosos países que aún mantienen la esclavitud de forma más o menos encubierta. Habló del sometimiento de la mujer, y quizá tuvo poco tacto al atribuir gran parte de su causa a la llegada a Europa (y subsiguientemente al Nuevo Mundo) de las ideas orientales sobre la mujer que se esconden bajo las faldas de la cristiandad del Oriente Próximo; los glaciales romanos e incluso los hirsutos rufianes de la Europa celta trataron a sus mujeres mejor que la cristiandad, porque la cristiandad, a pesar de los beneficios que ha aportado a nuestras vidas, tiene su lado sombrío. Mucho de lo que dijo mereció, por supuesto, el desdén de las mentes más agudas del Club del Toque de Queda; una charla excéntrica para justificar profesionalmente a Ramsay, un buen maestro, pero también un chiflado. ¿Qué había de malo en la situación de las mujeres? Para los muchachos del Club del Toque de Queda, las mujeres tenían una vida fácil.

13

Después de lo ocurrido en el Club del Toque de Queda, la breve fama de Charlie se desvaneció y dio paso, tras las vacaciones de Pascua, a un desastroso descrédito. Descrédito según las normas de Colborne. Después de la Pascua, todos los alumnos de los cursos superiores iniciaron el doloroso proceso de ponerse tensos para los exámenes. Tensos, en algunos casos, como relojes a los que se ha dado demasiada cuerda, hasta el punto de necesitar atención médica para descargar la tensión. Los casos más graves se daban entre quienes tenían que enfrentarse con los Exámenes de Matrícula, llave para entrar en la universidad. En aquella época eran doce los exámenes, doce cuestionarios sobre una variedad de temas y, aunque se permitía alguna libertad —el francés era obligatorio, pero el alemán era optativo—, dos de los cuestionarios eran de matemáticas y dos de «ciencias», como de modo exagerado denominaban a nuestros balbuceos en física y química. Charlie no solo era débil en estos cuatro temas, sino prácticamente incapaz, y eran las asignaturas que habían hecho de sus años escolares una desdicha. A medida que se acercaba el pavoroso mes de junio, empeoraba el aspecto de Charlie; muchos alumnos palidecían ante la llegada de la terrible prueba, pero Charlie tenía ojeras y empezó a

perder peso y, como siempre había sido delgado, parecía un esqueleto.

Era la doctrina del jefe de estudios («de quienes mucho han recibido mucho se espera») la que estaba en la raíz de todos estos males. Porque Colborne no era una escuela pública pagada por el Estado, sino una antigua institución privada, financiada por padres acomodados, obligada a obtener resultados buenos, si no brillantes, en los exámenes generales, que eran iguales para todos. Colborne solía conseguir las medallas de los representantes del gobernador y distinciones similares; solo así podía justificar su pretendido privilegio frente a un mundo reacio a aceptar privilegios en los demás. Colborne había asumido el manto del liderazgo y se esforzaba por mantenerlo cuando se anunciaban los resultados, compitiendo por los laureles escolares con las demás escuelas privadas. Por eso la presión era enorme y se mantenía celosamente la tensión. Los maestros mimaban a los muchachos que destacaban por su talento como si fueran caballos de carreras, les dedicaban horas extra, analizaban los cuestionarios de años anteriores para orientarlos sobre las posibles preguntas y cuáles podían ser las mejores respuestas. Brocky y yo sufrimos este proceso de sintonización, pero el pobre Charlie era un caso desesperado y, aunque nadie lo trató injustamente, sentía el escalofrío de verse excluido, como alguien que no es merecedor de atención especial.

Y no porque no lo intentara. Durante las últimas semanas intentó desesperadamente cambiar su ineptitud inveterada de años. Permanecía hasta tarde sentado delante de sus libros (en aquellos días se nos permitía tener la luz encendida hasta la hora que quisiéramos) y aunque ahora yo tenía un cuarto para mí solo, pues era encargado, iba a verlo de vez en cuando y trataba de animarlo. ¿Cómo animar a un hombre que ve la guillotina cada vez más cerca? Intenté aconsejarle un poco, pero Charlie estaba reducido a una situación que me hacía pensar, en palabras del doctor Johnson, que yo estaba asaltando una fortaleza de imbecilidad irresistible. Era tan rubio que tenía el cabello casi blanco, y había momentos en que parecía un anciano. Me di cuenta de que estaba físicamente enfermo y no solo como resultado de la ansiedad que estaba en el aire y

todos respirábamos. Algo le aquejaba y los dolores de cabeza que sufría no podían deberse solo al cansancio. Compré un termómetro clínico —el primero de la serie de este tipo de instrumentos que luego he tenido— y le tomé la temperatura: nunca bajaba de los treinta y ocho grados. Le rogué que fuera al médico, pues tenía dolores esporádicos en los oídos y en los ojos. Me hizo caso, pero el médico de la escuela, que no era Galeno, sino otro Doc Ogg con la camisa limpia, le dio unos golpecitos en el hombro, susurró algo de «fiebre de exámenes» y le recetó aspirinas. Le dije que fuera a ver a otro médico, pero, para sorpresa mía, se negó.

—Todo es cosa de mi imaginación —me dijo—. He de vencerla.

—Charlie, por Dios, no te creas que tienes una mente de superhombre —le dije—. Estás enfermo. Es evidente. No puedes ir a examinarte como estás. No es tu imaginación.

Pero nada pudo convencerlo. Creía saber cuál era su problema: fingía estar enfermo, su cuerpo lo traicionaba y tenía que dominarlo. Tenía que demostrar al cuerpo quién era el amo. Yo sabía que rezaba mucho, por supuesto pidiendo ayuda para los exámenes. Pero la experiencia clínica que luego he adquirido me ha convencido de que Dios se interesa muy poco por los exámenes, de la misma manera que tampoco se interesa por la bolsa ni se mezcla en los negocios.

Sin que me diera cuenta en absoluto, esta enfermedad de Charlie fue lo que más influyó en que yo me convirtiera en médico y, sobre todo, en la rara clase de médico que soy. No era su cuerpo el que lo traicionaba y era imposible que su mente se impusiera a su cuerpo. Era algo distinto, algo más profundo y radical lo que mantenía a Charlie fuera de una lucha de la cual tenía que salir inexcusablemente herido. Fue mi aprecio por Charlie, mi simpatía por él, pero también mi observación clínica de su enfermedad, más que las turbias lecciones de la señora Smoke o los conocimientos superficiales de Doc Ogg, los que hicieron que me resolviera a ser médico con el fin de proseguir esta especie de observación hasta donde pudiera.

Ahora sé que Charlie estuvo muy enfermo —mucho peor de lo que entonces podía saber— y que lo que tenía podía haberlo

conducido muy posiblemente a una fatal mastoiditis, que de momento era una sinusitis tan aguda que requería atención inmediata. No faltó mucho para que la enfermedad lo matara. Pero no ocurrió así porque la enfermedad no es tan inevitable o inexorable como eso. Intervenía otro elemento, demasiado sutil para ser puramente físico y demasiado profundo para ser del todo mental, una especie de Tercer Charlie que lo hacía sentirse desgraciado e hizo de sus exámenes un prolongado martirio por el que no había que morir.

Por fin llegó junio. No supe nada de Charlie durante los días de los exámenes, porque él se presentaba a las pruebas de Matrícula Secundaria, mientras que las mías eran de rango superior, con acceso a la universidad si las pasaba, es decir, que me evitaban hacer el primer curso obligatorio, durante el cual enseñaban a hacer cosas que la gente nunca hace en este mundo, como escribir prosa gramatical, y se inculcaban unos pocos hechos básicos relacionados con los intereses compartidos de la civilización occidental en unas mentes que ignoraban todo de tales temas. Tuve que ocuparme de mis asuntos, que bastante complicados eran. Iba cada día, desde Colborne al centro de la ciudad, a un enorme edificio donde yo creo que había un arsenal victoriano, y buscar en una sala un pupitre con mi número. En aquella mesa insegura y desvencijada me enfrentaba con el «papel» que habían distribuido los vigilantes. Estos, bajo la mirada del examinador jefe, recorrían los pasillos y procuraban que no hubiera cuchicheos, acompañaban a las chicas a los lavabos que habían improvisado para ellas en la armería masculina, o iban con los chicos que no podían aguantarse a los urinarios, donde vigilaban descaradamente para que no se metieran una chuleta en la bragueta del pantalón. Kilómetros debieron de hacer aquellos vigilantes en la enorme sala, pero no por eso cambiaban su expresión melancólica. Si uno de ellos me hubiera preguntado cuál era mi última voluntad antes de llevarme al cadalso, no me habría sorprendido. Era aquello un juicio final que duraba varios días y no acababa hasta haber contestado a todos los ejercicios.

Había pasado mucho tiempo desde los días en que me consideraba «delicado», y ciertamente no fui delicado en mi manera

de afrontar la dura prueba de los exámenes. Estaba todo lo bien preparado que podía estar un chico de mis cualidades y, bajo la guía de los diversos maestros que cuidaron especialmente de mí en Colborne, había adquirido una idea bastante aproximada de lo que iban a preguntarme en los exámenes. Sería vanagloria decir que «aprobé con los ojos cerrados», pero salí el último día con la sensación de que no lo había hecho del todo mal; no dejé ni una sola pregunta sin contestar y, como había preguntas optativas, elegí aquellas en las que podía lucirme mejor.

Salvo algún encuentro casual, apenas tuve tiempo de atender a Charlie durante las dos semanas de exámenes. Fui a verlo, por supuesto, pero cualquiera que haya sufrido un periodo de exámenes rigurosos comprenderá que yo estaba absorbido por mis preocupaciones y no tenía tiempo para nadie. Pero cuando llegó el último día, cuando entregué mi último ejercicio, corrí a verlo. No hubo respuesta cuando llamé a la puerta de su cuarto, así que entré a echar una mirada, y allí estaba, sentado delante de su mesa, con peor aspecto que nunca.

Sin saber muy bien lo que hacía, le hice allí mismo el primer reconocimiento físico; le tomé el pulso, le miré la lengua —amarillenta y pastosa—, auscultó como pude su corazón con un tubo de papel enrollado; fiebre, pérdida de apetito, dolores de cabeza continuos, síntomas, aunque habituales, indicativos de que algo iba mal, acompañados como estaban por una palidez plomiza y un acusado agotamiento; todo apuntaba a algo grave, aunque, por supuesto, yo no sabía en qué grado. En menos de una hora telefoneé a mis padres en Sioux Lookout y estuvieron de acuerdo conmigo en que aplazara mi regreso a casa y acompañara lo antes posible a Charlie a la suya en Salterton. Conocían un poco a Charlie; habían venido a Toronto para visitarme, lo habían visto y les había parecido encantador. Yo sabía que mis padres se sentían solos y querían tenerme en casa, pero me creyeron cuando les dije que se trataba de una emergencia. Antes de esa misma hora telegrafié a los padres de Charlie para que vinieran a buscarnos, ya avanzada la noche, cuando llegáramos en tren a Salterton, donde yo esperaba

que Charlie encontrara la atención razonable y afectuosa que necesitaba.

Yo tenía más dinero que Charlie, y cuando fui a comprar los billetes lo hice a lo grande, reservando asientos en el Parlour Car, un vagón de lujos y privilegios hace tiempo desaparecido. Nos repantigamos en los sillones giratorios, tapizados en terciopelo verde, sintiéndonos unos potentados. La prisa y el sentido de emergencia que yo había creado levantaron los ánimos de Charlie. Por primera vez, después de varias semanas, se veía tratado seriamente, como una persona, y no como un dudoso candidato a los exámenes. Y cuando atravesábamos a toda velocidad aquellas áridas tierras que se extienden al este de Toronto, hacia Salterton, que está a medio camino entre Toronto y Montreal, me habló de las humillaciones sufridas en las pasadas dos semanas. Creía que no había contestado mal a los cuestionarios de historia, antigua y moderna, y que también había estado bien en literatura inglesa y composición; en gramática francesa y autores había estado seguro, y muy bien en gramática y literatura latinas; pero en ciencias y mates... un desastre. Sabía que las había suspendido y sentía la ignominia del fracaso como correspondía a un alumno de Colborne.

Porque los alumnos de Colborne no estaban hechos para fracasar, sino para tener éxito. Formarlos para el éxito, en cualquier cosa que intentaran, era la razón por la que sus padres los habían enviado a una escuela privada. Sin mucha imaginación, el director nos decía a veces lo que significaba el fracaso: ¿en qué vais a trabajar? No aportaba más datos, pero podíamos adivinarlo. Recoger basuras probablemente, o incluso cosas más sucias, sería el destino de quien no tuviera acceso a la universidad. El éxito era el objetivo, pero no el éxito en su sentido más vulgar y estúpido, no, no. Era al éxito tal como lo concibió el gran doctor Arnold de Rugby al que había que aspirar. Éxito en alguna aventura digna, éxito en el logro y el mantenimiento de una personalidad. Eso era lo que importaba y el dinero era un objetivo secundario cuando no indigno. Pero el director no se sentía muy ligado al doctor Arnold; era, para su época y su profesión, un hombre atrevido y nos citaba las palabras de Bernard Shaw, aquel sabio que para el olfato de los conservadores

de Toronto desprendía un tufillo sulfuroso: «El auténtico propósito de la vida es entregarse a un gran fin, vaciarse en conseguirlo y no buscar la propia satisfacción». Pero, para el director, era inconcebible que nadie pudiera llevar una vida semejante si no conseguía el acceso a la universidad, aunque se tratara de alguien que no quisiera seguir ese camino. Entrar en la universidad, para él y para todas las cabezas bienpensantes, era un rito de iniciación sin el cual el acceso a la verdad y a la hombría eran inimaginables.

Por lo tanto, Charlie era un fracasado. Y yo lo llevaba a su casa para que se encarase con sus padres.

Los padres de Charlie fueron un enigma para mí. Sin que resultaran en modo alguno desatentos o poco amables, me parecieron distantes. Fueron afectuosos a su manera; el profesor Iredale llamó a Charlie en algún momento «viejo amigo» y su madre se dirigió a él con la palabra «querido», pero este es un término que admite muchos tonos, y el que ella empleó no era el más íntimo. Los había visto dos o tres veces durante mis años en la escuela, en las vacaciones de mitad de curso, y siempre se habían mostrado encantadores y agradables, pero no accesibles, como mis padres. Lo achacaba a lo que creo que era, entre comillas, «alta cuna». El profesor venía de una familia que durante largo tiempo contó en Inglaterra con profesores universitarios o clérigos, o ambos, y él era jefe del Departamento de Clásicas en Waverley; la madre era una señorita Merriam de Montreal, y como muchas de las inglesas de Montreal, nunca abandonó espiritualmente aquella ciudad, y su conversación estaba llena de referencias a bailes y fiestas en trineos, y a sus días en el colegio de las temibles señoritas Edgar y Cramp, que convirtieron a generaciones enteras de señoritas Merriam en irreprochables damiselas. Irreprochables hasta que se las conocía. Una vez mencionó —era un chiste de familia— que cuando anunció su compromiso con Herbert Iredale, un amigo solícito comentó: «Pero, Edith, ¿qué vas a hacer? A los profesores no los conoce *nadie*». A pesar de eso, parece que el matrimonio fue bien, y era evidente que los Iredale «tenían dinero» y, como esto es poco habitual entre universitarios, probablemente venía de la familia de ella; el profesor aportó su griego y su latín y parece que todo

funcionó bien. La gente se sintió encantada de conocer a este extraño profesor. Me parecía que los padres consideraron a Charlie un hombre mucho antes de que dejara de ser un muchacho, sin que prestaran atención al niño que siempre permanece dentro de nosotros, tanto tiempo como vivimos, y cuyas demandas han de ser atendidas en ocasiones.

Vinieron a buscarnos a la vieja estación de piedra caliza de Salterton. Acogieron a Charlie con sonrisas y un beso de la madre. A mí me saludaron más calurosamente, porque, como dijeron, «me había molestado» en traer al chico enfermo hasta su casa. Era evidente que no daban mucha importancia a lo que le ocurría a Charlie, y suponían que todo se debía al agotamiento de los exámenes y al sentimiento de fracaso, porque no estaban acostumbrados al fracaso de su hijo. Pero el dinero es un gran lenitivo para los fracasos escolares.

Pronto se vio claro que a Charlie le pasaba algo serio. Tras varios días a dieta de yemas de huevo con ron, no solo no desaparecieron la fiebre y los dolores de cabeza, sino que aumentó la palidez plomiza. Además, vomitaba con demasiada frecuencia, y no solo porque su estómago no estuviera habituado a aquella pesada dieta. El médico, un amigo de la familia, carente de fina percepción, se orientó preguntando más a los padres que al paciente, y decidió que debía examinarlo otro médico, un «especialista». Salterton era el lugar más avanzado en medicina entre Toronto y Montreal; su universidad tenía una buena Facultad de Medicina y un hospital decente, así que, al final, Charlie dispuso de la atención que en mi modesta opinión hacía tiempo que necesitaba. El especialista murmuró, dudó y llamó a sus colegas, y después de consultar con ellos, anunció que Charlie padecía básicamente de graves obstrucciones en los senos nasales —podían ser varias— y había que drenarlas. Se hicieron los drenajes y pareció que todo iba bien, pero había dos obstrucciones, no a los lados de la nariz, sino debajo de los ojos, prácticamente imposibles de drenar. El único recurso era hacer lo que los especialistas llaman una «fenestración» y abrir los senos que se resistían. Esto no presentaba grandes problemas, salvo en lo referido a la anestesia. En aquella

época no existía ningún tipo de inyección que dejara inconsciente a Charlie durante la operación; todo debía administrarse por inhalación y, por lo tanto, la operación había de hacerse sin anestesia. Los médicos no se extendieron mucho sobre este punto, pero no hacía falta tener mucha imaginación para saber lo que aquello podía significar.

Los padres de Charlie recibieron la noticia de un modo característico. La madre dijo «¡Oh, cielos!» y lo repitió varias veces, como prólogo a su «querido», pero estaba claro que no veía la manera de enfrentarse con la situación. El padre se mostró de buen humor y dijo que Charlie tenía que pensar en los hombres de Nelson, cuando les aserraban una pierna en las entrañas de un barco y solo disponían de ron y una bala entre los dientes para mantener el ánimo. Yo sabía que el profesor había participado en la primera guerra mundial y, al parecer, había sido un buen soldado y había presenciado cosas horribles, pero era bastante evidente que no le daba importancia a la dura prueba que iba a sufrir Charlie. Ni, quizá, habría servido de mucho que se la hubiera dado.

Durante los quince días en que todo esto ocurría, yo estaba sin saber qué hacer, porque los Iredale me pidieron que me quedara con Charlie. Estoy seguro de que sabían que, en algunos aspectos, yo estaba más cerca de Charlie que ellos. Si le cuento algo de esto a Esme, habré de ir con cuidado; hoy, y en el mundo de Esme, cualquier amistad íntima entre hombres se entiende enseguida como «gay», pero ciertamente, ni Charlie ni yo pertenecíamos a ese club. Mi actitud hacia él era protectora; la suya hacia mí era confiada. No era dominante con él ni él dependía de mí. Era como era. Y puedo jurar con la mano puesta en el corazón que la idea del sexo no rozó nuestras cabezas, y si esto puede parecer hoy una limitación, era lo que nos enseñaban en Colborne. Creo que esta clase de amistad íntima entre hombres ha existido siempre y debiera ser bien entendida por aquellos para quienes el Sexo es el Señor de Todo. En la casa de sus padres compartimos la misma habitación, pero había dos camas.

Durante su enfermedad, Charlie pasaba las horas leyendo *La leyenda dorada.* El viejo ejemplar que llevó a la escuela era una

mugrienta reimpresión en latín del siglo XIX, y Charlie era un experto en la lectura del latín malo y vulgar del autor, Santiago de la Vorágine; su éxito con el latín clásico que nos enseñaban en la escuela se basó en esta experiencia. Pero después de la famosa reunión del Club del Toque de Queda, el señor Ramsay se interesó mucho por Charlie, y, viendo que era un entusiasta de *La leyenda dorada*, le regaló una traducción en un cargado aunque soportable inglés victoriano. Charlie se puso muy contento, porque había ganado los premios de historia de la escuela, y cualquier cosa que viniera de Ramsay —conocido popularmente como el Viejo Orejudo de Mierda— era un premio por su rareza. Tenía una dedicatoria: «A Charles Iredale, de un compañero entusiasta, Dunstan Ramsay».

Me parece que Charlie se pasó toda la noche anterior a la operación leyendo y rezando; yo dormí, pero, de vez en cuando, me daba cuenta de que la luz estaba encendida. Había echado alguna vez un vistazo a la versión inglesa del libro, pero me fue imposible aguantar por mucho tiempo las barbaridades que se hacían pasar por hechos santos. Charlie no estaba dispuesto a discutir. «La verdad moral está por encima de los simples hechos», decía, y años más tarde tuve que oírle repetir más de una vez semejante afirmación. Aquella noche supe que se estaba fortificando con la verdad moral, al menos tal como él la entendía.

Charlie leía su antigua versión latina y yo, la inglesa. ¿Por qué? Porque los doctores que tenían que operarlo habían discutido largo rato sobre qué podría ayudarle a resistir un dolor que sería agudo y prolongado. Al final se les ocurrió la idea más profesional de consultar al paciente. Y Charlie les dijo que sería una buena ayuda que alguien le leyera mientras lo operaban, y los doctores dijeron que tratarían de probarlo.

¿Quién debía leer? La señora Iredale afirmó que aquello estaba definitivamente por encima de sus posibilidades. Se horrorizaba solo de pensarlo. El profesor dijo que ciertamente lo habría hecho si no fuera porque, desafortunadamente, aquella misma semana la Sociedad Científica tenía su reunión anual en Waverley y él, como jefe de departamento, estaba obligado a presidir el simposio de su

especialidad a la misma hora de la operación y, como podían ver, tenía las manos atadas.

Por lo tanto, el lector sería yo. Acepté enseguida porque me moría de ganas de presenciar una operación.

A la mañana siguiente Charlie no desayunó, tal como le habían aconsejado los médicos, pero yo sí lo hice y con buen apetito. Nos levantamos pronto, porque Charlie tenía que estar en el hospital antes de las ocho. Fuimos caminando juntos, al sol de la mañana, por el campus de la universidad, hasta el hospital, y subimos la escalinata de la fachada (porque era un edificio construido en la época en que una escalinata era garantía de su importancia) y nos recibió en la puerta el cirujano ayudante, que puso a Charlie al cuidado de una enfermera, la cual se apresuró a preparar a Charlie para lo que vendría después.

—Tú eres el amigo, ¿verdad? —preguntó el cirujano—. ¿No han venido sus padres? Ajá. Eres muy amable por acompañarlo.

—Bueno —dije, deseoso de que no me tomara por una persona tan noble—, es que me interesa mucho la medicina, ¿sabe? Quiero ser médico.

—Ah, ¿sí? Creo que vas a echarnos una mano. Una especie de nuevo anestesista. Ja, ja. Será un poco largo y doloroso, pero sé que le ayudará que tú estés cerca.

Y así fue. Me encantó «lavarme las manos» y ponerme una bata con los hombres importantes. Cuando llegó el momento de ir al quirófano se me dijo que me sentara en un taburete alto, detrás de la cabeza de Charlie. Y a pesar de que tenía que leer, gozaba de un buen panorama.

Charlie llegó en una silla de ruedas y fue puesto en la camilla, más delgado y más enfermo que nunca, pero había en él un aire de resolución. Sabía que le habían dado cocaína en cantidad muy moderada, dadas las circunstancias. Sabía que en cuanto empezara a correr la sangre los efectos de la cocaína quedarían muy disminuidos. Charlie también lo sabía. Cuando el cirujano, no el ayudante sino el jefe, el que haría la intervención, me cuchicheó «¿Listo?», me puse a leer los cuentos milagrosos de los santos Pedro y Pablo. Mi voz sonó recia y leí bien. La enfermera jefe alargó un

instrumento al cirujano jefe, un tal doctor Hetherington, y vi que la mano de Charlie se movía debajo de la sábana; se estaba santiguando y supe lo que aquel momento significaba para él. Era el martirio. Ofrecía su sufrimiento a la gloria de Dios, y confiaba en ver o incluso recibir a Dios mediante su sufrimiento. Yo estaba seguro de que los médicos no albergaban ninguna duda acerca del resultado de la operación, pero los médicos no siempre saben lo que pasa por la cabeza de un paciente y se puede sentir un gran miedo a la muerte cuando se experimenta algo que, en realidad, no supone tal peligro. Después de largos años de práctica, he aprendido que entender al paciente debe ser mi principal preocupación. La relación del paciente con la muerte no tiene absolutamente nada que ver con la probabilidad médica de curación.

La operación fue larga y, mientras leía, no pude mantener siempre los ojos apartados del espectáculo que tenía delante. La enfermera jefe me miraba de vez en cuando para ver cómo me comportaba, pero supe resistir. Si Charlie podía, yo, espectador y ayudante circunstancial, no podía ser menos. Dicho en pocas palabras, pusieron sondas por los conductos nasales de Charlie y abrieron lateralmente unos agujeros en los senos afectados. Tenía que haber habido agujeros naturales, pero estaban atascados o se habían estrechado. Oí, en el silencio del quirófano, el rechinar del hueso al ser raspado. Sonaba como una rata que royera el zócalo. Admiré la calma y la seguridad del cirujano y la eficiencia de la enfermera jefe dirigiendo todo cuanto le rodeaba. Mi preocupación por Charlie era intensa, pero pude mantener mi desayuno en su sitio, y lo que sentí por él fue mucho más que admiración. Esto, pensé, debe de ser parecido a lo que sus santos sufrieron en una u otra forma grotesca, y su entereza era de santo.

Leí tan elocuentemente como supe. Las circunstancias hacían que el tono sencillo fuera imposible; la declamación era inexcusable.

Mi único fallo en la etiqueta del quirófano fue un estornudo que se me escapó y que pude sofocar con ayuda del pañuelo y, por supuesto, de la mascarilla que tapaba mi nariz, no mi boca. Si llego a estornudar abiertamente, la enfermera jefe me hubiera matado allí mismo.

No sé bien cuándo fue, quizá a los dos tercios del tiempo que duró la operación, que el doctor Hetherington me indicó silencio poniendo su dedo enguantado sobre los labios. Creí que la lectura podía ser demasiado mareante para Charlie y cerré el libro. El viejo tomo victoriano pareció entonces más mugriento que nunca, porque la enfermera jefe había insistido en rociarlo con un desinfectante y, aunque no empapado, estaba húmedo.

Cuando acabaron y se llevaron a Charlie, el cirujano jefe se volvió hacia mí.

—Lamento haberte hecho callar —dijo—, pero no sabes cómo me distraía tu lectura y por momentos mi cabeza estaba en lo que leías y eso no podía ser, ¿verdad? —Y siguió—: Te has comportado muy bien. Me han dicho que quieres ser médico. Te deseo mucha suerte.

Creo que, en aquel momento, crecí un palmo. Espiritualmente, quiero decir, porque físicamente ya medía más de un metro ochenta y aún me faltaba por crecer. Pero tuve la sensación de que me daban la bienvenida a una profesión que iba a ser la mía.

14

—¿Dónde estuvo Brocky todo ese tiempo? —preguntó bruscamente Esme—. He creído entender que vivía también en Salterton. ¿Dejó que cuidaras tú solo de Charlie?

Era algo sorprendente oírla hablar acusando a su suegro.

—De ninguna manera. Vino a ver a Charlie con frecuencia, y su madre le envió frutas y flores. Durante el tiempo que Charlie estuvo en el hospital (la gente solía quedarse más tiempo que hoy en día), me invitaron muchas veces a casa de Brocky. Pasamos mucho tiempo juntos.

Pero qué rara era aquella casa. El contraste entre la casa de Brocky y la de Charlie me dejó asombrado y me sigue asombrando hoy. También me sirvió de lección como médico: no puedes formarte realmente una opinión de alguien hasta que no has visto el sitio donde vive.

Supongo que era una cuestión de gusto. Los Iredale, o al menos la madre de Charlie, tenían un infalible Buen Gusto, en el sentido de que cualquier cosa que pudiera reducirse a un mínimo de color o

diseño se reducía; las paredes eran blancas, con un toque atrevido de tono plateado aquí y allí; la tapicería no llamaba la atención, pero era de una calidad insuperable; todo el servicio de mesa era tan perfecto que no se notaba; siempre había flores frescas en las habitaciones, pero no las que la señora Iredale habría despreciado como «flores de casa», porque cada brote estaba tan perfectamente formado que «conocía su sitio» y apenas se advertía. Los cuadros de las paredes eran acuarelas de aficionados competentes; la señora Iredale había «pintado» una vez, pero no había «seguido». Charlie me contó que su padre solía decir que había que estar en presencia de un hombre durante al menos diez minutos antes de notar que está impecablemente vestido, y este principio parecía confirmarse en la casa: todo era de un gusto tan perfecto que era casi invisible.

No así con los Gilmartin. El color resaltaba en las alfombras orientales del suelo, gritaba un saludo desde las paredes, con una o dos de damasco rojo. Los candelabros que no tintineaban y campanilleaban con cristales, brillaban espléndidamente con bronces o latón de los Países Bajos. Todo lo que podía pulirse brillaba y resplandecía; todo lo que podía adornarse estaba sobrecargado. Era evidente que los Gilmartin amaban las «antigüedades» y seguían el principio de que todo lo que era bueno en su estilo iba espléndidamente con cualquier otra cosa que fuera buena en su estilo, sin importar lo que fuera. Con un resultado que era rico y maravilloso, o que parecía la Vieja Tienda de Curiosidades, según respondiera uno a los padres de Brocky. A mí me gustaban mucho. Tenían montones de cuadros, de todas las épocas y estilos, todos en grandes marcos dorados. Algunos eran enormes paisajes de las montañas galesas, de un pintor llamado Leader. El profesor Iredale era un hombre culto —profesionalmente un erudito— pero todos los libros de su casa estaban confinados en su estudio, salvo una novela ocasional, de moda en el momento, que podía estar intencionadamente a la vista en la sala de estar. En cambio los Gilmartin tenían libros por todos lados, unos nuevos y satinados, y otros sucios y viejos; algunos estaban soberbiamente encuadernados en piel y a su lado podía haber un montón de ediciones baratas y mal presentadas; estaban suscritos a más

revistas de lo que nunca había visto en una sola casa y había periódicos por todas partes, porque la publicación de periódicos había sido el medio con que el señor Gilmartin —que aún no era el senador Gilmartin— había hecho su fortuna. La casa proclamaba su exuberancia y supongo que una gran epicúrea como la señora Iredale se habría burlado diciendo que en ella «nada encajaba». Pero, de saberlo, a los Gilmartin no les habría importado. No creo que tuvieran idea de lo que significaba «encajar». Para ellos una cosa era una cosa, y lo que importaba es que fuera grande, de buena calidad y lo más antigua posible. Gozaban con la abundancia.

La casa se llamaba St. Helen's y daba al muelle. Era una de las casas más antiguas de la ciudad, antigua en el sentido en que una casa puede ser antigua en Canadá. Supongo que se construyó en una de las dos primeras décadas del siglo XIX. Espaciosa y acogedora, era evidente que cuando se hizo se podían tener muchos criados. Pero eso no parecía preocupar a los Gilmartin. No creo que el concepto de «comodidad» entrara nunca en sus cabezas, y con un mayordomo, una doncella, una cocinera y alguien llamada «muchacha para todo», se las arreglaban espléndidamente. Dos hombres se ocupaban del jardín, que era tan llamativo y supongo que de tan poco gusto como la misma casa, pero le tenía el corazón robado a la madre de Brocky.

Era una inválida. Esto se advertía enseguida y, como toda inválida de familia acomodada, tenía una esclava. La esclava era su hermana, la tía Minnie, y uno se daba cuenta enseguida de que la tía Minnie no era como todo el mundo. Pronto supe por Brocky que padecía *petit mal,*[*] y aunque no llegaba a sufrir ataques, solía tener «encantamientos» y durante unos pocos segundos se quedaba ausente y embobada. «Se va con las hadas», fue la expresión que empleó Brocky. En cuanto a la invalidez de la señora Gilmartin, consistía en un conjunto complicado de achaques, de los cuales el asma era el más notorio, y luego una serie de males derivados del hábito de comer en abundancia. Pero su invalidez no impedía su gusto por la conversación, el cotilleo y los juicios perspicaces y

agudos —y forzoso es admitirlo, ingeniosos— sobre la gente y las circunstancias.

Todos ellos comían exageradamente, hablaban al mismo tiempo y a menudo con la boca llena, y parecían alimentarse de la palabra hablada. Comprendí mucho del carácter de Brocky durante una comida con su familia. La risa, la burla, la ironía y todos los aspectos de la retórica formaban parte del modo de ser de ellos; creo que, sin que se dieran cuenta, consideraban el lenguaje como un gran juguete inagotable, y siempre estaba presente.

Incluso los silencios eran retóricos. Cené varias veces en St. Helen's y no sabría decir exactamente cuántas veces el silencio cayó sobre la mesa, como si la familia Gilmartin se hubiera quedado muda, o el recuerdo o reconocimiento de algo los hiciera callar. No, no recuerdo cuántas veces, pero ciertamente ocurrió con la suficiente frecuencia para que me impresionara como algo que ocurría a menudo y que me infundía pavor. Los cambios emocionales eran tan extravagantes como su gusto para decorar la casa y podían ir, sin motivo aparente, desde la hilaridad hasta el silencio más profundo. Cuando esto ocurría yo solía permanecer callado; era un silencio familiar significativo y habría sido poco delicado e incluso impensable que un invitado intentara reanudar la conversación.

Brocky me habló de todo esto una vez que subimos a su habitación después de una cena en la que se había producido uno de estos silencios paralizantes.

—Has de comprender que este no es un hogar feliz —me dijo—. Mis padres, simplemente, no se llevan bien, aunque lo intentan, sobre todo cuando está presente un extraño, y entonces, de vez en cuando, fluye la conversación.

No entendí aquello de «no llevarse bien». No tenía experiencia de la vida en familia, como no fuera la mía, donde no me imaginaba a mis padres planteándose alguna vez si se «llevaban bien» o no. Estaban casados y eso bastaba. Si tenían algo que decirse, se lo decían y, si no, el silencio no les inquietaba. Pero, sobre todo, no consideraban que charlar fuera un arte, un entretenimiento ni nada, salvo la manera ineludible de comunicar algo. Supongo que mis

padres eran aburridos, pero tampoco creo que la idea del aburrimiento les preocupara. Le comenté algo de esto a Brocky.

—No me sorprende —dijo—. La primera vez que te vi en Colborne era difícil imaginar que tuvieras una lengua en la cabeza. Pero me olí el conversador que había en ti. Solo hacía falta descorcharte y me puse a trabajar para descorcharte.

Si Brocky tenía un defecto como amigo, era su idea vaga de haberme creado reuniendo una serie de retazos, como el joven Frankenstein había creado a su monstruo. Y se lo dije.

—Nada de eso, cálmate —me dijo—. No, no: yo he sido, si he sido algo, el Pigmalión que te sacó, vivo y hablando, del bloque de mármol o, mejor dicho, del bloque de granito canadiense de Sioux Lookout. —Luego añadió—: ¿Cómo se llamaba el monstruo? ¿Era Erik? He de averiguarlo.

Y lo averiguó. Resultó que el monstruo no tenía nombre. Averiguar las cosas era una manía de la familia. El padre de Brocky (su nombre era Rhodri, y la esposa lo llamaba Rod) me dijo que se había educado a sí mismo y, sin que pretendiera haberlo hecho muy bien, por lo menos había persistido desde su niñez en su curiosidad.

—Por ejemplo, tienes un nombre raro, Hullah. ¿De dónde viene? ¿No lo sabes? Ha de venir de alguna parte, y si lo supiéramos, averiguaríamos un montón de cosas interesantes acerca de ti. —Y dirigiéndose a su hijo—: Brochwel, busca en el diccionario de nombres, a ver qué encuentras en Hullah.

Y Brocky tuvo que levantarse de la mesa y la tía Minnie puso una tapadera sobre su plato para que la comida no se enfriara. Estuvo ausente durante diez minutos.

—Hullah no aparece en el diccionario de nombres —dijo—, pero hay un Hullah en el *Diccionario de la Biografía Nacional.* Aquí está: John Pyke Hullah, 1812-1884; compositor y educador musical. Inventó un sistema de lectura musical sin notas, un sistema que fue suplantado por el sol fa tónico de Curwen...

—Oh, el sol fa tónico de Curwen —dijo la señora Gilmartin—. ¿Te acuerdas, Min?

—Claro que me acuerdo —dijo la tía Minnie—, y nunca he entendido por qué teníamos que aprenderlo. Siempre me pareció

más difícil que el sistema normal de leer música...

—Sigue, Brochwel —interrumpió Rhodri—. ¿Qué dice de la familia? ¿Qué dice del nombre?

—Se cree que el nombre es hugonote —dijo Brocky.

—¡Ajá! Ya lo tenemos —dijo Rhodri—. Hugonote. Ahí tienes un antepasado y un poco del origen de tu familia.

—Pero ¿por qué cree usted que estoy emparentado con ese hombre? —pregunté yo.

—Oh, seguro que lo estás. Es un nombre muy poco corriente. ¿Has oído alguna vez que alguien se llame Hullah? No pierdas la oportunidad de hacerte con un antepasado. Ya me gustaría tener uno, aunque solo fuera uno.

—Tienes muchos, papá —dijo Brocky—. Hay cuadros de ellos por toda la casa. Sí, ya sé que los compraste todos, aquí y allí, pero tú puedes decir lo que el general Stanley dice en *Los piratas de Penzance*: «No sé qué antepasados *eran,* pero sé qué antepasados *son*». La propiedad lo es todo.

—Pero eso no es lo mismo que un nombre poco corriente —dijo Rhodri, y dirigiéndose a mí—: si yo fuera tú, me quedaría con John Pyke.

—Ahora me acuerdo de Hullah —dijo la señora Gilmartin—. Compuso «Los tres pescadores». Solíamos cantarlo, Min.

Y entonces, para mi sorpresa, las dos ancianas (a mí me parecían ancianas) empezaron a cantar, encantadora y melodiosamente, sin rastros de asma o de edad en sus voces, que indicaban que se habían cultivado en coros realmente buenos:

Tres pescadores se hicieron a la mar
hacia el oeste;
hacia el oeste
donde el sol se pone...

Y siguieron con el estribillo, con su ritmo insistente de chapoteo, como un suave oleaje golpeando el costado de la barca:

Porque los hombres han de trabajar,
y las mujeres deben llorar,
donde hay poco que ganar,
y muchos que alimentar;

mientras la barra del puerto gime...

Muy propio de los Gilmartin. Profundamente anti-Iredale. Impensable en los Hullah de Sioux Lookout. ¡Cantar en la mesa! Cantar suave y emocionadamente. Una costumbre peor, supongo, que poner los codos sobre la mesa.

—Hace una burrada de años que no lo oía —dijo Rhodri. Se enjugó las lágrimas—. Gracias, Vina; gracias, Minnie. Muchas gracias.

Minnie soltó una risita y se puso colorada. Reía y enrojecía por cualquier cosa. La señora Gilmartin sonrió y, de pronto, vi lo que les había atraído a los dos: había sido la música, esa sirena tan mala alcahueta era la que los había unido.

—Me parece que de aquí en adelante te llamaré Pyke —dijo Brocky—. No podemos llamarnos siempre Hullah y Gilmartin, como si siguiéramos en la escuela. Pyke. Es un nombre que te sienta bien.

Y lo cierto es que, desde entonces, para mis pocos íntimos siempre he sido Pyke.

15

El verano pasó casi sin notarlo y, como de tantos veranos de mi juventud, no recuerdo un solo día con mal tiempo. Permanecí en la vieja y elegante ciudad de Salterton, que los Iredale y los Gilmartin, cada uno a su manera, hicieron tan acogedora para mí. Llegué a conocer algo al padre de Charlie, que a mí me parecía un gran excéntrico, porque me confesó que cuando viajaba, aunque fuera para ausentarse solo un día, lo primero que ponía en la maleta era el *Lexicón griego-inglés* de Liddle y Scott, por si necesitaba comprobar la semántica de una palabra. Esto lo humanizaba a mis ojos. Los clásicos griegos y latinos representaban para él mucho más que la materia que enseñaba a los estudiantes o a los pocos graduados que querían destacar en el mundo del saber; eran una pasión, y siempre he amado al hombre poseído por una pasión. Sin los clásicos, ¿habría podido sobrevivir al gusto impecable de su esposa? En cuanto a esto, creo que su concepción del Gusto era platónica, como algo relacionado únicamente con el mundo de los sentidos, sin ninguna realidad en el mundo de las ideas.

Me quedé en Salterton porque se suponía que ayudaba y orientaba a Charlie con vistas a los exámenes de otoño. Si conseguía superarlos y mejoraba las notas del anterior fracaso, las universidades no estarían cerradas para él. Repasamos, Dios lo sabe, los más simples rudimentos de la química, la física, el álgebra y la geometría y, con enorme dificultad, conseguí meterle algunas cosas en la cabeza. Pero enseñar en el jardín, bajo el sol, no era el mejor lugar para aquel trabajo penoso, perdíamos muchas horas charlando, y entonces Charlie me hablaba de algunos aspectos elementales de teología, que él proclamaba la reina de las ciencias. No daba importancia a mis protestas ante lo que a mí me parecían saltos de canguro en lógica y ante su costumbre de sustituir la razón por la retórica. Pero consiguió convencerme de que había otro mundo del pensamiento, e incluso llegó a crearme algunas dudas sobre la lógica y la razón, para mí los únicos medios de tratar los temas importantes.

—Reduce todo a eso —me dijo— y de tu mundo solo quedará polvo:

La abdicación de la Creencia
empequeñece la conducta...
Mejor un fuego fatuo
que la carencia total de luz.

—¿Quién dijo eso? —pregunté.

—Emily Dickinson, si te interesa. Pyke, realmente debieras prescindir de buscar la autoridad y la atribución de cada cosa. Supongo que te han acostumbrado a eso en St. Helen's.

—Muy bien. Si tú te contentas con un fuego fatuo, es asunto tuyo. Pero a mí...

—Y deja de discutir para quedar siempre encima. Limítate a escuchar y deja que te entren algunas cosas. No intentes ganar siempre; sumérgete en lo que te dicen y comprueba si te ha quedado algo.

—Pero, Charlie, estoy intentando meterte en la cabeza algunas cosas que se basan en hechos probados. Si todo el mundo pensara como tú, el álgebra, la geometría, la física y la química, como tú dices, se reducirían a polvo...

—Ya me gustaría.

—Mira: tratamos de que entres en la universidad, cualquier universidad, y si quieres ser sacerdote, tienes que empezar por ahí. Así que sé buen chico y trata de captar el sentido de todo esto.

Luego nos poníamos a trabajar. No era justo, porque yo simpatizaba realmente con la ambición de Charlie y a veces me trataba como a un enemigo que lo intimidara con simples trivialidades. Otras veces, también, recurría al sucio truco de hacerse el enfermo y el aburrido, como si yo lo obligara a esforzarse más de lo que podía. Brocky no ayudaba nada. Si alguna vez venía a las lecciones y surgía alguna discusión, saltaba de un lado a otro, unas veces tachando el punto de vista de Charlie de clerical y música celestial y otras tratándome como a un tonto pedante, amante de la ciencia elemental y de las matemáticas infantiles, lo cual solo Dios sabe que no es verdad.

Citaba a Yeats para burlarse de mí.

> Una especie de mente racional, achatada y rencorosa,
> que nunca mira con los ojos de un santo
> o con los ojos de un borracho...

declamaba, y aseguraba que nunca poeta alguno había descrito de modo tan convincente mi despreciable clase de intelecto.

—Pero tú quieres ser un matasanos —me decía—. Supongo que solo sirves para eso.

Aquello me ponía furioso y hubo momentos en que creí que íbamos a pelearnos en serio.

Pero ¿cómo iba a enfadarme con él, que me había contado tantas cosas, con una elocuencia que era su don heredado, de las dificultades de su familia?

—Es una ruptura en el mismo centro —me había contado—. En las novelas, los matrimonios se rompen porque la pareja no se pone de acuerdo acerca del sexo. No creo que el sexo haya sido una gran preocupación de mis padres, victorianos de corazón como son. Es una cuestión de fidelidad...

—Pero ¿cómo? —exclamé—, ¿es que no han sido fieles el uno al otro? Si parecen tan unidos. Habría jurado que se sentían más juntos que nadie.

—Es la fidelidad a un país, o a una idea de civilización, o solo a las raíces. Es algo más que personal y, a pesar de eso, es profundamente personal. Mi madre, no sé si lo sabes, es una auténtica criatura del Nuevo Mundo. Con tíos abuelos que se mataron defendiendo Canadá contra los yanquis en 1812 y todo eso. Sencillamente, no se siente en absoluto ligada al Viejo Mundo. Desconfía de lo que conoce de él. Pero mi padre, a pesar de haber pasado casi toda su vida en este país y de haber hecho algunas cosas buenas para el país y para sí mismo, una parte de su ser nunca ha abandonado Gales. *Hen Wlad fy'Nhadau* (el antiguo hogar de sus antepasados) lo lleva en la sangre y mi madre está celosa. Resulta cómico, ¿verdad?, que una mujer esté celosa, no de otra mujer que haya conquistado al marido, sino de un país. Pero así es. Quiere poseerlo del todo, como quiere poseerme a mí, y no puede ser. Ya has visto lo que ha pasado en las últimas semanas. Mi padre ha hecho las maletas y se va a su antiguo país, dando unas explicaciones innecesarias sobre el cuidado de una casa que tiene allí. Ya has oído algo de eso. Pero es la llamada de la sangre, aunque suene melodramático decirlo de esa manera. Pero ¿por qué no ponerme melodramático, si nos encontramos ante un melodrama?

—¿Y por qué no se va ella con él?

—No puede. Tendrías que saberlo. ¿Y quieres ser matasanos? No, no. Mi padre me ha arrojado a ella como consuelo. Soy yo quien ha de elegir entre una fidelidad y otra. Sin posibilidad de compromiso. Y ella insiste en que no puede ir. No es que no quiera ir, es que no puede. Con el asma que tiene, el viaje la destrozaría y el clima de Gales le daría la puntilla. Esa es la historia.

—No puedo creerlo.

—¿No, doctor Hullah? Pues bien, doctor, el corazón tiene razones que la razón desconoce. ¿No conoces la frase?

—No.

—Pascal. Pienso como él.

—Es la primera vez que oigo hablar de Pascal.

—¡Embustero! Pero recuerda la frase.

Había veces que Brocky parecía tan viejo que podía ser mi padre o mi abuelo. Se reía de mí porque me gustara tanto Salterton, que tenía —al menos en el centro, en la parte antigua— un encanto colonial de finales del siglo XVIII o de principios del XIX. Hermosas y sobrias casas antiguas, construidas en piedra por albañiles escoceses que nunca escatimaron sus conocimientos; olmos viejos y majestuosos; la catedral y su cúpula, construidas para recordar a los primeros colonos de la patria; la Universidad de Waverley, con sabor a Walter Scott, construida con una sobriedad que apelaba a un estilo presbiteriano de enseñanza. Y, además de estos testimonios mudos del pasado colonial, la gente parecía tocada de ese mismo espíritu. Yo no había vivido en el extranjero y nunca había experimentado algo como aquello. A mí me parecía realmente el Viejo Mundo y, al menos en parte, aquella tierra romántica que añoraba el padre de Charlie. Luego aprendí que era el Viejo Mundo, pero visto a través de una lente reductora. Como tantas cosas en Canadá, su espíritu era chejoviano, revestido de un presente aceptado a regañadientes y de la nostalgia por un pasado que nunca había existido. Cuando le hablaba de todo esto, Brocky se reía y se burlaba de mí.

—¿Acaso crees que esto es Cranford? ¿El mundo de Jane Austen? ¿Crees que aquí no pasan las cosas vulgares de la vida? Ven conmigo, que quiero enseñarte algo.

Esto ocurría en una soleada tarde de julio. Brocky cogió uno de los coches de su familia, se puso delante con Charlie y yo en el asiento trasero, y fuimos a toda velocidad a una de las salidas de la ciudad, donde un antiguo fuerte guardaba todavía un puente que cruza un río que, en aquel sitio, desemboca en el lago Ontario.

El fuerte ofrecía un aspecto imponente, sin árboles, bajo el sol abrasador del verano, sin muestras de vida, salvo un centinela en una garita junto a la puerta. Cuando nos acercamos y aparcamos al otro lado de la carretera, vimos que el centinela mantenía un siseante altercado con una extraña figura; se supone que los centinelas no deben hablar salvo para gritar el «quién vive» de rigor, pero este estaba enfadado y, aunque no alzaba la voz, podíamos oírlo perfectamente.

—¡Vete de aquí, maldita puta! ¿Es que no me oyes? Vete o por Cristo que llamo al sargento para que te arreste. ¡Lárgate ahora mismo!

Pero la figura no se movió. Cuando pude verla con más detenimiento, comprobé que era una muchacha de no más de dieciséis años, quizá menos. Iba sucia, descalza, y llevaba una ropa que podría haber sido una bata de no ser tan corta; además, era lo suficientemente ajustada para que se adivinara su joven cuerpo. Tenía el cabello largo y sucio; llevaba la cara manchada con lo que podían ser restos de pan y mermelada. Una niña de unos dos años, no mejor vestida, se agarraba a su brevísima falda.

—Venga, Jimmy. Déjanos pasar, ¿quieres? —dijo.

Y siguieron con la discusión, si por discusión se entiende las blasfemias del centinela y los ruegos soeces de la muchacha.

—Está bien, cabronazo —dijo ella por fin—. Pero he de ganarme la vida y tengo que comer de alguna manera. Así que si no me dejas entrar, me pondré a follar aquí fuera. Y no te atrevas a tocarme.

Se apartó de allí y atravesó la carretera, llegando cerca de nuestro coche y, con un grito sorprendente, que nunca hubiera esperado de una muchacha tan joven, lanzó su pregón:

—¡Un polvo por veinticinco centavos! ¡Un polvo por veinticinco centavos! Vamos, tíos de mierda, nunca os ofrecerán un chocho más barato. ¡Un polvo por veinticinco centavos!

Estaba tan cerca de nosotros que hubiera podido tocarla. Yo estaba asustado, como le suele ocurrir a los hombres cuando una mujer habla del sexo de forma tan vulgar. Charlie tenía el rostro de color escarlata y no sabía qué hacer. Pero Brocky sufrió un ataque de risa y, entre las carcajadas, gritó a la muchacha:

El pregón de la puta, de calle en calle,
tejerá al viento la sábana de la Vieja Inglaterra.

La muchacha se volvió para mirarlo.

—¿Qué dices tú, gilipollas? Eh, ¿quieres echar un polvo? Venga, enséñame si tienes algo en los pantalones. ¡Vamos!

—Solo citaba algo del viejo amigo Blake, señorita —dijo Brocky —. Les estaba enseñando a mis amigos las vistas de la dulce y antigua Salterton. ¿Cómo va el negocio? Espero que prosperando.

—Cierra la puta boca —dijo la muchacha—. No me vengas con mierdas. ¿Quieres echar un polvo o no?

Para entonces, un grupo de soldados, atraídos por las voces de la muchacha, se había reunido a la puerta del cuartel, riendo y animando a la muchacha.

—No te dejes camelar por el niño bonito —gritó uno.

—Eh, Mag, ¿llevas bragas? —gritó otro.

Maggie se volvió hacia ellos y, acompañándose de una risotada, se levantó la falda hasta la cintura. No, Mag no llevaba bragas.

—Un polvo por veinticinco centavos —volvió a gritar, y Brocky aprovechó la oportunidad para salir de allí, dejando que la escena se resolviera sin su ayuda.

—Ahí tenéis, caballeros, algo que no conocíais de Salterton. Maggie está siempre a la puerta del cuartel los días que hace bueno, y debemos suponer que reúne lo suficiente para mantenerse ella y a la niña. ¿Es su hija? Solo Dios lo sabe. Debajo del tipismo que tanto admiras, Pyke, la vieja jodienda no para ni un momento y el pregón de la puta así lo proclama, alto y claro.

—Pobre alma —dijo Charlie—. Debí haberle dado un dólar.

—Ni se te ocurra, Charlie —dijo Brocky—. Iría detrás de ti hasta el fin de tus días. ¡Un dólar! ¡Si ese es el precio de cuatro patadas al gato! ¡Hundirías el mercado! ¿Crees que nadie te conoce en esta ciudad? ¿Qué diría tu madre si una noche Maggie viniera a llamar a la puerta de tu dormitorio?

—¡La degradación! —dijo Charlie estremecido.

—Quizá. O una vida corta y feliz para Maggie. Recuérdala cuando leas libros en los que aparecen bellas y perfumadas cortesanas de Balzac o putas santas de Dostoievski. Esta es auténtica, sin disfraz. Ya lo ves, un polvo por veinticinco centavos.

16

Aprendí mucho de Brocky. Parecía como si su mente se hubiera formado mucho antes que la mía. Era de ágil ingenio y, aunque nunca me sentí en desventaja, había visto rincones del mundo que para mí todavía eran desconocidos. Las tiras cómicas, por ejemplo.

Yo más bien las despreciaba; pero Brocky era un lector ávido de ellas, no pasaba un día sin *Mutt y Jeff* o *Maggie y Jiggs, Barney*

*Google* y *Andy Gump.* Le encantaban las fanfarronadas falstaffianas del comandante Hoople y a veces hablaba con la voz que le suponía al comandante.

—Si eres remilgado para las tiras cómicas, serás remilgado para la vida —me decía—. Te enseñan lo que piensa la gente que nunca ha leído un libro, nunca ha oído un sermón y nunca ha votado. ¿Es que por eso hay que despreciarla? De ninguna manera. Las tiras te traen los sueños y las opiniones de *l'homme moyen sensuel,* y si quieres dedicarte, por ejemplo, a la política, son un buen comienzo. Entiende las tiras cómicas y empezarás a entender a la humanidad.

Un día me llevó a la sede central de la editorial periodística de su padre y allí, después de una breve conversación con el subdirector, me enseñó los cartones rosas del tamaño de una página, con los estampados en relieve, de lo que serían las viñetas una vez pasara el papel por la máquina de estereotipos, que las moldeaba en metal.

—Aquí las tienes. Toda una semana de hilaridad y filosofía callejeras en cada una de esas planchas. Y si se llaman estereotipos no es por casualidad; encarnan lo que la mayoría de la gente cree o acepta como obvio. Hacen que cada lector se sienta superior al reconocer la estupidez o la necedad de otra persona. Cada vez que Mutt corona a Jeff con un orinal, un millón de mentes simples sienten el estremecimiento del triunfo. Cuando Maggie le atiza un golpe en la cabeza a Jiggs con el rodillo de amasar, y se ve un bocadillo saliéndole de la cabeza que dice «¡cata-croe!», un millón de pacientes y dolidos matrimonios tienen una momentánea descarga de tensión. Y, como ves, todo es divertido. Eso es lo que has de tener en cuenta. Lo que en manos de Sófocles puede ser una tragedia, es divertido en las cuatro o cinco tiras diarias de las historietas. Mientras vivan las tiras cómicas, Aristófanes seguirá vivo.

Me pregunto qué pensará hoy Brocky, si es que sigue mirando estos contenidos de creencias y saberes populares, condicionados como están por nuestra moderna pesadez de espíritu y por la mirada aquilina de quienes van detrás de la corrupción política. Se lo he de preguntar cuando lo vea. ¿Ha huido de la tierra la libertad aristofanesca de nuestra juventud?

La sabiduría mundana de Brocky se habría apoderado de mí si yo no hubiera sido testigo, casi a diario, de lo que me pareció una flaqueza de su carácter. Brocky estaba chalado por una muchacha.

Durante aquel verano en Salterton veíamos a muchas chicas. Nos íbamos a navegar en lanchas por la bella bahía y, a veces, en barcos más impresionantes, y siempre con chicas a bordo. Íbamos a fiestas informales e improvisadas en las casas de las chicas a cuyos padres les gustaba la juventud o, por lo menos, parecía que les gustaba. A veces corríamos por las carreteras, sin ningún destino en particular, en coches tan atestados que las chicas se veían obligadas —no había más remedio— a sentarse en las rodillas de los chicos y, a veces, en la oscuridad, las besaban, lo cual soportaban con la mayor serenidad. Porque aquellos fueron días que hoy nos parece imposible que fueran tan inocentes, cuando los juegos eróticos estaban limitados por el miedo a «ir demasiado lejos», con toda la deshonra para la chica, y las indeseadas y onerosas pero inexcusables responsabilidades para el chico si se tenía un hijo ilegítimo, aunque no, nunca la ilegitimidad, porque lo más seguro era que aquello acabara en matrimonio. Hubo matrimonios apresurados, e hijos de quienes se decía cruelmente que había que quitarles de encima el arroz de la boda, pero tales contratiempos se producían con poca frecuencia. Y, a pesar de las estrictas limitaciones de lo que podía hacerse (el juego del «dedo apestoso» de Eddu era raro entre los mejores hijos de Salterton), todos lo pasábamos muy bien, tal como se publicaba en los ecos de sociedad.

De vez en cuando surgía una «aventura» seria, y una que presencié fue la que arraigó y floreció entre Brocky, que acababa de cumplir diecinueve años, y Julia Opitz, que tenía entonces diecisiete. Julia me parecía una buena chica, bastante guapa y con una bella figura en traje de baño, una risa suave y una conversación a la moda en la que figuraban todos los clichés y tópicos de la época. Como vi que Brocky estaba tan enamorado, me fijé detenidamente en ella y llegué a la conclusión de que era una muchacha muy preocupada por ella misma que, al cabo de cinco años, se convertiría en una joven fría y dueña de sí misma. Si bien Brocky estaba loco

por la chica, ella estaba lejos de corresponderle, aunque se sentía halagada por sus atenciones, su conversación y la mirada de rendida admiración que de vez en cuando sorprendía en sus ojos.

Estas cosas ocurren, por supuesto. Hubo tres o cuatro «aventuras serias» en el grupo del que yo formaba parte y que se reunía casi a diario en el Yacht Club o en cualquier otra parte, pero me parece que incluso la más seria de las parejas sabía, en algún lugar profundo de su conciencia, que no era un amor eterno y que había que gozar de él mientras durara. No era cinismo, sino una virtud difícil de definir como no sea con las palabras «sentido común». Pero el sentido común de Brocky brillaba por su ausencia.

Recordando aquellos días, echo la culpa de lo ocurrido a la madre de Brocky, aunque ella, igual que su hijo, actuaba influida por unas circunstancias que no entendía ni controlaba. Rhodri había hecho las maletas y se había ido a su casa de campo de Gales a pasar diez semanas. Malvina le había asegurado que entendía la razón de su marcha —había llegado incluso a pedirle que se fuera— pero, en el fondo de su corazón, odiaba aquella separación y se sentía traicionada. Así que cuando su amado hijo empezó a traer a casa a una muchacha de la que estaba claramente enamorado, su maternidad ofendida declaró la guerra a la chica, y ella y su lugarteniente Minnie la llevaron a cabo sin contemplaciones.

No descaradamente, por supuesto. No. Era el arsenal de suspiros cuando Brocky salía por la noche, eran las sonrisas controladas y las miradas glaciales cada vez que Julia aparecía por St. Helen's, los «malos ratos» cuando Brocky regresaba tarde a casa, lo que se demoraba en decirle que sí a Brocky cuando sugería que Julia viniera a cenar antes de ir al cine. Malvina dejó claro, sin que se dijera o hiciera nada con agresividad, que Julia era una carga para ella, pero una carga que estaba dispuesta a soportar si Brocky insistía.

La tía Minnie no empleaba tales artes. Se limitaba a pedir a Julia que le cosiera un botón como algo muy urgente, o a preguntarse en voz alta si Julia no tenía frío con la poca ropa que llevaba. Y Minnie miraba con ferocidad. Sonreía mientras miraba con aquella ferocidad y, algunas veces, cuando Julia hablaba en argot o se mostraba

indebidamente vivaracha (en opinión de tía Minnie), volvía la cabeza a un lado y murmuraba casi inaudiblemente: «¡Oh, Señor!».

A Brocky no se le escapaba nada de esto. Habría necesitado la insensibilidad de un rinoceronte para que no notara lo que pasaba y él tenía la piel delicada de un amante. Creo que buscaba en Julia lo que no podía encontrar en la feminidad arrolladora de su madre. Su antagonismo con Minnie —que a veces se las arreglaba para tener uno de sus «hechizos» en la mesa, estando Julia presente— llegó a serle insoportable.

Ahora veo que esto es un viejo y repetido drama, pero entonces era nuevo para mí y me sentía incómodo, porque me parecía que mi amigo se comportaba como un asno.

Mi refugio fue Charlie. Le enseñé lo mejor que pude las cosas que tanto le repugnaban y tuve mi recompensa cuando llegó el otoño, porque pasó por los pelos todos los exámenes exigidos y, milagrosamente, llegó una carta de Colborne diciendo que había ganado el mayor premio de historia de la escuela. Era algo que permitía llamar a la puerta de cualquier universidad.

A mediados de agosto tuve que regresar a Sioux Lookout. Mis padres habían tenido mucha paciencia y yo sabía que querían tenerme con ellos algún tiempo antes de que volviera a Toronto para entrar en la universidad. El día antes de irme, Charlie me regaló un libro, *Religio Medici* de sir Thomas Browne.

—Tienes que leerlo —me dijo—. Y tendrás que releerlo. Es absolutamente lo que necesitas si quieres ser un médico como el viejo Browne. Lo que quiero de ti, lo que rezo para que Dios te dé como bendición, es que, como Browne, puedas «asumir el honorable estilo del cristiano». Inténtalo.

Con la emoción de la partida, ¿qué podía decir yo?

—Lo intentaré, Charlie —le dije—. De verdad que lo intentaré.

Y en aquel momento lo dije sinceramente, con la sinceridad con que se dicen tantas cosas cuando uno es joven, y que luego adopta tantos matices cuando se envejece.

Así que me fui, de vuelta a Sioux Lookout, y durante los seis años siguientes vi pocas veces a Brocky y ninguna vez a Charlie,

porque así cambian los sentimientos intensos de la juventud y así se apaciguan bajo el peso de las circunstancias.

II

Mi intención era simplemente escribir unas pocas notas, separar lo que me parecía prudente decir a Esme de lo que sé de Charlie y del asunto de Saint Aidan, pero, al parecer, estoy escribiendo unas extensas memorias. ¿Continúo? Sí, al menos durante un tiempo, porque Esme me ha dicho que volverá al ataque tan pronto como haya terminado un trabajo que tiene entre manos y que ahora le exige mayor atención.

¿Por qué he dicho «ataque»? Esme no me ataca. Es discreta hasta donde puede serlo una entrevistadora. ¿Qué siento en lo más profundo de mi corazón que ella ataca? A Charlie, por supuesto, pero ¿por qué he de defender a Charlie? ¿Es por fidelidad a una amistad que fue íntima en su inicio, pero que ha ido perdiendo aquella amable intimidad a medida que hemos envejecido?

En mi trabajo tengo que vérmelas a menudo con pacientes que son reservados por naturaleza, que protegen lo que no necesita protección, que se niegan a hablar de cosas sin importancia y que son felices cuando dicen «no». ¿Me estoy volviendo yo así? ¿Qué ocurre con Esme para que me ponga a la defensiva? ¿Es por su juventud? ¿Por su atractivo innegable? El hecho de haberse casado con mi ahijado, Conor Gilmartin, ¿me hace pensar, por absurdo que parezca, que es una intrusa en la vida de los Gilmartin, de la cual formo parte? ¿Me estoy volviendo estreñido, como mis pacientes? Me parece que sí. ¿Debo seguir el consejo que les doy, y, en lugar de acudir a purgantes y laxantes, buscar en mi mente el origen de la retención indebida? Es lo que, como médico, les aconsejo que hagan, que se curen a sí mismos.

Estoy escribiendo en mi diario, un bello cuaderno con tapas de piel que compré hace tiempo, cuando empecé a practicar la medicina privada y pensé rellenarlo con anotaciones de mi trabajo. ¡Qué necio! Pronto aprendí que el médico moderno debe llevar un fichero clasificado y, hoy, un ordenador, si sabe manejarlo o puede pagar a una secretaria que entienda los últimos avances de la informática. Mi secretaria y enfermera, la señorita Christofferson, nunca tiene que acudir a fichas escritas a mano. Por lo tanto, mi diario solo tiene dos o tres anotaciones antiguas y el resto de las

páginas está en blanco. Pero no se han desperdiciado. Seré mi propio *historial clínico.* Me aplicaré mi propia medicina.

1

Cinco años en Colborne contribuyeron mucho a que yo fuera un hombre de ciudad y, en mi opinión, un ser mundano. Pero Sioux Lookout siguió siendo mi edén, mi lugar de origen en el espíritu y en la carne. Quizá, cuando regresé de Salterton tras aquel largo y revelador verano, consideré paternalmente a Sioux Lookout como un lugar que nada podía enseñarme. Me creí ya un adulto.

A mí me parece que maduramos a saltos y no de forma gradual. Empecé como novato en Colborne, más novato que nadie, y al cabo de cinco años era encargado (el nivel más alto de prefecto), director de la revista del colegio, fumador empedernido (cinco y seis cigarrillos al día cuando me agobiaba el trabajo editorial) y miembro del Club del Toque de Queda. En fin, un pez gordo respetado y temido por los novatos. Un señor ejemplar para sus criados: ayudado en las tareas domésticas, comedido en su descaro. Dentro del colegio había que contar conmigo.

Pero, en algunos aspectos, el verano en Salterton hizo de mí otra vez un novato. Por ejemplo, a juicio de mis padres.

Quedé asombrado por la frialdad del hogar de los Iredale. Insisto en lo de la frialdad, aunque no hacía nada de frío. Pero Charlie y sus padres parecían tratarse como iguales. Su madre era educada con él. Y conmigo. Siempre me llamaba Hullah, al estilo del colegio. Mi madre era educada conmigo, por supuesto, pero de una manera muy distinta; me llamaba Jon y a ella nunca se le habría ocurrido aceptar mi opinión sobre cualquier cosa. Tendía a darme órdenes, no de manera despótica, como una jefa, sino como si yo tuviera diez años. No creo que para ella tuviera yo nunca más de catorce años. El dinero de Charlie se lo daba su padre, que lo ingresaba en el banco donde Charlie tenía abierta una cuenta, y Charlie se lo gastaba como le placía. Era una mensualidad mucho mayor que la mía, aunque estoy seguro de que mis padres eran bastante más ricos que los de Charlie. Charlie se compraba su ropa y nunca se le discutía el estilo o el corte, mientras que mis ropas se compraban supuestamente bajo la supervisión de mi padre, pero

quien las escogía era mi madre, hasta el punto de que solía parecer que mis ropas no eran del todo mías. No reflejaban lo que yo pensaba de mí, sino la opinión de mis padres y superiores. Charlie ya parecía un hombre, mientras que, en ocasiones, yo era consciente de parecer esa horrible criatura que se conoce por «muchacho en edad de crecer», por más que ya había casi terminado de hacerlo. Cuando Charlie tuvo que someterse a su importante operación, fue él quien lo decidió, aunque, por supuesto, lo consultó con sus padres. Todo esto resultaba confuso para mí; Charlie era libre, de un modo muy distinto al mío, aunque ahora sé que en mi casa teníamos el calor de la preocupación. Un calor que faltaba en casa de los Iredale.

Supongo que es la educación inglesa, que da por supuestas la madurez y la capacidad de juicio del individuo y las alienta. No es la educación canadiense. Por lo menos la que yo conocí.

Tampoco el hogar de St. Helen's, tan distinto al de los Iredale, me mostró nada a lo que yo estuviera acostumbrado. Dominado por el espíritu voluble del padre y girando a su alrededor, me sorprendía continuamente y me resultaba embarazoso cuando los padres discutían en la mesa o cuando tía Minnie tenía uno de sus «encantamientos» y buscaba a tientas en el plato.

Brocky parecía gozar de tanta libertad como Charlie, pero tenía que adoptar de vez en cuando una actitud firme para ganársela. No disponía de dinero propio; tenía que pedirlo. En ocasiones Rhodri era generoso y, con una risotada, aflojaba la pasta, pero en otras se negaba a gritos y todo el que estaba cerca se enteraba de que el dinero no crecía en los árboles, que él, el padre, había vivido una época en que había que ir mirando por todos lados en busca de un centavo. Durante mi estancia, presencié una de estas broncas a la hora de la cena.

—Parece que lo único que tienes que hacer es gandulear y no perderte una fiesta —dijo Rhodri. Estaba en uno de sus momentos de mirar por todos lados en busca de un centavo—. No sé por qué no te buscas un trabajo.

—Pero, papá —dijo Brocky—, ¿qué clase de trabajo iba a ser? Tendría que buscarme un trabajo manual.

—¿Y qué? No creo que fuera a matarte —dijo Rhodri—. Una experiencia de ese tipo te haría ver la vida de otra manera y te apartaría de ciertas cosas.

—¿Tú, director de un periódico, hablas así? —dijo Brocky con gesto exagerado de sorpresa—. ¿No has oído que estamos pasando la peor depresión del siglo? Supón que busco un trabajo. ¿Crees que iba a encontrarlo? En todo caso, sería para quitárselo a algún pobre hombre con mujer e hijos que lo necesita desesperadamente. ¿Qué pensarían mis compañeros de trabajo? ¿Y qué pensarían de ti? «El joven Gilmartin, que no necesita trabajar, ocupa un puesto de trabajo cuando hay miles de parados que no tienen otro recurso que la fuerza de sus manos. Mirad al joven Gilmartin, con su mono nuevo y reluciente, volviendo del trabajo a su casa de St. Helen's con su tartera, Dios mío, ¡para cenar a lo grande! ¡Qué descaro! ¿No es así como siempre se han comportado los ricos? No contentos con lo que tienen, van y le quitan el pan de la boca a los hijos de los obreros.» ¿Sabes?, no me extrañaría que me agarraran entre todos y me apalearan hasta hacerme fosfatina. ¡Y no les echaría la culpa! Comprendería su cólera justificada. Bajaría la cabeza.

El viejo Rhodri (no era muy viejo, pero poseía la autoridad que sugiere el adjetivo «viejo») se puso furioso. Esta especie de retórica galesa, tan colorista, era suya, su habitual forma artística de expresarse, y no soportaba que su hijo lenguaraz la empleara en contra de él. Bramó. Lo de bramar no lo digo al descuido, porque sus palabras sonaron como un bramido. Empezó con su emigración a Canadá y no ahorró detalle de las penalidades y humillaciones que tuvo que sufrir en su juventud, su determinación para no dejarse vencer por el destino, su disposición para hacerle frente y su ánimo para elevarse por encima de la clase artesanal de la que procedía, y los trabajos de Hércules que tuvo que llevar a cabo para... ¿para qué? Al parecer, todo aquello lo había hecho para que Brocky nunca conociera la amargura de la pobreza, la mísera necesidad de hacerse «competente» (Rhodri odiaba la palabra «rico» cuando se trataba de aplicársela a él mismo), y tuviera la inestimable ventaja de una educación de primera clase, un don que a él se le había negado, que tuvo que luchar toda su vida en las tinieblas de la ignorancia. (Esto

lo decía un hombre que escribía incisivos artículos políticos, dotados de una retórica agresiva, aunque gramaticalmente correcta, que hacía las delicias del Partido Liberal, cada día más fuerte. Pero Rhodri no se negaba nada. Era su placer, en la manida frase tan cara a Brocky, de «ser en libertad y con adornos».) Con los ojos fijos en mi plato, escuché sus «adornos» durante diez minutos por lo menos, lo cual me parece un tiempo excesivo para un discurso a la hora de comer.

Y, de pronto, todo se acabó.

—Muy bien, ya has expuesto tu opinión —dijo Rhodri—. ¿Quieres el coche para esta noche?

—No creo que le gustara mucho a tu madre —le dije mientras conducíamos para encontrarnos con Julia y algunas amigas de ella, a las cuales se suponía que yo debía entretener con mi cháchara mientras Brocky proseguía su disparatado cortejo.

—No, no le gustó. ¿Y sabes por qué? Porque estas discusiones demuestran lo bien que nos entendemos mi padre y yo. Y eso la pone furiosa.

—¿No quiere que estés en buenos términos con tu padre?

—No se trata de «buenos términos». Ya sabes lo que dice Freud: Enamorarse de uno de los padres y odiar al otro forma parte de la reserva permanente de influencias psíquicas que surgen al principio de la infancia. Pero me parece que Freud dice que uno se enamora de la madre y odia al padre. En mi caso es al revés. Y creo que le pasa igual a mucha gente.

—Pero tú no odias a tu madre, ¿verdad?

—Claro que no. Me da mucha pena y trato de ser amable con ella, tanto como me lo permiten las circunstancias. Pero las circunstancias no ayudan mucho. Mi madre piensa que quien no está de su lado es un traidor. ¿No te pasa lo mismo? Probablemente no. Imagino que tu familia es feliz y poco complicada. Pero, permíteme que te lo diga, eso es un mal principio para tu vida. Cuanto más dura y difícil sea tu vida al principio, mejor armado estarás para los problemas que luego se te presenten.

Brocky rebosaba de esta clase de fácil sabiduría. Pero en su relación con Julia no mostraba nada de su estoicismo freudiano.

Como espectador, la impresión que yo tenía es que Julia lo trataba como a un perro. Un perro al que podía mimar cuando estaba melancólica, mientras él le lamía la mano, la miraba con admiración perruna y ella se compadecía de sí misma. Un perro al que nunca pegaba, pero al que echaba fuera durante el tiempo que fuera preciso si consideraba que su presencia era inconveniente. Siempre me llevé bien con Julia, pero aprendí mucho de ella.

Era bastante guapa, aunque no la Venus que decía Brocky. Lo que la hacía simpática y atraía a tantos admiradores, hasta el punto de molestar a Brocky, era que tenía mucha «chispa», porque aquella era una época en que las chicas tenían «chispa». Su chispa no era extraordinaria ni particularmente original. Se componía de frases hechas o tomadas de canciones populares que introducía en la conversación con gran viveza y el aire de estar a punto de romper a carcajadas, de modo que cualquier tema iba acompañado de un aparente ingenio, aunque nunca decía nada divertido. Quien sí decía cosas divertidas era Brocky, que brillaba en el círculo en que él y Julia se movían, y ella se reía con él y de él, haciéndole entender que comprendía y apreciaba cuanto decía. Era una muchacha que parecía estar siempre en movimiento; chasqueaba los dedos, daba pequeños pasos de baile cuando los demás estaban quietos, y hasta diría que meneaba las caderas si no fuera porque eso sugiere un movimiento vulgar; se meneaba con gracia. Era como si la moviera una brisa que no afectara a los demás. Como la muchacha de una comedia musical que siempre parece estar a punto de romper a cantar, aunque Julia nunca cantaba.

La actitud de Brocky era representar un papel que diera la réplica al de ella, lo cual resultaba embarazoso, porque era demasiado inteligente para todo aquel contoneo y chasquido de dedos, intentaba, pero nunca le salía de modo espontáneo. Entonces Brocky llevaba unas gafas de pesada montura de hueso, y mientras daba saltitos y hacía cabriolas, su aspecto de búho desentonaba con tanta frivolidad. Pero eso no era todo. Siempre que podía, buscaba estar a solas con Julia para hablarle con seriedad y declararle su amor tan poéticamente como podía. A Julia le gustaba eso, moderadamente. Aunque nunca estuve presente en esos momentos

de «seriedad» (y no podía estarlo porque la intimidad era lo esencial de ellos), sé que a Julia le gustaban, moderadamente, porque valoraba la admiración de Brocky, lo cual no impedía que siempre le dijera que «no fuera demasiado serio», aunque él se empeñaba en ser tan serio como inexperto. En cuestiones amatorias quería acapararlo todo. Qué pensaba sacar de todo aquello, no lo sé ni nunca se lo pregunté. Le gustaba mucho hablarme de su amor, pero yo sabía que le habría dolido que yo intentara, aunque fuera amablemente, ponerlo bajo el microscopio.

¡Oh, y cómo le gustaba hablar de Julia! ¡Y qué latazo resultaba para un intruso como yo! Una de sus tonterías consistía en verla de forma literaria, pues estaba resuelto a consagrar su vida a la literatura, y nunca se daba cuenta de que eso era amar de segunda mano. Se maravillaba de su porte y sus andares (y la verdad es que andaba muy bien) citando la descripción que hace Chaucer de Alison, la alegre y joven esposa de «El cuento de la molinera»:

> Inquieta y alegre como una potranca,
> alta y erguida como un mástil

A mí no me parecía una comparación afortunada, porque Alison es más bien una tramposa, y el modo que tiene de tratar a su amante Absolon es divertido, aunque no para Absolon. Cuando, en la oscuridad, el pobre patán erudito le pide que se asome a la ventana y le dé un beso, la bella, que está con su amante más atractivo, que ya la ha poseído, saca el trasero por la ventana y deja que Absolon le bese *eso*.

Y ella riendo traviesamente, le cerró la ventana en las narices.

Absolon, pobre burlado, se maravilla de que una mujer tenga lo que le ha parecido una barba.

Por más grosero y rufián que fuera, Chaucer sabía un par de cosas, y de eso me acordé aquella misma noche. Porque cuando Brocky y yo llegamos al Yacht Club, donde esperaba encontrarla, Julia no apareció y empezamos a dar vueltas por allí, Brocky suspirando a cada cuarto de hora, hasta que, pasadas las nueve, una canoa pasó por el embarcadero, con un tal teniente Dorrington en los remos y Julia tendida graciosamente sobre unos cojines. Miró

a Brocky y le envió un beso con la mano. Dorrington la contemplaba impúdicamente y, a mi parecer, en actitud triunfante.

Y ella riendo traviesamente, le cerró la ventana en las narices.

Telefoneó al día siguiente para decirle que Dorrington le había pedido que lo acompañara a recoger unas cosas en el cuartel del puerto y aquello les había llevado más tiempo de lo esperado, pero no creo que quisiera que la creyera. Se trataba simplemente del conocido privilegio femenino de cambiar de opinión. El milagro es que Brocky la creía. Prefería engañarse a aceptar que Julia era una coqueta, que lo que ella quería era hacerlo sufrir y tener como esclavo al hombre más divertido de Salterton.

Para mí resultó triste y aleccionador ver que Brocky, a quien consideraba superior a mí, hacía el papel de payaso en aquella estúpida comedia de Julia. Como suele suceder entre amigos en parecidas circunstancias, me comporté como un fariseo.

—Tenías que leer menos poesía y más a Shaw —le dije. En aquella época, Shaw era mi fuerte.

—¿Por qué? —dijo, sospechando que el sermón vendría luego.

—Bueno, para empezar, *Hombre y superhombre.* Es maravilloso en cuanto al sexo. Va directo al grano.

—¿Y?

—Te dice que las mujeres, en realidad, lo que buscan es su mejor satisfacción biológica. Y eso es lo que domina a los que se enamoran de ellas. O mejor dicho, a los que ellas destinan a ser sus presas. Si no haces ese papel, no te dan ninguna oportunidad.

—Te estás refiriendo a Julia y a mí, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Ah, ¿conque lo supones? Escucha, amigo mío: estás hablando de algo que desconoces absolutamente. Nunca te has enamorado. Como sospecho que nunca se ha enamorado tu viejo amigo el charlatán Shaw. En su forma más elevada, el amor es algo místico y hasta que no lo hayas experimentado no tiene sentido que hablemos de eso.

—¿Quieres decir que es como comer ostras?

—No te hagas el gracioso. Solo quiero decir que es algo que está fuera de tu comprensión y no me interesa oír tu opinión. Hasta

que no lo hayas pasado, no digas bobadas.

—Pero tú no lo has pasado. Por lo que veo, estás metido de lleno.

—Y quizá sea así siempre.

Fue inútil que hablara con él. Incluso creía que si la amaba con la suficiente fuerza, ella, por arte de magia, se vería obligada a amarlo también. Por muy de Sioux Lookout que yo fuera, no era tan estúpido como para creerme eso.

Pasado el tiempo, me doy cuenta de mi falta de experiencia en el juicio de aquel asunto. Julia no era una coqueta sin corazón como a mí me parecía. Simplemente, era una muchacha que ensayaba sus poderes, que eran bastantes, y, como a casi todo el mundo, no le preocupaban mucho los sentimientos de los demás. En cuanto a Brocky, quizá había leído demasiado, se había emborrachado de poesía, y era incapaz de emplear su cinismo protector, que tan bien le iba cuando se trataba de otros asuntos, en su amor obsesivo por Julia. La diosa Fortuna, que tanto gusta de estas triquiñuelas, se lo pasó bien con ambos, y Fortuna puede mostrarse groseramente chauceriana cuando gasta una de sus bromas.

2

A mediados de agosto Sioux Lookout mostraba ya un toque otoñal, no en la espectacular caída de las hojas, sino en la melancolía del aire y en el frescor de las noches; la melancolía más sobria que sentimental del año resignado a su muerte. ¿Qué tenía que hacer yo? Había terminado el colegio y tenía de premio dos libros bellamente encuadernados. Cuando se los enseñé a mis padres, fingieron no estar impresionados. Ya estaba decidido que yo fuera a la universidad, pero no tenía idea de qué estudios de medicina iba a seguir ni cuál iba a ser mi futuro. Y me dediqué a pasear sin rumbo, a comer mucho y a convencerme de que ya tenía la edad suficiente para beber vino sin esperar a que me lo dieran como una medicina. Mi padre tenía algunos buenos vinos, aunque no sé cómo los adquiría y pensé que era mejor no preguntárselo. Es evidente que la Prohibición era una bendición para los pobres «que no podían permitirse los licores», y un regalo para sus defensores, en su mayoría metodistas; pero gente como nosotros, amos hereditarios

de los licores, no podíamos tomárnosla en serio. Había pocos lujos en Sioux Lookout y, por consiguiente, los vinos de mi padre eran doblemente apreciados.

Todo me pareció tranquilo e incluso dormido después de la frenética vida social (así lo creía) de Salterton. Hasta mucho después no me di cuenta de cuan provinciana y colonial era aquella vida, y cuan chejoviana en el caso de sus habitantes más viejos. Ahora sé que Sioux Lookout era la perdurable realidad de mi patria, mientras que Salterton era un regreso a su pasado.

Joven como era, lo que más me impresionó fue el envejecimiento de todo el mundo. Doc Ogg era ahora un anciano y, lo que es peor, un anciano que se había habituado a beber demasiado del jerez barato y del brandi vulgar que usaba como suspensión de sus medicinas.

—Muchacho, vas a ir a la escuela de medicina más importante del mundo. No permitas que nadie te diga otra cosa. ¿McGill? Puaf. ¿A quién tienen desde que perdieron a Osler? ¿John Hopkins? ¿Eh? Un gran nombre, pero ¿acaso pueden enseñar algo a la Universidad de Toronto? Lo dudo. ¿Y en el extranjero? Alemania es una mierda desde la última guerra. Francia no es nada sin Pasteur. ¿Y la Madre Patria? ¿Eh? ¿Quién hay hoy en Edimburgo? ¿Puedes darme algún nombre? No, muchacho, estás destinado a la escuela de medicina más importante del mundo. Lo sé porque yo estuve en ella y allí me formé.

»Atiéndeme, muchacho. Para mí eres mi heredero, mi hijo, como no podría serlo nunca un hijo de mi sangre. Eres mi hijo científicamente hablando y voy a darte algo.

Y Doc Ogg, con los ojos brillantes por la borrachera, buscó en medio del desorden de su mesa su ejemplar manoseado y deteriorado de *Principios y práctica de la medicina,* de William Osler, doctor en medicina; tenía un subtítulo: *Para uso de practicantes y estudiantes de medicina.* La de Doc era la tercera edición y yo ya sabía que estaba totalmente desfasada, y que sir William Osler la había revisado a fondo. Pero recibí el libro con decorosa modestia, como aspirante a la mentalidad esplendorosamente científica de Doc.

—Haz de él tu Biblia, muchacho, al igual que he hecho yo. Léelo, léelo y léelo, hasta que arda en tu cabeza. Osler: el más grande. Y no olvides nunca que era canadiense, ¿eh? Hemos enseñado al mundo más que el mundo a nosotros.

—¿La insulina? —me atreví a decir. No estaba muy al día de los descubrimientos médicos, pero todo el mundo había oído hablar de la insulina y de cómo Banting y Best la desarrollaron en un cobertizo del campus de Toronto—. Gente ganadora del Nobel, que han devuelto la vida a miles y miles de personas.

—Sí, bueno, la insulina, claro que sí. En la vieja Universidad de Toronto. Mi alma máter. La escuela de medicina más importante del mundo.

—¿Quiénes son los grandes hombres de hoy en día? —pregunté —. ¿A quiénes he de buscar?

—Oh, ah, bueno... me llevaría mucho tiempo nombrarlos a todos. Han cambiado desde mis tiempos. Todo el mundo, diría yo. La crema. Pero no olvides nunca a Osler. Es la *fons et irrigo.* Dios, solo de pensarlo me vuelve a salir el latín.

Fue amable de su parte que Doc quisiera darme un empujón en la dirección correcta, por más que no tuviera mucha idea de dónde se encontraba. Su viejo libro estaba amarillento y cubierto de polvo, señal de su descuido. Pero tenía un gran corazón, como solemos decir de la gente que, tristemente, va por mal camino. Guardé el libro de Osler y aún lo conservo, nuevamente encuadernado, entre mis libros de historia de la medicina. Cuántas enfermedades conocemos ahora de las que nunca oyó hablar el gran doctor. Y de cuántas enfermedades curiosas y arcanas habla (no importa si las he conocido), como la neuritis saturnina, las heces en agua de arroz y la parálisis de escribiente. Vivía en un mundo donde los pasteleros empleaban el amarillo de cromo, un veneno bastante peligroso, para dar un bello colorido a sus productos y donde los pacientes podían presentarse en su consulta aquejados de «cerebro de ferrocarril». Y no lo digo mofándome. También nosotros tenemos nuestras enfermedades de moda y pasajeras y veo muchas de ellas en mi consultorio.

No se me habría ocurrido visitar a Doc sin hacer lo mismo con la señora Smoke. Doc mostraba los estragos de la edad, pero ella parecía igual que la última vez que la vi. Y, del modo acostumbrado, entré en su cabaña que, si cabe, olía con más acritud que antes, y me senté un rato en el suelo hasta que estuvo en disposición de hablarme. Estaba raspando una piel.

—¿Has visto a Eddu? —dijo luego.

Sí, había visto a Eddu, que se había precipitado a su destino mucho antes de lo que yo pensaba y ahora estaba hecho una ruina, no sé si por culpa del alcohol o de las muchachas, pero no quise averiguarlo. Cuando lo vi de lejos, me dirigió un irónico saludo, pero yo, que no poseía las nociones de Charlie sobre caridad cristiana, me hice el distraído.

—El borracho del pueblo, ahora —dijo la señora Smoke.

Una vez roto el hielo, le hablé de mi futuro como médico.

—¿Recuerdas cuando por primera vez dijiste que querías ser médico?

Claro que me acordaba, y recordé cómo se burló de mis ambiciones.

—¿Cree usted que hago bien? —pregunté.

—Ahora has sentado la cabeza. Entonces no eras más que un crío.

—Pero ¿cree que he tomado la decisión correcta?

—¿Qué importa lo que yo crea?

—Vamos, señora Smoke, no me hable así. ¿Cómo no iba a importarme su opinión? ¿Cree que he olvidado que tuve la escarlatina y que usted me salvó?

La señora Smoke no respondió y su silencio me hizo hablar de un modo que, sin yo quererlo, se parecía al de Doc Ogg.

—¡Usted trajo la tienda que temblaba! ¡Fue magia! Usted no puede hacer magia conmigo y decir luego que me calle y que no importa lo que usted piense.

—Magia no. Magia mierda.

—¿Cómo lo explica entonces? Aquella noche, en la tienda... ¿qué hizo usted?

Un largo silencio y luego, cuando por fin habló la señora Smoke, lo hizo con una voz que nunca antes le había oído, una voz joven que no era amable, pero carecía del acostumbrado peso de la experiencia.

—Supongo que ya tienes edad suficiente para saberlo. ¿Qué hice? ¿Qué hace cualquiera en la tienda que tiembla? Entré en el Gran Tiempo y llamé a los intercesores. Lo hice porque tus padres fueron buenos no dejando que la fiebre se extendiera entre mi pueblo. Dios sabe lo que hubiera podido ocurrir si llega a contagiarnos. Y estábamos en deuda con vosotros. Os debíamos nuestras vidas. Mi pueblo quería que os ayudara, y tuve que llamar a los intercesores. Y vinieron y te pusiste bueno.

—¿Qué intercesores? ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?

—No lo sé.

—¿Acuden a la llamada de cualquiera?

—No.

—Pero, si existen esos seres, ¿no deberíamos intentar que vinieran más a menudo? ¿Por qué acudieron a su llamada? ¿Qué es el Gran Tiempo?

La cara de la señora Smoke era como de piedra. Yo sabía que mi pregunta había sido una necedad. Y desde la última vez que hablamos, había leído la historia de Parsifal y sabía cuán dañina podía ser una pregunta si no se hacía en el momento oportuno.

—Cuando le dije que quería ser médico, usted dijo que yo era la persona equivocada e iba por el camino equivocado. Eso no está bien. ¿Cómo puedo ser distinto a como soy y qué otro camino puedo seguir que no sea el de la universidad, si usted no me lo dice? ¿No tengo derecho a saber quiénes son los intercesores? ¿Acaso no vinieron en mi ayuda?

De nuevo una larga pausa. La conversación con la señora Smoke no se parecía en nada a una cháchara urbana y quizá eso era lo mejor.

—Has de encontrarlo tú solo —dijo por fin.

—¿Es así como lo hizo usted? ¿Los encontró usted sola?

—Ninguno de los que me enseñaron te enseñarían a ti. Eres la persona equivocada, vas por el camino equivocado. Pero quizá

encuentres algo tú solo. ¿No te has perdido nunca en el bosque?

—Muchas veces.

—Como estás aquí, supongo que encontraste el camino de salida.

—En los bosques, el secreto consiste en no ir en círculo. Tienes que buscar el sol y seguirlo y, tarde o temprano, sales.

—Ajajá.

—Entonces ¿es eso? ¿Seguir la señal, tomar esa dirección y no retroceder?

—Quizá.

—Señora Smoke, por favor, responda a mis preguntas. ¿Sabe una cosa? Usted, para mí, es como una segunda madre. Cuando me estaba muriendo, usted me hizo renacer. Usted y los intercesores. Me dieron la vida. No me rechace ahora.

Otro de los largos silencios de la señora Smoke. Y después:

—¿Recuerdas las serpientes?

—Claro que me acuerdo.

Otro silencio, pero vi que la señora Smoke se agitaba de risa, aunque sin hacer ningún sonido. ¡Y entonces vi la luz!

—¿Quiere decir que eran los intercesores?

La señora Smoke casi dio el gran salto de la risa interior a la risa audible. Casi, pero no del todo. Por primera vez se dio la vuelta y dio la espalda a la mesa donde estaba raspando la piel. Me miró a los ojos.

—No eres tan tonto como pareces —dijo—. ¡Ahora vete a casa! Estoy ocupada.

3

Ir a casa dejó de ser lo que fue en otro tiempo. Había algo incómodo en el aire y yo no lograba saber lo que era. Las noches de los jueves, cuando otros tres matrimonios venían para formar dos mesas de bridge, habían sido abandonadas. Mi madre hacía el papel de paciencia infinita, mi padre leía. Nunca habían sido grandes conversadores. A la hora de comer, mi madre solía hablar de lo que fuera, pero ahora se sentaba en silencio y no decía nada a menos que mi padre le hiciera una pregunta directa y sin mala intención. ¿Has salido hoy? ¿Has encontrado alguna planta nueva? ¿Has

charlado con alguien? ¿Has visto la luna nueva? Visible de día, con un halo donde estuvo la luna vieja, señal de que va a llover. Yo hablaba, pero con la incomodidad del muchacho que no quiere referirse a las cosas que le interesan. Nada acerca de los Iredale, aunque di detalles de la enfermedad de Charlie; nada acerca de los Gilmartin, salvo que tenían un bello jardín. Y nada, por supuesto, acerca de chicas. Solo una breve charla sobre mi inminente marcha a la universidad en pocos días.

Algunas veces, mi madre se levantaba de la mesa y nos dejaba solos. «Iba a su cuarto», lo cual tenía un significado especial, porque ella y mi padre ya no compartían la misma habitación. Mi padre dormía en un cuartucho, no mayor que un armario grande, abajo, cerca del vestíbulo. No me explicaban nada de estas ausencias. Mi padre suspiraba y me ofrecía más vino. Yo, a diferencia de Parsifal, no temía hacer preguntas.

—¿Qué le pasa a mamá?

—Una ligera indisposición. Ya se le pasará.

—¿La ha visto un médico?

—Por supuesto.

—Espero que no haya sido Ogg.

—Un buen médico de Winnipeg, el doctor Cameron. Dice que se le pasará.

Supongo que se le pasó, al menos en parte, pero no antes de una penosa escena que mi madre me hizo, en la cual trató de enredar a mi padre, incapaz de entender la causa.

A mi padre se le ocurrió que pasáramos un par de noches acampados a orillas del lago Seul, con el pretexto de pescar durante el día, pero en realidad para gozar de la belleza silente del entorno. Volvimos renovados, con la serenidad de espíritu propia de nuestra naturaleza. Pero mi madre nos recibió sentada en la sala de estar, con una mirada que parecía sacada de una tragedia griega, asiendo nerviosamente un libro. Se lo tendió a mi padre.

—¿Sabías que Jon leía esto? —preguntó.

Yo nunca había entendido bien el significado de la palabra «tensión», aunque se empleaba mucho en las novelas de la época.

La pregunta de mi madre, por más que fuera retórica, estaba cargada de tensión. Mi padre tomó el libro y lo miró sin comprender.

—*La interpretación de los sueños* —leyó en el lomo—. No. Nunca he oído hablar de este libro.

—Si hubiera que prohibir un libro, habría que prohibir este. ¡Una indecencia! Pura indecencia de principio a fin. Degenerada indecencia alemana. ¡No quiero que este libro esté en esta casa! Léelo, Jim. Solo las páginas que he marcado con trocitos de papel. Entonces sabrás lo que digo. No quiero permanecer en esta habitación mientras esté este libro guarro, perverso, vil y degenerado.

Y se levantó y «se fue a su cuarto». Mi padre miró asombrado el libro que tenía en sus manos. Ninguno de los dos la habíamos visto antes de aquella manera.

—¿Qué demonios pasa con esto? —me preguntó mi padre.

—Supongo que mamá ha estado leyendo a Freud y se ha enfadado.

—Bien, vamos a cenar y luego, supongo, habré de ocuparme de esto. No parece uno de mis libros. ¿Es realmente indecente?

—No porque produzca placer, precisamente —dije.

Fue una respuesta de niño sabelotodo y mejor habría sido que me hubiera mordido la lengua. Mi padre me dirigió una mirada que me molestó más que la cólera de mi madre. Pero estaba enfadado porque mi madre había estado fisgando en mi habitación. La señora Iredale nunca habría hecho una cosa así. ¿Qué había estado buscando? ¿Fotos de chicas?

Después de comer, mi padre se sentó a leer pacientemente el libro. Parecía el lector menos adecuado para aquella obra, con sus gafas bifocales a media nariz y su cabeza parcialmente calva brillando a la luz del quinqué que tenía al lado de su silla. (En Sioux Lookout aún nos alumbrábamos con aceite.) Más apropiado hubiera sido un libro de John Galsworthy, lleno de controlado conocimiento social, de un detallado aunque indemostrable análisis de los personajes y de un sentido irreprochable de la decencia, la justicia y la compasión. Yo leía *Contrapunto,* que acababa de aparecer por entonces y que me producía una cálida sensación de mundanidad.

Mi padre suspiraba de vez en cuando, con unos suspiros que ya le había oído cuando leía los tediosos folletos de minería industrial.

Serían las diez cuando apareció mi madre. Yo ya había pensado que no iba a estar ausente toda la noche y, en efecto, allí estaba, sedienta de cerveza, que es como decimos en Sioux Lookout que alguien está a punto de estallar.

—Y bien, Jim, ¿qué opinas?

—¿Eh? Bueno, no he leído mucho. No resulta fácil. Pero tiene buen estilo. Suave como la seda. Pero, a cada dos o tres frases, tienes que pararte y pensar.

—¿Y tienes alguna duda sobre lo que piensas?

—Por lo que he leído, se toma muy en serio los sueños. Sí, esto de que los sueños revelan lo más profundo de la mente... Sí, entiendo lo que quiere decir. Es como alguien en medio del silencio, por ejemplo, en mitad del bosque, que, de pronto, ve surgir cosas sorprendentes, que incluso asustan. Pero cuando empieza con la interpretación de los sueños me siento perdido. Simbolismo. Es algo que no va conmigo. Está más en tu línea. Pero todavía no he llegado a nada que pueda considerarse indecente, si es a eso a lo que te refieres.

—Siempre has sido un lector premioso...

—Sí, sí. No es la primera vez que me lo dices. Pero me entero de lo que leo. Lo que pasa es que no sé hojear un libro y dar enseguida una opinión sobre él.

—Ese libro es una apología demoniacamente inteligente del pensamiento obsceno, y todos sabemos que los pensamientos obscenos conducen a los actos obscenos.

(¿Es verdad eso? ¿Se comportaba obscenamente Eddu porque pensaba obscenamente o viceversa? Aquello me pareció una de las típicas cuestiones de qué fue antes, el huevo o la gallina.)

—En eso no puedo estar de acuerdo —dijo mi padre—. Todos, bueno, supongo que debo referirme a los hombres, porque ya sabemos que las mujeres sois diferentes, todos tenemos sueños que no desearíamos que se publicaran en el *Winnipeg Free Press.* Pero no los llevamos a la práctica. Quizá los sueños sean una válvula de escape.

—Supongo que los hombres no podéis dominaros tanto como nosotras. Después de todo, vuestra naturaleza no es tan perfecta. Pero lo que dices no tiene nada que ver con el libro. No me refiero solo a pensamientos groseros, sino a los orígenes de la civilización y del pensamiento humano; a cómo nos vemos los unos a los otros; pretende conocer nuestros deseos más íntimos. Y si ese hombre tuviera razón, cualquier sentimiento decente estaría sucio, el cristianismo sería un engaño y no seríamos mejores que las bestias sin alma. No seríamos más que unos monos ligeramente domesticados. Y lo que ese hombre intenta es degradarnos. —Y dirigiéndose a mí—: ¿De dónde has sacado ese libro?

—Algunos de mis premios consistían en un crédito para una buena librería. Lo compré allí.

—¿Es que ese colegio no ejerce ningún control sobre cómo empleáis vuestros premios?

—Se fían de nuestro sentido común.

—¡Jonathan, no me hables así! ¿Estás insinuando que yo no tengo sentido común?

—Solo creo que no has entendido bien el libro.

—Lo he entendido perfectamente, jovencito. No soy una necia y no me importa lo que piensen tus inteligentes amigos.

—Mamá, yo no he dicho que seas una necia.

—Desde que has vuelto, toda tu actitud dice bien a las claras lo que piensas de tu padre y de mí...

—Un momento, Lil —interrumpió mi padre—. Vas demasiado lejos. Que yo sepa, no ha dicho ni insinuado nada de eso, y acabo de pasar cuarenta y ocho horas a solas con él.

—Jim, si vas a ponerte de su parte y en mi contra, será mejor que me vaya a mi cuarto antes de que alguien diga algo de lo que luego pueda arrepentirse.

—Mamá, ¿cuál es el problema? ¿Por qué te torturas, en el nombre de Dios?

—No me hables de ese modo vulgar. Y no uses en vano el nombre de Dios. Sabes cuál es el problema: ese libro.

—Pero ¿qué hay en ese libro, mamá?

—Sí, Lil. Todavía no he llegado a nada que justifique lo que dices. ¿A qué te refieres?

—Mira donde he puesto esa señal. Lo de Edipo. Léelo, si puedes hacerlo sin reírte.

—No. No lo leeré. Cuéntamelo tú. Edipo. Un griego, ¿no es así?

—Era un griego perseguido por un destino terrible. Mató a su padre y se casó con su madre. Y este alemán indecente dice que todos los hombres quieren hacer lo mismo. Y se explaya sobre el tema. Eso es lo que nuestro hijo ha traído del colegio.

—Oh, vamos. Se trata de una vieja historia. ¿En qué nos afecta eso?

—¿Y ahora quién es el que opina de un libro sin haberlo leído? Pregúntale a tu hijo si nos afecta en algo. En algo y en todo según este hombre.

—Mamá, déjame que te explique. Edipo es el héroe de una historia, de una tragedia, de ahí lo toma Freud, que representa de forma dramática algo que tiene un impacto tremendo, porque la obra es famosa y lo ha sido durante siglos, porque está enraizada en la experiencia primordial del niño al nacer.

—¡Incesto! ¿Es esa una experiencia de alguien que no sea la chusma, los gamberros de los bosques...?

—¡Espera, espera! Dame un minuto para que te lo explique. Todo el mundo se reconoce en Edipo y siente como él porque todos han pasado por la misma situación difícil, como niños, como puros recién nacidos...

—¡Eso es abusar de la inocencia de los niños! Atribuirles deseo sexual a niños pequeñitos. ¡Almitas inocentes!

—¿Crees, mamá, que los niños son verdaderamente inocentes? Además, todo esto se supone que les ocurre antes de que empiecen a hablar. Es algo muy sencillo y, cuando se piensa fríamente en ello, parece inevitable.

Al oír esto, mi madre rompió a llorar, con un llanto fuerte y aterrador, mostrándose muy distinta a como era habitualmente. Desde entonces, en la práctica profesional y en la experiencia personal, he llegado a conocer este llanto orgásmico. Mi padre

acudió a su lado, le enjugó las lágrimas, la consoló y le sugirió que sería mejor que se fuera a la cama.

—¿Y perderme esto? —gritó. (Un lapsus freudiano, madre; si hubiera sido realmente una ofensa intolerable o irresistible, seguro que habrías querido evitarla. Pero nada podía apartarte del centro de esta gran escena, y no ha sido hasta ahora, tantos años después, cuando lo he visto con claridad.)

—Pero ¿de qué me estáis hablando? —dijo mi pobre padre—. Entre los dos me estáis volviendo loco.

—Papá, dicho de la manera más sencilla, se trata de lo siguiente: El recién nacido depende totalmente de su madre; la cara de ella es la única que ha aprendido a reconocer; ella es su alimento, su calor, su mimo y su amor. Es la Amada porque ella es todo su universo y toda su vida. Pero aparece un intruso; un intruso de voz profunda y olor diferente que se lleva a la Amada y la aparta de la vida del niño. Por eso, este segundo elemento se convierte en el ser odiado, y el niño, criatura egoísta, desea con toda la fuerza de su mente sencilla deshacerse del intruso. Y ahí tienes la tragedia de Edipo, tal como se vive y representa en la vida de todos. Antes de que el niño aprenda a hablar, el asunto se ha enfriado bastante, pero permanece en el fondo de la experiencia infantil. Los niños pequeños son unos jodidos egoístas. No hay más que oírlos cuando gritan porque quieren algo; hay un impulso asesino en cada alarido.

—No debes emplear esas palabras delante de tu madre, o delante de mí, que para el caso es lo mismo. Pero entiendo lo que dices. Tendré que pensar en ello. Se hace bastante difícil mirar a un niño de esa manera. Pero, Lil, ya has oído lo que ha dicho. No es más que una teoría médica.

—No es médica, papá. Es psicoanalítica.

—¿Qué? Bueno, pues como se llame. Es solo una idea. No puede herir a nadie.

—¿Ah, no? Eso, Jim, aunque venga de ti, es una estupidez. Conque no puede herir a nadie. Entonces ¿a mí qué me pasa?

—Estás excitada. Mañana lo verás de otra manera.

—No. ¿O es que no lo ves?

—¿Ver qué, Lil? Veo lo que todo el mundo ve.

—¿No ves en qué situación me coloca ante mi hijo?

—¿Qué situación? No sé de qué me hablas.

—¡Madre e hijo *corito amantes*! ¿Tengo que expresarme con más claridad? ¿No te da asco? ¿Te quedas tan tranquilo sabiendo que estoy metida en esta obscenidad? ¿Tu propia *esposa*? ¿*La madre* de él?

—Vamos, Lil, hablando así no llegaremos a ninguna parte. Déjame que te acompañe arriba. Te tomas lo que te recetó el doctor Cameron y descansas bien toda la noche. Estás agotada.

Y subieron las escaleras, mi madre sollozando y mi padre tratando de ser lo más amable posible, pero seguramente pensando que todo aquello era una lata y que lo mejor era que se acabara cuanto antes.

Yo estaba bastante nervioso y por primera vez en mi vida acudí seriamente al recurso del whisky de mi padre. En otras ocasiones había probado algún sorbito, pero esta vez me puse más de tres dedos y lo mezclé con agua de manantial. Mis deseos de reflexionar no me llevaron a ninguna parte, porque los exabruptos de mi madre me habían sacado de quicio y me habían privado de toda capacidad de razonar. Era aquella una época en que las madres tenían una musculatura mística increíble y toda idea de maternidad estaba impregnada de significación religiosa. Todo cuanto sabía es que yo había sido la causa de la peor bronca en la historia de mi familia, al menos por lo que yo sabía, que había ofendido la decencia y el amor propio de mi madre y, lo peor de todo, había dado ocasión a que mi madre revelara que pensaba que su marido era un estúpido, todo lo cual mostraba una grieta en la familia que nunca había percibido antes. No menos de una hora estuve hundido en ese cenagal de sentimientos, aún más afligido por el desacostumbrado whisky. Entretanto, arriba, mi padre se esforzaba por comprender a su desconsolada esposa, mientras esperaba que el hidrato de cloral recetado por el doctor Cameron hiciera efecto y la adormeciera.

Al cuarto día de esta escena subí al tren con dirección a Toronto para preparar mi ingreso en la universidad. La casa estuvo muy silenciosa durante aquel intervalo y todos nos tratamos con helada cortesía. Supongo que mi madre quería que yo me humillara y

quemara el libro de Freud. Pero mi parecer sobre el asunto era muy otro.

Mi padre no volvió a tocar el tema, salvo una vez, cuando estábamos sentados ante un fuego primerizo de septiembre y mi madre «se había ido a su cuarto».

—¿Sabes? —me dijo—, he estado pensando en el tema. En el de Edipo. Supongo que, tal como lo expone, tiene algún sentido. Me parece evidente. Si piensas en los niños, los niños de la reserva, por ejemplo, y atisbas lo que dice. Pero hay algo que me confunde: ¿qué pasa con las niñas? ¿Acaso quieren matar a sus madres y casarse con sus padres? No parece que tenga sentido, porque el padre no las alimenta ni las mima ni las acuna; el padre sigue siendo el intruso, ¿no es verdad? Entonces, ¿qué pasa con las niñas? ¿Son realmente tan diferentes?

—No lo sé —contesté, incapaz de ayudarlo—. Creo que trata de eso en otro libro y todavía no lo he leído.

—Así que no sabes qué pensar hasta que no lo lees en un libro —dijo mi padre.

Y supe entonces con toda seguridad que mi padre no era estúpido.

4

Con bastante razón, la universidad exigía que cualquiera que quisiera estudiar medicina debía tener un grado de letras para empezar. Para algunos estudiantes jóvenes e impacientes aquello era una pérdida de tiempo; consideraban que la medicina no era una profesión para eruditos, y quizá tuvieran razón, porque ¿quiénes decían semejante cosa? La tradición elegante estaba dando las últimas boqueadas en Canadá y lo cierto es que nunca había gozado de gran predicamento, pero aún subsistía la idea vaga de que algunas profesiones consistían en llevar cuello duro, tener una esposa con doncellas a su servicio, tomar en ocasiones el té a media tarde y que los aspirantes a semejante esplendor debían poseer una cierta cultura. El título de letras no confería cultura, pero era una especie de acatamiento de la gran tradición.

El título no me supuso ninguna dificultad. En Colborne aprendí a estudiar (cosa negada a casi todos mis contemporáneos procedentes

de la escuela pública) y, gracias a ello, pude sortear fácilmente los abundantes aunque no muy exigentes exámenes, quedándome aún mucho tiempo para mi educación verdadera, porque había descubierto que la educación verdadera consiste en aprender aquello que realmente quieres y no lo que otras personas piensan.

Leí de Freud todo lo que cayó en mis manos, prefiriendo comprar los libros a sacarlos de la biblioteca de la universidad. En aquella época, de haber hecho lo último, hubiera provocado una indeseada atención, porque en Canadá había muchos prejuicios contra el gran doctor vienés, y me habían dicho que el claustro de la Facultad de Medicina y los psiquiatras que entonces había en Toronto lo consideraban un aborto, o como había dicho un ingenioso neurólogo, «un aborto en el diván».

No es que ignoraran a Freud. Los que habían estado en la universidad antes de la primera guerra mundial recordaban que uno de sus discípulos había sido durante un tiempo uno de sus profesores, pero no les había caído en gracia. No era un hombre sociable y acostumbraba a emplear el sarcasmo. No ocultaba que, para él, Toronto era un lugar atrasado y sus pretensiones culturales resultaban risibles. Hacía bromas con el adjetivo «provinciano», que se aplicaba con tanta frecuencia en nuestro sistema de gobierno y sirvió también para definir su propio nombramiento para el Hospital Psiquiátrico Estatal, donde todo cuanto se decía y hacía era provinciano. Pero hubo más que eso: vivió en Toronto con su hermana y otra mujer, y nadie sabía quién era esta última. La sospecha dio paso a la certeza y fue víctima del hacha de la respetabilidad.

Supe esto enseguida e hice mis propias averiguaciones. A menudo paseaba hasta la avenida Brunswick, que entonces estaba en las afueras de la ciudad, y miraba embobado la casa donde el doctor Ernest Jones, que el tiempo revelaría como el más fiel de los lugartenientes de Freud, había escrito su estudio clásico sobre *Hamlet* y su espléndida monografía sobre *La pesadilla.* ¿Qué importancia tenía que Jones hubiera tenido una amante? Yo hubiera tenido una de haber podido, pero las chicas que conocía de la

universidad no servían para amantes o quizá yo no era tan atrevido como me creía.

El gusanillo del psicoanálisis se me metió muy dentro, leí todo lo que pude en relación con él y estuve bajo su hechizo durante varios años. De hecho, hasta que no hice el servicio durante la segunda guerra mundial, no rebajé mi fanatismo y tomé la dirección que he seguido desde entonces. Pero durante mis años universitarios y mi formación como médico fui, aunque mudo, un freudiano fanático.

El tiempo ha cambiado la actitud de los entendidos hacia Freud; ha pasado del odio o el fanatismo a algo parecido al paternalismo o la indiferencia. Digo «los entendidos», pero quizá sea entre los iletrados donde esto se pone más de manifiesto. Hoy todo el mundo habla de «complejos», de «complejos de inferioridad», atribuye los desastres de los mayores a experiencias infantiles, cree que los sueños contienen mensajes crípticos y emplea disparatadamente un vocabulario sacado de Freud, Jung, Adler, Klein y Dios sabe quién, con lo cual, aunque sea muy superficialmente, se ha conseguido el gran objetivo de Freud. Porque, según me parece, a principios del siglo XX Freud lanzó un mensaje de alerta a la humanidad para que supiera lo que subyace en la mente y pudiera así curarla. Y la humanidad, como ocurre siempre en la historia, ha medio oído el mensaje del profeta, ha medio entendido lo que dice y ha vulgarizado y degradado cuanto conoce de su enseñanza. Pero se ha conseguido algo. Se han podido abrir algunas brechas en el muro de la estupidez y la incomprensión humanas.

¿En qué medida ha influido en mí? Supongo que la moderación de mi primera fe freudiana —la primera religión que abracé— debe ser el tema de lo que escriba en mi diario si alguna vez, dada mi avanzada edad, quiero ver alguna coherencia en mi historia personal y profesional.

Una cosa que sí aprendí de Freud (que nunca me ha dejado y se ha reafirmado con el paso de los años), es el hábito de la observación cuidadosa, de poner mi atención en mis relaciones con el resto del mundo. Aprender a ver lo que uno tiene delante de las narices no es tarea fácil, porque exige una cierta tranquilidad de

espíritu, que no es lo mismo que ser lerdo, y es incompatible con una vida apartada y ociosa.

Durante mis años de estudiante llevé una animada vida social, alimentada por dos aficiones mías que, de entrada, pueden parecer irreconciliables, pero que no lo son: la religión y el teatro.

Por supuesto que yo, como fiel e inmaduro seguidor del psicoanálisis, era bastante escéptico en materia religiosa. Si bien no había crecido en el seno de una familia profundamente religiosa, los preceptos y valores cristianos estaban en la raíz de la conducta de mis padres. Pero en mis años universitarios, vivir en Toronto e ignorar la religión era algo imposible. Parecía como si el campus estuviera plagado de capellanes, sindicatos cristianos y estudiantes dedicados a salvar almas, y aquello era el reflejo del espíritu de la ciudad. Abundaban las confesiones, con todo tipo de ofertas religiosas para consumidores piadosos: ardor baptista, autosatisfacción metodista, certeza en todo de los escoceses presbiterianos, superioridad social anglicana y una horda de evangelistas y mesías callejeros para todos los gustos, amén de una resaca de prohibicionistas del alcohol, cruzados antitabaquistas y guerreros contra la prostitución que, ligados a las iglesias y sin formar parte de ellas, dominaban las costumbres de la ciudad. De modo imperceptible e inconsciente, la ciudad prosperaba bajo una sábana empapada de la moral superficial de la clase media, y consideraba esta prosperidad como una prueba de aprobación divina.

Armado de mi somera comprensión de la doctrina freudiana y de mi egotismo juvenil, me puse a estudiar cuanto pude de este espíritu de Toronto. Los domingos iba dos veces a la iglesia (a iglesias diferentes para respirar el máximo de esta atmósfera) y me pasé muy buenos ratos riéndome y burlándome de los fieles: baptistas que daban alaridos; metodistas inclinados en la plegaria, descansando sus cabezas en el banco anterior, como ahorcados; presbiterianos escuchando sus «discursos» literarios, enrevesadamente razonados y, en definitiva, incomprensibles; anglicanos que saludaban al vicario a la puerta de la iglesia como muestra de superioridad y de no ser como los demás hombres.

Por supuesto que no me olvidé de los católicos y vi la excelencia de una fe que permite a sus creyentes, si así lo quieren, contemplar cada día de sus vidas la carne y la sangre de Dios y encontrar solaz en devociones insondables. Y todo al precio ínfimo de la esclavitud psicológica: haz lo que la Iglesia te dice y todo irá bien; no es preciso que muevas ni un solo dedo.

Hice lo que pude para no perderme nada. Incluso me aventuré en la singular Iglesia ortodoxa, mezclado estólidamente con gente que parecía estar sumida en una depresión dostoievskiana y me miraba con vaga hostilidad. No llegaron a echarme, pero espiritualmente me señalaban la puerta. La famosa liturgia ortodoxa era impresionante, pero a veces desentonaba, como cuando vi asombrado que el pope se sacaba un enorme peine amarillo y se peinaba el cabello y las barbas en mitad del oficio. Allí vi con más claridad que nunca que el cristianismo no es la fe universal que se nos dice. Hay que buscar la Iglesia adecuada para cada uno, una que te apoye y que puedas apoyar, y luego permanecer fiel a ella.

5

De tanto frecuentar los templos, fue inevitable que hubiera alguno que me atrajera más que los otros y pronto tuve mi favorito: la iglesia de Saint Aidan, anglicana y muy conservadora. Tan conservadora que, en ocasiones, comparada con su Eucaristía cantada, la misa de la Iglesia católica parecía una versión simplificada.

Era el caso del perro que menea a gusto el rabo. El rabo era el doctor DeCourcy Parry, organista y sochantre, y el perro era el padre Ninian Hobbes, que no sabía nada de música y tenía mal oído, a pesar de lo cual pensaba que el esplendor de los servicios de Parry encajaba con sus ideas de la adoración debida a Dios. Porque al padre Hobbes, el más humilde de los hombres, nada le parecía demasiado bello para los actos de adoración que él presidía, y aprobaba cualquier sugerencia del doctor Parry. Era este un compositor dotado, que escribió mucha música para Saint Aidan, prestándole una distinción no alcanzada por ninguna otra iglesia de Toronto. Disponía de un bello coro de hombres y mujeres que cantaban ocultos a la vista, en la parte trasera del templo, donde

estaba el órgano y donde sin ser visto el doctor Parry podía exhortar, dirigir y hacer todo cuanto un sochantre debe hacer. Había además un coro de canto llano de ocho hombres, que cantaban en el presbiterio, solemnemente vestidos, dirigidos por Darcy Dwyer. La combinación de Dwyer y Parry era inigualable como fuente de acompañamiento grandioso en los actos religiosos, pero había muchos (fuera de Saint Aidan, por supuesto) que pensaban que aquellos dos hombres exageraban los servicios y sobrepasaban lo permitido por la Iglesia anglicana y sus Treinta y Nueve Artículos.

La elaboración del ritual corría habitualmente a cargo de Dwyer, y Parry se complacía en aceptar cualquier cosa que añadiera esplendor a la música. «Con seguridad Dios debe de estar aburrido de esta serenata perpetua», dijo un arcediano en una reunión de clérigos, y la frase enseguida hizo fortuna en la comunidad anglicana de Toronto. Hubo miembros del sector más protestante que calificaron las espléndidas vestiduras de «desfile de modas». Pero ningún obispo se atrevió a contradecir al doctor Parry, que presentaba pruebas y ejemplos para todo cuanto hacía y sabía engatusar al padre Hobbes. El talento del doctor Parry, y el dinero al que renunciaba por permanecer en Saint Aidan, le granjearon el respeto de todos e hicieron de él un privilegiado. Dwyer también se las arregló para gozar de considerables privilegios, y lo consiguió gracias a su ágil ingenio.

Era un experto en ceremoniales y tradiciones de la Iglesia e intentaba siempre incluir en los oficios de Saint Aidan todo cuanto fuera pintoresco o simplemente desacostumbrado. Mucho incienso, por supuesto: nubes con cualquier pretexto; ríos de agua bendita, sobre todo en los funerales; procesiones con estandartes, que no eran anuncios inocentes de la Liga Femenina o de la Banda Infantil, sino descripciones bellamente bordadas de los instrumentos de la pasión, de la Virgen como Rosa del Mundo, del símbolo IXΘYΣ, o de cualquier otra cosa que un devoto parroquiano estuviera dispuesto a pagar a las Hermanas de Saint John, que estas bordaban con infinita paciencia sobre fondos de seda. Abundaban los ornamentos: casullas, por supuesto, enriquecidas con bordados de oro; innumerables capas pluviales, dalmáticas, velos humerales y túnicas

siempre que era posible. ¿Y quién determinaba que fuera posible? Darcy Dwyer, naturalmente, que siempre presentaba un libro hermoso y raro como prueba y referencia. Era él quien decía que una vela solo puede encenderse con piedra y acero, para lo cual, infaliblemente, servía un encendedor de cigarrillos. Fue él también quien persuadió a los sacerdotes para que llevaran zapatillas durante la misa y así, al arrodillarse, no enseñaran las sucias suelas de los zapatos. Pero había veces que iba demasiado lejos. Por ejemplo, una vez sugirió que los diáconos y subdiáconos se taparan los ojos con las mangas durante la elevación de la hostia como si les cegara la proximidad del Cuerpo de Cristo, cosa que no admitió el padre Hobbes, aunque luego, como era un hombre afable, lo permitió en algunas fiestas muy señaladas, si bien no dejó de apuntar que aquello le parecía algo teatral.

¿Teatral? Por supuesto que lo era. Darcy Dwyer podía ser banquero de profesión, pero en el fondo de su corazón se sentía director y actor de teatro y era el hombre más feliz del mundo cuando formaba a sus huestes en Saint Aidan para causar un efecto realmente maravilloso. «Es edificante e imponente, padre, ¿no es eso lo que pretendemos crear?» El padre Hobbes no tenía respuesta, porque quizá tenía sus dudas. No lo sé. Nunca hablé con él ni estuve cerca de él hasta la mañana en que murió de repente en el altar, lo cual ocurriría mucho después.

Al principio iba a Saint Aidan por el espectáculo. Pero, a medida que iba entendiendo el significado del ritual, me fueron complaciendo más los actos religiosos. No es que me hubiera vuelto creyente, pues seguía siendo un fanático de Freud, ni que equiparara mucho de lo que se decía y hacía con el espíritu de *La rama dorada* de sir James Frazer, del que había leído un compendio en cierta ocasión. Pero no podía resistir la belleza de lo que veía y escuchaba. Sobre todo del canto llano.

El coro del doctor Parry interpretaba espléndidamente la música religiosa, desde Palestrina hasta la suya propia. Uno de los secretos de esta belleza consistía, y lo supe después, en que Parry nunca dejaba que el coro cantara por encima de un *mezzo forte*; no había

ningún desgañitamiento y la música parecía flotar en el templo. Pero fue el canto llano lo que me arrebató.

Al principio no sabía lo que era. A intervalos, los ocho hombres del presbiterio, y a veces Dwyer solo, entonaban lo que sonaba como un discurso especialmente elocuente, con cada palabra pronunciada distintamente, pero observando una disciplina musical, sin indicio alguno de que fuera coloquial, pero diferente a cualquier música que yo conociera, y eso que yo estaba bastante familiarizado con ella. Mi idea de la música religiosa tenía su cumbre en Bach, pero el Bach más reverente es para ser interpretado. Esta música iba dirigida a Dios, no como una interpretación, sino como la comunicación más íntima y devota. Era la manera de hablar apropiada para el oído del Altísimo.

Fue en esa época, al empezar el tercer año de universidad, cuando traté a Darcy Dwyer, lo cual fue una sorpresa para mí, porque lo tenía por una figura lejana a la que solo conocía en la iglesia o en el escenario.

La universidad tenía su propio teatro, construido durante la primera ola de entusiasmo por lo que se ha conocido durante mucho tiempo como Pequeño Teatro, que, siendo de aficionados, superaba en seriedad a otros grupos que actuaron en el siglo XIX. Toronto disponía de buenos actores aficionados y algunos habían sido profesionales hasta que tuvieron que abandonar una actividad tan azarosa y mal pagada, y se reunían en el llamado Gremio de los Comediantes; uno de sus miembros principales era Darcy Dwyer.

De vez en cuando ponían en escena alguna obra con más actores de los que disponía el Gremio, y los extras se buscaban en cualquier parte. Una de esas obras fue *El flautista,* de Josephine Preston Peabody. Necesitaba una muchedumbre y un montón de niños. Alguien, cuyo nombre he olvidado, me propuso hacer de campesino alemán del siglo XIII durante una semana. Acepté, por curiosidad más que nada. Nunca había participado en el teatro del colegio y no me consideraba actor, pero quería ayudar a los del Gremio y pensé que sería divertido estar al otro lado del telón.

La obra de Josephine Preston Peabody no ha resistido el paso del tiempo, pero en su día ganó un importante galardón y se

representó por todas partes. Tenía cuatro actos, estaba escrita en impecables y solemnes versos libres bostonianos (la señorita Peabody era licenciada por Radcliffe), y trataba espléndidamente el conflicto entre el bien y el mal. El flautista —que por supuesto era el famoso de la leyenda— se llevaba a los niños de la avara ciudad de Hamelín que se ha negado a pagarle después de haberla librado de las ratas y, tras largos versos explicando el conflicto, accedía a devolverlos. La comedia contaba con muchos personajes, entre ellos, como no podía ser menos, un niño lisiado que, como era obligado, lo interpretaba una niña, porque la combinación de invalidez y virginidad femenina causaba entonces un poderoso efecto, y cada noche fluían las lágrimas cuando Elsie Polson cojeaba en el escenario con su pequeña y patética muleta.

Yo no tenía edad para que me conmovieran los niños y pensé que Elsie era una presumida inaguantable, porque se daba importancia entre bastidores e incluso miraba despectivamente a los extras. No, a quien yo admiraba era a la señorita Wollerton, que hacía el papel de Barbara, la encantadora hija del burgomaestre y que, como explica la obra, se convierte en esposa de Michael, el Tragasables, uno de los saltimbanquis que acompañan al flautista. En la escena en que baila la señorita Wollerton como hechizada por el sonido de la flauta, yo pensaba que nunca había visto nada tan exquisito.

El protagonista de la obra, el que encarnaba al generoso flautista, era Mervyn Rentoul, un hombre alto, de bella figura, capaz de levantar a Elsie Polson hasta una ventana alta sin esfuerzo aparente. El señor Rentoul tenía apariencia de actor (porque en aquella época los actores debían tener buena presencia o, a falta de ella, distinción) y su voz era rica y expresiva, de todo lo cual quizá fuera demasiado consciente. Yo había creído que era un gran actor, pero entonces me di cuenta de que era uno de los descendientes de Irving, en cuyo descenso toda la belleza y *diablerie* del gran actor se habían perdido y solo permanecían los manierismos (gruñidos, un destello en la mirada, morderse el labio). Hicimos siete funciones en el transcurso de las cuales empecé a dudar del señor Rentoul.

Miraba yo hacia el foro, lo cual estaba estrictamente prohibido, durante la culminación del acto tercero, cuando el flautista, humillado ante un crucifijo lateral, lucha con su alma y al final es derrotado por el mayor poder de Cristo. El teatro estaba lleno y Mervyn Rentoul tenía encandilado al público. De pronto, me di cuenta de que había alguien detrás de mí y me volví asustado, pensando que era el ayudante del director escénico que venía a echarme. Pero era Darcy Dwyer, que hacía el papel secundario del burgomaestre, con lo cual, según sus incondicionales, habían desaprovechado sus grandes dotes de actor. Y allí estaba. No era lo suficientemente alto para subir a Elsie Polson hasta una ventana alta y solo tenía un pequeño parlamento en el acto cuarto. Por eso tuvo que hacer el papel que nadie quería. Bueno, nadie no, pero ninguno de los primeros actores, que eran muchos. En el momento en que la lucha anímica de Mervyn Rentoul alcanzaba su clímax, Dwyer cruzó la mirada conmigo y cuando Rentoul sucumbía al poder divino, me guiñó un ojo.

Fue un guiño mundano, no uno de esos que deforman la mitad de la cara. Apenas un ligero descenso del párpado del ojo izquierdo, pero lo suficiente para demostrar una burla educada. Venía a decir, sin más, que Rentoul era un comicastro. Para mí fue un momento revelador, me convertí en el esclavo de Dwyer y lo seguí siendo durante algunos años.

6

Cuando la ironía se revela por primera vez en la vida de un joven, puede ser como su primera borrachera: se encuentra con algo muy poderoso que no sabe manejar. Claro que yo ya conocía la ironía en su forma más superficial, porque Brocky hacía abundante uso de ella; pero mi amigo del colegio no era, como Dwyer, un maestro, ni se burlaba sutil y amablemente de casi todas las cosas de la vida; para Brocky era algo aprendido, no que llevara dentro. Más adelante, cuando creí ser más sabio, intenté definir lo que era la ironía y descubrí que un antiguo tratadista en poesía había escrito «Ironía, a la cual llamamos burla seca» y no se me ocurrió mejor expresión para ella: *burla seca*. No sarcasmo, que es como el vinagre; ni cinismo, que a menudo es la voz del idealismo desengañado, sino la

delicada proyección de una luz clara y fría sobre la vida y que, por tanto, la enriquece. El irónico no es amargo, no pretende rebajar lo que le parece valioso o serio; se burla de la expresión barata del chistoso. Por decirlo de otra manera, permanece un poco al margen, observa y habla con una moderación que a veces adorna con un destello de medida exageración. Habla desde una cierta profundidad y, por lo tanto, no se le debe confundir con el ingenioso, que casi nunca pasa de la superficie de las palabras. El ingenioso pretende ser divertido; el irónico es divertido a su pesar.

El irónico nace, pero no aparece sin la práctica; como un buen intérprete de violín, debe practicar a diario. Cuando conocí a Dwyer, pensé que yo estaba dotado para la ironía pero me faltaba práctica y, como un principiante de violín, era probable que mis gañidos y chirridos resultaran insoportables para quienes me escuchaban.

¡Oh, qué necio era! ¿He logrado desprenderme de tanta necedad? Los ratos que ocasionalmente paso con Esme, cuando pone a prueba mi memoria y mi sensibilidad con la punta roma de su lápiz, me hacen pensar que me he convertido en un necio más complicado, que el necio que fui de joven permanece escondido dentro de mí. Hace varias semanas que no veo a esta inquisitiva joven, pero sé que volverá. Ha olido a gato encerrado en Saint Aidan y, astutamente, ha puesto un ratón para cazarlo.

7

—¿De modo que hiciste de actor durante tu época de estudiante?

—De actor modesto. Tenía que ser moderado, porque cuando obtuve el título de letras entré en la Facultad de Medicina, y en aquellos días la facultad no quería que perdieras el tiempo en nada que no fuera la medicina.

—Dices en aquellos días. ¿Tanto han cambiado?

—Sí, y mucho. En mis tiempos, entrabas en la facultad si tenías buenas notas en el colegio. Eso era lo único que contaba. Ahora se da más importancia a lo que eres y a lo que has hecho. En Harvard, por ejemplo, un candidato que no sienta algún entusiasmo por la política, las artes o el deporte, o alguna ciencia distinta a la medicina, no tiene ninguna posibilidad.

—Quieren personas maduras y formadas.

—Pues sí.

—¿No estaban formados los que iban contigo a la facultad?

—Supongo que algunos lo estaban. Pero eso no importaba. Importaba meterse y retener en la cabeza el vastísimo temario de anatomía, no saber de películas o de política extranjera. Pero nos las arreglábamos gracias a una amplia gama de métodos nemotécnicos, algunos ingeniosos, otros obscenos, y otros combinaciones de ambos. Por ejemplo, todavía recuerdo «*S*oberbio *Í*ncubo *V*olador *P*edorro» cuyas letras iniciales me daban las claves de los puntos de la aurícula derecha del corazón, la cavidad caval superior, la inferior, etcétera. El esfuerzo memorístico de la anatomía, el cinismo que parecía subyacer en la farmacología, la resistencia que exigía la disección, no permitían distracciones y te hacían ver el mundo de otra manera. Recuerdo que una vez le pregunté a un compañero lo que estaba haciendo. «Nada en especial», me dijo, «esta mañana le he cortado la cabeza al cadáver de una mujer, luego he almorzado, y ahora tengo que ocuparme de la anatomía de la mano.» Cosas de ese tipo. He vuelto a verlo hace poco, casi cuarenta años después. Se ha hecho un nombre como cirujano y su exmujer es propietaria de un casi original de Picasso. Pero no puedo decirte si es una persona formada.

—Pero tú lo estabas. Eras actor.

—Fui un gran lector en mi infancia. Conocía mucha poesía, no toda buena, pero es asombroso lo que uno aprende de la poesía de segunda categoría. Así que a lo mejor era más maduro que mucha gente de mi edad, sin que eso quiera decir que estuviera formado del todo. Me gustaba el teatro. Aún me gusta.

—Volvamos a Saint Aidan. ¿Conociste a este Dwyer, el que cantaba en el coro?

Conocerlo es poco, Esme. A pesar de mi dedicación a los estudios, parecía como si viviera en el bolsillo de Dwyer durante mi escaso tiempo libre. Hacía de aprendiz de irónico.

El teatro es un buen sitio para estudiar y practicar la ironía. Como estudiante de medicina frecuenté el teatro de la universidad, donde llegué a ser una especie de representante tolerado del Gremio

de Comediantes. Había una ironía soterrada, más profunda que el simple goce, en los ensayos y las representaciones ante el público. Cualquiera creería que las figuras maquilladas y vestidas, encarnando sus papeles bajo una luz cuidadosamente calculada, constituyeran la totalidad de la obra. Pero tan vital como eso era lo que sucedía entre bastidores, donde los encargados de la iluminación, los truenos, los relámpagos, las campanas y los toques de trompeta, los que entregaban los atrezos a los actores mientras estos esperaban su entrada y los que ordenaban la caída del telón en el momento oportuno, eran las grandes figuras de la autoridad. Aprendí a sentir la profunda satisfacción de ver la obra completa: de un lado, la ilusión, la poesía y la magia, y del otro, la dirección escénica que ponía y mantenía todo en movimiento. Eran las dos caras de una misma moneda, el yin y el yang, los opuestos que, según Heráclito, fluyen eternamente en perfecto equilibrio. El resultado en el teatro es el arte, aunque no siempre se consiga del todo.

Con el tiempo llegué a ser un asiduo visitante del apartamento de Dwyer, o de su piso, como lo llamábamos entonces. Era pequeño, pero tenía encanto y personalidad. Porque era pequeño todo estaba cuidadosamente elegido y no sobraba nada. Había muchos libros, pero ninguno sobre las mesas o en el suelo; había cuadros, pero todos parecían moverse, por así decirlo, en la misma dirección; nada de desorden que indicara gusto por lo delirante como en casa de los Gilmartin. En la diminuta cocina, Dwyer preparaba platos exquisitos, aunque nunca en exceso, y había también buenos vinos, pero nunca más de lo que el anfitrión consideraba apropiado para un invitado. Nunca vi que nadie pidiera nada en el apartamento; todo estaba dispuesto, con generosidad y apropiadamente, pero no había elección: no había lugar para ello.

Y no debido a tacañería o afán de dominio. Dwyer hacía que las cosas parecieran tan naturales y correctas que hubiera sido una inconveniencia sugerir cualquier alteración. Era el más generoso de los anfitriones, pero sabía con precisión lo que quería y parecía imposible que fuera de otra manera.

Los invitados, que sin contar conmigo casi nunca pasaban de tres, solían ser hombres; la única mujer a quien vi allí más de una vez fue Elaine Wollerton, a quien yo adoraba, pero que no parecía apercibirse de ello. Digo que era una mujer porque no era lo que entonces llamábamos una chica, y esta palabra no tenía ninguna connotación ofensiva para la sensibilidad femenina. ¿Era virgen? Me hice mucho esa pregunta, porque en aquellos días románticos yo daba mucha importancia a la virginidad, sin que me lo impidieran mis lecturas freudianas. Supongo que andaría por los veintidós o veintitrés años y, por lo tanto, era un año mayor que yo, pero, como suele suceder con las chicas, tenía mucho más mundo que yo. Se consideraba actriz, por más que no pasara de ser una aficionada, y su conversación respondía a la libertad que popularmente se le atribuye a los de tal profesión. Fumaba, lo cual no era sorprendente; decía tacos con la boca llena, pero nunca obscenos, lo cual ya no era tan corriente. Dominaba la prosodia de lo profano, a diferencia de las chicas que había conocido en Montreal y Salterton, y conocía la música y la letra. No era una belleza arrebatadora, pero tenía unos ojos preciosos y cierto aire prerrafaelita de ser demasiado buena para este mundo, lo cual no impedía que mostrara mucho de lo que este mundo desea de una mujer, y supongo que yo estaba prendado de ella y me comportaba como un payaso.

Por lo menos, así me lo parece ahora. Nadie me lo dijo entonces y quizá no fuera tan evidente como lo siento. Dwyer nunca recriminó mi conducta y seguramente lo habría hecho de haber observado en mí una actitud torpe. Nadie mejor que uno para recordar la conducta que tuvo de joven, y lo cierto es que uno se avergüenza de tonterías que nadie advirtió.

Al principio dudé de si había alguna relación íntima entre Elaine y Darcy Dwyer, pero no fui tan estúpido para creérmelo durante mucho tiempo. Dwyer era el tipo de homosexual a quien le encantaba la compañía femenina sin que eso supusiera la más mínima implicación sexual. Supongo que le gustaba a Elaine porque era más divertido que cualquiera de los muchachos que iban detrás de ella, de cuyo grupo yo formaba parte aunque estuviera lejos de ser el número uno. Allí donde estuviera Dwyer se respiraba el sexo,

pero con muy pocas probabilidades de que desembocara en algún acto aburrido, y eso, como yo mismo aprendí más adelante, crea una atmósfera muy placentera. Las bromas eróticas son muy agradables.

Fue en el piso de Dwyer donde aprendí que el sexo es mucho más que jadear, resoplar, roncar y retorcerse en la cama, la playa o los bosques. No tengo nada en contra de los placeres del sexo físico, pero eso no lo es todo, ni siquiera es la mitad, como sabe todo hijo de vecino, mi querido Shakespeare.

Con enorme osadía, saqué el tema una noche cuando acompañaba a la señorita Wollerton al tranvía; todos íbamos en tranvía en aquellos días felices.

—Supongo que Darcy es homosexual —dije.

—Si quieres seguir siendo su amigo, mejor que no te oiga —respondió ella—. Odia esa palabra.

—¿Cuál prefiere?

—Dice que es una palabra bárbara e híbrida, porque «homo» es griego y «sexual» es latín. Y, en efecto, hay una especie de acierto en la palabra: una unión contra natura. No. Darcy prefiere el término «invertido».

—Iré con cuidado.

—Y no solo con eso. Me parece que ha puesto los ojos en ti, no sé si es solo por afán protector, por deseos de educarte o por algo más sucio. ¿No lo sabes tú?

—Nunca se me ha ocurrido.

—Pues presta atención. No eres un chico mal parecido. ¿Te ha hablado alguna vez de canto llano?

—Nunca.

—Bueno, pues cuando lo haga, abre bien los ojos. ¿Conoces a un imbécil que se llama Archie Featherstone?

—No.

—Yo estaba en el piso una noche en que Darcy lo estaba engatusando. Había sacado un libro raro de himnos religiosos en latín y se lo enseñaba al pobre bobo. Le decía: «Archie, aún tienes reciente el colegio y sabrás captar el eco virgiliano de esto. Como bien sabes, es asombroso cómo perdura la tradición». Por supuesto,

Archie no sabía nada, pero la adulación lo había vencido, pude verlo. La adulación es la verdadera técnica del seductor experto. Te hace flaquear las rodillas de cuarenta maneras diferentes.

—¿Ah, sí? Gracias por decírmelo.

—Ajá, la *burla seca*. Pero no me engañas, joven Hullah. Estás aprendiendo mucho de Darcy. Ten cuidado, no vayas a pagar demasiado por sus lecciones. ¿O quizá no te importa?

—¡Elaine! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Claro que no lo pienso, querido. Solo estaba bromeando. Eres un chico muy majo.

—¿Sin que importe lo que le pasara a Archie? ¿No era Archie también un chico majo?

—Más bien creo que no pudo superar el examen. No tenía idea de quién era Virgilio. Una vez se lo comenté a Darcy y se limitó a decir: «No vale la pena llorar por la leche derramada». ¿Evidente?

—Mucho más que evidente.

Por supuesto, es un placer que digan de uno que es un chico majo, pero no parece que eso conduzca a nada significativo. Y «querido» significa aún menos. En el Gremio todos nos llamábamos «querido».

Entendí que la señorita Wollerton tenía mejores cosas en qué ocuparse, a pesar de lo cual yo le gustaba y eso resultaba reconfortante. Y nunca dejó de maravillarme su mezcla de belleza prerrafaelita y aquella manera de hablar tan picante. Quizá debiera decir su equívoco angélico. Era un encanto especial el suyo, inimitable para personas no preparadas.

8

Un visitante asiduo del piso de Dwyer era el señor Daubigny, excomandante de la Marina Real y jefe de estudios en Colborne. Insistía en que dejara de lado mi tratamiento de colegial y lo llamara Jock, aunque lo conocía muy poco y solo había oído rumores de que había comido carne humana en compañía de unos caníbales. No parecía inglés ni creo que lo fuera. Tenía una apariencia distinguida y usaba monóculo; quizá fuera el único que lo usaba en Toronto en aquella época. Su acento era ligeramente extranjero y su voz salía de una parte de su garganta que no era inglesa ni canadiense.

Daba clases de alemán en Colborne y cuando se anunció *Fausto* en la programación del Gremio de Comediantes, se reunía a menudo con Dwyer para aclararle algunos puntos del original de Goethe.

El Gremio de Comediantes hacía su programación procurando contentar a todos, y el *Fausto* era para complacer a la universidad. Ya habían representado con éxito *Mary Rose,* porque Barrie todavía era una novedad en Toronto, y a la señorita Wollerton le iba como anillo al dedo el papel de la melancólica heroína que se pierde en la isla de sus sueños. Dwyer no hizo ningún papel en esa confitura. Tampoco estuvo en el reparto de *Pomander Walk,* una tontería escrita por el laborioso Louis Napoleon Parker, que tuvo un gran éxito en Nueva York en 1911. (El Gremio no asustaba a su público con demasiadas modernidades; los mayores atrevimientos contemporáneos de la programación solían ser Barrie y Galsworthy.) *Fausto* iba a ser el do de pecho de la temporada y con bastante antelación se había prometido el papel de Mefistófeles a Dwyer, que se había propuesto hacerlo de modo memorable.

La traducción elegida por el Gremio para su producción era de una señora de Toronto de la generación anterior, que ahora estaba nerviosa esperando el estreno, aunque orgullosa de su trabajo. Según Daubigny no era una mala traducción, pero el lenguaje no era tan agudo y coloquial como en el original; pocos traductores, decía, saben captar la distinción que Goethe consigue con un vocabulario fácil, y la señorita Swanwick había sido demasiado respetuosa con el gran hombre. Dwyer había decidido prescindir de la versión ridícula de la traductora y Daubigny era la persona adecuada para ayudarlo.

—La pobre señorita Swanwick es demasiado señora para atreverse con Goethe —dijo Jock—. Goethe tuvo poco trato con señoras, salvo las que iban al teatro.

—He hablado con Forsyth y ha sido tan generoso que dice que puedo cambiar mi texto, dentro de lo razonable, para conseguir un efecto más cercano al original.

Pasaron muchas horas felices con la obra, discutiendo y buscando la palabra apropiada, oponiendo la real comprensión del alemán de Darcy con los poderosos sentimientos de Darcy con respecto a Mefistófeles. Parecía, en efecto, que Mefistófeles lo

estuviera devorando, como puede devorar una gran obra de arte a sus admiradores.

Esto nos llevó a una extraña y poco recomendable aventura, a la que me arrastró Dwyer porque yo era demasiado curioso para resistirme.

—El arte del actor es verdaderamente grande —dijo una noche después de una de las sesiones de traducción y mientras bebíamos unos whiskies—. Y lo cierto es que no se aprecia su verdadero valor. Fijaos en la elección de mis palabras: su *verdadero* valor. Por supuesto que los actores de cine tienen batallones de admiradores analfabetos, pero ¿es que alguien cree que un actor de cine es un verdadero actor? ¿Y a quién le importa la admiración de los idiotas? Pero la alabanza que se da a un gran Hamlet, a un gran Otelo o, mucho más difícil, a un gran Lear, siempre queda enturbiada por la sensación de que el tío se limita a salir al escenario para decir lo que Shakespeare había escrito y para desenvainar la espada cuando el director se lo dice. ¿Qué dijo Mencken? ¿No dijo que había algo intrínsecamente desagradable en la profesión de actor? Supongo que se refería a los ídolos de las sesiones populares, que suelen ser bastante desagradables. Pero el actor, ¿por qué al hombre que nos da a Shakespeare, a Ibsen o a Strindberg —Dwyer pronunciaba «Strinberry», que era como pronunciaban los entendidos pensando que así se decía en sueco— se le considera menos artista que al hombre que nos da a Beethoven, Chopin o Debussy en el lenguaje que intentó el maestro? ¿Eh? ¿Por qué?

—Oh, no llevan una vida tan dura —dijo Jock—. Creo que se les paga bien.

—Sí, pero ¿qué honores reciben? ¿Qué gratitud permanente? ¿Cuántas estatuas se han levantado a grandes actores?

—Hay una cosa muy bonita de Goldoni en Venecia.

—No era actor, era autor.

—Hay una estatua de Irving en Londres. La recuerdo de una de mis primeras visitas con mis padres.

—Erigida por sus compañeros actores. No creerás que el Estado o el público lo hayan hecho. Nunca lo harían.

—Quizá debieras iniciar una campaña en apoyo de más estatuas de actores —dijo Jock, tomando un sorbo de whisky.

—Precisamente eso es lo que he pensado —dijo Dwyer—. Y creo que puedo contar con la ayuda de algunos metodistas de Toronto.

—¿Qué clase de broma es esa?

—No es ninguna broma, mi querido Jock. ¿Quieres darte un paseo conmigo? Me gustaría enseñarte algo.

Y nos fuimos con él y, mientras atravesábamos el Queen's Park, Dwyer iba delante señalando con el bastón, como si fuera un guía turístico, las muchas estatuas que hay delante del edificio del Parlamento de Ontario.

—Próceres del siglo XIX —dijo—. Primeros ministros de esta provincia, revestidos de la respetabilidad de sus levitas y, en algunos casos, de sus gafas. ¿Habéis visto alguna vez una pandilla más fea de buenos ciudadanos? Como obras de arte inspiran asco. Como recuerdos, no son nada. No muestran nada que los distinga de sus semejantes, si es que alguna vez fueron distinguidos. Las cabezas, hay que suponerlo, guardan un parecido, conseguido por algún artesano aplicado con ayuda de un par de calibradores y un débil concepto del espíritu humano. Son, si es que son algo, una muestra impecable de la horrible manera de vestir del siglo pasado. Pantalones de bronce, botas de bronce, como los zapatos de aquellos terribles niños que la gente sentimental ha «eternizado» en Birks. Las levitas están amablemente moldeadas, ¿y qué es lo que dicen? Dicen «soy una levita cara, digna de durar a través de los años». Pero ¿son evocadoras estas efigies? ¿Elevan los corazones e inspiran a los jóvenes? ¿Permitiríais que una de ellas sirviera de gnomo en vuestro jardín? No os molestéis en contestar.

»Ajá, pero aquí —estábamos ahora en la parte oeste del parque —, aquí tenemos algo que parece una estatua. Tiene impacto. Incluso gracia. No es nada extraordinario desde el punto de vista escultural pero, a su lado, los bronces de esos políticos parecen indios de madera. Mirad la pose. Un hombre vestido al estilo del siglo XVIII, con peluca y rizos, está de pie y señala retóricamente el libro que sostiene en una mano.

»¿Quién es? Leed la inscripción. Es Robert Raikes, que vivió entre 1735 y 1811. ¿Quién es? Es el hombre que fundó las Escuelas Dominicales en su nativa Gloucester, iniciando un movimiento que barrió el mundo, propagando el Evangelio y las artes de la escritura y la lectura entre los más jóvenes, aquellos que aún no podían entender las homilías de las iglesias. ¿Un gran hombre? Sin duda. ¿Por qué tiene aquí una estatua, en Canadá, en Toronto, en el lugar donde nosotros levantamos ídolos a nuestros dioses políticos, que son los únicos dioses que Canadá reconoce? Porque la Unión de la Escuela Dominical decidió que tenía que ser así, y reunió el dinero para hacer una réplica de la estatua de Raikes que hay en el muelle Victoria de Londres, donde todos los pobres y vagabundos, los hombres y mujeres arruinados, pueden ver la imagen del hombre que los protegió.

»Y allí está. Ejemplar. Para provecho de todos. Un hombre que ocupa el corazón de todos cuantos aman la Escuela Dominical. Pero, a lo que iba, ¿a quién se parece?

—Podía parecerse a muchos —dijo Jock—. No sé qué pasa con las estatuas que hacen que el individuo pierda algo de su personalidad. A no ser que el escultor sea un Epstein.

—¿No estábamos hablando de actores? ¿A qué actor os recuerda?

Ni Jock ni yo supimos qué contestar.

—A David Garrick, por supuesto. Olvidaos de Raikes y pensad en Garrick. La pose, señalando al libro, ¿no es acaso la copia de su gesto en *Hamlet*? La figura sólida aunque grácil, ¿no responde a la descripción de Garrick? Si fuera su nombre el que estuviera escrito en el pedestal, siempre veríais a Garrick.

—Quizá, pero no es Garrick —dijo Jock.

—Tiempo al tiempo —dijo Dwyer y ya no habló más del asunto.

Supongo que pasó un mes o quizá algo más, cuando Dwyer insistió en que Jock y yo pasáramos con él una velada de traducción. Después de la medianoche, se levantó y nos dijo:

—Ha llegado la hora. Venid conmigo.

Y de nuevo atravesamos el Queen’s Park, pero esta vez Dwyer permaneció callado. Ya cerca de la estatua de Raikes, vimos un

camión Ford aparcado. Había poco tráfico.

Cuando llegamos junto al pedestal de la estatua, un hombre bajó del camión.

—Necesito que alguien me eche una mano —dijo.

—Tú eres la persona indicada, Hullah —me dijo Dwyer.

Y seguí al hombre hasta el camión y le ayudé a descargar una losa larga y rectangular, cuyos bordes estaban protegidos por cartones y la cara estaba oculta por un papel. La llevamos a donde estaban Jock y Dwyer y la levantamos hasta apoyarla contra el lugar del plinto donde figuraba el nombre de Raikes en letras de bronce. El hombre extendió una capa de cemento sobre el plinto, o quizá no fuera cemento, sino una cola especial. Con rapidez y habilidad sacó una taladradora eléctrica, la conectó a una batería e hizo unos agujeros en la superficie del pedestal. Luego, con unos bellos clavos de bronce de cabezas floreadas fijó la losa al plinto. Fue un trabajo de exquisita artesanía que no creo que le llevara más de veinte minutos. Cuando terminó, Dwyer dio un paso adelante, retiró el papel del rectángulo y apareció una pieza que creo que era de un grueso cristal deslustrado, de apariencia gastada, como el resto de las piedras del plinto, y sobre el que se había grabado una inscripción:

DAVID GARRICK
1717-1779
Actor
*Estoy desolado por ese rayo*
*mortal que ha eclipsado la*
*alegría de las naciones y ha*
*dejado al público huérfano*
*de los placeres inofensivos*.
Dr. Samuel Johnson
Erigido por los amantes
del arte escénico.

—He aquí —dijo Dwyer— un buen trabajo nocturno. Y creo que se ha enmendado un tremendo error.

El hombre, que hasta entonces apenas había hablado, se acercó a él.

—Cuatrocientos cincuenta fue el precio acordado, ¿no es así? —dijo Dwyer; el hombre asintió con la cabeza—. He añadido un poco más en agradecimiento a su buen trabajo. Y recuerde, ni una palabra a nadie.

—No se preocupe —dijo el hombre—. Esto podría causarme muchos problemas.

—Y ahora salgamos de aquí como diablos antes de que venga la policía —dijo Dwyer.

Pero no vino la policía ni, por lo que yo sé, vino en mucho tiempo. Lo cual plantea una pregunta: ¿Quién mira las inscripciones de los monumentos públicos?

9

Veo que he pasado por varios años de mi vida universitaria sin mencionar a Charlie o a Brocky. Si Esme estuviera aquí me preguntaría qué fue de ellos. ¿Los había dejado yo o me habían dejado ellos? Ni una cosa ni la otra. Simplemente ocurrió algo frecuente en la juventud, que la casualidad nos separa incluso de los amigos más íntimos, y en la búsqueda apasionada de otros nuevos no nos damos cuenta de la pérdida. ¿Prueba esto un espíritu superficial? No, en la juventud uno debe adaptarse a la vida, a toda marcha, y lo que pudiera ser cruel indiferencia en una persona mayor es simplemente lo que exigen las circunstancias.

Recibí durante un tiempo largas y detalladas cartas de Brocky en las que me contaba sus aventuras en Waverley, sin que despertaran mi interés; yo ya tenía mis propias aventuras. Su relación con Julia se había complicado y estaba aburrido de ella. Charlie estaba en Quebec, en una universidad para estudiantes de habla inglesa que poseía una renombrada Facultad de Teología. Con algunos esfuerzos y artimañas había logrado ingresar en ella; su personalidad entusiasta durante las entrevistas, la intervención amistosa de un obispo y el hecho de que los candidatos procedentes de familias cultas no fueran tan numerosos como solían en la Iglesia anglicana, fueron factores que le favorecieron y ya estaba en camino de convertirse en clérigo. Escribía de vez en cuando; era divertido en las descripciones que hacía de sus compañeros teólogos, sobre todo cuando relataba sus esfuerzos para mostrarse tan rudos, lascivos y

malhablados como los demás estudiantes. Al parecer, los sábados por la noche algunos de los más gallitos proclamaban su intención de ir a la ciudad a explorar el barrio francés, con la esperanza de «desprenderse de una rama», que en su jerga significaba hacerlo con una puta. Pero Charlie —el caritativo y divertido Charlie— sabía muy bien que entraban de tapadillo en una taberna, se sentaban en un rincón oscuro alrededor de unas cervezas y volvían a la facultad llenos de vagas sospechas, pero con todas sus ramas intactas. Charlie nunca escribía de su salud, así que yo suponía que se encontraba bien.

Yo también les escribí cartas, aunque no muy a menudo. Tenía muchas cosas que hacer y la vida se me abría de tantas maneras que no tenía ganas de sentarme a destilar mis experiencias en una carta. Escribí mucho, notas sobre lo que aprendía y sobre cualquier cosa que leía y me pareciera importante, y mi apetito epistolar se vio turbado por esa especie de trabajo.

El libro que solía tener en mi mesilla de noche, aunque no siempre, era la *Religio Medici* que me había regalado Charlie. Aportaba un amable humanismo al grosero materialismo de la mayoría de mis estudios de medicina.

No voy a referirme en detalle a mis estudios. Lo importante está fresco en mi memoria, y lo que no lo es está guardado en algún oscuro recoveco de mi mente, no perdido del todo, pero no a mi inmediato alcance. Nada de esto interesaría a Esme ni serviría para su investigación sobre el pasado de Toronto. Fue una suerte tener buena memoria, y el latazo de la anatomía, por ejemplo, pude superarlo sin esforzarme demasiado. Decidí muy pronto que la cirugía no iba a ser mi especialidad; no porque no pudiera practicarla, pues al fin y al cabo formaba parte de los exámenes. Ni tampoco porque me repeliera el grosero trabajo que hay que hacer a veces en el quirófano, el de serrar y martillear antes de iniciar los trabajos más delicados; podía serrar y excavar como el mejor. Pero no era un cirujano nato. El serlo exige un temperamento extrovertido que yo no poseía, y la irreversibilidad de lo que se hacía me parecía maliciosa en ocasiones.

Lo que me gustaba de verdad era el diagnóstico, y pronto demostré mis aptitudes en este campo. Sabía que algunos profesores tenían puestos los ojos en mí, aunque nadie me dijo con qué propósito. El espíritu de la Facultad de Medicina era marcadamente jerárquico; trepábamos, pidiendo la aprobación de los que estaban encima, preguntando únicamente cuando había que preguntar, y si tenías talento para hacer de Convencido, de Alma Bendita, despreciabas las medicinas alternativas, los osteópatas y quiropracticantes, homeópatas y herbolarios, todos los curanderos, comadronas y pretendidos conocedores de la medicina, propiedad exclusiva de la cofradía de médicos titulados y, por más modesto que fueras, te considerabas una criatura aparte. El mundo, para ti, se iba convirtiendo en un mundo dividido entre pacientes y médicos.

Pero resultaba curioso que nuestra formación se dejara algunos cabos sueltos. Se nos decía con toda sinceridad que nuestra tarea en la vida consistía en aliviar el sufrimiento. Pero nunca oí que nadie explicara que la palabra paciente significa realmente «sufridor». Supongo que porque pocos de ellos gruñían, lloraban o exhibían graves disfunciones; la mayoría se limitaba a sentarse, esperando *pacientemente* a que se hiciera algo con ellos. Pero si hablabas con ellos (ocasión que se presentaba pocas veces a un estudiante) descubrías que sufrían realmente y que, a menudo, el sufrimiento era un simple miedo.

Me impresionó lo que todos los de mi grupo tomaron como un chiste, un día que tuvimos la oportunidad de echar un vistazo al culo de un profesor de la universidad que tenía una fístula en el ano.

—Podremos arreglarlo, Idris —dijo el profesor de cirugía, que nos explicaba en qué consistía la enfermedad—. Quedarás como nuevo.

—Dios lo quiera —dijo el profesor Rowlands con su claro acento galés—, pero no lo creo. Sabes, nosotros, los galeses, estamos convencidos de que cuando entramos en un hospital, lo más probable es que ya no salgamos vivos.

El cirujano se echó a reír amablemente, y los estudiantes, aduladores, lo imitaron. Solo yo advertí la verdad que había detrás del chiste. Cuando la gente educada bromea, es conveniente mirar

debajo de la broma; hay una verdad significativa debajo que la gente menos educada no sabe disimular con un chiste. Cuarenta años después, sé que lo que el profesor dijo no es nada desacostumbrado y no es privativo de los galeses.

¿Qué es lo que me hizo pensar así? Mi disposición natural a mirar debajo de todas las cosas, supongo que alentada por mi exploración del *Fausto* en el piso de Dwyer y bajo la orientación del comandante Daubigny. Goethe conocía los secretos del corazón humano, y habría sido un buen médico si no hubiera sido llamado para cosas más elevadas. Tal como era, no se tomaba la ciencia con frivolidad.

Una noche, Mervyn Rentoul se reunió con nosotros. Iba a encarnar al gran doctor Fausto y, como cualquier actor que ha de hacer semejante papel, se enfrentaba con la ardua tarea de superar a Mefistófeles. Algunos críticos afirman que cuando Shakespeare escribió *Romeo y Julieta*, tuvo que matar a Mercucio al empezar el acto tercero para que Romeo pudiera dominar la obra. (Pobre Romeo: entre Julieta y Mercucio, su papel se queda en nada.) La situación en *Fausto* es aún peor: ¿Cuántos Faustos superan a un Mefistófeles decente? Cuando el Diablo y la patética Margarita comparten el escenario, Fausto parece un perro aburrido. Por eso Rentoul buscaba cualquier ventaja a la que poder agarrarse y, dada su personalidad, pensó que lo mejor sería aprovechar su apariencia y atavíos.

—Supongo que necesitaré una especie de bastón —dijo.

—¿Es que vas a cojear hasta que te devuelva la juventud? —dijo Dwyer—. Mejor será que le pidas a Angus algo que dure y sea largo.

—No, pensaba en algo que luego pudiera ser mi varita mágica —dijo Rentoul—. Necesito algo que me identifique como mago y no simplemente como un sabio.

—Dile a Angus que te proporcione un bastón de médico —dijo Jock—. El verdadero caduceo de Hermes, con serpientes enroscadas.

—No sé qué es eso.

—Oh, sí. Esa vara con dos serpientes. ¿No lo sabes? Me decepcionas. Escucha, tiene miles de años y es de cuando los dioses poblaban la tierra. Una vez, caminando Hermes por el campo, se

encontró con dos serpientes que se peleaban furiosamente. Para poner paz, para que se reconciliaran, o para lo que fuese, puso su bastón entre las dos serpientes y estas, todavía silbando, pero ya en concordia, treparon por él, y allí siguen, hasta hoy, hermanadas en el bastón del curandero. ¿Y qué representan las serpientes? Podrías llamarlas Conocimiento y Sabiduría.

—Claro que sí, conocimiento —dijo Rentoul, a quien le gustaba mostrar que las cogía al vuelo. Era también su forma de impedir que los demás no hablaran durante mucho tiempo y apartaran la atención de él.

—No, no el conocimiento a solas —dijo Jock, que había sido oficial de la Marina y maestro demasiado tiempo para que lo hicieran callar fácilmente—. Conocimiento y sabiduría no son lo mismo, porque el conocimiento es lo que se aprende y sabiduría es lo que se añade al conocimiento. Fíjate en Jon, ahora entre ambas. Está estudiando y ¿qué es lo que estudia? Ciencia, por supuesto. Ciencia perfecta, espléndida, indiscutible, hasta que alguien viene con una nueva idea que destruye todo lo anterior. Pero también participa con la otra serpiente, que llamaremos humanismo, y eso no excluye a los dioses. No olvides que Hermes era un dios y descendía de los dioses de Egipto. Estos dioses no han muerto, por más que se diga en la iglesia de Dwyer. Están vivos y solo tienes que mostrarte digno de ellos para que te escuchen.

—Vamos, Jock —dije yo—. Vas a abrumarme con tus elogios. ¿Yo, un humanista? Vamos.

—Tú no sabes lo que eres, renacuajo —dijo Jock—. Digo que eres un humanista y, si no, ¿qué haces aquí, escuchando lo que explico de Goethe a estos actores estúpidos? ¿Qué es lo que dice el gran Goethe?

*Grau, teurer Freund, ist alle Theorie*
*Und grun des Lebens goldner Baum*.

»Traduce, Jon, traduce. ¿Hiciste cuatro años de alemán conmigo y no sabes traducir eso? ¡Vamos!

—Quiere decir: «Querido amigo, toda teoría es gris…».

—Sí, sí, la teoría. No podemos vivir sin ella, pero estamos perdidos si es lo único con que vivimos. Sigue.

—«Y solo el árbol dorado de la vida es verde.» ¿He traducido bien?

—Muy bien, Hullah. Pasas a ocupar el primer puesto de la clase. Fácil de traducir, difícil de entender. El árbol dorado de la vida. ¿La experiencia? No solo eso. La experiencia entiende, y eso quiere decir reflexión silenciosa y serena.

—Eso está en mi papel —dijo Dwyer—. Se lo digo a aquel estudiante estúpido que viene a pedirme consejo cuando estoy vestido con la toga doctoral de Fausto. Creo que debo darle un énfasis especial.

—Procura decirlo alto y claro —dijo Jock—. Debería estar grabado con letras de fuego en la pared de todas las aulas universitarias.

—Mañana hablaré con Angus de esas serpientes —dijo Rentoul.

Mi impresión era que entendía mejor los efectos especiales que las verdades filosóficas. Pero no por eso era un mal actor.

Y, efectivamente, habló con Angus, que no se sintió complacido, porque Angus tenía metido en la cabeza que sabía más de vestuario y diseño que cualquiera del Gremio de Comediantes. Y lo escuchó con mala cara, pero dijo que ya vería lo que podía hacer.

Angus fue para mí una gran experiencia, porque era un ejemplo del capricho con que el destino atribuye nombres feroces a sus hijos más inofensivos. Angus McGubbin: un escocés gigante, pelirrojo y ceñudo… ¿No es esa la imagen que corresponde a tal nombre? Pues bien, aunque Angus sobrepasaba los dos metros, parecía no levantar más de un palmo y ser la mitad de ancho donde lo era más. Cuando hablabas con él se balanceaba de un lado a otro, como mecido por una cálida brisa. Tenía el semblante de color verde, no el verde que uno ve a veces en los pacientes medicados con derivados de plata; observándolo de cerca, descubrí que su iridiscencia era artificial: se empolvaba de verde, luego se daba colorete en los pómulos y se oscurecía los labios. Extraño, pero mirado fríamente, no producía mal efecto. Llevaba un bigote fino y elegante, con una curva que solo había visto en el cine, y que reforzaba con un trazo de lápiz negro. Sus modales eran de estar cansado, como asustado, pero sabía ser encantador cuando le convenía. Era un homosexual de los

que en aquellos días se calificaban de «locas». Los placeres de su vida se concentraban en la sastrería del teatro; las telas suaves, de seda y terciopelo, las pieles y gamuzas lo extasiaban; se deleitaba en vestir a todos los actores, sobre todo a los hombres; su pequeña debilidad inocente era medir la pernera interior de los actores. Nunca lo vi fuera del teatro y quizá tenía allí su casa.

No menos asombrosa que él era Vera, su esposa. Tan alta, tan oscura, tan esbelta y tan pálida, que más que su esposa parecía su hermana. Pero era su esposa, entregados el uno al otro. Para conseguir el equilibrio perfecto con su marido tendría que haber sido lesbiana, pero no lo era, aunque dudo de que fuera algo sexualmente; era tan verde como él y no le faltaba atractivo: tenía su propio bigote, muy mono. Era escenógrafa y ayudaba a Angus con el atrezo. Ambos tenían talento y, como amaban su trabajo, resultaban baratos, lo cual era una suerte para el Gremio.

Una noche, cuando quizá había bebido demasiado whisky, saqué el tema de Angus en casa de Dwyer, porque quería conocer su opinión. Angus y Darcy eran homosexuales, pero no podían ser más diferentes. Angus, una loca tan clamorosa. A Darcy, aunque elegantemente distinguido, apenas se le notaba.

—Angus rebaja el vicio —dijo Jock.

—Peor: lo hace risible —dijo Darcy—. Y eso es una forma peligrosa de pecado.

—¿Acaso hay pecados que no son peligrosos? —pregunté, sin poder callarme y pensando que había hecho una pregunta inteligente.

—Sin que vayamos a entrar ahora en la definición del pecado, digamos que es una necedad —dijo Dwyer—. Angus convierte el pecado en necedad, de tal modo que los necios creen que el pecado no importa. Pero sí que importa. El pecado es un asunto muy serio.

—Ah, los pecados que he llegado a ver —dijo Jock que, como yo, estaba un poco ebrio—. En todo el mundo. He llegado a servir en tres marinas. ¿No lo sabíais? Sí, primero en la Marina Real Británica, cuando era joven y llevaba una espléndida barba afilada que imitaba a la de Georgie Gingerbeard, que igual le servía para representar a un apuesto marinero que a un rey. Luego, como hablo el francés tan

bien como el inglés (uno de mis apellidos es Bosanquet), me cedieron como oficial de enlace en la Marina francesa y, por un lío que nunca llegué a entender, me pasaron durante ocho meses a los rusos, porque hablaba un alemán elegante, y en la Armada rusa, el que sabía leer un barómetro era alemán. Sí, os lo aseguro, justo antes de la Gran Guerra fui oficial de la Marina rusa. Y viajé por todo el mundo con aquellos barcos y vi cosas que os parecerían increíbles, y me metí en líos que ahora, al recordarlos, me producen asombro, pero de los que no me arrepiento. ¡Pecados! Por eso terminé de maestro de escuela. En un colegio, los pecados son triviales y de fácil comprensión. La enseñanza ha supuesto para mí un gran descanso del mundo. Y de los pecados.

—Jock, ¿es verdad lo que se rumoreaba en Colborne, que has comido carne humana?

—Oh, ciertamente, pero eso no fue pecado. Fue necesidad. Donde fueres, haz lo que vieres. Y entre los caníbales (yo había naufragado, con doce compañeros más), comes lo que hay en la olla y no criticas el menú si no quieres que te incluyan en él.

—¿A qué sabía?

—Como la carne de caballo, pero no tan dulce. Un gusto algo amargo, así lo recuerdo. Pero habría sido diferente de ser carne de un blanco, porque consumimos tanto azúcar que debemos resultar empalagosos. Empalagoso como un cadáver, suelen decir los verdaderos caníbales. Todo eso de que se comían a los misioneros es una exageración. Es verdad que les gustaba un banquete de vez en cuando, pero sin pasarse. Nuestra dieta, la de los ingleses, nos descalifica para un banquete. Los caníbales se comen entre ellos para poseer las cualidades o virtudes del hombre muerto. Normalmente no se comen a los misioneros porque no quieren ser como ellos... No, aquello no era pecado. Era una costumbre social. En mis tiempos fui un experto en pecados.

—¿Y dónde colocarías a Angus?

—Ahora hablas como un canadiense. Porque Angus no es como tú tiene que tener algo malo y ha de llevar una conducta inaceptable. ¿Inaceptable para quién? Lo más probable es que alguien que sea algo resulte inaceptable para los que no son nada.

Mira a nuestro amigo Darcy: el hombre que observa con mayor cuidado sus deberes religiosos. Cuando vas con él por la calle todo el mundo se lo queda mirando. Si pasa por delante de una iglesia donde cree que está expuesto el Sacramento, se santigua y murmura un *kyrie*; si se cruza con un par de monjas, se quita el sombrero con un gesto que pone en peligro a los que están a su lado, porque cree que las monjas son esposas de Cristo, y las señoras de Cristo deben ser honradas de tal manera. Sus ayunos son el asombro de quienes lo invitan a comer, aunque nunca incluye el vino en ellos. Pero, suponiendo que uno fuera Dios, cómo calificarlos, a él y a Angus. Ambos están muy a la izquierda de Dios, tal como se ve en el Levítico y en otras guías de conducta igualmente estrictas; cuando Dios escribe en inglés, lo cual hace con notable fuerza poética, creo que la palabra que emplea es «abominación». Pero Darcy no se pinta la cara ni menea el culo, por lo tanto no se le tiene por pecador, sino simplemente por un excéntrico. Y un buen amigo. Voy a refrescar mi copa. ¿Puedo, Darcy?

—Adelante, Jock. La bebida te pone muy divertido. Pero seamos francos. Hablas como si Angus y yo fuéramos ligeramente diferentes aunque en esencia seamos especímenes parecidos de una subespecie de la humanidad. ¿Te gustaría que dijera que tú y todos los marinos retirados sois realmente la misma criatura...?

—Dios no lo permitiría, mi querido amigo. Eso sí que sería una verdadera abominación.

—Precisamente. Y yo no soy de la misma pasta que Angus, una loca descarada, siempre dispuesta. Le encanta el riesgo de ser golpeado por gamberros que se sienten más hombres si le dan de puñetazos y patadas. Salvo en que soy sensible a la belleza y encanto de los jóvenes pero, cuidado, en un nivel estético muy superior, no tengo nada en común con él. ¿Qué parezco yo?

—Bueno, no eres el mejor juez para eso, mi querido amigo. Pero cuando no estás haciendo molinetes con tu sombrero, pareces lo que eres, un banquero.

—Exactamente. Parezco el jefe del departamento de extranjero de mi banco y, en cuanto a juicioso, una persona tan fiable como la

que más.

—Me parece que no aciertas del todo. Desde que estás tan preocupado con Mefistófeles, tienes un cierto aire de, no sé cómo decirlo, de no parecer exactamente lo que eres, pero eso sí, te aseguro que no es un aire de lo que estamos hablando. Digamos un olorcillo a azufre.

—Gracias, Jock. Eso es exactamente lo que quiero dar en el escenario, pero supongo que algo ha de notarse, ese olorcillo. Y no te preocupes demasiado por la Biblia.

—No me preocupo, te lo aseguro.

—Es un libro fascinante, pero no la guía de conducta que los radicales protestantes pretenden que sea. Si Dios lo escribió, ¿a qué horda lo dedicó? A unos personajes rudos del desierto, sometidos a una horrible dieta, que no dieron pruebas de haber leído otra cosa que los escritos de los sacerdotes. Escritores, en su mayoría, con un sentido enorme de la queja, que es muy atrayente, por supuesto, porque todo el mundo tiene guardada una gran cantidad de quejas a la espera de que alguien venga a pedírselas. Me estoy refiriendo al Antiguo Testamento. Cuando llegas al Nuevo, sopla otro aire en el Buen Libro. Un aire griego. Si nuestro Bendito Salvador no se hubiera dedicado tanto a la causa de su pueblo, se habría llevado admirablemente con los griegos, porque posee mucho del espíritu de ellos. Y los griegos tienen mucho sitio para gente como yo, adoradores de la belleza que se encuentra en los varones, sin que por eso ignoren la parte de ella que es inherente a las mujeres.

—Pero la Biblia es sin duda el fundamento de la Iglesia a la que dedicas buena parte de tus energías —dije yo, porque todo aquello empezaba a cansarme.

—Soy hombre de Iglesia, no hombre de Biblia —dijo Dwyer—. Por eso, lugares como Saint Aidan se alejan tanto de los comercios divinos de tus radicales protestantes. Y la Iglesia tiene sitio para la mundanidad griega.

—Pero ¿no hablábamos del pecado? ¿Tiene algo que decir la Iglesia sobre el pecado que antes no dijera la Biblia?

—Oh, y mucho, mi querido Pyke. La Iglesia, como todos los dominadores grandes y triunfantes, ha aprendido la tolerancia, que

no consiste simplemente en cerrar un ojo a lo que consideras que no está bien. Hay muchas leyes que no están en la Ley de los Profetas, que incluso aparecen fugazmente en nuestros tribunales de Toronto. *Honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*; la ley romana, que heredaron de los griegos. ¿Has entendido lo que he dicho?

—Soy el único que tiene derecho a pedirle a Jon que traduzca —dijo Jock—. Lo entiende, espero, pero díselo tú, y juzgaré si tu traducción es correcta.

—«Vivir honradamente, no dañar a nadie, dar a cada uno lo suyo.» ¿Qué te parece?

—Muy bien. Sobresaliente.

—Buena ley y buena Iglesia que, ¿sabes?, no encajan fácilmente dentro de la Biblia. El concepto romano de la honradez no tiene nada que ver con los hebreos, que lo entendían como orgullo, del que, ciertamente, está cerca. Pero la ley romana, y lo que la Iglesia ha tomado de ella, es para sociedades complicadas, de muchas capas. Algo muy distinto de la Biblia. Era, si puedo emplear un símil, para pueblos irritables que tenían que sacar la cabeza por encima del agua manteniéndose juntos.

—Y por eso la Iglesia tiene sitio para gente como, bueno, como tú —dije. Y por primera vez me di cuenta de que hablaba con Darcy de algo que no debía mencionarse.

—Le conviene tener sitio para gente como yo —dijo Dwyer—, porque necesita lo que podemos dar los artistas. Y cuando digo gente como yo, no me estoy refiriendo a la chusma como Angus; me refiero a Miguel Ángel, Rafael y muchos otros, sin olvidar a la oprobiosa Sodoma. Y a los músicos, no hay ni que decirlo. Gente con estilo. Porque una Iglesia sin estilo es un fracaso, como se demuestra cada domingo en esta ciudad divina que indebidamente se autocalifica de Ciudad de las Iglesias.

—Pero no todos los artistas son...

—Nadie ha dicho que lo fueran. No todos ni la mayoría. Pero hay ejemplos ilustres.

—No Bach. Ni Haendel. Ni ciertamente el doctor DeCourcy Parry.

—Desde luego que no, Pyke. Y no te pongas pesado.

—No, no. Es solo que, a menudo, la gente como tú hace que quienes son como yo se sientan torpes y estúpidos y nosotros también tenemos derecho a vivir. Fíjate, aquí estamos, Jock diciendo que es un experto del pecado; tú, que hablas de la Iglesia como guía de vida y como contraria a la Biblia y yo, un bobo estudiante de medicina de Sioux Lookout, que no sabe dónde situarse. De lo único que estoy seguro es de la *Anatomía* de Gray, lo cual no es muy reconfortante, sobre todo después de una mañana en el laboratorio de disección.

—Pobre Pyke —dijo Dwyer y volvió a llenarme la copa—. No te preocupes tanto. Aprende a gozar de la conversación, por el placer de conversar, sin que tengas que reformar tu vida cada vez que descubras una idea nueva.

—¿Cómo era aquella cancioncilla tonta que los chicos cantaban en los pasillos? —dijo Jock, y empezó a cantar estentóreamente con su voz de bajo:

La vida es solo una cesta de cerezas.
No te la tomes en serio,
tiene demasiado misterio…

—Precisamente —dijo Dwyer interrumpiendo este exabrupto ruso —porque los pocos meses en la Marina rusa parecían haber dejado una profunda huella en la personalidad de Jock—. Precisamente. Adonde quiero llegar, aparte de divorciarme de Angus y de su pandilla de farsantes, es que la vida necesita estilo, estilo en todo, y la religión es el lugar adecuado para conseguirlo. Por curioso que parezca a quienes se sienten perdidos cada vez que se habla de religión. La vida es mejor si se somete a un ritmo noble, a ciertas limitaciones éticas y se basa en determinadas suposiciones metafísicas; la Iglesia ofrece todo eso.

—¿Y no la filosofía, sin tantos aspavientos? —dije atrevidamente, animado por la bebida.

—No, querido, la filosofía no te lo ofrece, y para darte cuenta de eso solo tienes que fijarte en las esposas de los filósofos, empezando con Jantipa. Y es así porque la filosofía excluye la

poesía, mientras que la Iglesia le abre los brazos. Y por eso soy tan feliz como un vagabundo de playa.

—¿Por qué se da por supuesto que un vagabundo de playa es feliz? ¿Y qué es exactamente un vagabundo de playa?

Pero no recibí ninguna respuesta. Mis dos gurús se habían dormido.

10

Me parece que debo poner freno a este diario, que yo quería únicamente como *aide-mémoire* y va a resultar una de esas *Bildungsromane* alemanas acerca de la formación del espíritu humano. Pero temo que no podré escapar del todo a esto, porque, efectivamente, mi espíritu se estaba formando bajo la orientación de Darcy y Jock; ahora, al volver la vista atrás, veo cuán amables y bondadosos fueron conmigo, aunque entonces pensaba que me trataban con superioridad, dándome lecciones a cada instante. No fueron todo palabras y whisky. Pasamos buenos ratos, con alguna que otra broma del mefistofélico Darcy.

Por ejemplo, la noche que pasamos en The Coburg Social Parlours, donde yo fui la víctima.

Las charlas sobre el pecado siguieron intermitentemente durante las tardes de dos o tres semanas, porque yo no podía abandonar siempre mis estudios y mis trabajos memorísticos de Hércules. Darcy afirmaba que toda forma de pecado se daba en alguna parte de Toronto. No porque Toronto fuera particularmente pecaminosa, sino porque cuando una ciudad alcanza una determinada población (Toronto estaba entonces cerca del millón de habitantes), aparece en ella toda suerte de desviaciones humanas. Y la demanda crea su oferta.

Las ideas de Jock sobre el pecado eran oscuras y dostoievskianas; no creía que hubiera nada divertido en el pecado. Su razonamiento era excluyente: si una cosa era divertida no podía ser pecado. Pero Darcy fue más allá: si algo ofendía gravemente el buen gusto, y no digamos la decencia, era pecado.

—¿No crees que el pecado pueda hacerte reír? O dicho de otra manera, ¿crees que si algo te hace reír no puede ser pecado? Pero ¿contra qué va el pecado? ¿Contra la moral? ¿Contra el gusto? ¿Y

dónde dejan de ir juntos la moral y el gusto? ¿Me estás retando a que te lo demuestre con un ejemplo?

La noche en que el ejemplo iba a ponerse de manifiesto, Darcy nos advirtió que nos vistiéramos con sencillez. De tal modo, dijo, que nadie pudiera identificarnos como personas, ¿cómo decirlo?, personas que se supone que son de la clase alta. Aquello me resultó fácil. Entonces, como ahora, un estudiante no solía vestir bien; el problema, por el contrario, era ir elegante. Jock no se distinguía por su ropa, aunque difícilmente podría disimular su perfil de halcón y el monóculo traicionero si no acudíamos a las buenas artes de sastre y maquillador de Angus. Darcy estaba resuelto a que nadie reconociera en él al banquero, y se puso un extraordinario sobretodo amarillo (que sin duda tenía que venir de Angus) y un sombrero negro de amplias alas que le ocultaban el rostro. Parecía un conspirador en una mala comedia de aficionados, pero estaba convencido de que su disfraz era impenetrable.

—Aquí solo me conoce el propietario —cuchicheó cuando atravesamos la mal iluminada puerta de cristales coloreados—. Dejadme hacer a mí.

Una vez pasado el pequeño y estrecho vestíbulo, The Coburg Social Parlours apareció brillantemente iluminado y atestado de gente ruidosa, todos sentados en mesas de cuatro plazas sobre las que abundaba la cerveza. Me pareció una cervecería vulgar, pero tenía una tarima en un extremo y se sentía la expectación en el aire.

Un hombrecito en mangas de camisa, al parecer el propietario, se abalanzó sobre nosotros en cuanto aparecimos.

—Dios, empezaba a pensar que se habían olvidado —dijo—. El público espera una gran noche. Pero ¿lo ha traído? ¿Es este? —añadió mirando a Jock.

—No, este es mi amigo el doctor Strabismus, de Utrecht, que visita Canadá con una expedición sociológica y quería conocer su establecimiento. He aquí al juez. Quizá le parezca joven, pero es el hombre adecuado. Le presento al doctor Jonathan Pyke, un hombre que está alcanzando la cima de su profesión como médico, y la persona que usted necesita para la delicada tarea que va a emprender.

—¡Fabuloso! —dijo el hombrecito, cuyo nombre no valía la pena mencionar, o era tan conocido que todo el mundo lo ignoraba—. Es un honor conocerlo, doctor. Un honor y un placer. Pero vamos a lo nuestro. La gente se impacienta y los concursantes empiezan a preocuparse de que no puedan mantenerse en forma. Así que no perdamos más tiempo. Venga conmigo.

Antes de que yo pudiera decir nada, me cogió del brazo, me arrastró por el pasillo y me hizo subir los peldaños del escenario. Allí, el hombrecito agitó los brazos en demanda de silencio y, aunque la multitud estaba impaciente por que empezara el espectáculo, costó un poco de tiempo que se callara.

—Ñoras y ñores —gritó el hombrecito—. Gracias por la paciencia con que han soportado este inevitable retraso. Pero ha valido la pena esperar, se lo aseguro. Como suele decirse, el hambre es la mejor salsa. Hemos conseguido para el concurso de esta noche a un juez que, me atrevo a decir sin temor a equivocarme, es la persona más cualificada de Toronto y, diría más, de todo Canadá. El nombre del doctor Jackson Peake es familiar en todo el mundo civilizado donde se practica la medicina porque, aunque todavía es joven (y me atrevo a decir que las damas ya se han dado cuenta de su juventud, con todo lo que eso significa), está en la cumbre de su carrera profesional, que, como he dicho, es la medicina. Así que, como suele decirse, sin más preámbulos, ¡escuchemos un aplauso de bienvenida al doctor Jackson Peake, juez del Séptimo Concurso Anual Coburg del Mal Aliento!

No puedo evitar el cliché. Los clichés se gastan porque encarnan verdades importantes. *La cabeza me dio vueltas.* Ese es el cliché: la cabeza me dio vueltas. Por encima de las cabezas giradas hacia mí, como pelotas rosadas a la media luz, vi a Darcy y a Jock, abrazados de júbilo. Pero no tenía tiempo para pensar y ninguna posibilidad de escapar. El hombrecito en mangas de camisa seguía agarrado de mi brazo y continuó su presentación.

—Disponemos esta noche de un grupo numeroso de bien dotados concursantes. Quizá haya dos o tres que no tengan muy buena salud y podéis pensar que eso es jugar con ventaja en materia de halitosis, pero autoridades fiables de la Facultad de

Medicina de la Universidad de Toronto, de la que estamos tan orgullosos —aquí hizo una pausa y, como siempre que un orador experto la hace, el público aplaudió, un público al que le importaba un pimiento la Facultad de Medicina—, me han asegurado que no es así. Un concursante bien entrenado puede sobrepasar, o sobreapestar (*risas y palmadas en los muslos*) a cualquiera que esté verdaderamente enfermo. Así que esta noche todos empiezan en igualdad de condiciones.

»Observen, por favor, que este año hemos cambiado la disposición del escenario para que puedan ver al juez, sentado en su lugar de honor, mientras toma sus notas y llega a una decisión. Como pueden observar, los concursantes subirán por la escalera de la derecha, sin que sean vistos por el juez, que quedará detrás de estos biombos. El concursante se arrodillará en esta banqueta, delante del biombo donde se ha insertado el conductor de aire. El conductor de aire, como veis, es un sencillo megáfono, cuya parte ancha está del lado del concursante, y la parte estrecha termina directamente junto al juez, que así podrá apreciar lo que ofrezca el concursante. Presentaré a cada concursante con un número, solo mediante el cual el doctor Jason Peake podrá identificarlo o identificarla. Porque en el concurso las damas no están en desventaja con respecto al sexo fuerte *(risotadas homéricas y un caso serio de desvanecimiento en la silla 3, mesa 7*). Se hará una pequeña pausa entre uno y otro concursante para que el juez pueda tomar sus notas y se prepare psicológica y físicamente para el siguiente. Y durante esa pausa, una enfermera diplomada desinfectará el transmisor de alientos con Listerine, de modo que no se produzca un efecto acumulativo. Y ahora, ñoras y ñores, ¿están listos?

Un rugido clamoroso de asentimiento surgió del público.

—Pues si todo está en orden, ¡a soplar!

Supongo que todo aquel que sea algo más que un vegetal habrá sentido alguna vez la necesidad de pedir ayuda divina o, al menos, sobrenatural, y con una urgencia tanto física como mental. Nunca había tenido yo la experiencia de aparecer en público, excepto como extra anónimo en *El flautista,* y de pronto me

encontré en aquel lugar, revestido de una especie de autoridad infalible, ante un público animado de las mayores esperanzas, las esperanzas que surgen de la ignorancia. Porque yo era un Hombre de Ciencia, una Gran Autoridad, y lo que yo dijera valía su peso en oro, a menos que me traicionara sin remedio, no me salieran las palabras, me mojara los pantalones, saliera llorando del escenario o cualquier otra desgracia de ese tipo. Esta necesidad de pedir ayuda (¿a quién?) es una de las muchas formas de plegaria, y fue allí, como juez del Concurso Anual Coburg del Mal Aliento, donde experimenté por primera vez la plegaria como algo distinto a lo que se practicaba ritualmente en las iglesias y que para mí no significaba nada. Era una clase de plegaria que nada tenía que ver con la Petición, Intercesión y Meditación de Charlie.

Mi plegaria tuvo respuesta. Me sentí dueño de mí mismo, inundado de determinación y osadía, como si me hubieran puesto una de esas inyecciones milagrosas de las que hablaba el doctor Romeyn y que son infalibles en casos de colapso. Iba a asombrar al público y así me vengaría de Dwyer, y en menor medida de Jock, que tan contentos estaban por haberme puesto en aquel atolladero. ¡Ahora verían!

Y me lancé al ataque. Yo no sabía mucho del mal aliento, salvo que era algo característico de personas como Eddu, el doctor Ogg y el *père* Lartigue. Algo que había que evitar y no estudiarlo ni particularizarlo. Mervyn Rentoul tenía mal aliento o, quizá a la luz de mis últimas experiencias, un aliento deteriorado, en nada comparable a la categoría olímpica de los alientos con que iba a enfrentarme en aquella cervecería; corría el rumor en el Gremio de Comediantes de que se debía a su dentadura postiza; las actrices que actuaban con él huían de sus caricias. Pero volvamos a mi situación al final del transmisor de los Grandes Alientos.

—¡Número Uno! —gritó el hombrecito en mangas de camisa, levantando una gran tarjeta en la que figuraba el número, quizá para que los sordos se enteraran.

Se suponía que desde mi asiento no veía detrás de los biombos, pero sí que veía a los concursantes cuando se acercaban a las escaleras del escenario, y el número uno era un joven desgarbado,

endomingado para su aparición en público. Hubo algunos aplausos de sus amigos y de la gente de buena voluntad. Rechazó la banqueta (todos hicieron lo mismo), que mejor fuera decir banquillo de los acusados, metió la cabeza en la boca del megáfono y sopló.

Sí, un mal aliento, bastante malo. Pero ¿cómo iba a calificarlo? ¿Dar un cinco sobre diez en la Escala Hullah de Halitosis —que inventé en aquel preciso instante— y juzgar a los demás comparativamente? Eso fue lo que hice. El concursante abandonó el escenario entre débiles aplausos y se presentó una mujer, sospecho que una de las camareras, mal disfrazada de enfermera de hospital, y frotó el megáfono con un paño empapado en Listerine.

He olvidado a la mayoría de ellos. Hubo tres o cuatro cuyo resoplido fue realmente pestilente y los premié con ochos y nueves. Fue una procesión, diecisiete hombres y mujeres en total, con dientes descuidados, desórdenes digestivos y, en un caso, algo que me pareció escorbuto y, como el concursante parecía marinero, es probable que lo fuera. Pero no tuve la menor duda en elegir a la ganadora. Tenía el *hogo*[*] característico a queso Limburger que mis conocimientos médicos asociaban con pus en unas amígdalas gravemente infectadas. Cuando, después de simular graves reflexiones y mirar mucho las cifras, di cuenta de mi decisión al hombrecito en mangas de camisa, este se puso muy contento. Aquella candidata era, sin duda, la favorita y se había apostado mucho dinero por ella.

Era yo quien tenía que anunciarlo al público y, después de tantos años, creo que gané la partida a Dwyer y a Jock. Había habido diecisiete aspirantes a la Corona de la Halitosis y, cuando se acabaron los resoplidos realizados ceremonialmente con ayuda del hombre en mangas de camisa, que llevaba cogido del brazo a cada concursante al banquillo, y con el lío que hacía la enfermera al limpiar el megáfono, la tarima rezumaba Listerine; dudo que ni el mismo gigante Blunderbore, después de una pesada comida de carne humana, hubiera podido penetrarla con su horrible aliento. Y tuve que hablar rodeado de esta atmósfera mareante.

—Damas y caballeros —dije—, mi primer deber es felicitar a todos los concursantes por su deportividad y deseos de participar en esta, espero que estén de acuerdo, batalla personal. *(Aplausos.)* Porque les aseguro que ha sido una batalla. No han sido combatientes indignos los que han comparecido ante ustedes, ni indigno ha sido lo que han sometido a mi juicio profesional. Mi saludo, y espero que el de ustedes, para todos ellos. Pero antes de proclamar al vencedor, les pido que me concedan que haga unos comentarios sobre la naturaleza del concurso. Sobre su lugar de origen, por decirlo de alguna manera.

¡Rápido, memoria, tus tablas! Aquí, mi desacostumbrada retentiva se negó a funcionar y me quedé unos instantes sin palabras.

—El mal aliento siempre ha merecido la respetuosa atención de los profesionales de la medicina como indicador de la salud general y, en ocasiones, como síntoma de algún desorden específico. Pero con el paso del tiempo y gracias a nuevos métodos de diagnosis, los médicos evitan enfrentarse con el aliento de los pacientes porque puede ser desagradable. Qué vergüenza. Vergüenza que se anteponga la simple comodidad personal a la práctica del verdadero diagnóstico. Vergüenza que haya médicos que no arriesguen todo por el bien de sus pacientes. La medicina moderna tiene como abanderado en este asunto del aliento nada más y nada menos que al gran sir William Osler, quizá el médico más destacado de su tiempo hasta su muerte en 1919. Sir William Osler que, a pesar de los muchos y merecidos honores que recibió en el extranjero, de sus triunfos en Estados Unidos y más tarde en Inglaterra, donde fue ennoblecido por Su Majestad el rey *(fuerte ovación),* durante toda su vida tuvo como mayor honor el ser canadiense *(ovación tremenda)*. Siguiendo, pues, los principios establecidos por sir William, he actuado esta noche, dando lo mejor de Canadá a lo mejor de Canadá en materia de mal aliento. Y llegados a este punto, excusándome por una posible presunción de mi parte, les ruego que muestren su aprecio por el organizador de este concurso, el señor...

Yo no sabía su nombre pero, por supuesto, no fue necesario. La ovación fue tremenda y solo tuve que murmurar algo mientras la

muchedumbre vitoreaba y algunos gritaban: «Muy bien, amigo Perse» y «Buen trabajo, muchacho».

Mis ideas sobre la oratoria en público eran escasas, basadas sobre todo en las arengas de los políticos que pasaban por Sioux Lookout en época de elecciones. Había adulado a todos, a los concursantes, al organizador y al público. Había mostrado la bandera del patriotismo. Ahora tenía que impresionar a los oyentes con mi propia brillantez intelectual. ¿Cómo? El enfoque histórico me pareció lo mejor.

—El mal aliento no es nada nuevo en la historia de la humanidad. Los indicios históricos son escasos, pero me atrevo a aventurar que, cuando el señor Cavernícola despertaba por la mañana después de un banquete de dinosaurio crudo, la señora Cavernícola notaba en él un pesado aliento y le mandaba que mascara unas pocas hierbas de menta. *(Risas y codazos de las esposas a los maridos.)* No se menciona el mal aliento en muchos documentos antiguos y hemos de suponer que era algo tan corriente en la vida cotidiana que ni valía la pena mencionarlo. Hay algunas referencias de la Edad Media *(una esposa da un codazo a su marido y dice audiblemente: «¿Qué clase de media?». Él cuchichea como respuesta: «En la época antigua, cuando Enrique VIII y toda esa gente»),* y no creo que a ustedes les interese mucho. Solo diré que el escriba Oleaginus Silo menciona que el patriarca Scrofulo de Capadocia sufría gravemente de halitosis, pero que sus amigos no se atrevían a decírselo. Se creía que el mal aliento surgía de un alma corrompida. *(Esta cabriola, que yo creía iba a provocar la risa, se recibió en medio de un tranquilo silencio. La* burla seca *no es para todos los públicos: a veces cae en el vacío.)* Pero volvamos a sir William Osler.

»No voy a hacer aquí una exposición de las definiciones de sir William. Cualquiera que desee conocerlas no tiene más que coger su Osler de la librería de su casa. *(Esto era retórica chapucera. No creo que nadie de aquel público tuviera más de seis libros, y eso exagerando, menos aún que tuviera una librería en casa. Pero, como he dicho, había escuchado a algunos oradores políticos en Sioux Lookout y sabía que ninguna adulación es demasiado exagerada*

*para el público en general.)* Las descripciones que hace Osler del *fetor oris* se han hecho clásicas, empezando con el simple mal aliento de la digestión, relacionado con desórdenes catarrales de la boca, faringe y estómago. Es importante distinguirlo del olor característico de la estomatitis aguda, una de cuyas principales causas es el consumo excesivo de tabaco. Hemos de prestar atención a esto si no queremos ser un heraldo de la estomatitis penfigoide, que puede llevarnos rápidamente al pénfigo vegetante y eso, como no tengo más remedio que advertir a un público como este, conduce derecho al cementerio.

No es mala táctica alarmar al público. Pasar del placer al terror en unos segundos aumenta la satisfacción de todos.

—Esto nos lleva, como estoy seguro de que ustedes saben, porque muchos están más adelantados que yo, al aliento característico de la piorrea alveolar, la forma más común de mal aliento, que no por ello debe ser despreciada en un concurso como este. Puede ser falsa, se lo aseguro, como es probable que sepan ya muchos de ustedes. No debe confundirse con el olor de los dientes en mal estado, que es cosa completamente diferente.

»Luego están las infecciones de las amígdalas, que pueden causar un olor penetrante característico derivado de los detritus epiteliales acumulados en las criptas amigdalares. Y finalmente llegamos a las inequívocas enfermedades de la nariz, laringe, bronquios y pulmones, y puedo decirles con satisfacción que ningún ejemplo de estos graves síntomas se ha presentado aquí esta noche. No, les aseguro que todos los concursantes, en tanto y en cuanto he podido observarlos, tienen buena salud. Porque el mal aliento no es en modo alguno incompatible con una salud general satisfactoria, como se demuestra repetidamente en la vida cotidiana.

»Y ahora, amigos míos, vamos con el ganador. *(Rumor de impaciencia.)* Ustedes no necesitan, espero, una descripción clínica de su aliento, que pertenece a una de las raras categorías de Osler que ya he explicado. Baste decir que el *hogo,* y sobra explicar que esta palabra inglesa procede del francés *haut goût*, porque el mal aliento es un verdadero atributo bilingüe, como nuestros políticos demuestran a diario *(aplausos y silbidos)*, este *hogo* es uno de los

más notables que he experimentado; conocerlo ha sido para mí un honor científico. Así que, sin más preámbulos (*a los públicos les encanta que se les diga que ha habido muchos "preámbulos"*), llamo al ganador y le invito a subir al escenario a recibir el premio. ¡Número once!

En medio de los aplausos, frases de ánimo, silbidos y gritos de alegría de quienes habían apostado por tan fácil favorita, la Número Once avanzó hasta mí. Supongo que tendría unos cincuenta años y mostraba la característica expresión embotada del afectado por el mal aliento. Le di el sobre donde se me había dicho que había un billete de veinte dólares y un certificado escrito a máquina que yo había firmado como prueba de su triunfo. Lo firmé como Jason Peake, MD, FRCP. Y como no había que privarse de nada, añadí a estos títulos «Caballero de la Orden de Polonia Restituta».

Y así cumplí mi cometido y el público tuvo todo lo que quería. La gente se fue disolviendo en grupos, algunos ofreciendo cervezas a los candidatos fracasados, algunos dándoles ánimos, y otros rodeando a la señora Queso de Limburger, que estaba que no cabía en sí de gozo y a quien ahora, retrospectivamente, puedo diagnosticar que no dispuso de muchos años para gozar de su fama.

El hombre en mangas de camisa me cogió del brazo. Era uno de esos tipos que no pueden hablar con nadie sin ponerle las manos encima.

—Vamos, doctor —dijo—. Lo ha hecho muy bien. Pero que muy bien, muchacho. Ha sido magistral que se lo diera a una mujer. Siempre protestan porque los hombres arramblan con todo lo bueno. ¡Magistral! Pero sé lo que necesita ahora. Venga conmigo.

Y me llevó a una oficina destartalada en la parte trasera, donde me sirvió una buena ración de brandi.

—Esto aclara la nariz —dijo y yo bebí ávidamente. Era, en efecto, un auténtico matarratas.

Cuando más tarde me reuní con Dwyer y Jock, me llenaron de alabanzas. No se esperaban tanto de mí. Había sabido responder a su confianza. Era tan buen bromista como ellos. Mi discurso había sido... mefistofélico. Y así todo. Y el que me dio la mejor noticia fue Dwyer.

—Por fin hemos terminado el reparto de *Fausto* —dijo—. Tú, Pyke, vas a suplir a Wagner, y harás el bonito papel del estudiante en la escena en que Mefistófeles se pone la toga doctoral de Fausto. Los vamos a dejar con la boca abierta, Pyke, mi buen amigo.

11

Los ensayos para el *Fausto* sufrieron un rudo golpe cuando Elaine Wollerton, indiscutible para el papel de Margarita, al bajar de un tranvía resbaló en el pavimento helado y se torció un tobillo, de tal modo que había pocas posibilidades de que pudiera actuar en la obra. ¡Consternación y desesperación! ¡Corre, corre y dile al rey que el cielo se derrumba! Sin apenas tiempo para prepararse, la suplente, Nuala Conor, tuvo que hacerse cargo del papel. Y, oh maravilla, se sabía todo el papel; oh éxtasis, se había fijado en los ensayos y sabía todos sus movimientos. Saldría del paso, sin duda, pero no sería la Wollerton.

Efectivamente, no lo fue. Fue mucho mejor, aunque nadie quería admitir que una suplente fuera mejor que la estrella. Pero Nuala Conor parecía una virgen, lo cual no era el caso de Elaine, que nunca lo pareció. Hay muchachas que nacen ya desfloradas. Nuala Conor era irlandesa, recién llegada a Canadá; menuda, pero no una muñeca de porcelana; bonita a la manera irlandesa, con una hermosa cabellera negra y unos ojos azul oscuro sombreados por pestañas negras. Y lo mejor de todo era que tenía una voz realmente bella, con una levísima entonación irlandesa, lejos de la vulgaridad. Una Margarita ideal para todos, salvo para los wollertonianos incondicionales, que eran muchos. No cabía duda de que era inteligente, pero el director la trataba como si fuera boba, porque nunca había actuado antes y según todas las reglas del arte tenía que ser una boba. Pronto se vio claro que la señorita Conor «sabía desenvolverse» admirablemente en el escenario, y poco a poco fueron desapareciendo los prejuicios contra ella.

Me enamoré de Nuala Conor como un hombre que cae por un precipicio a un abismo sin fondo. Mis sentimientos por Elaine Wollerton se marchitaron como las flores malditas por Mefistófeles. Y no estaba solo en mi adoración. Hubo otros que pretendieron sus encantos. Pero, por algún milagro, parece que fui el primero en

llegar a la meta y fui yo quien la acompañaba a su casa después de los ensayos.

Fue la primera chica que conocí con verdadero sentido del humor. Por supuesto que había conocido a muchas chicas que reían mucho, a menudo cuando no había de qué reírse, y tras sus risas juveniles podían adivinarse casi siempre los rostros adustos de sus madres, lúgubres profecías de lo que aquellas muchachas serían con el tiempo. Elaine Wollerton no era muy diestra en la *burla seca*, pero el sentido del humor de Nuala se debía al deleite sereno, contenido aunque efervescente, con que contemplaba la gran comedia de la vida. No reía a menudo, sino que parecía casi siempre a punto de hacerlo, y su modo de mirar al mundo —y a mí, por supuesto— era como de burla modesta y encantadora. Con ella era posible hablar seriamente o de asuntos verdaderamente serios, pero siempre con la sensación de que la risa estuviera a punto de triunfar. Era un hechizo con el que nunca había soñado y que aún recuerdo con ternura. Fue —y sigue siendo— el amor de mi vida. Seguro que los freudianos tendrán algo que decir acerca de un hombre cuyo amor queda fijado a la edad de veinticuatro años y nunca desaparece, por más que pasen el tiempo y las circunstancias, en el resto de su vida. Pero hay cosas que los freudianos ignoran y que solo conocen quienes se han alimentado de la miel y la leche del Paraíso.

*Fausto* es desde hace tiempo la delicia de los eruditos. Por mucho que Goethe protestara afirmando que no era una obra filosófica que contuviera ningún «mensaje» sino que, efectivamente, era obra de un poeta que, como Shakespeare, estaba por encima de tales preocupaciones y solo pretendía escribir lo que le inspiraba su musa, los eruditos no podían dejarlo así. Todos los intelectuales de Toronto capaces de leer alemán espiaban nuestros ensayos, y a veces sus disputas detrás del escenario nos distraían tanto que el director tuvo que amenazarlos con echarlos a la calle. El arte siempre está en peligro en las universidades, donde hay tantos jóvenes y viejos que aman menos el arte que la discusión, e idolatran los textos que proporcionan el alimento necesario de los eruditos.

*

—Mervyn, viejo amigo —llama el director desde su mesa en el auditorio—, ¿puedes darle más agilidad?

—Trato de que se trasluzca *el pensamiento*.

—Bueno, deja que el pensamiento se cuide de sí mismo. Dale más dinamismo.

—Lo que tú digas, viejo.

Y Mervyn, mohíno, declama de forma atropellada.

*

—Esto, por supuesto, no se parece a Goethe. ¡Han cortado tanto! ¿Se ha fijado?

—Naturalmente. Conozco bien la obra. Pero ¿qué esperaba usted de la gente de teatro?

—Claro que el mismo Gran *Geheimrat* era persona de teatro. Se ocupó del teatro de la corte de Weimar durante veinte años. ¿Lo sabía?

—Naturalmente que lo sé. ¿Por quién me toma? Si me permite la expresión, he mamado a *Fausto* con la leche de mi madre. Pero nunca montó ninguna de sus obras. Tenía que ofrecer basura para divertir a la corte. Dimitió al final para no representar *Le chien de Montargis, ou la forêt de Bondy*.

—Perdón, ¿cómo ha dicho?

—*El perro de Montargis,* de Pixérécourt. ¿No lo conoce? Bien, es el drama de un perro, donde un perro travieso desenmascara al villano. Goethe no lo quiso. No le gustaban los perros.

—Ah, ya veo. No lo estudié en mi curso.

—De lo que me quejo es de lo mala que es la traducción. Y, como usted dice, es una mariconada cómo la han cortado.

—Calle, hay señoras que pueden oírnos.

*

—La chica Conor, ¿sabes?, no me gusta. ¿Crees que se acuesta con Forsyth?

—¿Con una muchacha? Estás loco.

—Hubiera preferido a Dulcy Maule. La han arrinconado en ese papel miserable de Lieserl.

—Su esposo, el Viejo Decorum, piensa como tú.

—¿Por qué lo llamas así?

—Porque es un tío raro. No está mal con Galsworthy, de eso sabe algo. Pero también por Dulcy, ¿no lo ves? Dulcy et Decorum. ¿No lo captas?

—Me temo que no.

—Bueno, ¿te acuerdas de *Dulce et decorum est pro patria mori*?

—¿Qué es eso?

—Horacio. Creí que todo el mundo lo sabía. «Dulce y honrado es morir por la propia patria.»

—Pero ¿qué tiene que ver eso con los Maule?

—¡Por Dios! *Dulcy* y *Decorum.* Porque ella se llama Dulcy, dulce, y él es tan decoroso. ¿No lo ves?

—Pues si me lo preguntas, no le encuentro la gracia.

—Desde luego que no te lo preguntaré.

*

—Estoy seguro de que estás de acuerdo con lo que digo: intentan la *Walpurgisnacht* y omiten por entero el *Proktophantasmist,* el alma de todo. ¡Desaparecida! Semejante omisión hace que toda la escena, quizá toda la obra, sea un puro engaño. No vendré. Por lo menos, no asistiré al estreno.

—Reflejar adecuadamente el *Proktophantasmist,* en toda su comprensión, está por encima de sus posibilidades.

—Si me lo hubieran pedido, yo mismo lo habría intentado... ah, ¿cómo es la palabra?... *dazwischenkommen...* a pesar de mi gran modestia... ¿Cómo se dice *dazwischenkommen*?

—¿Interrumpir? ¿Intervenir? En fin, un poco más de modestia no le vendría mal. Y se hubiera tenido que afeitar la barba.

—Porque, para Goethe, una barba era... ¿cómo era? Una gilipollez.

—*Sehr Umgangssprache*.

*

Por fin se representó *Fausto* y tuvo una buena acogida, porque demostró que el Gremio de Comediantes era realmente un grupo serio, dispuesto a traer a Toronto el mejor teatro en una época en

que las compañías inglesas y de Estados Unidos venían con menor frecuencia a causa de los costes del viaje y la dura competencia del cine. Se elogió la imaginación de la puesta en escena, hecha con decorados evocadores de Núremberg, la cocina de los brujos, la prisión de Margarita y todo cuanto se quiso, puestos de pie frente a cortinas iluminadas con gran arte, dando «impresiones» más que crudas «representaciones». La música, a cargo del gran DeCourcy Parry, mereció alabanzas. El pobre Mervyn Rentoul fue destrozado por los críticos, que lo consideraron «acartonado». No sabían lo difícil que era no «acartonarse» en el escenario al lado de Darcy Dwyer, que se llevó todos los elogios por su interpretación de Mefistófeles. Nuala Conor fue aclamada como un nuevo hallazgo del Gremio de Comediantes, y hubo comentarios poco galantes acerca del cambio favorable de actrices, y es que los críticos no entienden de caballerosidad. También yo, inesperadamente, recibí elogios en uno de los periódicos, aunque no en términos que me llenaran de gozo.

Con papel definido aparecí solo en una escena, al principio de la obra. Fausto se ha retirado y ha dejado su toga, que se pone Mefistófeles cuando recibe a un estudiante que ha venido a pedir consejo sobre sus estudios. El estudiante es el típico bicharraco, habitual en cien universidades de nuestros días. Acepta todo cuanto le dice el diablo. Y, antes de marcharse, pide al supuesto sabio que le escriba algo en su libro. Tuvimos muchas discusiones inútiles sobre qué libro debía ser este. ¿Sería un álbum de autógrafos? De ninguna manera. Probablemente un libro de Aristóteles. Según el texto, Mefistófeles lo coge y escribe en él. Pero aquí, Darcy tuvo una de sus mejores ocurrencias. Cogió el libro y escupió sobre él. Nada de un escupitajo simulado de teatro. Un salivazo real. Y cuando el estudiante toma reverentemente el libro, lee lo que dice: *Eritis sicut Deus, scientes bonum et malum.* Por arte de magia, la saliva satánica ha escrito las palabras dirigidas a Eva: «Sé como los dioses, conoce el bien y el mal». El estudiante sale embelesado y lleno de gozo.

Lo que escribió el crítico del *Mail* de Toronto fue: «El señor Jonathan Hullah dio una verdadera imagen gótica del estudiante,

pero quizá no fue un acierto del director incluir su semblante arqueológico en las escenas subsiguientes».

Desde aquel día, Nuala no me dejó que olvidara mi semblante arqueológico. ¿Qué quería decir con eso? ¿Alto? ¿Huesudo? ¿De nariz grande? Aceptaba que fuera medieval más que clásico y así lo he entendido hasta hoy. Y es cierto que en la escena de la *Walpurgisnacht* figuré en el coro de brujos, desnudo hasta la cintura y pintado de verde. No logré convencer a Angus para que me pintara yo solo; le gustaba frotarme el pecho y no tuve valor para negarme, aunque cuidé de que no pasara de ahí.

Las consecuencias del *Fausto* fueron que el decano de la Facultad de Medicina me llamó a su oficina. Se comportó paternalmente. Al parecer, esperaba mucho de mí. Yo era una esperanza poco corriente y ahora, en mi cuarto año, pasaba un momento crítico en mis estudios. Había desperdiciado demasiado tiempo —oh, muy encomiable y a él mismo le agradaba ver que un estudiante tuviera otro tipo de intereses—, pero me aconsejaba que me olvidara del Gremio de Comediantes hasta que terminara mis estudios de medicina y me hubiera asegurado un porvenir como médico. Incluso entonces, añadió, un médico debe cuidar su apariencia ante el público. Aquello del teatro no era muy serio o, al menos, parecía no serlo. Estaba seguro de que yo lo comprendería y que me lo decía porque se preocupaba por mi futuro.

A pesar de que me doró la píldora, lo tomé como una orden. Clava los codos en la mesa y aprueba los exámenes con honores, y si puedes, sé el primero de la Primera Clase.

A Nuala no la trataron tan amablemente. Las mujeres escaseaban todavía en la Facultad de Medicina y le enviaron una nota, advirtiéndole que si sus verdaderos intereses estaban en el teatro, se dedicara a otras cosas que fueran más adecuadas para su futuro.

Comparamos el trato recibido, maldecimos a nuestros padres y superiores e hicimos lo que nos dijeron.

12

Fuimos amantes en el sentido pleno de la palabra. En el sentido pleno que nos permitía que ella viviera en una residencia femenina y

yo en una pensión. Pero el amor siempre encuentra una salida, y la nuestra era que, siempre que podíamos, que nunca era más de una vez cada tres o cuatro semanas, tomábamos una habitación en el hotel Ford para pasar la tarde del sábado, y aquello era una bendición del cielo hasta que nos levantábamos para ir a cenar, habitualmente en el Child's, que era bueno y barato. En las grandes ocasiones íbamos al restaurante de la señorita Millichamp, en Bloor Street. Tenía buen corazón y creo que nos daba mejores raciones a los estudiantes.

Según me contó Nuala, su padre era abogado en Cork y la familia, al parecer, estaba en una buena posición. Cuando decidió estudiar medicina, sus padres, con el corazón católico en un puño, le dieron permiso, e incluso accedieron a que estudiara en Norteamérica y no en Dublín o en Inglaterra. Los había persuadido de que Norteamérica estaba más avanzada en medicina o en educación médica que las Islas Británicas. Pero los padres pusieron una condición: podría estudiar en Canadá, pero no en Estados Unidos, donde una muchacha podía olvidar más fácilmente la educación recibida de las monjas. ¡Una hija científica! Los Conor estaban medio atemorizados y medio orgullosos. Sin embargo, ella me confió que el catolicismo de los padres estaba degradado por la educación y el dinero; querían que ella siguiera siendo firmemente católica, como medio de proteger su virtud, pero ellos mismos no eran lo que se dice unos fieles hijos de la Iglesia.

La llevé a Saint Aidan y declaró que las ceremonias eran *maravillosas,* muy por encima de las simplicidades del rito romano; no se rio, pero cuando lo dijo vi un inconfundible pestañeo en sus ojos, lejos de la vulgaridad de un guiño irlandés al estilo de Hollywood. ¿Creía realmente el padre Hobbes que el pan y el vino de la comunión se convertían en sangre y cuerpo de Cristo? En Irlanda, solo unos pocos toman eso *cum granus salis,* aunque, como es natural, nunca delante del cura o de la gente ineducada que se complace en creer en esas cosas. Qué *maravilloso* encontrarse con lo mismo en Canadá, y en una iglesia que no era del todo —bueno, no, de ninguna manera— la verdadera Iglesia. Oh, claro que entendía por qué tanta gente no quería ser católica, porque eso

significa tragarse al Papa (y al decirlo hizo el gesto de atragantarse), ese viejo querido Pío XI. ¿Sabías que su verdadero nombre es Achille Ratti, y que cuando llegó al pontificado, la familia Ratti, de pronto, nadó en la abundancia? ¿Granjas de pollos y todo eso? Seguro que fue un milagro que hizo Dios, dejando caer sus dones sobre la familia de su vicario en la tierra. La *burla seca*.

Creo que nuestro amor se vio favorecido por nuestra necesidad de estudiar y trabajar duramente. Dedicar al amor todo el tiempo de que uno dispone puede ser idílico durante un verano, pero lo mejor es gozar del amor espaciadamente. Además, Nuala volvía a Irlanda cada verano, porque quería mucho a sus padres y estaba resuelta a regresar a su patria para el resto de su vida una vez obtenido el título de medicina. De esto no hablamos. El tiempo lo diría. La añoraba durante estas ausencias veraniegas, le escribía y la amaba más que nunca, porque la abstinencia aguza el apetito.

De este modo, Toronto fue para nosotros una ciudad santificada por nuestro amor, pero en mis visitas al piso de Dwyer conocí otro lado de la Ciudad de las Iglesias. El papel de Mefistófeles afectó sobremanera a Darcy. Siempre le había gustado hacer de diablo y ahora su manía llegaba a ser aburrida.

El pecado era su gran tema. ¿En qué consistía? ¿Cómo se podía identificar en un mundo cuyas opiniones sobre él eran tan diversas? Tomó el camino teológico: el pecado era la desobediencia consciente a la voluntad divina. Ah, pero ¿cómo podíamos conocer la voluntad de Dios?

Jock tenía su propia respuesta. Se declaró el último maniqueo. Creía que el mundo era el campo de batalla entre las fuerzas del Bien y del Mal, y que el mal, el pecado, era una realidad palpable y no un capricho de la mente. El Demonio era el enemigo adecuado de Dios. Discutían acerca de esto; unas veces resultaba interesante, y otras, aburrido. Era Jock, el autodeclarado experto en el pecado, quien exigía demostraciones prácticas y, en busca de pruebas, él y Darcy recorrieron noche tras noche las calles de Toronto tratando de encontrar el pecado.

Jarvis Street era uno de sus habituales destinos. En un tiempo había sido una calle residencial de moda, pero entonces era el lugar

de caza de las putas de Toronto. Cuando acompañaba a estos dos investigadores me preguntaba por qué las personas piensan con tanta facilidad en el sexo cuando hablan del pecado, y por qué parece ser cosa de la oscuridad. Mis entusiasmos freudianos tenían mucho que decir sobre el tema, pero mantenía mi boca cerrada porque quería ver lo que aquellos lunáticos podían revelarme en sus correrías nocturnas.

Había veces que Jock entablaba conversación con una puta y le preguntaba sobre su oficio. Por supuesto, la puta, tomándolo por un cliente, contestaba lo mejor que sabía, hasta que descubría que solo le interesaba charlar y algunas veces se ponía a insultarlo y teníamos que salir corriendo. Su «amigo», gritaba ella, ya se ocuparía de nosotros. ¡Hijos de puta! ¡Hacer perder el tiempo a una muchacha! ¡Entrometidos!

Otras veces, Jock trataba de pagar por su información, pero como tenía un mísero salario de maestro de escuela, prefería pagar en especie. Especie que, para él, tomaba la forma de bolsitas de caramelos de menta y que ofrecía a la informante elegida con una inocencia conmovedora.

—Toma un caramelo, querida —decía acercándose a una mujer gorda, demasiado perezosa para cocinar y demasiado estúpida para hacer algo en una oficina—. Habla conmigo un poco. Déjame hacerte unas pocas preguntas.

Por supuesto que pronto se hizo famoso. Cuando se acercaba a las muchachas, le solían gritar: «¡No quiero tus malditos caramelos!». Y le daban la espalda. Una y otra vez se oía el aviso: «¡Aquí viene el tío de los caramelos!», seguido de una risotada que según Darcy tenía un tono inequívocamente pecaminoso. Había veces que aparecían hombres, chulos sin duda, y teníamos que irnos a toda prisa.

Darcy no se acercaba a las putas. Su disgusto por la sexualidad femenina, que nunca mostraba con sus amigas, se hacía casi palpable cuando veía a estas trotonas, absolutamente repelentes salvo para algún apetito desesperado. Mientras Jock intentaba sacarles confesiones a cambio de caramelos, Darcy y yo permanecíamos alejados y, con nuestros abrigos oscuros, no es de

extrañar que las putas nos tomaran por confidentes de la policía, o quizá por la policía misma, agentes desconocidos disconformes con el dinero y el oficio.

Darcy no era tan simple como yo pensaba. Lo cierto es que el simple era yo, pensando que mi amigo solo aprendía en su trabajo las fluctuaciones de los cambios de moneda. Sabía de créditos y sabía de valores inmobiliarios y de hipotecas. Su banco tenía algunas hipotecas que tenían su importancia en la investigación del pecado.

—¿Qué ocurre en esas casas? Oficialmente no lo sabemos. Pero si un banco solo supiera lo que procede de fuentes oficiales, duraría poco. La facilidad con que se pagan las hipotecas ya es bastante para despertar sospechas. Los que pagan tan fácilmente, incluso antes de fecha, una de dos: o pertenecen al escaso grupo de personas escrupulosamente honradas, que es raro que se hipotequen, o son aquellos que no quieren investigaciones o preguntas.

»Tenemos por lo menos una hipoteca sobre una casa que ofrece niños y niñas (menores) a clientes interesados. Hay personas, no muchas, pero bastantes, que alquilan sus hijos a esa casa y cogen el dinero sin decir palabra. Por supuesto que si el niño o la niña resultan dañados hay que pagar un montón de dinero, pero ese aspecto está previsto. ¿Sabías, Pyke, que hay un doctor que ejerce en esos sitios? Como es un drogadicto, la práctica normal de la medicina está fuera de su alcance, pero hace sus curas y remiendos en unas cuantas mancebías, donde algún que otro ciudadano honorable puede resultar un poco violento. No es la mejor manera de ejercer la medicina, pero así saca lo necesario para pagarse su vicio. Curar a un niño maltratado cuesta un pico.

»Y hablando solo de lo que sabe mi banco, hay por lo menos otras dos casas donde ofrecen sadomasoquismo a la carta. ¿Quieres que te aten con correas a una cama y te zurre una fulana desnuda? Eso tiene su precio. ¿Que eres tú el que quiere zurrar a la fulana desnuda? Es caro, pero posible. ¿Solo quieres una charla sucia, porque tu esposa es un pilar de la sociedad y no permite que digas "¡mierda!" cuando te pisan un callo? Hay una locutora sucia, nada imaginativa, pero tampoco lo son sus clientes, que te dará quince

minutos de basura por treinta dólares; se sienta detrás de un biombo, porque si la vieran no excitaría ni a un gorila. La verdad es que esa mujer podría ser una gran hetaira si tuviera lo que hace falta, cosa que no creo que tenga. Pero si dominara el lenguaje sugerente del sexo, podría exigir a los voluptuosos del lenguaje cien dólares por media hora de charla. ¿Cuántas mujeres de estas conocen la putería del lenguaje, el lenguaje de Théophile Gautier, por ejemplo? ¡Qué espléndida carrera tendrían por delante, sin necesidad de recurrir a la violencia del catre!

—Eso puede darse en Europa —dijo Jock—, pero lo veo más difícil en este continente. Los americanos han marchitado la lozanía del idioma inglés. Una vez conocí a una mujer que era capaz de que un hombre se corriera en diez minutos solo con hablarle. Vivía en Winchester, no muy lejos de donde vivió Jane Austen. Una verdadera hechicera.

—Esa es la auténtica *fellatio*, la auténtica putería de la lengua. Jane Austen, con un sentido del lenguaje más bello que el de muchos poetas famosos, en otras circunstancias podía haber sido la gran experta del lenguaje sucio y al más alto nivel. Pero no debemos quejarnos de lo que tenemos. En cuanto al pecado, Toronto no se ha quedado a la zaga.

—Pero ¿por qué solo el pecado sexual? —dije yo—. Con toda seguridad es solo una parte, quizá una parte pequeña, de lo que llamamos pecado.

—Oh, sin duda. Pero es la parte que más gusta a la gente. El pecado financiero es abominable, pero exige saber economía para entenderlo. Es cruel y desastroso para otros, pero le falta dramatismo, a no ser que termine en suicidio.

—Ciertamente hacéis que mi búsqueda con caramelos resulte ridícula —dijo Jock, y volviéndose a Darcy—: Tú has establecido cómo funciona el buen pecado sexual en esta ciudad. No cabe duda de que aquí se respira el espíritu de Ahrimán, digamos que a fuego lento. Pero ¿por casualidad tu banco no tiene una hipoteca sobre una casa de pepinos?

—No sé qué quieres decir.

—Ah, bueno. Ya te he dicho que pasé un tiempo en la Marina francesa, pocos meses antes de que regresara a Inglaterra en 1914 con la Marina rusa. Mis compañeros oficiales rusos fueron muy amables conmigo. Me presentaron a sus novias y a sus amantes, muchachas muy guapas en ambos casos. Yo ya había tenido alguna experiencia con el placer comprado en Francia y fue allí, efectivamente, donde descubrí que regalar bombones a una *fille de joie* puede hacer maravillas en un burdel elegante. Lo que cobran y las peladillas dan un entusiasmo especial a su actuación. Esa era la razón que había detrás de mis caramelos de menta. El caramelo es la réplica de Toronto del bombón parisino, ¿no os parece? Pero en San Petersburgo me encontré con algo que nunca había soñado. Ahrimán estaba allí, y al rojo vivo.

»Una noche, después de una cena de rancho, todavía con nuestros uniformes, gorras y cascos de todo tipo y suficientes dorados como para tener ocupada a la sastrería de Stanislavski durante un mes, unos jóvenes aristócratas rusos (o, por lo menos, de buena familia), me preguntaron si quería conocer un nuevo juego. ¿Un juego de artillería? Por supuesto que quería. Y nos fuimos a una casa en un barrio tranquilo y enseguida nos llevaron a una sala decorada con ese horrible estilo de dorados y encajes, donde un par de chicas, vestidas tan solo con medias y zapatos, nos ofrecieron champán. Ya estábamos hartos de champán, así que pedimos coñac y lo bebimos en abundancia. Y luego vino el juego de la artillería. Una de las muchachas se tendió sobre una larga mesa, mientras la otra sacaba un pepino y lo cortaba hábilmente, de tal modo que un extremo terminaba en afilada punta y el otro seguía en su verde natural. Luego introdujo el pepino en la vagina de la muchacha echada, que estaba con las piernas separadas y las rodillas en alto y todo estuvo listo para el juego.

»Consistía este en un concurso en el que cada uno de nosotros, por turno, golpeaba el vientre de la muchacha echada en la mesa con el plano de la espada y, comprensiblemente, al recibir el golpe, se contraía y expulsaba el pepino que atravesaba la habitación. Entonces, la otra muchacha marcaba con tiza en la alfombra el lugar donde había caído el pepino con las iniciales del hombre que había

dado el golpe. Así lo hicimos todos y, al final, el que alcanzó la distancia mayor fue el vencedor. El premio era no pagar nada, y los demás tuvimos que pagar el coñac y el concurso. Era mucho dinero y cuando miré el vientre de la muchacha que hacía, por así decirlo, de cañón, comprobé que se lo había ganado con creces.

»Por supuesto que lo he relatado muy sucintamente, pero el espíritu de Ahrimán flotaba en aquella habitación. El humo del tabaco, el olor de la bebida derramada, el grito de triunfo cada vez que se anotaba la marca, formaban algo que yo nunca había experimentado, ni siquiera en la guerra. Eran la charla y las risas del infierno. Fue aquella noche cuando me hice maniqueo. A punto de irnos, el líder de nuestro grupo cogió a la muchacha que había hecho de cañón y la besó apasionadamente. Yo estaba detrás de ellos y vi la mirada de la muchacha. No era de asco o de degradación, ni poseía la brutalidad de lo que acababa de ocurrir. Mostraba solamente la resignación a su destino pecaminoso, y solo duró un instante, antes de adoptar la falsa alegría de la puta comprada.

»Puedo aseguraros que aquello me abrió los ojos, aún recuerdo la escena, sobre todo cuando la gente habla del placer sexual. ¿Para quién es placer? ¿Quién puede decirlo con certeza?

—Dime, Jock —preguntó Darcy con una expresión acalorada que nunca le había visto antes—. ¿Había sangre en el vientre de la muchacha? Aquellas espadas debían de estar afiladas.

—Lo estaban, pero golpeábamos con el plano de la hoja. Creo que había uno o dos un poco fuera de sí y le hicieron un par de rasguños. Cuando nos fuimos se estaba frotando con algo.

—¿Qué puesto ocupaste?

—De los siete, yo fui el tercero. Cuando uno juega a algo, trata siempre de ganar.

Darcy había bebido mucho whisky.

—Te contaré una historia —dijo— de cuando Estambul era todavía Constantinopla, hace ya muchos años.

Y nos contó algo de un bajá o un noble que para divertirse ofreció un espectáculo repugnante con una esclava (se cree que no hay esclavas, pero sí que las hay), un asno y un higo maduro. Quizá

lo hubiera creído si no hubiera leído el mismo cuento en Rabelais. La insistencia de Darcy en no ser menos malvado que cualquier otro le hacía caer en estos descuidos. Creo que Jock ya había oído aquella historia antes y en otras circunstancias y, sin ningún miramiento, se puso a dormir mientras Darcy relataba su cuento de tiranía e indecencia.

13

—Ya conoces a mi padrino, el doctor Jonathan Hullah.

—Hace años que nos conocemos, Gil. Cuida de mis caprichosos pulmones. Fíjate si soy respetuoso que lo llamo «doctor» siempre que puedo.

—Supongo que tú, tío Jon, conoces lo que escribe Hugh en el *Advocate*.

—Claro que sí. Suelo leer lo que escribe y soy un admirador suyo.

—Dios mío, Gil, vaya sociedad de admiraciones mutuas que hemos descubierto —dijo Esme—. ¿Y no lees lo que yo escribo?

—Me parece que leo más *acerca* de ti que lo que escribes. Has levantado mucho revuelo en el movimiento feminista. Y no has venido a verme desde hace... dos meses por lo menos.

—La serie de *El Toronto de ayer* está de momento guardada en el cajón —dijo Esme—. Gil cree que no interesa.

—Nada de eso —replicó Gil—. Pero da la impresión de que se trata de una serie de recuerdos. Y, después de todo, somos un periódico, no el archivo del Dominio.*

—Supongo que es culpa mía —dijo Hugh McWearie—. Quizá sobrevaloro la curiosidad y paciencia de nuestros lectores.

—Eso lo debes a tu formación en el *Scotsman* —dijo Gil.

—Y por eso el *Scotsman* inició tan pronto la cuesta abajo —dijo Esme—. Y tuvo que ser salvado y puesto otra vez en órbita por un nuevo propietario. Un canadiense, permíteme que te lo recuerde.

—¿El que dijo que ningún periódico debe ser más inteligente que sus lectores? ¿No era Mencken?

—Eso ya no es verdad —dijo Gil—. La televisión es la que se encarga ahora de divertir a los majaderos. La prensa tiene hoy

propósitos más elevados.

Y empezaron a pelearse. Esme acusó a Gil de querer hacer del *Advocate* (o de la parte de que era responsable, Artes y Libros) algo parecido al *New York Times*, y nadie le apoyaba. McWearie cantó las alabanzas de lo que había sido el *Manchester Guardian,* rechazando su estado actual. Gil insistía en que era posible que un periódico fuera al mismo tiempo serio, popular y legible; todo consistía en conseguir periodistas que supieran *escribir.* Yo permanecí al margen de la discusión porque no sabía nada de periódicos ni de lo que pueden hacer y me dediqué a pensar en aquellas personas que me habían invitado a cenar un sábado. Aquellas personas no tenían «noches de domingo»: tenían que preparar el periódico del lunes.

Conor Gilmartin, mi ahijado; hijo de Brocky, mi amigo de la juventud, ahora un honorable catedrático en Waverley y autor de un puñado de libros influyentes sobre crítica literaria. E hijo de la esposa de Brocky, Nuala, la que fue el amor de mi vida y ahora es mi amor frustrado, lo cual no es tan lastimoso como suena, porque todo hombre anciano (y yo, estadísticamente y por voluntad del gobierno, ya soy un anciano) debe tener un amor frustrado; aparece con las arrugas del rostro y el pelo en las orejas. Un hijo que quizá sea de mi sangre, porque aunque nunca lo he hablado con Nuala, es una posibilidad; ciertamente, su cuerpo alto y delgado es como el mío, muy diferente al poni galés rechoncho que es su supuesto padre; incluso tiene mi nariz, grande. Mi hijo. ¿Lo miro con ojos nublados, anhelando abrazarlo y reclamarlo como mío? No, no lo hago. Las cosas están bien como están.

En este apartamento ha formado su hogar con su reciente esposa Esme. Parece caro y está lujosamente amueblado en el estilo que supongo gusta a Esme. Todo es bueno, pero no distinguido. Los muebles antiguos conservan el sello de la tienda de antigüedades de moda; son de entre 1760 y 1820, pequeños, delicados, frágiles: no pueden usarse. Los modernos tienen el aire práctico de su época, que es 1985, y son agradables, pero impersonales, como los empleados de un buen hotel. No hay buenos cuadros. Quiero decir del tipo que yo tendría en mi casa. Son acuarelas canadienses, de esas que cuestan entre trescientos y cuatrocientos dólares, y en las

paredes de color desvaído producen una nota desvaída. Si hay libros deben de estar en otra habitación y, como Gil y Esme son escritores y él tiene antecedentes literarios por encima de lo común, ha de haber libros en alguna parte. Es gente joven, o juvenil, y yo soy un viejo carcamal con ideas prehistóricas sobre lo que debe rodear a un hijo mío.

Es el lugar apropiado para Esme. Tiene la suficiente educación para tener algunas chucherías antiguas, pero no está lo suficientemente bien educada para tener un gusto determinado. El mobiliario moderno refleja perfectamente su personalidad, porque es bueno, bien hecho, funcional y agradable, aunque diseñado convencionalmente, pero, sin cambiarlo en lo más mínimo, podría pertenecer a cualquiera de las miles de jóvenes profesionales de Toronto. Los cuadros son los de alguien que reconoce la necesidad de tener pinturas «hechas a mano», pero a quien la pintura le importa un pito. Sin embargo, las bebidas y la comida son excepcionales, y Esme las trae y las lleva de la mesa sin darse importancia. No hay ninguna actitud «melindrosa» en demostrar la elección de la comida o el vino. Esme tiene buenos modales al estilo moderno: es abierta, práctica, pero se ocupa verdaderamente de lo que un invitado puede querer o necesitar. Una chica con mucho de positivo (incluido su aspecto agradable) y algunos inconvenientes, como tantas otras. No me gusta que me llame tan a menudo tío Jon; no es ni siquiera de mi familia política y cuando me llama así la veo como una intrusa.

¿Por qué? ¿Por qué siento este disgusto por Esme, un disgusto que trato de combatir como irrelevante y potencialmente perjudicial? ¿Por qué la miro y la escucho, esperando sorprenderla en alguna frase desdichada, en algún solecismo sin importancia, en cualquier falta? ¿Es porque sé que sus padres son humildes? Si así fuera, una granja bien llevada en Saint Catharines no sería humilde en nuestra sociedad igualitaria. ¿Es que yo, el muchacho de Sioux Lookout, me he convertido en un esnob de Toronto? Qué pensamiento tan horrible. ¿Por qué no puedo tratarla en mis pensamientos con la misma cortesía que a mis pacientes? Pero estoy convencido de que mi conducta hacia ella está dentro de los buenos modales. Me digo a

mí mismo que yo, como el doctor Samuel Johnson, estoy tan bien educado que soy innecesariamente escrupuloso.

En cuanto a Hugh, fui sincero cuando dije que leía sus artículos en el *Advocate.* Escribe como una persona culta que sabe enseñar a sus lectores sin caer por eso en el paternalismo. Escribe sobre religión de una forma distinta a la de otros periodistas que se burlan de ella, como si no mereciera la mesura que emplean para referirse a la ciencia, la erudición, la política o las artes; ha mantenido la cabeza firme entre tantos escollos y trata a los fundamentalistas como a seres humanos y no como a seres primitivos dignos de lástima o merecedores de burla. En fin, un periodista de primera línea.

El tiempo no ha hecho nada que cambie su apariencia de dispepsia crónica (come como un refugiado al salir de un campo de concentración), sus trajes arrugados y manchados de comida, su corbata que es un harapo y sus zapatos están rozados. Pero ¿qué importa? Si le dicen que parece que no se lava ni se cepilla el cabello dirá que un pelo tan fino no exige cuidados. ¿Y qué importa si parece que sus gafas hayan caído en el puré de patatas y no las haya limpiado bien? La espléndida fluidez de su conversación, su amplitud de ideas, la originalidad de sus frases, sus bromas intencionadas y su hermoso acento edimburgués hacen que todo lo demás carezca de importancia. Es un conversador que habría hecho las delicias del viejo Rhodri Gilmartin y por eso no me sorprende que sea amigo íntimo de su nieto.

—Gracias, sí, un poco más de riñones, Esme, por favor. ¿Los has preparado tú misma? Ah, chica lista, que no le importa meterse en la cocina. ¿Más vino? Oh, sí, con mucho gusto. Es un Beaune estupendo, justo lo adecuado para acompañar la carne. Gil, nosotros, los solteros, pocas veces cenamos tan bien. Envidia nos dais los casados, ¿verdad, doctor Hullah?

—Sí, sí, ciertamente.

—No te quejes, Hugh —dijo Gil—. Con la cantidad que te pagamos podrías cenar así todos los días. ¿Por qué no lo haces?

—Es mi innata frugalidad caledoniana, querido amigo. Me duele gastar el dinero en mí mismo. Estoy convencido de que es algo que

está en el aire de Escocia. Y eso que no soy un escocés corriente. Mis padres gozaban de buena posición, porque mi padre era jefe de policía y había heredado algunas propiedades. Un hombre prudente. En mi niñez gocé de todas las comodidades razonables y de no pocos lujos. Mi educación estuvo a un nivel alto; estoy orgulloso de haberme licenciado por Saint Andrews. No he tenido dificultades para encontrar trabajo y siempre me han pagado bien, aunque te aseguro, doctor Hullah, que no con la liberalidad que según Gil paga el *Advocate.* No, mi vida ha sido una vida mimada comparada con la de los escoceses ordinarios. Pero, aun así, soy más tacaño que el diablo y desprenderme del dinero me es más que dar mi sangre, es como prescindir de mi médula. Creo que debe de ser el aire del norte de Tweed. Guardamos peniques igual que los belgas comen carne de caballo: debe de ser algo que llevamos en los genes. ¿Es extravagante lo que digo?

—Parece que es tu única extravagancia, Hugh —dijo Esme—. Ayúdame a llevar los platos y déjame mirar el suflé; algo me dice que ha llegado el momento de que me preocupe por él.

—Con mucho gusto.

Tal galantería con Esme sorprendía en un hombre tan desarreglado.

Me gustaría encontrar la razón de por qué no me gusta del todo Esme. No, eso está mal dicho. Me gusta bastante; la encuentro sexualmente atractiva, lo cual es un disparate en un padrino, pero he de ser sincero en este diario íntimo. Es que no me fío de ella y de nuevo no sé decir por qué. Quizá sea que temo alguna trampa que me obligue a decir algo confidencial sobre el asunto de Saint Aidan que yo no quisiera hacer público. Y cualquier cosa que Esme sepa, tarde o temprano se hará pública. El chismorreo es su forma de conquistar.

La cena es excelente. Una sopa buena y ligera antes de los riñones, sustanciosos, pero sin excederse. Nos tomamos una ensalada mientras Esme daba los últimos toques al suflé, que luego resultó perfecto. Gil, después del Beaune, trajo coñac y la charla versó sobre *El Toronto de ayer,* retrasado, según los otros, por culpa de él.

—Tan pronto como Gil nos dé luz verde, iré a verte, tío Jon —dijo Esme.

—Pero ¿por qué a mí en particular? No soy un experto en la historia de la ciudad.

—Más que historia, lo que buscamos es atmósfera —dijo Gil—. Este sitio ha cambiado espectacularmente en el último siglo. El ambiente casi colonial de 1900 ha desaparecido casi por completo.

—No, no —dijo McWearie—, sigue ahí si sabes buscarlo.

—Sí, pero ¿dónde? —siguió Esme—. Lo sé porque la gente me dice que las costumbres sociales que eran obligatorias ya no existen, pero cuando pregunto cuáles, mascullan entre dientes y dicen que no recuerdan. Es obligación ineludible de todos recordar en la medida de lo posible cuanto ha llegado a sus oídos.

—Yo recuerdo dos damas encantadoras —dije—, ya entradas en años, propietarias del último coche de caballos de Toronto. Me parece que todavía se las veía por las calles en 1930. Supongo que los caballos han muerto. Pero recuerdo que las señoritas MortimerClark decían a quien quisiera oírlas que el Toronto que ellas habían conocido había desaparecido para siempre. «Fíjate», decían, «la gente tiene ahora la costumbre de cerrar con llave cuando salen de casa. Como si fueran a entrar extraños. Y si así fuera, para eso están los criados, para impedirlo.»

—Sí, yo también he oído historias curiosas —dijo McWearie—. ¿Conocéis Saint George Street? Llena de mansiones decadentes que hoy son clubes de estudiantes. Bueno, pues alguien me habló de una cena a la que asistió en uno de esos palacios de la plutocracia, aunque era la esposa la que llevaba los pantalones y el marido era un clérigo que ocupaba un segundo plano en la familia. Decía mi amigo que fue una fiesta de punta en blanco, ya rara en aquellos días. Me parece que en 1925. Eran veinte los invitados y comieron y bebieron de lo mejor. A la hora de los postres, llamaron a la puerta. «Adelante», dijo la anfitriona, y entró una muchacha diminuta, vestida de blanco, que dijo: «Mamá, ¿puedo quedarme aquí contigo y con tus invitados?». Y la mamá dijo: «Por supuesto, querida; ven y siéntate a mi lado».

»¿Habríais imaginado alguna vez que se trataba de una fiesta de presentación en sociedad? ¿Y que esa fue la manera de presentar en sociedad a la pobre niña? ¿Y que ella era la única en el salón que estaba por debajo de los cuarenta años? Decidme si eso no es un rito tribal.

—Hugh —dijo Esme—, esa historia te la acabas de inventar.

—Ni una coma. Si quieres, mañana te envío una transcripción notarial.

—¡Caramba!

—Todos esos ritos se han acabado —dijo Gil— y también muchas cosas buenas.

—No del todo —dijo McWearie—. Los húngaros aún los conservan. Hacen un baile anual en el que presentan a sus hijas, a falta de la realeza, al gobernador general. Pero me parece que también va desapareciendo. Algunas de las muchachas se desbocan.

—Ya lo ves, Esme —dije yo—, Hugh es el hombre con quien debieras hablar del Toronto de ayer. Sabe mucho más que yo. Yo nunca tuve acceso a esos círculos exaltados de los que él habla con tanta autoridad.

—Ah, pero tú conociste a la comunidad artística —dijo Gil—. A pintores y, sobre todo, a músicos. Acostumbrabas a reunirte con ellos los domingos por la noche en casa de Las Damas. Se lo has contado a mis padres.

—¿Las Damas? —dijo Esme—. ¿Qué Damas son esas?

Metafóricamente, se dice que la gente «aguza los oídos» y juro que vi estremecerse a Esme bajo los cabellos.

—¿No has oído hablar de Las Damas? —dijo McWearie—. Claro, eras una niña, Esme, apenas salida del cascarón. Las Damas eran algo característico de la vida de Toronto, Dios sabe durante cuántos años. Y tú, doctor, eras su inquilino, ¿verdad? Tu clínica estaba dentro de la propiedad.

—Sí, llegué a un acuerdo con ellas después de la guerra.

Esme se echó a reír.

—Cómo se nota que eres viejo, tío Jon. ¿Tienes idea de cuántas guerras ha habido desde la que tú hablas? Supongo que te refieres a la guerra de 1939-1945.

—Cuando un hombre habla de la guerra, se refiere a aquella en la que él participó —dijo Gil—. Es como mi padre. Hizo una carrera peculiar en su guerra; empezó como oficial de inteligencia y lo pasaron a artillería porque quería ver cómo era realmente la guerra. Y lo vio. ¡Vaya si lo vio!

—Lo vio lo suficiente para ganar una cruz militar —dije—. Pero sé lo que quieres decir. Fue quijotesco. Pero tu padre siempre ha sido un Quijote.

—¿No tuviste tú la misma inclinación de participar en los combates? —preguntó Esme. ¡Qué muchacha tan entrometida!

—Un médico del ejército no queda al margen de la lucha —dijo Gil, que pensó que Esme había herido mis sentimientos. ¿Había pensado alguna vez que su esposa tenía una vena estúpida? Él era más sensible al lenguaje que ella, y eso puede causar una sorprendente diferencia en un matrimonio en el que ambos son escritores.

—¿No fue salir de una lucha para entrar en otra? —dijo McWearie—. Darcy me dijo que te habías metido, arrojado, dijo él, en un trabajo muy penoso nada más acabar la carrera.

—Sí, ingresé en la oficina judicial —dije—. ¿Recuerdas lo que decía Darcy sobre la parte sombría de Toronto? Bueno, pues tenía curiosidad por conocerla.

—Y eso es lo que yo quiero descubrir —dijo Esme, la gran interruptora—: las rarezas, las excentricidades. El otro día, una señora mayor de una de esas casas a media luz, creo que había trabajado en El Juego, quizá fuera la madama, me dijo que había un hombre que solía ir por Jarvis Street ofreciendo a las chicas caramelos a cambio de un polvo. ¿Os lo podéis imaginar? ¡Caramelos! Las chicas acostumbraban a llamarlo el Tío de los Caramelos. ¿Has oído hablar de él, tío Jon?

—No —contesté—. Mi experiencia de Jarvis Street debió de ser posterior.

—¿Tu experiencia? Tío Jon, viejo putañero. ¿Qué hacías en Jarvis Street?

—Era cosa del trabajo. Acababa de terminar la facultad, el trabajo hospitalario como interno y la especialidad, y después de

tantos años creí que me gustaría la experiencia de algún trabajo duro. Había hecho algunas urgencias en los hospitales. Las noches de los sábados fueron reveladoras...

—Reveladoras, ¿en qué sentido? —interrumpió Esme, siempre al acecho.

—Crímenes pasionales cometidos por personas que habitualmente no encuentran las palabras para expresar sus sentimientos y que han de acudir a la acción. Cuchilladas. Disparos. Asesinatos en algunos casos. Desviaciones sexuales.

—Como... ¿por ejemplo? —otra vez Esme.

—Como una botella de refresco introducida en el recto de alguien —dije (¿No se lo había buscado? Pues ahí lo tenía)—. Conocí a un hombre que inventó un instrumento quirúrgico especializado para sacarla, y eso revela la frecuencia con que se necesitaba. Solo Dios sabe lo que algunas mujeres se ponían en aquellos lugares supuestamente tan delicados. O niños que habían recibido una paliza de padres borrachos, aunque algunas veces las borrachas eran las madres. Es asombroso cómo hay gente que odia a sus hijos. Niños de pecho tratados como pelotas de baloncesto. Muy instructivo, Esme. Deberías pasarte unas cuantas noches en la sección de urgencias de un hospital.

—Gracias por la insinuación —dijo Esme—. Quizá lo haga. Pero ¿por qué trabajaste con el juez?

—Un juez es una persona muy ocupada en una ciudad como esta. Necesita que alguna gente lo acompañe cuando ocurre un accidente. Aprendí pronto a conocer la fragilidad del cuerpo humano cuando se lo somete a algunas de las máquinas que la humanidad ha inventado. Cuando vas perdido en medio de la oscuridad por el borde de una carretera, buscando durante quince minutos la cabeza de alguien, la idea que tienes del cuerpo humano es muy distinta de la que has aprendido en las salas de disección y en las clases de anatomía. O analizar un cadáver que ha estado bajo el hielo todo un crudo invierno. La muchacha más guapa pierde todos sus encantos en tales circunstancias.

—¿Así que la idea de la guerra no te aterrorizó?

No lo preguntaba por molestar. Esme era una chica moderna, dispuesta a lo más duro aunque eso fuera un poco inhumano.

—Pues claro que sí, querida. Investigar un accidente no es muy agradable, pero exponerte a que seas tú la materia prima de un asqueroso accidente es para aterrorizarse. Y eso es la guerra: terror.

—Pero fuiste.

—Supongo que nada de lo que te diga va a convencerte de lo difícil que era no ir. La opinión pública ha cambiado mucho desde 1939. El rechazo a la guerra es hoy más poderoso que nunca en la historia de la humanidad. A pesar de eso, no me extrañaría que si el mes que viene estalla una guerra, se acallaría toda esa charla pacifista y volverían a invadirnos nuestros viejos instintos asesinos, el viejo instinto de busca-y-acaba-con-el-enemigo. En 1939, la gente todavía sufría una gran indigestión de patriotismo. Un joven necesitaba mucho más valor para mantenerse al margen de la guerra que para ir a ella.

Había hablado demasiado y quizá había exagerado lo que pensaba realmente. Pero quería mantener a Esme alejada del tema de Saint Aidan y Las Damas, y lo conseguí.

Pero no le dije a Esme, ni a nadie más, la verdadera razón por la cual me alisté en el Real Cuerpo Médico del Ejército Canadiense. Fue para alejarme de mi madre o, mejor dicho, para alejarme del destino que me tenía preparado y que, según ella, era lo mejor para mí y para la humanidad. Y, por supuesto, lo mejor para ella. Doc Ogg había muerto y quería que me estableciera como médico en Sioux Lookout.

Desde la muerte de mi padre, durante mi tercer curso de medicina, de resultas de una neumonía y de su aburrimiento creciente, mi madre había vivido sola y yo hice cuanto pude por ayudarla, incluso diciéndole que se viniera a vivir a Toronto, aunque Dios sabe que esperaba que no lo hiciera. Pero Sioux Lookout había sido su hogar durante demasiado tiempo para que ahora le agradara el cambio y no podía entender que yo no aprovechara la ocasión de iniciar una práctica médica verdaderamente moderna —incluso una clínica modesta— en una zona donde no había un solo médico en cincuenta millas a la redonda. No necesitábamos dinero. Mi padre

dejó mucho más de lo que pensábamos mi madre y yo, y ella, que era la única heredera, estaba dispuesta a que yo me estableciera según mis gustos. Pero no quise. Mis razones eran poderosas, aunque mal definidas. Admiraba a mi madre y la quería a mi manera, pero no quería estar pegado a sus faldas. Si mis intenciones de casarme con Nuala se hacían realidad, ¿podía pedirle que se viniera a ejercer en medio del bosque? Ella quería ser ginecóloga e iba por buen camino. Por mi parte, tenía otras ambiciones más allá de mi trabajo como forense, aunque todavía no tenía muy claras las ideas. Explicar estas cosas a mi madre no resultaba fácil y tenía que ir con mucho tacto porque no lo entendía.

—Si esa muchacha de la que me hablas siente verdadera vocación por la medicina, seguramente verá razonable trabajar en una zona marginada donde hay tanta gente, sobre todo en la reserva, que no recibe la atención sanitaria debida.

Oh, sí, claro que lo veía, pero eso no quería decir que fuera a complicarse la vida. Es muy fácil planificar la solidaridad de los demás. Y era natural que mi madre no entendiera que un médico joven, después de casi diez años de duro trabajo, quiera estar donde hay dinero, algo tan lícito como el cuidado sanitario. Y eso no significa que el médico joven sea codicioso o egoísta, por lo menos no más que el común de los mortales. No todo el mundo quiere ser un santo.

No había necesidad de que Esme o los otros lo supieran, así que me limité a decir que me alisté porque todo el mundo lo hacía.

No sabía lo que me esperaba y todo fue más bien fácil y agradable durante las primeras semanas. Como médico, me hicieron enseguida primer teniente y me enviaron al campamento Borden para aprender los rudimentos militares.

Durante seis semanas dediqué mi tiempo a la lectura de mapas, marchas marciales e instrucción sin fusil, porque se supone que un médico no ha de llevar o usar fusiles, aunque pueden llevar armas cortas de autodefensa. Me enseñaron a tener la prestancia de un soldado (con toda la razón, porque nunca tuve gallardía), cómo y a quien saludar y cómo comportarme cuando me saludaba alguien de rango inferior. La vida al aire libre y el ejercicio no deseado me

pusieron en muy buena forma, y tenía tanta hambre que hasta pude comer la bazofia que, al parecer, forma parte de la vida militar. Más tarde descubrí que el cocinero que preparaba la comida para el campamento tenía un restaurante en una ciudad cercana, y gran parte de los buenos alimentos destinados a nosotros iba a parar a la cocina de su restaurante. La guerra da lugar a trampas de todo tipo y en los lugares más insospechados. Después de recibir esta somera formación militar, fui ascendido a capitán y destinado a una unidad al este de Ontario, un territorio más allá de Salterton que no conocía.

Fue allí donde aprendí algunas cosas que no esperaba encontrar en el ejército. La unidad a la que estaba destinado era un regimiento de la milicia, engrosado con los alistamientos de guerra, lo cual quería decir que los soldados rasos eran novatos, anteriormente obreros o campesinos, pero los oficiales eran solo militares a tiempo parcial con ocupaciones reales muy alejadas de una vida militar seria. El coronel, por ejemplo, había sido director de una gran empresa de panadería y lo único que conocía era el pan barato y su elaboración. El teniente coronel hacía gala de su marcialidad y era inaguantablemente chistoso y cordial; había sido la persona clave de una importante compañía de seguros en su vida civil. El comandante era un abogado de poca distinción. Hacían muestras constantes de *esprit de corps,* de orgullo por el regimiento, la tradición y todas esas cosas, pero no me hubiera fiado de ellos en caso de apuro. Lo que enseguida se hizo patente es que, en la unidad, yo era el de más reciente educación y también el mejor educado, y esto me daba una posición especial.

Todos venían a contarme sus problemas pensando que yo tenía que aconsejar y solucionar cosas que pronto vi que eran insolubles.

No era así con los soldados. El ejército es, y creo que debe ser, una organización rígidamente jerarquizada y cualquier intento de democratizarlo debilita su eficacia. Examinaba a soldados y oficiales de complemento cuando lograban incluirse en la lista de enfermos, lo cual no era tan fácil, pues podía disgustar al sargento. Sus achaques eran de lo más corriente: agotamiento, tendinitis, resfriado agudo, hongos en los pies, diarrea (prácticamente irremediable,

dada la comida que nos daban), temor a que una prostituta les hubiera «pegado algo» estando de permiso y, con bastante frecuencia, las enfermedades que se derivan de la nostalgia, de estar desplazados, preocupaciones por la fidelidad de la mujer, o simplemente miedo. Miedo que surge de la pérdida de libertad; miedo a lo que pueda deparar el futuro; miedo sin causa aparente, pero que surge de una neurosis tan común entre los soldados como entre los oficiales.

Era obligatorio entre aquellos hombres poseer un apetito sexual inagotable. Salir unas horas de permiso sin llevar consigo los tres condones prescritos por el reglamento era confesar el temor al sexo con una mujer desconocida, no tener apetito sexual o (y esto hubiera sido motivo de hilaridad entre los toscos compañeros) fidelidad a la esposa o a la novia dejada en casa. El soldado es un arquetipo poderoso; tomad a cualquier hombre, ponedlo en el ejército y el arquetipo del soldado brutal se manifestará, al punto de comportarse de un modo que posiblemente le sorprenda a él mismo. Después descubrí que este arquetipo se manifiesta también entre las mujeres que prestan sus servicios en el ejército, a veces con resultados peculiares. El arquetipo del soldado explica muchas cosas inexplicables en tiempos de guerra, y muchos son los hombres que se sienten impelidos a manifestarse como soldadesca brutal y licenciosa.

Fueron los oficiales quienes ocuparon la mayor parte de mi tiempo. Allí eran hombres liberados de las trabas del hogar y del trabajo acostumbrado, con acceso ilimitado al consejo médico y resueltos a sacarle el máximo partido.

Había algunos con problemas auténticos, pero pronto descubrí que eran crónicos e irremediables. Una vida que da lugar a un pie dolorido, una espalda traicionera, dolores crónicos de cabeza, propensión a los catarros agudos, rodillas inflamadas e indigestiones en sus múltiples formas, no impide que un hombre sea oficial de la milicia, pero es poco probable que haga de él un soldado que un comandante sensato envíe al frente. Yo no podía hacer por estos hombres más de lo que ya habían hecho sus médicos civiles, pero al estar siempre a su disposición, compartir su rancho y formar parte

de lo que merecían por su decisión de servir a su país, estaban convencidos de que yo iba a tener éxito donde otros habían fracasado y venían a verme cada vez que me aposentaba en el cuartito que me habían asignado para la consulta. Disponía de un ordenanza para llevar el fichero, pero como era casi analfabeto y estúpido, casi todo su trabajo tenía que hacerlo yo.

Mi verdadero trabajo eran los neuróticos, encabezados por el coronel. Aún no había caído en la cuenta de que todo médico es un psiquiatra en cierta medida; es el oído en el que se vierten todos los infortunios y, aunque no me gusta generalizar con respecto a la humanidad, durante mis primeros meses en el ejército comprobé que, mientras más rígido era el labio superior y más viriles el porte y las pretensiones sexuales, mayor era el llanto infantil a la hora de sentarse en la oficina del capitán médico del regimiento.

El problema del coronel era la bebida, más al alcance de las fuerzas armadas que de la población civil (a la que el primer ministro Mackenzie King había pedido que se «revistiera de la armadura de Dios» al tiempo que reducía la graduación alcohólica de todos los licores vendidos en el país), por lo cual el coronel estaba en fácil contacto con su inseparable enemigo. ¿Por qué bebía tanto? Al parecer porque la gran industria panadera, una de cuyas sucursales dirigía, acariciaba la idea de venderse a un gran complejo americano y, si eso sucedía, ¿cuántos cambios iban a ocurrir? ¿Conservaría su puesto o sería suplantado por alguien más joven? Y si eso ocurría, ¿qué sería de él? Estaba cansado de su matrimonio; su esposa, una mujer sencilla, no había sabido seguir el ritmo de su ascenso en la vida social y no sabía estar con las esposas de los directores de las demás sucursales: en el bridge, estaba callada como una mona, y en las fiestas, no tenía nada que decir. ¿Arreglaría la guerra sus problemas? Sabía que era demasiado viejo y nunca lo enviarían al extranjero. Y porque sabía eso, estaba convencido de que nada era mejor que zambullirse en lo más encarnizado de la guerra, que imaginaba sería un frente de trincheras, como el de 1914-1918. Su vida era un complejo de desengaños y preocupaciones y cada lunes por la mañana tenía que hacer cuanto podía para aliviar su resaca y calmar sus miedos.

Los problemas del teniente coronel no eran muy distintos. Era dueño de su compañía de seguros, a la manera que un negocio es de uno cuando está obligado constantemente a mostrarse alerta y emprendedor a los ojos de las compañías gigantes, que son las verdaderas dueñas. Pero había montado su empresa sobre su propia personalidad, que era, según me aseguraba, la de un hombre ambicioso destinado al éxito. Había dejado el negocio en manos de su Número Dos, una buena persona a su manera, pero falto de originalidad, nada innovador; la clase de hombre que un ambicioso elige como Número Dos, precisamente porque no le hace sombra. Si la guerra duraba mucho, ¿iba a arruinar el Número Dos el negocio? Porque en los negocios no puedes estarte quieto, o avanzas o retrocedes, siempre es lo mismo. Y en casa, bueno, no sabía qué había pasado, pero no había más que quejas y exigencias y ni siquiera había dejado dinero suficiente para pagar el seguro que él mismo vendía a los demás. ¿Y cómo iba a financiar su jubilación? ¿Podría decírselo yo? Por supuesto que no. No disponía yo de medicina para él y tenía que refugiarse en la botella, única medicina que los dos sabíamos servía para sus achaques.

El comandante era un descanso, aunque no mucho, de estos problemas. Estaba convencido de que su porvenir estaba en la política. Era abogado y todo el mundo sabe que el derecho es la mejor preparación para la vida política. Estaba bien considerado en el partido y solo tenía que esperar a las próximas elecciones para que lo hicieran candidato de un escaño seguro. Pero había aparecido esta maldita guerra y, si las elecciones se celebraban pronto, como así parecía, ¿dónde estaría él? No podía presentarse al parlamento mientras llevara el uniforme y no veía forma de quitarse el uniforme, a menos que yo lo declarara inútil para el servicio. ¿No tenía nada que lo justificara, pero que no le impidiera ejercer de parlamentario? Supongamos, solo supongamos, que recibía una bala en la pierna durante los ejercicios de tiro, ¿serviría? No es fácil que resulte, desde luego. El hombre que se pone entre el fusil y la diana es un perdedor. ¿Y quién vota por un perdedor? ¿O había algún medio para ser oficial de la milicia en casa y miembro eficiente del parlamento? Entretanto tenía dolores de cabeza, de una intensidad

que nunca había visto en mi carrera, que lo preocupaban. ¿Había forma de que examinara su cerebro, sin muchos rayos X y cosas por el estilo para no llamar demasiado la atención? Dios, ¿y si resultaba un tumor cerebral? La única manera de aliviar sus preocupaciones era beber sin parar. Yo no tenía nada que darle.

Había otros oficiales perfectamente sanos y razonablemente satisfechos con su trabajo, pero estos tres en lo alto del montón me tenían constantemente ocupado, tratando de tranquilizarlos con frases como «nada es tan malo como parece», etcétera. Llegué a la reprobable convicción de que la bebida no era siempre una cosa mala.

Aparte de eso, mi experiencia de guerra, aunque dilatada, no tuvo interés. No sé ni he querido averiguar por qué en Europa iba de un lado para otro con más frecuencia que los demás oficiales médicos. Pero dondequiera que fuera mi trabajo era el mismo, algunas veces muy cerca del peligro, otras bajo el fuego, en ocasiones detrás de los cañones, en hospitales variados; unos, bien equipados y no totalmente en ruinas, y otros, hospitales de campaña donde todo se improvisaba. Tuve que hacer alguna cirugía cuando se necesitaba a cualquiera capaz de manejar un cuchillo, y hubo días en los que tuve que estar de pie durante diez o doce horas con un cuchillo en la mano, obligado a tomar decisiones en circunstancias que exigían unos medios que no existían. Fui un cirujano mediocre y me atrajo poco aquel trabajo.

Donde brillé (supongo que en la intimidad de este diario puedo decir que brillé) fue en la diagnosis y en la atención poshospitalaria, cuando había que engatusar, intimidar o hipnotizar a los hombres para que volvieran al frente. Me convertí en el Doctor Hablador, y quienquiera que piense que es fácil hablar en tales circunstancias, que lo pruebe y lo sabrá. Por toda Italia, en aquella sucia y difícil campaña que empezó en Sicilia y siguió por toda la bota hasta la llanura lombarda, hablé sin parar y fue inevitable que adquiriera ciertas dotes de persuasión. ¿Cómo lo hice?

Los médicos son personas de buena educación, aunque no siempre de amplia cultura. Adquieren unos modales y un vocabulario adecuado a su posición profesional, suficiente para la vida civil y

que, con frecuencia, tranquiliza al paciente sin educación. Pero los enfermos, los heridos y remendados que están en un país extraño y a menudo en condiciones incómodas y desagradables, necesitan otro tipo de charla, un lenguaje que no esté repleto de términos científicos ni tampoco una simple y tonta conversación, sino una charla que haga recuperar la confianza casi perdida, que llegue a unos hombres llevados al borde de la desesperación. Una charla que los persuada de que, mientras permanecen en un palacete italiano convertido temporalmente en hospital, donde todo evidencia un catolicismo que ellos relacionan con todo lo engañoso y moralmente inferior, Dios, o lo que sea el motor de su vida, no los ha abandonado.

Por supuesto que quienes debían hacer esta tarea eran los capellanes, pero para muchos hombres los capellanes eran como vendedores, gente ávida de ganar almas para Cristo o para quien fuese. Algunos capellanes eran de primera línea. Otros deberían haber sido enviados a casa para que desempeñaran su oficio en la vida civil. Pero ninguno era médico, y fue en Italia, como médico del ejército, donde entendí por primera vez que el médico es el sacerdote de nuestro mundo moderno y secular. La insignia de médico en mi manga prometía la magia que la cruz del capellán había perdido.

Por lo que se refiere al Ejército Canadiense, la campaña de Italia terminó a principios de 1945 y nos enviaron a Inglaterra a esperar acontecimientos. Se rumoreaba (¿de dónde salían los rumores?) que pronto iban a meternos en el lío de Europa. Entretanto, reformas, reorganizaciones y reinstrucciones, que parecían fáciles después de las batallas de Italia. Y, antes que nada, unos días de permiso.

Pasé mi permiso en Londres, yendo al teatro y comiendo lo mejor que pude en restaurantes que tenían algunos alimentos (no muchos) del mercado negro y que hacía más de un año que no probaba. Me alojé en un hotel pequeño de Russell Square, donde, la noche del 2 de mayo de 1945, una bomba alemana enterrada en las cercanías explosionó, ocasionando graves daños al hotel. En aquel momento, yo me estaba bañando.

Era uno de esos hoteles donde los baños no están en la habitación, sino al final de los pasillos. Usar un cuarto de baño exigía gozar de alguna influencia, y el agua caliente se acababa enseguida. Había sido afortunado y estaba echado en una bañera llena de agua caliente cuando ocurrió la explosión.

No puedo decir exactamente lo que ocurrió, pero, por lo que supe después, el suelo del cuarto de baño se hundió un par de metros y el techo se vino abajo. Sobre la bañera cayó una masa de cemento y vigas de madera y tuve suerte de que no me matara. El hecho es que me encontré aprisionado en la bañera, con una abertura suficiente en los escombros encima de mí para asegurarme la respiración, aunque apenas podía moverme en el baño, cuya agua empezó a enfriarse rápidamente.

Allí permanecí algo más de cuatro días.

Oía a los trabajadores que trataban de poner orden en el caos del hotel y se llevaban a los que habían resultado heridos o muertos. Pero el hotel no era el edificio dañado más importante y el trabajo era lento. Cuando oía las voces, yo gritaba, pero nadie me oía.

Como médico, sabía que la muerte por inanición no era inminente, pero, a menos que dispusiera de agua, no tardaría mucho si no me encontraban o todo aquello se derrumbaba y caía ¿dónde? Tenía agua, pero era agua jabonosa, agua sucia, que pronto estaría muy fría.

Al final del segundo día no pude reprimir el movimiento intestinal y mi agua se convirtió en una fría sopa fecal, definitivamente imposible de beber.

Aquello era grave, porque si la inanición no me preocupaba de inmediato, la falta de agua sí. Un médico en semejante situación sabe demasiado lo que puede ocurrirle y sufrí enormemente imaginando cosas. ¿Me impediría sobrevivir el frío? Si la temperatura en la primavera inglesa descendía por debajo de los diez grados estaría en serio peligro. Podía respirar sin problemas y mover piernas y brazos hasta cierto punto, de modo que podría evitar la coagulación de la sangre, pero me costaba mucho moverme como era necesario, porque a medida que pasaba el tiempo mi lasitud y debilidad aumentaban. Temblaba mucho, pero eso me ayudaba a

mantener el calor del cuerpo. El hambre era un tormento y no podía quitarme la comida de la cabeza. Tras el segundo día, las manos y los pies empezaron a hincharse. Sabía perfectamente que no era la piel característica de los ahogados que tantas veces había visto en mis días de trabajo con la policía, pero me lo temía y palpaba mi cuerpo, preguntándome si me estaba ahogando en plena conciencia.

Sin embargo, no era plenamente consciente. Caía dormido a intervalos, despertando sobresaltado, sabedor del peligro que representaba semejante lasitud. Recordé cuanto había leído de gente valiente que, estando atrapada en situaciones parecidas, pasaba el tiempo resolviendo problemas, componiendo versos o recitando poesías de memoria. Ah, fueron unos héroes, pero, aun esforzándome, no podía alcanzar el nivel de ellos.

Sabía el riesgo de la desesperación y traté de no caer en ella, pero sin conseguirlo del todo. Una o dos veces oí carreras que supuse debían de ser ratas, y recordé, atormentándome, todo lo que había leído de prisioneros acuciados por los sucios roedores. Como me daba cuenta de mi debilidad creciente, tuve que dejar de gritar, porque mis gritos apagados resultaban ridículos y aumentaban mi abatimiento.

Pensé en mi tótem, tal como me lo había mostrado la señora Smoke. Pero mis serpientes entrelazadas aún no tenían la fuerza psicológica que luego alcanzarían y en nada me ayudaron. Pensé en *Fausto,* aún fresco en mi memoria, pero no me dijo nada, como no fuera la inevitabilidad del Destino, y cuando el hilo de la vida de uno parecía a punto de ser cortado por las tijeras del implacable Átropos, necesitaba una mente más fuerte que la mía para enfrentarme animosamente con la situación. Recordé a la señora Smoke y la tienda temblorosa y suspiré por el Gran Tiempo, donde podría encontrar ayuda. Pero ¿cómo? En aquellas tristes horas, supe que me hacía falta una fe más poderosa que la filosofía mal aprendida de mis años de estudiante para no sucumbir al infortunio y convertirme en una criatura lastimosa e innoble, digna de mi desprecio.

Porque ni siquiera la guerra moderna había extirpado de mí la idea de que el hombre es una criatura noble y debía comportarse noblemente en la desgracia. Ya se sabe que en la vida ordinaria uno

no emplea palabras tan altisonantes y emotivas como «noble». La gente superior se ríe de tales cosas. Pero cuando uno cree que va a morir en un baño helado de su propia mierda, todo se ve diferente y uno llega a la conclusión de que, si sobrevive, ya no volverá a ser una persona superior.

¿Superior? ¿Cómo iba a sentirme superior si mi mente estaba invadida por los desechos del pasado y las obscenidades de mis años de estudiante? Traté de matar el tiempo recordando los trucos nemotécnicos que me ayudaron a pasar mis exámenes de medicina, pero, por más que lo intenté, las formas «limpias» dieron paso a las preferidas por aquellos jóvenes sanos que, lejos de refrenar sus naturales inclinaciones libidinosas, las alentaban.

Véase, por ejemplo, para los doce nervios craneales del tronco cerebral: *On Old Olympus' Towering Tops A Finn And German Viewed Some Hops,*[*] o bien, *Oh! Oh! Oh! To Touch And Feel A Girl's Vagina And Hymen,*[**] cuyas iniciales daban olfativo, óptico, oculomotor, troclear, trigémino, abducente, facial, acústico, glosofaríngeo, vago, accesorio e hipoglosal.

No, definitivamente no podía tener pensamientos elevados. Hubiera sido inhumano.

Cuatro días y cuatro noches pasaron antes de que los trabajadores estuvieran lo suficientemente cerca para que oyeran mi voz, sorprendentemente débil. Al final, me pescaron de mi estanque y me llevaron a un hospital.

Estaba ileso. Y lo cierto es que había realizado toda la campaña italiana sin recibir ninguna herida, aunque fueron muchas las bajas del cuerpo médico. Por supuesto, pesaba cinco kilos menos, estaba deshidratado, tenía algunos edemas, la lógica hidropesía, y unas cuantas magulladuras. Teniendo en cuenta lo ocurrido, no salí mal librado, porque era joven y fuerte. Y si bien físicamente me recuperé en unos diez días, mi estado mental no era satisfactorio y en este aspecto mi recuperación fue más lenta. Había pasado mucho miedo en la bañera, en un estado si no de sueño, sí de conciencia rebajada, tratando de mantener el ánimo, pidiendo ayuda a gritos.

Pero tuve lo que debo calificar de revelación y llegué a conclusiones que, desde entonces, han sido importantes en mi vida.

Repasando lo hasta ahora escrito, me pregunto si he sido sincero del todo. ¿No recibí otra ayuda superior a la de los obreros que me encontraron? Cuando el trozo de cielo que podía ver encima de mí se oscurecía, ¿no pensaba en la señora Smoke y en sus ayudantes? ¿No recordé lo que Mefistófeles dice en *Fausto*?

*Dies sind die Kleinen*
*Von den Meinen*
*Hore, wie zu Lust und taten*
*Altklug sie raten.*[*]

¿No son estos los ayudantes del diablo? Y, dejando a un lado consideraciones cristianas, ¿cómo sabe uno que la señora Smoke no es el diablo? Cuando se está en apuros, cualquier ayuda es buena. Si, como dice Fausto, el diablo es un egoísta, ¿quién no es egoísta en el momento de la verdad? ¿Acaso cuando yo estaba en aquella agua helada y sucia no invoqué a los Ayudantes, sin importarme de quién tomaran su poder? ¿Fueron sordos a mis súplicas? ¿No fui encontrado a tiempo? Pero mis recuerdos son confusos.

Cuando por fin me dieron de alta en el hospital, ¿dónde tenía que ir? Los peces gordos del Cuerpo Médico Canadiense fueron muy amables conmigo. Me destinaron a un hospital cercano a Oxford para un trabajo delicado que, según ellos, yo podía hacer o, al menos, lo haría lo mejor posible.

Y en efecto, era delicado. Me pusieron al cuidado de una sala con veintiséis hombres heridos por lo que se ha denominado sardónicamente «fuego amigo». Es decir, canadienses heridos por otros canadienses que habían calculado mal la puntería o el terreno y habían lanzado bombas, obuses o granadas, o habían colocado minas, cuyas bajas, otra vez en términos sardónicos, fueron «fratricidas». Esto ha pasado siempre en las guerras desde que la pólvora reemplazó al arco y la flecha. Aunque quizá el arco y la flecha tampoco estén libres de culpa, porque se sabe que oficiales y sargentos son víctimas de sus propios hombres cuando la confusión de la batalla hace difícil saber lo que ocurre, y estoy seguro de que

en Crécy cayeron con una flecha en la espalda los oficiales que habían sido brutales o intolerantes con sus soldados.

Entre mis pacientes había algunos mutilados, faltos de piernas o brazos, o con una placa en el cráneo. El resto padecía en diversos grados lo que se acostumbraba a llamar «conmoción de guerra». Todos estaban en precarias condiciones psíquicas y muchos pertenecían al grupo mal calificado de «mojasábanas». ¿Qué hacer con ellos?

Hablar, por supuesto. Veía a cada uno durante una hora, más o menos, tres veces por semana. Cuando digo hablar, sería más exacto decir que ellos hablaban, porque la carga de resentimiento y rabia de estos hombres contra el destino, contra el ejército, contra todo, parecía sin fondo, inagotable, y se enfurecían, bramaban, hasta lloraban, porque habían sido heridos por su propia gente. Estúpidos, ¿es que no se fijaban en lo que hacían? *(Estaban fuera de la vista, más allá de la zona ocupada por los compañeros, que no fueron informados.)* ¿Era esto lo que querían decir, después de haber sacrificado todo para superarse y luchar por un puñado de malditos extranjeros para librarlos de un destino que probablemente merecían? *(Sí, en parte es lo que querían decir y las protestas farisaicas encajaban mal en hombres alistados por razones que nada tenían que ver con el patriotismo o el humanitarismo.)* ¿Es justo que me pase esto, a los veinticinco años, con cincuenta años por delante sin piernas? ¿Qué clase de trabajo voy a encontrar? ¿Qué pensará mi novia cuando me vea regresar en una silla de ruedas? Me dirá, adiós, si te he visto no me acuerdo. ¿Es esto todo lo que me va a dar la vida? *(Sí, con toda probabilidad eso es todo, a menos que seas uno entre mil y saques provecho de tu infortunio.)* Con esta placa en el cráneo, tengo unos dolores de cabeza del demonio, y los médicos dicen que no pueden hacer nada. ¿Qué voy a hacer cuando vuelva a casa? *(Si lo supiera, te lo diría.)*

En efecto, era un trabajo delicado. Pero ya conocía bastante mi oficio para saber que los ayudaba algo escuchando y aceptando el papel que me imponía la rabia de estos hombres. Yo era la estúpida artillería. Yo era la ingrata Europa que tomaba lo mejor de la vida de un hombre sin darle nada a cambio. Yo era la novia que no quería

un esposo tullido. Yo era el médico que no sabía resolver el problema insoluble. Poco a poco, los hombres, o la mayoría de ellos, se fueron calmando y, aunque sus problemas no desaparecieron, los soportaban con mejor ánimo. Y lentamente fui viendo que esta rabia, esta desilusión, esta decepción, no eran lo que aparentaban. Eran el conducto por el que fluía la infelicidad y el patetismo que residen en lo más profundo del alma, quizá innatos, o genéticos, para decirlo con un término científico más de moda. Había que hacer algo y me estrujé el magín para averiguarlo.

El gran hospital de campaña, del que mis pacientes eran solo una parte, estaba cerca de Oxford, y cuando disponía de tiempo libre, cosa poco frecuente, me iba en bicicleta hasta Oxford para refrescarme en sus excelentes librerías. Fue en una de estas, en la de Blackwell, que si no la han cambiado podría identificar en cada rincón, donde se me ocurrió la Gran Idea.

Estaba recomponiendo mi pequeña biblioteca. Había llevado por toda Italia unos pocos libros escondidos en mi pequeño botiquín, porque no se podían llevar libros o diarios que pudieran servir de información al enemigo. Pero algunos llevábamos libros. El ejemplar de *Religio Medici* de Browne, que Charlie me había regalado, los tres volúmenes de Robert Burton, *Anatomía de la melancolía,* y *The Oxford Book of English Verse* desaparecieron cuando la explosión del hotel. Los llevaba porque eran libros que podía leer y releer sin cansarme. Sobre todo el viejo Burton. Sir William Osler, mi héroe de la profesión, lo había calificado como el mejor libro de medicina escrito por un profano. Quizá porque se basa en una profunda erudición y en una curiosidad incansable, no porque sea científico. Decía Osler que Burton escribió sobre la melancolía para vencer la suya propia. Pero no creo que fuera un melancólico agudo. Su humor no encaja con la verdadera melancolía, una depresión rayana en la desesperación. Pude reponer estos libros con gran facilidad y compré todos los que pensé que cabrían en mi equipaje o pudiera enviar a través del aún peligroso Atlántico. Pero, de pronto, allí, en la Blackwell, vi el libro al que durante un tiempo llamé *The Golden Trashery,* hasta que el respeto que me merecía le devolvió su

calificativo de *Treasury.*[*] Se llamaba *The Reciter's Companion* y el título prometía que contenía obras adecuadas para ser recitadas en cualquier ocasión.

Me devolvió a la idea que me había estado rondando desde hacía tiempo: ¿qué podía hacer para distraer las mentes de mis pacientes del pesar que les agobiaba? Al hospital venían a veces grupos del ENSA que hacían teatro y variedades para divertir a los enfermos, pero sus efectos eran pasajeros. Los hombres se distraían durante un par de horas, pero no les dejaba nada en qué pensar o hablar. Si les leía algo, no una novela, sino algo lo suficientemente breve para que cupiera en una hora, algo que pudieran comentar durante el tiempo que quisieran, ¿no sería un entretenimiento de mayor duración y que podría despertar algo más profundo que las funciones del ENSA?

La poesía era lo que yo necesitaba. Pero sería delirantemente paternalista que les leyera a estos hombres algo de mi *Oxford Book of English Verse.* El secreto estaba en no ser paternalista, en no dar la impresión de que dispensaba educación o «cultura». De mis veintiséis pacientes, solo tres tenían estudios universitarios y ninguno era una lumbrera. Necesitaba poesía, o mejor dicho, versos pegadizos, fáciles de recordar, con una historia. Poesía de juglar, pero no de estilo gótico a la manera de Walter Scott. Una rápida hojeada al *Reciter's Companion* me convenció de que era exactamente lo que necesitaba.

Y empecé mi Hora de Lectura. Le dije al cabo George que si algún hombre quería escucharme, estaría en la sala a las ocho. Nadie estaba obligado a asistir. El cabo George era el portavoz reconocido y líder de la sala y gozaba de cierta capacidad de organización. La primera noche, dieciocho hombres acudieron a un extremo de la sala dispuestos a escucharme. A la tercera noche, el grupo lo formaban los veintiséis y sentí la íntima satisfacción del éxito.

Mi experiencia en el Gremio de Comediantes me fue muy valiosa. Podía leer alto y claro, y lo que leía parecía llegar a estos

hombres. No creo que ninguno hubiera leído versos en toda su vida y para ellos era algo asombroso.

El *Reciter's Companion* iba dirigido a un público como este. Yo no había escuchado nunca a un recitador, pero mis padres se referían a ellos entre risas: habían sido el terror de la vida social y empezaron a desaparecer cuando ellos eran jóvenes. Estaba la dama recitadora que imitaba a los niños y de vez en cuando se atrevía con una obra «seria» sobre la primavera o la muerte de un niño. Y estaba el recitador masculino bajo el hechizo de Henry Irving, a quien nunca había visto pero del que había oído historias equívocas; recitaba poesías de muertes y arrepentimientos, o quizá de alguna hazaña, como la de Grace Darling, la hija del farero. Y, por supuesto, estaba el recitador cómico, que provocaba las risas con «Cómo papá empapeló la sala de estar». Pero debidamente animados, los tres tipos de recitadores podían ser profundamente sentimentales y tocar las fibras sensibles de los oyentes. Y me incliné por tocar esas fibras.

Cuando dije a los hombres que iba a leerles unos versos, parecieron escépticos, pero al anunciar que empezaría con «Navidad en el asilo», les entró un ataque de risa. Todos conocían alguna parodia del poema y alguno rugió

Feliz Navidad os deseo, dijo él.

Y los pobres contestaron: COJONES.

—Sí —dije yo—, eso es lo que la gente recuerda, pero dejadme que os lea la poesía original.

Y supongo que porque yo era un oficial y más bien querido por todos, se calmaron y empecé:

Es Navidad en el asilo,
las desnudas paredes brillan
con guirnaldas de verde y acebo
y el lugar ofrece un aspecto placentero.

Y seguí contando cómo los pobres reciben su pastel de Navidad, pastel en cantidades exiguas, hasta que alguien interrumpe:

Pero uno de los viejos murmura
y rechaza su plato:
¡Gran Dios! —grita—. ¡Qué sofoco!
Un día como hoy murió *ella*.

La historia continúa gradualmente: la Navidad anterior, la esposa del hombre arruinado yace en los umbrales de la muerte, mientras el esposo acude al asilo a mendigar un trozo de pan. Lo rechazan: la casa «no ayuda a los externos». Si la mujer lo pasa mal, debe ir al asilo como pobre confesa y aceptar lo que le dé el párroco. Pero el hombre y la esposa son orgullosos. No irán al odiado asilo. ¡No! Está tentado de robar, pero se impone su buena condición y vuelve a su miserable vivienda, donde escucha los lamentos de la esposa:

Dame un mendrugo, tengo hambre,
por el amor de Dios.

Muy a su pesar, vuelve corriendo a la puerta del asilo y suplica: «¡Comida para una mujer moribunda!», pero la respuesta es: «Demasiado tarde». El esposo ve en la calle a un perro que mordisquea un pan. Lucha con el animal, recoge el pan y vuelve junto a su mujer:

Mi corazón se hundió en el umbral
y me detuve estremecido.
Porque allí, a la luz plateada de la luna,
yacía mi Nance, inmóvil y fría.

Tiene el corazón roto. Nance ha muerto *sola.* Sí, en una tierra de abundancia yace su amada muerta; muerta cruelmente de hambre por culpa de un trozo de pan de la parroquia.

En aquella puerta, la última Navidad, luchaba yo por una
vida humana.
Vosotros, los que alimentáis a los pobres, ¿qué decís de mi
ESPOSA muerta?

El hombre que se ha rebajado a aceptar la caridad de la parroquia, tiene una punzada de magnanimidad. Concluye:

Seguid con vuestros ágapes;
no me prestéis atención en lo más mínimo;
pensad en los felices pobres
que comen en vuestra fiesta de Navidad.
Y cuando, orgullosos, a la manera parroquial,
contéis sus bendiciones,
decid lo que hicisteis por mí, también,

solamente en la anterior Navidad.

Di todo lo que llevaba dentro. Mi voz, educada por Dwyer para que fuera firme y resonante, moduló perfectamente el patetismo, pero sin ser afectada. Fue —no me importa admitirlo— un éxito. Los hombres aplaudieron, algunos murmuraron y dos o tres enjugaron una lágrima. La antigua y lúgubre historia había dado en el blanco.

—¿Algún comentario? —pregunté.

Nadie quiso decir nada. Pero a la semana siguiente, en las consultas privadas conmigo, todos me hablaron del poema. Por supuesto que era pura porquería, una basura a la que hoy nadie prestaba atención. Eso no se oía ni en la radio. Pero, Dios, nadie sabía bien cómo lo maltrataban a uno cuando estaba en un apuro. ¿Ir a un banco? No le hiciera reír. ¿Pedir un anticipo al jefe? Eso era como pedir el despido. Y no se le ocurriera ir al sindicato. El sindicato no servía para pedir préstamos y era lo primero que decían. Y los críos, que cada vez exigían más. Lo que costaban hoy los hijos, tanto por aquí, tanto por allá, y no digamos si era algo para la escuela. Si no tenían dinero como los demás, se sentían despreciados y fuera de lugar. Y la esposa, siempre quejándose, nunca tenía bastante para la comida y le negaba a uno sus derechos de cama por miedo a otra más joven. ¡Cristo! Había veces que daban ganas de dejarlo todo y largarse. Por lo menos, en el ejército, la esposa recibía la paga regularmente, pero ¡qué miseria! ¿Por esa cantidad le pedían a un hombre que luchara? ¿Para que perdiera un brazo, o las piernas, y luego le dieran una porquería de pensión? «¿Qué posibilidades tiene un tipo como yo, Doc? Fíjese, tengo veintiséis años, ¿adónde voy así?»

No torturé a los hombres cada noche, pero pronto descubrí que las poesías sobre situaciones patéticas (especialmente las que hablan del mérito ignorado o de la injusticia soportada con nobleza) eran las favoritas y me pedían que las repitiera. No dejé de lado la fibra patriótica. Les gustaba Robert W. Service. *Nacido en Canadá*, de Pauline Johnson, les iba muy bien:

Vi la primera luz en Canadá,
la tierra favorita de Dios...

También saboreaban con gusto un poco de sentimentalismo gótico; de este género, «El cuervo» de Poe era la pieza favorita, pero los mayores aplausos se los llevaba «El Obispo Hatto y las ratas», de Southey. Trata de un obispo inicuo que, cuando sus vecinos pobres le mendigan maíz, los mete en un granero y les prende fuego. Había allí dentro ratas, ratas que se comían el maíz, o al menos ese era el pretexto que daba el obispo. Pero cuando miles de ratas lo perseguían y se encerraba en la torre, las ratas lo encontraban y

> Habían afilado sus dientes en las piedras
> y ahora los hincaban en los huesos del obispo,
> mordiendo la carne de cada miembro,
> porque habían sido enviadas para juzgarlo.

Un poco fuerte. Justicia poética, exactamente lo necesario para evocar los sentimientos dolorosos de estos hombres, víctimas de errores, errores que no eran culpa de nadie, porque es sorprendente la cantidad de errores que no *son* culpa de nadie, o de nadie que pueda ser identificado.

La noche del sábado era «divertida», porque leía algo para hacer reír a los pacientes. Las cosas iban tan bien que una noche me aventuré a leerles «El cuento de la molinera» de Chaucer en una versión moderna. Fue, como solíamos decir en el Gremio de Comediantes, como la seda. Como es lógico, lo más divertido fue este pasaje:

> Ay, dijo Absolon. Sé muy bien
> que el amor verdadero es burla y rodeos.
> Así que bésame, si no puedes hacer más
> por el amor que Jesús y yo te merecemos.
> Y si lo hago, ¿te irás?, dijo ella.
> Te lo prometo, querida, contestó Absolon.
> Pues prepárate; espera, que me pongo algo encima.
> Y a toda prisa abrió la ventana
> y dijo: Vamos, acércate, no pierdas tiempo,
> que los vecinos siempre están al acecho.
> Absolon, maravillado, se secó la boca.
> Oscura era la noche, negra como el carbón,

y en la ventana ella puso su agujero,
y Absolon (así la fortuna pinta la farsa)
arrimó su boca y besó el desnudo culo,
saboreándolo hasta que cayó en la cuenta
y retrocedió espantado, ya que algo no casaba,
pues sabiendo que las mujeres no tienen barba,
le había parecido una cara áspera y peluda.
¿Qué cosa he hecho?, exclamó, ¿has podido ser tú?
Y ella, riendo traviesamente, le cerró la ventana
en las narices.

Si es cierto que Chaucer leyó en voz alta sus *Cuentos de Canterbury* a su señor, el rey Ricardo II, estoy seguro de que el rey se cayó del trono, muerto de risa, al oír este pasaje. Pero no debió de complacerle más que a estos soldados canadienses del rey cinco siglos más tarde. Chaucer es tan bueno como George R. Sims. Un poco verde, ¿no? ¿Quién iba a esperar que un tipo educado como el Doctor nos iba a venir con un chiste verde? Nunca se sabe lo que te espera, ¿eh?

Las risas provocadas por Chaucer se oyeron en lugares elevados y el lunes por la mañana fui llamado al despacho del director del hospital.

—He oído grandes cosas de lo que hace en la sala J —dijo—. ¿Podría informarme del programa que sigue?

—Todo se reduce a una cosa muy sencilla: hablan y yo los escucho. Les ayuda a descargar el pecho.

—Sí, he oído algo de eso. Es una novedad. De hecho, nunca había oído algo parecido. Pero hay rumores desagradables, nada grave, créame, pero se rumorea que les lee material explosivo.

—Nada de eso. De hecho, es literatura antigua.

—Sí, pero sobre quejas. Que el gobierno no hace lo suficiente en los servicios sociales. Ese tipo de cosas.

—Las quejas, los agravios, están en la raíz de muchos problemas de esta gente. No son quejas contra el gobierno ni contra el ejército en particular, sino la sensación de no haber sido tratados justamente por la vida. Descargan esos sentimientos al hablar y mejoran su estado. Puedo enseñarle mis fichas.

—Eso suena a Freud.

—Oh, no. No es tan profundo como eso.

—¿No es psicoanálisis?

—No llega a eso.

—Eso no se permitiría en el ejército.

—Por supuesto que no.

—Alguien me ha hablado de hipnosis.

—No ahora. Lo dejé la primera semana. No les gustaba. Supongo que pensaban, como muchos, que eso me daba un poder abusivo sobre ellos.

—Qué tontería. Aunque quizá imprudente en unos pacientes que no están en situación de rechazar su tratamiento. Parece que uno de sus hombres ha contado algo a alguien que, a su vez, ha contado a otro, que usted empleó una forma de hipnosis. Que se dio cuenta cuando estaba en la consulta con usted.

—Creo que sé a quién se refiere. Es un hombre extraordinariamente sugestionable. Pero no lo hipnoticé. Me siento muy tranquilo y hablo lo menos posible. Supongo que tal actitud puede parecer hipnótica para quien nunca ha sido escuchado o nunca ha sido objeto de toda la atención de otro.

—Sí. No piense que interfiero en su trabajo. Sus resultados son buenos. Sorprendentes. Pero vaya con cuidado con los temas socialistas. Eso no está permitido en el ejército.

¿Temas socialistas? Supongo que para el oído de algún colega médico, como el de aquel bobo de Norton que me hablaba al final del pasillo de la sala J, cuya mente nunca había salido de su formación médica, «La Navidad en el asilo» sonaba a socialista. Pero yo era una criatura apolítica, y todo lo que yo sabía de socialismo era que quizá podía ser el vaso donde verter la sensación indiferenciada de agravio, la sensación de haber sido maltratado, tan prevalente que empecé a pensar que podía ser significativo a la hora de hacer un diagnóstico.

Y, en efecto, había descubierto la dirección por la que luego iría mi ejercicio de la medicina.

*

Había dado la esencia, pero no la totalidad de mi experiencia de guerra al grupo formado por Esme, Gil y McWearie. Creo que hablé durante bastante rato y, cuando terminé, todos guardaron silencio.

—Nunca te había oído hablar con tanta franqueza de ti mismo, tío Jon —dijo Gil.

—Es tu excelente Beaune, Gil. Suelta la lengua. Además, me estoy haciendo viejo. Los viejos somos unos gárrulos.

—Todo eso acerca del maltrato subyacente es evidente, por supuesto —dijo Esme—. ¿Es cosa tuya?

—Santo Dios, no —dijo McWearie—. Es viejo como el tiempo. O tan viejo como la literatura. *Hinc illae lacrimae*...

—Espera —dijo Esme—. Una limosna para la pobre ignorante. ¿Qué has dicho?

—«De aquí el vertido de lágrimas.» Es del viejo Terencio. Y Wordsworth: «La serena y triste música de la humanidad». Viejo tema de los poetas, pero, por supuesto, nuevo para la ciencia, que siempre va a la zaga de la literatura.

—Y el viejo Burton —añadí yo—: «Si hay un infierno sobre la tierra, hay que buscarlo en la melancolía del corazón humano».

—¿Y es eso lo que has encontrado en el ejercicio de la medicina? —preguntó Esme.

—Dentro de unos límites razonables.

—Ahora comprenderás por qué lo llamaban el Hombre Astuto —dijo McWearie.

—¿Quién lo llamaba así?

—Las Damas.

¡Maldita sea! Otra vez se había escapado el gato del saco. Había esperado que Esme se olvidara de Las Damas. Pero...

—Tenéis que hablarme de Las Damas —dijo ella.

III

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barbara:

Hace tanto que no te escribo que, entre unas cosas y otras y sabiendo que estás tan ocupada con el asunto del divorcio, no sé por dónde empezar. Como ves, ya disponemos de dirección permanente (y de papel apropiado, ¿verdad que es *mono*? Lo ha hecho un hombrecillo, el señor Russell, que vive al lado). Nos hemos liado la manta a la cabeza y hemos comprado este sitio, lo cual es un salto en el vacío, te lo aseguro. Pero todo lo demás que habíamos visto nos pareció imposible, sin un lugar donde la Amada pudiera trabajar con la tranquilidad de espíritu y el espacio que necesita. Claro que yo puedo hacer mis garabatos en cualquier sitio (o casi), pero ella ha de gozar de espacio y de luz. Y aquí disponemos de todo eso, porque el enorme y viejo invernadero es lo más adecuado para un escultor(1) y, en invierno, las estufas de petróleo impedirán que se congele. Casi nos ha dejado sin dinero y ninguna de las dos ganamos lo suficiente para causar envidia.

Se llama Casa de la Gleba porque está al lado de la iglesia de Saint Aidan y supongo que en un tiempo era un feudo de ella. La construyó un arcediano, Cockcroft, que imagino fue uno de los muchos nostálgicos decimonónicos que quisieron traer Inglaterra a este país tan imposiblemente inglés. Costeó de su bolsillo la construcción de Saint Aidan (muy del estilo puginiano,* y no del todo mal) y esta casa de al lado, con un gran jardín entre ambas, que probablemente destinó a cementerio, pues hay una docena de lápidas en él. Pero la casa, qué casa. Querida, el clérigo debió de tener al menos cinco criados, y las habitaciones son tan grandes y aireadas que solo hemos podido amueblarlas en parte y hay muchos dormitorios que han quedado vacíos.(2) No hay calefacción central, lo cual es imprescindible en este país, así que dependemos de las estufas y chimeneas y no puedes imaginar la cantidad de carbón y leña que llegamos a gastar. Detrás hay un enorme establo, con su

torre y su reloj, con espacio suficiente para alojar a los caballos de todo un regimiento y, Dios sea loado, el establo ha sido nuestra salvación.

¿Que cómo ha sido? Tenemos un inquilino, un médico que necesitaba un local y está dispuesto a arreglar el establo a su conveniencia. Y créeme, vieja amiga, me parece que hemos atornillado bien al doctor, porque hemos pedido un alquiler *enorme* y hemos puesto en el contrato que si cualquiera de nosotras quedara descontenta con el trato, las mejoras que haga quedarían de *nuestra* propiedad y no podría reclamar *ninguna* indemnización. ¡Y se está gastando una *fortuna*! No sé exactamente lo que está haciendo porque no me gusta fisgonear, pero sé que ha puesto calefacción central y unas cuantas ventanas nuevas, siguiendo cuidadosamente el mismo estilo puginiano de la iglesia, la casa y, por supuesto, el establo. ¿Que somos *góticos*? No preguntes, como dicen aquí los entendidos. La gloria que buscó el arcediano Cockcroft ha llegado por fin. Construyó todo esto en las afueras de Toronto, con la esperanza de que surgiera una parroquia a su alrededor, y ahora está completamente rodeada por la ciudad, en medio de un distrito decente de clase media, aunque no sea gente que merezca nuestro interés. Gente rica, pero aburrida y ya sabes lo que quiero decir.

El doctor es un poco enigmático. Larguirucho, huesudo, parece un caballo con una pena escondida.(3) Acepta casi todo lo que le propongo y da la impresión de que tiene montones de dinero. Todavía no sé cómo juzgarlo. No creo que sea de nuestro estilo. Habrá que ver sus cuadros antes de dar nuestra opinión y aún tardará un poco en instalarse. Entretanto me divierto mucho tomándole el pelo de vez en cuando. Cuando vino por primera vez a interesarse por los establos, se quedó a la entrada y dijo muy cortésmente: «La señorita Raven-Hart, supongo», igual que Stanley cuando encontró a Livingstone en la jungla. «No», dije yo, «la señorita Raven-Hart está trabajando y no se la puede molestar ahora. Soy la señorita Freake.» Has oído hablar a menudo de gente que no pestañea, pero este sí que pestañeó al oír mi nombre, como suele hacerlo todo el mundo. «Ah, sí, señorita Freake, ah», como si se hubiera atascado. «No le sorprenda», le dije, «Freake es un

nombre inglés muy antiguo. Significa guerrero, o héroe. Estoy muy orgullosa de ser una Freake.»(4) Me divertí con su confusión y dejé pasar un rato antes de admitir que Freake solo es nombre de pila, de la familia de mamá, cuyos miembros, ciertamente, eran unos *freakes* en todos los sentidos.

Y aquí nos tienes. Instaladas por fin, hasta que podamos volver a casa, lo cual no será hasta que todos los parientes y los miembros más intratables de la familia se hayan muerto. Supongo que nuestra marcha repentina *fue* un poco escandalosa, pero el uso de palabras como «fuga» y «huida» resultó ridículo, y lo peor de todo fueron los lamentos de papá Raven-Hart por no haber conseguido que la foto de la Amada apareciera en el *Country Life.* ¿Te lo imaginas?: «La señorita Emily Raven-Hart, de Colney Abbey, Bucks, se casará en breve con el capitán Augustus Gryll, guardia de corps, hijo y heredero de sir Hamilton Gryll y de la honorable Maude Gryll de Los Bossages, Hamer, Wilts». Qué dulce alianza de nulidades por ambas partes (exceptuando a la Amada, por supuesto) y qué perspectivas de una vida atada a Gussie Gryll, el más borracho y putero de los guardias. Hicimos *bien* en irnos, y aunque los Raven-Hart le quiten el equivalente de un chelín (150 libras anuales), yo tengo un poco de dinero mío, aunque no sea mucho. Ya puedes imaginar que ninguno de esos bestias haya intentado siquiera averiguar dónde estamos, pero no creas que lo digo porque deseemos reanudar las *relaciones* (ja, ja). Así que, una vez nos establezcamos como artistas en este frío país (que, al parecer, necesita artistas como agua de mayo), estaremos la mar de bien. Pero los últimos tres años no fueron fáciles. Aun así, tampoco es para quejarse.

Y esto es todo por el momento, solo quería ponerte al corriente, y si por casualidad quieres mantener correspondencia con nosotras, Barkis está deseosa, *y más que eso*.(5)

Recibe todo el amor de nosotras dos,
ansiosas de saber cómo va todo...
CHIPS

2

Oh, Robert Burns. Nunca he sido uno de tus locos admiradores, pero he de reconocer que de vez en cuando das en la diana.

Oh, cuánto daría por tener el poder de vernos como los demás nos ven.

¡Yo! ¡Larguirucho, huesudo y parecido a un caballo con una pena escondida! Y eso lo dice una mujer de quien fui amigo y a quien salvé más de una vez de su boba necedad inglesa. Aunque supongo que algo tendrá de cierto. Soy alto y de pocas carnes; Nuala nunca deja de recordarme aquella crítica que hablaba de mi figura arqueológica. Pero ¡un caballo con una pena escondida! Si tuviera que describirme diría que mi cara posee un cierto esplendor taciturno, pero no se trata ahora de describirme. Estoy considerando la carta de la vieja Chips, que relata su primer encuentro conmigo, cuando fui a preguntar si se alquilaba el establo y podía reformarlo para convertirlo en clínica. Porque, al final, tenía decidido cuál iba a ser mi trabajo.

Quería seguir ejerciendo la medicina, pero volví bastante cansado de la guerra y de un trabajo desagradable y, encima, después de haber estado tan cerca de la muerte, aprisionado durante cuatro días en agua helada. Sí, ya sé que mucha gente las ha pasado peores, pero allá ellos con su fortaleza. Yo me sentía tan agotado que creía que nunca volvería a ser el mismo y quería pasar el resto de mi vida a mi manera. Quería ejercer la medicina, pero no quería pasarme todo el día sentado en una lúgubre consulta, con una mesa niquelada, mis diplomas en la pared en unos marcos baratos y unas flores de papel polvorientas como «toque hogareño», empleando unos diez minutos con cada uno de la larga procesión de pacientes, todos aquejados de las diez mismas enfermedades: resfriados, toses, gripes, etcétera, hasta hacerme rico, aburrido y desgraciado. Que Dios me perdone si hablo mal —o muy mal— de mis colegas, pero no tenía ningún deseo de ser como ellos. En la sala J, en mi último hospital militar, donde traté a las víctimas del «fuego amigo» con una mezcla de medicina convencional, consejos que no respondían a la psiquiatría canónica y hechizos y evasiones literarias, descubrí algo que no supe definir muy bien, pero que deseaba proseguir y analizar. Sabía que me llevaría tiempo y me conduciría por caminos no trillados.

Trabajo no me faltaba. El Departamento de Medicina de la Universidad me ofreció que diera clases de patología, o de diagnosis, lo que más me gustara. Había operado a bastante gente —sobre todo a hombres— para ser un buen patólogo y mi trabajo forense de antes de la guerra daba un cierto atractivo a esta posibilidad, pero no quise asumir la responsabilidad de ser un solucionador de crímenes ni un rastreador de enfermedades. La diagnosis era igualmente atractiva, y ya había dado muestras de mi habilidad en ella, pero quería hacer más en ese campo, y hacerlo de un modo que indudablemente no podía ser útil para principiantes o estudiantes que no tuvieran el necesario olfato. Quería hacerlo por mi cuenta, solo, y el destino me favoreció para que pudiera hacerlo exactamente como yo quería.

Mi madre murió no mucho antes de que yo volviera a Canadá, y todo el dinero de la familia pasó a mis manos. No era una enorme fortuna, pero fue mucho más de lo que esperaba, y la invertí en valores bursátiles que me produjeron una renta anual que me liberaba de la obligación de trabajar, lo cual es lo que mucha gente imagina que debe ser el Paraíso. Había buenas oportunidades para invertir el dinero después de la guerra.

Hasta ahí, todo fue bien. Pero había, en efecto, esa «pena escondida»: me encontré con que el amor de mi vida, Nuala, se había casado con mi viejo amigo Brochwel Gilmartin y, al parecer, se sentía muy feliz con el cambio.

—No eres de la raza de los casados —me dijo cuando hablamos del asunto.

—Eso es lo que se dice de personas como Darcy Dwyer.

—No seas obtuso, Jon. No estoy diciendo que seas mariquita. ¿Quién mejor que yo sabe que no lo eres? Pero el matrimonio no está en tu destino. Sirves para amante, pero no para marido. Y Brocky es un esposo maravilloso; es veleidoso, divertido y tierno, precisamente lo que tú no eres, y lo amo intensamente. Pero también te amo a ti intensamente, tontito, y espero amarte siempre. ¿Es que una mujer no puede amar a dos hombres, de modo diferente, pero casi por igual?

—¿Casi por igual? Pero ¿quién es el...?

—El que esté encima en ese momento.

—Nuala, no seas grosera.

—No he querido decir lo que has entendido. No exactamente. Quiero decir el que ocupe mi corazón, o mi mente, o ambos, en ese momento. Brocky quiere que tengamos hijos, igual que yo. Tú no, ¿verdad?

—Nunca llegué a pensarlo.

—Será un padre maravilloso. ¿Has pensado lo que serías tú como padre, Jon?

—Creí que te habías casado con él porque te gustaba la idea de vivir en Salterton.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? ¡Y me llamas *grosera*! Eres muy torpe, Jon. No calculé, sopesé y elegí la mejor oferta. Seguí el impulso de mi corazón. De verdad.

—Pero era un factor a tener en cuenta.

—¿Quieres decir que tuve la oportunidad de ejercer en una buena clínica con otra médico a la que le sobrara trabajo? Eso, ciertamente, era una posibilidad tentadora. Pero lo que quieres decirme es que Brocky tiene un sitio en el Departamento de Inglés de Waverley y es casi seguro que llegará a director si escribe todos los libros que tiene planeados. Así que todo era de color de rosa, irresistible. ¿Es eso lo que quieres decirme? Tienes que pensar que soy odiosamente calculadora.

—No eres tonta, y eso significa que hay una cierta dosis de cálculo en tu naturaleza.

—Lo pensé mucho y le di muchas vueltas antes de decidirme. Fue la decisión más difícil de mi vida. Y Brocky lo sabe.

—No tuve la más mínima posibilidad de defenderme. Estaba fuera.

—Estabas en mis pensamientos.

—¿Cómo es Brocky en la cama?

—¡Vaya pregunta! ¿Crees que te voy a hacer una descripción clínica, como entre colegas médicos?

—Eso quiere decir que no está a mi altura.

—Los hombres siempre estáis desvariando con el sexo, como si fuera lo que más importa. Voy a decirte una cosa: Brocky sabe

hablar mejor que cualquier hombre que yo haya conocido, y las parejas casadas hablan más que follan, por más que crean que follar es lo que más importa. Brocky me hace reír con ganas por lo menos una vez al día.

—¿Puede producirte múltiples orgasmos la conversación de Brocky?

—La risa, la verdadera risa, es una especie de orgasmo y va mejor cuando el otro orgasmo no es más que una serie de empujones de mala gana. Escúchame, Jon, no estoy en el estrado de los testigos y no voy a consentir más este interrogatorio quejumbroso y lleno de celos. Hay un límite, Jon.

Al parecer, aquel límite no impidió que pasáramos una espléndida tarde en la cama, antes de que ella cogiera el tren de regreso a Salterton. Y así siguió la cosa. De vez en cuando, cada dos o tres semanas, los asuntos de Nuala la reclamaban en Toronto, almorzábamos juntos y, luego, por la tarde, nos íbamos a la cama.

¿Lo sabía Brocky? Siendo Nuala como era, supongo que sí, pero las veces que nos hemos visto, entonces y ahora, nunca menciona el tema. La guerra, y su nueva manera de vivir, han hecho de él un compañero aún más atractivo que cuando lo conocí por primera vez. Como yo, estuvo muy cerca de la muerte (en su caso, el fallo de una bomba al dispararse) y eso, por decirlo de alguna manera, lo hizo madurar. Era, sin duda, el mejor conversador que he conocido. No un charlatán ni un bufón, no un gracioso ni un chistoso, sino un hombre cuya conversación sobre cualquier tema («de lo grave a lo alegre, de lo vivaz a lo severo») era hábil, elegante sin adornos, e ingeniosa en el sentido de que empleaba símiles inesperados, claros, adecuados y brillantes. Si, como dijo Byron, ver actuar a Kean era como leer a Shakespeare a la luz de los relámpagos, así era Brocky en sus mejores momentos. Yo no soy un gran conversador; sé más bien escuchar, como le corresponde a un buen diagnosticador. Y no creo que haya hecho reír a nadie, como no sea a mis espaldas.

¿Odiaba a Brocky? ¿Pensaba de él que era el hombre que me había robado la novia? Ninguno de los tres vivíamos en ese nivel tan primitivo. Yo amaba a Nuala. Nuala amaba a Brocky. Nuala me amaba. No tengo por costumbre emplear la palabra «amor» referida

a mis relaciones con los hombres, pero supongo que Brocky seguía siendo mi mejor amigo, el más íntimo. Si se le hubiera preguntado a Brocky sobre sus sentimientos por mí, seguro que habría empleado la palabra «amor», pero lo habría hecho quitándole el sentido empalagoso o evocador de la basura que algunas revistas populares le dan a los «vínculos masculinos». La habría empleado en su sentido cristiano, porque volvió de la guerra con profundas convicciones cristianas y, de vez en cuando, venía a Toronto para a hablar con Charlie, que entonces era coadjutor del padre Hobbes en Saint Aidan.

¿He dicho que consideraba a Brocky mi mejor y más íntimo amigo? No, he dicho que lo «suponía». Desde mi vuelta a Toronto me había hecho otro amigo, quizá más íntimo que Brocky. Era Hugh McWearie, el encargado de la sección religiosa del *Colonial Advocate.* Lo conocí porque un colega me pidió que le examinara y le diera mi opinión sobre su respiración, un tanto dificultosa. Claro que fumaba demasiado y sus viejas pipas le habían producido silbidos al respirar. Pero ¿iba yo a iniciar con él una campaña evangélica para que se avergonzara de su vicio, consiguiendo con ello que mejorara su salud, aunque deprimiera su vida? Eran estos los problemas que, en cuanto a mi profesión, ocupaban mis pensamientos. Si yo era un apóstol de la salud, ¿qué era la salud? Que fuera el bienestar corporal, me parecía una respuesta razonable, aunque no tan simple. Porque si incluía el bienestar espiritual la cosa se complicaba en gran manera. Hay personas que necesitan sus venenos porque si no los tienen dejan de ser ellos mismos. Y así pasaba con Hugh, con su whisky y con sus pipas asquerosas.

Como era un hombre muy inteligente, le expliqué el problema. Le dije que si renunciaba al tabaco podría vivir más tiempo, pero ¿viviría mejor? Le dije además que si no dejaba el tabaco, también podría tener una larga vida. Muchos fumadores son longevos. No tenía ningún plan para salvarlo. Al final, fue él quien decidió su propio régimen: dejó de fumar sin parar y se obligó a no pasar de ocho pipas diarias. Se compró dos pipas nuevas y tiró las viejas apestosas. Dejó de beber su botella diaria de whisky y dejó la

costumbre de tomarse un trago en la cama antes de levantarse. Pero no le prohibí nada.

—Le sigo, doctor —me dijo—. Como dice la música de la vieja opereta, «un poco de capricho hace bien», pero hay que ser moderados. La Dorada Mediocridad, un toque prudente de platonismo y una ligera autodisciplina. He entendido su punto de vista y le agradezco que no me haya amenazado. Me ha recordado que debo conocerme a mí mismo, que soy un gran necio. Pero uno tiene que visitar de vez en cuando a un hombre prudente para descubrir lo que ya sabía. Es usted un médico entre mil.

Y lo mismo empezaron a decir muchos pacientes. Algunos, en expresión de ellos, «juraban en mi nombre». Pero muchos colegas míos me maldecían, porque para ellos yo era un hereje de la salud. Sin embargo, muchos de mis coetáneos empezaron a pasarme casos difíciles, casos que ellos creían insolubles.

Ya se había creado una leyenda sobre mí. Se decía que empleaba métodos no convencionales, y no hay nada que produzca mayor desconfianza y nerviosismo en un grupo profesional que algo que se aparte de lo convencional y no haya aparecido en las revistas especializadas. Puede ser charlatanería. Peor aún: puede ser efectivo. Y la charlatanería y la efectividad juntas resultan odiosas.

Pero yo no era un charlatán. Mi diccionario dice que un charlatán es alguien que ejerce una profesión que ignora, lo cual no era mi caso, pues ejerzo una profesión que muchos de mis colegas ignoran. Supongo que podría llamarse «humanismo». McWearie, cuando me conoció mejor, me llamó médico quodlibetario, queriendo decir que yo mezclaba todo tipo de cosas impensables para hacer una unidad, eligiendo todo aquello que me parecía mejor.

Mi experiencia en la guerra me hizo desconfiar de la clase de medicina que prescribe un remedio determinado para un conjunto determinado de síntomas. Por supuesto que en tiempos de guerra, sobre todo en el frente, eso es lo que hay que hacer. No había tiempo para exámenes prolongados, y en muchos de los hospitales donde estuve parecía que el único propósito era poner en pie al paciente y devolverlo al combate. La medicina en tiempo de paz y en la vida civil no tiene ese nivel, pero la rutina y el aburrimiento hace

que a veces el trabajo se reduzca al tratamiento *pro forma,* especialmente con pacientes poco atractivos. Porque no ha de pensarse que la atracción que evidentemente se da entre médico y paciente funciona de otra manera. Pocas personas pueden curarse con un médico que no les gusta, y he oído decir a algunos que uno que fuera más estúpido que ellos no podría curarlos. Tampoco yo he confiado nunca en un médico a quien considerara analfabeto, pero eso es un puro esnobismo intelectual del que debería avergonzarme. Pero no me avergüenzo. De la misma forma, nunca he podido hacer mucho por un paciente que me desagradara.

No es que yo rechazara los métodos convencionales del tratamiento. Solo quería estar seguro de que eran los correctos, lo cual no está siempre claro para una persona con un mínimo de sentido común.

Me parecía evidente, como supongo que le parecerá a cualquiera, que el cuerpo no es una máquina con variaciones cualitativas como las que pueden darse entre un Ford y un Rolls-Royce. He vivido lo suficiente para ver órganos disfuncionales sustituidos por otros de otro cuerpo, una forma de canibalismo que a veces funciona. Es un triunfo de la teoría mecánica de la medicina. Pero pocos tienen que ir a la tienda-de-cuerpos en busca de una pieza de repuesto.

Creo, tal como creía Paracelso antes que yo, que hay tantos estómagos, corazones, hígados y ligamentos como individuos de la raza humana, y que deben ser tratados individualmente según sus especiales necesidades, cualesquiera que sean. Y que estas necesidades no se descubren siempre en el laboratorio, sino en el confesionario laico de la consulta. El tratamiento debe ser marcadamente personal y si alguna vez se adentra en el terreno de la mente, el médico debe seguir por ahí. Pero lo habitual es que vaya por el terreno donde la mente y el cuerpo se entremezclan (donde la mente afecta al cuerpo y el cuerpo afecta a la mente, y donde todo lo enreda el diablo, lo cual requiere tiempo, aplicación y simpatía) y puede ocurrir que el médico de medicina general y su hermano el especialista no puedan atender al paciente que llama a su puerta.

Supongo que si tuviera que definir mi método de trabajo diría que es una especie de medicina psicosomática con la que trato de cambiar los síndromes patológicos mediante el lenguaje y, consecuentemente, mediante la razón. Y algunas veces (y ahí es donde más les dolía a mis ultrarrazonables colegas), en esa oscuridad fibrosa que subyace a la razón. Es posible que el cambio nunca sea completo, pero el paciente —o, casi siempre, la paciente — se siente mucho mejor porque ha aprendido a encarar de un modo distinto la faceta individual de la vida y el cuerpo con el cual se experimenta esa vida.

No, no, no es psicoanálisis. Esa aventura maravillosa pero tan limitada del entendimiento humano actúa como si los pacientes vivieran principalmente en la mente, como si los catarros, indigestiones, artritis, lumbalgias, cardiopatías, asmas, defectos de la piel y todos los demás achaques fueran criaturas ajenas, solo tratables en los demás.

«¡Vuelta a Paracelso!», fue lo que gritó McWearie cuando le hablé por primera vez de mi concepto. Pero, no, no solo es volver a Paracelso, sino a otros grandes hombres, entre los cuales figura de modo distinguido Robert Burton, que escribió *Anatomía de la melancolía* para *tratar* la suya propia. En mi trabajo en la sala J, descubrí que una nueva manera de pensar, o un simple cambio en la manera de pensar, eran curativos. No restituía una pierna amputada ni devolvía una novia perdida, pero presentaba una nueva visión de tales infortunios y esa nueva visión era curativa.

Se me conoce por haber recomendado otro enfoque de la religión como un medio de mejorar la salud o, por decirlo mejor, de mejorar el bienestar. Porque, ¿qué es la salud?

Digo (y años más tarde veo con asombro que la Organización Mundial de la Salud está de acuerdo conmigo) que la salud es que nada te duela o te dañe demasiado. Pero la idea popular de la salud es una norma a la cual debemos ajustarnos todos: no estar sano, no estar en «plena forma», es uno de los pocos pecados que la sociedad moderna identifica y condena. Pero ¿no hay tantos modos de salud como cuerpos? Si lo que quiera que seamos conlleva determinadas fragilidades físicas, ¿por qué empeñarse en

corregirlas? ¿Y qué han hecho por la humanidad nuestros modelos de salud, nuestros adorados y bien pagados atletas? Todo lo más son artistas, y si lo son, de segundo orden. Si la contribución de McWearie al bien público y su propia satisfacción exigen fumar y apestar, ¿por qué se intenta que se convierta en un fantasma descontento de sí mismo, para terminar matándolo con lo que popularmente se cree que es amabilidad?

Por eso me acerco a mis pacientes intuitivamente, con mis antenas temblando a cada indicio de su cuerpo o de su modo de hablar, y cuando he encontrado lo que he podido, hago lo que me parece mejor.

Por supuesto que la enfermedad grave, la que es reconocible, virulenta y extenuante, conduce a un rápido diagnóstico y algunas veces se dispone de curas o de simples paliativos. El *vis medicatrix naturae* —el poder curativo de la naturaleza— es el gran aliado del médico en estos casos pero, de vez en cuando, este logra salvar a alguien de la tumba y merece todo el respeto por hacerlo. Pero esas enfermedades tan llamativas son las que menos trata un médico.

Para ejercer esta clase de medicina no quería estar en uno de los grandes edificios hospitalarios. Necesitaba espacio e intimidad, y eso fue lo que terminé por encontrar en los establos de la Casa de la Gleba.

Fue McWearie quien me lo sugirió.

—El sitio tiene el aspecto sorprendente que te conviene —me dijo—. Encima de la entrada principal, que es suficientemente amplia para que pase una carroza victoriana con un cochero con sombrero de copa en el pescante, hay una bella representación de tres caballos espléndidos, aparentemente departiendo entre ellos. El acabado interior es perfecto, y arriba están los aposentos del caballerizo y sitio para un par de mozos. Costará adaptarlo y renovarlo, pero conseguirás unos locales que ningún médico ha tenido nunca. Tendrás que pelear con Las Damas, pero sin asustarse, que no muerden, y sé que necesitan dinero. Ve a verlas y gánatelas.

Y fue lo que hice, aunque no recuerdo que fuera como aparece en la carta de Chips a su amiga Barbara Hepworth, a quien supongo

que conoció en sus días de estudiante en Inglaterra. Hay muchas cartas de estas.

¿Cómo llegaron a mi poder? Con el paso del tiempo llegué a ser un íntimo de Las Damas, o tan íntimo como ningún otro llegó a serlo. Fui un arrendatario ejemplar y he de admitir que ellas fueron las caseras más amables y generosas. Chips se equivocó: ninguno de nosotros se arrepintió del acuerdo que firmamos. Enterré a una en el cementerio del jardín y la otra dejó la Casa de la Gleba y, al final, fui yo, el caballo con una pena escondida, quien actuó como albacea de Pansy Freake Todhunter.

Cuando me vi obligado a mirar en su escritorio, encontré estas cartas cuidadosamente atadas con una cinta junto a una carta del abogado de Barbara, con fecha de 1975, diciendo que, como la señorita Hepworth las había conservado, le parecía adecuado devolverlas a la remitente. Y de esta manera me encontré con un relato muy sesgado de lo mucho que yo recordaba, y una visión sobre mí que a veces me asombra y otras me deja consternado.

Pero ¡qué cartas! Nunca había visto nada parecido y enseguida comprendí por qué se habían guardado con tanto cuidado. No por el estilo literario de Chips, bien lo sabe Dios, que era juvenil y escolar. No: por su extraordinaria belleza.

La señorita Pansy Freake Todhunter era grabadora y dominaba bien esta técnica, aunque su obra no resultaba más apasionante —para mí al menos— de lo que suelen ser los grabados. Pero estas cartas, escritas con una tinta negrísima en diminuta letra cursiva sobre el bello papel crema del señor Russell, estaban adornadas con preciosas viñetas (tan pequeñas que en algunos casos hacía falta una lupa para poder apreciarlas) que parecían hechas con una pluma de cartógrafo. Y tenían un estilo que nada tenía que ver con la sobriedad que caracterizaba el trabajo serio de Chips. Eran brillantes y diminutas caricaturas que recordaban por su estilo a algunos de los mejores artistas de *Punch* —Tenniel, Du Maurier y el maravillosamente divertido F. H. Townshend—, dando a las cartas un brillo, una belleza y una comicidad deliciosa que elevaban la horrible prosa de Chips a niveles mucho más altos. En ellas aparezco yo, sí, he de admitirlo, el caballo con una pena escondida. Había bocetos y

apuntes de la Casa de la Gleba, simpáticos aunque burlones en su evocación del gótico romántico de Augustus Welby Pugin. Era lógico que la destinataria las conservara. Destruirlas hubiera sido un acto de vandalismo.

Aún las conservo con afecto y las miro alguna vez, cuando me asaltan las oscuras sombras del pasado.

VIÑETAS

(En la primera carta de Chips)

(1) Boceto del antiguo invernadero visto desde el exterior.

(2) Casa de la Gleba, a la que Chips ha dado un aire dickensiano, aunque a mí me parece la casa que solo un inglés nostálgico construiría en Canadá.

(3) Yo, el caballo con la pena escondida. ¡Qué mujer más inteligente, más perspicaz y más cruel!

(4) Aquí está ella, tratada con la misma dureza. Realmente una Freake.

(5) La cara de Freake relamiéndose a la espera de cartas.

3

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Querida y vieja cosita:

Supercontenta (¿es que alguien ha estado alguna vez *infracontenta*?) de recibir tus buenas noticias. Entiendo *perfectamente* tu largo silencio. Hay veces en que una simplemente *no puede* escribir, y sé lo *angustioso* que ha tenido que ser todo, con lo pedazo de pan que es Ben y más habiendo niños de por medio (aunque ya deben de ser unos jovencitos, ¿qué edad tienen?). Y qué bien que sigáis siendo amigos, que te anime y te dé su consejo cuando se lo pides. ¡Terrible lo de Venecia! Pero la vida de una escultora es dura, ¿verdad? La Amada se sigue dando de cabeza contra una pared de *ladrillos* en este país olvidado del arte, donde una estatua es algo como un bronce de Winston Churchill con un puro apestoso en la boca *que echa humo de verdad*.(1) Aun así, todo se va arreglando y hay un par de almas ilustradas que le

compran algo de obra pequeña, y la visión universal y abstracta de la belleza, como tú decías, no la ha abandonado. ¡Aunque está agotada, la pobrecita!

No sé si soy justa cuando digo que esto es un país olvidado del arte, pero, maldita sea, el desarrollo de cualquier tipo de arte en un país nuevo —primero colonia, luego independiente, pero todavía sin saber andar muy bien— es tambaleante y *lento.* Tienen aquí algunos buenos políticos, afilados como navajas, y Mackenzie King (el primer ministro, que acaba de morir, por si no lo sabías) era un viejo zorro que podía dar lecciones al mismo Disraeli, pero sus ideas sobre arte eran tan primitivas que pensaba que *If Winter Comes* es la mejor novela que se ha escrito nunca.(2) Pero aquí, como no sea la política, los negocios o los deportes, nada se valora mucho. La carta que citabas de Kit Jones, en la que decía que su esposo, el poderoso psicoanalista, califica a los canadienses de «raza despreciable, excesivamente burguesa, nada cultivada, muy grosera, muy estrecha y piadosa», ha de ser contrastada con su propia experiencia aquí, justo antes de la primera guerra mundial (como ahora la llaman los periódicos), cuando ofendió la moralidad de Toronto viviendo sin tapujos con Loe. (¿Te acuerdas de Loe? ¿Cómo pudo ser?)(3) Por supuesto que aquí se conoce ese tipo de cosas, pero Ernest no tuvo la decencia de ocultarlo, como hacen los canadienses, y parece que lo hacía *por principio.* Sin un verdadero sentido del *pecado,* cosa que desagrada a los canadienses. Supongo que por eso le dieron la espalda, que probablemente fue lo mejor, porque parece que ahora es uno de los grandes de Harley Street y es a Sigmund Freud lo que san Pedro a Cristo, aunque no ha llegado a ser el Discípulo Amado. (4) Canadá no es tan mala como dice Ernest; artísticamente, lleva un retraso de unos treinta años, y lo que él dice de burguesa, poco cultivada, estrecha y piadosa podría decirse de Nottingham o de una docena de sitios que conocemos y evitamos. En fin, como te decía, la vida de una escultora está llena de escollos. Yo logro vender algún que otro grabado, pero no da para mucho. Probablemente me pasaría lo mismo en Inglaterra. Realmente no tengo un gran talento, y la gente cree que 50 dólares por un grabado es pedir *un mundo*.

Sí, todo ha ido espléndidamente con el doctor y los establos. Lo vigilamos mucho y ya te daré noticias de él más adelante.

Pero de momento estamos metidas hasta el cuello en la iglesia vecina, de cuya gleba forma parte nuestra casa. Sí, querida, nos hemos convertido en ratas de sacristía, y no porque se nos haya reblandecido el cerebro ni nada por el estilo, sino porque los sacerdotes de allí son verdaderamente *fascinantes*.

Saint Aidan es terriblemente conservadora. Tiene una música maravillosa y DeCourcy Parry, que la dirige, es un músico de gran talla. Aún no lo conocemos bien, pero ya llegará. Su mano derecha y director del coro (canto llano y no lejos de Solesmes, créelo) es un tal Darcy Dwyer,(5) que se ha hecho gran amigo nuestro y va trayendo gente a casa, gente que es la mejor compañía que hemos conocido desde que bajamos del barco. Pero el gran estruendo de Saint Aidan es curiosamente un modesto ruido, el padre Ninian Hobbes, un viejecito encantador que niega que sea nada extraordinario. Yo diría que es un santo si no fuera por lo que te explicaré después. Pero el *père* Hobbes da todo lo que tiene a los pobres. Realmente, vacía su vieja bolsa de cuero pasada de moda. Y si no le queda nada, pone la bolsa del revés y bendice al mendigo con la sonrisa más bella que hayas visto nunca. No es que sea guapo.(6) Usa una dentadura postiza que se ve a la legua que es postiza, tiene la barbilla hundida y me parece que él mismo se corta el cabello. Es tímido con las mujeres y tenemos que mimarlo con alimentos que él da enseguida a sus mendigos. Los llama Pueblo de Dios, ¡absolutamente tolstoiano! En invierno recorre los callejones traseros donde duermen los vagabundos. Creo que conoce todos los refugios de los pobres en una milla a la redonda. Va por las noches con una linterna, y cuando encuentra a alguien durmiendo en medio del frío, se lo lleva a la rectoría y lo acomoda cerca de la estufa. Digo «lo», pero en muchos casos se trata de mujeres ancianas, muchas manifiestamente locas.

Su mano derecha, el coadjutor, es el padre Iredale, Charlie para nosotras. Tiene tanto los pies en el suelo como el padre Hobbes los tiene en el aire. Se ocupa de todo, dirige el ritual sin perderse detalle y no permite que el padre Hobbes haga más de lo que corresponde

a un santo. Porque Charlie está convencido de que el padre Hobbes es un santo, y creo que espera que haga un milagro en cualquier momento. Es absolutamente amable con el anciano, lo cual admiramos mucho, y enviamos a la rectoría comida decente siempre que podemos, para que Charlie la encuentre en la mesa antes de que el padre Hobbes invite a los pobres y necesitados, que nunca están hartos. Oh, Barbara, cómo entiendo ahora las palabras de Cristo «tendrás siempre a los pobres contigo». ¡Y qué *pesados* son, los pobrecitos!

El otro sacerdote es el padre Whimble, un hombre decente y tranquilo, un poco estúpido, que hace lo que Charlie le dice y también adora al padre Hobbes.

Charlie conoce a nuestro inquilino, quien, después de más de dos años de reformas fastidiosas en los establos, los ha arreglado a su gusto y ya vive allí. Charlie conoce al doctor Hullah, pero me pareció verlo sorprendido cuando le dije que había alquilado nuestra vieja casa.

Pero con respecto a la iglesia, nosotras vamos; conociendo a Charlie y ayudando al padre Hobbes como lo hacemos no podríamos dejar de ir. Sería como conocer a un autor y no comprar sus libros, aunque no nos gusten. Pero si bien yo conservo mi antiguo desdén por la iglesia y sus obras —consecuencia de haber asistido a un colegio anglicano de primer orden—, la Amada está cada vez más liada. No exactamente en las obras de la iglesia (no creo que las feligresas la recibieran con los brazos abiertos, porque desconfían de los ingleses, seguramente con razón), sino asistiendo a los oficios, y yo la acompaño con frecuencia. La música es espléndida, por supuesto, y si yo tuviera talento me dedicaría a ella, pero la Amada va a actos religiosos sin música, y hay en su cara una expresión que no sé describir muy bien, una expresión satisfecha y hermosa que me hace llorar.(7) Pero cuando volvemos para desayunar, vuelve a ser la de siempre, ingeniosa, tan profana como antes.

Charlie la adora. De un modo clerical, naturalmente. Él tiene un ingenio agudo, como ella, y sus conversaciones son maravillosas. Ella dice algo mordaz, como ha hecho siempre, y él finge que está sorprendido u ofendido y le replica en términos burlonamente

clericales, lo cual la incita a mayores vuelos. Terminan tronchados de risa y yo estoy la mar de contenta al ver a la Amada tan feliz con alguien de su mismo nivel. Ella siempre le está diciendo que se case, y él le explica de un modo cómico por qué nunca lo hará, a no ser que la bella escultora Emily Raven-Hart consienta en ser su esposa. Es la mejor broma, claro está, porque aunque nunca se habla del tema, estoy segura de que él entiende perfectamente la situación de la Casa de la Gleba.

¿Acaso no soy volátil como la señorita Mowcher en *David Copperfield*? He llegado al final de la página y acabo por ahora, pero volveré a escribirte dentro de poco.

Con el gran amor de ambas,
Chips

Viñetas

(1) Atroz representación de la estatua, con el puro del tamaño de un bate de béisbol.

(2) El señor Mackenzie, con un mechón de pelo sobre su despejada frente, pero, ay, con la boca, como siempre, abierta.

(3) Loe, una cara para no despertar grandes entusiasmos.

(4) Ernest Jones, mirando de reojo el halo torcido sobre su cabeza.

(5) Darcy al natural, con el aire mefistofélico que le gustaba.

(6) El pobre padre Hobbes. ¿Por qué hace Dios tan horriblemente feos a tantos de sus siervos más devotos?

(7) Emily Raven-Hart vista por su amante.

4

Chips tiene razón: a Charlie no le gustó precisamente que me fuera a vivir cerca de Saint Aidan. Supongo que quería sentirse libre de las relaciones juveniles, como suele pasarnos a todos. El joven frágil y soñador que mostró tan extraordinarias agallas durante su operación, se había convertido en una especie de administrador sagrado, sumamente competente, con un especial talento para el aspecto ceremonial de los actos religiosos. Siempre le gustaron esas cosas, y recuerdo el brillo de sus ojos cuando describía cómo durante la Edad Media, en algunas iglesias, un pertiguero con una espada se acercaba al altar durante la comunión, dispuesto a

pinchar a cualquier perro o gato que pudiera aventurarse hasta allí para comerse algún trozo caído de la hostia. ¡El cuerpo de Nuestro Señor en las tripas de un chucho! Pensarlo lo llenaba de un terror sublime. Parecía haber dejado atrás estas extravagancias góticas, pero los oficios en Saint Aidan eran bastante caprichosos. Cuando nos encontrábamos, se mostraba cortés, pero siempre demasiado ocupado para detenerse y charlar y se escurría con su casulla y la elegante gorra en la cabeza (él sabía lo elegante que era), parecida a un birrete de estudiante desprovisto del cartón. Los clérigos de Saint Aidan llevaban siempre la casulla; iba contra la costumbre y no creo que le gustara al obispo, pero este gobernaba con mano tolerante.

Yo veía más a Charlie que él a mí, porque yo permanecía casi siempre encerrado en mi clínica-establo, y desde el escondite de mi puesto de observación (sí, había incluso una torrecilla en este palacio caballar del arcediano, réplica de la torre mayor de la Casa de la Gleba), lo veía moverse con su aire medieval y al mismo tiempo moderno como pastor con su rebaño. Veía también salir y entrar a Las Damas, a Chips cavando incesantemente en el jardín y en el huerto que se había hecho, deteniéndose de vez en cuando para reñir al simplón que cortaba la hierba y podaba las ramas (y a veces las flores), en la lucha interminable del jardinero con el caos de la naturaleza. Dice ella que me espiaban mucho, pues yo las espiaba probablemente otro tanto.

Me gustaba la clínica. El arquitecto había hecho un buen trabajo, convirtiendo el gran establo en el lugar ideal para mi trabajo profesional. Mucho espacio y una sala de espera realmente buena. Siempre he odiado esos cuchitriles miserables, faltos de luz, provistos de sillas de acero y una mesita para revistas atrasadas, empleados como sala de espera en las casas dedicadas al (¿qué escritor diría diseñadas para?) ejercicio de la medicina. Mi sala de espera era como un salón y, aunque el estilo estuviera ya un poco pasado de moda, tenía la atmósfera que yo quería. Disponía de mi propia sala de consultas, que conservaba una de las chimeneas del establo y parecía una biblioteca, y no la antesala de una nave de hospital como la de tantos médicos. Junto a ella había una sala de

exploraciones, donde luchaba a brazo partido con los pacientes que se desnudaban y se sometían a todo cuanto yo les ordenaba para hacerles el diagnóstico. Antes de la sala de espera estaba la recepción, donde mi inestimable secretaria-enfermera-masajista-hidroterapeuta y sanadora para todo, Fru Inge Christofferson, vigilaba todo y a todos, escribía cartas a máquina y redactaba facturas impecables. Junto a la recepción estaba la sala de consultas de mi ayudante, el doctor Harry Hutchins, que se ocupaba de lo que yo le ordenaba y estaba contento con lo que hacía, porque, una vez formado, quería hacer el tipo de trabajo que yo hago. Un muchacho genial que tranquilizaba a los pacientes que quizá se quedaban impresionados por el lugar.

Mis aposentos están arriba. Una magnífica sala de estar con mucha luz, de la que sale una corta escalera de caracol que lleva a la torre, donde tengo mi escritorio y escribo precisamente estas notas. Un dormitorio decente. Una cocina pequeña y bien equipada, porque, aunque no cocino, me hago el desayuno y me preparo un emparedado para el almuerzo. Un cuarto de baño al que McWearie tilda de lujo pompeyano, y ciertamente es mayor de lo que suelen serlo en la mayoría de casas que visito.

Voy a muchas casas. Hago lo que los antiguos médicos llamaban «atención domiciliaria». Quiero ver dónde viven mis pacientes. Quiero ver sus dormitorios, que tanto dicen de su calidad de vida. Siempre miro en los cuartos de baño con el pretexto de que voy a lavarme las manos; ¿son casas avergonzadas de sus retretes y mingitorios, lo que indica disgusto por la excreción corporal? ¿Está la bañera estropeada por el agua de Toronto, con manchas debajo de los grifos? ¿Qué hay en los armarios de medicinas, qué lío de remedios, fórmulas y bálsamos medio consumidos, junto a hojas de afeitar, demasiado enmohecidas para usarlas, pero demasiado buenas para tirarlas? Con una ojeada al cuarto de baño puedo intuir todo un mundo de costumbres, reflejo de una mentalidad, de una manera de ver el sexo y la salud.

¿Cómo es la luz? ¿Está la casa oscurecida con cortinas y visillos para que no se desluzcan los muebles? ¿Está protegido el sofá, Dios nos perdone, por un plástico para que no se gaste por el uso? ¿Hay

libros?, y de ser así, ¿están guardados con amor y respeto, o están colocados en estanterías que debieran ser para mostrar piezas de cristal y porcelana? ¿Hay algún libro en la mesita de noche y alguna lámpara para leerlo?

Si hay comedor, siempre es posible echarle un vistazo. ¿Está la mesa puesta para la siguiente comida, con los condimentos agrupados en medio, junto al pequeño jarrón de flores artificiales? ¿Parece una sala que únicamente se usa cuando hay «invitados», o es el lugar donde una familia feliz celebra sus banquetes? Y cómo es la luz, porque la luz de un comedor es un indicador definitivo de lo que la familia piensa acerca de la comida y es, por lo tanto, un elemento vital y la fuente principal de placer.

¿Qué lleva el paciente en la cama? ¿Pijamas nuevos, obviamente para recibir al doctor? ¿Lleva camiseta? Hay mucha gente que duerme en ropa interior. Si se trata de una mujer, ¿lleva pijama o camisón?, y si es camisón, ¿es para que sea agradable a la vista o es de algodón blanco? ¿Se ha peinado, va maquillada? Porque estas cosas hablan de lo que piensa de mí y de ella misma. ¿Adopta una actitud descuidada cuando escucho su respiración o se protege los senos? La noción que el o la paciente tenga del pudor puede ser reveladora, con independencia de lo que cada uno entienda por pudor.

¿Cómo huele la casa? Mi nariz es uno de mis principales instrumentos de diagnóstico. Con frecuencia puedo oler la enfermedad. Y puedo oler la inquietud doméstica, la infelicidad.

Por supuesto que no todas las casas que visito responden a la descripción que acabo de hacer. Muchos pacientes míos son acomodados y hay unos pocos que son ricos. Las casas de los ricos merecen otro estudio. ¿De quién es la idea del lujo que veo? ¿De la esposa o del marido? ¿Son de origen humilde?, y de ser así, ¿qué han aprendido en el trayecto? ¿Se ve demasiado la mano carnosa y húmeda del decorador de los grandes almacenes? Si hay un piano, ¿lo toca alguien? Pulso distraídamente una tecla y si surge una nota desafinada, descubro la pretensión de aparentar con los vecinos. Hoy son muchas las casas que disponen de complicados equipos musicales de alta fidelidad; cuestan mucho dinero, pero los discos y

cintas que hay alrededor hablan de la fidelidad musical del propietario. ¿Es música sentimental y honrada, de baile, rock, punk o lo que sea, o es quizá un conjunto de lo que yo llamo «música verdadera», esa cosa especial que abre las puertas del más allá? ¿O son las *Joyas del Metropolitan* o *Pavarotti* desgañitándose? Todos estos detalles son para mí elementos de una diagnosis, y la única manera de conocerlos es yendo a las casas. El médico que no hace visitas domiciliarias carece de conocimientos para ejercer su profesión.

Aquí, en mi establo, lo repaso todo y llego a mis conclusiones. Y cuando cae la noche, de regreso del hotel donde ceno (Toronto durante muchos años no ha tenido buenos restaurantes), me acomodo en la sala de estar y leo o escucho música, pero siempre, tras la aparente ocupación, pienso en mis pacientes y en mi trabajo y, si nada me duele, me siento envuelto de mi propia felicidad.

5

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

¿Cómo te va, mi vieja pardilla?

¿Recuerdas la canción? «Mi padre me dijo, sigue adelante y no te apartes del camino. Y me alejé avanzando con mis pocos amigos, y luego seguí con mi viejo pardillo...», etcétera. Oh, Barbara, no sabes cuánto echamos de menos un poco de aquella alegría en este país tan sobrio. Pero no debo quejarme, como decía la vieja Lucy. Las cosas no han ido tan mal.

Ya te conté que nuestro inquilino se vino a vivir aquí. Estábamos *locas* por ver lo que había hecho, pero tardó semanas en invitarnos. Supongo que estaba muy ocupado. Estos solterones siempre están terriblemente ocupados. Durante semanas estuvieron viniendo los camiones de mudanzas con todo tipo de cosas, primero a nuestra puerta, pues nunca se les ocurría que eran para el establo. Por eso sabíamos que había grandes preparativos. Entonces apareció una especie de ogro aterrador que dirigía todos los trabajos. Deduje que era la enfermera del doctor o algo parecido, una tal Christofferson,

(1) una verdadera tártara. O una valquiria. De unos dos metros de altura, hermosa a su manera, como un granadero, y con una voz profunda. Le hice algún que otro comentario educado, esperando ver lo que había en las cajas, y me respondió con una mirada que quemaba como los rayos X. Pero, al final, atravesamos la puerta.

Querida, no puedes imaginarte la cantidad de dinero que ha debido gastarse. No queda rastro del antiguo establo, quizá solo algunas de las preciosas chimeneas en algunos cuartos, donde imagino que los mozos sacaban brillo a los arneses y contaban historias picantes. Bastante *boiserie*, no demasiado oscura, y hermosos los papeles pintados de las paredes, seguramente traídos de Estados Unidos. ¡Y qué muebles! Una habitación que me pareció increíble era la sala de espera, para los *pacientes,* ¡imagínate!, con sillas maravillosas de cuero, una espléndida alfombra sobre el entarimado, *libros de verdad* en las estanterías y cuadros en las paredes. Y qué cuadros. Litografías de primera calidad, aunque vaya temas. La *Lección de anatomía* de Rembrandt, que supongo debe de revolver las tripas de los pacientes, y otra de un holandés antiguo, con un doctor que bizquea mirando lo que parece un frasco de pipí. En la sala de consultas había un cuadro que me dejó pasmada, de esos de *La Muerte y la dama*: un desnudo femenino cara a cara con un esqueleto. Ella lo mira zalameramente y él evalúa sus rosados encantos.(2) ¿Qué creerá el doctor Hullah que sus pacientes sacan de esto?

Se lo pregunté. Y se limitó a sonreír. «No se preocupe», me dijo, «la gente que venga pronto se acostumbrará a estas reminiscencias de una medicina más primitiva y más abierta. Yo les pido que acepten las diferentes formas de la realidad.» Habla así. Un tipo ciertamente escurridizo, pero hermoso dentro de su forma algo esquiva; viste a lo grande, con ropa cara, y se perfuma el pañuelo con agua de Hungría. No es que tenga la prestancia de Harley Street. Eso sería imposible en Toronto. Pero es estiloso a su manera. Eché de menos mi mejor vestido.

Sin embargo, la verdadera sorpresa fue la sala contigua a la sala de consultas, demasiado parecida a una clínica; una gran mesa de acero, como si la gente fuera a echarse en ella y, en un extremo,

una plataforma, en cuya parte posterior hay un gran cristal deslustrado. Le dio a un interruptor y se encendió por detrás, y sobre el cristal había todo tipo de medidas y símbolos en grandes rótulos negros. «Cuando la gente se pone delante de esto», dijo, «es sorprendente lo que se descubre. Mire.» Sacó de un cajón una transparencia cuadrada, de unos veinte centímetros de lado. Era la fotografía de una pobre infeliz desnuda, tomada probablemente por la enfermera feroz, delante de aquella pantalla. Tenía el rostro oscurecido, así que, aunque la conociera, no puedo decir quién era. Querida, no puedes imaginar qué ser tan lastimoso: una mujer, con la melena caída sobre la espalda, encorvada, con los pechos y la barriga colgando de mala manera y unas varices horribles en las piernas. Puso otra diapositiva, esta vez una pose lateral. Y luego otra, de espaldas, con la columna vertebral desviada. Pero no era tan mala modelo. Las he visto peores en la Real Academia de Pintura.(3) Solo que esta era *clínica.* «Siempre que quiera hacerse un retrato», dijo, «venga aquí.» Y habría sido asqueroso de no haber sonreído tan amablemente. Dicen que es un diagnosticador de primer orden.

Luego, la ogresa nos sirvió el té. Un té muy bueno, lo que me sorprendió en cierta manera. Después del té nos pusimos muy comunicativas. Le contamos que nos conocimos en el Cuerpo Militar de Transporte, en el 39 de Graham Terrace, que era para morirse de risa. Con aquellas damas elegantes vistiendo uniformes hechos por Hartnell, coroneles de chóferes y ministros del gobierno por todos lados, y la pobre Amada encargada de llevar la nómina a un ministerio del gobierno a Basingstoke, donde se había establecido por entonces. Como sabes, yo conducía una ambulancia, que a veces parecía más un coche fúnebre a causa de la norma que establecía que había que llevar a los muertos a la policía antes de llevar los heridos al hospital. ¡Y los chismorreos! Historias *interminables* de adulterios en la alta sociedad. ¡Y qué pandilla! Algunas canadienses, las primeras que traté, y algunas chicas muy decentes, pero las superiores se reían de ellas porque siempre pedían permiso para estar con sus maridos. Eso de pasar el rato con el *marido* era demasiado para nuestra comandante.(4) Tuve que

vigilarla de cerca porque simpatizó con la Amada y quería casarla a toda costa. «Por supuesto, solo hay veintisiete hombres *verdaderamente* elegibles en toda Inglaterra y nunca sabes con quién quedarte», decía. Y eso que entonces sus padres ya intentaban que se las arreglara con Gussie Gryll.(5) ¿Llegaste a conocer a Gussie? ¡Querida, qué tipo! ¡Cómo recuerdo aquellos días! No es que hablemos de ellos a menudo. Pero cuando me iba a la cama, mejor dicho, a limpiarme los dientes, me puse a canturrear sin darme cuenta la canción que acostumbrábamos a cantar en el CMT cuando algunas de las damas estaban un poco achispadas:

Hitler...
tiene solo un cojón;
Goering...
tiene dos, pero muy pequeños;
Himmler...
tiene algo similar;
pero el pobre y el viejo amigo Goebbels…
¡no tiene ninguno!

Va con la música de *Colonel Bogey.* ¡Ay, qué días tan felices! El riesgo de que te mataran durante un bombardeo era como el tabasco en una salsa. ¿Fueron días realmente felices? Fue una época en que yo era joven y con estar viva tenía suficiente.

Hasta la próxima, con el amor de las dos,
Chips

Viñetas

(1) Mi enfermera, Inge Christofferson, dibujada por una artista a quien no le cayó bien.

(2) Un apunte de *La Muerte y la dama.* ¿Es casual o a propósito que la dama se parezca en caricatura a Emily Raven-Hart?

(3) Tres apuntes relampagueantes de un cuerpo desagradable de mujer.

(4) La comandante es una de esas señoras inglesas de la alta sociedad que más parecen un hermoso caballo.

(5) Si alguna vez una caricatura habló de celos y odio, hela aquí.

Recuerdo muy bien aquel té. No quería que vinieran, pero estaban tan impacientes —por lo menos Pansy Freake Todhunter— que se hizo inevitable. McWearie me decía: «Las Damas están que se mueren por ver tu casa. Será mejor que las invites si quieres que te inviten a sus reuniones del domingo». Yo no estaba muy seguro de querer ir a esas reuniones, por importantes que fueran, pero hay algunos compromisos sociales que son ineludibles.

Sabía que iban a hablarme de la campana, y que Charlie les había pedido que lo hicieran. Si quería que silenciara mi campana, ¿por qué no me lo decía él mismo? Supongo que hacía muchos años que la campana del establo había dejado de dar las horas, pero cuando puse orden en todo aquello, la mandé arreglar y me encantaba escucharla cada hora; justo lo necesario para advertir a los pacientes que su visita había llegado a su término. Era una buena campana y me cuesta creer que despertara a nadie durante la noche. Pero Charlie quería que la silenciara porque en ocasiones se imponía a la de Saint Aidan, que, según él y con alguna razón, merecía preferencia. Podía dar su melodiosa nota de tenor cuando Charlie oficiaba en la iglesia y, en efecto, podía sonar al mismo tiempo que la suya, tan desapacible, en el momento de la consagración. Si hubiera hablado conmigo, quizá habría hecho algo con mi campana, pero como encargó el asunto a Las Damas, sonreí y les dije que el establo era ahora el templo de Higía y que, como tal, tenía derecho a su campana. Ante eso, Las Damas no supieron qué decir. Supongo que le dirían a Charlie que yo era un maleducado, y si fue así, no me importa. Probablemente achacaron mi mala educación al Pesar Escondido que me ponía semblante de caballo. Debí de parecerles un perfecto patán.

Se sintieron muy ofendidas porque no las invité a subir a mis aposentos, pero como los cuadros de la parte profesional no les agradaron, supongo que ya tuvieron bastante. En mi sala de estar tenía yo entonces dos cuadros solamente, dos buenas litografías (porque prefería tener una buena reproducción de un cuadro a un pintarrajo «hecho a mano» de un paisaje canadiense). Uno era un autorretrato de Durero, en el que claramente pretende parecerse a Cristo, y el otro —encima de la chimenea— era de Boucher, un

delicioso retrato de Nelly O'Morphy, una preciosidad desnuda, echada boca abajo sobre el sofá más suave que se ha pintado jamás. El rosado trasero de Nelly me ha reconciliado muchas veces con Dios, sobre todo después de tratar con pacientes como el que Las Damas vieron en la pantalla de mi sala de consultas. Cuando me siento junto a la chimenea, ¿miro a mi alrededor, deseando que Nuala esté allí sentada, leyendo, haciendo punto o soñando despierta? No quiero dar una respuesta definitiva a esta pregunta, ni siquiera aquí, en la intimidad de mi diario. Claro que la echo de menos, pero a fuer de sincero debo decir que prefiero echarla de menos que tenerla a mi lado continuamente. Las agencias de viaje afirman que «llegar allí es la mitad de la diversión». De la misma manera, yo puedo decir que la nostalgia forma parte de lo mejor del amor. Estoy solo, pero ¿no gozo de mi soledad? Nuala ha sido madre. Su hijo es un niño grande y coloradote que se llama Conor, por su familia. ¿Deseo que Nuala esté en mi cocina preparando la comida que Conor come tan desordenadamente, y que Conor esté en una cunita en mi dormitorio, berreando por satisfacer algo que solo un recién nacido entiende? La especulación se complica porque sé que Conor podría ser mi hijo. Cuando las personas alcanzan tanta intimidad y se habitúan a su amor, como es el caso de Nuala y mío, hay ocasiones en que olvidan las precauciones que las personas prudentes suelen tomar. No hay que avergonzarse por admitirlo: cuando ataca el ardor compulsivo no se busca un profiláctico en el cajón de la mesilla de noche.

En fin, ahora que escribo estas líneas, después de tanto tiempo, ya todo es agua pasada, o condones-que-se-llevó-la-corriente. Hace tiempo que Conor es un hombre; ha crecido lo suficiente para alcanzar en su profesión el puesto de redactor jefe de la sección de espectáculos del *Colonial Advocate.* Conor se ha casado con Esme, y esta me atormenta para que le revele cosas del pasado de Toronto, un pasado que no puedo separar del mío, y no importa mucho quién sea el padre de Conor. Lo conozco. Lo quiero y sé que me quiere, pero no siento ningún impulso de estrecharlo entre mis brazos y revelarle que es mi hijo. Ni siquiera discuto esa posibilidad con

Nuala. Hay veces que me avergüenzo del poco sentido familiar que tengo, pero enseguida me sobrepongo a tales sentimientos.

Mucho más clara en mi memoria queda la Gran Batalla de la Campana, que duró los tres primeros años de mi estancia en la clínica, detrás de la Casa de la Gleba y junto a la iglesia de Saint Aidan. No habría tenido importancia si no fuera porque acabó rompiendo mi amistad con el padre Charles Iredale, mi antiguo compañero de colegio y a quien creía un amigo para toda la vida. Es asombroso cómo los lazos que uno cree tan fuertes pueden romperse por lo que, comparativamente, es una tontería.

Charlie se metió en un callejón sin salida cuando encargó a Las Damas que me pidieran que silenciara mi campana. Solo consiguió que me emperrara en que siguiera sonando cada hora. ¿Vino a pedirme que la hiciera callar, como haría un amigo con su amigo? No, acudió a un subterfugio de clérigo: se dirigió a los fieles y les pidió que firmaran una petición que él había redactado (pero que no firmó), para que la policía tomara cartas en el asunto y procediera contra mí como causante de molestias. La policía se lo tomó con calma, pero al cabo de un tiempo me envió una carta diciendo que habían recibido quejas y que desistiera. Me tomé mi tiempo y contesté preguntándoles cuál era la naturaleza de las quejas. La policía, tras un intervalo de tiempo, me envió una copia de la petición, con todos los nombres de los firmantes.

Era una pequeña obra maestra. Hablaba, en tono agraviado aunque amable, de las quejas de los ancianos, cuyo sueño se veía turbado por la campana, citando el caso de enfermos crónicos que permanecían despiertos contando las horas. Había alguna alusión a la rivalidad entre mi campana y la de la iglesia, sin ninguna objeción a esta última, pues una campana es parte esencial de una iglesia, un hecho consagrado por el tiempo. Empecé a encontrarle gusto a esta disputa entre vecinos.

Dejé pasar un tiempo y luego pedí una entrevista con alguien de la policía que pudiera orientarme sobre este asunto, y mantuve una agradable conversación con un sargento que no quería meterse mucho en honduras y me sugirió que hablara con alguien del Ayuntamiento. Después de dedicar un tiempo a averiguar a quién

debía ver en el Ayuntamiento, me entrevisté con un hombre bastante decente que me dijo que la ciudad no deseaba actuar contra mí y deploró que la policía me hubiera dado a conocer los nombres de los denunciantes. Le pregunté qué medidas podría tomar el Ayuntamiento. ¿Iban a multarme? ¿A meterme en la cárcel? ¿A quitarme la campana? El buen hombre se quedó aturdido ante mis sugerencias y dijo que no se haría nada de tanta trascendencia, pero que, sin duda, se tomaría alguna medida si yo persistía en ignorar una carta que había llegado a un lugar tan alto como la Oficina de Reclamaciones del Ayuntamiento.

—Está causando molestias, ¿sabe? —me dijo.

—¿De verdad? —contesté—. No sabía que la campana entrara en ese capítulo. Siempre creí que causar molestias era hacerse pipí en la calle o abandonar el cadáver de un perro en un patio trasero. ¿Así que mi campana es una molestia? Lamento oírlo. De verdad.

Y de nuevo dejé pasar magistralmente el tiempo, hasta que decidí enviar una carta al padre Hobbes, pidiéndole que la leyera en la misa que creyera más apropiada. Decía así:

> Ha llegado a mis oídos que la campana que forma parte del reloj de torre de mi clínica, detrás de la Casa de la Gleba, en Cockcroft Street, es motivo de queja para ciertos vecinos ancianos y molesta e interrumpe el descanso de algunos enfermos. Lamento que sea así y, por consiguiente, tan pronto como encuentre un relojero a quien pueda confiar este delicado trabajo, haré que se ajuste el mecanismo del reloj para que en el futuro la campana solo suene entre las siete de la mañana y las doce de la noche, es decir, entre las horas en que me sirve para marcar el paso de mis visitas profesionales. Confío en que así habré dado respuesta a las objeciones expresadas a la policía y a las autoridades municipales.
>
> Atentamente
>
> Jonathan Hullah, MD, FRCP.
>
> (Caballero de la Orden de Polonia Restituta)

Para entonces yo acudía regularmente a la misa mayor de las once que se hacía en Saint Aidan los domingos, y esperé impacientemente a que el padre Hobbes leyera mi carta ante su

rebaño. El buen anciano lo hizo con tanta unción cristiana que casi me arrepentí de mi disputa con su coadjutor. Dijo que estaba seguro de que todos apreciarían el ánimo caritativo de buen vecino con el que yo actuaba, y llegó a decir incluso que el tenor de mi campana acordaba tan dulcemente con el bajo de la campana de la iglesia que siempre se deleitaba escuchándola. Con una coincidencia a la que el arte nunca se presta, la campana de mi establo sonó justo en el momento en que el anciano terminaba de leer mi carta. De no haber sido así, la gente habría oído el rechinar de dientes de Charlie, pero lo que sí oyeron otros fue a Darcy Dwyer que, en su banco del coro, soltó un resoplido cuando oyó que yo me definía como Caballero de la Orden de Polonia Restituta. Creo que esa Orden ha desaparecido hace tiempo pero, durante mis vacaciones en Europa después de la guerra, compré en una casa de empeños un collar de la Orden y se lo enseñé a Darcy, lo cual le recordó mi triunfo en el Concurso del Mal Aliento, cuando yo me atribuí semejante honor.

Aquella tarde, Las Damas me hablaron del enredo de la campana, encantadas de que yo me hubiera burlado de Charlie de manera tan ingeniosa. Se tomaron todo como una gran broma. Charlie, que apareció aquel domingo en lo que ahora llamaban ellas el salón, me miró desde el otro extremo de la sala sin pronunciar palabra. Lo cierto es que aquella ruptura entre nosotros duró varios años y fue uno de los aspectos que dificultaron mi intervención en el asunto de la repentina muerte del padre Hobbes, como quizá tendría que haber hecho.

7

Me he quedado consternado al releer lo escrito, por la confusión en los tiempos verbales y en el orden que sigo. Pero en anotaciones esporádicas como estas uno no se exige la misma escrupulosidad que cuando escribe para una revista científica. Por ejemplo, acabo de dejar algo importante sin explicar: ¿Qué hacía yo acudiendo a Saint Aidan, siendo, además, asiduo y generoso con la bandeja de la colecta? ¿Cómo explico la doble visión con la cual observo cuanto acontece en la iglesia y sus alrededores, mostrándome afectuoso, protector, condescendiente, irónico, divertido y satírico, todo al mismo tiempo? ¿Cómo puedo pensar mal de Charlie por su sigilo

clerical en el asunto de la campana, y respetarlo al mismo tiempo y humillarme ante él cuando recibo de sus manos el Pan y el Vino? ¿Cómo puedo ver al padre Hobbes como un santo varón y casi al instante como un viejo estrafalario y cómico? Y, siendo amigo de Darcy Dwyer, y sabiendo por tanto el cuidado con que se ensayan y preparan los oficios, ¿cómo puedo estarme callado y satisfecho cuando tienen lugar?

Quizá la última pregunta no sea de difícil contestación. ¿Acaso no puedo presenciar los ensayos de una gran obra de teatro u ópera y luego sentir admiración rayana en la reverencia cuando la veo representada? Pero la misa, ¿no es algo mucho más elevado que una representación artística, por noble que sea la creación humana? ¿No es un sacrificio ofrecido al Altísimo, en el cual no dejo de ser un humilde participante? No soy un desgraciado vagabundo que pide ayuda a Dios cuando me arrodillo. Ofrezco algo, hago una ofrenda, la ofrenda de mí mismo, y la belleza y el orden del ceremonial son las formas externas que hacen posible esta reciprocidad de afecto, ofrenda y confianza.

El ceremonial. Cuando yo era joven, pensaba, como canadiense típico del siglo xx, que cualquier cosa que fuera cuidadosamente ordenada no era «sincera», y aceptaba la sinceridad —en su sentido de vida despojada de belleza aunque no enteramente de decencia— como el valor supremo. Todo valía mientras fuera sincero, por más escuálido, analfabeto y confuso que pareciera.

La guerra me curó de todo esto. Vi la sinceridad, la aceptación incondicional de la buena gente que luchaba por una causa que no entendía, por un país al que apenas conocía, por unos «valores» que nunca se había cuestionado seriamente. Vi que aquella sinceridad se trocaba en amargura en los hombres que causaban baja por el «fuego amigo», que no tenían donde agarrarse, nada que les mostrara que pudiera haber algo más allá de la perplejidad de la creencia, o de la mera aceptación, con que el mejor de ellos había ido a la guerra. No conocían ningún ceremonial que pudiera aliviarlos. Incluso el mundano esplendor de la monarquía y el patriotismo les estaba negado, porque estas cosas habían sido rebajadas por pensadores «sinceros», incapaces de ver nada que no

fuera mediocre. En sus vidas no había nada grandioso. Sin embargo, ¿creía yo? Y, si creía, ¿en qué creía?

—Veo que no te impresiona mucho «esta fábula de Cristo», como los Borgia la llamaban cínicamente mientras le sacaban el máximo provecho —me decía McWearie en una de nuestras charlas sobre el tema—. Pues bien, Jon, no te precipites. En la historia, casi todo es una fábula, en uno u otro sentido, y la fábula de Cristo está sustentada por cuatro libros extraordinarios. Es una bella fábula y no tienes que tragártela como la crónica de un partido de hockey. Recuerda que el propio Cristo fue probablemente el mejor fabulador que nunca ha existido. ¡Las parábolas! ¿Hay algo como ellas? Que no admitas la economía de Cristo no te autoriza a rechazar lo sublime de su aceptación de la humanidad en toda su diversidad. ¿No tragas a Dios? ¿Te produce acidez de estómago?

—No trago al Dios del Antiguo Testamento —dije—. Y, ciertamente, hace algunas cosas raras en el Nuevo.

—Como es intragable para cualquiera que tenga algo de espíritu cristiano. Un ser terrible la mayor parte del tiempo, aunque haya momentos en que es un padre asombrosamente prudente. No sabes por dónde cogerlo.

—No quiero nada de él.

—No hay necesidad. No es más que uno entre un centenar de dioses, aunque hemos restregado tanto nuestras narices en su historia que apenas hemos tenido tiempo de mirar a otro lado. Pero tú eres un hombre instruido, Jon. Debes saber que cuando Cristo pisó la tierra, sí, y muchos siglos antes, había personas, por ejemplo en la India, y sin ninguna duda en Grecia, a quienes Cristo y sus doce pescadores les habrían parecido un atajo de palurdos, aunque poseedores de una buena idea. Tú, probablemente (si no fueras tan perezoso y aclararas tus ideas) compartirías buena parte de las creencias de aquellos griegos. En fin, la Filosofía Perenne.

—Leibniz —dije yo.

—No, no Leibniz. No seas torpe. Él se limitó a darle nombre. ¿Qué sabes de esto?

—No mucho. No estudiamos mucho a Leibniz en la universidad.

—Eres desesperante, Jon. Has crecido, has pasado una guerra, te has enfrentado con la muerte y se te ha roto el corazón; en fin, has vivido. ¿Y todavía te atienes a las chiquilladas que aprendiste de muchacho? ¡Leibniz en la universidad!

—¿Y dónde voy a aprender filosofía si no es en la universidad?

—Apréndela como la aprendieron los filósofos, en la búsqueda interior. Evita los sistemas filosóficos. A los idiotas les gusta porque pueden reunirse en pandilla, mear con la pluma y mirar por encima a la mayoría analfabeta. Pero nadie puede enseñártela mejor que otro. Tienes que hacértela tú mismo para que sirva de algo.

—¿Por qué no puedo empezar con Leibniz?

—Da gracias a Dios de que esta botella no esté vacía, porque si no, te la rompería en la cabeza. Leibniz era un buen tipo, pero estaba estreñido intelectualmente; a su pensamiento le faltaba aceite de oliva, y aceite de oliva significa Platón. No es que Platón sea el sumun de lo que estoy hablando. Pero fue el hombre que compendió todo lo que los griegos sabían desde siglos antes, Pitágoras, Heráclito y una docena más, y desde entonces todos los hombres que se han calentado la cabeza están con él en espíritu. Fíjate en Disraeli. ¿Conoces la historia de la señora que preguntó a Dizzy cuál era su religión? Su verdadera religión, porque ciertamente no era un judío modélico. Y él dijo: «La religión de todos los hombres prudentes». La mujer insistió: «¿Y qué religión es esa?». «Los hombres prudentes nunca lo dicen», contestó Dizzy sin querer discutir más con ella.

—Hugh, esa historia no es de Disraeli. Es del conde de Shaftesbury, de un par de siglos antes.

—Pero suena mejor con Disraeli.

—El periodismo ha echado a perder tu respeto por la verdad.

—Ah, quienquiera que fuese, se estaba refiriendo al platonismo. Ya sabes lo que es. ¿Disteis algo de eso en la universidad?

—No. ¿Vas a enseñarme ahora?

—Te diré una cosa. Cualquier enseñanza debe venir de ti mismo. Está enraizada en la Realidad Divina que encontramos en nuestras mentes (mente en su sentido más amplio, no entendida como la calculadora que tienes en la cabeza), que reconoce y refleja la

Realidad Divina en todas las cosas. Es lo que dentro de nosotros forma parte de la Realidad Divina, que es inmanente, inmemorial y universal. Detrás de ella hay unos veinticinco siglos de experiencia y pensamiento. No se acomoda a los sistemas o religiones, pero puede alcanzarse mediante ellos, que es, supongo, lo que tú y yo hacemos en Saint Aidan. Pero no exactamente mediante Saint Aidan o lo que el padre Hobbes dice en sus sermones, por buen tío que sea. La Filosofía Perenne tiene mucho que ver con la belleza. Hay mucha belleza y habrá mucha más belleza en Saint Aidan.

—Tendría que reflexionar mucho sobre esto.

—Sí, pero quizá no tanto como crees. Esta clase de medicina que practicas, y que no quieres definir por miedo a que alguien te contradiga, me parece a mí que tiene sus raíces en la Filosofía Perenne. Así que dale un mordisco, Jon, y mastícala hasta que sea parte de ti mismo.

Y es lo que hice, y con el tiempo lo vi más claro. El platonismo, o lo que Hugh llamaba la Filosofía Perenne, estaba bajo la raíz de mi práctica médica. No: *era* su raíz.

8

No voy a reproducir todas las cartas que Pansy Todhunter escribió a su amiga Barbara; como en toda correspondencia extensa, hay muchas cosas aburridas y mucho que tiene poco que ver con mi relato. Esta carta explica lo que mi práctica médica, enraizada en la Filosofía Perenne, parecía al mundo que me rodeaba.

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barbara:

Parece que la Amada y yo estamos inmersas en un asunto embarazoso, pero estoy segura de que si ocurre algo desastroso, nosotras, como caseras, no nos veremos afectadas. Se trata de nuestro inquilino el doctor, que tan bien se ha acomodado a nuestros establos, aunque ya no tienen nada de establos.

Tenemos noticia cierta de los pacientes que acuden a su consulta cada día y en buen número, porque vienen derechos hacia

la Casa de la Gleba y luego tuercen bruscamente a la izquierda (hay un rótulo que lo indica), hacia la zona de los establos, que es un patio empedrado rodeado por cuidados macizos de flores. (El doctor no ha escatimado el dinero para que su casa quede bonita, lo que para algunos es prueba concluyente de que se trata de una especie de charlatán; los médicos como Dios manda no se preocupan por las apariencias, al menos en Toronto.) Los pacientes son de todas las clases: inválidos que necesitan ayuda, jóvenes con aire preocupado, gente de la que habitualmente se dice que va «con ropa gastada y los guantes remendados», gente rica que deja sus coches lujosos en la calle, la mayoría mujeres, pero también unos pocos hombres.(1) Trabajando en el jardín no tengo más remedio que verlos; tienen que pasar por delante del invernadero-estudio de la Amada, en un lado de la casa, y a veces miran dentro sin ninguna educación. Pero hasta hace muy poco no habíamos conocido a ninguno de ellos.

Ahora conocemos a la señorita Fothergill. Me la encontré un día, cuando, saliendo de la clínica, atravesaba el jardín. Se detuvo para acariciar a *Pusey*, el gato inglés.[*] ¿Te he hablado de *Pusey*? Como nos hemos vuelto unas ratas de sacristía en Saint Aidan, cuando compramos un gatito —una preciosidad, negro, con tres patitas blancas— pensamos que teníamos que bautizarlo cristianamente. Y, naturalmente, pensamos en el héroe del padre Iredale, el reverendo Edward Bouverie Pusey, uno de los padres del Movimiento Anglo-Católico. (*Newman* podía haber sido un bonito nombre para el gato, pero como lo retiramos de las tentaciones del sexo desde muy pronto, elegimos el de *Pusey*, el *Anglo-Cat,* que es como todos lo conocen, aunque no creo que el padre Iredale lo encuentre tan divertido como nosotras.)(2) Bueno, el caso es que, hace unas semanas, la señorita Fothergill se detuvo para acariciar a *Pusey* y eso facilitó que charláramos, y como parecía bastante cansada, le dije que entrara y la invité a una taza de té. ¡Y vaya historia me contó!

Goza de su mala salud y, querida, qué manera de gozar, de modo que su médico de cabecera, supongo que cansado y harto, la envió al doctor Hullah a ver qué podía hacer con ella. Por lo que se

ve, muchos médicos hacen lo mismo. Hullah es una especie de Tribunal de Última Instancia y atiende a los pacientes que los otros médicos no han sabido curar o no han podido aguantar. Así que pidió hora y me dice con los ojos desorbitados, ya de por sí saltones, que nunca había sufrido un examen semejante en todo su cuerpo.

Antes de ver al gran hombre tuvo una sesión completa con la ogresa, la enfermera Christofferson. Tomó nota de todos los detalles habituales en un papel, luego la invitó a pasar a la sala de exploraciones y le ordenó que se desnudara; no que se quedara en paños menores, sino completamente en pelotas, lo que le sonó horriblemente. Tiene demasiada vergüenza para ser una mujer tan pequeña. Luego la hizo subir a aquella plataforma de la que te he hablado, y Christofferson desapareció debajo de la tela negra de una gran cámara, como esas antiguas para hacer retratos; encendió varias luces crueles e indiscretas y la fotografió en varias poses, a cuál más incómoda. «Confío en que estas fotos sean confidenciales», dijo la Fothergill. «Sí», dijo Christofferson con un humor que no le suponía, «si quiere alguna para vender o difundir habrá de hacérsela en otra parte.» Esto desconcertó un poco a la señorita F. Pero no tanto como cuando la invitó a que se echara en la gran mesa de acero (después de haber rendido el habitual tributo médico de un poco de pipí y unas gotas de sangre) y el doctor Hullah entró y la saludó como si estuviera completamente vestida y en una sala de estar. ¡Incluso le estrechó la mano! Querida, ¿te han estrechado la mano alguna vez estando en cueros? Supongo que sí, olvidaba que tú no vives en el mundo de Fothergill. Pero es que se trataba del saludo de un perfecto desconocido.

Luego se puso a trabajar. Fue largo y profundamente embarazoso. No es que le pidiera que le enseñara su chimenea ni nada por el estilo, porque Christofferson ya se había ocupado de hacer todas esas molestas pruebas con anterioridad. Pero se la quedó mirando hasta que, dice ella, se puso roja como un tomate. ¡Y luego empezó a hurgarla con un dedo inquisitivo por todas partes! Empezó a hurgarle en el estómago de tal forma que pensó que trataba de sacarle algo de allí, aunque luego supo que solo era un examen, inusitadamente prolongado, del bazo. Le dijo que se

diera la vuelta y volvió a hacerle lo mismo en la espalda, incluida una prolongada separación de las nalgas mientras, al parecer, le miraba su salida, y sobre lo cual no quiso decir nada. A continuación se ocupó un buen rato de los pies. Luego, y esto sí que la sorprendió de verdad, empezó a olerla, acercándose mucho; la olió desde la cabeza a los pies, muy despacio y deteniéndose bastante en esa zona que la señorita Fothergill describe como Ya Sabe Dónde, lo que resultó mucho peor que el dedo curioso de Christofferson.(3) Pero al cabo de una hora más o menos de esta situación violenta, la peor de su vida, rica al parecer en situaciones violentas de un tipo o de otro, porque esta mujer puede ser violentada de muchas maneras: social, intelectual, moral, sexualmente, o como se quiera, salió el doctor y la ogresa la ayudó a vestirse e incluso le mostró una sala-tocador donde volver a arreglarse.

A estas alturas, la señorita F. estaba completamente aturdida, y cuando por fin entró en el impresionante despacho del doctor, se echó a llorar como una histérica preguntándole qué es lo que le hacía. Obtenía información para una diagnosis preliminar, dijo él, frío como el proverbial témpano de hielo. ¿Y qué hizo a continuación? Nada. Permaneció allí sentado, mirándola, y ella no pudo más y volvió a deshacerse en llanto, hasta que por fin pudo dominarse y le preguntó si no quería decirle lo que tenía. Pero si ya me lo está diciendo, dijo él. Cada minuto que pasa me dice más. Sus lágrimas son elocuentes. Pero ahora quizá sea mejor que me diga lo que usted cree que tiene. Y ella se lo dijo.

Todo esto llevó unas dos horas, y al cabo de ese tiempo la señorita F. estaba completamente exhausta y se sintió feliz cuando el doctor le dijo que ya estaba bien por aquella tarde, pero que tendría que seguir un tratamiento de masajes y baños durante una o dos semanas, después de lo cual podría hacer un nuevo diagnóstico. Y así está la cosa.

Pero ya sabes lo que pasa cuando te enteras de algo completamente nuevo, que siempre oyes más de lo mismo en los días siguientes. Así ha ocurrido con el doctor Hullah y sus extraños métodos de diagnosis. Conocí a un hombre en una fiesta que me preguntó si conocía al doctor Hullah, y dijo que la cosa más rara que

Hullah le hizo fue descansar su cabeza en el vientre, escuchando, durante más de un cuarto de hora, todos los gorgoteos, retortijones y gruñidos. Pero, al parecer, Hullah lo ha curado, y no con medicinas, sino con ayuda de la Chris, que parece que es un prodigio con los masajes y es capaz de sacarte cualquier cosa de las tripas. Todo lo que el doctor oyó en sus tripas lo arregló la Chris. Y luego conocí a otro que tenía una enfermedad asquerosa de la piel que los dermatólogos no le habían podido curar, cosa que hizo Hullah en seis semanas con una serie de baños, siempre supervisados por la ogresa. Baños que te hacen girar como en un torbellino, al igual que gira la imaginación según Shakespeare (en *Troilo y Crésida,* por si lo has olvidado). Así que si es un curandero, es de los buenos. Pero la señorita F. —que ahora *nos persigue*— dice que está segura de que algún día el doctor *irá demasiado lejos,* aunque no sé lo que quiere decir con eso. Pero no me asusta en absoluto. Me gustaría que le echara una mirada a la Amada, que no se encuentra del todo bien. No es realmente La Cosa, como se suele decir, pero sé que ella no vacilaría en la mesa de acero, y quizá acunara la cabezota del doctor en su querido regazo.

Me voy volando, con los mejores deseos,

Chips

Viñetas

(1) Un apunte grande, por lo menos de 10 × 6 cm —gigantesco para lo habitual en Chips— de una multitud de enfermos desfilando hacia la clínica, en cuya entrada está Christofferson «como la ciega Furia con sus abominables tijeras».

(2) *Pusey*, exquisitamente dibujado por una inglesa muy dotada y amante de los animales.

(3) La señorita Fothergill olida en su Ya Sabe Dónde. Oh, Chips, tu arte es demasiado divertido para ser pornográfico. Podrías haber hecho una fortuna como dibujante cómica. El gesto de mi cara en esta viñeta es el de un sátiro que ha sido educado científicamente. La señorita Fothergill es una Doncella Vergonzosa con los dientes largos.

La señorita Fothergill era mi paciente más engorrosa, no por la complejidad de su caso, sino porque su resistencia era inusitadamente fuerte, y en cada visita combatía sin ceder un centímetro, convencida como estaba de que sabía cómo se movía el mundo; cualquier desacuerdo con ella desafiaba toda sabiduría mundana; es decir, mundana del distrito Rosedale de Toronto, donde vivía. Se había quedado sola con cincuenta y tres años al morir su madre poco antes de venir a mi consulta. Saunders Graham, el médico de la familia, no la toleraba; hábilmente me la derivó, arguyendo que necesitaba una atención especial. No la necesitaba, pero casos como este eran muy corrientes.

El viejo Burton hubiera descrito su enfermedad como «melancolía de novicias y viudas», pero no se trataba exactamente de eso. No solo echaba en falta la experiencia sexual, sino que era un claro ejemplo de la «venganza de la vida no vivida», del rechazo a cualquier posibilidad brindada en su juventud, de la renuncia al amor o a cualquier emoción fuerte. Nunca había aprovechado sus conocimientos (no era tonta) en ninguna actividad. Se había entregado al cuidado y satisfacción de una madre egoísta, de quien fue compañera y confidente hasta el mismo día de su muerte. Estaba convencida de que su madre había sido una mujer de inteligencia, sabiduría y corrección social poco comunes, aunque nunca me dio pruebas que justificaran semejante opinión. Y ahora, con su madre muerta, estaba seca y espiritada y no encontraba razones para vivir. Pero el indomable espíritu de supervivencia que actúa muy por debajo de la razón no la dejaba morir (como asidua devota de la Iglesia, le asustaba profundamente morir) y llenaba su vida vacía con una variedad de síntomas más o menos desagradables que la convencían de que estaba seria y fascinantemente enferma.

Y, en efecto, lo estaba, según su temperamento y forma de vivir. Tenía que despertarse y reconsiderar su situación. No quise decirle que su querida madre había sido una sanguijuela sin escrúpulos, un caso bastante corriente, pero quería que se diera cuenta de que su madre había muerto y que por eso el mundo no iba a detenerse.

Tratamiento. Christofferson para empezar. Baños minerales que, como decía Chips, eran un torbellino a su alrededor, y una buena lavativa una vez a la semana, no porque fuera necesaria, sino porque le producía una sensación de bienestar y (esto es caprichoso, pero cuando trato a mis pacientes no le niego voz a mis caprichos) es un recordatorio de que hay que desprenderse de lo inútil. Dije a Harry Hutchins que le preparara un tónico, razonablemente efectivo por su contenido en hierro, no mucho (porque era propensa a las hemorroides), pero lo suficientemente desagradable para convencerla de que servía para algo. El frasco llevaba una etiqueta roja que decía: «No debe excederse bajo ningún concepto la dosis prescrita». Lo cierto es que podría haberse bebido medio litro sin mayores problemas, pero estas cosas complementaban lo que yo hacía en mi consultorio.

Tenía que encontrar una ocupación. Pero ¿cuál? La Galería de Arte, el Museo, la Sinfónica, no le interesaban, y la madre nunca había mirado con buenos ojos a las mujeres que se entregan a tales causas, según ella, solo para subir en la escala social. No, dije yo. Nada de ese tipo de ocupación, ha de ser una de tipo mental y espiritual. Pero ya tenía una ocupación espiritual; comulgaba regularmente en Saint Simon (no aguantaba Saint Paul, plagado de arribistas de toda clase). No, dije yo, acudir regularmente a la Comunión no ayuda si no hay algo más entre los domingos. ¿Rezaba? Oh, sí, leía el Libro de Rezos cada noche; madre decía que leía tan bien. Le repetí la lección que Charlie me dio muchos años antes: al parecer sus plegarias eran de Petición, pero ¿había hecho alguna vez la Intercesión o, mucho más importante, la Contemplación? No, no la había hecho, y dijo que ese tipo de cosas no debían de ser saludables. Era pensar demasiado en una misma. (Afortunadamente, no se daba cuenta de que toda su enfermedad y sus costosas visitas a mi clínica no eran más que pensar en ella misma.) Le sugerí la conveniencia de ver al padre Iredale de Saint Aidan para hablar de la plegaria, pero me miró con desconfianza, como si pensara que yo no era solo un husmeador de coños, sino algo más horrible: un papista. De modo que mis intentos para que cambiara de vida mediante la religión resultaron un fracaso.

Lo que la aquejaba y que no podía decirle era su condición de heredera en cuerpo y alma. Por supuesto que había heredado todo el dinero de su madre y estaba resuelta a cuidarlo con el mayor celo y, al final, dejárselo a... ¿quién o qué? No lo sabía. No aprobaba nada que valiera lo suficiente para apoyarlo con el dinero de mamá. Pero eso, y el oscuro y viejo antro de Rosedale, no era toda la herencia de la madre. El verdadero tesoro era el rico legado de prejuicios de la madre, su mala voluntad, su odio. Se creía obligada a ser testigo ante el mundo de los Valores De Su Madre. No era tarea baladí y sabía que tenía que dedicarle sus mejores esfuerzos. Que es lo que hacía. Y el resultado era que estaba desarrollando con toda rapidez un probable caso de *arthritis deformans.* Muchos colegas míos, los más capaces, están seguros de que esta enfermedad la produce un virus, y es muy probable que estén en lo cierto. Pero hay tantos virus flotando a nuestro alrededor y en busca de un hogar, que quienquiera que necesite uno no tendrá problemas para elegir el que más le convenga. La señorita Fothergill necesitaba algo que la afirmara en sus creencias (las creencias de su madre); necesitaba —o creía que necesitaba— algo que la fortaleciera, y estaba en el buen camino para coger una enfermedad paralizante. Todos los baños de Christofferson apenas servían para atenuar lo inevitable.

Sin embargo, mis consultas con ella podrían haberla ayudado si yo la hubiera persuadido para que contemplara la vida desde otra perspectiva, una perspectiva que no fuera del todo la de la madre. La insté para que leyera, para que sometiera su mente a alguna reflexión positiva. Pero no le gustaba leer. No encontraba placer en ninguna de las artes. Pero no era perezosa. Había menús que preparar y explicar a la cocinera; flores que «arreglar» y cartas que escribir. Y, por supuesto, había que ocuparse de los «negocios»: visitar al abogado no menos de una vez al mes, preguntar a la compañía de seguros, examinar y deplorar los recibos de la contribución y vigilar todo lo que cae bajo el capítulo de «propiedades». Se pasaba las tardes repasando los informes anuales de los hospitales y universidades que pudieran merecer su dinero, cuando, pasado mucho tiempo, ya no siguiera en este mundo. Todas

estas cosas alentaban su creencia de estar acosada, sitiada, mantenida a raya por un mundo que se aprovecharía de ella si bajaba la guardia un solo instante. A mi manera de ver, no había forma de que se librara de la condenada herencia de su madre. Era la albacea de las opiniones de su madre, y en la casa de Rosedale, la guardiana de la tumba de su madre.

Con la señorita Fothergill no todo fue una pérdida de tiempo y una vejación educadamente escondida. También aprendí algo de ella, y lo que aprendí fue el refinamiento en el arte de escuchar. Pero no escuchar simplemente su letanía de quejas sobre las iniquidades de los tiempos, o su descripción de síntomas. Incluso al final se libró de su pequeña hemorroide que, por supuesto, ya había advertido en mi primera exploración, cuando curioseaba entre sus nalgas y la vi anidada como una pequeña perla. Ella pensó que era algo horrible; yo sabía que era una bagatela. La señorita Fothergill no sabía nada de aquello, pero yo sí, y en el ejército había visto almorranas como racimos de uvas, soportadas durante meses por sus propietarios antes de ir a ver al oficial médico. («Nadie sabe la cantidad de hemorroides que he visto, nadie salvo Jesús», para parafrasear el canto espiritual.) No, lo que aprendí de la señorita Fothergill fue el tono, la cadencia de su habla, subyacente a las palabras.

El habla de todo el mundo posee un tono que siempre es revelador. Para la charla social puede ser un ligero *scherzando,* pero en el consultorio, cuando se habla de dolores de lumbago, de hemorroides, de dolores flatulentos o de noches en vela, se convierte en *andante lamentoso*; en él, un médico atento percibe y distingue el llanto del niño recién nacido o del que da sus primeros pasos y busca los besos y el afecto de la madre. O puede ser el sonido del pesar profundo, de quien ha sido maltratado en el juego de la vida, de quien ve cómo prosperan los indignos mientras él o ella se hunden en la enfermedad y el ocaso. Hay tonos y tonos.

La gente sencilla habla en tono sencillo, sin que importe lo que diga. Pero la gente con mente más complicada cae en un tono torcido o irónico y algunas veces, cuando hablaba con la señorita Fothergill, tenía la impresión de que me tomaba por una criatura sencilla.

—Supongo que nunca ha pensado en casarse —le dije un día.

El tono de ella adquirió el brillo y el corte afilado de un cristal roto.

—Nunca. Mi madre fue muy perspicaz a ese respecto. Recuerdo que me decía: «Querida, si piensas casarte con un hombre, pregúntate esto: ¿podré llegar a usar su cepillo de dientes? Eso te lo dirá todo».

Ay, pobre señorita Fothergill. Christofferson me informó de que era *virgo intacta.* «Un himen como pergamino», me dijo solemnemente. Nadie había superado la prueba del cepillo de dientes.

Yo soy un inocente incorregible. Con frecuencia no veo lo que tengo delante de las narices. Vi claro el caso de la señorita Fothergill cuando supe, indirectamente, que me había estado alabando entre sus amistades. Yo era el primer doctor que ella conocía que se preocupaba por entender la verdadera naturaleza de su enfermedad. Era un hombre cuya sola presencia hacía que tras la visita se sintiera mejor durante horas. Era un doctor que tenía tiempo para *escuchar.* Era mi propagandista.

Y, por consiguiente, la señorita Fothergill había dado con su entusiasmo, su afición, su objetivo: el doctor Jonathan Hullah. Las Damas se reían de mí y me preguntaban alguna que otra vez cuándo anunciaría la señorita Fothergill el día señalado, y si la boda incluiría una misa nupcial en Saint Aidan.

Cuánta vulgaridad puede haber en las burlas femeninas. Probablemente sabían que yo no podía hablar de una paciente, y mucho menos burlarme de ella. En tal situación es cuando se demuestra el temple de un médico. Yo podría haber ordeñado a la señorita Fothergill (si tal término pudiera aplicarse a una mujer cuyas tetas parecían dos sacos vacíos y colgantes) tanto tiempo como viviera, halagarla, escuchar sus necedades y cobrarle minutas excesivas. Si jugaba bien mis cartas podría asegurarme un buen legado a su muerte (incluso podría envenenarla, lenta e imperceptiblemente, y recoger mis beneficios en dos o tres años). ¿Fue mi fortuna personal o mis escrúpulos éticos lo que me disuadió de no hacerlo? Fuese lo que fuese, me las arreglé para reducir las

visitas de la señorita Fothergill a una cada tres meses, en cuyo tiempo observé el lento declive doloroso de esta artrítica chiflada y activa.

Una de las cosas malas de ser médico es que no puedes elegir a tus pacientes; y cuesta mucho quitarse de encima a alguien que no te gusta. No me gustaba la señorita Fothergill, aunque me daba pena. Me la había endilgado Saunders Graham, a quien ella juzgaba como hombre poco considerado y nada caballeroso. Yo no tenía a nadie a quien endilgársela; era un Tribunal de Última Instancia. Pero lo asombroso es que ella pensara que le había hecho un gran bien, que la había puesto en el estado de salud que ella deseaba, que le había proporcionado un hombre en su vida que en modo alguno podía ser una amenaza sexual y cuyo cepillo de dientes nunca podría saborear.

10

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

En tu última carta dices que siempre hablo de nuestros «domingos», pero nunca digo cómo son. Lo siento. No sé escribir cartas. No tengo método.

Sin que nos lo hayamos propuesto, nuestros domingos se han convertido en una institución de Toronto. Hugh McWearie (ya te he hablado de él) los llama nuestro «salón», lo cual es bastante exagerado, como si la Amada estuviera echada en una *chaise longue* Récamier escuchando cumplidos con sonrisa aburrida, mientras yo mantengo una conversación tremendamente intelectual en el otro extremo de la sala. Nada de eso. Las dos trabajamos como mulas los viernes y sábados, preparando golosinas que, debo admitir, son bastante abundantes —los bollos con mermelada y nata tienen una gran aceptación, y los bocadillos de pepinillos van a capazos—. Porque comen como refugiados, puesto que la mayoría son músicos y, muchos, extranjeros. ¿Por qué será que los extranjeros comen tanto?

Pero aún no te he dicho quiénes son. Son artistas o gente relacionada con las artes; los representantes y agentes, los más comilones. Parece que nos hemos especializado en músicos porque son los más sociables de la comunidad artística. Porque aquí hay una comunidad artística. Te asombraría ver la cantidad de artistas que hay en esta ciudad, por más que no les preste mucha atención. Incluso hay un club para ellos, pero no prospera tanto como nuestro salón. Imagino que será la comida.

¿Y por qué músicos? Supongo que por casualidad, pero debe de haber otra razón. Los pintores son un grupo muy especial y se sienten incomprendidos porque intentan que Toronto aprecie el gusto del siglo XX, y eso les va muy cuesta arriba. Escultores hay pocos. No tienen nada que hacer, salvo efigies de políticos fallecidos, que son muy caras (en bronce, por supuesto) y por lo general se piden a Montreal, a alguien especializado en ese tipo de cosas que trabaja a partir de fotografías. Escritores, bueno, ya lo hemos intentado, pero no funciona; son pendencieros y beben demasiado, cosa que no toleramos. Por lo menos no como lo hacen los escritores. Así que, sobre todo, músicos.

No de ópera, aunque hay algunos. Pero a la Amada la ópera le da náuseas, por más que a mí me chifle. Mi pobrecita Amada, parece que ahora hay muchas cosas que le dan náuseas.

Hay alguna gente de teatro, aunque, como suele decirse y para que me entiendas, habas contadas. El teatro sigue siendo aquí cosa de importación, y casi todo el mundo tiene bastante con el cine. Con una excepción: el Gremio de Comediantes, un grupo medio aficionado realmente *bueno*; Darcy Dwyer quiere liarnos para que le hagamos algunos decorados, gratis, por supuesto. Nos viene alguna gente del Gremio y hay algún que otro bicho raro, como la mujer que intenta que los niños actúen, pero ¡*cómo* lo hace! Debutó con Ben Greet, y ya puedes imaginarte su estilo, nada que se parezca a Gerald du Maurier o Noel Coward. Dulcy y Decorum, un matrimonio asiduo: ella, actriz cómica, bastante buena, y él, esa visión lamentable de actorcillo en papel de enamorado. Y un pobre diablo, Watkin Tinney, muy apolillado, que asegura que fue secretario de

Beerbohm Tree; debe de haber un regimiento de exsecretarios.(1)* Va disfrazado de Henry Irving y enseña declamación a las muchachas del Moulton College. Temo que también sea un sablista, cinco dólares por aquí, diez por allá, mientras dice pestes en voz alta de los *amateurs* (él pronuncia «amachurs»), y eso de tener un sablista con nosotras es intolerable. Pero el pobre hombre parece *tan* hambriento...

No, son sobre todo músicos, y tengo que decir que es gente de calidad, aunque maniática, como suelen ser los músicos. ¿Crees que son así por la constante vibración de los instrumentos en sus cerebros? ¿Todo ese tenso zumbido?

Por encima de todos, está la estrella: Neil Gow, que, como habrás adivinado, si bien ha nacido aquí, es descendiente de escoceses y no podía ser de otra manera.(2) Dirige la orquesta sinfónica de la ciudad, y ha conseguido que sea un conjunto bastante decente. También dirige el gran coro, o sea, que está en los mejores sitios y es objeto de la envidia de los hombres y del apasionamiento erótico de las mujeres, que siempre intentan arrastrarlo a alguna «aventura» e incluso se ofrecen como candidatas (son tan inocentes que creen que las «aventuras» son buenas para el arte, cuando en realidad solo sirven para el chismorreo). Pero él permanece fiel a Elsie, y sospecho que confía en ella para conservar algo de sentido común en su complicada vida. Es un líder nato, aunque la Amada dice que no es un director de primera línea. No lo sé, pero, ciertamente, lo que se necesita es un líder. Un inspirador, y Neilie es ambas cosas, por eso triunfa.

Quedarías sorprendida si supieras cuánto erotismo bajo cuerda hay en la vida musical de aquí. O a lo mejor no te sorprende. Otro gran foco de rumores jugosos es Joyce Barma, una violonchelista bastante buena, y bella a la manera de Greta Garbo, ya sabes, como si se sobrepusiera a un fuerte dolor de tripas.(3) Está casada con un artista competente, Feofan Barma y, por consiguiente, cualquiera diría que son unos exóticos, pero lo cierto es que ella es australiana, McVittie de soltera. Es muy seductora y tengo que decir que la Amada habla mucho de ella, de una manera que me incomoda. Pero

Joyce está colada por Adair Scott, un pianista diez años más joven que ella, bello como un dios, así que forman una pareja asombrosa. El pobre Feofan se consuela con nuestros bollos de crema y mermelada de pasas. Dwyer dice, aunque sin levantar mucho la voz, que no hay hombre en Toronto que no desee ser el violonchelo de Joyce cuando ella lo pone entre sus rodillas y lo hace sonar.

Ya te he hablado de Dwyer, que ciertamente no es de los que quisieran estar entre las rodillas de Joyce. Se encarga de traer a la gente de nuestros domingos, con el fin, dice él, de que tengamos lo mejor y nuestra casa no parezca una posada. Él y McWearie se han constituido en nuestros mentores y ocasionalmente en nuestros guardaespaldas. Ya te he mencionado a McWearie,(4) ¿verdad? Seguro que sí. Viene a menudo por aquí y es un gran amigo del doctor Hullah.

Fue Hullah quien sugirió que clasificáramos a nuestros invitados según la escala SELAPIG. ¿Te acuerdas? Estaba de moda cuando íbamos a la academia de pintura. Das a la gente una nota entre cero y diez según su predisposición a la Soberbia, Envidia, Lujuria, Avaricia, Pereza, Ira y Gula, los siete pecados capitales. Pero fue McWearie quien dijo que sería completamente inútil si no se contrastaba con las notas referidas a la escala de las virtudes, es decir, Fe, Esperanza, Caridad, Justicia, Fortaleza, Templanza y Prudencia, con las que no se puede hacer un acrónimo (McWearie suelta con bastante frecuencia palabras tipo «acrónimo») como SELAPIG, que suena tan científico (por el doctor Melquisedec Selapig, de Brno).

Todo esto es motivo de ratos nada inocentes o edificantes. Tomemos a dos de nuestros asiduos, Anton Moscheles y su esposa Antonia (otra australiana, que a causa de su matrimonio con Anton habla con un fuerte acento ruso). Anton es violoncelista y forma parte del mejor cuarteto de la ciudad. Rechoncho, de cara porcina, pero muy inteligente, con patillas y unas gruesas y temblorosas gafas *pince-nez,* lleva siempre una de esas chaquetas negras de cuello alto, de modo que se parece mucho a Schubert. Pues bien: ocho por lo menos en Soberbia, cero en Pereza, quizá cuatro en Lujuria (supongo que Antonia se ocupa de eso), digamos que cinco

en Envidia y tres en Ira, pero ¡en Gula! Un rotundo diez, y aún es poco. («Espléndidos bocadillos, querida señora. Amiga mía, no puedo resistirme, he de comer uno de estos bollos antes de mi rodaja de pastel.») Pero en la escala de virtudes creo que Anton merece un ocho en todo menos en Templanza. Y Antonia no queda muy por debajo, si es que ella está debajo en algo, excepto cuando lo está físicamente (ja, ja).(5)

En Soberbia es en lo que todos sacan buena nota, como supongo que debe de ocurrir siempre con los artistas. ¿Cómo podrían sobrevivir sin soberbia, sin vanidad? La hay incluso en el austero escocés Neilie Gow, por más que la disimule, y algunos, como Arne Gade, el pianista danés,(6) son ingeniosamente vanidosos. Arne es muy buen pianista, y los domingos hacia las siete (cuando ya se han ido los músicos que tienen que actuar en la iglesia) toca para nosotros, haciéndose de rogar cuando se lo pedimos. E invariablemente dice: «No estoy muy seguro. Hace meses que no lo miro y quizá me traicione la memoria», y se lanza a una asombrosa *Fantasie* de Schumann, o algo igualmente difícil, que algunos de los presentes le han oído practicar el sábado anterior en su casa. Y cuando termina y le hemos aplaudido fervorosamente, baja la cabeza y dice que lamenta haberlo interpretado tan mal, que espera tocarlo algún día tal como lo siente. Fastidioso, aunque comprensible. Sin embargo, siempre está pendiente de su gran rival Augusto DaChiesa, un chileno que no forma parte de la reducida hermandad que administra el Conservatorio, y que interpreta a Scarlatti como los ángeles. Se dice que DaChiesa tiene un alumno que en pocos años será famoso y entusiasmará a todos. Pero no hemos conseguido que venga los domingos; está mal del estómago y parece que solo se alimenta de leche y galletas y, por supuesto, de Scarlatti. Tiene una querida, ¿te lo imaginas?

Con alguna frecuencia nos viene el cuarteto, que hace lo que llaman una *Hauptprobe,* una especie de ensayo general de algún concierto que esté preparando. Buena gente, aunque no me enloquezca su líder, Jean-Marie Francoeur; el segundo violín, Achille Moraillon, no le deja ser demasiado pomposo. George Hambrook, viola, es bastante aceptable y, por supuesto, el viejo y avaro Anton

es el violonchelo. Cuatro personas muy diferentes, pero, querida, cuando tocan juntos se *transfiguran*.(7) «Nos limitamos a ser la voz de Schubert», me dijo Anton cuando me entusiasmé con la interpretación que habían hecho del cuarteto en re menor, sabes, el de *La muerte y la doncella.* Se me saltaron las lágrimas, aunque me temo que no por la música, sino porque me hizo pensar en la Amada (que no está preparada en absoluto para la muerte) y en la lucha que mantiene aquí, donde no tienen la menor idea de lo que vale. Es *terrible.* Cuando la vi escuchando intensamente, tan *ella misma,* sinceramente, me puse a temblar, porque se supone que yo soy la *más fuerte* de las dos.(8) Sí, el cuarteto se supera con Schubert; hace pocas semanas nos interpretaron el quinteto *La trucha*, con Arne Gade al piano. ¿Que cómo tenemos un piano? Es el del doctor. Había sido de su madre, pero él no lo quiere porque no lo toca. Un Blüthner muy decente, algo viejo, pero es mejor que nada.

Y así son nuestros domingos.

Recibe nuestro cariño,

CHIPS

VIÑETAS

(1) La que anima a actuar a los niños, gorda pero todavía de buen ver, conversando con Watkin Tinney, una caricatura sarnosa de Irving.

(2) Neil Gow, un escocés inequívoco, de la inflada Orden de las Hébridas. Su mirada hipnótica no es la de un hombre dado a las «aventuras».

(3) Barma, realmente maravillosa; el delicado boceto de Chips despierta en mí un antiguo dolor. Unas pocas líneas detrás de ella representan a Adair Scott.

(4) McWearie al natural. Todo inteligencia e ingenio. Mala dentadura, cabello escaso, mal afeitado. Un intelectual desaseado, pero una buena persona.

(5) Sí. Moscheles se parecía a Schubert, pero no creo que él pretendiera parecerse. Simplemente, era el tipo de hombre que *tiene que* llevar cuello alto.

(6) Arne, un Grieg ojeroso cuyo arte, como a menudo ocurre, contradice su apariencia.

(7) El cuarteto, una impresión —pero ¡qué impresión!— de su musicalidad.

(8) Autocaricatura de Chips, que revela su odio por su rostro fuerte, poderoso y masculino, deshecho en lágrimas. Pero yo lo recuerdo de otra manera, inolvidable por su ternura cuando miraba a Emily.

11

Lo siento, Chips, pero tus domingos no eran eso solamente. Tu buen corazón y tu modestia no te han dejado decir que tú y Emily Raven-Hart fuisteis algo parecido a un hogar para los artistas que os visitaban.

No para Neil Gow. Por admirable que fuera, vuestra generosidad, vuestra acogedora hospitalidad, no iban con su alma escocesa. No eran solamente los bollos y la nata; era la acogida, la comprensión y, al cabo de poco tiempo, el afecto, los que hicieron que la Casa de la Gleba se convirtiera en algo muy especial. Gow y DeCourcy Parry no podían atender a esta gente como vosotras porque tenían que trabajar, incluso reñir con ellos, e inevitablemente eran sus rivales.

Fuisteis patronas y no rivales; fuisteis amigas comprensivas y alentadoras. Sabían que no erais ricas. Adivinaban el sacrificio que representaban aquellos bufets y, ciertamente, Antonia y Elsie lo sabían. Os querían y se burlaban de vosotras a vuestras espaldas (todos los mecenas son objeto de burla a sus espaldas; es la manera que tienen los artistas de conservar la autoestima), pero no habrían tolerado la menor burla por parte de un intruso.

Pero vosotras también os burlabais de ellos. ¿No es cierto? ¿No está escrita en tono de burla tu carta a Barbara? Temes decir lo que realmente sentías: que amabas, admirabas y te daba pena aquella gente, que te calentabas los huesos al fuego de su talento, y por eso los tratas como figuras risibles. Pero no lo eran. Te hicieron llorar cuando interpretaron el cuarteto de *La muerte y la doncella,* y cuando Joyce Barma (sí, vi cómo Emily se sentía atraída por ella) tocaba en su chelo el solo de la sonata en re menor de Bach, su belleza añadía gracia a su música, pero no la sustituía, así que no rebajes a Joyce a un bello rostro junto a una buena cuerda. Sé que

no lo pensabas y entiendo tus celos por Emily. Ah, Pansy, mi vieja amiga, tu educación te impide decir abiertamente lo que sientes. ¡Dios, lo que llegan a hacer los ingleses con sus hijas! Has recibido una educación tan esmerada que te ha dejado tullida y con la lengua atada. Pero con qué elocuencia hablas en tus viñetas. Y en cuanto a Emily...

Después del salón del domingo, lo acostumbrado era que McWearie y Darcy Dwyer se vinieran conmigo a los establos, donde compensábamos tanta nata y mermelada con una cantidad generosa del mejor whisky escocés. E, inevitablemente, hablábamos de Las Damas.

—Es extraordinaria la forma con que se manifiesta la virtud sobrenatural de la caridad —decía Dwyer en una de estas ocasiones —. ¿Quién iba a esperar que la Gracia de Dios apareciese en unos bollos o en una generosa rodaja de pastel de fresas? Pero eso es lo que ocurre, yo soy testigo. Las Damas dan y no piden nada a cambio. Pero lo que obtienen sin pedirlo es la lealtad y el respeto de la gente, tocada por la bondad de sus corazones. ¿A quién le importa que tengan una lengua afilada? A mí, no. Hay que juzgarlas por lo que hacen.

—Exactamente —dijo McWearie—. Y supongo que, en resumen, estos domingos son su gran contribución a la vida que las rodea. Son artistas, pero eso no es nada comparado con lo que son como seres humanos.

—Eso lo decís vosotros —intervine—. Yo no me atrevería a dar una opinión. Están convencidas de que no entiendo nada de arte y desprecian mis cuadros. Lo que ellas hacen, bueno, lo que hace Emily, no me dice nada, supongo que porque no tengo la sensibilidad necesaria.

—Yo sí que puedo dar mi opinión —dijo Darcy—. Sé mucho de arte, sé lo que significan los cuadros y esculturas y, cómo no, entiendo lo que la gente parece decir cuando habla de arte, y lo que hace Emily no es gran cosa. Suficientemente bueno para que no se considere basura, pero realmente dice poco.

—Que no te oiga Pansy —le dije—. Está convencida de que Emily es un genio incomprendido.

—Leal, pero equivocada —dijo McWearie—. Nuestra amiga Emily es un caso triste, una artista con mucho talento, pero no el suficiente. El mundo está lleno de gente así. Algunos lo disimulan y con su charlatanería consiguen la aceptación popular; son conversadores inteligentes, pero malos creadores. Sin embargo, Emily es una versión en miniatura de... ¿sabéis de quién?

—A mí no me lo preguntes —dije.

—Oh, eso es fácil —dijo Dwyer—. Todo cuanto hace Emily es un débil reflejo de Barbara Hepworth. No es que la imite. Pero comparte su espíritu, tan reducido que pierde convicción. Está bien en su género, pero se trata de una especie de género menor. Es escolástico. Por eso no sirve de nada que Pansy le eche la culpa a Canadá. Triste, pero cierto.

—¿Crees que llegó a conocer a Barbara Hepworth? —pregunté.

—En el mundo del arte nunca sabes quién conoce o ha conocido a quién, qué es original y qué es trillado. Aquí reside en parte la miseria del artista segundón. La gente cree que copia, cuando la verdad es que piensa de la misma manera que alguien más importante, aunque no con la misma eficacia.

Dwyer sabía mucho de arte y yo estaba dispuesto a aceptar su opinión.

—Esa es una historia que se repite a menudo en mi consultorio —le dije—. El don que no es suficientemente grande para dejar huella, pero es demasiado grande para dejar en paz a su poseedor. Por eso no se conforman con ser pintores en sus ratos libres, o poetas que escriben para unos pocos amigos, o compositores con un puñado de delicadas adaptaciones de Emily Dickinson que no encuentran cantante. Es una especie de infierno.

—Jon, no creo que tus cuadros sean tan malos —dijo McWearie, que bebía su whisky mientras paseaba por mi sala de estar del primer piso—. Durero disfrazado de Cristo es realmente bueno. Y la dulce Nelly O'Morphy está lo suficientemente buena para comérsela con una cuchara de plata. Sí, muy apropiada para tenerla encima de la chimenea, bendito sea su culito rosado. Veo que tienes uno nuevo. ¿De quién es?

—De Paul Delvaux, una Venus durmiente, que ahora está en la Tate. Me ha costado mucho conseguir una buena reproducción. Es una evocación soberbia del mundo interior.

—De tu mundo interior. El mío está deliciosamente poblado.

—Veamos —dijo Dwyer y se unió a Hugh para contemplar el cuadro—. Mmm, sí. Otra de tus piezas sobre la Muerte y la Dama. ¿Qué tiene para ti el tema?

—Oh, pero la Muerte y la Dama en circunstancias muy especiales —dijo McWearie—. Fíjate en la clásica y espléndida luz de la luna sobre los templos, con las montañas de la Hélade detrás. Y aquí, en primer término, sobre un lecho dorado, yace una dama encantadora, desnuda y dormida. El vello en las axilas indica que no es una putilla; es una dama de alta cuna. Quizá sea la misma que, a la izquierda, vestida de rojo, contempla el esqueleto; es espléndida, lo mira con aire imperturbable, y el esqueleto es un bello ejemplar de su especie, masculino diría yo, aunque no sé por qué siempre se representa a la muerte con figura de hombre. Y esas muchachas distraídas que alborotan en el plano medio, o esta otra, la que entra en escena a la derecha, con los brazos levantados, al parecer protestando. Un cuadro muy bello, Jon. Puedes estarte horas hablando de su significado.

—Si fueras tan tonto como para buscar el significado de un cuadro —dijo Dwyer—. El significado es lo de menos, Hugh.

—Pues para mí es mucho —dijo McWearie—. No puedo resistirme a un cuadro que cuente una historia, si la historia es buena. Y este parece contener una muy bella, elusiva y algo tonta. Algo del mundo de los sueños. Una Venus durmiente, ¿eh? Me pregunto cómo puede dormir con tanto jaleo alrededor, con todas esas muchachas chillando.

—Deberías preguntárselo a mis pacientes —dije—. Oyen gritos en sueños.

—Pero tú, prudente, has puesto aquí el cuadro; lejos de ellos. ¿Lo han visto Las Damas?

—Nunca dejo que suban —contesté—. Sus duras palabras sobre mis cuadros se refieren únicamente a los de la sala de espera. A

pesar del afecto que les tengo, no me importan en absoluto las críticas que me hacen continuamente y que, además, no les pido.

—Nunca critico los cuadros de nadie —dijo Dwyer—. Es un abuso de confianza, y uno no debe abusar, ni siquiera con los buenos amigos.

Esta observación me hizo ver que estaba bebido y que era hora de poner término a la velada.

Dwyer continuó sorprendiéndome de vez en cuando, a pesar de que yo no era un jovenzuelo universitario, sino un hombre de probada experiencia. Dwyer sabía muy bien cómo se movía el mundo, y nunca parecía moverse con sencillez, aunque sí con lógica.

Durante dos o tres semanas despertó mi interés un hombrecillo que aparecía en el pequeño cementerio, ahora incorporado al jardín de Pansy. El aspecto de este hombre era de lo más corriente, pero, por alguna razón, llamó mi atención. Solo venía los domingos, poco antes de que comenzaran las reuniones de Las Damas, es decir, hacia las cuatro de la tarde, aparentemente para copiar absorto las inscripciones de las tumbas. ¿A qué venía? ¿Sería un historiador aficionado? ¿Buscaba la tumba de algún familiar? Lo abordé un domingo que llovía, porque me pareció raro que estuviera trabajando con aquel tiempo.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—No, no, doctor. No quisiera molestarlo.

(Así que sabía que yo era médico. Supongo que habría leído el rótulo de mi puerta.)

—¿Le interesan las tumbas antiguas?

—Sí.

—¿Por qué no habla con la señorita Todhunter? Este es su jardín, ¿sabe?

—Oh, no quisiera molestarla.

—Pero lo normal es hablar con el propietario antes de entrar en un jardín privado, ¿no?

—Oh, espero no entrometerme.

—Bueno, solo por curiosidad, ¿qué está usted haciendo?

La conversación iba por mal camino y pudo haber sido desagradable si no hubiera aparecido en aquel momento Darcy

Dwyer, que saludó al hombrecillo con familiaridad.

—Hola, Joe, ¿trabajando?

—Oh, nada de eso, señor Dwyer. ¿Cómo le van las cosas?

—Como siempre. Dinero, dinero, dinero. Jon, este es Joe Sliter, un antiguo socio mío.

—Oh, nada tan importante como eso, señor Dwyer.

—Tomando nota de algunos nombres, ¿verdad? ¿Ha llegado ya el señor Wagstaff? ¿O la señora Yarde? No tardarán en llegar, si es que no están dentro.

—Solo miraba estas viejas piedras, señor Dwyer, nada de trabajo, de verdad que no.

—Vamos, Joe. Tú siempre estás trabajando. Ahora lo haces para la poli, ¿verdad?

—Por Dios, no, señor Dwyer. Nada de eso. Estaba de paso cuando el doctor se ha acercado a hablar, así que continúo mi camino. Ha sido un placer volver a verlo, señor Dwyer.

Y salió deprisa, desapareciendo casi por ensalmo, supongo que lo apropiado en su profesión.

—Pobre Joe, qué burro llega a ser —dijo Darcy, y no añadió más por el momento.

Aquella tarde fue particularmente agradable. El coro de Neil Gow preparaba la interpretación anual de la *Pasión según san Mateo,* y aquella tarde un joven tenor que estaba haciéndose rápidamente un nombre iba a cantar *Ich will bei meinem Jesu wachen,* con Jimmy Scrymgeour a cargo del *continuo* en mi viejo y bello Blüthner y Peter Erasmus al oboe, y lo hizo con una riqueza de matices como nunca había oído. El noble fraseo de Bach acalló las conversaciones de las treinta o cuarenta personas reunidas y yo, como me ocurre a menudo, me di cuenta de que la música, más que cualquier otra cosa, me acerca a la religión. ¿Es esto una frivolidad? Si lo es, debo confesar que soy un frívolo. La música me elevó a un nivel del que tuve que bajar bruscamente cuando Darcy y yo hablamos después en mi sala de estar.

—¿Quién era ese tipo que me presentaste como Joe Nosecuantos antes de entrar en la casa?

—¿Joe Sliter? Es solo un fisgón.

—¿Y qué fisgonea?

—Información. Supongo que para dignificar el trabajo de Joe habría que decir que se dedica a la información. Estaba comprobando quiénes iban a la reunión de Las Damas.

—¿Para qué?

—Para gente que quiere saberlo. Qué superficial eres, Jon. Piensas que no son más que espléndidas reuniones de artistas y aficionados de todas clases, donde reponemos nuestros espíritus con la música y los cotilleos. ¿No has advertido la cantidad de judíos que vienen?

—¿Y qué?

—Hay mucha gente que juraría por lo que fuera que no son antisemitas, pero que tienen clavada en el corazón una espinita hitleriana. No levantarían un dedo para hacer daño a un judío, pero no les importaría mucho que otros lo apalizaran. Los judíos, no sé si lo sabes, son extranjeros. Extranjeros notorios. Y, muy dentro de nosotros, existe la antigua desconfianza tribal hacia quienes no son como nosotros. ¿Por qué los judíos y no los macedonios o los lapones? Porque los judíos se hacen notar. Es culpa de ellos, de verdad. Sencillamente, no se integran, porque aún les suena en los oídos la campanilla de Moisés que les recuerda que son una raza escogida. Quizá lo sean, aunque parece que Dios olvida su alianza con ellos una y mil veces. Deberías saber de lo que estoy hablando, Jon. Tú tratas continuamente de estos temas en tu consultorio, los odios y agravios que parecen enterrados en el mítico pasado, pero que salen a la superficie en el momento más inesperado. La desconfianza hacia los judíos es solo una parte de esa antigua herencia, aunque ahora merece más atención por el horrible asunto de Alemania y los escándalos que leemos en los periódicos sobre lo que ocurre en Israel.

—Darcy, estos judíos que vienen a la casa de Las Damas son amigos. No todos muy queridos, pero son amigos. Y traen a este agujero del norte abandonado de Dios un poco de aire cálido y su rico legado. Son el emoliente que necesita la estructura de una sociedad tan poco refinada como esta.

—Cierto, querido amigo, pero también son seres humanos y, por consiguiente, no todos son angelitos. Habla con los judíos y serán los primeros en decirte que algunos correligionarios suyos no son del todo kósher en los negocios, que no todo el pueblo judío está formado por hombres y mujeres encantadores, mundanos, artistas y con un magnífico sentido del humor. Muchos son tan estúpidos como cualquiera de los abundantes arios de cabeza hueca. El problema con los judíos es que tienden a ser estilosos hasta en el nivel más simple, y tener estilo en este país nuestro, tan igualitario, resulta sospechoso. Son estilosos en todo cuanto hacen; el judío libertino, el judío borracho (un tipo poco corriente), el judío estafador, probablemente tenga tanto estilo como el judío artista o su mecenas judío. Desconfía del estilo, Jon. Aparenta tenerlo, y eso puede ser tu ruina.

—¿Así que aquel hombrecillo miserable espía a los judíos?

—No, espía a otro fantasma de las clases atemorizadas, a los radicales y rojos, a los que amenazan las Cosas Tal Como Están.

—Pero mencionaste a Cuthbert Wagstaff y a Maude Yarde. En el nombre de Dios, ¿qué amenaza pueden suponer?

—Wagstaff es el director del mejor semanario político y literario de Canadá, y un brillante polemista. Maude Yarde es esposa de un profesor de historia, y miembro de una familia legitimista de reputación irreprochable. Pero los dos pertenecen a un grupo recientemente fundado, la Asociación por las Libertades Civiles y, por lo tanto, sospechosos para las clases atemorizadas.

—Y ponen a la policía a seguirlos y a ver adónde van y con quiénes se ven.

—Oh, no, Pyke, no es la policía. Son los bancos.

—¡Qué dices!

—Sí, los bancos aman la información y la necesitan. La policía tiene pocos espías y paga muy mal y a regañadientes lo que llaman «información», aparte de que saben algo, no todo probablemente, de la Asociación por las Libertades Civiles, porque no entienden qué les preocupa. Se encargan de la ley, no de las opiniones. Pero los bancos necesitan espías y pagan muy bien. No espías según la tradición de la comedia italiana, por supuesto, nada llamativos ni

sutiles, ni siquiera muy inteligentes. Solo trabajo paciente y silencioso. Joe informará (no importa a quién) de que Cuthbert Wagstaff y Maude Yarde han estado esta tarde en la Casa de la Gleba, donde se han reunido toda clase de personas, muchas de ellas judías, con el fin aparente de celebrar un concierto de música, lo que podría ser una tapadera. Esta información, entre otras, acabará llegando hasta mí. Y, compréndelo, amigo mío, les contaré todo a Cuthbert y Maude, que se reirán de buena gana.

—Esto me parece un doble juego que no entiendo del todo. Entonces ¿tú también estás metido en este asunto del espionaje?

—Soy banquero, Jon. Necesito saber un montón de cosas que no están en la guía de teléfonos. Wagstaff y Yarde no me interesan en ese aspecto. Pero ciertas amistades y visitas confidenciales y, por supuesto, ciertos depósitos o retiradas de dinero poco habituales, sí que me interesan mucho. A mí, a todos los demás bancos y también a algunos ministerios del gobierno. Suicidios o largos viajes que sorprenden a la gente ajena al mundo financiero, a mí me dejan indiferente. Me parece, amigo mío, que tienes una idea muy simple de lo que son los negocios.

—Probablemente. Gracias a Dios, no estoy en ese mundo.

—Estás en otro mundo, tan complejo y en ciertos aspectos igual de turbio. No hay simplicidad en ningún tipo de vida que se precie. Relajo mi espíritu en Saint Aidan, de complejidad aparente, pero realmente simple; su espléndido ritual sirve para lavarme la mucha mugre y el lodo de la vida diaria. Por eso le dedico tanto tiempo. Tú pareces divertirte con la música y eso te lleva también a Saint Aidan. La gente complicada como nosotros debe encontrar su reposo espiritual en otras complejidades. No podemos retirarnos y aislarnos en simplicidades.

—Pero este asunto del espionaje... me asombra. De verdad, Darcy, me parece increíble.

—Pero no digas «este asunto del espionaje». Llámalo el complejo intercambio de información confidencial en el mundo de los negocios y la política. Forma parte del proceso de crecimiento de una sociedad y de una ciudad. Toronto se está convirtiendo en una gran plaza financiera. Va inmediatamente detrás de Montreal. Y

también está desarrollando la cultura apropiada de una gran ciudad. Supongo que Las Damas no tienen idea del papel vital que desempeñan en este proceso. Quizá nunca se las mencione en la crónica oficial de la ciudad, pero en la realidad de la cultura ciudadana, sus nombres serán venerados eternamente.

12

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

¡No te lo vas a creer! Ha mudado nuestra suerte, pero de *tal* manera... ¡ha mudado y ha puesto todo patas arriba!(1) Siempre he sabido que la vida tiene mucho de estrambótico, pero esto, sin duda, ¡¡¡es *lo más estrambótico*!!!

Supongo que sabes que el gobierno de Canadá está encabezado por un pelucón muy ceremonioso cuyo título es gobernador general. Pero supongo que no sabes que esta vez, la última vez, bueno, cuando nombraron al último, se tomó la decisión de que fuera canadiense. Y así ha sido y todas las pecheras almidonadas temblaron por miedo a que no fuera trigo limpio, que rebañara el plato o usara el tenedor con los guisantes. En fin, que no estuviera a la altura de los nobles que hasta ahora siempre nos enviaban desde la madre patria para ocupar semejante cargo. Pero nada de eso. Lo ha hecho a las mil maravillas y es más GG que ninguno, con toda la pompa y la ceremonia de un cisne en el agua, lo cual tampoco es muy sorprendente, porque antes había sido embajador y no sé qué más. Pero la gran noticia es que un grupo nacionalista quiere una cabeza de bronce de él para el Museo Nacional ¡*y han elegido a la Amada para que la haga!* Es el primer reconocimiento realmente importante que se le hace.

Sin embargo, no hay sol sin lluvia. Suponíamos que le pedirían que fuera a Ottawa para que montara un estudio provisional en la Sede del Gobierno, pero no, al parecer Su Excelencia viene a Toronto con alguna frecuencia (es donde tiene o tenía su casa antes de alcanzar la gloria) y vendría a *verla* para que le tome las fotografías

y las medidas necesarias, todo en cuatro sesiones de posado. Hasta aquí, todo iba bien.

Pero llegó el gran día. Tenía que llegar a la hora del té. Y, en efecto, llegó. La Amada y yo estuvimos peleándonos durante tres días por cómo recibirlo. Decía ella que teníamos que hacerle una reverencia en el primer encuentro. Y yo le dije que la reverencia de una inglesa a un canadiense, por alto que fuera, era contra natura, una especie de ceremonial perverso, y que yo no la haría por *nada* del mundo. Y ella me dice: «Muy bien, Chips, estropea mi gran oportunidad. No dejes que nuestra amistad, los muchos años de vivir juntas, se interpongan en tu camino. Los principios antes que nada», y se puso a llorar a moco tendido, lo cual fue como si me clavara siete puñales en el corazón. Pero, bueno, cuando llegó el día no hubo que hacer ninguna reverencia, porque Su Excelencia entró directamente en la casa, me estrechó la mano diciendo «encantado, señorita Raven-Hart», y aunque hubiera querido no me dejó hacer ninguna reverencia. Luego tuvimos que aclarar enseguida quién era quién y poner un poco de orden en aquel caos, porque Su Excelencia nos presentó enseguida a su secretario, que es su hijo, y luego a su ayudante de campo. ¿Y sabes quién es? No podrías adivinarlo ni en mil años: ¡¡¡Gussie Gryll!!!(2)

Parece que Gussie, que tenía que haber vuelto a Inglaterra con el anterior GG, a quien sirvió como ayuda de campo durante dos años, se las arregló con la gente de Whitehall para quedarse otros dos años con el nuevo, el canadiense. ¿Por qué? Me huele mucho a que Gussie ha echado por ahí un borrón y quiere estar escondido durante un tiempo. ¿Podrías averiguar algo discretamente? ¿Hay alguna damisela arruinada por los alrededores de Londres cuyo padre esté buscando a Gussie con una fusta en la mano?

Pero bueno, hete aquí a Gussie que estrecha la mano de la Amada, una mano más suave que la patita de un gato, y le dice: «Pero cómo, ¡si es Emily Raven-Hart! ¿Cómo estás?».

Desde luego no estaba mejor después de verlo. La Amada se puso blanca como el papel, aunque conservó su compostura, y nos sentamos para tomar el té y hablamos de la gran obra de arte que

iba a hacerse. Pero ¡Gussie! En qué situación nos puso. Para salir corriendo.

No creo que te hayan contado nada. Los Raven-Hart nunca hablan de estas cosas. Pero fue como te lo digo ahora. A la Amada nunca le entusiasmó mucho la idea de casarse con Gussie, aunque las dos familias, muy amigas, lo tenían planeado desde hacía tiempo. Dinero por parte de él y buenos apellidos por parte de ella. Pero después de conocernos en el MTC estuvo muy claro que el asunto de Gussie era una terrible equivocación, y que nuestra vida juntas era lo más importante. Sobre todo para mí, porque a mi pobre amorcito le habían lavado tanto el cerebro entre sus padres y la pandilla de los alrededores de Londres, que pensaba que *tenía que* casarse con Gussie y no veía la forma de librarse. Ella, tan sensible, y él, tan estúpido, habrían formado una pareja totalmente desastrosa. Después de conocernos, ella lo sabía, pero seguía pensando que tendría que pasar por el mal trago. Ya sabes lo convencionales que son y cómo piensan las familias como la de ella. Para partir corazones (entre ellos, el mío).

La cosa llegó al límite cuando la boda estaba muy cerca. Yo me quedé en Colney Abbey porque iba a ser una de las damas de honor. ¿Te lo imaginas? ¿Yo, vestida de manera ridícula, más alta y más fuerte que cualquiera de las otras cinco bobas lloronas? Y se suponía que tenía que actuar como amiga de la familia, ayudando en todo porque soy tan hábil y estupenda para preparar cualquier cosa. Bien, dos noches antes de la boda, Gussie salió al jardín con la Amada, supongo que para toquetearla, entre las sonrisas satisfechas y maliciosas de los demás, pensando que todo era tan divino y tan romántico.

Iban vestidos de una manera absurda, porque de pronto se nos había ocurrido hacer una cena de disfraces y bailar luego al son del fonógrafo. La Amada llevaba un vestido de calle eduardiano de su abuela (porque todos habíamos recurrido a la cómoda del desván de los niños) y tenía un aspecto de absoluto ensueño, con un gran sombrero. Gussie iba de pirata, con un pañuelo en la cabeza y un parche negro en el ojo. Yo estaba *furiosa* porque también me había disfrazado de pirata e iba casi como él.(3)

La Amada me había dicho que Gussie era tremendo cuando besaba y abrazaba, pero nunca se había sobrepasado, hasta aquella noche, que estaba un poco cargado del coñac de papá Raven-Hart, y se sentaron en el banco de una pérgola —muy romántico—, él la besó repetidas veces y luego empezó como a resollar y a abrazarla apretadamente, hasta que ella se dio cuenta de que Gussie le había puesto la mano dentro de la falda y trataba de hurgar en sus bragas.

Ya puedes imaginarte lo que debió de ser aquello para una muchacha como ella, tan dulce en todo. No creo que tuviera la menor idea de cómo eran los hombres ni de cómo estaban hechos, salvo por la poca cosa que se aprende en clase de biología. Sin hermanos, no como yo, tres chicarrones deportistas de Oxford, trotando por la casa, contando siempre chistes verdes y yendo al cuarto de baño en pelotas enseñando *todo* y riéndose cuando advertían mi mirada pudorosa. Pero el *instinto* es una gran cosa. Rápida como un rayo, la Amada se sacó la aguja del sombrero eduardiano y le dio una buena puntada a Gussie, no sé exactamente dónde, me parece que en el brazo. Pero eso lo excitó más. A algunos hombres les gusta que se les resistan y supongo que él creyó que ella estaba jugueteando, así que no retiró la mano, y la Amada cogió la daga que tenía en su faja y le asestó un golpe en el pecho, ¡buscando su corazón! Pero la pobrecita no sabía dónde estaba el corazón y lo único que le hizo fue un pequeño corte y un esguince de costilla. (4) No conozco los detalles médicos. Suerte tuvo Gussie de que la daga fuera tan roma como un azadón y que fuera más una magulladura que una herida. Pero él dio un aullido, supongo que sería por el orgullo del macho herido, y la Amada pudo deshacerse de su abrazo y salir corriendo hacia la casa, con Gussie detrás de ella gritando: «¡Espera, Em, detente un momento, me has apuñalado!».

Imagínate, mi vieja (como dicen los franceses), la escena en el salón. Las damas de honor gritando, los amigos del novio diciendo «¿Qué demonios...?», la madre Raven-Hart tratando de averiguar lo que había sucedido, y el coronel gritando por encima de todos: «Cállense todos. ¡Han herido a un muchacho! ¡Camilleros, por aquí!

¡Llamen enseguida a un médico! Por Dios, Gussie, necesitas una bebida fuerte, aguanta un segundo».(5)

Oh, qué horrible fue toda la escena. Al cabo de un rato apareció un doctor y le puso a Gussie la antitetánica, porque la vieja daga estaba *verde,* querida, usada por tantas generaciones de niños. Ni el África más profunda tiene más gérmenes que el desván de los niños. ¡Válgame Dios! La Amada estaba tan histérica que tuve que quitarme la máscara y reconfortarla como solo sé hacer yo, lo cual creo que sorprendió a algunos hombres —los amigos de Gussie— que estaban por allí a la expectativa, con las bocas abiertas, probablemente pensado que el matrimonio no era una cosa tan buena como decían.

Cuando se calmaron un poco los gritos y los aspavientos, una de las damas de honor dijo con voz de ratón: «Supongo que esto significa que se cancela el matrimonio, ¿no?».(6) Tenías que haber visto a la madre Raven-Hart. Se hinchó hasta alcanzar el doble de su tamaño y rugió: «¡Decididamente *no se cancela*! Todo seguirá adelante como se había planeado. Hemos de recuperar todos la razón. Gussie no está realmente herido y Emily debe pedir perdón inmediatamente y luego irse a la cama, todos, todos a la cama, *y ni una palabra de esto fuera de esta casa*».(7)

Pero Emily no pidió perdón. Lloraba desconsoladamente y cuidé de ella. Debo admitir que Gussie dijo que no hacía falta que se excusara, lo cual fue muy decente por su parte.

Y así fue. Aquello puso el punto final. Cuando todo el mundo se hubo acostado, nos escapamos por la puerta del jardín, buscamos mi pequeño MG y nos largamos, y en menos de cuarenta y ocho horas habíamos embarcado para Canadá, en la primera reserva disponible. Así fue la Gran Fuga.

Y aquí tienes a Gussie, largo como la vida, comportándose como si nada de aquello hubiera ocurrido.

Ya ha llovido mucho desde entonces. No hay modo de volver atrás. Al parecer no hay ninguna señora Gussie, si la hubiera no estaría desempeñando este cargo. Pero lo odié más que nunca cuando se sentó en una de nuestras sillas, tan educado y atento con Su Excelencia. La Amada pudo dominarse mientras hablaba de cómo

había que hacer la cabeza; ha de ser de bronce, lo mejor, que para eso pagan los Clubes Canadienses. Nos llevó un poco menos de una hora. Supongo que esta gente funciona en horas de cincuenta minutos, como los psicoanalistas, y cuando se marcharon el secretario sacó una casaca del uniforme del GG, para que el cuello se copiara con la cabeza. Gussie era todo sonrisas y se despidió de mí como si no maldijera mis entrañas, cosa de la que estoy segura. Pero la Amada tuvo uno de sus *peores* dolores de cabeza y tuve que acostarla. Y, aunque no te lo creas, cuando le llevé un vaso de leche caliente, me dijo: «Aún sigue siendo guapo, ¿verdad?». ¡Como si hubieran pasado cincuenta años y no cinco! Pobre niña, ¡tiene un corazón tan tierno!

Pero la suerte nunca viene sola. Casi al mismo tiempo que recibíamos el encargo de la cabeza del GG, nuestro inquilino, el doctor Hullah, dijo que quería una cosa que se llama caduceo, de latón, para la puerta de su clínica. ¡*De metro y medio de altura!* Yo, siempre práctica, dije que le iba a costar un riñón. Quizá no tanto, dijo él, frío como el proverbial témpano de hielo. Y ha dado *carte blanche* a la Amada en cuanto al estilo, lo cual quiere decir que puede hacer algo a la manera moderna. Hip, hip, hurra, grito mientras escribo, como dice la señorita Fanny Squeers en su famosa carta.

Con todo nuestro amor,
Chips

Viñetas

(1) Un sonriente sol naciente sobre el horizonte y unos nubarrones negros de rostro diabólico que desaparecen.

(2) Gussie, incluso en la caricatura de Chips, parece un buen muchacho. La mirada de la artista se ha impuesto sobre los prejuicios de la amante.

(3) Gussie y Chips —ambos más jóvenes— mirándose cara a cara. Él, con fría desaprobación; ella, con furia. Los dos llevan un parche en el ojo, símbolo convencional del pirata.

(4) Emily apuñalando a Gussie. Ella llora; él parece una oveja sorprendida.

(5) El coronel, la cara púrpura, la boca estirada para dar las órdenes de mando. ¡Qué bigotazos!

(6) La dama de honor, verdaderamente un ratón.

(7) La madre Raven-Hart, rugiendo pero sin perder un ápice de su máxima *hauteur*.

13

—¿Qué es el latón?

—Bien, Darcy, no sabes cuánto me complace explicártelo. Es tan raro que yo sepa algo que tú ignores. El latón es una aleación de cobre con zinc, plomo y estaño, de tal modo que el acabado ofrece un bello color, parecido al metal más suave y dúctil. Es algo más claro que el bronce y no tan agresivo como otras aleaciones.

—Había olvidado que tienes algo de metalúrgico.

—Solo conozco algunas cosas que aprendí de mi padre.

—Este caduceo, el bastón de Hermes con dos serpientes enroscadas... Mervyn Rentoul encargó que le hicieran uno cuando hizo el papel de Fausto, ¿lo recuerdas? La varita mágica. En fin, será un bonito toque clásico en tu sala de recepción.

—No será del todo clásico. Le he pedido a Emily que le dé un aire auténticamente canadiense. Y las serpientes serán dos *massasaugas* de cascabel.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué?

—Para mí tienen un significado.

—¿Sí?

—Ayudantes y servidores.

—Me parece que si no te explicas no lograré entenderte.

—Animales tótems.

—Cosas paganas.

—No. Cosas del Gran Tiempo, del que también procede lo mejor de tu Saint Aidan. Cuando Emily lo termine tendré en mi pared un recuerdo permanente de las serpientes enfrentadas de Hermes: el Conocimiento y la Sabiduría, equilibradas por una tensión eterna. El Conocimiento es la ciencia y toda la tradición acumulada que asimilas en la Facultad de Medicina; la ciencia que siempre cambia a lo largo de tu vida, como la serpiente que muda de piel. Y la Sabiduría, con la que tienes que atemperarlo todo y aplicarla al paciente que se sienta delante de ti, y que también tiene una sinuosidad viperina.

—Muy interesante. Las serpientes han de mantenerse en equilibrio. ¿Y es esto que has mandado hacer a Emily Raven-Hart lo que has de explicar a tus pacientes?

—En realidad, no. Pero supongo que me lo recordará siempre. En mi profesión es tremendamente fácil caer en la rutina. Los pacientes la propician. Son tan torpes las pobres criaturas. Quieren algo para sus síntomas, y no saben que síntomas y enfermedad son cosas diferentes.

—¿Y la enfermedad es?

—Burton, en su gran libro, la llama melancolía, lo cual expresa un estado anímico, que no solo es estar deprimido. Se manifiesta en una extraordinaria variedad de formas. El asmático, ¿está hinchado por el sentido de su propia importancia o calla algo de lo que no se atreve a hablar? El artrítico, ¿es su temor a ser arrastrado por la vida o es su enorme rigidez de opinión? Las enfermedades de la piel, ¿son para repeler al observador o una declaración de autodesprecio y humildad sin límites? Tienes que averiguarlo. Es cuestión del más delicado de los equilibrios y de las actitudes extrovertidas e introvertidas. Entonces es cuando has de acudir a la serpiente de la Sabiduría, y algunas veces tarda muchísimo en decirte lo que quieres saber. Una de las peores enfermedades corrientes es la ira, o el resentimiento, o el simple pesar; puede adoptar formas que te sorprenderían. Y todas hablan mediante el cuerpo, no de forma clara

y evidente, sino con una determinación que puede ensombrecer una vida o acabar con ella.

—Te mantiene alerta.

—Sí. Tú sabes que los griegos, cuando estaban enfermos, iban al templo de Hermes y preguntaban: «¿A qué dios he de hacer mi ofrenda para curarme?». La gente ya no lo hace. Pero yo debo hacerlo con cada paciente. Debo preguntar: «¿A qué dios he de hacer mi ofrenda para curar?». Luego he de esperar la respuesta.

—¿Es eso lo que rezas cuando te veo en Saint Aidan?

—Sí, eso. Un templo es tan bueno como otro cualquiera para quienes profesamos la fe en la Filosofía Perenne.

—Pero ¿necesitas un templo?

—¿Para qué sirve un templo? Para ponerte en disposición de invocar al dios.

—¿Al dios?

—Al dios que está presente, tanto si lo invocas como si no, y que es mortal ignorarlo. Las personas que ignoran al dios, los muertos vivientes, como alguien los ha llamado, nos rodean por todas partes. Son tantas en Toronto como en cualquier otro lugar de la tierra.

—¿Eres tú uno de esos diagnosticadores rápidos? Hace un momento has dicho que se tarda tiempo en averiguar lo que realmente aqueja a un paciente, pero ¿adviertes sus síntomas superficiales tan pronto como entra en tu consultorio?

—Toma un poco más de whisky. A veces sí, pero no caigo en la trampa. Hay que proceder con astucia. Hace solo una semana vino a verme alguien que no estaba enfermo en absoluto. En treinta segundos diagnostiqué que era uno de esos fisgones de quienes me has hablado.

—¿De verdad? Que Dios me condene. ¿Y quién anda espiándote?

—Supongo que la Asociación Médica Canadiense. Ya sabes que tiene un nuevo presidente. Una escoba nueva que quiere dejar todo limpio. Echar a los charlatanes. Poner en ridículo a los quiroprácticos. Castrar a los osteópatas. Gravar una gran H en la mejilla de los homeópatas. Los miembros más estúpidos de mi

profesión se están frotando las manos porque ahora tienen lo que ellos llaman una persona emprendedora en la profesión. Tan pronto como este hombrecillo entró en el consultorio pensé que había en él algo sospechoso. Y la inestimable Christofferson había dejado una nota sobre mi mesa en la que había escrito: «N. B. el bolsillo de la pechera». Y en él vi con bastante claridad el clip de metal que traiciona el termómetro clínico, que no es un clip como el de una pluma o un lápiz. Imagino que era un médico joven, graduado no hace mucho tiempo, quizá una especie de mandado de la oficina de la Asociación.

—¿Y entonces?

—Entonces decidí que lo mejor era desenmascararlo lo antes posible. Le pregunté qué molestias sentía. Y dijo que algo del corazón. Le dije que me describiera ese «algo del corazón» y me vino con la descripción más bonita y precisa que se puede encontrar en un libro de texto sobre la angina de pecho.

»¿No cree que es demasiado joven para lo que está describiendo?, le pregunté, más suave que el requesón, y el pobre, impaciente, cayó en la trampa.

»No, no, dijo. Hoy ya se sabe que los jóvenes pueden sufrir una angina de pecho si padecen ansiedad.

»Usted presenta signos de ansiedad en este momento, le dije. ¿Qué causa su ansiedad... doctor?

»Y allí lo atrapé. Rojo como la grana, tras pocas palabras, admitió que, efectivamente, era médico, pero reciente y sin experiencia.

»¿Por qué no me lo dijo enseguida?

»Y entonces empezó con un galimatías de lo impaciente que estaba por estudiar mis métodos de diagnosis, pensando que, ocultando su condición de médico, yo le daría una lección de cómo tratar a un paciente. Etcétera. Sabía hablar, pero era estúpido. Y lo traté con amable cortesía.

—¿Tuvo el suficiente sentido común para ver lo que había detrás de tu cortesía? —preguntó Darcy.

—Por supuesto que no. Era un tipo indigno, y esa clase de gente entiende la cortesía como un signo de debilidad. Me preguntó

si quería que se echara en la camilla. Obviamente quería que le dijera que se desnudara, lo oliera y le auscultara las tripas, en fin, que le hiciera lo que a menudo hago cuando quiero averiguar qué es lo que no funciona en un paciente. Pero no le pasaba nada, todo lo más necesitaba un corazón y un alma nuevos, lo cual es bastante corriente en situaciones parecidas. Y le dije que no hacía falta que se desnudara.

»—Esperaba hacerme una idea de su método de diagnosis —me dijo, representando el papel del estudiante decepcionado. Había admitido que era médico, pero no sospechaba que yo sabía que venía a espiarme. Así que decidí darle algo que pudiera conducirme a su jefe.

»—Tengo la fortuna de haberme criado en el campo —le dije—. Quizá campo no sea la palabra adecuada. Digamos que era un distrito forestal, habitado por muchos nativos. Uno de ellos era una curandera extraordinaria, una tal señora Smoke, y ella me enseñó un método de diagnosis que se resumía en un cuento. Usted sabe que a los indios les gustan los cuentos y las parábolas. Voy a contárselo.

—¿De verdad que la señora Smoke te enseñó? —dijo Darcy—. La mencionas de vez en cuando, pero nunca como maestra.

—Pues claro que no me enseñó. Era amable conmigo, pero me parece que me tenía por un simple. Cuando trato de desenmascarar a un espía no hablo bajo juramento. Traje a colación a la señora Smoke como un detalle más para dar verosimilitud a mi historia. Y esto fue lo que le conté:

»—Érase una vez un niño indio que paseaba por el bosque sumido en sus pensamientos. Quería ser chamán, pero todos sus amigos le decían que era tonto y, por consiguiente, pensaba que sus esperanzas eran vanas. Un chamán debe poseer una sabiduría especial. Mientras paseaba, oyó una vocecita que llamaba lastimosamente: «¡Sacadme de aquí! ¡Oh, sacadme de aquí!». Se puso a buscar de dónde venía, y encontró bajo la raíz de una cicuta gigante algo parecido a una botella pequeñita, como las botellas de aguardiente de los leñadores blancos. Desenterró la botella del lodo y la hojarasca y vio que dentro había una figurilla, algo que se

parecía a una rana; gesticulaba desesperadamente y seguía gritando con su vocecilla: "¡Sacadme de aquí!".

»Y el niño sacó el tapón de corcho con los dientes y tiró de la figurilla, que inmediatamente salió por el cuello de la botella, se elevó y creció y se hinchó hasta convertirse en una espantosa criatura de tres metros de alto, con ojos fieros, dientes largos y amarillos y zarpas como las de un oso.

»El niño se quedó aterrorizado y con voz asombrada, preguntó: "¿Quién eres tú?".

»—Soy el Gran Windigo —dijo el monstruo—, y voy a comerte.

»—No, no, espera —gritó el niño, que no era tonto—. No creo que tú seas un Gran Windigo. Son mucho más grandes y tienen unos dientes más largos. Estás mintiendo para parecer más temible de lo que eres. ¿Puedes hacer magia?

»—Por supuesto que puedo hacer magia —dijo el monstruo—. Ponme a prueba si es que no me crees.

»—Lo haré —dijo el niño—. Eras pequeño y ahora eres grande. Si realmente puedes hacer magia, hazte otra vez pequeño y vuelve a la botella. Si puedes hacerlo, creeré que eres un Gran Windigo.

»El monstruo se echó a reír y rápidamente se hizo pequeño y se metió en la botella. Entonces el niño, que no era tonto, cerró la botella con el tapón, todo lo más adentro que pudo, y dejó aprisionado al monstruo.

»—Sácame de aquí —gritó y golpeó lastimeramente con sus diminutas zarpas, que ahora parecían las patitas de un colibrí, en las paredes de cristal.

»—Si te saco, ¿me comerás?

»—No, de ninguna manera. Y te recompensaré largamente.

»—¿Me harás un gran regalo?

»—¿Qué quieres?

»—Quiero ser chamán.

»—Te haré un gran chamán.

»—¿Lo juras por Ioaskeha?

»—¡Por Ioaskeha!

»—¿Y por Ataentsic?

»—¡Incluso por Ataentsic!

»Ante lo cual, el niño volvió a sacar el corcho con los dientes y enseguida tuvo al Gran Windigo delante de él. En las zarpas de su mano derecha llevaba lo que parecía un pergamino sucio o una corteza.

»—Toma esto —dijo el Windigo— y te hará un gran chamán.

»—¿Cómo? —preguntó el niño.

»—Tómalo y frótalo en el filo de tu hacha.

»Y así lo hizo el niño y al instante el hacha resplandeció con el hermoso brillo de la plata.

»—Pero quiero ser chamán y no platero —dijo el niño.

»—Tómalo y sé agradecido —dijo el Windigo—, porque cura todas las heridas.

»Y después de decir aquello se encaramó a las copas de los árboles y desapareció de la vista del muchacho.

»—Y ahí tiene mi método de diagnóstico —terminé yo—. ¿Le gusta?

»El pobre bobo pareció bastante confuso y tragó saliva antes de hablar.

»—Realmente, no creo que lo entienda —dijo.

—Tampoco lo entiendo yo —dijo Darcy—. Pero supongo que quisiste confundirlo. Y también me has confundido a mí. Explícate, doctor, explícate.

—Lo que le dije al bobo fue lo siguiente: el paciente que se presenta como tal y dice lo que le aqueja —lo que realmente le aqueja, y no solo un conjunto de síntomas— es el Windigo de la botella. Por si el canto llano no te ha dejado tiempo para saberlo, un Windigo es un monstruo caníbal; como una enfermedad, para llamarlo de alguna manera vaga pero más exacta. Devora a la gente. Y así, mediante una combinación de ciencia moderna, diálogo íntimo y revelador e intuición dejamos que el Windigo salga de la botella para saber qué es. Luego lo denigramos un poco, solo para demostrar quién es el que manda. Para decirlo de alguna manera, lo contemplamos en perspectiva. Y luego, cuando lo hemos reducido en tamaño y en terror, le exigimos que nos revele un secreto que cure. Si tenemos suerte, lo conseguimos; si no, el paciente habrá

tenido por lo menos el placer de varias semanas de atención esmerada y amable, lo cual también puede obrar milagros.

—¿Y fue eso lo que le dijiste al fisgón?

—Con un poco más de detalle y extensión, porque era tardo de entendederas; pero, básicamente, eso fue lo que le dije. Oír la voz; abrir el lugar cerrado; enfrentarse con el monstruo; razonar con él; llegar a un compromiso. Funciona, Darcy. Conmigo ha funcionado una y otra vez.

—El cuento es conocido.

—Seguramente. Es de los hermanos Grimm.

—¿No es indio?

—Puede que haya una versión india. Es uno de esos cuentos universales que contienen una gran verdad. Yo lo adapté a mis necesidades.

—Pero el Windigo parece un poco estúpido.

—Sí. Y las enfermedades son estúpidas. Poderosas, temibles, pero estúpidas.

—No sé si el fisgón llegó a entenderte. Y me pregunto qué le diría el fisgón a su jefe.

—Supongo que eso no lo sabremos nunca.

—Jon, me gustaría que aplicaras tu terapia del Windigo a nuestro amigo el padre Iredale. Me parece que se está volviendo un poco raro.

—Ya me he dado cuenta... al oír sus sermones. Mi diagnosis, no exactamente en términos de Windigo, es «inflación del ego».

—¿Vanidad?

—Oh, más, mucho más que eso.

14

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

No sabes lo que ha cambiado esta casa ahora que la Amada tiene un encargo de verdad; dos, de hecho, contando lo del doctor Hullah. Tanto que, por iniciativa de ella, hemos dado las gracias en

Saint Aidan, pero no con palabras, sino con algo tangible. He prometido una casulla (ya sabes, una de esas capas que se ponen los sacerdotes encima del alba cuando dicen misa). Tienen algunas, pero, querida, son *horribles,* y si hay algo que Em y yo podemos hacer por Saint Aidan es elevar el nivel del buen gusto y del arte de las vestiduras. Las monjas se encargan de casi todo, y la verdad es que bordan de maravilla, pero ¡qué diseños! ¡Qué carays, qué carambas y qué demonios! Lo peor del victoriano tardío, oropeles inútiles y sin sustancia. Y tú recordarás lo que mi abuela hizo años atrás para la Real Escuela del Bordado, no solo como mecenas, contribuyendo financieramente, sino cosiendo como la que más. El talento y el ojo que yo pueda tener lo he heredado, sin duda, de mi abuela. Y he diseñado algo realmente maravilloso, terminado en *appliqué* (¿se escribe así?), estoy en ello. Me ha conseguido las telas el tío del Gremio de los Comediantes, prácticamente a precio de coste. Casi todo es material de tapicería, para que pese lo necesario; y, para que cause impacto, le estoy poniendo unos símbolos *tremendos* que estoy copiando de un libro de manuscritos (y que las monjitas no entienden, pobrecitas). También le estoy haciendo unos cordones de seda de colores brillantes. Además, uso hilo de oro auténtico para las costuras visibles, que cuesta *un ojo de la cara* y me hace polvo los dedos.(1) Le dedico cada minuto libre que tengo. Hasta que termine no me ocuparé de los grabados, pero en una casa tan grande como esta siempre hay algo que hacer, además de cocinar los domingos.

Esto ha complacido mucho a la iglesia y el padre Charlie dice que somos almas ganadas al cielo. El padre Hobbes no está tan seguro y refunfuña que todo el dinero que esto vale bien podría haberse dedicado a los pobres. Pero el padre Charlie dice que los pobres se sentirán enriquecidos cuando vean a sus sacerdotes tan bien vestidos para servir a su Dios, y dar a los pobres no siempre significa llenar la panza de los gorrones y gandules a quienes el padre Hobbes toma por el rebaño de Dios. Así que el padre Hobbes ha tenido que callarse y aceptarlo, y lo ha hecho con una sonrisa beatífica.

Por supuesto que estoy del lado de Charlie. La belleza no puede sacrificarse siempre a lo útil, porque lo útil (sobre todo referido a los pobres) nunca abunda. Sencillamente, no tenemos suficientes recursos para satisfacer sus necesidades. No podemos vivir tan solo de hamburguesas. El alma ha de alimentarse tanto como el estómago, al que nuestro amigo Hugh McWearie siempre llama Messer Gaster, supongo que tomado de Rabelais, a quien adora. No lo he leído nunca, pero estoy de acuerdo en que Messer Gaster debe tener su parte, pero no todo, o habría que olvidarse de la civilización. Después de todo, ¿qué han hecho los pobres por los demás que no sea gorronear? Son una carga que los mejor situados hemos de soportar, pero no se les puede dar *todo.* ¿Que hablo con la maldad de un Scrooge? Tendrías que ver a algunos pobres de Dios haraganeando por la rectoría y me entenderías. Si no fuera porque el padre Charlie lo impide, dejarían al padre Hobbes en los huesos.

Y en cuanto a que somos almas ganadas al cielo, es cierto que la Amada y yo vamos regularmente a Saint Aidan e incluso comulgamos, aunque a mí *no me da la gana* de pasar primero por la confesión. ¿Contarle a Tommy Whimble lo mala niña que he sido, que soy culpable de pensamientos poco caritativos?(2) Ni pensarlo. Es la belleza de la cosa lo que nos atrae. ¿Has estado alguna vez en una Misa Solemne? No me refiero a una misa romana, que ahora está en ruinas, sino a la auténtica, en una iglesia anglicana conservadora. Querida, la próxima vez que vayas a Londres, pásate por Saint Mary the Virgin, en Bourne Street, y entenderás lo que digo.

Vamos a la misa solemne, la misa mayor de las once, con el canto llano apropiado a cargo del coro ceremonial (el de Darcy Dwyer), y una misa breve y motete cantados por el coro de la tribuna, que son como ángeles, si es que los ángeles cantan, que creo que sí. Empieza con la procesión del introito, con sacerdotes, seglares y acólitos llevando la Cruz, velas, y nubes de incienso de un incensario de plata. Los tres clérigos son el diácono (normalmente Whimble), con una dalmática de seda dorada sobre el alba, que es una especie de camisa con ribetes bordados. El celebrante (generalmente el padre Hobbes) lleva una casulla de seda dorada.

Luego, el tercero, de vez en cuando un seglar, pero casi siempre Charlie Iredale, lleva una túnica de seda dorada. Y todos van tocados con birretas, ya sabes, esos gorros cuadrados con pompones en lo alto, que se ponen y se quitan cada vez que se pronuncia el Sagrado Nombre durante la misa (lo cual no me gusta. Papá decía que quitarse continuamente el sombrero es propio de mozo de hotel).(3)

Para la lectura, llevan el Evangelio en pequeña procesión hasta el facistol, envuelto en seda dorada con borlas, e inciensan mucho antes de empezar. El incienso les vuelve locos y a veces es un poco sofocante, pero supongo que sirve para que las plegarias vayan directamente hasta el Trono de Dios. Sospecho que en los días en que no había agua corriente también servía para mitigar la peste de los fieles que no se lavaban. Pero eso es un Pensamiento Indigno, a los que soy proclive según el padre Charlie. Y eso que no conoce ni la mitad.

Pero, querida, esto es una *belleza* especial. La belleza y el ceremonial es como agua fresca en una tierra sedienta. Y es por la belleza por lo que vamos, nos entregamos a ella y hacemos lo que podemos por Saint Aidan. Lo cual no quiere decir que seamos unas creyentes convencidas. Pero ¿qué es la creencia? ¿Acaso nuestro compromiso con la belleza a la vista y al oído no es una creencia?

La parte del servicio —que no es de la misa, y puedes irte antes de que empiece, pero hacerle eso a quienes son tus amigos sería una grosería— y que me revuelve las tripas es el sermón. Entonces desciendes estruendosamente desde el esplendor del Libro de Rezos y la prosa realmente soberbia de Cranmer a lo que cierto tipo cree que es bueno que sepas. El peor de todos es nuestro querido amigo el padre Charlie Iredale. Hay veces que me pregunto si a Charlie le falta un tornillo. Es un pesado hablando de la santidad y de la necesidad de vivir virtuosamente.(4) No basta con que hagas bien tu trabajo y te comportes decentemente con los demás; hay que renunciar a todo y seguir a Cristo, como si pudiéramos quitarnos los zapatos e ir por Toronto, con la nieve de febrero, exhortando, curando y gorreando de vez en cuando una comida a los ricos, igual que el mismo Jesús. Hay que ser sensatos en todo, incluso en la

religión. Y cuando habla de la santidad, me abro de carnes, porque obviamente se está refiriendo al padre Ninian Hobbes, que acaba de celebrar la misa y ahora está sumido en íntima plegaria, o quizá echando una cabezadita ¡a pocos metros de él! Me pregunto qué es lo que pretende Charlie. Una vez y otra nos lee pasajes de *La leyenda dorada* y, por lo que a mí se refiere, mejor sería que leyera algo de *Las mil y una noches*; todo dirigido, de una u otra manera, al padre Hobbes. O nos habla de los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola y dice que unas cuantas flexiones santificadoras nos harían un gran bien y nos harían más dignos del cuidado pastoral de Adivina Quién. Este tipo de cosas me ataca los nervios, te lo aseguro.

Vemos a Charlie con bastante frecuencia, y no solo en nuestras reuniones de los domingos, cuando acostumbra a dejarse caer en busca de un bollo de nata y una charla con Cuthbert Wagstaff o un chiste con Gerry Broom. (¿Te he hablado de Gerry? Vino a Canadá con la gira de Playfair, hacía de Lich en la *Ópera del mendigo*; le gustó el país, vio oportunidades y se quedó. Canta el papel del Narrador en la *Pasión según san Mateo* de Gow con una reverencia soberbia y llena de tacto. Es un gran bromista. Acostumbra a saludar a Moscheles con un «lamento ver que tu garganta te sigue causando problemas, Anton», refiriéndose al gran plastrón que lleva. Anton no le ve la gracia, pero sonríe misericordiosamente.) ¿Por dónde iba? Es que no paro de hablar, parezco la señorita Mowcher. Ah, sí, de Charlie y sus manías. Un día hablé con él del asunto de Loyola. «Un hombre muy culto de Oxford me dijo una vez que la Piedad de Loyola y todos esos ejercicios quizá solo fueran una sublimación o una perversión de su impulso sexual. ¿Qué me dice de eso? Quiero decir hoy en día, cuando hay tanta libertad sexual y se admite que el sexo no está ligado únicamente a la reproducción, y cuando las distintas clases de amor se reconocen como lo que son realmente, como amor.» Pero Charlie bajó la mirada y dijo: «Desde una perspectiva divina, puede que toda esa satisfacción genital y la preocupación por el sexo no sean más que una simple perversión de la piedad». ¿Qué iba a decirle? Le pregunté al doctor Hullah y me dijo que Charlie podía tener algo de razón, pero luego McWearie, a

quien le gusta llevar la contraria en todo, dijo que Loyola era un masoquista y un bicho raro y ¿qué pensaba Charlie de la campaña que hizo Loyola en Roma para reformar a las prostitutas? ¿No fue consecuencia de su sexualidad reprimida, al igual que la extraña preocupación que sobrevino al principio de su carrera al gran primer ministro de Canadá, W. L. Mackenzie King?(5) Charlie dijo que la preocupación de Loyola por las prostitutas era amor cristiano y que hoy, trastornados por la ciencia, es muy fácil cargarse cualquier cosa con el pretexto de la sedicente psicología. Aquello empezó a convertirse en una riña y tuve que calmarlos con unos cuantos bollos.

Pero el amor, ¿qué hacemos con él? Algunos domingos miro a Joyce Barma y a Adair Scott, distantes el uno de la otra pero con una adoración entre ellos que es fuerte y hermosa y, te lo juro, sagrada. ¿Y qué hay de mí y de la Amada? Las apariciones esporádicas de Gussie Gryll provocan en mí una nueva conciencia de cuánto significa ella para mí, sobre todo ahora que ella y Gussie han entablado una amistad basada en las bromas y, válgame Dios, en una galantería irónica por parte de él y un pudor burlón por parte de ella. Suficiente para volverme loca. Pero he escrito demasiado. Lo siento.

CHIPS

VIÑETAS

(1) Chips maldiciendo encima de una masa gigantesca de pesadas telas.

(2) El padre Whimble, con las cejas levantadas hasta casi el cabello, en la oscuridad del confesionario.

(3) Apunte isométrico de la procesión, maravillosamente evocativo, visto desde el coro de la iglesia.

(4) Charlie en el púlpito dando el latazo. ¡Cómo lo describe Chips! Su ojo de artista es más perspicaz que el mío de médico.

(5) Extraño retrato de san Ignacio y de Mackenzie King intercambiando guiños de complicidad. ¡Vaya pareja de manipuladores!

La idea de Chips sobre la locura de Charlie expresaba de modo exagerado la opinión mantenida y debatida por todos en la congregación de Saint Aidan. Algunos estaban estremecidos por su vigor y exuberancia y dispuestos a seguirlo en cualquier clase de cruzada. Otros pensaban que exigía más de lo que era razonable, con un punto de vista casi medieval de la vida cristiana. Pero, por encima de cualquier discusión, Saint Aidan estaba muy viva bajo su cuidado; en su presencia no podía existir ningún laodiceanismo ni tibieza. Unos pocos se alejaron y acudieron a iglesias menos exigentes, pero entre estos casi todos regresaron cariacontecidos, admitiendo con humildad que en Saint Aidan la religión era más divertida que en cualquier otro lugar, y trajeron consigo a un puñado de gente, desde mozos de estación a intelectuales universitarios, además de un grupo de personas decentes que buscaban orientación y un lugar donde poner sus vidas, y lo encontraron en los servicios espléndidos y, también, en las homilías breves, cuidadosas y ardientes de Charlie.

Como todos los sacerdotes, Charlie pedía dinero, pero también pedía que se adoptara una nueva forma de ver la vida diaria, entendida esta como presencia de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo en los actos más corrientes.

Un criado, con esta oración
hace de su penosa tarea una obra divina;
quien barre una habitación según Tus leyes
embellece la habitación y su acto…

… proclamaba, y la gente que nunca había leído poesía ni había oído hablar de George Herbert, se estremecía con estas palabras que ennoblecían —o más bien santificaban— sus enojosos trabajos. Pero también instaba a que percibieran la belleza que los rodeaba. En una ciudad tan arbolada como Toronto...

Ciudad encumbrada y arbolada entre torres…

… recitaba con las palabras de otro gran poeta y clérigo,

Porque el Espíritu Santo medita tristemente
sobre el pervertido mundo con cálido aliento
y brillantes alas...

Mirad a vuestro alrededor, no a los tristes edificios, sino al cielo, a los árboles y a los jardines con que sus moradores se esfuerzan por proclamar la bondad de la Naturaleza, que es la bondad de Dios, y ved cómo es en realidad Toronto.

No porque la belleza fuera una cualidad exclusiva de la Naturaleza. La belleza creada por el hombre nos lleva a la presencia del Espíritu Santo. Para poner esto de manifiesto, Charlie buscó y compró, con gran sacrificio de su propio bolsillo, una bella copia de *La luz del mundo,* de Holman Hunt, pintada por F. G. Stephens, uno de sus discípulos. El cuadro es bien conocido: Cristo, coronado de espinas y con un halo, se acerca a la puerta de una vivienda humilde sosteniendo un farol; levanta la mano derecha en ademán de llamar a la puerta, oculta en parte por la maleza y las enredaderas; su expresión es de esperanza, quizá con una sombra de duda. En el marco dorado, además del título de la obra, figuraba este texto: «Presta atención, estoy ante la puerta y llamo; si algún hombre oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa, cenaré con él y él conmigo». Colgó el cuadro en uno de los pilares de la entrada de la iglesia. Era una ofrenda, dijo Charlie, como agradecimiento a sus veinte años de sacerdocio.

En su género, era una bella obra y una hermosa ofrenda. Lástima que Charlie comenzó a obligar a las niñas que asistían a un oficio para jóvenes a detenerse delante del cuadro y hacer una ligera reverencia antes de entrar en la iglesia. La costumbre pronto tomó carta de naturaleza y se extendió a las madres, que no querían ser menos que sus hijas en cuanto a demostración de respeto. De este modo, el cuadro de Charlie se convirtió en algo más que una pintura, y fue entonces cuando el obispo creyó llegado el momento de amonestarlo levemente.

La amonestación leve es el remedio que habitualmente emplean los obispos cuando las cosas empiezan a torcerse. La actitud enérgica se aplaza todo cuanto es posible. El obispo visitaba Saint Aidan una vez al año, para dar la confirmación y, si no había necesidad, no acudía. A mí me parece que le gustaba ir porque era la ocasión de lucir su bella capa pluvial y su mitra; no las llevaba en otras iglesias de inclinación más evangélica, porque, al fin y al cabo,

un obispo también es humano y le gusta llevar todos los accesorios del cargo cuando se presenta la ocasión, sin tener luego que dar explicaciones a los desconfiados clérigos, o «luteranos biliosos», como, citando a Shakespeare, los llamaba Darcy Dwyer. En esta ocasión no vino el obispo en persona; habría sido poner demasiado énfasis en la reprimenda que pretendía. Dispuso de manera amable que uno de sus subordinados de confianza, el venerable arcediano Edwin Allchin, predicara en el servicio de la mañana —o misa mayor, como la llamaban en Saint Aidan— a finales de noviembre.

En su pequeño cuerpo y tras su rostro inexpresivo, el arcediano Allchin guardaba el espíritu de un tigre. Cuando el obispo le insinuó la reprimenda se aprestó para la lucha y soltó una regañina que tuvo que entender hasta el transgresor más empedernido. Gozó con su tarea, del mismo modo que gozaba con los rigurosos tratos financieros que llevaba a cabo en nombre de la Iglesia y que formaban parte de sus funciones; el acreedor moroso no tenía la más mínima oportunidad cuando se las tenía que ver con Allchin en su oficina del palacio episcopal, una oficina muy parecida a la de un hombre de negocios. Y no porque Allchin concediera hipotecas o inversiones dudosas con los fondos de la Iglesia. El viejo chascarrillo anglicano de que «el obispo es el pastor de su rebaño y el arcediano es el ladrón de su personal» salía a menudo a colación cuando se hablaba de Allchin. Esto era injusto. No se trataba en absoluto de alguien deshonesto, sino terco, inexorable y exigente, como los banqueros, o mejor, como los inspectores de seguros o los recaudadores de impuestos.

Estaba en contra de Saint Aidan y se presentó el último domingo de Adviento «cargado de cerveza», como decíamos en Sioux Lookout.

No atronó. La ira al desnudo se ve en ocasiones en los clérigos de la Iglesia de Roma, pero la Iglesia de Inglaterra prefiere la sonrisa helada, la falsa afabilidad, la espada oculta tras la bienvenida. El arcediano subió al púlpito y dijo que quería que los oyentes prestaran atención a una de las piedras angulares de la Iglesia, olvidadas o desatendidas simplemente porque las daban por supuestas. Se refería a los Treinta y Nueve Artículos, tan

discretamente colocados al final del Libro de Rezos, que establecen el dogma de la Iglesia de Inglaterra, y de la cual la Iglesia de Canadá es parte integrante. No es que la Iglesia se ocupe con singular interés del dogma, sino que, como todos sabemos, tiene que haber unas pocas reglas, unas pocas orientaciones, y allí estaban. Todo fiel debe tener la prudencia de leerlas una vez al año, garantizando así que no se ignoran, ni se olvidan ni, simplemente, se alteran.

Esa es una de las razones por las que disponemos de esos excelentes funcionarios, los guardianes de la Iglesia, cuyo cometido es velar para que las reglas, dentro de su elasticidad, no se olviden. La Iglesia tiene unas bases profundamente democráticas y nosotros, los clérigos, necesitamos que alguien nos vigile, ja, ja. El arcediano era un hombre alegre en el púlpito, vaya si lo era.

Ante cualquier regla uno siente la tentación de encontrar la manera de sortearla; las reglas incitan a esa especie de ingenuidad porque el Hombre (y la Mujer, ja, ja) es una criatura lista que siempre quiere saber hasta dónde puede llegar, aunque sin excederse. ¿No lo hicimos todos cuando éramos niños? ¿En el colegio? Por supuesto que sí. Pero descubrimos que las reglas las habían dictado la sabiduría y el amor, y gente que había reflexionado mucho sobre el asunto, a fin de impedir que cometiéramos tonterías y errores peligrosos.

¿Tonterías y errores peligrosos en los asuntos de la Iglesia? ¿Es esto posible? ¡Y tanto que sí! Con frecuencia, llevados del mejor de los motivos, como por ejemplo el amor por la belleza. La belleza de la música, que tiene un efecto tan maravilloso cuando se emplea con mesura, pero con la que es fácil excederse y dar paso a lo que Allchin llamó un concierto, hechizando el espíritu con sus bellos sonidos, admirados en ellos mismos y no como acompañantes apropiados de la devoción y la plegaria. En el rico acervo de la música religiosa hay muchas obras que son anteriores a la Reforma y, por consiguiente, sus textos están en latín. Ay, la tentación de cantarlas con esos textos, tan bellos por sí mismos, tan gratos a los oídos que entienden la lengua latina. Pero ¿qué encontramos en el Artículo Treinta y Cinco? «Que los rezos comunes y los sacramentos

deben administrarse en una lengua conocida.» ¿No era natural la tentación? Sí, en efecto. Pero ¿era excusable? La respuesta debía ser un no rotundo.

(Fue en este momento cuando se escuchó un sonido, como un trueno teatral, en la tribuna de la parte posterior de la iglesia, donde el doctor DeCourcy Parry y su coro esperaban el momento para cantar un motete, *Regina coeli, laetare,* de Palestrina, en latín. El ruido lo produjo el doctor Parry al lanzar al suelo un montón de libros de himnos, lo más parecido que pudo hacer a gritar obscenidades en irlandés al orador.)

Sin inmutarse y como espoleado por esta demostración anímica, el arcediano Allchin continuó con la cita del número Seis, «Contra el exceso en la indumentaria». La dignidad del servicio de Dios exigía incuestionablemente que sus sacerdotes vistieran de manera decorosa, de tal modo que el cargo y sus funciones quedaran patentes y se distinguieran de los de las personas que pastoreaban. Oh, pero qué fácil era caer en la necedad de disfrazarse, con excesiva ceremonia, de un modo teatral. Y no lo decía porque tuviera algo en contra de los actores de teatro. Cuánto placer y edificación debemos a los mejores de ellos. Pero sabemos que su función es representar lo que no son y, ciertamente, no deseamos que nuestros sacerdotes parezcan algo distinto a lo que son: humildes siervos de Dios y seguidores de un humilde Salvador.

Para entonces el arcediano había pisado bien el callo a los guardianes de la Iglesia, supuestamente obligados a estar atentos a los Treinta y Nueve Artículos y a frenar a los feligreses testarudos. DeCourcy Parry no podía creer que una música de primer orden estuviera fuera de lugar en lo que había oído calificar como «su» iglesia y, en cualquier caso, la música era más edificante que un sermón mal concebido. Charlie, el ritualista, estaba rojo, no de vergüenza, sino de rabia. Chips, a quien solo le veía la nuca, se sentía desairada por su casulla y los espléndidos brocados con que la había adornado, y Chips no se tomaba bien los desaires.

Solo el padre Hobbes parecía feliz. Asentía amablemente con la cabeza y probablemente pensaba en otra cosa.

El arcediano Allchin fue llegando a sus conclusiones. Cómo sonreía, cómo brillaba la calva de su cabeza, cómo subía y bajaba la nuez en su garganta mientras vertía hiel con melosas palabras. No era por nada, decía (era un buen retórico y conocía el valor de una desviación fingida del texto), pero no había tenido más remedio que ver que algunos feligreses, al entrar en la iglesia aquella mañana, se detenían brevemente, como si hicieran una reverencia, delante de un cuadro colgado a la entrada. El cuadro era ciertamente impresionante por su belleza, pero ¿una reverencia? Había visto que las niñas doblaban una rodilla y los niños bajaban la cabeza; ¿sabían estas inocentes criaturas el peligro que corrían? Consideren sus padres la advertencia del Artículo Treinta y Cinco contra el peligro de idolatría.

Él sabía —porque conocía el sentir de sus oyentes— que lo que estaba diciendo podía parecer una reprimenda a la buena gente de Saint Aidan. No se andaría con remilgos; era, en efecto, una reprimenda, pero no con las palabras de un director. (Sabía, de pasada, que el término «director» había reaparecido en Saint Aidan, cosa que él deploraba, porque no era nada anglicano, con independencia de lo que significara.) No, les hablaba el obispo, por boca de su siervo Edwin Allchin, con el ánimo de «serenar y apaciguar» que se atribuye a los obispos en el Prefacio Original del Libro de Rezos y que sigue en su sitio en el libro que todos poseían y amaban.

Y el arcediano concluyó: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... Pero no se persignó, como todo el mundo en Saint Aidan esperaba que hiciera un verdadero predicador.

Esto no solo echó aceite a las llamas; esto fue una declaración de guerra y la iglesia zumbó como un enjambre de abejas furiosas.

Al lunes siguiente, asuntos relacionados con mi trabajo me llevaron a la tienda de una abeja muy importante, el señor Albert Russell, que regentaba un próspero taller de imprenta a pocas calles de allí. Lo frecuentaba porque el señor Russell imprimía todos mis papeles, de los cuales hacía yo uso abundante, y era un excelente tipógrafo. Mi papel personal de cartas, mis impresos profesionales y facturas, los formularios de «atención domiciliaria», «consultas

privadas», «tratamientos auxiliares y medicamentos» y cuanto necesitaba, me los imprimía con un bello caduceo en la esquina superior izquierda. Me gustaba un papel crema y un color de tinta que el señor Russell llamaba Rojo Antiguo.

El señor Russell era el guardián del vicario en Saint Aidan.

—¿Había oído alguna vez semejante descaro? —empezó—. Y dice que viene de parte del obispo. Yo conozco al obispo. Lo conozco desde que era vicario en Saint Paul. Nunca se habría expresado así. Espero que el obispo le diga que deje de poner los pies en Saint Aidan y le recomiende un poco de moderación. Pero ¡todo ese ataque detallado! Incluso metiéndose con el padre Iredale porque llama director a Darcy Dwyer. ¿No es así como se ha llamado desde antiguo al sochantre? Se trata de un amable reconocimiento a la labor de Darcy en veinte años de servicio a la iglesia. Además, creo que fue el doctor Parry quien lo sugirió. Eso significa que Darcy puede ir vestido con una capa en los días señalados, lo cual, por supuesto, le gusta. A todos les gusta vestirse bien, ¿y qué daño hay en eso? Da colorido y variedad a las celebraciones. Encaja perfectamente con la idea del Año Cristiano, ya sabe, una liturgia colorida en los altares y vestiduras. Estamos reuniendo ahora una buena colección en Saint Aidan, y todo procede de donaciones. Eso que está haciendo ahora la señorita Todhunter es algo fuera de serie. Démosle colorido. Por supuesto, los colores forman parte de mi trabajo, y no es nada extraño que me gusten. Pero también le gustan a Milliken, que es el otro guardián. Sabemos lo que tenemos que hacer; no necesitamos que un intruso venga a decirnos cómo tenemos que vigilar. Uno de estos días veré al obispo y quizá le diga que Ed Allchin está poniendo en su boca palabras que nunca ha dicho.

El señor Russell estaba enfadado, pero era persona moderada y reconocía la autoridad del obispo, que era otro hombre moderado, alguien a quien se le podía hablar respetuosamente aunque enérgicamente.

Charlie no era una persona moderada. Aunque lo veía raramente, sabía de él por razones de su cargo y por su amistad con Las Damas. El muchacho a quien yo había conocido, aquel que

poseía el valor de un santo ante el dolor, se había convertido en un hombre resuelto y quizá arrogante, y tanto su resolución como su posible arrogancia se alimentaban de su fe. Junto a su arrogancia, que puede ser una virtud en un líder, apareció en buena medida el esnobismo que tanto caracterizó a su familia. Su padre, el profesor, tenía un acusado sentido inglés del «quién es quién», y su madre había nacido y crecido en la sociedad anglófona de Montreal, que en Canadá dice bastante. Estaba furioso por haber sido reprendido en su resolución de hacer manifiesta la Gloria de Dios en las ceremonias que él dirigía, y por el hecho de que la reprimenda viniese de un hombre a quien tenía por vulgar, un hombre sin sentido estético y, lo que era más grave, con una idea pedestre de la Fe Cristiana.

En la familia del padre de Charlie había muchos títulos y Charlie estaba convencido en lo más profundo de su corazón que su cuna era mejor que la de Ned Allchin.

Y empezó su campaña el domingo que siguió a la visita del arcediano.

16

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

¡Esto se está poniendo emocionante! Ya te había contado que Charlie se está volviendo loco, y creo que el domingo pasado muchos pensaron igual que yo. Era el domingo antes de Adviento, ya sabes, el periodo eclesial anterior a la Navidad, y los niños lo llaman el Domingo Emocionante porque, a causa de la Colecta para el Día (fíjate en mis mayúsculas, me estoy volviendo una auténtica rata de sacristía), empieza la Emoción, te suplicamos, Oh, Señor, atiendas la voluntad de tus fieles, y caramba, ¡vaya si nos emocionó Charlie!

Creo que ya te he hablado de la visita de un mequetrefe, de un tal arcediano Allchin,(1) que se encaramó en nuestro púlpito y denigró mi casulla (que hizo su primera aparición la semana pasada en la Misa Mayor, llevada por el muy amado padre Hobbes, y aunque

esté mal que yo lo diga, ¡estaba espléndido!). Bueno, pues dijo pestes de todo lo que hace que Saint Aidan sea lo que es, es decir, la única iglesia que yo conozco donde una persona con una pizca de sentimiento artístico se encuentra como en su casa. Pero así es Toronto (y Canadá, porque este país todavía tiene la colonia enraizada en lo más profundo y piensa que el arte es algo con lo que se divierten las mujeres en las largas tardes de invierno —ya sabes, haciendo punto, encajes y guirnaldas— mientras los hombres contrabandean whisky en el granero). Cuando estas mentes adquieren alguna educación y llegan a la ciudad, descubren que el arte puede emplearse en obtener dinero para cosas más importantes, y también se lo puede asfixiar bajo una maravillosa complejidad de comités, cada uno con su vicepresidente, donde se pueden jugar interminables partidas organizativas. Pero el arte nunca es *lo primero*.

Hay que ver, soy tan tonta como Charlie. Cuando el arte es lo primero todos los asnos e incompetentes que pintan, modelan o enredan de alguna manera, se creen los reyes de la creación, cosa que no es cierta, ¡maldita sea! Para el artista, para el verdadero *creador,* el arte es solitario. Tiene que serlo. Pero para quienes no son artistas, sino que tienen ojo, u oído, o el cerebro bien puesto, es lo que hace que la vida valga la pena. ¿No es cierto? ¿O estoy equivocada? Tú debes de saberlo. Vosotras sois las auténticas, y yo, supongo, solo soy un parásito. Aunque mi casulla no está nada mal. Ya te enviaré una foto.

Pero volviendo a Charlie. Saint Aidan, rugió, debe aprestarse a luchar contra los filisteos. Debe demostrar que su devoción por el arte como camino hacia Dios es la religión verdadera, que no puede estar controlada por bebedores de té y pinches de cocina que piensan que la iglesia es un centro social, o por mentecatos que dicen a las niñas que se preparan para la comunión que nunca olviden su cita con Cristo (esto era la burla de un conocido clérigo que hacía ese trabajo en un colegio femenino de moda), refiriéndose a la Eucaristía, ¡el núcleo sagrado de la Fe Cristiana! No debe olvidarse ni por un instante que si las Obras son importantes, están supeditadas a la Fe, y la Fe encuentra su voz más poderosa —

después de la Caridad y la Esperanza— en el Arte, con el cual Dios habla indirectamente, pero con Su mayor plenitud.

Por supuesto, bajo la piedra más poderosa siempre se esconde algún gusano. Charlie estaba profundamente fastidiado porque Allchin había atacado asquerosamente su *Luz del mundo,* la buena copia que había regalado a la iglesia como agradecimiento por sus veinte años de sacerdocio. Está bien el cuadro, lo admito. Pero siempre me saca de quicio. Recuerdo que mi hermano Ronnie (Ronnie, como sabes, murió en Dunquerque y mamá nunca se repuso) decía que era como si Cristo se hubiera levantado a media noche para ir al retrete y lo encontrara ocupado. Es una bella pintura —los prerrafaelitas sabían pintar, por más que me ataquen los nervios— y no me atrevería a criticarlo delante de quienes lo aprecian. Por eso, decir a los niños que es idolatría, es un verdadero insulto. Pero había un matiz personal en la defensa de Charlie, y la indignación, para que se justifique, nunca debe ser personal.

De modo que si todavía era posible reforzar o aumentar los servicios en Saint Aidan, ya están reforzados y aumentados. Charlie ha prometido una serie de sermones de Adviento sobre la vida de los santos y la presencia de la santidad en la vida moderna. Así que prepárate, arcediano Allchin.

Y por cierto, se siente muy ufano de su nombre. Dice que es inglés arcaico y significa Todo Médula, o La Misma Esencia, es decir *All Chine.*[*] Como mi nombre es Freake —fuerte en la debilidad, poderosa en la batalla— no puedo criticarlo, pero me parece un nombre bastante tonto.

La Amada ha terminado el caduceo del doctor Hullah y queda muy bien en la entrada, justo encima de la mesa de la ogresa. Ha pintado encima algo en griego, y le dije que eso era una ostentación intolerable, pero se echó a reír y habló de la decente oscuridad de los idiomas cultos. Debe de ser la cita de algo. El doctor es magnífico para hacer chistes inteligentes, lo cual está bien si lo entiendes, pero si no, quedas un poco desairada.

Así que ya terminé mi casulla, recibida y bendecida dignamente y que ahora pesa sobre los hombros del pobre padre Hobbes, que

cada día está más débil.(2)

Y nada más por ahora. Ya te tendré informada sobre el Domingo de la Emoción.

CHIPS

VIÑETAS

(1) Caricatura verdaderamente insultante de Edwin Allchin, religiosidad maligna y buena voluntad cristiana unidas en un marco casi gnómico.

(2) El padre Ninian Hobbes, hundido bajo el peso de la espléndida capa pluvial de Chips. En la desagradable cara del anciano hay un atisbo de Newman.

17

Lamento que Chips pensara que en mi garabato griego hubiera un deseo de desairarla. Me gustó tanto el caduceo que pensé que estaría completo si le añadía el concepto griego que, en mi opinión, resume mi filosofía médica: las serpientes de la Sabiduría y el Conocimiento, bajo la égida de Hermes, el dios de la Medicina, y todo bajo el dominio del Destino o la Necesidad. Así que me busqué un buen calígrafo para que lo escribiera en letras rojas y doradas en la pared y encima de la escultura.

Y allí se quedó.

ΑΝΑΓΚΗ

Harry Hutchins, mi ayudante, quedó muy impresionado.

—Parece estupendo —dijo—, pero ¿qué significa, jefe?

Le expliqué lo mejor que pude el poder que sobre la vida tiene el Destino, o la necesidad inexorable, por encima de lo que pueda curar un dios de la medicina con todo su conocimiento y sabiduría.

Harry lanzó un silbido.

—Entonces no hay libertad, ¿eh?

—Menos de lo que lo parece —dije yo—. Pero, al final…, claro que no se trata solo de algo físico; es algo misterioso y temible, que no solemos ver en nuestro trabajo, como no sea con el rabillo del ojo. Al final es…, bueno, es el final.

—¿Va a contarle eso a sus pacientes? —preguntó.

—No a menos que me lo pregunten, y solo si tienen filosofía para soportar semejante conocimiento.

—Muy bien —dijo Harry—. De nada sirve atemorizar al tímido. Pero la palabra... me parece que es griega. ¿Cómo la pronuncia?

Para sorpresa de ambos, Christofferson la pronunció. Había estado escuchando, sentada a su mesa, bajo el caduceo y la inscripción.

—Ananké —dijo.

—Bien, bien. Rima con «*a hanky*»[*] —dijo Harry—. Inge, querida, no sabía que supieras griego.

—Si fuera eso lo único que no sabe, doctor, qué maravilla sería usted —contestó ella—. Y tenga la bondad de no llamarme querida. No soy la querida de nadie.

—Bueno, pues si cambias de opinión, no tienes más que guiñarme un ojo y serás la mía como un relámpago —dijo Harry, que le gustaba embromarla.

Supongo que yo era el único que sabía por qué Inge no era la querida de nadie. Se trataba de una de las historias desgraciadas que tuvieron su origen en aquella guerra horrible y de la que Chips escribe con tanto entusiasmo.

Me gustaba la inscripción en aquel sitio. Me recordaba mi manera de pensar como médico. Porque yo no estaba apostando por un nuevo concepto de la medicina; lo que yo buscaba era algo muy antiguo, una especie de Filosofía Perenne aplicada al arte de sanar, y la fatalidad, o la necesidad, era el elemento de la vida que me hacía ser humilde, porque nada de lo que yo hiciera podía derrotarla. La gente enferma y muere inexorablemente. Si yo daba la impresión de posponer la fatídica hora, la gente me tomaba por un buen médico, pero yo sabía que era un aplazamiento, nunca una victoria, y solo conseguía el aplazamiento si la Fatalidad, la decisión del *daimon* de mi paciente, iba en esa dirección.

Por supuesto que no le decía estas cosas al paciente temeroso que se sentaba enfrente de mí. (Nunca me siento detrás de una mesa; siempre en un sillón, del mismo tipo que el del enfermo, cara a cara con él.) ¿Quién quiere que su médico le diga que un día ha de morir, no se sabe cuándo, y que cuanto haga entretanto no va a cambiar ese hecho? Y en prácticamente todos los casos, se puede

hacer algo, asegurar un cierto bienestar físico, aliviar el dolor o el desarreglo, hasta que llega lo inevitable.

Ciertamente no desdeñaba lo que las medicinas podían hacer en mis pacientes, ni las ayudas de Christofferson, brillante practicante de todas las artes manipulativas, e intuitiva en la aplicación de sus habilidades. No era un convencido de todo lo que decían los entusiastas de la medicina psicosomática, aunque era un oyente atento. Es evidente que la mente influye en el cuerpo; pero el cuerpo también influye en la mente, y tomar un solo aspecto es perder mucho de lo que es vital en el verdadero sentido de la palabra. ¿No dijo Montaigne, con aquella espléndida sabiduría que lo caracterizaba, que la íntima sutura de la mente con el cuerpo significa que ambos se comunican su suerte? (¿Y no dijo inmediatamente después, como sabio del XVII que era, la mayor tontería sobre el Ojo Maligno, y sobre las mujeres que marcan con sus pensamientos al niño que llevan en su seno? Ni siquiera mi buen y viejo amigo Burton pudo escapar a la influencia de su tiempo, del mismo modo que mis contemporáneos no escapan del aspecto vudú de la ciencia moderna.)

Tengo la impresión de que la humanidad busca guantes con que cubrir el puño férreo de la Necesidad, y a estos guantes los llama enfermedades. Nosotros, los médicos, luchamos contra ellas, pero tan pronto como creemos que hemos vencido a la tuberculosis, reaparece con más fuerza que nunca: el cáncer es incansable y ¿quién le ve un final al sida? La humanidad ha de contar con algo en que apoyar su gran Miedo, que es la Fatalidad de todos los hombres.

Pienso en una paciente que ya lleva tres años conmigo, Prudence Vizard, que parece aquejada de un mal itinerante, porque le pasó de la espalda a la pierna izquierda, luego le subió a la nuca, y ahora acampa momentáneamente en el brazo derecho. El dolor es real y le produce trastornos físicos que la afean, porque cojeaba, luego andaba a saltitos, luego caminaba con el cuello torcido hacia la izquierda y ahora mismo no puede utilizar el brazo derecho para nada. Christofferson no encuentra por dónde agarrarlo, porque tan pronto como el tratamiento parece efectivo en la zona afectada, esta cambia de lugar. No le gustan los baños salinos, porque dice que le

resecan la piel, lo cual no puede ser cierto porque Christofferson la frota con cremas emolientes después de cada baño, y mis intentos de seguir sus síntomas para averiguar lo que la va royendo son inefectivos; todo lo que puedo hacer es darle sedantes suaves, si la convenzo de que los tome. Si fuera un buen médico del siglo XIX —un discípulo de Charcot, por ejemplo— diría que es una histérica y me olvidaría de ella, pero ese no es mi método. ¿Por qué ha de ser una histérica? Tiene que haber una causa, física o mental.

Su trastorno no es melancolía de monja, doncella o viuda, porque no es ninguna de estas cosas y parece que lleva una vida sexual plenamente satisfactoria en tanto su padecimiento saltarín no afecta a sus partes privadas. Es indiferente al sexo, pero siempre ha creído que «gusta a los hombres», así que es una actividad que se siente obligada a ejercitar. Tiene orgasmos, pero no siempre. Come bien. Es aficionada al vino. No tiene problemas económicos (su marido es banquero de inversión). Se lleva bien con los hijos, al menos todo cuanto le es posible a una enferma crónica. No le falta atractivo, sabe vestirse, no lee mucho, pero le gusta el cine. Le sugerí que indagara en la religión, que olvidara las tonterías aprendidas en la niñez. Va a Saint Aidan, lo cual lamento, porque me viene a dar la lata después de misa para hablarme de sus dolores, o me hace señas, por encima de las cabezas de los fieles, de que los resiste con coraje, así que ¿cuándo voy a curarla del todo?

No serviría de nada que le hablara del *Ananké,* y es poco probable que el mal que la aqueja acabe con ella. Es una sufridora, que es lo que significa paciente, cosa que me repito cada día, y no encuentro ninguna causa que yo conozca a su sufrimiento. ¿Acaso su dolor es algo que complementa su personalidad? Porque la personalidad es más profunda que cualquier cuestión de medicina psicosomática, y contiene la clave para la cura o, al menos, para una resistencia valerosa. La señora Vizard no es muy valerosa, y su resistencia es una pesada carga para su infortunado esposo y su hijo, que aún no ha abandonado el nido.

Quien sí tiene personalidad y ha sabido vencer su infortunio es Christofferson.

Su historia es breve y fácil de contar. Enfermera danesa, el destino la llevó de un hospital a otro en el teatro bélico de Europa, hasta el punto de que no siempre sabía dónde estaba. Una noche, ya oscurecido, tras una batalla aérea, fue atacada y violada por cuatro soldados aliados (¡Dios quiera que no fueran canadienses!). Valerosa, había aprendido del *Candide* de Voltaire (porque era de una familia instruida) que la violación no es necesariamente fatal, pero las precauciones que se apresuró a tomar no sirvieron para impedir la concepción de un hijo de padre desconocido. Tomó la determinación de que naciera (escrúpulos morales), pero cuando esto ocurrió, después de graves vicisitudes en la Francia ocupada, el niño era hidrocefálico y la prognosis indicaba que no viviría mucho tiempo. Pero sobrevivió a pesar de la sabiduría médica, y aún vive, como sé muy bien, en un hospital para esta clase de niños en Dinamarca; Christofferson lo mantiene.

Pude ofrecerle alguna ayuda, médica y financiera, y fui yo quien le sugirió que empezara una vida nueva en Canadá, cosa que hizo. La volví a ver y estuve contento de tenerla como colega. La consideré otra de mis víctimas del «fuego amigo» y la traté de la misma forma que a mis pacientes de la sala J, pero con una poesía mejor, y ahora es una mujer de medios modestos, independiente y con una diversidad de intereses, entre los cuales no figuran los hombres. Me es absolutamente fiel, lo cual agradezco mucho. También va a Saint Aidan, lo cual no es extraño teniendo en cuenta su rígida educación luterana, tan parecida a la anglicana. Es una de mis conquistas, y si no fuera por mi relación permanente con Nuala, puede que la mirara con otros ojos. ¿Sería capaz? No creo que me respondiera con la misma mirada.

Mantener durante largo tiempo una aventura es mucho más difícil que un matrimonio. En el matrimonio, el amigo puede alternar en distintos grados y sin problemas con el amante, pero en una aventura debe haber siempre la pretensión de que el calor de la pasión es lo que mantiene viva la relación. Al menos, eso es lo que a mí me parece, y Nuala aún no me ha contradicho. Claro que nuestra relación ha ido cambiando, hasta el punto de que nuestra amistad es más fuerte que el amor, pero no podemos mezclar las peras y las

manzanas con tanta facilidad. Somos como el viejo emperador Francisco José y su Kathi Schratt; lo que realmente importa es el intercambio de consejos, la charla después del té, la simpatía mutua, aunque la cama también ocupe su lugar. La unión se conserva gracias a saber lo que el hombre, o la mujer, piensan o cómo lo piensan, no gracias al «ardor convulsivo» que, francamente, puede convertirse en una pesada losa si es lo único que existe entre dos personas. En una unión auténtica, el sexo deviene otro tipo de charla gozosa, una canción sin palabras, un encuentro que no necesita explicaciones ni consideraciones.

Pero Nuala ya no es joven. Tampoco yo. Me di cuenta de esto con un sobresalto el día en que trajo a Toronto a su hijo Conor para que ingresara en el Colborne College. Tenía ya casi catorce años, y verlo con su madre fue ver a su madre bajo una luz diferente. Estaba tan guapa como siempre, o así me lo pareció, pero también pude ver en los ojos de Conor que no era en absoluto una mujer guapa, sino una madre presentable de quien él esperaba que no lo besara delante de los demás niños o lo llamara con un diminutivo cariñoso. Y los otros muchachos la miraron también como a una madre, nunca como a una mujer. Hay una parte muy extensa de la sociedad —la compuesta por los hijos— para la cual las madres no son mujeres, sino apéndices inexcusables, a veces queridos, a veces no, pero que nunca son seres humanos por entero, sino actores secundarios del intenso drama personal de cada uno.

¡Nuala madre! Ciertamente lo sabía desde que nació Conor, pero nunca supe lo que significaba hasta que los llevé a almorzar el día que lo trajo a Toronto.

¡Mi antiguo colegio! He aquí un chiquillo que iba a experimentar por lo menos algo de lo que yo sentí e hice cuando estuve en Colborne; que iba a encontrar a su Charlie y a su Brochwel y se consideraría un guapo jovencito de una generación importante, no de la generación de sus padres. Yo era el padrino del muchacho —y quién sabe si también su padre biológico—; por eso, cuando los llevé en coche hasta el colegio, lo tradicional, lo ritual, era que le diera algunos consejos. Y mientras lo hacía sentí que mi corazón se ahogaba, porque me di cuenta de que mi vida entraba en el periodo

de dar consejos, cuando hasta entonces, sin que me lo dijera con palabras, había tenido la sensación de ser yo el receptor, una de esas personas a quienes todos desean la mejor suerte.

Después de dejar al muchacho en el colegio, regresé con Nuala a mi clínica para tomar el té de costumbre, pero luego ninguno de los dos tuvimos ánimo para acostarnos. Nuestras vidas se habían encontrado con un ligero soplo, no de otoño, sino de verano tardío. El joven Conor, que no habría entendido nada de aquello, estaba entre nosotros sin dividirnos.

Desde entonces he seguido con el muchacho lo que se supone que es la «conducta correcta». Cuando estaba en los últimos años de instituto le gustaba que lo invitara a comer en mi club (él creía que los clubes eran elegantes y para gente adulta), y en ocasiones lo llevaba a un concierto o al teatro. Incluso pensé en llevarlo a una de las recepciones dominicales de Las Damas.

Habría sido una divertida travesura presentárselo a Charlie. El hijo de Brocky; mi ahijado. Charlie, el célibe, no entendía como nosotros, mundanos, este gran paso. Era «padre», pero solo de nombre. Charlie, que entendía afectadamente el celibato como cosa juvenil, habría quedado aturdido al ver la realidad de su ficción en este joven alto y apuesto, un hombre en todos los sentidos, excepto en aquellos donde su afortunada cuna retardaba su madurez, y al entender cómo había pasado el tiempo, cómo tanto él como yo habíamos recorrido ya con creces la mitad de nuestro viaje.

¿Por qué quería aturdir a Charlie? Me molestaba y, como no era paciente mío, me sentía libre de estar resentido. Predicaba con un tono tan dogmático y con tanto celo que cuanto decía me sonaba a irracional. Seguía con sus santos y la santidad sin tener en cuenta la obviedad de que la forma de practicar la santidad, cuando no su propia esencia, habían cambiado desde su añorada época de *La leyenda dorada.* Si hubiera estado en su mano habría vuelto a imponer los halos, y uno de los beneficiarios de semejante distinción habría sido sin duda el pobre y viejo Ninian Hobbes, que era ciertamente un hombre bueno y había sido un hombre mucho mejor, pero que ahora era un viejo chocho que apenas podía celebrar la Eucaristía si no le ayudaban.

El obispo tendría que haber relevado a Hobbes. Supongo que pensó que le quedaba poco, y antes de tomar una medida que habría parecido poco amable debió de pensar que era mejor esperar la visita del Ángel de la Muerte.

18

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

Es extraordinario lo que ha ocurrido aquí. O quizá no. Espectacular en cualquier caso. El pobre y anciano padre Hobbes ha estirado la pata, la ha palmado, se ha ido al otro mundo, ¡y con qué gracia! Nadie hubiera pensado que el viejito tuviera tanto sentido teatral. Verás lo que ha ocurrido. El Viernes Santo hay una ceremonia poco habitual en Saint Aidan, algo que llaman Misa de la Preconsagración, otro de los trucos que se han sacado de la antigüedad el padre Charlie y DeCourcy Parry. La iglesia estaba llena de gente. Adoración de la Cruz, procesión del Sacramento desde el Altar del Reposo (porque el pan y el vino se han preparado la noche anterior, de ahí el nombre de Preconsagración). El padre Hobbes era el celebrante, y después de incensar la Hostia y elevarla, el viejito se la puso en la boca, se volvió hacia el altar, y cayó.(1) Por supuesto que todos pensaron que aquello era demasiado para él, el incienso sofocante, mi pesada capa sobre sus hombros, el ayuno observado durante toda la Cuaresma... pero cuando los diáconos y el padre Charlie acudieron para levantarlo, se armó la marimorena. Uno de los diáconos, un chico negro que trabaja como técnico en el hospital mientras estudia para sacerdote, anunció en voz alta: «¡Está muerto!» y oí que el padre Charlie decía: «¡No puede ser!». El doctor Hullah, nuestro inquilino, acudió rápidamente a la barandilla del altar, pero, sorprendentemente, el padre Charlie le hizo gestos para que se retirara y mantuvieron un breve diálogo en voz baja. Hullah tenía cara de pocos amigos, pero permaneció donde estaba mientras los diáconos llevaban al viejo a la sacristía.

¡Sensación!, como suele decirse en los melodramas. Pero Saint Aidan no pierde la calma por cualquier cosa, y en un instante, así me pareció, el coro de la tribuna irrumpió con algo que sonaba a Bach... oh, no nos privamos de Bach en Saint Aidan, por luterano que fuera. El caso es que produjo un efecto tranquilizador inmediato y nos sentamos impacientes hasta que reapareció el padre Charlie.

Estaba tranquilo, pero parecía casi radiante, y no sé si me entiendes. «El amado padre Hobbes ha muerto», dijo, «y los que estamos aquí hemos recibido la gracia especial de presenciar la muerte de un padre muy amado por Dios, a quien muchos de nosotros considerábamos un santo, no solo un hombre bueno, sino un verdadero santo, y estamos seguros de que ahora se encuentra ante el Salvador, a quien sirvió humildemente mientras estuvo entre nosotros. La Sagrada Eucaristía que él había comenzado ahora debe continuar.» Y dicho esto, se volvió al altar, elevó otra Hostia (en esta especie de Comunión, el sacerdote coge una galleta grande que es la que se come, y luego los demás recibimos una galletita pequeña y bebemos un sorbo de la copa), y cuando se hubo comido la galleta grande, levantó la copa, el cáliz, y continuó la misa. Todo el mundo comulgó. Hubiera sido extraño que no fuera así después de lo ocurrido. Incluso Christofferson, a quien nunca hubiera imaginado que le afectara, pero seguramente la he juzgado mal. Cada vez me doy más cuenta de que juzgo mal a muchas personas.

Aquella tarde, la iglesia estaba llena para las Vísperas, que tienen lugar durante las horas en que se cree que Cristo estuvo en la Cruz antes de expirar. Obviamente todo el mundo pensaba en el padre Ninian Hobbes. Te lo juro, querida, nunca en mi vida había visto tanto recogimiento en una reunión. Presidió Charlie, pero no dijo ni una palabra de lo ocurrido por la mañana.(2)

Luego, el Sábado, día muerto en la iglesia. Y después, el Domingo de Resurrección, con una misa a las siete (Whimby de celebrante) y misa mayor a las diez y media, con una música y un ritual jamás vistos y una sensación magnífica de vida y amor en la iglesia atestada.

Tienes esa sensación incluso antes de la procesión. Pero cuando el coro entona «La lucha ha terminado, acabada es la batalla; / es la

hora del triunfo y los vítores; / cantemos los himnos de alabanza; / Aleluya», te juro que por primera vez en mi vida supe lo que la religión significa. Era una especie de luminosidad sorprendente en medio de aquel guirigay. Maldita sea, no puedo escribir con esta jerga campesina mía, esta forma de hablar que hace broma de todo. No era ninguna broma. Pero tampoco severidad religiosa. Era como si yo hubiera renacido y tuviera necesidad de hacer la payasa para ocultar mis verdaderos sentimientos. A mucha gente se le caía la baba. Y por primera vez me sentí yo misma, sin necesidad de hacer aspavientos para alejarme de la gente. No sé si tiene mucho sentido lo que digo, pero quiero que entiendas que fue como una revelación. ¿Que soy una creyente, una persona religiosa? No sé decirlo, pero sé que nunca antes me había sentido así, y así quisiera sentirme siempre.

La guinda la puso el sermón de Charlie. Breve, pero mejor que nunca. Ninian Hobbes, declaró, fue un verdadero santo. Desde la muerte del padre Hobbes, Charlie se había pasado las noches sin dormir, rezando y esperando que Dios hablara. Y creía, sincera y humildemente, que Dios había hablado. No con palabras, sino con la ardiente convicción de la verdad. Habíamos conocido a un santo, alguien que había vivido y se había mezclado con nosotros, y ese santo era ahora partícipe del esplendor de la eternidad divina. El hombre con quien habíamos hablado unos días antes, estaba ahora verdaderamente con Dios. Charlie nos dijo esto, no como persona convencida de poseer la verdad, sino como alguien a quien se ha confiado un mensaje para ser difundido. Hemos de llevar la nueva a nuestra ciudad: ha habido un santo entre nosotros.

Suena fuerte, pero tenías que haber oído a Charlie. Ya te he contado que pensaba que estaba algo chiflado, pero en ese sermón, que no duraría más de diez minutos, parecía transfigurado. Salimos de la iglesia con el firme propósito de hacer lo que nos había dicho, contarlo a todo el mundo. Pero ¿cómo?

Afortunadamente, sabía cómo. El domingo por la tarde teníamos nuestro acostumbrado salón, como lo llama Hugh McWearie —mitad broma, mitad cumplido— y Hugh McWearie estaba allí, como siempre, el cerdo glotón. No, eso es poco amable, pero es que come

como un refugiado. Hugh es probablemente la voz laica más importante de Canadá en asuntos de religión. Sabe de qué habla (es un sacerdote frustrado, presbiteriano, me parece) y lo ha aprendido de los escoceses. Escribe tan bien, es tan interesante y sorprendente, que hasta los adoradores del diablo le prestan atención. Así que arrinconé a Hugh con una bandeja de tartas de amatista (mermelada de uvas sobre pastitas con un toque de nata batida) y le conté lo que había pasado. Charlie asegura que el anciano era un santo y hay que decirlo a todo el mundo, y ese es tu trabajo, Hugh, le dije, haz cuanto esté en tu mano.

Un santo, nada menos que un santo protestante, dijo él. Muy interesante, no te preocupes que lo seguiré de cerca. Y me aparté de él, dejándolo con sus tartas y con la sensación de haber puesto mi granito de arena, quizá algo más, porque me había escuchado el Oído de la Prensa. Tuve que seguir con mi trabajo de anfitriona y me puse a hablar con Frangipani, que parece italiano, pero no, es suizo y terco como todos los suizos, atormenta a Arne Gade diciéndole una y otra vez que el piano es un instrumento de percusión y que todo el fraseo y los matices de Arne son una negación de la realidad. (Cuando Arne puede meter baza, dice que Frangi solo sabe aporrear el piano y eso explica su opinión.) Muchos de los asistentes a la reunión habían conocido al padre Hobbes y lamentaron su muerte, pero ninguno se tragó lo de la santidad, salvo como una expresión para calificar a una persona buena.

¿Y qué más? Las cosas van adelante. La cabeza que hizo la Amada del gobernador general se está exponiendo en todas las ciudades importantes bajo los auspicios del Canadian Club, y se está haciendo famosa en todas partes.(3) Quizá este claro entre nubes se convierta en un auténtico amanecer. Recibe noticias de Gussie Gryll, pero supongo que las cartas no hacen daño.

Tuya hasta las Cataratas del Niágara (ja, ja),
Chips

Viñetas

(1) Una brillante vista isométrica del presbiterio de Saint Aidan, con el padre Hobbes en el momento de caer al suelo.

(2) Otra vez el presbiterio, con el padre Charlie en sombras, en contraste con la visión luminosa de la mañana.

(3) Emily de pie junto a la cabeza, con la mirada modestamente baja, pero con la expresión traviesa del gato que se ha zampado el postre.

19

Oh, mi querida Chips, sabía que el sermón de Charlie y los acontecimientos de aquella Semana Santa te llegaron al alma. La tarde del Domingo de Resurrección, cuando atiborrabas a McWearie —sí, es cierto que engulle los dulces, pero no creo que las mujeres comprendan del todo por qué algunos hombres son tan aficionados a los dulces— me pareciste transfigurada. La colegiala horrible, jugadora de hockey sobre hierba, osada-conductora-del-Cuerpode-Transportes y falso marimacho, que tan necia parecías a tanta gente, desapareció en ese breve tiempo, aunque reapareció en los días siguientes. (Ja, ja, de verdad. ¡Oh, mi pobre Chips!) Me sorprendió que Emily Raven-Hart no compartiera tu amplitud espiritual, por más que siempre creí que Emily era de más cabeza y menos corazón que tú. Bajo todo su lánguido manierismo y depresión crónica, era más inteligente que tú. Y, por supuesto, como dices en el último párrafo, al final tuvo éxito, aunque no de la manera que ella hubiera querido. Tampoco es prudente que desprecies la relación renovada con Gussie Gryll. Me parece que aquellas cenizas aún conservaban bastante calor y Emily no quiso ocultártelo porque, ¿no lo notaste?, a Emily le gustaba fastidiar, incluso herir. Supongo que debe de ser uno de los miedos del lesbianismo: que un hombre desdichado entre reptando en el Paraíso con insinuaciones perturbadoras.

McWearie te decepcionó y debo asumir la culpa. Como de costumbre, cuando terminó tu *soirée,* se vino a mi cuarto de estar, sala de fumadores y lugar de charla. Era un poco más temprano que otras veces, porque muchos músicos estaban cansados de tantas actuaciones durante la Semana Santa. Hasta los judíos, porque los llaman en estas festividades para que den la serenata en el panteón cristiano, cosa que hacen con toda honestidad artística y una sonrisa irónica en el semblante. Hugh y yo nos pusimos cómodos; él, con

una de sus apestosas pipas (porque aunque por indicación mía se había deshecho de las viejas, tenía ahora una colección impresionante y desagradable de pipas nuevas), y yo, con un excelente cigarro puro. Y whisky, por supuesto, porque Hugh decía que el whisky era uno de los elementos que le permitían vivir.

Tenía ganas de hablar. Quería saber lo que yo pensaba de la muerte de Ninian Hobbes. Me tenía por un hombre dedicado a la ciencia, aunque no me consumiera por ella, y pensaba que quizá yo no había caído bajo el Hechizo del Viernes Santo como la mayoría de los asistentes a la iglesia.

El Hechizo del Viernes Santo. Sí, la atmósfera de Saint Aidan ante la muerte, y de nuevo el domingo por la mañana, en la misa mayor, puede evocarse en los términos mágicos que Wagner emplea en *Parsifal,* cuando desciende el Grial. Tanto Hugh como yo éramos sensibles a la música y esa expresión servía para entendernos rápidamente.

Sin duda yo había sentido el Hechizo. Y observé sus efectos en los demás, sobre todo en Pansy Todhunter. Pero ¿lo había sentido como los demás?

No, yo diría que no. Sin embargo, ¿se debió a mi resentimiento personal? Cuando el padre Hobbes cayó (creí que había olvidado mi reacción de bombero ante una alarma, pero no fue así), acudí inmediatamente para ayudar. Después de todo, conocía a Hobbes, le tenía un gran respeto, era vecino, yo era médico, ¿cómo no iba a acudir deprisa a su lado cuando era evidente que estaba en apuros? Pero Charlie Iredale me hizo un gesto para que me retirara. De haberse tratado de otro sacerdote habría sido diferente, pero Charlie y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos, sobre todo los malos momentos de su operación sin anestesia, cuando intentaba distraerlo de su dolor leyéndole *La leyenda dorada.* Si hubiéramos estado en cualquier otro sitio y no allí, con Charlie a un lado de la barandilla del altar y yo del otro, le habría dicho que no fuera tonto y habría hecho cuanto hubiera podido por el moribundo. ¿Hice de Simón el Mago, el falso mago, rechazado por san Pedro, el auténtico mago? El caso fue que no se me dejó entrar en el sagrado recinto. No se requería mi magia. Y me enfadé.

Sin embargo, más tarde, se requirió mi magia profesional, cuando Charlie envió a un diácono a la puerta de la iglesia para pedirme que fuera y certificara que el viejo sacerdote estaba verdaderamente muerto. Por tonto que suene, es algo exigido por la ley. Hice lo que pude, examiné el cuerpo por todos lados conforme a la decencia, y luego extendí el certificado diciendo que Ninian Hobbes había muerto de resultas de un paro cardiaco. Pero ¿por qué? Charlie lo sabía. Fue el éxtasis de celebrar la Eucaristía una vez más, en el altar que tan bien conocía y en un día tan señalado.

Supongo que el éxtasis puede ser fatal, aunque se den pocos casos en la literatura médica.

Hugh no había estado presente en esta gran ocasión y quería sacarme cuanto yo pensaba del asunto. Pansy, como deja bien claro su carta, lo había estado acosando para que cumpliera su deber periodístico de dar gran relieve a la noticia. Pero era demasiado buen periodista para eso.

—Soy de la vieja escuela —me dijo—. Mi trabajo consiste en relatar hechos en la medida en que puedo descubrirlos, y dejar que el lector se forme su propia opinión. No estoy por la labor de hacer santos. Diré que mucha gente consideraba al padre Hobbes como a un santo y piensan que su muerte en el altar fue la culminación impresionante de una vida hermosa. Pero no daré ninguna opinión mía.

Yo no podía estar de acuerdo.

—Hugh, cuando te conviene, das tu punto de vista y cargas tus historias de un modo poco razonable. Esas pretensiones de que vosotros, los periodistas, solo tratáis hechos sería nauseabunda si no fuera risible.

—Eso se llama «formar la opinión pública», que es objeto de la filosofía periodística, algo difícil de captar por los profanos —respondió Hugh—. Vosotros, los médicos, tratáis de particularidades; los periodistas nos ocupamos de lo general. Pero, en cualquier caso, ¿qué te parecería si yo mañana declaro un santo y luego un forense descubre que murió el martes con el hígado acribillado?

—No habrá ningún forense —dije—. Ya he certificado que está muerto y no se necesita más. Pero todavía no entiendo por qué no

examiné su dentadura postiza.

—Yo le vi todos sus dientes a la perfección. ¿Es que querías saber si llevaba en alguna parte una marca de «made in Japan»?

—No sabes guardar el debido respeto. El periodismo te ha encallecido el alma. No, simplemente, me hubiera gustado ver si había algo adherido a la dentadura.

—Ajá, ¿así es que sospechas algo?

—No sospecho nada. Pero habría podido atribuir su muerte a algo más preciso que un paro cardiaco. Eso solo quiere decir que se le paró el corazón.

—Conozco el término. ¿Sospechas algo?

—No, pero me pica la curiosidad profesional. No me gusta firmar formularios legales simplemente porque alguien me pida que lo haga.

—¿Charlie? Ah, sí, Charlie sabe ser autoritario. Ahora bien, ¿crees que sucederá al difunto como vicario de Saint Aidan? Si así fuera, ya podemos esperar cosas animadísimas. Charlie está decidido a no obedecer al arcediano. ¿Oíste su sermón sobre el ritual? Le estampó a Allchin en la cara los Treinta y Nueve Artículos. Es una de las buenas ventajas del anglicanismo, que puedes interpretar las cosas de dos maneras. Y no me parece mal. Una buena fe debe dejar mucha libertad de acción. Pero ahora me tengo que ir al periódico para preparar la gran noticia que anuncia al humilde pueblo de Toronto que un santo acaba de morir entre nosotros. Me imagino que el director no querrá dedicarle más de media columna en una de las páginas interiores. Así que no busques en la portada ni esperes fotografías.

Yo había sido sincero con Hugh. No sospechaba nada con respecto a la causa de la muerte de Ninian Hobbes, pero me quedaba la sensación desagradable de no haber sido profesionalmente escrupuloso al certificar su muerte. Lo que sí sospechaba es que mi inapreciable enfermera y colega, Inge Christofferson, tenía un inesperado y perverso sentido del humor. Asistió a la misa de aquel Viernes Santo y luego, estando yo fuera, dejó un sobre encima de mi mesa en el que había escrito:

Aquí hay un fragmento de Hostia que cayó de los labios del reverendo Ninian Hobbes cuando celebraba la Comunión el Viernes Santo de 1970. Quizá quiera guardarlo. Si se trata verdaderamente de un santo, podría ser una reliquia sagrada.

Cuando me llamaron, me acompañó a la sacristía para ver el cuerpo, supongo que porque pensó que podría necesitar su ayuda, médica o burocrática. Presumiblemente encontró el fragmento entre los pliegues de la casulla. ¿Por qué lo cogió?

Guardé el sobre en un cajón de mi mesa y me olvide de él. No vi ninguna razón para seguir la broma de Christofferson. Si Charlie o Las Damas se enteraban no les gustaría, y como ya había sido desairado por Charlie, no quise darle motivos para que pensara que me preocupaba por su santo. Y me puse a pensar en la pregunta del gobernador general.

20

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

Las cosas buenas nunca vienen solas, ¿verdad? Claro que toda una ristra de encargos no es nada para ti que llevas mucho tiempo en la cima, pero para la Amada ha sido un bendito cambio, después de pasarlo tan mal que hasta llegué a creer que estaba gravemente enferma. El caso es que la cabeza del GG la ha puesto en el candelero, y nada menos que *tres,* repito, TRES bancos quieren que haga las cabezas de sus presidentes para las salas de juntas, y aunque no sea un trabajo muy interesante, sirve para que ganemos nuestro buen dinerito.

Pero en este preciso instante no puede seguir con sus implacables bobos escoceses porque tiene un encargo *muy especial* para Saint Aidan, un bajorrelieve de Ninian Hobbes. Una obra grande, cuyo fondo será de mármol negro belga, y sobre el cual irá montada la cara, en un *rosso antico* pálido, rodeada en altorrelieve de flores blancas y amarillas, dependiendo de cómo resulte el mármol.

Puede resultar asqueroso, me refiero a todos esos colores, tú ya sabes lo *caprichoso* que puede ser el mármol, pero es una magnífica oportunidad para demostrar lo que sabe hacer y quizá pueda encargar las flores a estudiantes de arte, de esos que venderían su alma por disponer de un poco de mármol. Te preguntarás quién hay detrás de tanta grandeza. El padre Charlie dice que es voluntad de la Iglesia. Va a apretarles los tornillos a los feligreses para que recuerden a su santo, y el santo debe tener un santuario adecuado. Me preocupa lo del mármol. Francamente, ella lo ha trabajado poco. Siempre ha modelado en arcilla. Pero quien no se arriesga no pasa la mar.

El santuario estará en lo que hoy es un chiribitil en el lado derecho según entras en la iglesia, enfrente de la capilla de Nuestra Señora. Hasta ahora está tapado y creo que sirve para guardar cosas de limpieza. Pero lo van a adecentar para que sea un santuario. El padre Hobbes no será enterrado allí, porque una ley del ayuntamiento lo prohíbe, pero Charlie ha conseguido la autorización para enterrarlo en el antiguo cementerio de la iglesia, por lo que también nos ha tenido que pedir permiso, ya que forma parte del jardín de la Casa de la Gleba, y allí está, con una inscripción modesta aunque decente. Pero lo de la iglesia parecerá un santuario, y Charlie dice que con el tiempo será considerado como tal. ¿Sabes lo que significa la vieja expresión estar más contento que unas pascuas? Pues así está Charlie con su proyecto.

Entretanto atosiga sin piedad a la pobre Em para que acabe el encargo. Es inútil que le expliques que obtener un mármol decente lleva su tiempo —se ha pedido a Estados Unidos— y cuando llegue habrá que desbastarlo y trocearlo para ver qué da de sí. Anda que voy buena, explicándote tu trabajo. Pero si Charlie quiere un santuario tendrá que atenerse al tiempo que necesita.

Parece como si hubiera perdido la cabeza. Predica cada domingo sobre la santidad y sobre cómo la Iglesia anglicana ha dejado de canonizar desde la Reforma. En la antigua Iglesia celta, los santos lo eran porque todo el mundo estaba de acuerdo en que *eran* santos. Ahí tienes a san Deiniol, a san Asaph y a muchos más en Cornualles.(1) ¿Y por qué no ahora? ¿Acaso la vida moderna no

necesita santos? Tendrías que oír a Charlie hablando de estas cosas. ¿Aceptaría el mundo moderno a los santos si alguien los proclamara? Para él no existe ninguna duda. Entonces ¿qué hay que hacer? Hemos de hacer presión. Hemos de presionar a nuestros obispos y arzobispos. Tenemos que llevar el asunto a Canterbury para que sea estudiado seriamente. Para Charlie es evidente que el nuevo impulso de la cristiandad moderna depende de la canonización de unos cuantos santos. ¿A qué esperamos?

No todo el mundo está de acuerdo. Alguna gente ha desertado de Saint Aidan, pero eso puede deberse a que Charlie, ahora, cada domingo, hace una colecta especial para lo que él llama Fondos del Memorial. La muy querida Em es objeto de algunas miradas atravesadas porque todo el mundo sabe que será ella la encargada de esculpir el memorial, y Charlie la ha elegido sin consultar a un comité, y en Canadá todas las cosas han de pasar por un comité. Pero Charlie es implacable.

Le digo a Em que no se le ocurra coger un cincel hasta que no tenga algún tipo de contrato.(2) Es una gran oportunidad, pero le va a exigir mucho trabajo y se le ha de pagar lo justo. Cuando le hablo de esto a Charlie se pone muy untuoso y me dice que hay que confiar en el Señor, pero ¿cuántas veces he visto al justo abandonado y a sus hijos mendigando el pan? (La respuesta es que muchas veces, pero no quiero empezar una guerra con Charlie.) Em está tan impaciente por poner sus manos en el mármol que temo que se meta en un lío. Qué se le va a hacer, así son los artistas. Por lo menos los auténticos. ¿No crees tú que debería acordarse algún tipo de precio?

Seguro que usted considerará parte de este trabajo como su propia contribución al memorial, le dice Charlie a la querida Em, y se lo dice con una de esas sonrisas de las que solo son capaces los sacerdotes. Y se ofrece para buscarle algún que otro encargo que pueda reportarle dinero en efectivo.

Suena a trampa, pero lo ha hecho de verdad. Y nunca imaginarás cómo. Dios, la de cosas que puede inventarse la gente.

Tú sabes, bueno, supongo que no lo sabes, pero entiendes lo que quiero decir, que en Toronto se celebra cada otoño una gran

Exposición, una especie de feria a escala gigantesca. Se exhiben toda clase de productos, y hay una gran rivalidad para ver quién presenta los pabellones más atractivos o más sorprendentes. Bueno, pues Charlie ha persuadido a las Hermanas del Imperio (ya puedes imaginarte quiénes son *ellas*) y al Sindicato de Lecheros de Ontario para que se unan en un gran proyecto: la celebración del próximo cumpleaños de la Reina Madre, consistente en una estatua de tamaño natural colocada en lo alto de la Gran Tarta de Mantequilla de Ontario que se mostrará en la Exposición. ¡¡¡Y Em será la escultora!!!

Imposible, dirás. Eso es la prostitución del arte y no sé cuántas cosas más. Pero ¿qué harías tú?

Ellos tienen las respuestas. De entrada, unos honorarios impresionantes, que solo de pensarlo la cabeza te da vueltas, por lo menos a mí. En cuanto a prostituirse, ¿no se lleva el arte al pueblo cuando cientos de miles acuden a ver a un personaje popular, realista hasta el puño de su sombrilla? Y en tercer lugar, lo haces y lo muestras en una especie de nevera gigantesca, que ha de estar a una temperatura bastante por debajo de cero, y has de hacerlo vestida como un explorador ártico, y todas estas molestias justifican lo elevado de los honorarios.

¿Cómo negarse?

A Em le gusta la idea. En el fondo sigue siendo una niña y quiere hacer algo extraordinario, extravagante, con montones de mantequilla.(3) ¿Te imaginas con qué facilidad se podrá corregir cualquier error? Y Charlie insiste en que acepte, porque está claro que el precio por la monarca comestible rebajará los costes del santo de mármol.

El tiempo lo dirá. ¿No es siempre así?

CHIPS

VIÑETAS

(1) Un divertido dibujo de cuatro santos celtas, uno irlandés, otro galés y otro de Cornualles. Obeso y bajito el irlandés, obeso y benigno el galés y chupado y adusto el de Cornualles; el cuarto, de espaldas a los otros tres, que está comiendo un trozo de queso, supongo que es bretón.

(2) Chips con el dedo levantado.

(3) Emily vestida como una esquimal contemplando con mirada especulativa una masa de pesados paquetes, cada uno con una etiqueta que dice «mantequilla».

21

La pregunta del gobernador general no me cogió enteramente por sorpresa. Ya me la habían hecho con bastante frecuencia personas de menor rango. Fue la manera de propiciarla y el lenguaje con que se rodeó lo que me sorprendió y me produjo un placer desacostumbrado. Siempre es un placer —desgraciadamente poco frecuente— descubrir que un personaje oficial tiene gustos literarios.

La pregunta, en términos simples, fue esta: ¿Podría él, a su edad (casi setenta), llevar a cabo el acto sexual sin dañar su corazón, que no era mucho de fiar? Pero todo esto lo dijo con un poco de ciencia y bastante esplendor literario. Había leído los informes Kinsey —los dos— y por ellos sabía que mucha gente mantiene la actividad sexual hasta los ochenta años de edad, y unos pocos hasta los noventa. Cierto es que ninguno de estos corredores de fondo pertenecían a las clases instruidas o acomodadas. Al parecer no era gente con muchas cosas en la cabeza. Pero por otro lado, la literatura tenía mucho que decir sobre el tema, y bastante alentador. Me preguntó si conocía el poema del conde de Rochester «Canción de una damisela a su anciano amante». Le dije que no. Y me lo recitó con unción:

Persona anciana, por quien yo
rechazo todos los halagos de la juventud;
por más que envejezcas,
doliente, tembloroso, loco y frío,
sigues siendo la persona anciana
de mi corazón.

«Ah, sí, encantador», comenté yo. «Ah», dijo él, «escuche la última estrofa.»

Tu Parte Más Noble, cuyo nombre excuso,
en nuestro Sexo tomada por baldón,
atrapada por la mano helada de los años,
de su hielo debe liberarse:

Consolada por mi Mano revividora
permanece cálida y vigorosa como antaño.

—Delicioso, ¿verdad? ¿Cómo un poeta, que fue también un sabio, pudo arropar su pensamiento con semejante lenguaje, suficientemente explícito y nunca obsceno?

—En efecto, delicioso —dije yo, y me pregunté cuándo aparecería la damisela.

Según mi experiencia, estos asuntos siempre surgen relacionados con alguna hechicera, casi siempre por debajo de los veinte años y raramente por encima de los treinta, que ha hecho el milagro de convertir las cenizas en llamas. Pero no era nada de eso; al final habló de su dama, al parecer solo con dos o tres años menos que él, aunque espléndidamente conservada —un bello semblante— y compañera ingeniosa, perspicaz y cautivadora. Pero ¿qué pasaría...? Él era viudo y había guardado abstinencia —santo Dios— durante casi veinte años. ¿Sería posible llevar a cabo con éxito el proyecto que imagino se proponía y a que conduciría la consecución del verdadero fin del amor, con una pareja tan parecida en años e intelecto, pero que ya no era joven?

Vacilé. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Quién podía prever si semejante apareamiento iba a ser un glorioso idilio invernal, ganando y no perdiendo de la experiencia acumulada como amantes, o si iba a ser un desengaño que terminaría en humillación y reproches? La naturaleza es cruel y la emoción más viva puede parecer absurda a causa de alguna bagatela, como un inoportuno ataque de tos, el bramido de un flato (rectal o vaginal) ocasionado por una excitación involuntaria, o el rechinamiento metálico de unos dientes postizos. Pero esperaba que yo le dijera.

—¿Ha hablado de esto con la señora?

—He hablado con palabras que a una mujer de su experiencia y discernimiento difícilmente se le escaparían —contestó—, y no desvió la conversación ni pareció desanimarme.

Vi que con tantos rodeos no íbamos a ninguna parte.

—Dígame, Excelencia, ¿por qué me ha elegido a mí precisamente para plantearme su problema? Usted dispone de

médicos oficiales asignados a su cargo que habrían podido aconsejarle...

—Pero de quienes no confío que tengan la boca cerrada —dijo —. No quiero que esto se convierta en tema de habladurías en Ottawa.

—¿Y usted cree que yo mantendré la boca cerrada?

—Esa es la reputación que usted tiene. También he oído decir que usted es un hombre con un interés amplio e inusitado por la literatura. No es pragmático al cien por cien. Se dice que puede ver a través de una pared. Y como usted entiende que esto es un asunto delicado, razón por la cual esta visita, oficialmente, es una cita con la señorita Raven-Hart, quería la opinión de un doctor que es también, según creo, un humanista.

—Por sus palabras parece que en realidad quiera consultar con un adivino.

—Pues no va tan descaminado. Un hombre de mi temperamento, al envejecer, es cada vez más consciente de influencias que los más jóvenes desprecian como ocultas. Para serle sincero, todo cuanto sé de usted me hace pensar que puede darme una respuesta no ligada a exámenes científicos o probabilidades estadísticas. Así que, doctor, ¿qué tiene que decir su intuición de lo que acabo de exponerle?

—Dicho de esa manera, mi intuición me dice que debe intentarlo. Todo sea por el amor, y si el mundo se pierde en el intento, habrá sido por una buena causa.

«Pero que no lo encuentren muerto en el lecho de ella», hubiera querido añadir, pero no lo dije porque era un consejo imposible de seguir.

—Es lo que esperaba que me dijera. Y ahora, como no quiero que esta visita quede registrada, ¿podemos hablar de sus honorarios?

—No hay honorarios, Excelencia. Me siento suficientemente pagado con su confianza. ¿Puedo decir al comandante Gryll que le tenga el coche preparado?

Pero cuando fui a hablar con Gussie Gryll me lo encontré mirando fijamente el tumulto que se había formado en el patio,

delante de mi puerta.

—Su Excelencia no querrá mezclarse con esto —dijo—. ¿Tiene una puerta trasera por la que podamos escabullirnos sin que nos vean?

Aquello no fue ningún problema y el GG y Gussie salieron sin más ceremonias hacia el Daimler que les esperaba.

Tan pronto como se fueron, Christofferson asomó la cabeza por la puerta.

—La señorita Todhunter lo necesita urgentemente en el jardín —dijo.

¿Qué estaba pasando en el patio? La maldita y fastidiosa Prudence Vizard había vuelto a organizar una de las suyas y había reunido a quince o veinte personas —la mayoría «Pueblo de Dios», que dependían básicamente de la caridad del padre Hobbes— y discutía airadamente con Chips, esta empleando un lenguaje indigno de una dama pero comprensible en una artista, aunque solo fuera grabadora.

Esto era lo que había conseguido Charlie con sus sermones sobre la naturaleza y la necesidad de tener santos en nuestra desvalida vida norteamericana. Tres o cuatro semanas antes, la señora Vizard había salido de mi clínica, donde Christofferson la había tratado con masajes y baños de agua fría, caliente, dulce y salada. ¿Se sintió renovada, reconfortada para soportar su miseria —que habíamos acordado en llamar artritis, palabra que usábamos para designar muchas dolencias— y dispuesta a encarar la semana con valor? Nada de eso. Estaba muy deprimida. Pero cuando se dirigía a la calle, se le ocurrió mirar la tumba del padre Hobbes —el porqué no lo sabía o no pudo recordarlo después—. El caso es que se encontró mirando intensamente la sencilla lápida en la que se había grabado:

NINIAN HOBBES
Sacerdote
RIP

seguido de las fechas del nacimiento y la muerte.

Se sintió impulsada a pronunciar lo que más tarde describió como una «letanía de rezos», y entonces…

Entonces sintió una explosión dolorosa e indescriptible en su brazo enfermo, seguida de un ramalazo de calor —ardor, más bien— y de alivio del mal que había aquejado su cuerpo durante tantos años y que se había resistido a todos los médicos consultados, yo, el último de la lista.

En la Biblia, las mujeres que sanaban de sus males —flujos, dolores, fiebres y todo lo demás— lo proclamaban gozosamente en voz alta y lo mismo hizo Prudence Vizard. Gritó su asombro y su delirio, se arrojó de bruces sobre la lápida y lloró copiosamente. Este vocerío sacó de su ensimismamiento a Chips, que estaba limpiando de malas hierbas un macizo de lirios y gozando del último sol primaveral. Corrió hacia el lugar, que estaba tras la esquina de su casa, y la señora Vizard se arrastró a sus pies, mientras le daba cuenta balbuceando de su milagro. Estaba convencida de que había sido un milagro. El santo, llevado de su gran caridad, la había sanado y, aunque su brazo aún estaba caliente (Chips comprobó que ardía), estaba curada.

Chips me llamó y, afortunadamente, yo no estaba ocupado con ningún paciente. Acudió a Christofferson. Harry Hutchins, sospechando que algo inaudito se estaba cociendo, dejó su trabajo del laboratorio y apareció corriendo con su bata blanca. Y allí estuvimos, boquiabiertos, escuchando los himnos de alabanza de la señora Vizard.

¿Cómo se siente un médico cuando una paciente, a la que ha tratado diligentemente durante tres años, se cura por lo que ella declara que ha sido un milagro? Me quedé algo resentido al ver que un santo había hecho en un instante lo que yo no fui capaz de hacer en tres años. Sentí la satisfacción desagradable de confirmar de pronto que mi diagnóstico acerca de la señora Vizard era acertado, que era una histérica y que su dolor itinerante era una manía de su personalidad desordenada. Me interesé profesionalmente por el rubor que cubrió sus mejillas y que la hacía parecer como si se hubiera quitado diez años de vida agobiante de encima. Pensé, bueno, ya tenemos algo con qué divertirnos y Charlie se va a poner contento. ¿Adónde va a llevarnos todo esto?

La pregunta inmediata era qué hacer con aquella mujer sobrecargada emocionalmente. Me pareció que lo razonable era llevarla de nuevo a mi consultorio y ofrecerle una taza de té, y eso fue lo que hicimos. Christofferson fue en busca de Charlie, quien por suerte estaba en la rectoría con la catequesis de la Confirmación; la dejó inmediatamente para venirse a la clínica. En cuanto lo vio, la señora Vizard volvió a excitarse. Repitió una y otra vez la historia de su depresión, la nube que se cernía sobre su mente y su espíritu (la nube era más espesa a cada repetición) y su plegaria ante la tumba del anciano sacerdote.

—¿Qué forma de plegaria empleó usted? —preguntó Charlie.

—Oh, la más simple. Solo dije: «Oh, Dios, ten piedad de mí, pecadora», y luego tuve esta extraordinaria sensación en mi brazo, como si se encendiera una luz intensa...

—¿Una luz? ¿Una luz en su brazo? ¿Qué está diciendo?

—No exactamente en mi brazo. Fue como si me bañara una luz por todas partes, pero sobre todo en mi brazo. ¿Me explico? Me parece que no. Porque todo fue tremendamente, maravillosamente claro... pero de un modo que no puedo describir.

Le había puesto un termómetro en la axila y lo estaba leyendo. Una temperatura sorprendentemente alta. Si no fuera evidente que la señora Vizard gozaba de perfecta salud, habría dicho que se trataba de un caso extraño.

—Mi sugerencia es que se vaya a casa enseguida y descanse cuanto le sea posible. Queremos saber si persiste esta cura sorprendente. No es que menosprecie el poder de su experiencia, pero debe comprender que hemos de ser prudentes antes de que nadie sepa lo ocurrido.

—Lo entiendo perfectamente, padre. Pero persistirá. Estoy segura de que persistirá.

—Recemos al Señor para que así sea. Doctor Hutchins, ¿sería abusar de usted si le pido que lleve en su coche a la señora Vizard?

Cuando se fueron, Charlie me preguntó:

—¿Qué piensas de esto?

—Pienso que es un caso de histeria, pero ¿quién puede decir lo que eso significa realmente? A los histéricos les ocurren muchas

curas milagrosas, pero eso no cambia el hecho de que se curan, al menos durante un tiempo. Esto puede ser una mejoría pasajera. Pero ni por un instante voy a poner en duda la verdad de lo ocurrido. Rezó ante la tumba de un hombre a quien ella tiene por santo. Y de momento se ha curado. Y *tú,* ¿qué piensas?

—Me cuesta creerlo. Es tan maravilloso que haya ocurrido aquí y ahora. ¿Quién sabe lo que puede traer esto? Pero, por supuesto, hemos de ir con cautela.

—En efecto, con mucha cautela.

Esto fue lo que ocurrió en primer lugar. Pero ¿cómo íbamos a ir con cautela si la señora Vizard estaba decidida a no tener ninguna? Empleando las palabras de Chips, estaba más contenta que unas pascuas por haber protagonizado una cura milagrosa. No pudo tener la boca cerrada. Abordó a la gente en la iglesia y Charlie no pudo evitar que «testificara» públicamente ante toda la congregación que el padre Hobbes, regresando del otro mundo, la había tocado. Se mostró algo ofensiva acerca de lo que mi clínica no había conseguido hacer con ella. Fue desagradable con respecto a Christofferson, a quien acusó de ser una sádica que se complacía en hacer daño a la gente con el pretexto de hacerles un bien. Siempre fue un latazo, pero se hizo insoportable cuando empezó sus exhortaciones al lado de la tumba del padre Hobbes.

22

Casa de la Gleba
Cockcroft Street
Toronto, Ontario
Canadá

Queridísima Barb:

Parece que haya pasado un siglo desde la última vez que te escribí, pero enseguida entenderás por qué. Te escribo aunque estoy derrengada, porque escribirte me descansa. Por supuesto que puedo hablar de *cualquier cosa* con la Amada, pero es diferente hablar con alguien que está tan lejos, en cierta manera al margen del tumulto, por decirlo de alguna manera. Porque un tumulto es precisamente lo que tenemos aquí desde hace un par de semanas.

Ya te hablé de la extraña muerte del anciano padre Hobbes, pero no recuerdo si te dije que está enterrado en nuestro jardín. Sí, literalmente, debajo de nuestras ventanas, porque, ¿sabes?, aquí hay un viejo cementerio que la iglesia utilizaba cuando estaba en mitad del campo, pero que no se usa desde hace muchos años, de manera que tiene un aire de *Elegía escrita en un cementerio de iglesia rural.* Ya sabes, lápidas gastadas con inscripciones ilegibles y maleza, sobre todo viñas silvestres, maravillosas en otoño. Cuando compramos la Casa de la Gleba, compramos también los terrenos, y el cementerio formaba parte de ellos. Muy pintoresco.

Pues bien, el padre Charlie estaba loco por enterrar al padre Hobbes lo más cerca posible de Saint Aidan y empezó a darnos la lata a Em y a mí y nos demostró que el cementerio nunca había sido desconsagrado. (¿Cómo puede desconsagrarse algo? Me suena como sacar el aceite de una ensalada.) Tuvimos la debilidad de acceder a su petición y ¡ahora esta mierda de cementerio se ha convertido en un lugar de peregrinaje! Y ya puedes imaginarte lo que eso significa. Mi jardín pisoteado, conversaciones junto a las ventanas mientras la Amada trabaja, y la gente comportándose como si aquello fuera el parque de atracciones Mickey Mouse. Y todo por culpa de una lunática que se llama Prudence Vizard.

No uso la palabra lunática a la ligera. Durante años ha padecido dolores que juro que eran imaginarios y terminó por venir a la clínica del doctor Hullah. La ogresa le daba baños, y lástima que no la ahogara. El caso es que una tarde salió de la clínica justo cuando sonaba el Ángelus, o sea, que tenían que ser las seis. Dice que rezó en la tumba del padre Hobbes y, de pronto, sintió como si le cayera un rayo y el dolor de su brazo desapareció. Hizo grandes aspavientos en la iglesia y el padre Charlie estaba encantado, eso al principio, porque ahora ya está harto de ella. Porque ahora, cada tarde, a la hora del Ángelus, viene a la tumba y se trae con ella a la peor gente que te puedes imaginar, desesperados y desahuciados, y les cuenta la historia de su milagro, con toda sencillez dice ella, pero desde que ocurrió, juro que cada vez lo complica más, y ahora dice que oyó una voz. Luego canta un himno con la pandilla que grita desaforadamente y pide oraciones y ofrendas.

En su pandilla habrá gente honrada, gente con la vida destrozada. Pero la mayoría pertenece al grupo que el padre Hobbes solía proteger y a quien llamaba Pueblo de Dios. Los olvidados de Dios, sería más apropiado.(1) Muchos están locos, pero no lo suficientemente locos para que la policía los lleve al asilo provincial como personas incapaces de cuidar de sí mismas. Es un grupo muy difícil porque casi todos son casos lastimosos, aunque algunos todavía se mantienen a flote de algún modo desesperado. Pero también hay profesionales, mendigos testarudos y timadores (hombres y mujeres), la clase de gente a quienes los judíos de nuestros domingos llaman *schnorrers*.* Son mala gente y uno, por lo menos, es carterista.(2) Pero gritan más que nadie y destacan sobre los que acuden para ver de qué va el tumulto. Dios sabrá por qué donde hay religión hay mendigos, pero lo de aquí sobrepasa todo lo imaginable, como dicen los irlandeses. Y esta pandilla de desaseados pisotea todo mi jardín, lo llena de basura, de colillas, cerillas, bolsas de caramelos y Dios sabe qué, y todo mi trabajo de un día lo estropean en media hora.

Están arruinando nuestros salones de los domingos porque esperan a nuestros invitados y los persiguen pidiendo limosna. Y no es que se alejen por el dinero, o eso creo yo, sino por la histeria desagradable de todo el asunto.

Por supuesto que me he quejado a la policía, pero dicen que tienen las manos atadas porque no pueden intervenir en un camposanto a menos que ocurra algo ilegal. Les explico que es parte de nuestro jardín, que es propiedad privada y puse el asunto en manos de un abogado, pero parece que cuando autorizamos el entierro cedimos no sé qué derecho, y ahora todo es un lío que tienen que resolver los tribunales.

He ordenado que se fueran no sé cuántas veces, pero como si nada. Incluso una vez me lié a empujones con Prudence Vizard, pero es escurridiza como una anguila y empezó a gritar que yo la *molestaba.* ¡Dios! Se puso como loca y llegué a temer que me hiciera una trastada. Pero fui más fuerte y, de momento, logré acobardarla.(3)

Creo que el padre Charlie maldice el día en que vio a Prudence Vizard, con quien ha sido muy decente. Ahora ella se cree una Mujer Sagrada cuando proclama la santidad de Ninian Hobbes, lo cual le facilita un foco y una vía de escape a su chifladura, mucho más espectacular y apasionante que dar la lata a los médicos con su supuesta artritis. Creo que el padre Iredale, y también el doctor Hullah, esperaban que la «cura» fuera solo pasajera y tuviera que callarse, pero no ha sido así y apuesto a que no cambiará mientras consiga esta ruidosa atención. Los periódicos aún no se han ocupado del asunto, pero seguro que lo harán si esto sigue así.

Y siento contarte todo esto. Pero creo que estoy a punto de volverme loca.(4)

Con mi amor de siempre,
Chips

Viñetas

(1) Cabezas de una asamblea de granujas y, por encima de ellas, la cabeza al natural de Prudence Vizard exhortando a la multitud.

(2) Una mano introduciéndose en el bolsillo trasero de unos pantalones muy ajustados.

(3) Prudence Vizard y Chips enzarzadas en un violento combate de empujones.

(4) El rostro atribulado de Chips.

23

Chips se equivocaba. Los periódicos habían dado una breve nota sobre lo ocurrido en Saint Aidan y un periódico sensacionalista, el *Hush,* publicó una fotografía de Prudence Vizard arengando a sus seguidores. Esto hizo imposible que Hugh McWearie ignorara el asunto durante más tiempo, y escribió un artículo discreto sobre un caso de curación por la fe, pero apenas mencionaba el papel que supuestamente había tenido el difunto padre Hobbes. Sí que se refirió posteriormente a lo que Prudence Vizard llamaba su Hora Sagrada, que tenía lugar cada día a la hora del Ángelus y que atraía a un número creciente de personas. El límite se alcanzó el día en que Prudence llevó un altavoz y un micrófono. Ahora reunía cada día a unas noventa personas y se sentía por encima de las nubes.

Charlie le rogó que desistiera pero le repuso que ella estaba obligada a hablar, que el silencio de él era escandaloso y una vergüenza. Esto incomodó a Charlie, que no admitía ningún tipo de críticas y se daba cuenta de que su propia campaña dentro de la iglesia para el santuario estaba siendo superada por la de esta loca al aire libre. En efecto, el asunto de la santidad del padre Hobbes se le estaba escapando de las manos.

Yo detestaba todo aquello y presté a Chips toda la ayuda que pude para poner algún freno legal a las asambleas de Vizard. Pero los abogados, como decía mi madre, se mueven como la melaza en enero, y no había posibilidad de arreglar aquello en unas semanas ni quizá en meses. Entretanto, los macizos de flores alrededor del cementerio, que eran el orgullo de Chips, fueron pisoteados hasta quedar en nada, y la confusión que causaba la multitud a la puerta de mi clínica era una continua molestia; tuve que contratar a un hombre para que viniera cada día y pusiera orden. La gente de la iglesia desaprobó claramente lo que ocurría. Aquel tumulto evangelista de Vizard afrentaba su sentido del ritual. Los himnos de la multitud, alentados por ella, poseían unas letras que al parecer solo ella conocía y todos zumbaban y tarareaban mientras ella gritaba: parecía una fea parodia del esplendor musical que se daba en el interior del templo.

—Algunas de sus cosas molestan —decía el señor Russell, el guardián de la iglesia—. Hace que parezcamos un puñado de fanáticos. No sé por qué la policía no hace algo. Meterla en la cárcel por manifestación ilegal o algo por el estilo. ¿Para qué pagamos impuestos?

Pero nada se hizo para parar a Prudence Vizard.

Y desde luego nada había que esperar de su esposo. Charlie lo había tanteado, igual que una comisión de la iglesia. El señor Vizard dejó muy claro que, en aquel asunto, no tenía ninguna influencia sobre su mujer. Había soportado su enfermedad durante muchos años y la había consolado en cada manifestación de su dolor itinerante, y ahora que se encontraba bien y embarcada en esta nueva aventura, prefería quedarse al margen. En resumen, que le tenía miedo a su mujer, y por buenos motivos. No era pendenciera,

sino criticona y llorona, lo que es mucho peor, y, para colmo, ahora estaba en el centro mismo de un milagro. Por supuesto que aquel problema causó numerosas discusiones en mi retiro de arriba. Dwyer siempre venía cuando se cerraba el salón, al igual que McWearie. Mi viejo amigo Daubigny, el hombre de los caramelos, venía con alguna frecuencia y de manera regular después de la reafirmación de Prudence Vizard. El señor Daubigny era ahora un anciano pero seguía con la misma afición por las excentricidades de la vida.

—Este asunto del Pueblo de Dios me recuerda mis experiencias en Rusia —dijo—. Había miles de ellos, mendigos, granujas, locos y, posiblemente, algunos creyentes fervorosos. Esta gente me los recuerda, pero no son exactamente iguales. No huelen como los santones rusos. Aquellos tenían el tufo de quienes no se han bañado en su vida. Claro que estos que se reúnen con la señora Vizard lo hacen al aire libre, pero quizá apesten como santos cuando venga el mal tiempo y tengan que reunirse bajo techo. Vi cómo trabajaba el carterista.

—Y yo vi cómo trabajaba el fisgón —dijo Dwyer—. ¿No viste a Joe Sliter, Jon? Seguro que lo recuerdas. ¿Quién crees que le paga ahora por mezclarse con esa chusma?

—No me importaría arriesgar un dólar —dijo McWearie—, y eso que no me gusta apostar, pero diría que la oficina del obispo. Ted Allchin ya ha usado investigadores privados en ocasiones anteriores. Fíjate en el hombre que se sienta a tu izquierda en la comunión; seguramente es un espía. Es probable que el venerable arcediano crea que Charlie tiene algo que ver con este circo religioso. Es absurdo, pero ¿desde cuándo le ha hecho ascos Allchin a lo absurdo?

—Pobre Charlie —dije—; cuando proclamó la santidad de Ninian Hobbes fue como si montara un tigre y ahora el tigre se lo come. He escuchado a la señora Vizard desde la ventana de esta habitación; ahora propaga su mensaje con un altavoz. Se rebela contra lo que piensa que es una persecución de Saint Aidan. No deja de decir que ella sigue la práctica de la iglesia primitiva.

—Bueno, toda la culpa es de Charlie —dijo Darcy—. No tiene ninguna discreción.

—Eso le pasa por ser como es —dijo Hugh—. Un tipo irritable. Todo lo sabe mejor que tú y no puedes contradecirlo en nada. Pobre chico, se ha equivocado de Iglesia. Mejor estaría en la católica.

—Pero no lo está y habla como un necio —dije—. ¿Lo escuchaste hace dos semanas? Tuviste que oírlo, Darcy.

—Quién, ¿yo? Nunca oigo los sermones —dijo Darcy.

—Predicó directamente para la señora Vizard, que estaba sentada en la tercera fila. Denunció lo escandaloso de que una mujer pretenda una revelación especial. Eso es algo negado a su sexo, le dijo. Denunció a aquellos que buscan «liberarse» de la fe legada desde hace siglos, perfecta e intangible. Denunció algo que él denominó Entusiasmo, cosa que no entendí muy bien, pero que parece que es una amenaza a cuanto es verdadero y cierto.

—Uf, es el anatema de la gente que piensa como Charlie —dijo Hugh—. Es la revolución contra la disciplina y la estructura religiosas. Es el calor, el ruido y la participación de los fieles en lugar de estar sentados en silencio mientras el sacerdote actúa en nombre de ellos. Es algo radicalmente personal y, por supuesto, ha de tener sus líderes, y todos esos evangelistas tan populares lo son. Desde John Wesley, que Dios guarde, hasta el más ignorante misionero de tres al cuarto en Sudamérica. Su teología es simple. Di que amas a Dios, dilo lo más alto que puedas, y se acabó. No hay más.

—Pero a veces se producen manifestaciones muy interesantes —dijo Daubigny—. Los del Pentecostés, esos que hablan varias lenguas. Una vez oí a un santón ruso que estuvo diciendo cosas incomprensibles durante diez minutos; al final echó espuma por la boca y le dio un ataque. Los espectadores creían que se trataba de un momento sagrado porque hablaba la lengua de los bienaventurados en el Paraíso.

—Algo de eso hemos tenido aquí —dije—. La semana pasada, una mujercita interrumpió a Prudence cuando estaba en plena perorata y empezó a balbucear cosas incomprensibles. También había una especie de poder en su extraño modo de hablar.

—Me lo ha contado Anton Moscheles —dijo Hugh—. Iba a la Casa de la Gleba a recoger unas partituras. Me dijo que reconoció el sonido y cree que la mujer se volvió *meshuga,* que significa loca,

pero también poseída. Anton trató de salir corriendo. Para sus delicados nervios aquello le sonó demasiado a ruso antiguo.

—Pero Prudence la hizo callar enseguida —dije—. Pidió a dos de los asistentes que la sacaran del jardín y la pusieran en la calle, asegurándose de que no volviera. Prudence no quiere rivales. Suponed que aquella mujer dijera que traía un mensaje de Ninian Hobbes en su nueva, ¿cuál es la palabra?, *bodhissatva,* ¿su iluminación compasiva? Debo admitir que se parecía un poco a Hobbes cuando hablaba en sus momentos menos coherentes, cuando no controlaba sus dientes postizos.

—A mí sí que me da dentera todo este lío alrededor de Ninian Hobbes —dijo Dwyer—. Era un buen tío, pero nada instruido, nada sabio, y desafinaba cuando cantaba. ¿Que alimentó a los pobres? Muy bien. Yo también los alimento, porque pago impuestos por unos ingresos que Ninian Hobbes nunca habría soñado.

—Pero sonreía a los pobres —dijo McWearie—, y tú nunca sonríes cuando pagas tus impuestos, y aunque hubieras hecho nuestro Servicio Civil no sabrías cómo devolver una sonrisa. Has de dejar sitio en el mundo a la caridad privada. La caridad es un camino de ida y vuelta. Das una bendición y recibes otra bendición a cambio. No puedes hacerlo por correo; es algo que se hace cara a cara. ¿Qué recibes a cambio de tus impuestos? Supongo que carreteras en buen estado y máquinas quitanieves.

—El error de Charlie —dije— fue mostrarse tan cortés con Prudence Vizard cuando anunció la primera vez que estaba curada.

—Pero Charlie ha sido así siempre —dijo Hugh—. Nada como la cortesía para mantener a una mujer en su sitio.

—Es la primera lección que aprendemos en la Marina —dijo Daubigny.

—Un buen principio —dijo Dwyer—. Así es como nosotros, caballeros dotados de especial persuasión, nos ganamos el aprecio del llamado sexo débil.

—Es la forma con la que nosotros, plebeyos refinados, nos salimos con la nuestra en la guerra de los sexos —dijo McWearie.

—¿En qué acabará todo esto? —preguntó Daubigny.

—Me temo que en la destrucción —dijo Dwyer—. Los lugares como Saint Aidan parecen seguros, pero están en precario equilibrio. ¿Va a acabar Prudence Vizard con tanta belleza, erudición y verdadera devoción? Me temo mucho que sí.

—Ya veremos cómo acaba —dije—. Entretanto, esperemos el dictado del Destino. La *Ananké,* tal como proclamo en mi vestíbulo, es un poder que rivaliza incluso con Saint Aidan.

—Estás empezando a filosofar y ya es hora de que me vaya —dijo McWearie—. Lo que yo creo es que todo se olvidará. La iglesia es un yunque que ha destrozado muchos martillos, tal como a la misma iglesia le gusta decir. Saint Aidan seguirá adelante.

—No me has entendido —dijo Dwyer—. No he querido decir que vaya a ocurrir algo perceptible desde fuera. Pero ganará el Entusiasmo. Con un alto coste para muchos. Yo no lo veré. Me voy dentro de diez días.

—Hombre afortunado —dijo Daubigny—. Me gustaría tener dinero para viajar. Pero estoy encallado en tierra. Para ti, Hullah, eso es el destino. Soy marinero, y estoy encallado.

—Estaré fuera un par de meses. Tengo que ocuparme de ciertas cosas en algunas sucursales europeas, y el banco ha sido lo bastante decente para dejarme que pase un mes de vacaciones en España.

—¿Y crees que en ese tiempo va a pasar algo? —preguntó Hugh.

—Lo sé. El arcediano Allchin no solo espía; a él también lo vigilan.

—Iza la señal de tormenta —dijo Daubigny.

24

Dwyer tuvo razón. El arcediano se movió con rapidez y decisión. Supongo que, presionada por él, la policía encontró que Prudence Vizard transgredía una ordenanza municipal que exigía autorización para reunirse en grupos de más de veinticinco personas, y la policía apareció a la hora del Ángelus durante varios días consecutivos y los dispersó.

A principios del otoño llegó la fatídica reunión diocesana, y cuando el obispo anunció los cambios en los nombramientos

parroquiales, el reverendo Charles Iredale fue transferido a la parte más septentrional de la diócesis, un lugar abandonado donde tendría que atender a seis pequeñas iglesias rurales, con un número de feligreses que no llegaba a ciento cincuenta. Por lo general, tales puestos se asignaban por uno o dos años a clérigos recién ordenados para que adquirieran experiencia. En este caso fue una medida disciplinaria sin precedentes. El obispo bajó los ojos al pronunciar su sentencia, pero el arcediano Allchin miró serenamente a Charlie, que, salvo por su palidez, no dio otras muestras de su desolación. El nuevo responsable de Saint Aidan fue el canónigo reverendo Clement Carter, un hombre que equilibraba su entusiasmo por los ritos con su celo evangélico, ayudado por una esposa admirable por su habilidad para administrar los elementos dispares de una parroquia. Se sabía también que la señora Carter disponía de dinero, lo cual da cierta prestancia a la esposa de un párroco.

Hubo grandes cambios en la rectoría, y la señora Carter supo encontrar un alojamiento cómodo y apropiado para el padre Whimble en casa de una viuda que vivía no lejos de la iglesia. La señora Carter pensó que convenía fumigar la rectoría antes de volver a decorarla. Estas casas antiguas, como todo el mundo sabe, suelen estar muy deterioradas, y durante unos cuantos meses una gente verdaderamente indeseable tuvo que merodear por los alrededores en lugar de, como debían, buscar refugio en la iglesia. Pero después de aquellos meses de reformas, la casa parroquial se convirtió en una residencia hermosa, bien amueblada (pero sin ostentación). Cuadros pintados por la señora Carter, que tenía «talento artístico», adornaban las paredes. Casi todos eran paisajes de los lagos Muskoka, casi siempre vestidos por los ricos colores del otoño. Muy selectos.

El único fracaso de la señora Carter fue cuando quiso establecer una buena relación con sus vecinas más cercanas, las señoritas Raven-Hart y Todhunter, que no respondieron a sus intentos (perfectamente civilizados) y nunca accedieron a que ella y el canónigo pusieran los pies en una de las *belles assemblées* de los domingos por la tarde, donde había personas (los Neil Gow, por ejemplo, ¿acaso no gozaba él de fama internacional?) a las que los

Carter habrían querido conocer. Tampoco fueron muy cordiales las relaciones con el doctor DeCourcy Parry, que, como organista de la iglesia le atribuía una autoridad desproporcionada a la verdadera importancia de su cargo, por significativo que fuera, según frase feliz del canónigo, el Ministerio de la Música. Pero el padre Carter creía que lo que se necesitaba era más prédica de la moral moderada y menos ceremonias. ¿No era lastimoso que la Casa de la Gleba estuviera por encima de la iglesia y no formara parte de ella, o no estuviera, por así decirlo, bajo su influencia? Vieron que alguna gente importante visitaba el estudio de la señorita Raven-Hart y aquello fue un cambio para los feligreses, algunos de los cuales eran de humilde condición.

Tampoco tuvo mejor éxito la señora Carter en conseguir una relación íntima con aquel doctor que ocupaba lo que fueron los establos, detrás de la Casa de la Gleba, y que gozaba de una fama peculiar, peculiar al menos en lo referido a sus prácticas de diagnosis. La señora Carter decidió no poner el delicado pecho del canónigo al cuidado del doctor Hullah, a pesar de haber oído que los baños que administraba su enfermera —una mujer de aspecto impresionante— eran efectivos para los asmáticos. Pero el canónigo era un hombre tímido, y quién sabe si aquel ogro de enfermera le hubiera pedido que se desnudara, como ya se sabe que hacen los escandinavos, sin darle mayor importancia.

Me fui enterando de todo esto por una u otra fuente, pero casi siempre por el señor Russell, que hacía todos los impresos para Saint Aidan. Al señor Russell se le escapaba un tono bastante irónico cuando hablaba de la señora Carter; no es que la criticara, pero en sus palabras había siempre un cierto retintín.

El canónigo Carter acabó pronto con los planes para erigir un monumento al padre Hobbes. Aun admitiendo lo admirable de la idea y el testimonio que representaba de la devoción amable de los feligreses de Saint Aidan, estaba fuera de lugar a causa del estado de las finanzas de la parroquia. Como era de suponer, Charlie se había hecho un lío con los preparativos y, como consecuencia, había una factura elevadísima de mármol, que ya había sido entregado y depositado en una habitación adyacente al estudio de la Casa de la

Gleba. ¿Quién iba a pagarlo? El mármol se había entregado a la señorita Raven-Hart y la empresa suministradora daba por sentado que era ella quien debía pagarlo, y estaba dispuesta a tomar medidas legales para lograrlo. Al final tuve la debilidad de hacerme cargo de la factura, con el vago compromiso de que Las Damas me devolverían el dinero en cuanto pudieran. Lo que ocurrió es que Emily Raven-Hart lo utilizó para hacer bustos y retratos de una serie de presidentes, decanos, obispos y dignatarios del mismo pelaje, cuyos admiradores querían perpetuarlos de tan bella manera, y Emily se ganó su buena fama con estos trabajos. En bancos, salas de juntas, universidades y sínodos, decían los críticos perspicaces que tenía el don de «cazar» el parecido, aunque en ocasiones los verdaderos críticos —a menudo las esposas de los sujetos— pensaban que «había algo no del todo correcto en el gesto de la boca».

Dwyer había sido un visionario; no tuvo que ver nada de esto. La noticia de su muerte en Gibraltar fue breve y poco explícita, pero McWearie me dijo que, según había oído, Darcy había tenido problemas con un soldado y había sido apuñalado, pero que fue imposible identificar al asesino.

—Cuando se vive de esa manera hay que prepararse para lo peor —dijo Hugh—. Es una gran pérdida para Saint Aidan.

Supongo que lo fue en cierta manera. Aún no había pasado un año desde el nombramiento del canónigo Carter cuando el doctor DeCourcy Parry anunció que había llegado el momento de jubilarse; el canónigo no dejó de lamentarse en voz alta, porque comprendía el temperamento de los artistas (su esposa, como era bien sabido, *pintaba*). Hacía tiempo que el doctor Parry había sobrepasado la edad habitual de jubilación y deseaba dedicar sus últimos años a la composición. De este modo desaparecieron de Saint Aidan los dos hombres fuertes de la música, y esta continuó en el templo con mucha menos ambición y menor nivel artístico.

Al igual que Las Damas, dejé de frecuentar el templo. Ellas y yo escribimos a Charlie a su nueva dirección, pero sus respuestas fueron breves y frías.

De lo que siguió solo dispongo de mis propias observaciones, porque ya no hay más cartas de Chips a su amiga e inspiradora de Emily, Barbara Hepworth, porque Barbara murió por aquella época en un incendio que se produjo en su estudio dando fin a la correspondencia.

Pero la historia no termina ahí. Duró unos diez años. Y Esme solo me ha preguntado sobre tres, obligándome a rebuscar en mis recuerdos lo que realmente sucedió y lo que estoy dispuesto a decirle.

Fue en un bello día de septiembre —el día de mi cumpleaños por más señas— cuando empecé a sospechar que ya era un viejo. Unos pocos años antes, mi gobierno ya había hecho de mí un pensionista por la edad —me concedió una pensión que inmediatamente devolví en impuestos—, pero, aparte de esto, el tiempo no había hecho mella en mí.

Cuando Christofferson hizo su segunda aparición de la mañana en mi consultorio, a las once en punto, traía la acostumbrada taza de café y también un pedazo de magnífico pastel, no de nata helada, sino de mantequilla, con azúcar espolvoreado por encima.

—Chris, qué amable has sido haciéndome un pastel —dije—, pero ¿he de comérmelo todo?

—No —dijo en su habitual tono cortante. Chris había aprendido su inglés en la escuela de Dinamarca y todavía conservaba el hermoso acento de su versión aprendida del viejo idioma. Se burlaba de lo que llamaba «el *patois* de Toronto»—. La mitad será para Penley que, como usted sabe, tiene hijos; otro tercio irá a parar a la Casa de la Gleba, para Las Damas. Así que cuando yo me coma un pedazo, no quedará lo suficiente para fastidiarlo a usted.

Penley era mi ayudante. Hacía tiempo que Harry Hutchins me había dejado para establecerse por su cuenta y le iba muy bien. Aikens lo había sucedido y ahora, Penley, un hombrecillo quisquilloso, un químico farmacéutico nato, ocupaba su lugar. Lo único humano de Penley era que su esposa tenía un hijo cada año, como un fusil de repetición. Chris siempre distraía comida de mi cocina para la chiquillería de los Penley. No me importaba, pero no me gustaba servir de excusa para un pastel del que solo iba a probar una porción.

—Quiero hablar con usted —dijo Chris.

—¿Qué tienes en la cabeza?

—Varias cosas, pero usted es la más importante. Después de las cuatro no tendrá visitas. ¿Puedo venir entonces?

Y así fue cómo quedó señalado mi cumpleaños. Un pedazo de pastel, ningún regalo, ninguna llamada telefónica ni mensajes de felicitación. Me hubiera gustado que me llamara Nuala, pero no lo hizo. McWearie no sabía nada de estas sutilezas. Creí que Saint

Aidan, con quien tan generoso había sido de una u otra manera, me enviaría una tarjeta, pero bajo el canónigo Carter su principal preocupación eran los pobres y necesitados, un grupo al que yo no pertenecía. Por supuesto que mis pacientes no sabían cuándo cumplía años. Todo era, pues, perfectamente razonable y justificable, pero, con la perversidad de la criatura humana, me sentí un poco olvidado, de alguna forma marginado, y sentí una vaga compasión por mí mismo. Siempre me ha parecido que un poco de autocompasión resulta muy agradable, siempre y cuando uno la guarde para sí. ¿Quién iba a compadecerme si no lo hacía yo? Un hombre anciano, aparentemente sin un solo amigo en todo el mundo. Me animó la visita de un paciente que se quejaba de una indigestión constante, médicamente inexplicable. No le dije que estaba seguro de que estaba casado con la causa de su indigestión, pero me reconfortó saber que yo había logrado escapar del naufragio de un mal matrimonio, pacientemente soportado.

A las cuatro, después de unas palabras de aliento, despedí a un paciente aquejado de parálisis de Bell; entonces se presentó Christofferson. Iba vestida de punta en blanco, como siempre, con pantalones blancos ajustados; la única diferencia con el ideal de una enfermera moderna era el gorro, evidencia de su formación en un hospital danés. Siempre lo llevaba cuando iba a Saint Aidan, de modo que todos supieran que la Sygeplejerske Fru Christofferson (tal era su resonante título profesional) estaba entre ellos, una maravilla de plisados y almidonados.

—Quiero hablar con usted del futuro —dijo.

—¿De tu futuro?

—Del mío y del suyo. Están más unidos de lo que usted piensa. Hoy ha cumplido su edad oficial de jubilación. Yo soy algunos años más joven, pero es hora de que hablemos.

—Bien, si quieres que hablemos del retiro, ahórrate saliva. Seguiré en la práctica de la medicina por lo menos otros diez años. Tú eres otro tema. ¿Quieres dejar de trabajar?

—No, no; puedo cuidar de mí misma. Pero espero que me entienda si le digo que también quiero cuidar de usted.

—Pero ya lo haces. Todo el trabajo burocrático, además de tus obligaciones, recaen sobre ti. Eres imprescindible. ¿Qué más cuidados podrías dedicarme?

—Podría casarme con usted.

—Pero, pero...

—No se preocupe. No tengo intención de hacerlo. Pero, ciertamente, sería una de las soluciones. Dejemos eso a un lado y hablemos de otras cosas.

—No me malinterpretes. Ni por un momento he querido decir que casarme contigo sea una idea que me repugne, pero...

—Ahora le toca a usted ahorrar saliva, doctor. No se crea obligado a ser galante. Por supuesto que no se casaría conmigo. Y, puestos al caso, tampoco querría casarme yo. Ninguno de los dos somos de los que se casan. Ha sido una pequeña broma. Usted nunca ha entendido mi sentido del humor. Pero, en cuanto a cuidar de usted, le hablo muy en serio. Necesita cambiar de estilo de vida.

—¿Cómo?

—Está perdiendo la forma. No hace ningún ejercicio. Come, bebe y fuma demasiado.

—Vamos, Chris. No voy a ponerme a dieta y a hacer ejercicios. Mi constitución es fuerte. Seguiré como hasta ahora.

—Todos los médicos descuidan la propia salud. No le digo que haga nada desagradable. Pero le sugiero darle un masaje completo con la mayor energía que me permita dos veces a la semana. Sabe cómo trabajo. Puedo cuidar de usted.

—Ah, bueno, eso es otra cosa. Ya hablaremos.

—No, no es cuestión de hablar. He puesto su nombre en la lista de visitas, empezando mañana. Baño de vapor, masaje, baño de harina y ducha de aguja, luego media hora de reposo. Y así hasta que necesite un tratamiento más específico.

—Parece que has pensado en todo.

—Más de lo que supone. Ha de tomar su propia medicina, doctor. ¿Qué les dice a sus pacientes? Que han de tener una ocupación. Algo que ejercite y ponga en tensión la mente, para que no se anquilose. Una mente inerte es más peligrosa que un cuerpo inerte, porque ahoga las ganas de vivir. ¿No es eso lo que les dice?

¿Y no ha ayudado con eso a tantos y por eso tiene fama? Ha de hacer algo además de su consulta y de beber con McWearie. Ha alcanzado un momento de la vida en que suceden muchas cosas y ha de estar preparado para el cambio. ¿Cómo va a enfrentarse a eso?

—En eso me he adelantado, Chris. Ya me he formado la idea de un gran trabajo. Ahora tengo que planificarlo. Y luego vendrá la investigación, lo que me llevará bastante tiempo. Oh, con el trabajo que me he propuesto, me parece que estaré ocupado hasta bien pasados mis noventa años, mucho después de que hayas dejado de dar masajes.

—Eso no ocurrirá nunca.

—Bueno, era una broma. ¿Quieres saber lo que tengo pensado?

—Me alegra saber que ha planeado algo. Y si quiere decírmelo, está bien.

—¿Me prometes que no se lo dirás a nadie?

—Doctor, ¿cuándo he revelado algo que usted me haya confiado? Me ofende.

—Lo siento, Chris, ya sé que no eres parlanchina. Pero esta idea es tan extraordinaria, de tan largo alcance y tan estupenda, que sé que si alguien pudiera me la robaría. Es, nada menos, que el próximo paso decisivo de la crítica literaria.

—No se preocupe por su secreto. No sé nada de crítica literaria.

—Oh, pero debes saberlo. Está en todos los periódicos y revistas que popularizan la gran idea novísima. Seguro que has oído hablar de la deconstrucción.

—Nada en absoluto. ¿Cómo dice la señorita Todhunter? Ni por asomo.

—La verdad es que no entiendo cómo la gente puede vivir tan aislada. Bueno, de cualquier forma, la deconstrucción es una nueva manera de leer los libros. Viene de Francia, como tantas ideas brillantes y pasajeras. Vamos a ver: coges un libro, lo lees y ¿qué significado tiene para ti?

—Supongo que lo que dice.

—Absolutamente equivocado. No es lo que el libro dice, sino lo que tú dices que dice el libro.

—Pero suponga que soy tonta y que no entiendo lo que dice el libro.

—Eso no importa en lo más mínimo. La teoría deconstructivista dice que no hay que buscarle ningún significado al texto del libro, sino únicamente a los diversos «textos virtuales» construidos por los lectores en su búsqueda de significado, incluso cuando resulten mutuamente irreconciliables. Pero ni tú ni los lectores corrientes contáis. Cuando un deconstructivista dice «lector» se refiere a alguien de su mismo nivel. El lector corriente es irrelevante.

—Me ha hecho un lío, doctor.

—A eso me refiero. La deconstrucción conduce a una estimulante falta de certeza en prácticamente todo. Déjame que te lo explique de nuevo. Este método rechaza casi todo lo relacionado con el pensamiento crítico tradicional: la biografía, la historia literaria y la filología. Ha de hacerse un detenido examen formal y una evaluación exegética del propio texto del libro, buscando en él todos los modos de expresión literaria, tal como los capta o los entiende el lector moderno informado. ¿Me sigues?

—No. ¿Y es eso lo que usted quiere hacer?

—¡Oh, cielos, no! Mi idea es completamente diferente, pero no menos revolucionaria. Cambiará la literatura para siempre y hará necesarios nuevos estudios y enfoques de la literatura del pasado. Los profesionales de la crítica van a estar muy ocupados con esto durante dos siglos por lo menos.

—Ajá... sí. Me parece que ya lo veo.

—¿Cómo dices que lo ves si aún no te he dicho nada? Ah, ya entiendo. Lo veo en tus ojos. Crees que me he vuelto loco.

—Bueno...

—¿Delirios de grandeza? ¿Inflación del ego? ¿Algo por el estilo?

—Suponía que cualquier gran idea que usted tuviera estaría relacionada de alguna forma con su vida profesional. Pero parece que usted se ha olvidado de eso para disparatar sobre literatura.

—¡Pero si mi idea está relacionada con mi vida profesional! Precisamente surge de ella. Será mejor que me dejes explicártelo, aunque sea grosso modo.

—Sí, creo que será lo mejor.

—Una vez me dijiste que habías leído mucha historia.

—Estudié a Spengler bastante tiempo. Encaja perfectamente con mi temperamento. Claro que otras veces, durante las vacaciones, cuando quería algo más ligero, leía a Toynbee; es bastante bueno, y su visión sesgada de la religión me parece aprovechable.

—Cuando lees el desarrollo del destino del hombre, ¿no sientes curiosidad por informarte de la historia médica de quienes han influido profundamente en tal destino?

—No. Eso me suena demasiado romántico.

—Oh, vamos. El destino del hombre está directamente relacionado con los achaques y desórdenes de quienes lo provocan. ¿No querrías saber más de las hemorroides de Napoleón?

—No. Como seguramente usted sabe, murió de un cáncer de píloro.

—Por supuesto, pero fue el trombo hemorroidal la causa de su derrota en Waterloo. Un general que tiene que ir al campo de batalla en litera, acompañado del médico, y ha de detenerse con frecuencia para descansar, no está en la mejor forma que digamos. ¿No estás interesada en conocer la bronconeumonía de Wellington, o «angina», como la llamaban? ¿Qué fue realmente? Y la «gota voladora» de la reina Ana que le afectó todo el cuerpo, ¿qué crees que pudo ser?

—Todo eso ha sido ya estudiado. ¿Qué pretende hacer con eso?

—Nada. El mío es un enfoque totalmente diferente. No estarás de acuerdo con él inmediatamente porque no has leído mucho, salvo a Spengler, y no estás a la altura del lector medio. No, lo que voy a hacer es aplicar la teoría médica moderna a los personajes famosos de la literatura. ¿Por qué se le cayó el pelo a Micawber? ¿Falta de queratina? ¿Cómo eran sus uñas? ¿Qué comía Jane Eyre cuando hacía de institutriz en casa de un caballero? Seguro que no comía piñas y uvas de importación; comidas indigestas, una y otra vez, eso es lo que comía. ¿Y qué relación tiene eso con la criaturita vigorosa que fue después? Sabemos que Jane Austen era aficionada al oporto; ¿se refleja esa afición en alguna de sus heroínas? Piensa en el rechazo de la literatura del siglo XIX a enfrentarse con una

sexualidad normal. ¿Qué verdad escondía el matrimonio entre Dorothea Brooke y el señor Casaubon? Tuvieron que compartir una cama; era lo obligado en aquella época. ¿Qué ocurrió? ¿Ocurrió algo? ¿Qué conclusiones podemos sacar del ciclo menstrual de Emma Bovary? ¿Cómo evitaba Nana los hijos? ¿Con el viejo tampón de vinagre, o con qué? La tripulación del *Pequod,* ¿cómo tenía los dientes? Intento adentrarme cuanto puedo en este tema, y en esta tarea pienso pasarme muchos años felices, investigando, cotejando la literatura con lo que conocemos de la práctica médica de la misma época. Y esto es lo que quiero que quede grabado en ti, Chris; llegará el día en que ningún escritor se atreverá a publicar una novela o representar una obra de teatro sin antes haber investigado la historia clínica de sus personajes. Es muy probable que los grandes autores del futuro sean médicos. ¿Me sigues?

—Creo que le entiendo, que no es lo mismo.

—¿Sigues pensando que me he vuelto loco?

—Todavía no.

2

Estaba decidido seriamente en mi propósito, aunque cuando se lo expliqué a Christofferson fue inevitable que cargara un poco las tintas. El temperamento de ella lo exigía. Siendo ella tan perfecta en todo, tenía que planteárselo de un modo exagerado, a ver si se ponía pálida o daba un grito de sorpresa o, cosa casi imposible, la hacía reír. Ella tenía su propio humor glacial, pero no le afectaba el humor de los demás. Era spengleriana hasta la médula. Y fue su teoría de la progresión cíclica lo que la había animado a hablar conmigo el día de mi cumpleaños. Según ella, yo había pasado ya la edad del crecimiento y la madurez y ahora comenzaba —con la aprobación de mi gobierno— mi periodo de declive. *Blütte, Reife* y *Verfall,* así de sencillo. En su opinión, yo había alcanzado la Edad del Arrepentimiento y manchaba mis solapas de comida. Que algo en mi temperamento pudiera cambiar el Deterioro por Ilustración, es decir, por cierto enfoque alborozado de lo que me quedaba de vida, tal cosa era inconcebible para Chris. Poseía el sentido teutónico de la autoridad, y Spengler era su guía.

Pero no el mío. Por admirable que fuera el amigo Spengler (anticipándose a las desastrosas consecuencias del nacionalsocialismo en Alemania y apoyando valerosamente a los judíos), no me iba su insistencia prusiana en la austeridad. A mí, como médico, me parece que la vida ya proporciona suficientes incomodidades para que hagamos de las incomodidades la regla a seguir. Y estaba dispuesto, en la medida de lo posible, a gozar de mi vejez.

Decidí titular mi libro *Anatomía de la ficción,* tomando como modelo la *Anatomía de la melancolía,* de Robert Burton, y si su obra está considerada como el mejor libro de medicina escrito por un profano, yo esperaba que mi libro fuera la mejor obra de crítica literaria escrita por un médico. Sería, por supuesto, una obra de extrapolaciones, partiendo de lo conocido, de cómo el autor presenta al personaje imaginario (pero no por eso irreal) para llegar a elementos bien investigados e inteligentemente intuidos, es probable que conocidos por el autor, pero que no pudo explicar a causa de las convenciones o prejuicios de su época. Como médico, yo no podía concebir que hubiera querido omitir tales detalles por razones literarias. ¿Acaso no iba a interesarle profundamente la salud, el estado físico y las condiciones de vida de sus personajes? Le interesarían tanto como a mí.

Pero en el curso de una vida aún muy ocupada por mi práctica profesional, por más que trataba de disminuirla y derivar a mis potenciales pacientes a otros médicos, no disponía del tiempo que exigía mi libro. Así que he decidido tomar notas cada vez que se me ocurre una idea, aquí, en este diario, aunque la ocasional NOTA para *ANAT.* resulte intrusiva e interrumpa lo que se está convirtiendo en un relato considerablemente largo.

3

Otra intrusión en mi diario y cajón de sastre que de ninguna manera había previsto: el asesinato de mi ahijado Conor Gilmartin.

Fue Christofferson la primera en informarme. Aquella mujer parecía haber asumido el papel de Láquesis, la moira encargada de medir el hilo de la vida. Una mañana entró en mi consultorio, antes

de la llegada del primer paciente, y me dejó un periódico sobre la mesa.

—Malas noticias —dijo, y se marchó.

Malas noticias, en efecto. Al parecer, la noche anterior, Gil (que es como lo llamamos siempre) entró en su apartamento y se dirigió al dormitorio de su esposa, esperando encontrarla trabajando, como entonces era habitual, y se encontró en la puerta con un intruso que lo golpeó con un objeto pesado, probablemente algo como una porra metálica, y lo dejó muerto en el acto.

En este punto tengo que ser franco, aunque pueda parecer que mi franqueza no me beneficie. Cuando estaba leyendo la noticia Penley me trajo un paciente —Chris no lo habría hecho, pero presumiblemente ella no estaba en su mesa— y durante los siguientes cincuenta minutos me dediqué por entero a atenderlo. Según todas las convenciones de la ficción yo debería haber rehusado hablar con el anciano señor Ellworthy sobre su artritis y, en lugar de eso, haber ido apresuradamente al apartamento de Gilmartin a ver en qué podía ayudar a Esme. Pero no lo hice. Estaba frío como un témpano y el señor Ellworthy salió de allí bastante animado.

La conmoción vino más tarde. Después de telefonear y decir varias cosas que yo sabía que no ayudaban para nada, fui al apartamento, donde Esme estaba siendo «atendida» por una joven colega distraída que molestaba más que otra cosa. Esme no necesitaba atención médica; su médico había ido a verla y le había dado algo para calmar sus nervios, que me parecieron en bastante buen estado dadas las circunstancias. Llamé a la policía y hablé con el forense del caso, que resultó ser un antiguo amigo mío, y me contó todos los detalles médicos, que no fueron muy reveladores. Me ofrecí a Esme para ayudarle en cuanto estuviera en mi mano y me volví a la clínica. Tenía todo el día ocupado con visitas y hasta la noche, después de mi cena habitual en mi club, no tuve oportunidad de pensar en Gil.

Se trataba del hombre que bien podía haber sido mi hijo, pero aunque sentía pesar y algún estupor, no puedo decir que estuviera profundamente afligido y me avergonzaba por ello.

¿Es que era incapaz de sentir un dolor decente? ¿O acaso el pesar es algo que la opinión popular atribuye a determinadas desgracias y que no puede sentirse según la voluntad de uno en la debida forma? La franqueza me obliga a decir que, aunque sentí un cierto dolor solemne y decoroso, no sentí un verdadero pesar y dolor por aquella pérdida hasta que asistí al funeral de Gil.

Fue entonces cuando vi a Nuala y, por supuesto, también a Brocky, que iba con ella. A mis ojos, ella estaba bellísima en su desolación y Brocky, para consternación mía, me pareció muy envejecido (¿más viejo de lo que yo parecía?). Los saludé, pero no me senté junto a ellos; de hacerlo, habría parecido que yo pretendía sentir la misma aflicción.

El *Advocate* dispuso un funeral por todo lo alto para Gil. Esme, ante mi asombro, dio casi un espectáculo; se acercó al ataúd y lo tocó reverentemente mientras el sacerdote decía algunas palabras rituales. Un acto histriónico y, por supuesto, nada cristiano, pero no por ello falso y no soy quién para juzgarlo. Los canadienses, en general una gente lúgubre, no son aficionados a mostrar mucho pesar en público, pero eso no quiere decir que quienes actúen de otra manera no sean sinceros.

No, el campeón del dolor fue un hombre a quien yo no conocía y que estaba sentado entre los colegas de Gil y cuyo llanto ruidoso resultaba verdaderamente molesto. Era un tipo elegante, y cuando salió de la iglesia, apoyado en los brazos de dos compañeras, alguien le entregó un hermoso bastón que supongo era suyo. Lo aceptó con un gesto que me pareció claramente inapropiado para la ocasión, pues en lugar de asirlo por su decorativo puño pareció cogerlo como si fuera a golpear con él.

—¿Cenaréis conmigo esta noche? —pregunté a Brocky cuando terminó el funeral.

4

Y así fue como nos reunimos los tres en mi club, el York Club, famoso refugio para gente pudiente y asediada, y cenamos en el hermoso comedor sombrío donde había otros pocos comiendo y charlando en voz baja. Temía que nuestra conversación fuera difícil pero fluyó libremente. Hablamos del funeral y con algún asombro de

la cantidad de asistentes y de los cálidos sentimientos que demostraron. Hablamos, inevitablemente, de la música, a la cual Brocky dio su aprobación reservada. Y hablamos de la representación algo exagerada de Esme como viuda, y fue entonces cuando comprendí que nunca les gustó Esme y que hicieron lo que pudieron para aceptarla como nuera; comentaron que, aunque había besado a los dos, no con calor sino con la frialdad propia de un funeral, no habían hablado de volver a verse en el futuro. Se preguntaron cuál sería su situación económica. Yo los tranquilicé; Gil había seguido mis consejos en sus inversiones y Esme estaría perfectamente. No se quejaron, pero era evidente que pensaban que debieron ser consultados sobre el funeral, del que se había encargado el *Advocate* (yo sabía que por medio de McWearie). Pero esta charla preliminar pronto llegó a su fin y abordamos otros asuntos más importantes.

—Claro que todo esto nos plantea un problema —dijo Brocky—. Como puedes imaginarte, mi padre dejó un buen dinero que ha seguido creciendo, porque nosotros vivimos muy sencillamente, y ahora no tenemos heredero. ¿Qué hacemos?

—Supongo que querréis hacer algo por Esme —dije.

—No digas que querremos. Más bien que deberíamos —dijo Nuala.

—Pero ella no va a ser la heredera en el mismo sentido que iba a serlo Gil —dijo Brocky—. De ninguna manera. No lo he pensado todavía mucho, pero, de momento, me gustaría legar una gran cantidad a Waverley.

—Pero con un fin determinado, por ejemplo para la biblioteca —dijo Nuala—. No lo pongas en los fondos generales o en el fondo discrecional porque esos científicos codiciosos son capaces de gastárselo todo en juguetes.

—Me sorprendes —dije—. Pensé que te agradaría que el dinero se dedicara a investigaciones científicas. ¿Tú... doctora? Me asombras, Nuala.

—Conozco a nuestros cofrades investigadores tan bien como tú, Jon. Una de las industrias más grandes, las dedicadas al cáncer, al alzhéimer o al sida, puede tragarse todo sin apenas mojarse los

labios. ¿Y qué sacarán con ello? Bastante poco, por lo que vamos viendo. Pero una biblioteca, bueno, una biblioteca puede ser todo lo que quieras. ¿Quién eres tú para hablar con tantos remilgos de la investigación médica? Al fin y al cabo has hecho cosas bastante buenas solo gracias a tu cabeza.

—Ah, pero no rebajes el mérito de la investigación. También han conseguido cosas.

—Apenas nada para el dinero que se han gastado. Demasiada maquinaria, demasiada burocracia y poco cerebro e intuición. Demasiados investigadores de segunda y tercera fila.

—¿No eres muy dura?

—Y habrá más gente que piense como yo. Esos grandes laboratorios son como los monasterios antes de que Enrique VIII los echara abajo. Más humanismo y menos ciencia, eso es lo que necesita la medicina. Pero el humanismo cuesta trabajo y toda esa ciencia solo es chapuza.

—La gente de las otras mesas empieza a mirarnos —dijo Brocky —. Baja el diapasón, Nuala, este no es tu club y vas a conseguir que Jon tenga la mala reputación de invitar a gente ruidosa. Pero, Jon, por supuesto que recibiríamos de buen grado cualquier idea que se te ocurra en las próximas semanas. Creemos que tu relación con Gil era muy especial.

Agucé los oídos. ¿Era una invitación para que hablara del tema que tanto me preocupaba desde su muerte?

—Muy especial —asentí—. ¿Hasta qué punto en tu opinión?

—Le ayudaste muchísimo en su época del colegio. Le imbuiste tu entusiasmo por el teatro y la literatura. Hablaba de ti con verdadero afecto. Para él eras como un tío.

—¿Un tío?

—¿No te gusta la palabra?

Y me lancé.

—Brocky, nunca he sacado este tema a colación, pero ¿no habéis pensado, tú y Nuala, que yo podría ser el padre de Gil?

Brocky dejó de comer su *crème brûlée* y me miró a los ojos. Hubo un cambio perceptible en la atmósfera y Nuala era parte de ella, aunque no movió ni un músculo.

—Claro que sé que tú y Nuala estabais enamorados antes de que nos fuéramos al ejército. Pero los dioses dispusieron otra cosa. Yo volví mucho antes que tú. Nuala y yo trabajábamos en Waverley y fue inevitable que nos sintiéramos atraídos. Nos enamoramos muy profundamente y nos casamos. Gil fue una de las pruebas de aquel amor, si es que puedo ponerme sentimental por un momento. Así que me parece poco probable que tú seas el padre de Gil. Aunque es una tontería que lo diga así; nosotros, los académicos, siempre pretendemos hilar fino cuando hablamos. Simplemente: no pudiste serlo.

—Me parece que es el momento de enseñar las cartas y ponerlas sobre la mesa. ¿Querrás un coñac con el café?

—Oh, ¿debo...?

—Sí, creo que debes. Hablando como médico: ¿no sabías que durante años, después de vuestro matrimonio, Nuala y yo nos veíamos a menudo?

—Sé que su trabajo la llevaba con frecuencia a Toronto. ¿Quieres decirme con eso que teníais una aventura?

—Que yo sepa, esa es una de las maneras más tontas e idiotas de describir lo que había entre nosotros.

—De momento no se me ocurre otra expresión más divertida para lo que quiero decir. Pero escúchame. Si crees que no lo sabía es porque me subestimas groseramente. La verdad es que Nuala me lo contó todo cuando no hubo más remedio.

—¿Ya lo sospechabas?

—Lo sabía con toda certeza —intervino Nuala—. Nos estuvo espiando.

—¡Qué!

—Un detective privado... querido, ¿cómo se llamaba aquel horrible hombrecillo?

—El mejor de todos era un gusano que se llamaba Joe Sliter.

—¡Cielo santo! Brocky, ¿que tú pusiste a alguien para que espiara a tu esposa y a tu mejor amigo? ¿Cómo pudiste hacer una cosa semejante?

—Bueno, ya que estamos en esas, ¿cómo pudiste *tú* hacer lo que hiciste? ¿Ponerle los cuernos al que considerabas tu mejor

amigo?

—Pero... ¡contratar a un detective!

—¿Qué otra cosa podía hacer? No digo que esté orgulloso de haberlo hecho, pero ya sabes que, cuando lo creemos necesario, hacemos muchas cosas de las que luego nos avergonzamos.

—Pero demuestra una desconfianza tan odiosa...

—Que, como suele ocurrir a menudo, estaba perfectamente justificada.

—Os estáis comportando como un par de tontos y la gente empieza a mirarnos —dijo Nuala—. Supongo que el que os deis cuenta de que la vida sigue aquí dentro os hará mejorar vuestra conducta. Escúchame, Jon, te contaré cómo fue. Brocky había estado recibiendo los informes del gusano y una noche me expuso los hechos.

—Supongo que estaría furioso, gritando y fuera de sí —dije, porque estaba realmente enfadado—. ¿No te pegó? ¿No te abofeteó? Ya sabes, suele ocurrir. Es la típica situación en la que los profesores de literatura inglesa sacan al cavernícola que llevan dentro. Normalmente es un cavernícola pequeño, pero bastante bruto.

—Pues claro que no me pegó. Si lo hubiera intentado se habría llevado su merecido. Soy fuerte, Jon, como debes saber bien. Tuvimos una charla razonable.

—¡Razonable!

—¿Quién es ahora el cavernícola?

—Jon, no sabes nada del matrimonio —dijo Brocky—. La gente como nosotros no actúa como tú dices. ¿Acaso no he trabajado en el mundo de la literatura los años suficientes para saber que una mujer puede estar enamorada sinceramente de dos hombres al mismo tiempo? No por igual. Si el amor pudiera medirse, no en la misma proporción. Pero Nuala te amaba y me diste lástima…

—¡Que te di lástima!

—Todos merecemos lástima, de una manera u otra. Y tienes que aceptarlo, como todo el mundo.

—¿Y qué salió de este intercambio marital ultramoderno de confidencias, después de leer los informes groseros y analfabetos de

Joe Sliter?

—Serénate. Lo que escribía Joe era sencillo y claro. Ningún regodeo. Nada de lástima por el cornudo. Solo hechos, fechas y horas. Nos bebimos una botella de ron y tuvimos una prolongada y amable charla.

—¿Y cómo terminó?

Ahora era el turno de Nuala.

—Terminé admitiendo que había sido una niña retorcida y Brocky admitió que no había estado nada bien...

—Aunque estaba perfectamente justificado —interrumpió Brocky.

—... poner a alguien a espiarnos y enterarse de las cosas de aquella manera. Fue un sencillo caso de adulterio de clase media, castigado a la manera de la clase media, muy razonable, como suele ocurrir con la clase media. Pero luego afrontamos los hechos. Le dije a Brocky que seguía queriéndote mucho, aunque creía que mi enamoramiento era del joven idealista que habías sido y no tanto del hombre maduro, irónico y de éxito en que te habías convertido, y que seguía verdaderamente enamorada del maravilloso Brocky con quien había vivido tan felizmente. Admitiendo, por supuesto, que no sentía el mismo entusiasmo del principio y que el hecho de ser ginecóloga cambia la actitud de una hacia el sexo.

—¿Y el que seas una ginecóloga perspicaz te asegura que Gil no era mi hijo?

—Sí, efectivamente.

—Nunca vi que tomaras precauciones.

—En mi caso las precauciones no eran tan evidentes como las tuyas. Cuando te acordabas, que no era siempre. Tan satisfecho, desenrollando el condón y poniéndotelo, asno presumido.

Hubo una pausa y luego prosiguió Nuala.

—No te lo tomes tan a pecho, Jon. Ninguno de nosotros se ha comportado muy noblemente. Solo hemos sido humanos. Pero no creo que tengamos mucho que reprocharnos.

—Lo siento. No tengo mucho que decir. En los últimos minutos he perdido al gran amor de mi vida y también lo más parecido a un hijo. Cuesta acostumbrarse.

—Vamos, vamos, no hagamos de esto un melodrama barato —dijo Brocky—. No has perdido al gran amor de tu vida. Ella sigue siendo lo que ha sido... en tu memoria. Y en cuanto a la pérdida del hijo, has sido un padre lamentable, pero los fines de semana has hecho maravillosamente de tío; has gozado de lo mejor de Gil y te has ahorrado su rebelión juvenil y otras molestias que he tenido que aguantar. ¿Crees que podrías conseguir en este club tuyo una buena botella de ron?

—Me parece que sí. Es el lugar adecuado. Seguro que la tienen. Y luego nos vamos a mi casa.

Que fue lo que hicimos y pasamos una alegre velada, en la cual consideramos cuidadosamente nuestra nueva situación, la aprobamos y volvimos a estrechar los antiguos lazos.

Lo curioso es que hablamos muy poco de Gil. Pero en su sentido más real aquello fue la huella dejada por Gil.

5

Desde el punto de vista artístico, el desenlace de mi aventura con Nuala era un completo error. En su inicio fue un amor apasionado; aquellos días de estudiante, las tardes en el hotel Ford, fueron tan magníficos para mí como el mejor arte o literatura. La continuación de nuestro amor durante los años que siguieron a su matrimonio tuvo el fuerte sabor del rey Arturo engañado por su dilecto amigo Lanzarote del Lago, el sometimiento de la lealtad a la pasión. Pero ¡la conclusión! Sospechas, y en lugar de una confrontación varonil, el recurso a un detective privado, y luego la riña callada en el comedor del York Club y un triángulo alegremente borracho en mi estudio, todos besándonos y aceptando lo que, según todas las reglas del arte, debiera ser claramente inaceptable. La mano furtiva de la edad provecta cubriendo el romance de la juventud, de tal modo que, en contra de mi voluntad, vi a mi querida Nuala como una vigorosa ginecóloga con algunas hebras de plata en su negra cabellera irlandesa. Y vi a Brocky, con todo su hermoso manto tejido de erudición, como un esposo que deshace el lío del amante de su esposa del modo más convencional, sin mostrar enfado. Porque Nuala lo había dicho y porque Brocky estaba de acuerdo como si fuera una verdad incontrovertible, tuve que aceptar la idea de que

una mujer puede, con toda sinceridad, amar a dos hombres al mismo tiempo. Lo peor de todo es que ya no me vi como Lanzarote del Lago, el adúltero que se despreciaba a sí mismo ni, decididamente, como la figura en el centro del redondel del circo, sino como algo lateral y secundario en la vida de las dos personas que más amaba.

Supongo que, artísticamente, tendría que haberme pegado un tiro, dejando una nota que dijera: «Os perdono a todos». Pero no tenía ganas de suicidarme y, al final, me reconocí, *en parte,* como un Tom Sawyer que quería que todo estuviera de acuerdo con las reglas de la novela romántica, complicando las situaciones más sencillas con sus tonterías de adolescente aprendidas en los libros.

*En parte.* Es importante subrayarlo. El lunático romántico y el adolescente de fácil ingenio no conformaban la entera personalidad del doctor Hullah, que tanto éxito tenía cuando se trataba de descubrir y recomponer el tejido de la vida de otras personas. ¿Cuántas veces? Acercad la luz al sabio y veréis también al necio. Las vidas de los grandes filósofos, por lo que sabemos, nos aportan numerosos ejemplos.

6

Nota para *ANAT.*: ¿Hasta qué punto, cuando nos hacemos viejos, es preciso revisar el concepto que tenemos de esa mezcla de atracción sexual, delicada fascinación, simple lujuria y soledad que llamamos amor? Porque de nada sirve pretender que el amor no cambia con los años, en los casos en que sobrevive a los años. La novela y la poesía tienen poco que decir sobre esto.

No tengo pacientes jóvenes. Las enfermedades que trato corresponden a edades maduras y avanzadas. Los jóvenes tienen otras necesidades. Pero escucho bastantes cosas de los jóvenes y leo lo que escriben sobre ellos mismos. Para ellos el amor (y no creo que hayan abandonado por completo la antigua palabra) ha perdido en la práctica todo su encanto porque la unión sexual es comparativamente fácil. (Aunque quizá no tan fácil como sugieren los escritores populares.) Como saben todos los niños, la espera de la cena de Navidad, dando vueltas alrededor de la mesa, olisqueando los maravillosos aromas de la cocina, con un apetito

cada vez mayor, es inmensamente mejor que el consumo real de la comida. Solo cuando se tiene alguna experiencia como gourmet llega la auténtica satisfacción del apetito, y los gourmets no se atiborran en todas las ocasiones. Por lo tanto, en nuestro tiempo, el amor ha perdido parte de su encanto (no todo) porque se ha simplificado en exceso. Pero no cabe duda de que la lujuria y la soledad siguen jugando su papel tradicional. Y la atracción sexual, aunque ahora lleve otros ropajes (o haya sacado viejos vestidos del armario), es igual de poderosa.

No siempre fue así.

Hasta no hace mucho, la experiencia final de la mayoría de novelas populares tenía lugar en el altar. En los tiempos de nuestros abuelos raramente terminaba en la cama. Pero, ay, lo que daríamos por saber lo que sucedió realmente cuando el señor Rochester, en su elegante camisón fruncido de noche, levantó la enagua de algodón de su segunda señora R. (de soltera Jane Eyre) y consumó un acto que para ella era sin duda algo nuevo y extraño.

Realmente extraño. Pero probablemente no tan extraño en la imaginación o en la observación diaria. Jane no habría podido vivir su vida permaneciendo completamente al margen del sexo, como tampoco Charlotte Brontë, su única progenitora. Tanto Charlotte como Jane vivieron en el campo, en la época de los caballos, y los caballos no son criaturas pudorosas. El disoluto Branwell Brontë tuvo que dejar caer algunos indicios de su vida en los oídos de sus hermanas. Los hermanos no son amigos de la inocencia. Una de aquellas hermanas, la heroica Emily, seguro que era inteligente y sabía, en parte al menos, lo que había entre Heathcliff y su joven amante Cathy; el sexo adolescente no podía ser ignorado por la hija del reverendo Patrick Brontë, cuya parroquia debió de ofrecer numerosos ejemplos.

Uno no duda que Jane Eyre fuera virgen al tálamo nupcial, pero no era tonta.

¿Y qué hay de las heroínas de Jane Austen? Una muchacha tan ingeniosa como Elizabeth Bennet debió de enterarse de algunas cosas antes de casarse con Darcy. Elizabeth tiene la misma combinación de decoro y alegre viveza que poseen las auténticas

heroínas shakespearianas, y el decoro de ninguna manera es incompatible con el conocimiento de cómo se mueve el mundo. Las muchachas de Jane Austen conocían al milímetro la delgada línea que separa la alegría de la indecencia.

La pureza que es ignorancia, una vez pasada la edad de la inocencia infantil, no es más que simple estupidez, y nadie ha pensado nunca que Jane valorara la estupidez. Pero eso es lo que sucedió al final del siglo XIX, porque no hay tontería, por grande que sea, que la sociedad no adopte como doctrina en un momento u otro y la defienda con todas las armas de la estupidez comunitaria.

Hasta hace muy poco lo convencional en la novela corriente era que una chica de veras decente no solo fuera inocente (lo cual es una cosa), sino bobalicona (lo cual es otra muy diferente). Amelia Sedley pudo ser una necia, pero Becky Sharp no lo era en absoluto. ¿Cómo podía ser una ignorante Becky con la educación que tuvo? Thackeray no escribió novelas corrientes.

Tampoco los niños de estos grandes libros pudieron ser tan ignorantes e insensibles al sexo como parece después de una rápida lectura. La muy inteligente niña de Henry James, Maisie, sabía mucho de lo que su biógrafo nos dice, e indudablemente muchísimas cosas acerca de la vida sexual de sus padres que el autor sabe que ella sabía, pero que la convención exigía que no nos dijera.

Por supuesto que yo, el muy leído doctor Hullah, sé estas cosas, pero solo ahora que mi experiencia me ha herido en lo vivo entiendo que el amor en la literatura y el amor en la vida son la misma cosa, y que el lector inteligente debe aportar su propia experiencia para completar la experiencia de la novela que tiene en su mano. La aventura, la entrega sincera y la lujuria simplemente carnal son partes del mismo pastel de ciruelas, y lo mejor del pastel es el delicioso aroma que desprende. La prueba del pastel consiste en comerlo, y solo cuando hemos comido unos cuantos bocados empezamos a entender. Si un libro no resiste esta prueba, ¿de qué sirve?

7

No fue la muerte de Gil, sino sus consecuencias, lo que me hizo volver a considerar mi aventura con Nuala y darme cuenta de que la

hechicera irlandesa del pasado y la nerviosa especialista en ginecología de edad madura (para ser galante, porque solo tenía tres o cuatro años menos que yo) del presente eran dos criaturas diferentes y que yo ya estaba bien metido en lo que los periódicos populares llaman «la juventud de la vejez». Tampoco podía esperar que el mundo simpatizara conmigo si el mundo no había oído hablar nunca de mi problema. El mundo, representado por aquellos que dan sus consejos sobre tales temas en la prensa, sin duda me habría aconsejado que buscara una nueva pareja, probablemente en las columnas de esos periódicos: «Dama dinámica y alegre, 45 años, busca hombre auténtico, aficionado a la ópera, cenas con velas, paseos por el bosque, béisbol y pesca, para amistad duradera y quién sabe qué más». El mundo, sin que yo me diera cuenta, había cambiado su actitud hacia el sexo de un modo espectacular, aunque no muy profundamente según mi opinión. La homosexualidad se había convertido, no en el amor que no se atreve a decir su nombre, sino en el amor que nunca sabe callarse. Las palabras que de niño había visto escritas con tiza en los graneros eran hoy moneda corriente en la prensa, y eso, probablemente, era un cambio que se alejaba del puritanismo estrecho y de la necia afectación de delicadeza en el periodismo, donde no hay delicadeza y muy poca decencia. Pero nunca consigo ver impresa la palabra «follar» ni oírla en boca de una mujer, sea joven o vieja, sin sentir un sobresalto, que he aprendido a disimular, porque para mí solo significa sexo físico, aplicado tan solo a la violación o a uniones comerciales con mercenarias aburridas. No hay otra palabra, salvo perífrasis médicas, pero para mí, «follar» siempre estará falto del encanto mágico sin el cual la relación sexual no es más que carne caliente y patatas frías, es decir, un plato miserable.

Sin embargo, mis pacientes impedían que me hundiera en la senectud. Muchos pertenecían al grupo que Hugh había bautizado con el nombre de «aporéticos de Hullah», que era su calificación grandilocuente para la gente ingeniosa capaz de plantear dudas y objeciones sobre cualquier cosa que estuviera destinada a ayudarla. Si yo recetaba un medicamento, seguro que lo encontraban demasiado fuerte, o no lo suficientemente fuerte, o les provocaba

nuevos síntomas molestos. Si para levantarles el ánimo les sugería algo de lectura, ir a conciertos, escuchar música en el aparato de alta fidelidad o gozar del milagro de ver películas en el televisor de casa, el resultado era que la lectura «les cansaba la vista», o que no estaban «preparados» para ir a una sala de conciertos, o que escuchar música en casa «molestaba» al resto de la familia. En cuanto a ver películas en casa, las objeciones solían ser ingeniosas y variadas. Ver películas que se rodaron cuando eran jóvenes resultaba muy doloroso por el pasado que evocaban; desde el Holocausto, toda esa clase de cosas son insoportablemente superficiales. O se sentían ridículos porque les parecía imposible que hubieran seguido las modas de entonces; o había demasiada bebida o se fumaba mucho, o eran indiferentes a la amenaza rusa, o cualquier otro pretexto que les impedía gozar de la película. Por supuesto, los hermanos Marx ya no eran divertidos y mi aporético no podía soltar una carcajada para salvar su vida.

¿Quería decir esto que yo renunciaba a mis sugerencias o que no mejoraban? Nada de eso.

—Qué suerte tiene usted, doctor, por sentir entusiasmo por la vida. Una pobre criatura como yo no tiene más remedio que envidiarlo. No, las películas no me ayudaron nada y he devuelto el aparato a la tienda, pero lo que me hace bien de verdad es hablar con usted, doctor. Usted tiene lo que oí llamar una vez salud contagiosa, y eso es un gran don.

¡Un don! Para estos seres fracasados yo era un prodigio de bienestar. No concebían que yo tuviera preocupaciones, desengaños o dolores, porque todas estas cosas eran de su exclusiva propiedad. Mi apariencia de bienestar formaba parte de mi profesión.

Gracias a Dios, no todos mis pacientes pertenecían a este grupo o me habría vuelto loco. Pero la mayoría era gente con enfermedades mentales infecciosas que contagiaban con su miseria a esposos lamentables, hijas solteronas o familiares y conocidos que no podían o no querían librarse de ellos. Estoy convencido de que les hice algún bien y, al hacerlo, me ganaba mis honorarios, porque eran una compañía agobiante, y si no hubiera mantenido una firme

actitud profesional me habría reído de ellos o los habría maldecido, porque eran desechos de este mundo, almas desgraciadas.

De vez en cuando se presentaba una novedad, como un precioso caso de infección pulmonar de granjero que diagnostiqué a un censor jurado de cuentas, cuya dedicación a su jardín urbano era la causa de su mal. Era un caso evidente de alveolitis alérgica, pero mi mérito estuvo en buscar y encontrar la causa, y cuando siguió mi consejo y dejó de preparar estiércol, volvió inmediatamente curado a proclamar mis dotes de hechicero.

Pero había momentos en que anhelaba tener un grupo de pacientes más interesante. Había leído y releído *La historia de San Michele* de Axel Munthe y soñaba con que me llamaran para tratar a testas coronadas, bellezas de la alta sociedad y artistas fascinantes. Es cierto que tenía algunos millonarios entre mis pacientes, pero no eran del tipo interesante, no eran grandes piratas ni granujas de las finanzas, sino un puñado de leguleyos e industriales laboriosos, cada uno con su aburrida historia sobre cómo se sobrepusieron a un origen humilde hasta alcanzar —a mi parecer— un presente intelectualmente humilde. Soñaba con una vida más amplia. Sabía que era tan buen médico como Munthe, miraba la medicina bajo la misma luz, pero los pacientes interesantes no pasaban por mi lado. Estaba condenado a prestar oídos a lo que Wordsworth llamaba

La moribunda y triste música de la humanidad

que con demasiada frecuencia degenera en gemidos. Era rico, porque había sabido aumentar mi sustanciosa herencia mediante inversiones provechosas, y había ganado bastante —debo confesarlo — exprimiendo a mis pacientes con mis honorarios. La seguridad social de aquella época permitía lo que se llamaba «facturación extra», que dejaba que el médico cargara a sus pacientes por encima de lo autorizado por el gobierno. Yo era un facturador extra despiadado y me parecía que cuanto más exigente me mostraba, mayor debía ser el entusiasmo de mis aporéticos y tristes enfermos por recompensarme.

Cínico. Imperdonable. Profesionalmente reprensible. Mis padres no lo habrían aprobado. El anglocatolicismo que había adoptado (con muchas reservas) tampoco lo habría aprobado. Pero ¿no

entregaba mi parte? ¿No dispensaba mi salud mental contagiosa a aquellos que la anhelaban? Y en cuanto a mi facturación extra, ¿no era Sigmund Freud quien desaconsejaba los tratamientos demasiado baratos, basándose en que lo que nada cuesta en nada se aprecia?

¡Oh, cuánto soñaba con una testa coronada o una belleza enfermiza!

8

—La señorita Todhunter ha pedido hora.

—Extraordinario. Eso no había ocurrido nunca.

—Ya lo sé. Cuando necesitan que las vea alguien acuden al doctor Dumoulin.

—¿Tienes alguna idea de lo que quiere?

—Sí.

—¿Y bien?

—Será mejor que se entere por ella. Le he dado cita a las cinco de la tarde. La última visita del día.

Cuando Chips entró en mi consultorio estaba incómoda, cosa extraña en ella. Dejé que hablara durante un rato del tiempo —qué otoño tan espléndido— hasta que se sintió dispuesta a decir lo que la traía.

—No es por mí que he venido. Es por Emily. Me gustaría, doctor, que le echara un vistazo.

—¿Qué es eso, Chips, de llamarme «doctor»? Somos viejos amigos.

—Ya lo sé, pero esto es una visita profesional y nunca te hemos consultado profesionalmente. Eres muy caro para unas pobres artistas.

—Me parece que sois pacientes del doctor Dumoulin. Si vais a seguir con él, debo mantenerme al margen. Nada de pisar a otro, es un viejo principio profesional. Pero, claro, si lo que quieres es una segunda opinión...

—Es eso precisamente lo que quiero. Y he venido a verte porque eres el Hombre Astuto. No creo que Em esté recibiendo el tratamiento adecuado.

—¿En qué consiste?

—Dumoulin dice que es una depresión. Se ha hecho muy difícil convivir con ella. Quiero decir, no se trata de su temperamento de artista, al que una se acostumbra. Me riñe por la menor cosa y siempre está triste.

—Supongo que no fue por eso por lo que fue a ver al doctor Dumoulin.

—No. Fatiga. Desaliento. Abatimiento.

—Ya veo. ¿Cómo anda de apetito?

—Mal. Las cosas que le gustaban ni las toca. Es como si fuera otra, Jon. Acostumbraba a mimarla para que comiera. Ahora, cuando lo hago, se enfada y me dice que no le dé órdenes. Está perdiendo peso.

—¿Duerme?

—Muy poco. De noche lee mucho.

—¿Compartís la misma cama?

—Siempre lo hemos hecho. Por eso lo sé. Y no solo lee, también llora. Y si trato de reconfortarla se pone histérica y me dice que no esté pendiente de ella todo el rato.

—¿Has notado algo, por ejemplo, algún olor desacostumbrado?

—Sí, ventosea una barbaridad. Pero en silencio. Eso que los *québécois* llaman *le pet jésuite.* Sin hacer ruido, pero, bueno, ya sabes. Le da mucha vergüenza, pero no puede controlarse.

—Esto es un poco personal; ¿cómo va la libido?

—¿Eso qué significa?

—¿Algún interés por el sexo?

—Ah, eso se acabó. Se fue con la menopausia. Quizá no tenía que haber sido así, pero así fue. Eres un viejo metomentodo.

—Profesionalmente he de serlo. ¿Y qué sugiere Dumoulin?

—Ah, le da unas píldoras de carbón para los pedos. Lo que más le recomienda es un viaje. Dice que un viaje por mar ayudaría. Pero ya sabes lo que eso significa hoy en día, uno de esos malditos viajes organizados para bobas jubiladas. Supongo que podríamos ir en un carguero. Aceptan pasajeros y he oído decir que los holandeses son muy buenos. Pero no sirve de nada. Ella no quiere oír hablar del asunto. Dice que tiene que quedarse, por su trabajo.

—¿Y cómo va el trabajo?

—Con muchas dificultades. Todavía está liada con la cabeza del banquero que empezó hace tres meses. Hace unas caras divertidas en el modelo de arcilla y luego se pone a llorar. Muy raro, Jon. ¿Qué puedes hacer?

—¿Qué quieres que haga si no puedo ver a la paciente? ¿Podría venir Emily a verme?

—No hay la más mínima posibilidad. Se lo dije y explotó. Dijo que antes condenada que venir. Esta es una de sus rarezas; la toma con la gente sin razón alguna. Antes te llamaba el Hombre Astuto, pero ahora está en tu contra. Y siempre os habíais llevado bien.

—Nunca verdaderamente bien. No como tú y yo. En fin, Chips, ya ves cómo están las cosas. Tengo que verla antes de decir algo que sea útil.

—Pero ¿no puedes decirme nada? Estoy desesperada, no me importa decírtelo.

—Con lo que me has dicho solo puedo hacer un diagnóstico medieval. Suena como si Emily padeciera un exceso de bilis negra.

—¿Qué demonios es eso?

—Si el cuerpo estuviera gobernado verdaderamente por cuatro humores, y digo *si*, la sangre haría a los optimistas, la flema haría a los flemáticos, la bilis amarilla haría a los coléricos y la bilis negra a los melancólicos. Lo importante es mantener los humores en equilibrio, porque cuando uno domina sobre los otros da lugar a la enfermedad que le es propia. Eso es lo que creía Galeno y Galeno no era un necio. Galeno diría que Emily tiene demasiada bilis negra, lo cual la vuelve melancólica, y demasiada bilis amarilla que la hace testaruda y agria de carácter. Si damos un salto de gigante, desde Galeno hasta la psiquiatría moderna, diría que Emily está en un estado avanzado de autonegación. La vida ha perdido para ella su sabor. Si quieres una gran palabra para definir su estado, llámalo anhedonia.

—¿Y yo qué tengo que hacer?

—Ya me gustaría decírtelo. Pero a menos que Emily se tienda en mi mesa...

—Sí, para que le huelas los chismes y le pongas la cabeza en su barriguita y todas esas tonterías, sí, sí, sí, pero ya te he dicho que

no vendrá. Bueno, lamento haber desperdiciado tu tiempo. Envíame la factura.

—Chips, me ofendes. ¿Qué factura? Los médicos atendemos gratis a la familia. Y, después de tantos años, ¿no somos una familia?

—No sé lo que digo. Estoy muy preocupada. Sí, supongo que sí, que somos una familia. Gracias, te entiendo. Pero esto no tiene remedio.

—Oh, todo tiene remedio para los de Saint Aidan.

Cuando la acompañaba a la salida, se detuvo para contemplar con curiosidad mi bella reproducción de Wiertz, el cuadro de la Muerte y la Dama que había en el recibidor. Se estremeció.

—¿Por qué no te deshaces de esa cosa tan horrible? —dijo antes de marcharse.

Era uno de sus arrebatos y los dos lo sabíamos.

9

Nota para *ANAT.*: Solo puede hacerse una estimación parcial de la calidad de vida de un paciente si se sabe algo de sus hábitos defecatorios. Esa es la razón por la cual los médicos palpan los intestinos y se somete a los pacientes masculinos a un sorprendente examen de la próstata, con una profunda introducción del dedo del médico en el recto.

Así que, pensando en mi *Anatomía de la ficción,* ¿qué no daría yo por acariciar la próstata del señor Pickwick? ¿Cómo tendría los intestinos la señorita Havisham, estando como estaba todo el día sentada en una mecedora? La estasis intestinal puede tener una gran influencia en la personalidad.

Dickens, para el propósito de mi libro, ofrece unas posibilidades de especulación casi abrumadoras. Todos esos personajes de baja condición, que viven en las calles y pasan las noches en soledad, ¿dónde vaciaban sus tripas, cuando lo hacían? Supongo que en los callejones. Aquellos que hacían viajes prolongados en diligencias, ¿aprovechaban la oportunidad cada vez que se cambiaban los caballos para ir al establo, donde buscaban uno de esos agujeros inclinados, hechos en el suelo para orinar? Tendrían que hacerlo, sobre todo teniendo en cuenta lo que bebían y que una pinta de

jerez —un vino reforzado básicamente con brandi— era para ellos un simple refresco. No hay que asombrarse de que hubiera tantas enfermedades. Y las damas viajeras, ¿qué decir de ellas? Las novelas no ofrecen ningún indicio, pero hay que presumir que tenían que preguntar a la señora de la casa por una habitación con un orinal donde pudieran retirarse. ¿Y quién se encargaba de vaciar el orinal? La camarera, por supuesto; era una parte importante de su trabajo.

En efecto, mucho del sistema de clases de la vida europea y norteamericana hasta el presente siglo descansaba en la diferencia entre quienes manejaban habitualmente los detritus humanos y quienes no. Las personas con estatus de nobles, por más que se las desafiara, desde luego que no lo hacían. Las mesillas y orinales las vaciaban, limpiaban y exponían al sol las personas que, por esa misma razón, no podían aspirar a la nobleza. Las damas y los caballeros, aun los más benévolos, se negaban a cruzar esa línea. De aquí la creencia de que si Tom Jones fecundaba a una criada era un asunto trivial, pero si manchaba la virtud de una dama era una gran ofensa.

El absurdo al que tales ideas puede conducir fue satirizado por Swift en un famoso poema —considerado como infame durante muchos años— en el cual un amante se introduce furtivamente en la alcoba de su adorada y se regodea con todos los tarros de pomadas, esencias y cintas que allí encuentra. Pero luego, el muy estúpido, curiosea en una bonita mesita que hay junto a la cama ¡y descubre el orinal! Asqueado, sale huyendo de la habitación, gritando: «¡Celia! ¡Celia! ¡Celia caga!». Bien merecido se lo tuvo. La doncella podía haberle contado otras cosas de su amada que, aunque no bonitas, hubieran dado a Celia la dimensión humana que él le negaba.

Una línea separaba a la señora de la criada. Incluso la señora Micawber, venida a menos por la poca fortuna de su amado Wilkins, tenía a alguien que le vaciaba los orinales; cierto que la desgraciada era una huérfana, alojada con los Micawber a cambio de una pensión que debía de ser escasa. Esta huérfana, que casi con toda seguridad era ilegítima, procedía de un asilo y, por lo tanto, no era una persona a efectos prácticos. Justo lo que se necesitaba para el

agua sucia. Y la señora Micawber tenía que disponer de criada so pena de renunciar a toda pretensión de nobleza.

¿Tiene esta línea de investigación algo que ver con la sombra que se cierne sobre la Casa de la Gleba? Sí. Si pudiera ver a Emily y analizar dos o tres muestras de sus heces, podría confirmar lo que ya sospecho y lo que me parece que Chips teme.

10

El protocolo profesional podía impedirme que interfiriera en el tratamiento de Emily Raven-Hart (aunque tuviera fundadas sospechas de que Dumoulin había errado el camino), pero no me impidió que observara a Emily en las ocasiones en que ella ignoraba mi presencia. Desde mi sala de consultas miraba mucho por la ventana a mi patio, flanqueado a un lado por el jardín de la Casa de la Gleba y al otro por la parte posterior de Saint Aidan. Mis dependencias habían perdido prácticamente toda la apariencia de un establo (salvo por las cabezas de caballo bellamente esculpidas encima de la entrada principal) y el conjunto de edificios estaba pulcramente cuidado. Con frecuencia, mientras escuchaba a mis pacientes, miraba por la ventana, porque hablaban con mejor disposición cuando no los miraba. Sabía que mi mirada podía desconcertarlos.

Desde mi ventana veía invariablemente a unos pocos del Pueblo de Dios merodeando a la entrada de la cripta de la iglesia, que el canónigo Carter había arreglado para que les sirviera de refugio. «Cripta» era la nueva y hermosa palabra para la vieja y derrumbada bodega; habían puesto mesas, bancos y una cocina, donde las damas de buen corazón y unos pocos jubilados preparaban un desayuno caliente para todo el que iba. Pero no era un lugar cómodo para los que no comían, de modo que el patio se convirtió en un sitio muy frecuentado, y los más afortunados se adentraban en la iglesia, donde se pasaban el día durmiendo sobre los livianos cojines de los bancos traseros, cerca de la pila bautismal. No me gustaba que mi patio sirviera de lugar de reunión de indigentes, pero poco podía hacer sin armar un escándalo y ser acusado de inhumano; a algunos de mis pacientes más nerviosos les desagradaba tener que pasar junto al grupo, que no se privaba de mendigar. Pero el hombre

que puse a cuidar el patio, que tenía poca simpatía por los que él llamaba «miserables» hacía que el lugar les resultara incómodo, barriendo encima de ellos y, algo mucho más efectivo, pidiéndoles ayuda para limpiar o cargar cosas pesadas.

Esta disposición en cierta manera medieval daba sin duda un aire de actividad al patio, pero Las Damas y yo no teníamos necesidad alguna de aquello, y Chips empezó a mostrarse claramente hostil con el Pueblo de Dios cuando invadieron su jardín, llegando incluso a orinar en el vecino cementerio.

Desde mi ventana podía ver las idas y venidas de Las Damas y, por lo menos una vez al día, veía a Emily tomando el aire en el jardín o saliendo para hacer algún recado. Un observador casual no habría advertido ningún cambio en su antigua, hermosa y distinguida prestancia, pero a mí me pareció más lenta en el caminar y, sobre todo, vista por detrás, me pareció encorvada, cosa extraña en ella. Busqué un pretexto para visitar la casa —las visitas inesperadas no eran bien recibidas—, y aunque Emily no estaba presente físicamente, sí lo estaba en espíritu para mi sensible facultad diagnosticadora, y creo que no me engañé cuando capté en un momento u otro un olor que todos los médicos conocen pero que algunos prefieren ignorar. El espíritu de la Casa de la Gleba se había alterado significativamente.

Ahora me tiendo dos veces a la semana en la mesa de Christofferson, mientras ella busca los puntos rígidos, dolorosos o tensos de mi cuerpo; era una masajista magistral y seguía el método sueco antiguo, que en ocasiones resulta doloroso, pero siempre es reconfortante. Hablábamos, por supuesto. El cuidado del cuerpo suelta la lengua.

Le pregunté qué pensaba de la situación en la Casa de la Gleba.

—Nunca he entendido bien a esas señoras inglesas. Por supuesto que la situación de ellas es bastante evidente; se da en todas partes y hoy se tolera públicamente. Pero en los días en que eran jóvenes no se entendía tan bien y parecían siempre como unidas frente al mundo. No hostiles, sino dispuestas para resistir las críticas. Ahora la hostilidad se les ha colado de rondón en la casa. Por primera vez desde que las conozco están reñidas.

—Siguen durmiendo en la misma cama.

—Sí, pero los tiempos felices ya han pasado. Ahora el lesbianismo ha entrado en la etapa «bolsa de agua caliente y camisón de franela». La domesticidad ha terminado con el romance.

—¿Crees que estuvieron muy cerca, físicamente?

—Apostaría dinero a que sí. ¿Y por qué no? Esas muchachas lo deben de pasar muy bien juntas, y ellas dos son artistas de recursos.

—¿Cunilingus?

—Oh, sí, y supongo que anilingus también. Me han dicho que es muy divertido cuando le coges el tino.

—Vas por delante de mí, Chris. Pero ¿crees que todo ha pasado?

Para sorpresa mía, Christofferson se puso a cantar:

Todo pasa
en este mundo:
todo empieza
y todo acaba.
Pero el dolor de mi corazón, amado mío,
no pasará nunca.

—Es una vieja canción danesa que acostumbraba a cantar de niña; no queda tan bien en inglés, pero da una idea. ¿Le hago daño?

—Sí, pero de una manera que me hace bien. ¿Así que crees que ha llegado el momento del dolor en la Casa de la Gleba? Yo creo que sí. La señorita Todhunter está muy preocupada.

—Y tiene razones para estarlo. Por supuesto que usted sabe lo que está pasando.

—Creo que lo sé.

—Claro que lo sabe. Y yo también.

—Pero no hay nada que yo pueda hacer.

—¿Por protocolo profesional? El doctor Dumoulin es un hombre de salud exuberante. Cree que lo que todo el mundo necesita es un tónico y ánimos. Hasta cierto punto, el tratamiento de un médico es siempre un reflejo de él mismo. Pero Dumoulin está muy orgulloso de sus consultas de doce minutos y hay veces que se le pasa por alto lo que un médico más lento vería.

—Pero no puedo colarme en la Casa de la Gleba y decir: creo que Emily tiene un cáncer y quiero examinarla porque no hay tiempo que perder.

—No. No puede hacerlo. Protocolo profesional.

—Que puede convertirse rápidamente en uno de los adornos de la estupidez.

—Doctor, usted no puede oponerse al destino. Lo tiene colgado en su sala de espera. *Ananké.* Si llega allí como un caballero en rescate de la dama, puede causar un daño mayor que si deja que el destino se cumpla. Emily Raven-Hart es una mujer de fuerte personalidad a pesar de sus modales decadentes y encantadores, y si ha llegado a odiar la vida, lo mejor es dejarla que siga su camino.

—*Dree her weird,*[*] como dicen los escoceses.

—*Ananké*. Usted lo ha puesto por encima de la sabiduría y la medicina, en el sitio que le corresponde. Debe tomar su propia medicina, doctor. ¿Le hago daño?

—Sí, pero me alivia.

11

Estuvo bien que Christofferson me dijera que tomara mi propia medicina, pero yo, como persona formada en la tradición parkeriana del Canadá moderno, no podía quedarme al margen de lo que ocurría con mis vecinas. Me inventé un pretexto y fui a la Casa de la Gleba. Esta vez Emily estaba allí.

—¿A qué ha venido? —me preguntó de un modo que a mí me pareció poco educado.

—Es solo una visita de cumplido. Una taza de té, quizá. Solo para ver cómo se encuentran ustedes.

—Yo me encuentro muy bien, gracias. Y Chips, como usted sabe, nunca está enferma.

—Me alegro de saberlo. Pero desde que no hacen las reuniones de los domingos, no las veo tanto como acostumbraba.

—Los domingos se habían convertido en una lata insoportable. Demasiado trabajo para nada.

—Oh, no diga eso. Tenían un salón. Un lugar donde se refugiaba la gente más interesante, bueno, los artistas de la ciudad.

—Pero han cambiado. O se han desvanecido, de tal modo que ya no son los mismos. Ni siquiera Moscheles tiene sitio en la sinfónica.

—Oh, eso es injusto. Moscheles no quiere estar en la sinfónica. Es un hombre de cuarteto, como nunca hubo otro. Y está demasiado viejo para los ajetreos de una orquesta.

—Suerte que tiene la sinfónica. Neily Gow está fuera. Sir Neily, por supuesto, pero olvidado. No sabemos nada de los nuevos. No sabemos nada de ópera, que es lo que está de moda. Y estoy segura de que tampoco quieren saber nada de nosotras. Aquellos tiempos ya pasaron.

—Pero fueron unos tiempos muy buenos. En aquella época estaba gestándose algo. Las artes florecían en esta ciudad como nunca antes. Había una *Gemütlichkeit* que parece que ha desaparecido. Y sus domingos fueron la gran contribución a esa sensación maravillosa.

—Usted es un romántico. Usted cree que la bohemia forma parte del arte.

—Supongo que sí. Pero la bohemia ha dado paso a una especie de seca respetabilidad artística. Por ejemplo, ¿se ha enterado de lo de Jimmy Scrymgeour y Kitty? Recuerdo que durante mucho tiempo vivieron juntos bajo la horripilante sospecha de bigamia, porque hace años que Jimmy huyó de Escocia, subiendo a un barco en el momento en que zarpaba y dejando en la orilla, furiosa y chillando, a su esposa alcohólica. Todo el mundo lo sabía y todo el mundo lo aprobaba. Pero hace unos meses, Kitty se encontró con alguien que conozco y le dijo: «¿Qué te parece? ¡La mujer ha muerto!». Al parecer, la señora Scrymgeour había expirado por fin en un asilo para alcohólicos de Dundee, ¡y ahora Kitty y Jimmy son personas respetables! Eso mismo es lo que le ha pasado a la música y, en general, al arte de Toronto: la respetabilidad ha descendido envuelta en una bruma de Fundaciones y Consejos Artísticos y, aunque todo ha mejorado en su conjunto, por lo menos en lo que se refiere a actuaciones, mucho de la magia y de la improvisación se ha perdido. Nos hemos convertido en una ciudad típica de Norteamérica, nos visitan los virtuosos, los directores que empiezan vienen aquí para

hacer méritos en sus carreras y las reuniones que ustedes hacían los domingos han sido reemplazadas por los Consejos del Presidente, los Comités de Mujeres y toda la parafernalia del agobiante arte moderno.

—No se puede detener el progreso.

—Mejor sería decir que no se puede detener el tiempo. Yo no estoy muy convencido de que el progreso sea bueno. Las civilizaciones del pasado se las arreglaron muy bien con cosas parecidas a sus reuniones del domingo. Y me refiero, creo, a los mecenazgos amables. Pero estoy siendo desconsiderado. La música no lo es todo. ¿Cómo va su trabajo?

—¿Se refiere a mi eficiente producción de parecidos en bronce de Fulano y Mengano para adornar salas de juntas? ¿O trata de recordar mi gran época de escultora de mantequilla?

En aquel momento apareció Chips con la bandeja del té.

—La querida Em está un poco cansada —dijo—, pero le va muy requetebién.

—Oh, tengo entre manos una lista de presidentes y directores, si es a eso a lo que se refiere —dijo Emily.

—Querida —dijo Chips—, ya te he dicho muchas veces que los grandes artistas del Renacimiento hicieron un montón de presidentes y directores, pero entonces se llamaban papas y príncipes.

—Sí, pero aquellos papas y príncipes tenían estilo y, a veces, una fealdad distinguida. Verrugas y narices aguileñas. Estos banqueros y agentes de seguros no tienen estilo, no tienen rostro. ¡Nadie en este maldito país tiene *rostro*!

—No, pero pagan a tocateja, cosa que no hacían siempre los papas y los príncipes. Olvídate de las verrugas y las narices aguileñas y alégrate del dinerito.

Siguieron discutiendo tontamente y yo recordé mis sueños de testas coronadas y bellezas magníficas. Por último, Emily no pudo aguantar más que Chips insistiera en que fuera razonable.

—¡Por Cristo, cállate! —dijo y salió de la habitación sollozando.

—Pobrecita, está un poco cansada —dijo Chips. Y también se puso a llorar, y las lágrimas no le sentaban tan bien como a Emily—. ¡Oh, Dios, lo que daría por que se dejara examinar por ti!

Pensé que era el momento de irme y así lo hice. Pero no antes de que Chips me dijera, ya en la puerta:

—¿Has notado algo raro en el patio?

—¿Raro?

—Extraño. Estoy segura de lo que he visto. Abre bien los ojos.

Y en cuanto salí supe a lo que se refería. 12

Nota para *ANAT.*: Durante el anterior capítulo, Emily estaba echada, o quizá deba decir reclinada, sobre un sofá, y me acordé de cuántos personajes femeninos de novela pasan gran parte de su vida en sofás. ¿Por qué? ¿Qué les aquejaba? Estar en cama es señal de una verdadera indisposición, pero dominar la sala desde un sofá sugiere otra cosa, seguramente algún achaque crónico. Pero ¿cuál?

Pensé en la signora Madeleine Neroni, tan deliciosamente descrita por Trollope en *Las torres de Barchester*; dice que su belleza es perfecta y se entusiasma particularmente con su «busto», palabra victoriana para señalar las tetas. Allí donde va se convierte en el centro de atención, y todos los hombres la encuentran irresistible. Pero se pasa la vida en los sofás y cuando va a las casas de los demás, su hermano tiene que llevarla inmediatamente al sofá más próximo o mejor situado. ¿Qué problema tenía la signora?

Una criatura exótica, sin duda, para ser la hija de un clérigo inglés, rico además, pero sabemos que había estado casada con un tal Paulo Neroni, un italiano que fue capitán de la Guardia Pontificia y la trató con crueldad. De ahí la vida en el sofá.

Como médico no lo creo. Las mujeres que han sido maltratadas por sus esposos (o que se han caído escalando una ruina, como decía la signora) no conservan una belleza tan perfecta. Por lo que sabemos, y para mí ofrece una mejor explicación, tuvo un hijo, y se insinúa que nació siendo ella soltera y luego se legitimó mediante un matrimonio precipitado. (Ella llama a este niño «el último de los Nerones», lo cual me parece algo exagerado.) Lo que sospecho es que el parto habría sido una chapuza de algún charlatán barato y que la signora habría sufrido una lesión nada infrecuente en aquella época, una fístula en la vejiga, un desgarrón en el canal uterino por el que escapa orina a la vagina, lo que obliga a la paciente a llevar todo el tiempo una especie de pañal almidonado que no le permite

una actividad normal. Consecuencia: invalidez y vida en un sofá. Esta lesión se creía incurable hasta finales del siglo XIX; era algo de lo que no se podía hablar y causaba una misteriosa fragilidad en muchísimas mujeres.

Por supuesto que nada parecido a esto aquejaba a Emily, pero su afición al sofá me trajo todo esto a la memoria, y me di cuenta de que estaba siendo víctima de la obsesión del escritor, que consiste en relacionar todo lo que la vida le ofrece con el libro que escribe o piensa escribir. Todavía no había comenzado mi *Anatomía de la ficción,* pero ya empezaba a dominar mi mente, tomaba notas y me hacía buscar las páginas de las novelas donde hay señoras que pueden haber sufrido aquel contratiempo tan frecuente en el parto antes de que la eficiencia de la cirugía moderna lo arrumbara como cosa del pasado.

13

—Si está resuelta a suicidarse de un modo tan doloroso, el consejo que te doy es que la dejes seguir así y que no interfieras.

Así hablaba McWearie, en su papel de llevar siempre la contraria, convencido de que así ayudaba a alcanzar una conclusión razonable.

—Pero, Hugh, ¿no sería inhumano? Y para mí es completamente imposible, porque mi juramento hipocrático me obliga a salvar la vida siempre que esté a mi alcance, y no a hacer de burro filosófico, que es lo que me estás aconsejando.

—¿Sabes? Dudo que Hipócrates sea el autor de ese juramento.

—Quizá no lo sea, pero representa lo que él defendía, y define noblemente mi profesión.

—Muy bien dicho. Pero, de vez en cuando, cambia de orientación. Observo que ya no impide a un médico que recete algo para provocar un aborto o que haga la operación él mismo. Aunque hoy en día cualquiera puede abortar. No hace mucho oí que una muchacha, que aún no tenía veinte años, ya había abortado tres veces.

—Hay momentos en que hay que introducir nuevas definiciones.

—Sí, claro. Hay que cambiar con los tiempos. Bien, entonces, vete a ver a Dumoulin y dile que crees que está incitando a Em

Raven-Hart a una forma de suicidio, que ya no es ilegal pero que en nada realza la reputación de un médico. Sabes que a lo que va Emily no es a una especie de eutanasia, sino a una muerte despiadada. Y no solo le afecta a ella. ¿Qué me dices de Chips? ¿No te sientes obligado a pensar en ella?

—No puedo ir a Dumoulin. Sería...

—Muy poco profesional. E iría en contra de tu juramento. ¿No has jurado también ser fiel a la profesión, incluso cuando está equivocada o simplemente es alegremente negligente? ¡*La profesión*! Oh, Jon, no hables de esa manera. «Mi patria, con razón o sin ella; mi madre, sobria o borracha.» ¿Es esa tu manera de pensar? Te creía mejor que eso.

—Muy bien. Lamento haber sacado el tema a colación.

—Claro que lo lamentas, tú, amante de los juramentos. ¿No juraste que lo que vieras u oyeras de la vida de los hombres que no fuera adecuado, lo callarías como un secreto inviolable? Y aquí estás, largando como una vieja a la hora del té. Qué vergüenza, doctor.

—Basta ya, Hugh, voy a retirar la botella de whisky. Estás siendo asquerosamente ofensivo.

—Intencionadamente, te lo aseguro. Pero ¿es que no ves que solo trato de llegar a la verdad? Tú crees que Em tiene un cáncer y no se cuida; sabes que Dumoulin no está haciendo nada, muy probablemente porque ella no le ha dado el menor indicio de lo que tiene y él no posee tu famosa intuición con los pacientes; tu respeto profesional te prohíbe interferir. Hasta aquí, todo perfecto. Estás loco por interferir, pero tu juramento hipocrático tiene preferencia sobre el derecho de Em a hacer lo que quiera con su vida.

—¿Tiene ese derecho?

—No según el concepto cristiano. Pero Em está hecha un lío y nunca le fue fácil entender el cristianismo. Dices que se está destruyendo, lo cual significa para mí lo mismo que si dijeras que padece una melancolía aguda. ¿Y por qué lo crees así? No, no me lo digas; quiero decírtelo a *ti* porque creo que lo tengo más claro que tú, pues ningún juramento hipocrático me confunde.

»¿No recuerdas que hace años nos pasó lo mismo con el pobre Darcy? Hablábamos entonces de la miseria peculiar del artista que

tiene talento, pero no el suficiente para alcanzar sus aspiraciones. Pues pasa lo mismo con Em. Es bastante buena. De verdad, hace muy bien las cabezas de los presidentes y directores, con un toque de verdadera distinción. La escultura de mantequilla de la que ella se burla era absurda, pero demostró su asombrosa capacidad. Pero resulta que no es una artista muy original; tan pronto como abandona el sendero recto y estrecho del retrato sus ideas apenas destacan de lo común; lo que es inequívocamente suyo no le vale para volar muy alto. Ya sabes que su ideal era Barbara Hepworth; la obra de Em es imitativa, no tan buena como la de B. H., y nunca se aleja mucho de ella ni la supera.

»No es que sea trágico, de verdad, pero lo triste del caso es que Em sabe que no es de primera fila y eso la corroe. La peor tragedia de un artista no es fracasar, sino no alcanzar el éxito que se ha marcado de antemano. ¿Has leído alguna vez los diarios de Benjamin Robert Haydon? Un pintor interesante, pero no lo bastante bueno para llegar a los objetivos que se había fijado. Consecuencia: miseria y, finalmente, suicidio.

»Y eso es lo que me temo que le pasa a Em. Pero así como Haydon utilizó una pistola, ella ha elegido un procedimiento muy femenino y prolongado para acabar con una existencia que para ella ha perdido todo su encanto. Horrible, pero ¿qué le vas a hacer? Es un asunto particular.

—Hablas como si ella supiera lo que le pasa.

—Bueno, pero ¿no lo sabe?

—No lo creo, por lo menos conscientemente. Pero ¿acaso tomamos nuestras decisiones más importantes en el nivel más consciente? Entonces ella no diría: «Me estoy matando»; diría: «Me odio a mí misma», que, al final, viene a ser lo mismo. Me gustaría poder hacer algo.

—Mi consejo, doctor, es que no metas la nariz en esto. Si la salvas, que es como tú lo dirías, ¿para qué la habrías salvado? ¿Para que se odie más? No intentes hacer el papel de Dios. Deja que la *Ananké* siga su curso. Como sabes que ocurrirá.

—Me falta tu capacidad de ignorar lo que tengo delante de la nariz. ¿Y sabes lo que tengo ahora delante de la nariz, además de

Emily Raven-Hart?

—No, pero supongo que vas a decírmelo.

—Sí. A Charlie.

—¿Qué Charlie? ¿Charlie Chaplin?

—No seas payaso, Hugh. El reverendo Charles Iredale.

—Oh, *ese* Charlie. De vuelta del destierro, ¿verdad? ¿Le ha dado el obispo una iglesia en la ciudad?

—Vive con los miserables en la cripta de Saint Aidan.

—Oh, Dios misericordioso. ¿Y qué dice él?

—No he tenido la oportunidad de hablar con él. He estado a punto de cazarlo en dos ocasiones, pero se me escabulle como una anguila.

—Pero ¡miserable! ¡Y mezclándose con el Pueblo de Dios! No es lo que uno espera de un sacerdote. ¿Qué aspecto tiene?

—Horrible. Todos los síntomas del alcohólico terminal. No tardaré en obligarle a hablar conmigo.

—¿Y si hablara yo con él?

—¿Para qué?

—Por si lo has olvidado, soy el redactor religioso del *Advocate.* Ha de tener una historia. ¿Qué es lo que degrada a un sacerdote? Algo así.

—Hugh, eres despreciable.

—No lo creo. Eso le proporcionaría algún dinero. Y si puedo ayudarle, lo haré.

—¿Ah, sí? ¿No dejas que se cumpla el destino de Charlie, pero el destino sí puede ensañarse con Emily Raven-Hart?

—No me pidas coherencia, esa virtud es de mentes pacatas. Por burro que haya sido, siempre me ha gustado Charlie. Sabes, Jon, soy humano. La filosofía se aplica a los ajenos, no a los propios.

14

Nota para *ANAT.*: El problema de Charlie es una avanzada adicción al alcohol, término técnico que se aplica a los borrachos empedernidos.

Es sorprendente cómo la idea del Borracho, como ser libre y superior, ha captado la imaginación de millones de personas que deberían conocerlo mejor. Para muchos representa a alguien que se ha elevado por encima de las sombras de la vida cotidiana, libre de

preocupaciones mezquinas. Ocuparme del Borracho en la Literatura me supondría un trabajo de muchos volúmenes; tendría que ser selectivo y conciso. ¿Cómo arreglármelas con Seithenyn ap Seithyn Saidi, uno de los tres borrachos de la Isla de Bretaña, tal como lo presenta T. L. Peacock? Su saludo a Elphin y Teithryn cuando llegan estos a su castillo es esplendoroso: «Sed bienvenidos los cuatro». Y cuando Elphin le dice: «Gracias, pero somos dos», el gran hombre replica: «Dos o cuatro, todos sois uno». Pero Seithenyn es una criatura de la mitología, y que su ebria incompetencia le cueste a Elphin su reino es una falta leve, también mítica. Las realidades de la borrachera nunca vuelan tan alto.

De todos los borrachos literarios, Falstaff es sin duda el primero, aunque nunca lo vemos rendido a la bebida; él les causa la borrachera a otros, una característica desagradable. Generaciones de espectadores de teatro lo han adorado y han pensado mal del príncipe que no se rendía totalmente a su hechizo. Únicamente en su breve escena con Doll Tearsheet vemos la desesperación detrás del bromista. Los actores lo han amado; en cuanto se metía el cojín delante de las calzas y hablaba con voz estentórea, el más inepto de los cómicos se creía una lumbrera. Y es que el genio de Shakespeare lo hace espléndido. Hubo, sin embargo, un actor que parecía destinado a representar el papel y que rechazó hacerlo. Charles Laughton fue gerente de hotel en su juventud, y cuenta que se vio obligado a echar a demasiados tipos como Falstaff del Pavilion de Scarborough como para sentir alguna tolerancia por semejante engendro.

El retrato literario más parecido a Charlie que conozco es el Marmeládov de *Crimen y castigo,* un borracho empedernido que vende las medias de su esposa para pagarse la bebida. Su arrepentimiento angustiado, los arrebatos de autocompasión, el conocimiento de la degradación a la que se precipita y su incapacidad para salir de ella se dan en Charlie, pero si Marmeládov balbuceaba, Charlie habla con toda la retórica aprendida en su larga vida de prédicas y exhortaciones.

Era evidente que había estado bebiendo durante años pero, como muchos de su especie, aún no se había hundido en la *mania a*

*potu*; no tenía sensaciones de cosas reptantes sobre su cuerpo ni de serpientes o monstruos que lo amenazaran en los oscuros rincones de su retiro. Yo había presenciado algunos casos de *delirium tremens* entre el Pueblo de Dios, porque siendo el médico más próximo solían llamarme cuando algo ocurría en la cripta. No pretendo presumir de ningún mérito por acudir a estas llamadas. No tenía ningunas ganas de dejar mi cama y pasarme una hora con un loco antes de que lo llevaran al hospital. Pero ¿cómo podía negarme? La mía es una profesión compasiva, y cuando la compasión no surge naturalmente hay que fingirla.

Charlie es la realidad de lo que muchos escritores —algunos de los más grandes— han novelado. Emplearé la medida de Charlie contra los borrachos literarios que aparecerán en mi *Anatomía*.

15

No fue fácil que Charlie se pusiera bajo mi cuidado. Al principio echaba a correr —literalmente— cuando me acercaba a él. ¿Adónde iba? A la cripta, pero cuando lo seguía no lo veía por ninguna parte y los demás miserables con los que allí me tropezaba negaban conocerlo del modo vehemente que denuncia al mentiroso. Pero al final estaba seguro de que se encontraba allí, en lo que Darcy Dwyer había bautizado apropiadamente como el Agujero del Sacerdote.

En los tiempos duros de Inglaterra, cuando a todo sacerdote de la Antigua Fe capturado por los fanáticos protestantes se lo ejecutaba, muchas familias secretamente católicas tenían una habitación oculta o, más frecuentemente, un hueco o armario empotrado, al que llamaban el Agujero del Sacerdote, porque era allí donde el sacerdote que los visitaba podía esconderse si aparecían sus perseguidores. En la pared detrás del anticuado horno de Saint Aidan había un hueco lo bastante amplio para que un hombre pudiera echarse dentro de él. Había servido durante un tiempo como depósito para las cenizas, con una boca encima a través de la cual se sacaban. Cuando el horno de la iglesia fue sustituido por una caldera de petróleo, este lugar miserable se vació, aunque no muy cuidadosamente, y quedó separado del resto de la cripta por dos o tres planchas de hierro acanalado puestas en la entrada. Fue en este sucio refugio donde por fin encontré a Charlie.

Tuve que convencerlo para poder ayudarlo. Se sentía muy avergonzado y la vergüenza lo hacía desagradable y poco cooperativo. Parecía que me hacía un favor al dejarme sacarlo del Agujero del Sacerdote y de la cripta, para someterlo luego a una serie de baños a cargo de Christofferson que lograron permeabilizar su piel y sacarle toda la basura y parte del alcohol que llevaba dentro, la causa de que estuviera exhausto e incapacitado físicamente. El problema era qué hacer con él y dónde ponerlo.

Mi vivienda encima de la clínica solo disponía de un dormitorio, que era el mío, verdaderamente cómodo. No hubo otra solución que poner a Charlie en mi habitación y que yo durmiera en el sofá de mi biblioteca-sala de estar. Soy muy sensible a tales cosas, y tener que dormir en mi lugar de trabajo, ordenarlo y guardar la ropa de cama cada mañana para luego pasar un largo día con mis aporéticos, me producía la sensación de haber perdido casta, de haber bajado un peldaño social, lo cual era poco razonable pero no por eso menos real. Christofferson echaba un ojo a Charlie, que dormía en mi cama, con mi pijama, y se recuperaba de los muchos años de intoxicación, que, sin embargo, había sobrellevado lo suficiente para seguir actuando de forma aceptable, si bien no eficiente, como sacerdote.

Supongo que no soy una persona verdaderamente caritativa. Hago actos caritativos, pero no puedo decir que los haga a gusto. No podía abandonar a Charlie en el naufragio, pero deseaba quitármelo de encima o, por lo menos, sacarlo de mi cama. Acudí al canónigo Carter. Era un profesional de la bonhomía y me expresó su lástima y preocupación, pero no me ofreció ninguna solución. ¿No había sitio en Saint Aidan para Charlie?, le pregunté. ¿No había una habitación libre en la rectoría donde pudiera vivir durante un tiempo? Desgraciadamente, los dos sacerdotes de la parroquia necesitaban alojamiento, que era parte de su estipendio, y el trabajo burocrático necesario para administrar la parroquia ocupaba el resto del espacio disponible. El canónigo y su esposa ocupaban un lugar muy reducido para dejar sitio a los negocios que, al parecer, eran la principal preocupación de Saint Aidan. El canónigo lo sentía mucho, pero...

¿No podían darle a Charlie alguna ocupación en la misma iglesia? ¿Hacer de sacristán, de pertiguero o de cualquier otra cosa? El canónigo me dirigió la sonrisa compasiva que merecen los ingenuos. ¿Un antiguo sacerdote de la parroquia, reducido ahora a trabajos serviles, para que lo reconozca la gente y sepa lo que ha ocurrido? ¡Oh, no! El canónigo no podía someter a Charlie a semejante ignominia. Además, Charlie seguía siendo sacerdote, y en la iglesia, o hacía de sacerdote o no hacía nada. El canónigo dejó muy claro que Charlie no iba a hacer de sacerdote en *su* iglesia.

El canónigo habló de gente que conocía la historia de Charlie, de la que él no sabía nada ni pretendía conocerla. Pero yo me enteré de ella poco a poco, y era una historia que me resultaba muy familiar; no una tragedia, sino una historia sobre el sufrimiento de un destino miserable, sin asomo de alivio. Los dioses destruyen a los héroes con un golpe repentino, pero con los mediocres emplean años y años de hastío y cansancio.

La historia de Charlie no se entendería sin relatar unos hechos que a algunos pueden parecer triviales y cargados de esnobismo, pero que no por eso dejan de causar una gran infelicidad.

El puesto al que el obispo, presionado por el arcediano Allchin, había desterrado a Charlie, consistía en la atención de seis iglesiuchas situadas al norte de la provincia de Ontario, en una zona carente del encanto del norte y aún más alejada de las comodidades del sur, tal como entendemos el «sur» en Canadá. Esta parroquia desperdigada no pertenecía a la diócesis de Toronto: mediante un cambalache muy clerical, Allchin había convencido a un obispo vecino, que le debía un favor, para que acogiera a Charlie bajo su manto, pero en una punta remota y deshilachada de ese manto. Los feligreses de la parroquia se ganaban pobremente la vida con una agricultura de subsistencia, algo de leña sacada de los bosques y ocasionales trabajos en las carreteras. No era una comunidad próspera ni alegre. Seis iglesias parecen demasiadas para un solo hombre, pero no tenía que visitarlas todas cada domingo, y había dos que solo tenía que atender dos veces al mes. No estaban muy alejadas entre ellas si se disponía de un buen coche que salvara las malas carreteras, pero resultaban bastante distantes si lo que se

tenía era una motocicleta de segunda mano, un modelo en vías de extinción, y se era totalmente inocente —lo que ahora se llama un analfabeto tecnológico— con respecto a lo que tuviera que ver con mecánica. La motocicleta de Charlie era motivo de risa para sus desperdigados feligreses, pero a él no le causaba ninguna risa cuando se le estropeaba en mitad del camino —lo cual era frecuente — a muchos kilómetros de alguien que pudiera repararla.

Los feligreses. Ah, aquí es donde aparece el esnobismo. Charlie había crecido en una familia acomodada, y su educación había sido esmerada y costosa. No era tonto ni poco razonable, pero no podía evitar a veces la nostalgia de un mantel en la mesa, una cubertería que no estuviera ennegrecida por el tiempo y una vajilla sin restos de comida de otros días. Añoraba las sábanas que no eran harapos desgastados, y que se cambiaban más a menudo de lo que hacía la señorita Annie McGruder, porque era con los McGruder con quien Charlie vivía.

¿Cómo iba a ser de otra manera? Los McGruder habían alojado desde siempre al párroco. Era una de sus obras de misericordia, porque no le pedían lo que hubieran cobrado a alguien que no fuera un ministro del Señor, en el supuesto de que tal persona hubiera querido alojarse allí.

Comían sobre manteles grasientos, tan viejos que olían a comida rancia. Y lo hacían en la cocina. No en lo que los urbanitas entienden por cocina, con bonitas cortinas y armarios concebidos por diseñadores modernos para resultar cautivadores, con cocina de gas o eléctrica, tan agradable a la vista que no parece una cocina. La cocina de los McGruder no poseía esos lujos asiáticos; el hornillo era negro y olía a hierro viejo quemado cuando estaba funcionando. Detrás del hornillo podía haber una gallina empollando unos huevos en una caja de cartón y, delante, dos perros viejos y apestosos, famosos por su sagacidad como cazadores y guardianes, pero comatosos, esparciendo el olor de sus pedos en el ambiente caldeado; en una silla especial y para su uso exclusivo, dormía el viejo gato. Todas estas criaturas contribuían al conjunto de olores que caracterizaba la cocina, porque todas las ventanas estaban cerradas, con las juntas reforzadas con papel de periódico para

protegerse de las corrientes de aire del invierno, y era demasiado trabajoso quitarlo cuando llegaba el buen tiempo.

Y a esta mezcla de olores no era Amos McGruder quien menos contribuía. No porque fuera un hombre sucio, que nunca se lavara la cara o las manos, sino porque llevaba la misma ropa semana tras semana, y cuando entraba en la casa se quitaba las botas y caminaba con los pies enfundados en unos gruesos calcetines bien sudados. Su olor era poderoso, masculino, campesino; no nauseabundo, pero no se podía escapar de él.

Amos era soltero, lo cual añadía un componente testicular a su hedor, como el del gato. Vivía con su hermana, la señorita Annie, de quien no podía decirse que fuera una demente, aunque según las habladurías locales «no estaba del todo en sus cabales». La señorita Annie era capaz de llevar la casa, no de un modo ejemplar, pero tampoco lastimoso, pese a que demasiado a menudo se le caía un pelo en la mantequilla. El menú era el siguiente: para desayunar, gachas de avena; para almorzar, buey estofado con patatas mal hervidas; para cenar, pan y una variedad de jaleas y mermeladas de frutas del tiempo. Todas las comidas iban acompañadas de té recalentado en una tetera que raramente se vaciaba de unas hojas que ya habían soltado hasta la última pizca de amargor.

La conversación durante las comidas consistía en un breve informe del tiempo por parte de Amos, en el cual contradecía la previsión anunciada por la mañana en la radio. En opinión de Amos, «esa gente no daba ni una». La señorita Annie podía mencionar que había visto pasar a alguien por la carretera. Si no, hablaba de religión.

Hasta el sacerdote más piadoso se harta de hablar siempre de religión, sobre todo cuando la conversación no tiene el menor rigor teológico y carece de misticismo. La charla de la señorita Annie versaba sobre sus sueños, en los cuales aparecía con frecuencia Jesús, y ella describía estas apariciones con todo detalle. Afortunadamente para Charlie no exigía mucho de sus oyentes, salvo silencio y un gesto de asentimiento. Amos no decía nada, comía rápidamente y se levantaba a por más. Charlie pronto se acostumbró

a no decir nada y a procurar que su plato pareciera como si hubiera comido algo más que unos pocos bocados.

Los primeros años bajo el techo de los McGruder, Charlie intentó instituir la costumbre de dar las gracias antes de la comida. Amos nunca pareció entender por qué había de hacerse aquello y Annie estaba demasiado cerca de Jesús para necesitar aquel recordatorio, de modo que Charlie terminó por murmurar su oración de gracias para sus adentros, se persignaba y luego se acercaba a los víveres que Dios había querido concederle. Esto tuvo que ser una dura prueba para su fe.

Amos fruncía el entrecejo cuando Charlie se santiguaba. Para él era algo propio de «Dogans».*

Durante el día, Charlie se entregaba de lleno al trabajo parroquial, corriendo apresuradamente en su poco fiable corcel por caminos apartados, pero cuando caía la noche quedaba atrapado en la cocina de McGruder. No podía estar en su dormitorio durante la mayor parte del año porque no tenía calefacción. Hubiera intentado leer, pero a la señorita Annie le gustaba charlar y no podía imaginar que nadie quisiera leer cuando ella quería hablar. Amos leía de vez en cuando un periódico local y gruñía desaprobadoramente. Hacía largo tiempo que no prestaba atención a su hermana.

Los domingos, la amargura sobrepasaba lo ordinario. Charlie tenía que invertir su tiempo en dos o más de sus iglesias —pequeñas, de madera, obviamente expuestas a incendios provocados por estufas— y en ocasiones se las arreglaba para visitar tres. Pero con independencia de su trabajo, estaba obligado a comer al mediodía con el feligrés más importante, que era probablemente el más dadivoso, y el menú y el ritual de estos almuerzos eran invariables.

Cuando describía aquellos almuerzos dominicales, ahora que se alimentaba con los caldos delicados y aromáticos preparados por Christofferson, Charlie podía permitirse el lujo de verles la gracia. El plato principal consistía o bien en chuletas fritas de cerdo, o bien en albóndigas de carne de gallinas jubiladas, y con grandes aspavientos de horror trataba de encontrar la palabra adecuada que evocara el

sabor y textura de aquello; «repelado» y «pegajoso» no servían, no lo captaban bien; al final acordamos que la palabra más aproximada era «viscoso», una palabra realmente bella que sugiere un gran moco colgante. La comida se completaba con compota de frutas de fabricación casera, muy dulce, y café, que la anfitriona anunciaba orgullosamente como «lo bastante fuerte para matar ratones».

Charlie nunca había sido de buen comer, ni creo que se interesara mucho por la comida. Pero los buenos modales exigían que imitara a sus anfitriones comilones, y luego, cuando se alejaba en su motocicleta para celebrar la siguiente misa, se detenía y vomitaba la bazofia en la cuneta de la carretera.

Pero esto no era todo en cuanto a la celebración del día del Señor. En casa de los McGruder había Tarde de Salón; se abría la sala de estar y, si era invierno, se encendía la estufa, «el quemador principal», que al cabo de un rato difundía un calor oloroso y mostraba un alegre resplandor por la ventanilla de mica de su puerta. Los McGruder se sentaban en la cocina los días laborables porque era la única habitación que se calentaba en la casa, pero los domingos se necesitaba el órgano de la sala de estar para que Annie pudiera dar a conocer su última inspiración.

La señorita Annie escribía himnos de alabanza. No componía la música, sino que encajaba sus rimas piadosas en la melodía de las canciones populares que conocía y sabía tocar en el viejo y sibilante órgano; este parecía como si tuviera ratones en sus entrañas y su sonido era tan caprichoso e impredecible como la voz de la señorita Annie.

Su himno favorito, con el que terminaba su concierto de los domingos, seguía la melodía de un popular vals titulado «Déjame llamarte mi amor». En la adaptación de la señorita Annie empezaba:

Déjame llamarte Jesús,
pues de ti estoy enamorada...

y cuando lo cantaba su rostro mostraba lo que Charlie calificaba de santa impudicia, una lujuria transfigurada. Pobre solterona chiflada, sus deseos insatisfechos la cosquilleaban tras su religiosidad inocente.

La obligada caridad y misericordia de Charlie se ponía a prueba con los gorjeos de la señorita Annie. Le sangraba el alma cuando evocaba la música del doctor DeCourcy Parry al servicio de Dios. Pero había que aplaudir aquello y hacía sus cumplidos.

Las tardes de salón acababan a las nueve, una hora avanzada para Amos y los vecinos Hercules McNabb y su esposa, que eran los visitantes más asiduos. La música cesaba a las ocho y media, para que quedara tiempo para los pasteles fritos y el té fuerte antes de que Hercules McNabb dijera, «bueno, me parece que...», y la orgía llegara a su fin.

Por eso no tiene nada de extraño que Charlie se diera a la bebida. No tiene nada de extraño que en el portaequipajes pegado a la trasera de su motocicleta hubiera siempre un Osezno del whisky de centeno más barato. Y que en su dormitorio, escondido en la maleta, cerrada con llave para protegerla de la mirada inquisitiva de la señorita Annie, hubiera uno o dos Oseznos más. Charlie era probablemente el mejor cliente de la licorería del gobierno que había justo al salir de su distrito pastoral, donde esperaba no llamar la atención ni que nadie lo reconociera. Vana esperanza. Todo el mundo sabía que el párroco bebía.

(¿Sabe alguien lo que es un Osezno? El gobierno de Ontario acostumbraba a vender bebidas espirituosas —normalmente whisky escocés o de centeno— en botellas de tres tamaños: el Osezno (de doce onzas), La Mamá Osa (de veinticuatro) y el Papá Oso (de cuarenta). Y Charlie era un gran consumidor del Osezno porque era fácil de esconder.)

La gente biempensante seguramente aducirá que la degeneración intelectual no va necesariamente de la mano de la degeneración física, ni tampoco tiene mucho que ver con la degeneración social. He ejercido la medicina suficientes años como para no dejarme engañar por semejante tontería. La gente piadosa me hará ver que ciertos misioneros han pasado años entre tribus indígenas, comiendo y viviendo como las almas que habían ido a salvar, y han adquirido un alto brillo espiritual. Pero los misioneros, normalmente, actúan en pareja o en grupos más amplios; no están completamente separados de otras mentes afines, saben que las

personas de las tribus con las que trabajan son muy distintas a ellos mismos y no se encuentran todos los días en la situación desolada de tener que vivir con los McGruder, tratando de no ofender demasiado a los McGruder pero sin llegar a plegarse a lo que de modo grandilocuente podría llamarse el *ethos* de los McGruder.

Inevitablemente, tras ocho años viviendo así, vino la crisis. Un domingo por la mañana, cuando Charlie (que por supuesto ayunaba antes de la Eucaristía) se había reanimado con un trago de Osezno antes de dirigirse a la primera iglesia, y antes de la celebración se había pegado otro latigazo mezclado con el vino barato de la consagración, empezó a tambalearse en el momento de dar la comunión a las siete almas fieles que habían acudido, y en una de sus vacilaciones derramó el vino sobre la barbilla de una mujer que se había inclinado ante él para beberlo. Tratando de rehacerse tropezó y cayó cuan largo era en el suelo, donde quedó gimoteando. La Sangre de Cristo se derramó por toda su sobrepelliz. Cuando dos hombres acudieron a levantarlo había perdido el conocimiento. Uno lo llevó a casa de los McGruder mientras el otro se hacía cargo de la senil motocicleta.

¿Se puso a dormir la mona? Nada de eso. Se acabó su Osezno y luego se bebió otra botella que tenía en la maleta. Permaneció en estado de estupor hasta el miércoles. Entonces se levantó de la cama, se fue en su motocicleta hasta la estación de ferrocarril más próxima y cogió el único tren diurno para Toronto, desertando para siempre de la cura de almas, cayendo irremediablemente en desgracia, al menos según su opinión.

Una vez en Toronto se dirigió inmediatamente a Saint Aidan, único sitio de la ciudad que conocía bien. Lo encontró muy cambiado, pero se unió al Pueblo de Dios de la cripta, y allí permaneció, durmiendo largas horas en el Agujero del Sacerdote y bebiendo a escondidas (para no tener que compartir con los compañeros de la cripta, algunos de los cuales se habrían alegrado de ayudarlo a consumir su serie de Oseznos). ¿De dónde sacaba el dinero? Mendigaba. Sí, Charlie mendigaba con las palabras del mendigo moderno: «¿Tiene algo de moneda suelta?».

Me parece que estuvo así durante dos semanas antes de que yo lo descubriera y lo llevara casi a la fuerza a mi clínica. No tenía la menor voluntad de hablar, pero le saqué algunas cosas: no tenía recursos porque sus padres le habían dejado muy poco dinero y se lo había gastado en el transcurso de los años; los ingresos de la familia procedían sobre todo de las rentas de unas propiedades de la madre, y eso se acabó con la muerte de ella; el profesor, un inversor atrevido pero poco afortunado, había perdido prácticamente cuanto tenía, y la pensión de la universidad murió con él. Por lo tanto, Charlie era un indigente y, en su opinión, un sacerdote fracasado.

Lo insté a que fuera a ver al obispo. «Que te diga algo», le dije, «muéstrate arrepentido y pídele ayuda y trabajo.» Pero el esnobismo teológico de Charlie le impedía hacer tal cosa; el obispo era un reformista convencido y Charlie no quería ninguna ayuda de una persona tan alejada de la razón y la verdad. Le pregunté qué podría hacer. No tenía la menor idea. Le pregunté qué quería hacer, y me contestó morosamente que quería morir, pero que yo sabría mejor que él si eso era probable. No estaba muy seguro, pero en mi opinión podía vivir todavía muchos años, y así se lo dije. El obispo no era el que lo había mandado al destierro, sino otro, uno nuevo que, por lo que yo sabía, no era mala persona. Entretanto yo tenía a Charlie en mis manos; peor que eso, lo tenía en mi cama, y no veía esperanzas de poder quitármelo de encima, porque había perdido toda su fuerza de voluntad y, como muchos en su circunstancia, actuaba con un egoísmo atroz. No creo que se diera cuenta de lo molesto que era.

Escribí a Brocky por ser, como yo, uno de los más antiguos amigos de Charlie. ¿Podía darme algún consejo? No tenía ninguno, pero generoso como era, envió un hermoso cheque para ayudar a Charlie, aunque a mi nombre. Fui tan tonto que se lo conté a Charlie y se enfadó mucho. ¿Acaso había llegado a un punto en que ya no podía confiarse en que él mismo se ocupara de sus propios asuntos? No tuve la crueldad de decirle que, efectivamente, ese era su estado. Pero me mostré firme y nunca dejé que tuviera más de un dólar o dos en la mano, porque sabía lo que ocurriría si se acercaba

a una licorería. Conocía a Charlie mejor que él a sí mismo, y eso siempre es desagradable para ambas partes.

16

Nota para *ANAT.*: Uno de los problemas que rodeaban la estancia de Charlie en mi clínica era su resistencia maniática a los cuidados de Christofferson, que yo sabía que le hacían bien. No podía sufrir que una mujer lo viera desnudo o medio desnudo. Pero yo quería que cada dos días tomara baños de avena seguidos de un masaje completo. Christofferson no permitía que un paciente permaneciera solo en el baño a no ser que ella tuviera acceso siempre que quisiera, porque los baños pueden ser peligrosos para los incapacitados o enfermos. Charlie era una de esas personas ancladas en la creencia medieval de que un baño es necesariamente una experiencia erótica, y estaba convencido de que Christofferson se regodeaba mirando su desnudez y, sobre todo, sus partes pudendas. Me daba la lata una y otra vez para que ella se mantuviera apartada del baño, pero yo no tenía la menor intención de hacerle caso. El pudor, en el mundo de la medicina, es una tontería.

—«El hombre no es más que esperma fétido, saco de excrementos, alimento de gusanos» —le decía yo citando a san Bernardo—. ¿Crees tú que la admirable Fru Inge Christofferson ignora eso y no valora tu cuerpo en consecuencia? Emplea tu cabeza, Charlie. Esto es una clínica, no un burdel, y Christofferson hace su trabajo con perfecta profesionalidad.

Pero era inútil. Su actitud parecía corresponder a la del siglo XIX, cuando la desnudez no se censuraba del todo, pero se cubría bajo un manto de terrible rigidez moral. Se citaba con frecuencia a una tal señora Bishop, famosa viajera, que decía: «Una mujer puede estar desnuda y no por eso dejar de comportarse como una dama». Tomando el té, digo yo. Pero era muchísimo mejor que una dama nunca, nunca, se mostrara desnuda. Al parecer, los Browning, a lo largo de toda su vida de casados, nunca se vieron desnudos. Y uno se pregunta, ¿es que nunca quisieron satisfacer su curiosidad? No resulta extraño entonces que hombres de instintos perfectamente

normales recurrieran a los burdeles, donde el pudor no era tan obsesivo por más que no abundara la belleza.

Raramente aparece este tema en la literatura, pero en la novela tremendamente popular *Trilby* (escrita, si mal no recuerdo, en 1894 o 1895), el protagonista cae en un estado de colapso nervioso cuando descubre que la muchacha que adora, modelo de artistas en París, posa ante pintores en lo que pudorosamente se llamaba «al natural». Y su madre (¡Oh, aquellas madres victorianas!) y su hermana (¡Oh, aquellas futuras madres victorianas!) hacen cuanto pueden para aliviar su desolación. Y uno se pregunta, ¿qué ocurrió en su noche de bodas, cuando por fin se casa, pero no con la deteriorada Trilby? Uno piensa en Ruskin, impotente en su noche de bodas al descubrir que la novia, una notable belleza, todo hay que decirlo, tenía vello púbico, ornamento que al parecer nunca había entrado en su conciencia a pesar de su familiaridad con las bellas artes. Y para entonces contaba veintinueve años.

Pudor, sin duda, significa moderación, algo entre la mente sucia que le recuerdo a Eddu, y la perversidad mostrada por Charlie, asustado de que una gran muchacha (¡Christofferson!) pudiera «verlo» en el baño.

Pero Christofferson no hizo ningún caso y siguió secándolo con una toalla grande y áspera, porque sabía cuánto les costaba secarse a los inválidos.

—Es como un niño tonto —me decía ella.

Sí, y lo tonto que era lo supe después.

17

Al final, Emily Raven-Hart entró en crisis. Los reproches cariñosos de Chips hicieron que terminara por ir a ver de nuevo a Dumoulin para decirle que las pastillas que le había recetado no la mejoraban; le «modificaban el humor» con efectos caprichosos. Finalmente, el médico advirtió los síntomas en su apariencia y conducta y la examinó, encontrando un cáncer avanzado en la mama derecha, con el pezón invertido y la carne arrugada, y aquel mismo día fue ingresada en el hospital y a la mañana siguiente sometida a una mastectomía y a una disección nodal axilar. Yo sabía muy bien que con aquello quizá no se resolviera del todo el problema, y dispuse

las cosas para que, como por casualidad, me encontrara con Dumoulin y el cirujano más tarde, porque los dos almorzaban en mi club.

—Espero que la ponga en radioterapia lo antes posible —dijo el cirujano, que practicaba su arte con un par de chuletas de cordero.

—Oh, naturalmente. Sin pérdida de tiempo —dijo Dumoulin, que estaba ocupado con una sopa aceitosa—. No hace falta decirlo.

—Pero ¿qué vas a decirle exactamente a ella? —pregunté. Yo había pedido ostras antes de las chuletas.

—Que es la mejor manera de proceder —dijo Dumoulin—. Sería un grave descuido si no lo hiciéramos.

—Pero supongo que no vas a decirle que eso va a permitirle volver al trabajo —insistí yo.

—Eso sería prematuro —dijo Dumoulin.

—Oye, George—le dije—, a mí no tienes que convencerme.

—Bueno, pero, después de todo, eres amigo de la paciente.

—Y médico, como tú. No hay nada que hacer, ¿verdad?

—Yo nunca diría eso —intervino el cirujano, un hombre alto, carnoso y fuerte, con aspecto de no decir nunca nada desagradable —. He visto casos extraordinarios de recuperación que nadie hubiera pronosticado.

—Pero lo normal es que hayas visto más casos de metástasis que se extienden y abrevian las cosas, ¿no es así?

—Por supuesto que eso es una posibilidad —dijo Dumoulin—. Hemos de esperar las radiografías. Nunca hay que apresurarse.

—¿Qué vas a decirle? —insistí.

—Cuanto menos le diga, antes sanará, es lo que digo siempre. Una actitud alegre. Nada de caras largas.

—Un corazón alegre hace tanto como una buena medicina — dije yo.

—Eso es de la Biblia, ¿verdad? —dijo el cirujano—. Nunca mejor dicho.

—Pero el espíritu roto seca los huesos —añadí para completar la cita.

—Creo que necesito un coñac, hasta arriba —dijo el cirujano—. Será el último en veinticuatro horas. Mañana tengo un día muy

cargado. ¿Queréis acompañarme? ¡Camarero!

No eran crueles ni taimados. Eran simplemente hombres experimentados en su profesión y sabían que cuando el destino pone todas las cartas sobre la mesa, no hay defensa que valga.

18

Ya era tarde aquel día cuando Chips me abordó.

—Los médicos me han explicado todo el asunto en el hospital —me dijo—. Ahora quiero que me digas lo que *tú* sabes.

—¿Qué podría añadir yo a lo que ya te han dicho? Son ellos quienes se ocupan del caso. Yo no la he examinado ni estuve en la operación.

—Sí, pero tú la conoces y ellos no.

—Yo no la conozco, Chips. No quiso venir a verme y, desde el punto de vista médico, no la conozco.

—Jon, no me vengas ahora con tu tacto y tu profesionalidad. Tú ya lo sabías, ¿verdad?

—Bueno, si no he de tener tacto y profesionalidad, sí: efectivamente, lo sabía. Hace ya bastante tiempo.

—No pude impedir que fuera a Dumoulin.

—Fue su decisión. Supongo que lo sabía.

—Por supuesto que lo sabía. No es ninguna tonta. A mí me parece un intento de suicidio. Pero, Jon, no va a morir, ¿verdad que no?

—Los médicos son como adivinos, Chips. Esa es una pregunta a la que me niego a responder.

—Pero hay esperanzas, ¿verdad? ¿Grandes esperanzas?

—Eres tú quien tiene esperanzas, Chips. ¿Las tiene ella? ¿Desea vivir ella?

19

Esme insiste. Cualquiera que lea este diario podría confundirse por su cronología, porque, si bien cuenta unas pocas cosas de mi vida desde el principio, no empecé a anotarlas realmente hasta hace más o menos cuatro años, cuando la señorita Esme Barron, del *Colonial Advocate,* vino a sonsacarme la historia del distrito de Toronto en el cual vivo, y cuyos principales puntos de interés, aparte de las viviendas y unos pocos negocios y tiendas, son la iglesia de Saint

Aidan (antaño famosa por su música) y mi clínica (aún famosa, de un modo discreto, por su práctica médica poco corriente). Para mí, toda una vida; para Esme, un breve periodo de tiempo, avivado por su breve matrimonio con mi ahijado Conor Gilmartin y su muerte violenta apenas un año más tarde, en circunstancias nunca aclaradas, y el nacimiento de su hija, hija póstuma de Gil, para mi sorpresa bautizada en Saint Aidan con los nombres de Marion (por su madrina, una amiga de la radio de Esme) y Olwen (por sugerencia mía como padrino, pues pensé que a la nieta de Nuala un buen nombre celta le serviría de apoyo en la vida). Para mi sorpresa y alegría, era el nombre de Olwen el que Esme acostumbraba a emplear para referirse a su hija o para hablar con la chiquilla, aunque mostraba la desafortunada tendencia a abreviarlo, llamándola Ollie, sin que sirvieran de nada mis protestas de que tal nombre no evocaba a una mayestática princesa, sino al gordo de la pareja Laurel y Hardy.

Pero esto no es una historia, sino un cuaderno improvisado, y como no escribo para otros —al menos de momento—, los investigadores harán con él lo que quieran.

Así que Esme insiste. Recuperada de la viudedad y del parto, ha vuelto al trabajo con ánimo renovado, continuando con la «historia» que, según ella, encierra este distrito de Toronto, tan parecido a un pueblo.

Está resuelta a hablar con Charlie porque McWearie le ha hablado de su regreso, aunque sin mencionar las circunstancias que lo han rodeado; solo sabe que está viviendo en mi casa temporalmente y que su salud es frágil. Inteligente como es, no trata de abordarlo en mi clínica, sino que lo invita a comer, conmigo y con McWearie como otros invitados.

Fue una reunión muy interesante. Olwen estaba en el cuarto de los niños (la habitación que había sido estudio de Gil) y no se nos exigió que fuéramos a admirarla. A Esme le deben ir bastante bien las cosas, porque puede pagarse el lujo de una niñera ocho horas al día y canguros cuando es preciso.

—Qué espléndida cocinera eres, Esme —dijo McWearie cuando casi terminábamos de comer. La comida había sido excelente,

inteligentemente adaptada al apetito de un hombre como Charlie, aún no habituado a la comida civilizada.

Empezamos con una ensalada de gambas, y el plato principal fue un suflé de buen queso, seguido de frutas. El vino era decente, un Chardonnay, y hubo coñac con el café.

—Gracias, Hugh —dijo Esme—. Cocinar es divertido. Probablemente es la más perecedera de las artes. Cuando yo muera, escribid sobre mi tumba: «Aquí yace alguien cuyo nombre se escribía con salsa bechamel».

En mi tratamiento con alcohólicos nunca les prohíbo la bebida. Solo les impongo una suave restricción en lo que pueden beber. Charlie había obtenido una ración apropiada en mi clínica —un par de tragos al día—, de modo que nunca sufrió la agonía del síndrome de abstinencia. Pensé que en esta ocasión, la primera en muchos años algo más festiva que una Tarde de Salón con los McGruder, el Chardonnay y un coñac no le harían daño.

Y no le hicieron daño. Charló suelto y divertido con Esme y recordé que era esta encantadora facilidad suya con las mujeres lo que siempre lo había protegido de ellas. Cuán coqueto había sido con Emily, porque sabía que detrás de la charla ingeniosa y de las fáciles familiaridades estaban su sacerdocio y la relación de ella con Chips, una barrera imposible de salvar. Incluso había bromeado acerca de casarse con ella, cuando sabía que ni a trancas ni a barrancas la hubiera podido llevar al altar. Y lo mismo con Esme. Lo cierto es que me daba envidia el trato que Charlie tenía con las mujeres. Era la mejor manera de mantenerlas a raya, cuando yo, en mi vida profesional, tantas veces he tenido dificultades con mis pacientes femeninas para que se atuvieran al plano profesional.

Esme quería saber del Saint Aidan de los mejores tiempos y Charlie se dispuso a complacerla. Habló del espléndido ritual, tan preciso y elegante en su ejecución; de algunas minucias observadas en la iglesia, como que las velas siempre había que encenderlas con mecheros de cigarrillos, porque la tradición exigía piedra y pedernal y no una cerilla; o de la escrupulosidad en las vestiduras y, por supuesto, de la gloriosa música a cargo de DeCourcy Parry y, en menor medida, de Darcy Dwyer; de la multitud que asistía a la Misa

del Gallo y a los Oficios de Tinieblas en Semana Santa. El espíritu que había en Saint Aidan, dijo, no tenía igual en toda la ciudad.

Esme lo escuchó tranquila y segura. Era una de esas benditas periodistas que no necesitan grabadoras; le bastaba su excepcional memoria para absorber y anotar cuanto escuchaba.

—Pero ¿no había algo de un santo? —preguntó.

—¿Dónde has oído algo de un santo? —dijo Charlie en tono festivo, como quien reprende a un niño demasiado impresionable.

—De un tal señor Russell, uno que tiene una pequeña imprenta cerca de la iglesia.

—Ah, sí, Russell. Había sido guardián de la iglesia. Un tipo más bien terco, tal como lo recuerdo. ¿Así que cree recordar a un santo?

—Lo recordaba muy bien. Un tal padre Hobbes, que murió en la misma iglesia. Russell dice que el padre Hobbes era muy respetado, incluso querido, por la gente.

—Una gran verdad. Era un hombre muy bueno.

—Pero lo de la santidad. ¿Hubo algún milagro?

—Me parece que se dijeron algunas tonterías.

—¿Una mujer curada repentinamente?

—Siempre hay gente histérica que experimenta curas extraordinarias. El doctor Hullah te lo dirá. Nada de eso ocurrió en la iglesia o en relación con la iglesia. Y puedes estar segura de que si hubiera habido algo milagroso, la Iglesia lo habría investigado rigurosamente, como por supuesto hace cuando ocurren cosas extraordinarias.

¿Que no sucedió nada? ¿Podía dar crédito a mis oídos? ¡Esto sí que era reescribir la historia! Charlie no podía haber olvidado sus exhortaciones y afirmaciones sobre la santidad de Ninian Hobbes. No podía haber borrado de su memoria todo aquel bloque de mármol (mármol que al final pagué yo) que tenía que servir para el santuario del santo. ¿Y qué fue de aquellas reuniones ante la tumba del padre Hobbes? ¿Y qué de los siete maravillosos días de la cura milagrosa de Prudence Vizard? Era evidente que mentía. ¿Sentía vergüenza? ¿Trataba de borrar el recuerdo del terrible enfrentamiento con Allchin que terminó con su destierro? ¿Qué decía ahora?

—Una tormenta en un vaso de agua.

Eso era lo que le decía a Esme, con una sonrisita algo displicente. En cuanto a Esme, no pienso que lo creyera. Sabía cómo se ocultaban hechos inconvenientes a la prensa. Pero era una mujer con mucho tacto. No convirtió nuestra comida en una entrevista. La conversación derivó a temas intrascendentes.

Charlie parecía inmensamente reanimado por la primera oportunidad de socializar que se le presentaba tras tantos años. Tenía el color subido. Llevaba su traje nuevo y la corbata de los antiguos alumnos de Colborne con aire casi elegante. Las ropas que yo le había conseguido no eran de estilo clerical y, vestido de seglar, parecía casi radiante. Los baños y masajes de Christofferson le habían hecho un gran bien. Cuando llegó el momento de irnos, se puso el abrigo y salió deprisa delante de nosotros diciendo que iba a buscar un taxi.

Pero cuando salimos a la calle no lo vimos por ninguna parte y, después de buscarlo un rato, tuve que volver a mi casa sin él.

¿Soy de natural desconfiado? Lo soy, en efecto. Es una característica de mi fina intuición. En cuanto entré en mi habitación miré en un cajón del escritorio donde había guardado otro cheque de Brocky, un cheque de mil quinientos dólares que, como le había dicho que a Charlie no le gustaba que fuera a mi nombre, como si yo fuera su guardián, iba a nombre de Charlie. Mi intención había sido que él lo endosara, cobrarlo y luego guardar el dinero para él.

Así que Charlie disponía de mil quinientos dólares. Sabía lo que iba a suceder.

Y sucedió. Al cabo de dos días, llamé a la policía y les rogué que buscaran a Charlie y me lo trajeran cuando lo encontraran. Pero hasta pasados diez días no lo trajeron, en una ambulancia, desaliñado y sin afeitar, bajo los efectos aún de una borrachera de proporciones heroicas.

Era un alcohólico reincidente. La modesta ración que le había prescrito lo había mantenido estable y receptivo al tratamiento, pero la comida y la agradable compañía femenina habían sido demasiado para él y, con tanto dinero y aguzado el apetito, había salido huyendo para satisfacer su deseo incontrolado. La policía informó que no había sido un borracho pendenciero; no habló con todo el

mundo en los bares que visitó; de hecho, había administrado cuidadosamente su dinero y solo para su propia satisfacción. No había sido violento ni llorón, de modo que no atrajo mucho la atención. Se había mantenido derecho, sin vacilaciones, para que los camareros no advirtieran que era un borracho. Incluso se había comprado unas vitaminas, creyendo que bastaban para sustituir las comidas en las que no quiso gastar su dinero. Como borracho avisado, había limitado su celebración a términos puramente personales, hasta que al final causó una conmoción cuando dio la impresión de que se moría en un bar. Pero no estaba muerto, aunque cuando lo examiné cuidadosamente llegué a la conclusión de que tenía los días contados.

En sus diez días de libertad había ingerido una cantidad abusiva de alcohol que su cuerpo no estaba preparado para resistir. Me dispuse a esperar la muerte de Charlie.

20

Nota para *ANAT*.: ¿De qué muere la gente en la ficción literaria? Como médico, siempre deseo saberlo, pero las enfermedades literarias están tan mal definidas que me siento frustrado. Por ejemplo, en Shakespeare, ¿qué aquejaba realmente al viejo Juan de Gaunt (solo tenía cincuenta y nueve años) para que profetizara en su lecho de muerte? No pudo ser una enfermedad respiratoria, porque de serlo no habría podido mantener tan largo discurso. Falstaff, obviamente, fue víctima de su borrachera, y seguramente murió de cirrosis hepática; es muy probable que presentara el color amarillento y las extremidades hinchadas propios de la enfermedad, y, desde luego, la enorme barriga que se nos cuenta. El habitual declive de la función mental debió de ser causa de sus desvaríos, de sus ruegos incoherentes y de sus balbuceos, descritos por la señora Quickly. Aunque me hubiera gustado disponer de más detalles. Pero, claro es, Shakespeare no escribía solamente para médicos. Tenía que saber algo por su progenie, porque su bienamada hija Susanna, de quien se dice que heredó su ingenio, se casó con John Hall, un médico afamado, aunque puritano. ¿Fue él quien difundió el cuento de que Shakespeare había muerto por la botella? Por exceso de trabajo, diría yo, a estas alturas.

El único personaje de Shakespeare en quien pienso antes de ponerme a investigar sobre una enfermedad específica es en el Pándaro de *Troilo y Crésida,* que se queja de tener una «tisis puta y canallesca», seguramente asma y posible causa de la mucosidad de sus ojos; un hombre con problemas respiratorios. Pero el dolor de huesos del que tan elocuentemente habla era sin duda sífilis, a cuyo contagio, dado su oficio, estaba expuesto continuamente.

Hamlet nos da un retrato clínico de Polonio cuando habla del anciano con ojos «que destilan espeso ámbar y goma de ciruelo»; parece una conjuntivitis no cuidada en una corte donde no había colirios antibióticos. Pero Shakespeare no es la novela.

En ella es donde encontramos a las damas moribundas. La Dora de David Copperfield es un ejemplo. Las madres de las novelas, como la señora Dombey, están a menudo a punto de morir en el parto, de modo que sus hijos quedarán faltos del cuidado materno. Los autores matan a menudo a los niños y sus muertes son patéticas, como ha de serlo la muerte de un niño. Pero ¿de qué *sufría* la pequeña Eva St. Clair en *La cabaña del Tío Tom*? ¿Qué se llevó a la pequeña Nell, más mujer incipiente que niña, puesto que era lo bastante pubescente para atraer la mirada pecaminosa del señor Quilp? Nell, la nínfula. No muestran unos síntomas inequívocos y, al parecer, mueren de virtud enconada. ¿Podría definirse en vulgares términos médicos algo que, por otro nombre, se llamaría la enfermedad de la heroína, que mata sin más acompañamientos que la fatiga y un peligroso aumento de azúcar en la sangre? Estas buenas chicas, fueran esposas o niñas, tenían que desaparecer, pero no con los acompañamientos de la muerte real, y sus creadores son implacables aunque imprecisos. Si tuviera que extender un certificado de defunción de una de ellas supongo que pondría como causa *myasthenia gravis*.

Claro que el honrado Anthony Trollope mató a la señora Proudie con rapidez y sin apenas dolor mediante un ataque cardiaco, al parecer causado por conocerse a sí misma. Lenta e inexorablemente, la señora Proudie fue conociéndose, y semejante conocimiento era intolerable de todo punto. Trollope fue un

psicólogo injustamente ignorado. La señora Proudie murió de ser ella misma, como al final nos pasa a todos. *Ananké*.

La desdicha de una larga agonía no ha sido muy explorada, salvo por Tolstói, una excepción a muchas reglas, como bien lo demuestra en *Guerra y paz.* El muslo del príncipe Andréi Bolkonski ha sido destrozado por una granada explosiva en Borodinó y, al cabo de un tiempo, lo llevan a un hospital de campaña. «Uno de los doctores salió de la tienda con un delantal ensangrentado, con un cigarro puro entre el pulgar y el dedo meñique de una mano manchada de sangre, como para no ensuciarlo.» ¡Cuánto nos dice esto! La operación es tan dolorosa que el príncipe Andréi se desmaya, pero luego vuelve en sí, cuando le salpican el rostro con agua. ¡Asombroso detalle!: «El doctor se inclinó, lo besó silenciosamente en los labios y salió corriendo». ¿Sabían los labios del médico a tabaco? Todo esto ocurre en 1812, y los horrores del hospital de campaña están perfectamente recogidos por Tolstói; el príncipe tenía los intestinos inflamados (¿a quién puede sorprenderle?) y termina por morir, tras una larga agonía, de gangrena. Chéjov, médico y escritor, comenta esta muerte y se maravilla de que un hombre pudiera morir de aquello en 1812, cuando al final de siglo habría sido salvado.

Tolstói no se olvida de ningún detalle clínico. ¿Querría yo que otros autores siguieran su ejemplo? En general, me parece que no. Emily Raven-Hart y Charles Iredale deben morir —morir de ser ellos mismos— y yo, carente de arte, debo anotar sus muertes aquí, en mi diario. Pero no haré un informe clínico de sus muertes. Solo unos pocos detalles.

21

Chips se puso muy contenta cuando dieron el alta a Emily en el hospital y volvió a la Casa de la Gleba. Yo me lo tomé de otra manera. La experiencia me decía que mis colegas habían hecho todo cuanto habían podido y que la radioterapia no había logrado detener la metástasis del cáncer que ahora se extendía por los pulmones y quién sabe si por los huesos. ¡Oh, sutil e implacable cáncer! Se le permitió volver a casa en parte por compasión (a las personas como Emily no les gustan los hospitales) y en parte porque el hospital

necesitaba la cama que ella ocuparía durante varias semanas sin ninguna esperanza de recuperarse.

Chips estaba convencida de que su cuidado amoroso obraría milagros. Emily, por supuesto, tuvo una habitación para ella sola; lo de dormir juntas quedó pospuesto para cuando estuviera bien. Había una habitación adyacente al dormitorio principal con una puerta que las comunicaba; sin duda había sido el vestidor en la época victoriana. Chips la tomó para ella y Emily se acostó sola en la gran cama del gran dormitorio, pero la puerta estaba abierta y, a la menor llamada, Chips corría a su lado. Hizo cuanto pudo para que la gran habitación quedara bonita y cuando Emily llegó a la casa, estaba llena de flores.

Pero Emily no pudo soportar las flores. Ella, que tanto las había querido y tanto había gozado de ellas en el jardín de Chips, encontró nauseabundo su aroma. Hubo que retirarlas enseguida. También le resultaba doloroso permanecer mucho tiempo en la cama, de modo que había que ayudarla a bajar las escaleras, pasear por la amplia sala de estar y, en los días de buen tiempo, sacarla al aire libre. Yo no visitaba la Casa de la Gleba porque Emily no quería verme. Supongo que mi mirada, que desconcertaba a tantos pacientes, la molestaba. Y me mantuve alejado, aunque por la noche, cuando Emily estaba en cama intentando coger el sueño, visitaba sin hacer ruido a Chips, que siempre estaba impaciente por saber lo que yo pensaba del aspecto de Emily cuando la veía paseando por el jardín. ¿No me parecía que mejoraba cada día? ¿No ganaba peso, aunque comiera tan poco? Yo trataba de tranquilizarla y reconfortarla, pero a mi juicio Emily tenía todas las trazas de una mujer moribunda. Decía Chips que llevaba casacas sueltas para disimular el daño de la operación quirúrgica, como si los pequeños senos de Emily hubieran sido tan prominentes que alguien fuera a notar ahora la pérdida de uno. Lo que no podía ocultar era su brazo derecho, hinchado a causa de una linfadenosis, y llevaba un guante para que no se viera el oscurecimiento de la piel.

—Es el brazo con el que esculpe —decía Chips— y no puede usarlo de ninguna manera, precisamente cuando quiero animarla

para que trabaje, solo un poco de modelado en arcilla, para distraerla. ¿No crees que ellos podrían hacer algo?

Pero «ellos» no podían hacer nada. Tampoco podían hacer mucho para aliviar el dolor creciente de su pecho. Ahora jadeaba, tosía, le faltaba el aliento y ni siquiera Chips dejaba de ver que perdía peso; aunque siempre había sido una mujer menuda y delicada, ahora parecía un fantasma.

La enfermedad avanzó con rapidez, pero para Emily y para Chips el tiempo pasaba con pesada lentitud y cada día de infortunio hacía más largo el venidero.

Debo rendir mi sincero tributo de admiración a Christofferson. Aun haciendo todo el trabajo de mi clínica, encontraba tiempo para visitar dos o tres veces al día la Casa de la Gleba y asistir a Emily en todo aquello que solo una enfermera experimentada puede hacer o incluso puede resistir. Emily no quería ni oír hablar de tener una enfermera todo el día, no le gustaba Christofferson y no lo ocultaba. Aunque estoy seguro de que no era su intención, Emily se convirtió en una enferma tiránica y no se daba cuenta de que Chips se encorvaba y encanecía a causa de sus esfuerzos por cuidarla. Para ella era como si Christofferson se limitara a «echar una mano» como vecina, y en ocasiones fue grosera con ella. Christofferson lo soportó sin mostrarse ofendida en lo más mínimo; si alguna vez una mujer ha merecido el calificativo de «profesional», esa mujer ha sido Christofferson. Cuando me hablaba de Emily lo hacía en términos clínicos y nunca puso una palabra de lástima en sus labios. Pero yo la conocía muy bien y sabía que su compasión era una virtud abarcadora, profunda y permanente, que no se manifestaba en arrumacos, gestos cariñosos o la más mínima amabilidad. Su mirada era fría, pero su mano era maravillosamente suave.

Los últimos días de Emily coincidieron con la reaparición en mi clínica de Charlie, un hombre mortalmente herido. ¿Qué iba a hacer yo? Se estaba muriendo, pero aún podía tardar, y la idea de que fuera a convertirse en parte integrante de mi cama me repugnaba. Supongo que tendría que haberle buscado una cama en un hospital, pero los hospitales suelen estar llenos, agobiados por la continua demanda, y encontrar una cama para un hombre que iba a morir

tarde o temprano, pero que podía tardar en hacerlo más de lo predecible, no era nada fácil. Sin embargo, aunque me desagradaba su presencia, tampoco estaba yo decidido a echarlo, porque se encontraba en la más absoluta miseria y su angustia no era algo que pudiera yo desechar como un síntoma más del mal que lo aquejaba. Ponerlo en un hospital, en una sala fría e impersonal, habría agravado su estado y, por más que lo maldecía, no podía sufrir que su infortunio aumentara.

¡Oh, la tiranía de los enfermos! Cómo dominan a los mortales que aún permanecen de pie, son capaces de satisfacer las exigencias de la vida y no sienten dolor. O no mucho dolor. No se puede echar en cara a los pobres desgraciados que piensen que, en un mundo injusto, ellos han de tener algún privilegio. Creen que su enfermedad es el capricho de un destino ciego. Pero el destino no es ciego.

El problema para un médico paracelsiano como yo es que veo las enfermedades como disfraces con los que se visten las personas que vienen a verme con sus desdichas. Por supuesto que sé todo cuanto hay que saber del aspecto clínico de un cáncer, una artritis, una osteoporosis, una distrofia muscular o las otras cincuenta enfermedades con las que suelo enfrentarme, y sé disponer el tratamiento que cada enfermedad requiere. Tampoco soy tan necio como para creerme que si pudiera encontrar la raíz del sufrimiento la enfermedad desaparecería. La enfermedad es la señal que aparece al acabar el día para decirnos que la vida es insoportable.

Y, por supuesto, sé que hay excepciones desconcertantes a esta línea de pensamiento. Paracelso tuvo muchos fracasos. No lo sabía todo y, a pesar de las protestas en sentido contrario de algunos de mis pacientes más impresionables, yo tampoco. Cuando tengo suerte, puedo decir con Ambrose Paré: «Vendé sus heridas y Dios lo curó». El cuerpo y el alma no pueden separarse mientras dura la vida.

Fue Chips quien resolvió mi problema.

—Llévalo al otro lado del patio —dijo—. Ponlo en la planta baja. Puedes poner un hospital en mi casa.

Emily hacía tiempo que no salía de su dormitorio. No tenía por qué enterarse.

Y es lo que hicimos. Trasladamos a Charlie a la gran sala de estar de la Casa de la Gleba, a una cama individual que parecía abrazada por el gran piano que ahora nadie tocaba. No necesitaba muchos cuidados: cambiar las sábanas de vez en cuando, preparar regularmente las comidas que podía tomar, y administrarle una ligera medicación que yo le había prescrito. Dormía muchas horas y no le gustaba mucho la compañía.

Lo visitaba dos veces al día; por la mañana, antes de ver a mis pacientes, y después del almuerzo, y entonces hablábamos un poco. Incluso una mínima cantidad de alcohol estaba fuera de lugar; su estado era de cardiomiopatía alcohólica avanzada, un corazón muy débil en términos vulgares. Tenía ataques de arritmia y palpitaciones que lo asustaban mucho porque, aunque sabía que iba a morir, sufría un terror muy humano ante la perspectiva. Pero, con todo, tenía la mente clara y pasaba las horas que no dormía meditando tristemente. Una de nuestras últimas conversaciones fue ejemplar.

—He fracasado en todo.

—Podría haber sido peor. No te atormentes.

—He sido un necio.

—No digas eso, Charlie. De todos nosotros, tú parecías el más seguro de lo que ibas a hacer. Fíjate en Brocky; le va muy bien como profesor, pero no ha escrito el gran libro de que hablaba. Y fíjate en mí: cuantos más enfermos veo menos sé. Pero tú te has ocupado de certezas ocultas e invisibles, y supongo que lo sigues haciendo.

—Nada de certezas... equivocaciones horribles.

—¿Equivocaciones acerca de qué?

—Acerca de todo lo importante... Dios... Su mundo.

—¿Equivocaciones con respecto a Dios? No serías el primero.

—¿Cómo distingues a Dios de Satán?

—No sabría decírtelo. Ya sabes que esas palabras no me dicen mucho.

—Ibas a la iglesia.

—Sí, y me gustaba. Daba forma y presencia a muchas cosas que embellecían la vida. Pero era la belleza de las cosas lo que me

atraía. El vínculo con un noble pasado. La gran prosa, la gran música. La afirmación de que la vida tiene una dimensión que hace despreciable todo cuanto medimos y conocemos. Pero, en cuanto a Dios y Satán, eran parte de la noble afirmación, no realidades.

—No... Dios y Satán es otra manera de decir Positivo y Negativo... no puede existir el uno sin el otro... pero el Negativo no debe prevalecer... y prevaleció conmigo.

—Fuiste demasiado lejos. Fue por culpa del Negativo de otro. De Allchin. Fue una venganza mezquina.

—No, no... mucho antes de eso... en el colegio.

—¿En el colegio?

—¿Te acuerdas de aquellos sueños?

—No. ¿De qué sueños me estás hablando?

—Sueños eróticos... lo que los chicos llamaban sueños húmedos... todos los tenían.

—La verdad es que no me acuerdo mucho de eso. Siempre creí que no te gustaba ese tipo de charla, que odiabas esos sueños cuando los tenías. Son inevitables, ¿sabes?

—Los tenía... no con mujeres... con Cristo.

—¿Qué?

—Oh, no. No es lo que te imaginas... pero se me aparecía en sueños, y era tan amable... Un Cristo joven y risueño... sin ni siquiera barba... un joven hermoso.

—¡Extraordinario! ¿Y eran sexuales aquellos sueños?

—No como tú supones... Era aquella poesía...

—¿Una poesía?

—¿Te acuerdas del señor Sharpe?... ¿El profesor de inglés?... En clase leía poesías que no estaban en el libro de texto... John Donne era su preferido... Aquella poesía... «Golpea mi corazón, Dios Trino...»

—Sí, sí.

—¿Cómo terminaba...? «Llévame contigo, aprisióname, porque yo... a menos que me hechices, nunca seré libre... Ni tampoco casto, a menos que me poseas.»

Charlie hizo un gran esfuerzo para recitar la poesía. Jadeó durante un minuto o dos y esperé a que se recobrara. Luego:

—¿Quieres decir que Cristo te poseyó?

—Psíquicamente, espiritualmente... Aquellos sueños eran terribles, gloriosos... aquella juventud risueña... el fluir de mi semen.

—Bueno, por supuesto, esas cosas adoptan innumerables formas. Tú fuiste una excepción. Supongo que lo superaste con la edad.

—No... me duró años. Acostumbraba a hablarme... Me daba órdenes... Me pedía cosas.

Hubo aquí una larga pausa, porque Charlie estaba exhausto. Pero quería hablar y yo estaba deseoso de escucharlo. ¡Que Cristo le hablaba! Por supuesto que ya se saben estas cosas, pero son síntomas de una psicopatía, y no había nada en Charlie que me hiciera pensar en eso. ¡Que Cristo le hablaba! Charlie no era un poeta, no empleaba un lenguaje figurativo. Si decía que Cristo le hablaba... y entonces me acordé de algo, algo que había leído en una revista técnica sobre la conciencia y la «mente bicameral». Una especie de mente, al parecer común en un tiempo y luego sustituida por una conciencia más desarrollada. Una clase de mente conocida por todos en el mundo antiguo, en la poesía de Homero, donde los grandes héroes actuaban siguiendo dictados que para ellos tenían la autoridad de voces divinas. Una especie de mente que no ha desaparecido del todo, pero que queda controlada o reprimida por el tipo de inteligencia que encuentra en los demás, los maestros en particular. Pero Charlie nunca sintió la necesidad de conformarse al pensamiento ni al modo de pensar de los demás.

Volvió a hablar débilmente.

—Quería hacer grandes cosas... ambición vana... Quería conseguir un renacimiento de la fe profunda... la buena fe que salva a una ciudad.

—¿A una ciudad?

—Los grandes renacimientos empiezan siempre en una ciudad... luego se extienden... Parecía extraordinario... Toronto... qué lugar tan inesperado... Pero qué orgullo, qué impertinencia pensar que... como si Dios no pudiera proclamarse en Toronto o en cualquier otra parte... Salva mi ciudad, dijo, una y otra vez.

—¿Salvar a Toronto?

—No te burles... parece absurdo, ¿verdad?

—No me burlo. Pero esta ciudad siempre se ha llamado Toronto la Santa, la Ciudad de las Iglesias.

—Se ha llamado así... bobadas metodistas... Pero yo tenía que hacer que la luz brillara, también aquí.

—¿Cómo? ¿Hacer que la luz brillara? ¿Cómo, Charlie?

—Dame un santo, dijo Él... Dame tan solo un santo y Yo lo haré.

—Una petición exagerada.

—No, estaba aquí.

—¿Quién?

—Hobbes, por supuesto... El viejo Hobbes... un santo, sin duda, pero la gente solo lo tomaba por un anciano bondadoso.

—Sí, claro que me acuerdo. Un anciano muy bueno. ¿Y él iba a ser el santo?

—Sí... necesitaba una muerte santa... y así es cómo murió.

—¿En la misa del Viernes Santo? Yo estaba allí. Quise ayudarlo, pero tú no me dejaste. Siempre me he preguntado por qué. ¿Qué hacías, Charlie?

—Asegurarme... No quería entrometidos... Cristo había pedido un santo y yo no quería que metieras la nariz... en las cosas.

—Charlie, ¿de qué estás hablando? ¿Quieres decir que arreglaste aquello de alguna forma?

—Por supuesto, so tonto... Yo lo maté.

¿Cómo explicarlo? ¿Como si se me hubiera encendido una luz en el interior? No, fue más bien como si algo me hubiera estado molestando desde hacía tiempo en la cabeza y de pronto desapareciera. Como si un cuadro hubiera estado torcido en la pared durante, ¿cuánto tiempo?, ocho años, más o menos, y al final se hubiera puesto derecho. Todo lo que pude decir fue:

—¿Cómo?

—La hostia... El viejo siempre se la comía entera... Si hubiera dado una parte al resto de nosotros en el altar, habría sido una matanza... Pero sabía que no... nunca lo hacía.

—¿Hiciste algo con la hostia?

—Jon... pareces tonto... La envenené.

—¡No seas absurdo! Murió al instante, bueno, en unos diez segundos.

—Sí... así actuaba el veneno.

—¿Qué veneno?

—Jon, me siento muy mal... no puedo seguir hablando... ¿Puedes darme un trago?

—No, Charlie, sabes que no puedes beber, maldita sea. Te mataría. Toma esta tableta de nitroglicerina. Póntela debajo de la lengua. Y ahora dime, ¿qué clase de veneno era?

—Se llama *ricinus communis...* se extrae del aceite de castor... es un secante... no tiene sabor, no huele, y mata casi instantáneamente.

¿Soy injusto si pienso que Charlie me pareció complacido consigo mismo? La vida no es solamente un tejido aburrido de lugares comunes y semejanzas. *Estaba* complacido consigo mismo.

—¿Dónde lo conseguiste?

—Russell.

—¿El impresor? ¿El guardián de la iglesia? ¿Cómo es que lo tenía él?

—Fabrica sus tintas... cuestión de orgullo... Lo compra a una empresa de Saint Louis, Misuri... La KGB lo empleaba mucho.

—¿Y Russell te lo dio?

—Lo robé... Imprimía los ordinarios del servicio... Cuando salió de la habitación cogí una pizca. Unas pocas gotas en la hostia... nada de olor, nada de sabor... y ya está.

—¿Y Cristo te dijo que lo hicieras?

—Tenía que encontrar el significado.

—Pero Hobbes habría muerto de cualquier forma en uno o dos años.

—No de un modo que fuera un Signo... Un santo no puede estirar la pata en la cama... como yo.

Otra pausa y Charlie empezó a sentirse peor. Terminó llorando.

—No fue Cristo.

—¿Quieres decir que fue una alucinación?

—Oh, no... Fue el Negativo... Me engañó.

Lo que siguió fue tan confuso y doloroso que no intentaré reproducir aquí las frases entrecortadas de Charlie. Pasó quizá media hora antes de que balbuciera el final de su confesión. No fue Cristo, aunque Cristo lo hubiera visitado en sus sueños de niñez, sino el Negativo, el Tentador, con engaños y promesas. Matar al anciano Hobbes era sin duda algo insignificante comparado con el gran beneficio que reportaría su muerte. Este fue el argumento. De cualquier forma, Hobbes no iba a vivir mucho tiempo, y si le hubieran preguntado, no habría dudado en elegir la muerte al pie del altar en el gran día del año cristiano, para que su muerte fuera signo de salvación, no solo de una gran ciudad norteamericana, sino quizá de todo un continente. Así habló el Tentador.

En cuanto al mismo Charlie, ¿no era absurdo que hablara de asesinato? Las grandes empresas reclaman grandes acciones y a menudo se requiere que alguien asuma grandes riesgos. ¿Recuerdas a Judas? El Traidor, el Execrable, pero ¿puede alguien dudar seriamente de que en este momento ocupa su lugar en el Paraíso, por haber hecho posible el gran drama que permitió la salvación del mundo? Toda acción trágica necesita su Judas. No puede haber héroe sin villano. Condenar una figura tan necesaria, ¿no sería la más negra ingratitud y el error filosófico más estúpido? A Charlie no se le pedía que hiciera de Judas. Solo que dispusiera una muerte para favorecer la obra poderosa de la salvación de la humanidad. Nosotros, los actores secundarios, debemos hacer «de comparsas» y estar contentos con nuestro trabajo.

Así fue desvariando Charlie, desgranando sus palabras con creciente dificultad. Y el horror final de todo es que ahora estaba convencido de que no fue su Maestro, sino el Adversario quien lo había conducido por este camino, había burlado sus grandes esperanzas, había extenuado su espíritu en un yermo y, por último, lo había arrastrado hasta el umbral de lo que sin duda era la condena eterna. No un infierno estúpido. No un fuego eterno, sino un lugar sin Esperanza, donde se comprende pero no se goza de la Misericordia de Dios. Un lugar de desolación incomparable.

Cuando por fin se calló, le puse una inyección de morfina y me volví a mi casa, pensando en lo necio que había sido tantos años

antes.

Por supuesto, cuando me pidieron que firmara el certificado de defunción del padre Hobbes debí haber exigido que me entregaran la dentadura postiza para examinarla. ¿Hubiera encontrado el veneno? Quizá; quizá no. Y si lo hubiera encontrado y hubiera informado a la policía, ¿qué habría pasado? Supongo que Russell, como única persona con acceso a la sustancia mortífera, habría estado en apuros. Y con Russell implicado, quizá Charlie habría confesado. ¿Cómo habría tomado un tribunal la confesión que me había hecho? Probablemente le habría infligido el mayor insulto, el encierro en un asilo para dementes. Un hombre cuyas visiones hipnóticas habían tomado un giro trágico. No; entrometerse habría servido de poco.

22

Si las cosas de la vida ocurrieran como en las novelas, Charlie habría muerto después de la confesión que me hizo, pero la vida entiende el drama de un modo distinto. Vivió otras cinco semanas, casi enteras. Sobrevivió a Emily Raven-Hart. Cada uno sin saber que el otro se estaba muriendo en la Casa de la Gleba, cada uno cuidado por Chips y Christofferson, cada uno rodeado del misterio y del patetismo de aquellos que el Destino deja morir en sus camas. Emily fue la primera en irse; vimos cómo dejaba de aferrarse a la vida cuando hablaba, si es que hablaba, con amargo estoicismo. Pero apenas hablaba y pasaba casi todo el tiempo con la máscara de oxígeno puesta. Era evidente que sufría un enorme dolor al extenderse la enfermedad por los huesos y los pulmones. Pocos días antes de morir se sumió en el silencio y la indiferencia. Era el coma de la muerte, pero ni Dumoulin ni yo lo mencionamos, porque Chips, que sabía exactamente lo que ocurría, no quería hablar de ello. Como ocurre a menudo, el verdadero heroísmo de la muerte se ve en quienes permanecen al lado del moribundo.

El funeral fue algo muy sencillo. Sé que muchos viejos amigos de los días del salón habrían venido, pero Chips quiso que todo fuera lo más íntimo posible. Hubo una sorprendente cantidad de flores, entre ellas una enorme corona de la Asociación de Productos Lácteos, otra más modesta del Canadian Club y varias de bancos,

universidades y otras instituciones a cuyos grandes hombres Emily había inmortalizado. El *Advocate* publicó un breve obituario bajo el título de «La escultora de la mantequilla muere a los 57 años», en el cual los hechos eran correctos en lo esencial pero el énfasis iba bastante desencaminado. Los asistentes fuimos Chips, Christofferson, McWearie y yo, y ofició uno de los coadjutores de Saint Aidan; quiso hacerlo el canónigo, pero en el último momento tuvo que asistir a una ineludible reunión diocesana. Fue el funeral más desangelado que he presenciado, y, por mi profesión, he asistido a muchos.

Hugh y yo nos retiramos a mi casa para reconfortarnos con una copa.

—¿Quién cuida de Charlie? —preguntó.

—Charlie no necesita ahora muchos cuidados. Está muy decaído, pero está tranquilo, y Christofferson no tardará mucho en ir a verlo para que se tome un poco de sopa.

—Supongo que no hay nada que hacer.

—Desde el día de la comida en casa de Esme.

—Ella sigue buscando algo colorista en Saint Aidan.

—Ya lo sé. Tú la animaste.

—Es mi profesión. Esa serie de *El Toronto de ayer* necesita algo sólido sobre las iglesias de la ciudad, y la de Saint Aidan es la que quiero destacar, mejor que otra de tipo evangélico.

—¿No la has animado para que haga algo sobre el salón y Las Damas?

—No es un material sólido. La iglesia sí lo es. Ella está convencida de que hay algo en lo que llama «la historia del santo» y no lo va a dejar hasta que lo encuentre.

—Mientras menos sepa de la historia del santo, mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, nada.

—Oh, sí, algo. ¿Qué estás escondiendo, Jon?

—Nada que quiera compartir contigo, periodista fisgón. No se te puede decir nada sin que lo publiques.

—Eso no es cierto y tú lo sabes. Charlie te ha dicho algo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Tu excelente whisky. Favorece la intuición. Tú y Charlie seguro que habéis tenido vuestras buenas charlas durante las últimas semanas.

—Charlas, sí, pero yo no diría que buenas. No puedes sentarte junto a la cama de un hombre sin decir nada. Por supuesto que hemos hablado de los buenos tiempos de Saint Aidan, antes de que cayera en las manos ultramodernas del canónigo y se convirtiera en un centro social lleno de cables eléctricos.

—Ah, el ritual.

—Pensé que para ti era una comedia.

—No hay nada malo en que haya un poco de comedia. El ritual de Saint Aidan era de estilo clásico; un verdadero teatro magistral. La «sinceridad» que busca el canónigo es el método de interpretación que dice: mira en tus entrañas a ver qué encuentras, y di lo que te parezca. El ritual es el magnífico guano que se extiende sobre la aridez de la doctrina.

—Me temo que el ritual, tal como lo concebían DeCourcy Parry y Darcy Dwyer, pertenece al pasado.

—Y una mierda. Todas las épocas de la historia son equidistantes de la eternidad.

—¿Quién dijo eso?

—¿Qué te hace pensar que no soy yo quien lo dice, que no es de mi propia cosecha?

—¿Ah, sí?

—Lo he repetido tantas veces que estoy seguro de que es una frase original mía. Me parece, Jon, que yo estaba más cerca que tú de Saint Aidan. No olvides que yo he sido sacerdote. Presbiteriano, pero hombre de fe, permíteme que te lo diga. Tu relación con el cristianismo en Saint Aidan era la misma que la de los paganos con la mitología, una especie de adorno extravagante de la mente.

—Quizá fuera así. Pero yo no dejo de tener mis creencias, así que no me sermonees.

—¿Has hablado con Charlie de tus creencias?

—De las suyas.

—Jon, tengo la sensación de que revientas por decirme algo, pero te lo impide tu juramento hipocrático.

—Nunca lo haría. Es un secreto.

—Haré un trato contigo. Yo también tengo un secreto. Un secreto que te toca muy de cerca. Dime el tuyo y yo te diré el mío.

—Suena a una charla de chiquillos en el granero. Enséñame el tuyo y yo te enseñaré el mío.

—Y, por consiguiente, los chiquillos salen mejor informados del granero. Vamos. Desembucha.

—¿He de ser yo el primero? Oh, muy bien. Pero los secretos, para intercambiarlos, han de tener el mismo valor. ¿Cuál es la importancia del tuyo?

—Supongo que querrás saber quién asesinó a tu ahijado.

—Eso huele a camelo.

—En efecto, fue un camelo.

—Todo eso de que alguien se coló por el balcón.

—Totalmente improbable.

—Tuvo que ser alguien que entró por la puerta del apartamento.

—Exactamente.

—¿Entonces, Hugh?

—¿Qué crees tú?

—¿Alguien que estaba con Esme?

—Es una posibilidad.

—Sabes, me pregunto sobre aquel tipo que armó tanto escándalo en el funeral. El del bastón extravagante.

—¿Qué te has preguntado?

—¿Conoces la antigua creencia de que si un asesino se acerca al cuerpo de su víctima, el cadáver sangra?

—La he oído. Pero el cuerpo estaba perfectamente guardado en su caja y, si sangró, nadie pudo verlo.

—No seas tan literal. Es simplemente la manera que la psicología popular tiene para decir que el criminal se delata.

—Y bien, ¿se delató?

—Tengo fuertes sospechas de aquel tipo con el bastón.

—Ah, Jon, eres demasiado intuitivo.

—Pero ¿estoy en lo cierto?

—Si estuvieras en lo cierto, ¿qué harías?

—No haría nada.

—¿Lo juras?

—¿De qué serviría? ¿Qué pasaría con Esme?

—Sí, efectivamente. Bueno, pues ya está. Eres un hombre intuitivo.

—No me has dicho si estoy en lo cierto.

—Ni te lo diré. Yo no he dicho nada. Pero tú lo has adivinado.

—Ya veo. Ahora te toca a ti adivinar.

—¿Lo de Ninian Hobbes? Oh, hace tiempo que lo adiviné.

—¿Y qué o quién has adivinado?

—Mi padre, sabes, era policía. Y muy bueno. Acabó como inspector jefe de detectives. Siempre decía que en los casos de asesinato, lo primero que había que hacer era echar un buen vistazo a la familia.

—El pobre Hobbes no tenía familia.

—Familia en el sentido de los más íntimos y queridos. Un hijo, por ejemplo. Un colaborador imprescindible. Un sucesor evidente.

—Lo has entendido mal. ¿Quién iba a asesinar al padre Hobbes para hacerse cargo de Saint Aidan?

—Eso es lo que no termino de entender. ¿Por qué lo hizo Charlie? ¿Y cómo lo hizo? Y me apuesto todo mi dinero (no olvides que soy escocés) a que lo hizo Charlie.

Después de aquello, ¿qué me quedaba por decir, sino el porqué y el cómo?

Y seguimos allí sentados sin que ninguno de los dos hubiera declarado abiertamente su secreto, pero más al descubierto que nunca.

—Esas visiones hipnóticas —dijo Hugh— deben de ser muy convincentes.

—No son los habituales sueños eróticos —dije—. Pero esas cosas se infravaloran estúpidamente.

23

Después del funeral de Charlie, Hugh no pudo venirse conmigo para tomar una copa que disipara la atmósfera de luto, así que me senté solo. Yo sabía que Chips había vuelto a preparar sus maletas; tan pronto como enterraron a Emily resolvió volverse a Inglaterra.

—Nada me retiene aquí ahora —dijo.

—Nada la llama allí tampoco —dijo McWearie cuando se lo comenté—. Si espera encontrar la Inglaterra de antes de 1939, se va a llevar un gran desengaño. He visto a esta gente que espera encontrar el País de la Alegría Perdida cuando regresa a Inglaterra, y nunca lo encuentran. Pero tiene razón, tampoco hay aquí nada para ella.

Creo que yo lo sabía mejor que nadie. Diez días antes, la noche en que murió Emily, fui a la planta baja a visitar a Charlie y, cuando me iba, un impulso me hizo subir las escaleras y llamar a la puerta del dormitorio de Emily. Para entonces estaba casi siempre inconsciente y había dejado de oponerse a mi presencia. Además, sabía que a veces podía levantar el ánimo de Chips, aunque solo fuera durante unos minutos.

—Pasa —dijo la voz de Chips.

Solo había una luz en la habitación, una luz tenue sobre la cama en la que yacía Emily y en cuanto la vi supe que todo había terminado. El gesto dolorido había desaparecido y, como a menudo ocurre con la muerte, había sido reemplazado por otro de serenidad que parecía darle juventud, lo mejor de la juventud.

Chips estaba sentada con la tabla de dibujo sobre las rodillas, dispuesta confiadamente como lo está un artista cuando trabaja; dibujaba con una de sus plumillas especiales, una flexible, y tinta china sobre un boceto tan finamente trazado con lápiz que apenas era visible, pero evidente para la mano que lo había dibujado. No dije nada; me senté detrás de ella para no distraerla y, en la media hora que siguió, surgió del papel el dibujo de la cabeza de la mujer muerta, y su belleza, sencillez y maestría superaban todo lo que hasta entonces había visto de Chips.

Solo la había conocido como grabadora y no soy aficionado a los grabados, sobre todo esos de formato pequeño que muestran viejas casas de Toronto sin ningún interés especial salvo, presumiblemente, para un grabador. No fue hasta más adelante, cuando encontré las cartas a Barbara Hepworth, que supe que Chips era una consumada artista.

Era un dibujo a la manera clásica, con el contorno definido por la línea, sin recurrir al entramado o al sombreado. Sería una tontería

romántica decir que su calidad surgía del amor, pero sí podía decirse que un amor de un tipo especial hablaba por medio de la artista.

—Creo que ya está bien —dijo Chips fríamente.

No respondí nada, porque en aquellas circunstancias no había nada que decir. Mi elogio no era necesario y solo habría sido una torpe intromisión en la apreciación íntima de un artista por su obra. Chips se volvió hacia mí.

—He estado pensando mucho en todo esto y estoy bastante convencida de que fue una gran equivocación.

—¿El qué?

—Todo. Ponerme tan furiosa con Gussie Gryll y tener un enfrentamiento con Emily, insistiendo en que se trataba de elegir entre fugarse conmigo o pasarse cincuenta años sirviendo el té a la familia de día, y aguantando el manoseo y los maltratos de Gussie por la noche, más tres o cuatro hijos que serían educados costosamente para llevar la misma vida estúpida y vacía. Obligarla a que ella eligiera, porque yo siempre fui la más fuerte, ya sabes, la-perfectaguía-que-orienta-a-la-niña-confundida-y-metida-en-un-lío.

No estoy segura de que esta clase de vida fuera lo mejor para ella. Quizá, después de todo, necesitaba un hombre. Al mismo Gussie, por asno que fuera. La pobrecita no era verdaderamente una artista, ya lo sabes. Solo un poco talentosa. Y yo estaba segura de que podía halagarla, animarla e inflarla hasta que tal vez se hiciera realidad. Y todo fue por amor. La amaba sinceramente, Jon. El amor puede ser una mierda, ¿verdad que sí?

24

No tardé mucho en comprobar personalmente la verdad de las duras palabras de Chips. Se acercaba la primavera y una mañana me desperté horrorizado y asombrado al saberme enamorado de Esme.

Después de la mascarada, la antimascarada; después de la tragedia, la farsa. Emily Raven-Hart y Charles Iredale habían interpretado sus dramas personales de acuerdo con su tiempo, su situación, sus limitaciones y sus tragedias. Ahora llegaba el momento de la arlequinada, en la cual el viejo y chocho Pantaleón resulta burlado, engañado y expuesto en toda su ineptitud senil a las carcajadas de la chusma.

Había estado viendo a Esme con alguna frecuencia porque estaba terminando la historia del distrito de Saint Aidan para la serie de artículos *El Toronto de ayer* en el *Advocate.* Venía a verme para contrastar hechos y comprobar la exactitud de los detalles, pero había dejado de acosarme sobre «la historia del santo» y la muerte del padre Hobbes.

¿La razón? Ahora disponía de una fuente perfectamente solvente, una persona que había experimentado verdaderamente el santo carisma del padre Hobbes, que había estado presente en su muerte delante del altar y había sido curada milagrosamente de su artritis delante de su tumba. Sí, se trataba de Prudence Vizard, que reaparecía, pues. El marido había muerto —sin duda para librarse de su esposa— y se había vuelto a casar con un tal Serge Shepilov, coreógrafo y bailarín ocasional, cuando hacía falta un bailarín de cincuenta y cinco años, quizá para un anuncio de televisión. Como Madame Shepilov, Prudence había adquirido (seguramente por simpatía) un acento parecido al ruso, y se dedicaba —tal como escribió Esme— a «dar consejos» a las parejas casadas o a las parejas que debieran de estar casadas; y, por alguna misteriosa razón, Prudence Shepilov era una de las muchas celebridades de la ciudad de Toronto.

Su historia fue transcrita galanamente. Un día, volviendo de la consulta del médico —un médico que se había declarado incompetente en el tratamiento de su caso (el médico, como recordó Prudence, era yo)—, pasó por casualidad por delante de la sencilla tumba del padre Ninian Hobbes. Iba, según costumbre de ella, rezando, y su plegaria era aquella antigua y ortodoxa: «Padre, no según mis pecados, sino según Tu gran misericordia», y de pronto apareció una gran luz sobre la tumba —no una luz brillante o parecida a una luz eléctrica, sino una luz mística, radiante— y el dolor de su artritis desapareció al instante. ¡Bendito milagro! Intentó —bien lo sabe Dios que lo intentó— despertar a la gente de su distrito para que supiera el milagro que se había producido entre ellos, pero esto lo frustró el arcediano Edward Allchin, ahora obispo de Barren Lands, al noroeste de la bahía de Hudson y al este de la cuenca del Mackenzie. (Allchin había frustrado o eliminado a

demasiados clérigos y lo habían llevado a patadas escaleras arriba —de hecho hasta el ático— como obispo de los Barrens.) Sin embargo, un santo se había manifestado al pueblo de Toronto, por más que ese bendito pueblo lo hubiera recibido con la típica indiferencia canadiense. ¿Qué oportunidad habría tenido san Francisco, si su Asís hubiera sido una ciudad del norte, multicultural, financiera y profana, cuyos leprosos y otros indigentes y enfermos corrieran a cargo del erario público?

Esme había aceptado esta historia y la había adornado más. No vi ninguna razón para molestarla con un cuento de obsesión religiosa, visiones hipnóticas, apariciones engañosas de Cristo que eran de hecho instrumentos del Adversario, asesinato cometido por motivos elevados y un trato con el Todopoderoso que había sido un error trágico; semejante narración habría estado falta de la simplicidad que es esencial en el periodismo popular. Pero mientras hablaba conmigo en mi sala de consultas, el calor y el encanto de su personalidad, su frescura juvenil —todavía evidente a sus veintiocho años— y una suavidad que no le había advertido la primera vez que la vi, y que achaqué a su maternidad, me hechizaron.

Empleo la palabra con mucho tiento. Fue un hechizo. Yo, como médico, que admito mi avanzada edad, que me supongo enterado de los caprichos del espíritu humano y que estoy curado de las tonterías de la gente simple, me había enamorado como un muchacho de diecisiete años, y solo podía ver a Esme a través del cristal engañoso de la pasión.

¿Me ruboricé y tartamudeé palabras de elogio? ¿Delaté mis sentimientos? Por supuesto que no. Hacia fuera, así me lo pareció, me comporté con Esme como siempre había hecho, con una educada reserva atemperada por el cálido sentimiento propio de un… no, no de un familiar, aunque fuera la viuda de mi ahijado, sino de lo que mi madre definía como «un pariente», refiriéndose a alguien que no era del todo de la familia pero tampoco era un extraterrestre. Creo que no llegué a delatar nada de lo que sentía, pero mi amor me poseía e interfería gravemente en mi trabajo. ¿Lo advirtió Christofferson? Claro que ella veía que Esme venía con más

frecuencia que antes y que yo no protestaba ni gruñía cuando advertía su nombre en mi lista diaria de visitas.

Yo tenía la impresión de que a Christofferson no le gustaba Esme. Antes de lo esperado, Esme había empezado a escribir una serie de artículos en el *Advocate* bajo la rúbrica *Enfrentarse a la viudedad* que habían provocado muchos comentarios y pronto aparecerían recopilados en un pequeño libro. Christofferson, que escudriñaba con sumo cuidado el *Advocate* todos los días de su vida, había leído estas muestras de sentido-común-que-triunfa-sobre-la-adversidad, de dolor reprimido y frases elegantes, y en ocasiones observé que hacía ruiditos con la nariz que en otra mujer habrían sido bufidos. Christofferson había conocido la adversidad y no por eso le sacaba provecho. Y me dije que Christofferson no era periodista y no sabía nada de las obligaciones de un periodista hacia el gran público. Cuando Esme aparecía porque se había citado conmigo, Christofferson era tan glacialmente cortés con ella como lo era con todo el mundo.

¿Qué pensaría Christofferson de la risa que tenía que haber oído a través de la puerta de mi consultorio? Porque uno de los principales encantos de Esme era que podía hacerme reír, en un momento en que la risa era un bien escaso en mi vida. Me hacía reír, no con cuchufletas periodísticas, sino con frases extravagantes, observaciones graciosas, con un ingenio soterrado que apenas salía a la superficie de la conversación. Se me ocurría pensar, bobo de mí, que el espíritu de Jane Austen había revivido en Esme, sin caer en la cuenta de que Jane nunca se habría dejado engañar por Prudence Shepilov.

En resumen, era un necio, y un necio viejo. Pero no del todo. Podía recurrir a mi *Anatomía* con la esperanza de que me diera algún consejo, como esperaba que en el futuro pudiera aconsejar a los demás.

25

Nota para *ANAT.*: La novela es rica en ejemplos de ancianos enamorados de mujeres mucho más jóvenes, y esto es evidente porque es algo a lo que se sienten inclinados los literatos. ¿Más

inclinados que los demás? Esto es imposible de contestar porque los demás no dejan constancia por escrito de su experiencia.

Hasta el correoso y viejo Henrik Ibsen, cuando solo tenía unos pocos años menos que yo, cayó enamorado como un cadete de Emilie Bardach, su «princesa estival», y más tarde quedó hechizado (como yo lo estoy ahora) por Helene Raff, y esto fue lo que dijo: «Eres joven, niña, la juventud personificada, y yo necesito eso para mi trabajo». Después, Hildur Andersen. Oh, la llama no se extinguía en Henrik, aunque, por lo que sabemos, nunca fue físicamente infiel a su Susannah. (Pero la idea de Ibsen revolcándose en el sudor rancio de una cama remendada es grotesca y lamentable y no hay palabras para describirla.)

Hasta Anthony Trollope, el sutil psicólogo victoriano, tuvo un amor otoñal; cuando conoció a su Kate Field fue lo suficientemente astuto para darse cuenta de lo que era y para medir exactamente su valor. Ciertamente, Charles Dickens y aquella tramposilla de Ellen Ternan forman parte del club, aunque se me ha ocurrido sin haber investigado realmente su caso. Porque, a causa de Ellen, Dickens se las arregló para hacer infeliz a mucha gente y, a diferencia de Ibsen o Trollope, buscaba la satisfacción física en su pasión descabellada. Si lo consiguió o no sigue siendo un misterio; las fotografías de la señorita Ternan no sugieren una naturaleza apasionada, ni siquiera medianamente cálida, pero lo que sí sabemos es que, a la muerte de Dickens, se casó con un clérigo y de vez en cuando daba recitales de las obras de Dickens, pero solo en las más respetables circunstancias y nunca, *nunca,* por dinero. Claro que el escritor le había dejado un bonito legado en su testamento, aunque no una fortuna. Nada de esta pasión otoñal aparece en las novelas de Dickens, a no ser que la boda de sir Leicester con lady Dedlock se tome como ejemplo.

Trollope ofrece más de uno. Sus amantes seniles son propensos a la renuncia, aquella virtud victoriana que el psicoanálisis ha hecho risible. Pero volverá; es un sentimiento demasiado bueno y verdadero para que sea expulsado del corazón por los deconstruccionistas vieneses.

Cuando le leí lo que antecede a McWearie no quedó muy impresionado. Hacía tiempo que hablaba con él de mi *Anatomía* porque era la única persona que yo conocía que podía entenderla y hacerme alguna sugerencia interesante.

Es posible que McWearie aparezca a menudo en este diario como un personaje negativo de mi vida, como si no existiera salvo cuando aparece en mi mecedora para beberse mi whisky. Pero no, era un periodista activo, tan activo como se lo permitía su tarea de comentarista e informador de temas religiosos. La religión no es uno de los temas más vivos del periodismo. Para mí, Hugh tenía el encanto de ser alguien a quien podía lanzar mis ideas, sabiendo que nunca me las devolvería tal como de mí salieron. Creo que su mérito para el *Advocate* consistía en que era un hombre de amplísima formación a quien podía pedírsele lo que profesionalmente se llamaba un «artículo de reflexión». Valía el salario que le pagaban y pobre del periódico que no puede acoger por lo menos a un excéntrico entre sus redactores.

—Tu material literario es excesivamente selectivo —me decía—. Dejas de lado los fracasos. Como, por ejemplo, el pobre Yeats. Posiblemente, el mayor poeta de este siglo, pero dominado y amargado por su anhelo de tener contacto carnal con la mayoría de sus admiradoras femeninas.

—Yeats. Sí, un caso muy interesante de muerte por miocarditis.

—Calla y escucha lo que te estoy diciendo. Yeats anhelaba ser tan gran amante como había sido gran poeta y creo que se sometió a la operación Voronoff al final de su vida con el propósito de correr hacia esa meta, si me permites la indecencia inadvertida de la expresión. Pero fue ineficaz, como me parece que solía ocurrir, y el pobre Yeats quedó humillado y las damas se fueron de vacío. ¡Qué tristes desvelos para un gran hombre! Pero, dime, ¿por qué te ocupas de esto? No te habrás enamorado, ¿verdad, Jon?

—¿Y qué si así fuera? —dije con fingida suficiencia.

—Entonces te aconsejaría que te pusieras una compresa fría en tu frente febril. No sacarás nada bueno. ¿Puedo suponer que se trata de Esme Gilmartin, de soltera Barron?

—¿Qué te hace suponer eso?

—Oh, amiguito mío, como decían los antiguos, el amor y la tos son cosas que no pueden esconderse. La has visto mucho con el pretexto del viejo Toronto y ahora llevas corbatas más elegantes que antes. Has añadido flores a esa horrible planta que, contra toda decencia estética, Christofferson mantiene en la ventana. Ya conoces mis métodos, Watson. Estás enamorado.

—¿Y si lo estoy?

—Como amigo tuyo, supongo que mi deber es sacarte de esto sano y salvo. Seguramente ya tendrás experiencia de esto en tu trabajo.

Efectivamente, la tenía. Recordé la visita nada menos que del gobernador general, cuando me pidió consejo sobre la posibilidad de mantener relaciones sexuales en su estado de salud. Claro que su amor era con una mujer cercana a su edad. Pero ¿qué le había aconsejado yo? «Debe intentarlo», ¿no fue ese mi mensaje? Pero ¿qué es esto? La idea de que yo deseara tener relaciones sexuales con Esme me ofendía profundamente. ¿Por qué?

—Hugh, estás siendo grosero. Los ejemplos que te he mencionado de mis notas para la *Anatomía* eran todos, salvo quizá Dickens, casos de relaciones afectuosas y platónicas. Hombres de poderosa sensibilidad calentándose al sol de la juventud. Para ti el amor no es más que sexo. Es indigno de ti. Desprecias e ignoras el espíritu.

—Pero ¿qué es esto? Yo no he dicho ni una palabra de sexo. Debes de tenerlo muy metido en la cabeza para que hayas llegado a esa conclusión.

—Lo siento. Estaba pensando en otra cosa.

—No. Te has delatado. Un lapsus freudiano. Y no te engañes con esos personajes literarios. Fueron cautelosos e hicieron bien. Pero no pretendas aquí que no hubo sexo en esos coqueteos, aunque no pasaran de un casto beso.

—No veo por qué hemos de discutirlo. Es un asunto privado y no quiero hablar de ello. No en la forma en que tú lo haces, que es muy tosca, pragmática y, si me lo permites, muy escocesa.

—Porque insultes a los escoceses la cosa no va a cambiar. Ese es el argumento ad hominem que debieras evitar. Te hablo en serio y

soy tu amigo.

—Muy bien. Te pido perdón. Pero déjame algo de mi intimidad.

—No puede ser si hablamos seriamente. Vamos al caso, ¿qué quieres de Esme?

—¿Que qué quiero de ella? Lo que quiero es darle algo. Afecto, protección, seguridad, todo lo que tengo.

—No, eso no sirve. ¿Recuerdas lo que decía Stendhal? «Cuando estés enamorado de una mujer debes preguntarte lo que quieres hacer con ella.» ¿Qué quieres *hacer* con Esme?

¡Qué pregunta! ¿Y qué quería hacer yo con Nuala Conor, incluso en el momento culminante, cuando todavía no se había casado con Brocky? Para ser honrado, quería acostarme con ella, hablar, comer con ella, pero, para ser sincero, no puedo decir que pensara mucho en casarme con ella. Es decir, no hasta que supe que no podría tenerla. Claro que entonces era joven; ahora soy viejo y será difícil que una mujer deseable quiera ser amante, simplemente por el placer de serlo, de alguien con mis años y mi figura arqueológica. Para ser honrado y justo conmigo mismo, deseé las delicias de todo tipo de relaciones con Nuala, incluida la relación sexual, y supongo que lo mismo quiero con Esme. Pero ¿casarme? ¿Había pensado alguna vez en lo que eso significaba? En ambos casos me había embelesado una mujer de calidad singular en la que, supongo, había proyectado una magia irreal. Pero lo que me parecía perfectamente razonable en la juventud no me parecía tan simple a mi edad.

—No me contestas. Eso es bueno. Es el *argumentum ex silentio*. Significa que estás pensando. Sé, Jon, que te estoy dando la lata y que estoy siendo impúdico y grosero. Pero ¿no ha sido mi interrogatorio muy parecido al que haces a tus pacientes, supuestamente para bien de ellos? Nunca es agradable, doctor, tomarse la propia medicina, pero, como ves, ahí la tienes. No te engañes con el sexo. Todo amor lo lleva dentro, por más refinado y caballeroso que lo imagines.

—¿Qué sabes tú de eso, pedazo de merluzo? Tú nunca has amado realmente, estoy seguro. El amor gratificante no es la satisfacción trivial de un deseo mezquino, sino la consumación de un anhelo en el cual participan tanto el alma como el cuerpo.

—¿Recuerdas lo que decía el francés? «Las membranas mucosas, por un misterio inexplicable, encierran en sus oscuros pliegues toda la riqueza del infinito.»

—Sí, pero no eres justo con el infinito. Sé que solo te guían las mejores intenciones, pero, simplemente, no lo entiendes.

—No, y nunca lo entenderé. Todo asunto amoroso es una locura íntima en la que nadie puede penetrar. Pero veo unas cuantas cosas que tú no ves. Tus ejemplos literarios. Cuidadosamente elegidos, aunque supongo que la elección ha sido inconsciente. Sin embargo, ¿qué me dices del viejo Chaucer? El más fino psicólogo donde los haya, y de fibra tan grosera como la mía, menos mal. ¿No recuerdas las bodas de Enero con Mayo...?

—¡Basta, Hugh, vas demasiado lejos!

—No, no. Cuando me has interrumpido con tanta vehemencia iba a decirte que Enero y Mayo tienen poco que ver contigo y con Esme. Pero es una advertencia general. No, el ejemplo literario, yo diría que mítico, que conviene a tu caso procede de una fuente refinada, tan delicada en su lenguaje, si no en el mensaje, que hasta puede complacerte en tu presente estado de irritación. ¿Has leído a Tennyson? ¿*Los idilios del Rey*? Un bello libro, aunque hoy no esté de moda. ¿Te acuerdas de Merlín y Viviana? ¿La amable criatura que hechiza al viejo hechicero y luego lo encierra en un roble? ¿Y por qué? Porque ambos eran ellos mismos y actuaban según sus respectivas naturalezas, y ella no deja de ser una gran dama porque haya engañado a un hombre sabio, y él no es menos mago porque su sabiduría lo haya abandonado momentáneamente. La *Ananké* los ha arrastrado. ¡Ten cuidado, viejo mago! ¡Ten cuidado, hombre astuto!

Creo que estuvimos sentados en silencio durante media hora. Estaba enfadado con Hugh, que había arrojado sobre mis sentimientos aquella luz tan cruda. Estaba enfadado conmigo mismo porque veía el buen sentido de lo que él, con su cruel franqueza escocesa, había dicho sobre algo que yo quería mantener como secreto e íntimo. Pero quizá el mayor enfado me venía por su sugerencia de que me dejaba arrastrar por mi *Ananké.* ¿Qué fuerza

tenía yo que ejercer contra algo que ni los dioses osaban combatir? Y me creí obligado a dar explicaciones, lo que siempre es un error.

—¿Sabes?, estás completamente equivocado. Yo no soy un viejo rijoso en busca de sexo, al menos como principal objetivo. Admiro a Esme por su valor y talento y algo muy especial de su espíritu, que supongo tú también ves. Quisiera allanarle el camino, que puede ser dificultoso: una mujer sola, criar a la hija, el acoso de los hombres que no la aprecian por lo que ella es realmente, en fin, todo eso. Quisiera ofrecerle protección y quiero hacer lo que pueda por Olwen. Perdóname si parezco que pretendo ser noble; es que me gustaría hacer algo decente antes de morir y, al hacerlo, encontrar un calor que ahora falta en mi vida.

—Sí. Bueno, hablar es una tontería y sé que hablo demasiado. Ese anhelo de calor y ternura, sí, todos los viejos lo echamos de menos, a no ser que hayamos protegido nuestros sentimientos con una concha. Adelante, Jon. Haz lo que debes. En realidad, no puedes hacer otra cosa. *Ananké,* lo mismo da cómo lo quieras ver.

Otra pausa, esta vez no tan larga. Luego, Hugh me preguntó si sabía cuándo volvía Chips a Inglaterra.

—Sí, pronto.

—Después de casi treinta años aquí... Me pregunto si encontrará algo que hacer.

—No tiene que hacer nada. Está bien económicamente, ya sabes, herencias.

—Sí, pero necesitará una ocupación. Emily era la luz de su vida, y no necesito decírtelo. Un amor extraño.

—No estoy de acuerdo. Si quieres, un sexo extraño. Pero no un amor extraño. Un bello amor, expresado de un modo vertiginoso en un vocabulario de colegiala, y una grandeza de alma que tenía su reflejo en los pastelitos de jalea, en los exquisitos bocadillos y en un inagotable espíritu de generosidad. No creo que Emily estuviera a la altura de lo que exigía serlo todo para Chips. El amor, en ocasiones, es una pesada carga para el amado.

—Nos estamos poniendo filosóficos. Es hora de irse. Solo estoy para filosofías los fines de semana.

—No pienso solo en mí misma. Será maravilloso para Olwen.

—Espero de verdad que sea así.

—Una niña necesita a un padre, una especie de modelo, ya sabes, que le sirva para medir a los demás hombres.

—Así lo entiendo.

—Y, en cuanto a mí, significa no tener que seguir luchando por conciliar mi carrera con ser madre; puedo dedicarme a escribir lo que de verdad me gusta y buscar lo mejor que llevo dentro.

—Seguro que lo harás.

—Porque creo de verdad que estoy hecha para algo más que para trabajar en un periódico. Creo que tengo algo que decir, si dispongo del tiempo y la tranquilidad para hacerlo. Y esto lo hará posible.

—Espero sinceramente que sea así.

—De repente un montón de cosas se vuelven posibles. Viajar, por ejemplo. Como aquella canción de *Candide*: «Viviremos en París cuando no estemos en Roma». ¿No es estupendo, tío Jon?

—Efectivamente, una perspectiva maravillosa.

—Y, por supuesto, siempre he querido estar cerca del poder. Y Henry es poder, con P mayúscula. Un imperio de periódicos y televisión. En todo lo alto, con los Thomsons, los Murdochs y los Blacks.

—Estupendo. No lo conozco en persona. Un buen muchacho, supongo.

—Mejor que eso. Un verdadero encanto. ¡Y tan *divertido*!

—Un magnate divertido. Eso es una novedad. ¿Qué piensa de Olwen?

—La adora. Dice que está impaciente por comprarle su primer coche. Pero, mientras tanto, ya ha encargado el mayor osito de peluche que puedas imaginar. Vendrá por mensajero desde Nueva York. Tienes que conocerlo. Es divertido.

—Estoy impaciente.

—Lo sabe todo de ti.

—¿De verdad?

—No podía intimar con él sin hablarle de mi amigo más querido.

—Gracias, Esme. Me halagas.

—Quiere que hable mucho de ti en mi serie sobre la Gleba. El curandero. Y sobre el viejo rompecorazones que eres.

—Oh, por favor, Esme.

—Oh, sí. Tienes que saberlo. Si tuvieras... digamos, veinticinco años menos, te habría tirado los tejos, tío Jon.

—Lástima de esos veinticinco años.

—Pero no habría servido de nada. Lo sé. No ibas a enamorarte de cualquier muchacha.

—Tú has sido siempre una muchacha especial, Esme.

—Gracias. Por lo de Gil. ¿Sabes que...?

—¿El qué?

—Puede parecerte una chifladura, pero a veces me pregunto qué pasó realmente con Gil. Su muerte fue un accidente horrible. Totalmente impredecible.

—*Ananké.* El destino. Tiene planes para todos nosotros.

—¿Tú crees? No sé qué pensar. Por supuesto, yo no soy religiosa. Quiero decir, de iglesia. Pero de vez en cuando pienso que tiene que haber Algo...

—Bien, me parece que estás en el buen camino. Quizá, cuando te cases, puedas seguirlo.

—No directamente. Henry dice que hay mucha mierda en todo eso. Dice que solo cree en una cosa. En él mismo. ¿No es maravilloso?

—Envidiable, ciertamente.

—Pero para una mujer es distinto. O, por lo menos, es lo que a mí me parece. Para una mujer. Y para un hombre astuto como tú.

—Oh, Esme, no creo que yo sea un hombre astuto.

—Eso forma parte de serlo. Pero otras personas sí que lo piensan. El hombre astuto. ¿Sabes que te llaman así?

—Bobadas, por supuesto.

—Nada de eso. Pero nadie me dice lo que significa exactamente. Tiene un significado especial, ¿verdad?

—Fue una broma que empezó la señorita Todhunter.

—Oh, Las Damas. Ella era la más alta, ¿no? Una especie de valquiria guasona.

—Sí, y la señorita Raven-Hart...

—Sí. Ella era la uña.

—¿La uña?

—¿No eran uña y carne? Es lo que dice todo el mundo. Pero sigue con lo del Hombre Astuto.

—Era un tipo de persona que solía encontrarse en muchos pueblos y aldeas ingleses. Había una Mujer Sabia o, en su defecto, un Hombre Astuto. Pero nunca los dos en el mismo sitio. Podía asentar huesos, a su manera, sabía algo de veterinaria, y si alguien echaba mal de ojo al ganado podía deshacer el hechizo y hasta dar con el causante, y entonces se organizaría toda una contienda de hechiceros. El Hombre Astuto era una especie de hombre para todo de pueblo.

—No encaja mucho con lo que tú eres, tío Jon. Pero, volviendo a lo de antes: ¿tú crees que Gil está en alguna parte? ¿O la muerte es una simple extinción?

—Me parece que extinción es una palabra un poco exagerada. Se dice que la energía nunca se pierde y hay mucha energía en un ser humano, incluso en los inferiores, y Gil no era inferior en nada.

—¿Y dónde está esa energía ahora?

—Si lo supiera sería de verdad un Hombre Astuto. Pero ¿te das cuenta de que lo que estamos diciendo no tiene nada de científico?

—¿Lo de dónde está ahora esa energía?

—Lo de suponer que hay un plan, un orden o un esquema de cualquier tipo en el universo… No hay ningún propósito en la secuencia evolutiva, ni una pizca. La ortodoxia científica establece que todo sucede por casualidad, por más que nos parezca extraño que fenómenos casuales puedan construir sistemas de una vastísima complejidad. Va en contra de la ley de la entropía...

—Me he perdido.

—No te preocupes. Hay una alternativa: la idea del Drama Divino. No te preocupes, no voy a ponerme pesado con esto, no después de comer. Pero ¿te acuerdas de *El Mikado*? ¿De Pooh-Bah, que podía rastrear en sus antepasados hasta llegar a un protoplasma atómico primigenio? Todos podemos hacer lo mismo, ¿sabes? Y aquí estamos, en este excelente restaurante, bebiendo este buen clarete y comiendo chuletas, sin que parezcamos en

absoluto gente con tales antepasados. Ese es el Drama Divino. La huida hacia adelante de la evolución. Asombrosa, tal como se ha producido, pero probablemente no estemos más que en el acto segundo de una tragicomedia en cinco actos. Probablemente no seamos más que una parada en el camino de algo mucho más bello que todo lo imaginable.

—¡Caramba! ¿Y qué pinta Gil en todo eso?

—No lo sé. Pero otra gente sabia ha dicho algo al respecto. Déjame citarte unos versos, pero que nadie se dé cuenta, que no está muy bien visto recitar versos en un restaurante de Toronto. Escucha:

La Muerte, así llamada, no es sino la vieja Materia revestida
de una nueva figura, en túnicas variadas;
así son todas las cosas, solo que alteradas. Nada muere.
Y aquí y allí el espíritu desencarnado vuela,
desalojado por el Tiempo, o por la Fuerza, o por la Enfermedad,
y se aloja, cuando alumbra, en el Hombre o en la Bestia:
O busca hasta que la Rama encuentra
y actúa según su especie.
De hogar en hogar expulsada,
el Alma es siempre la misma, solo cambia su figura,
y así como la blanda cera el sello recibe,
y este rostro asume y esa impronta deja;
y se llama con uno u otro nombre,
y solo cambia la forma, siendo la misma cera,
del mismo modo, la Muerte, así llamada, solo puede borrar el rostro,
y el alma inmortal vuela en el espacio vacío
buscando en otro lugar su Fortuna.

—¿Quién escribió eso?

—Es una traducción de Ovidio, y Ovidio escribía sobre la filosofía de Pitágoras, un hombre muy antiguo, pero no despreciable por eso. Pitágoras, de hecho, se ha vuelto a poner de moda en este siglo.

—Muy profundo. Entonces, ¿crees que Gil anda por ahí?

—No digo ni que sí ni que no. Pitágoras pensaría que sí, y Pitágoras no era tonto.

—¿Crees que Gil puede estar acechando a su asesino?

—Sería muy desagradable para su asesino, ¿no te parece?

—¡Y tanto!

—Bien, Esme, ¿quieres que te lleve a tu próxima cita? Supongo que será con tu novio. Tú me has dado tus maravillosas noticias y yo te he hablado un poquito de Pitágoras. Me parece un intercambio razonable.

—Más que razonable. Eres un encanto, tío Jon.

—Hago lo que puedo.

28

Tarde de otoño. Hacia las nueve dejo a Esme en el hotel de Henry Healy y me vuelvo a mi sala de estar, encima de mi clínica. Siento el otoño también en mi corazón y no debo sucumbir a un sentimentalismo fácil. Pero qué puedo sentir cuando miro atrás, a mi reciente pasado, y veo tantas pérdidas; la de mi ahijado (mi única esperanza de haber tenido un hijo); la pérdida de lo que creo que debía llamar ilusión del gran amor de mi vida, Nuala, ahora convertida, según sus propias palabras, en una vigorosa ginecóloga; de Charlie, a quien sigo considerando como el hombre más notable que he conocido (aunque no el más sabio), y de Las Damas, que tanto interés dieron a mi vida y cuyo salón era, a pesar de todo, la reunión más vital y animada de todas las que han existido. He perdido Saint Aidan, ahora una iglesia moderna en todo, sagrado edificio cuyo responsable no duda en llamar «la planta».

Y esta misma tarde, esta comida en la que había puesto tantas esperanzas, pero en la que no tuve la oportunidad de declarar mi amor; tan impaciente estaba Esme por darme sus noticias.

¿No ha habido ganancias? ¿Ha sido todo una pérdida y un viaje cuesta abajo? Ciertamente no. Haber conocido a estas personas ha sido para mí una rica experiencia. Haber sido el genio que presidía mi propia clínica y haber contemplado la procesión de mis pacientes, algunos aporéticos, pero muchos otros que mejoraron bajo mi cuidado y dieron peso a mi idea paracélsica del arte curativa, no ha sido nada trivial. Haber visto cómo mi ciudad, avanzadilla de un gran imperio colonial, se convertía en una gran ciudad en lo que decididamente parece un nuevo y gran imperio; haber visto cómo se

extinguía la influencia británica, hastiados de la grandeza imperial, mientras crecía la influencia americana bajo la caricia de una mano de hierro con guante de seda, es haber participado en un gran movimiento de la historia. Y haber visto el declive del orden social chejoviano al tiempo que nuevos valores y nuevos héroes sustituían viejos modos y gastados ideales de heroísmo.

Todo esto, ¿acaso no ha sido nada para quien siempre se ha considerado un observador inteligente, cuando no un participante activo, de la vida de su tiempo? Decididamente fueron ganancias en cada momento. Pero ¿qué me queda para el otoño y el invierno?

Me queda la *Anatomía de la ficción,* por supuesto. Una ocupación más que suficiente para un hombre ya entrado en años que todavía cuenta con su talento. Un comentario, una especie de nota a pie de página, de la parte de Drama Divino en que la novela tiene lugar. Es digno de hacerse, y soy yo, precisamente, el más indicado para ello.

Alcanzo un volumen de Burton, que es el modelo de mi obra. Cae abierto por una página y leo: «Aquel que quiere evitar la dificultad debe evitar el mundo». Ciertamente yo no he hecho eso. Pero he tenido la fortuna de no haber satisfecho siempre los deseos de mi corazón. Esme era tan amable, tan encantadora… pero no era para mí. Ojalá sea feliz con su Henry Healy, su magnate. ¿Qué quiere él de ella? Belleza, supongo. Pero he aquí a Burton: «Quien esposa a una mujer que es solo un hermoso semblante, no merece mejor fortuna que Vulcano con Venus o Claudio con Mesalina». ¡Qué brutos podían llegar a ser estos ingleses de la época del rey Jacobo! ¡Solo un hermoso semblante! ¿Era Esme «solo un hermoso semblante»? No solo eso, desde luego, pero...

Suena el teléfono. Intuyo que se han equivocado de número. No se necesita una gran intuición. A un cine nuevo de la vecindad le han dado un número de teléfono que solo difiere del mío en un dígito, y recibo continuamente llamadas equivocadas. Esta es una de ellas.

—¿Puede decirme la hora de la última sesión?

—Se ha equivocado de número.

—¿Eh? ¿No es el Odeón?

Y decido darle una respuesta burtoniana.

—No, este es el Gran Teatro de la Vida. La entrada es gratuita, pero el tributo es mortal. Usted viene cuando puede y se va cuando debe. Sesión continua. Buenas noches.

«Si no te gusta lo que escribo, ve y lee otra cosa.»

ROBERT BURTON

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *Un hombre astuto*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com y en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

# Nota biográfica

**Robertson Davies** (1913-1995) murió siendo un escritor mundialmente famoso y uno de los autores canadienses más importantes. Nacido en la región de Ontario, se educó en distintas instituciones de su país y Europa. Tras licenciarse en Literatura en Oxford, trabajó como actor en la Old Vic Repertory Company, donde conoció a la que más tarde sería su esposa. En 1940 regresa a Canadá para dedicarse con éxito al periodismo y a escribir comedias; su columna humorística, firmada con el seudónimo de Samuel Marchbanks, tuvo un éxito inmediato y algunas de sus obras de teatro –que él mismo produjo– fueron muy aclamadas. A comienzos de los años cincuenta publica la primera de sus once novelas, organizadas en trilogías, que lo harían mundialmente famoso: la *Trilogía Salterton*: *A merced de la tempestad* (1951), *Levadura de malicia* (1954) y *Una mezcla de flaquezas* (1958); la *Trilogía Deptford*: *El quinto en discordia* (1970), *Mantícora* (1972) y *El mundo de los prodigios* (1975); la *Trilogía de Cornish: Ángeles rebeldes* (1981), *Lo que arraiga en el hueso* (1985) y *La lira de Orfeo* (1988); y la inacabada *Trilogía de Toronto*, a la que pertenece *Asesinato y ánimas en pena* (1991). En los años sesenta abandonará progresivamente el periodismo y comenzará a enseñar Literatura en la Universidad de Toronto, actividad que compaginará con la escritura hasta su jubilación. Además de novelas, Davies publicó una treintena de libros de distintos géneros –cuentos, obras de teatro, crítica literaria y recopilaciones de artículos–, entre los que destaca el volumen de relatos *Espíritu festivo. Cuentos de fantasmas* (1982), publicado, como todos los anteriores, por Libros del Asteroide.

[*] Doctor en Medicina, Miembro del Real Colegio de Cirujanos. *(N. del T.)*

[*] Mestizo. En francés en el original, por ser de una tribu india situada en territorio colonizado por los franceses. *(N. del T.)*

[*] Carro aceitoso. *(N. del T.)*

[*] Epilepsia. *(N. del T.)*

[*] Olor áspero y picante. *(N. del T.)*

[*] Entre las posesiones de la Corona Británica, Canadá figuraba como «dominio». *(N. del T.)*

[*] «En las altísimas cumbres del viejo Olimpo un finlandés y un alemán vieron lúpulos.» *(N. del T.)*

** «¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Tocar y palpar la vagina y el himen de una chica.» *(N. del T.)*

[*] «Estos son los pequeños / de mis Horas, / que, sabihondos, aconsejan / que actúe y sienta placer.» *(N. del T.)*

[*] *The Golden Treasury* (El tesoro dorado) es una antología poética que se usa en las escuelas anglosajonas para que los niños se familiaricen con la poesía y adquieran gusto por ella. Aquí el autor hace un juego de palabras con *Trashery* (basura, hojarasca, inutilidad) y *Treasury* (tesoro). *(N. del T.)*

[*] De A. W. N. Pugin (1812-1952), arquitecto inglés, autor de numerosos edificios neogóticos. *(N. del T.)*

[*] Aquí hay un juego de palabras intraducible y una referencia a la iglesia de Saint Aidan. El texto original dice *Anglo-Cat*, literalmente «gato inglés». Pero *Anglo-Cat* es también anglocatólico, aludiendo a los oficios de Saint Aidan que, como se nos ha explicado, aunque es una iglesia de obediencia anglicana, sigue exageradamente los ritos anteriores a la Reforma. *(N. del T.)*

[*] Juego de palabras. El original dice *ex-secs*, «exsecretarios», que suena igual que *excess*, «excesos». *(N. del T.)*

[*] *Chine*, en inglés antiguo, era espina dorsal. *(N. del T.)*

[*] *Hanky*, pañuelo. Por lo visto la enfermera pronuncia *Ananké* a la manera inglesa, haciendo de la *e* una *i*. *(N. del T.)*

[*] Gorrones. *(N. del T.)*

[*] Que se cumpla su destino. *(N. del T.)*

[*] Dogan es un apellido corriente en Irlanda, y en Canadá se usa coloquialmente en tono despectivo para referirse a los católicos. *(N. del T.)*

## Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Un hombre astuto*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

*Un paraíso inalcanzable*, John Mortimer
*Comedia con fantasmas*, Marcos Ordóñez
*La hoja plegada*, William Maxwell

# Table of Contents

Un hombre astuto
NOTA DEL AUTOR
I
II
III
IV
Colofón
Nota biográfica